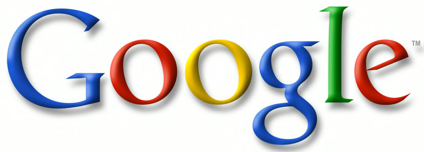
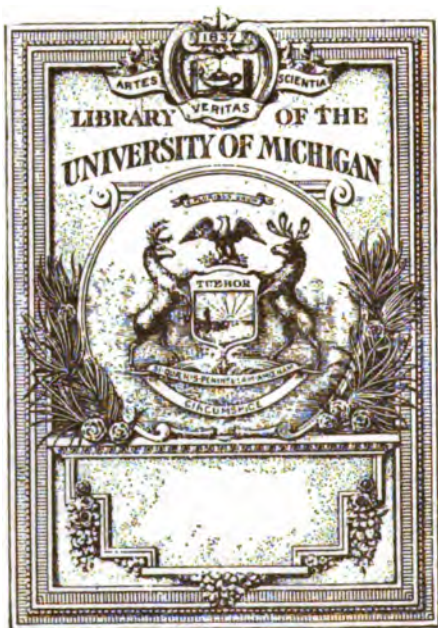



1837
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
CIRCUMSPICE

CARÁCTER DE LA CONQUISTA ESPAÑOLA

EN AMÉRICA Y EN MÉXICO

según
los textos de los

HISTORIADORES PRIMITIVOS

POR

GENARO GARCÍA

MÉXICO
OFICINA TIPOGRÁFICA DE LA SECRETARÍA DE FOMENTO.
Calle de San Andrés núm. 15 (Avenida Oriente 51).
1901

PRÓLOGO.

Desde muy atrás pensóse en España que no había cosa más meritoria ante el pueblo y ante Dios que la matanza de los infieles; dícenos un insigne historiador, refiriéndose al rey don Fernando I de Castilla: "Gozaba en su reino de una paz muy sosegada, las cosas del gobierno las tenia muy asentadas; mas por no estar ocioso acordó hacer la guerra á los moros. Parecíale que por ningun camino se podia mas acreditar con la gente ni agradar mas á Dios que con volver sus fuerzas á aquella guerra sagrada."[1] Estas ideas no pudieron ser extirpadas por la guadaña de la civilización, y antes bien echaron hondas raíces con el transcurso de los tiempos; el clero mismo desvirtuó desde temprano su misión de concordia y caridad, y llegó hasta usurpar la palabra de Dios para predicar en púlpitos y plazas el exterminio de los infieles, con lo cual produjo, entre otros resultados funestos, la matanza general de los judíos que en 1391 ejecutó el pueblo español en masa, azuzado por fray Pedro de Olligoyen y el canónigo Ferrán Martínez.[2] Todavía á fines del siglo XVI, "D. José Esteve, obispo de Orihuela...... en los comentarios sobre los libros de los Macabeos, obra dedicada al Papa Clemente

1 Mariana, I, 246.

2 Amador de los Ríos, Judíos, II, 349 y sigs.

VIII, explica los casos en que una persona particular puede sin autoridad pública quitar la vida á los hereges é infieles: decide que se puede matar sin escrúpulo á los renegados, y que los Reyes de España deberian matar á los moros ó echarlos de sus domínios, aunque fuese quebrantando los pactos hechos por sus predecesores. Pone en cuestion si los hijos pueden asesinar á sus padres idólatras ó hereges, y tiene por lícito y corriente hacerlo con los hermanos y aun con los hijos."[1]

Dados tales antecedentes, sin entrar en otras consideraciones, se pudo predecir, llegada la hora del descubrimiento de América, que la conducta de los conquistadores españoles sería despiadada, toda vez que iban á encontrarse frente á frente de una población idólatra, formada de individuos "más semejantes á bestias feroces que á criaturas racionales."[2] La predicción habría quedado plenamente comprobada; esos conquistadores casi despoblaron las Indias: creían "que por ser .... (los indios) gentes sin fe, podian indiferentemente matarlos, cautivarlos, tomarles sus tierras, posesiones y señoríos e cosas, e dello ninguna conciencia se hacia."[3]

Empero, en los informes verbales que daban al reino los conquistadores que volvían á la Península, lo mismo que en las cartas ó relaciones que escribieron, procuraron naturalmente, para evitar probables responsabilidades y ganar mercedes y privilegios del reino español, enaltecer sus propios hechos, callando, ó atenuando al menos, cuanto les era desfavorable, y pintando á los indígenas como feroces y detestables idólatras plagados de todos los vicios; decía el bachiller Luis Sánchez: "quasi todos los que vienen de Indias y dende allá escriben, informan mal y á su gusto, que es el interese, el qual an de sacar forzoso de los indios, y en esto todos son á una, todos desean vivir en aquella libertad y anchura, y que na-

1 Clemencin, 388–89.
2 El obispo fray Juan de Quevedo, en Beaumont, II, 128.
3 Varios Padres, 401.

die les vaya á la mano; y no an de informar lo que á ellos les está mal, porque no se remedie."[1]

Verdad es que poco tardaron en llegar á España documentos fidedignos completamente contrarios á dichas relaciones; pero la monarquía hizo que se sepultasen luego en sus archivos y permanecieran allí bajo el secreto más riguroso, porque pensó, que si se les daba publicidad, la nación española se desprestigiaría enormemente, fuera de que "debían levantar borrasca de pasiones,"[2] y servirían "para dividir á sus individuos de ambos mundos y sembrar entre ellos la discordia."[3] No faltaron tampoco emigrantes que al regresar á España dijeran la verdad; fueron "muy pocos (según decía el propio bachiller Luis Sánchez, agregando)...... y como...... no les dan crédito, ni á las veces oidos...... cánsanse y déxanlo."[4]

•

Á pesar de que entre los historiadores que desde un principio escribieron acerca de la Conquista, hubo quienes tuvieran á la vista los más fehacientes documentos, sólo los aprovecharon en cuanto podían favorecer á los intereses de España; el cronista mayor Antonio de Herrera, por ejemplo, consultó para escribir su obra, leemos en un informe dado entonces por el Colegio Hispano Boloniense, "los papeles, cartas, libros e escripturas que se fallaron en los Archivos de los Secretarios que subcedieron en los Rexistros e Protocolos de las Indias, e en los Archivos del Colexio de San Gregorio de Valladolid, que por mandado de Su Maxestad se lentregaron al Cronista; los quales conthienen cosas abominables e peores que las quescribe, e dexa munchas descrebir por modestia, e por conservacion de la onra de la Nacion, non siendo fasta ahora públicas á los estranxeros."[5] Confiesa esto

1 Docs. de América, XI, 166–7.
2 Fernández Duro, en Docs. de Ultramar, XII, 13.
3 Navarrete, I, 57.
4 Docs. de América, XI, 167.
5 Docs. de América; XXXVII, 102–3.

el mismo cronista mayor, al escribir: "E quanto a la cobdycia e granxerías de Pedrárias, aunque el Coronista a fallado un mundo de papeles, a proscedido con modestia en esto, como en todo, porque *symplicitas et modestia Deo grata sunt.*"[1]

De tal suerte, la historia de la Conquista, groseramente falseada, continuó siendo una serie de panegíricos encomiásticos para los conquistadores, y de acerbas diatribas para los indígenas.

Hubo no obstante quien en pleno siglo XVI dejara oir la voz de la verdad sin enmudecer ante la opinión general ni arredrarse ante las temibles iras de infinitos enemigos; fué el inmaculado, el excelso, el venerando don fray Bartolomé de Las Casas, el cual "Desde sus primeros años tuuo muy intima amistad con los estudios de la virtud, y letras;"[2] "padre de los desamparados, y como le llamauan en la Corte, el Apostol de las Indias;"[3] cuya vida "fué gastada en bien, y prouecho de las almas, assi de los Españoles, como de los naturales destas partes,"[4] y "en la defensa de los Indios...... vnico."[5] Habiendo tenido oportunidad de conocer íntimamente la conducta de los conquistadores, descubrió que toda ella constituía una larga serie de horrendas crueldades, y justamente indignado entonces en contra de sus compatriotas, y á la vez compadecido hasta grado sumo de las víctimas, los inocentes indios, para los cuales tuvo siempre caridad inagotable, atrevióse á publicar en España, su propia patria, lo que ningún otro español había osado antes ni ha intentado después, á saber: que la Conquista de América fué solamente una obra de bárbara destrucción; "aun antes de tomar (el hábito religioso)........ con cristianísimo y piadoso celo (escribe Men-

1 Ídem, XXXVII, 119-20.
2 González Dávila, I, 190.
3 Dávila Padilla, 303.
4 Remesal, 59.
5 González Dávila, I, 191

dieta), comenzó á llorar ante la clemencia divina y clamar ante los reyes católicos, poco antes de su muerte, y de D. Cárlos su nieto......... la gran destruición y asolamiento que nuestros españoles hacian en los indios naturales de estas regiones."[1]

Los asertos del sublime defensor de los indios fundábanse, ó bien en hechos que él mismo había presenciado y que refería "con protestación y juramento (de decir verdad)," [2] ó bien en documentos irrefutables, una "gran multitud de cartas mensajeras (dícenos) de diversos é muchos religiosos de las tres Órdenes, y de otras muchas personas, y de casi todas las Indias, avisándome de todos los males é agravios é injusticias que los de nuestra nacion hacian é hacen hoy consumiendo y destruyendo aquellas gentes naturales dellas, sin culpa alguna con que nos hayan ofendido;" [3] en otro lugar manifiesta el bienaventurado sacerdote que sabía cuanto acontecía en las Indias, "por las muchas y contínuas cartas y relaciones y clamores que de muchos cada dia rescibo de todas esas partes;" [4] en su testamento otorgado en 1564 pedía "por caridad al muy R. P. rector del...... colegio de S. Gregorio que comiende algun colegial........ que de las........ (cartas y relaciones susodichas) haga un libro juntándolas todas por la órden de los meses é años...... y de las provincias que venian, y se pongan en la librería del dicho colegio *ad perpetuam rei memoriam*, porque si Dios determinare destruir á España, se vea que es por las destruiciones que habemos hecho en las Indias y parezca la razon de su justicia." [5] Seguramente no se cumplió con la última voluntad del santo apóstol y los preciosos documentos fueron destruídos; al menos, han permanecido ocultos hasta hoy. La acendrada virtud del

1 366.
2 En Fabié, II, 31.
3 Ídem, I, 236.
4 Ídem, I, 246.
5 Docs. de México, II, 513.

venerable obispo, que conservó hasta su muerte "con ejemplos egregios de virtud," [1] garantizaba plenamente la verdad de sus dichos, á tal grado, que la monarquía no sólo le oyó con atención, sino que le nombró "Protector vniversal de los Indios." [2] Sus mismos enemigos "confesaban su buen celo." [3] Llamósele "Autor de mucha fé," [4] y sus escritos fueron calificados de "bastantysimas probanzas" por el Colegio Hispano Boloniense. [5]

No obstante, la ardiente y conmovedora palabra del ejemplar obispo fué oída fríamente por el pueblo español, á quien en todo caso nada podía importar que hubiesen muerto millones y millones de indígenas. Éstos eran idólatras y debían morir. Satanás no se desterraría de la América sino cuando cesase y acabase "la vida á los más de los indios." [6] Dios mismo les aborrecía; su voluntad era, según decían entonces los licenciados Espinoza y Zuazo, "que estas gentes de indios se acaben totalmente, ó por los pecados de sus pasados ó suyos, ó por otra cabsa...... é que pase é quede el señorío é poblacion en...... (los monarcas españoles) é sus subcesores y pobladas de gente cristiana;" [7] de otro modo no habría bajado á las Indias la Virgen María, ya sola, [8] ya acompañada del apóstol Santiago, á auxiliar á los españoles en su obra de exterminio, dando aquél á los indígenas terribles cuchilladas y echándoles Nuestra Señora "polvo por las caras (para cegarlos);" [9] en cierta ocasión, cuando Francisco Pizarro con los suyos asesinaba en Caxamalca á los inermes y numerosos acompañantes de Atahuallpa, el propio apóstol se enardeció

1 Antonio, I, 191.[2]
2 Herrera, II, 32[1].
3 Ídem, II, 27.[2]
4 Ídem, II, 59.[1]
5 Docs. de América, XXXVII, 101.
6 Oviedo, Historia, I, 139.[2]
7 Docs. de América, XI, 348.
8 Varias Relaciones, 254.
9 Gomara, 364[2].

tanto, que él solo mató "más indios...... que todos los españoles juntos." [1] Suárez de Peralta nos dice rotundamente: "La guerra que se hizo á los yndios fué toda hecha por Dios, y él la favoreçió...... que los cristianos, á lo ménos en la Nueva España, no fueran parte, los que fueron, para conquistar y paçificar aquella tierra." [2]

¡Cosa peregrina! El pueblo español, que abominaba sin misericordia ni piedad á nuestros indígenas, porque algunos de ellos sacrificaban á sus enemigos ante los altares de los dioses, admiraba y santificaba á la vez con exagerado misticismo el sacrificio que Abraham no vaciló en hacer de su propio hijo al Dios de Israel.

Todavía agonizante en Atocha, año de 1566, él hoy inmortal don fray Bartolomé de Las Casas, pedía "á todos que continuasen en defender los indios, y arrepentido de lo poco que habia hecho en esta parte, suplicaba le ayudasen á llorar esta omisión; y estando con la candela para partir deste mundo, protestó que cuanto habia hecho en esta parte tenia entendido ser verdad, y quedaba corto al referir las causas q̄ue le obligaron al empeño." [3]

Muerto el irreparable protector de los indios, continuaron reinando acerca de la Conquista, durante largos siglos y ya sin oposición alguna, las falsas ideas propaladas en las relaciones é historias primitivas.

Independidas de la Península sus principales colonias americanas, quedando en poder de éstas documentos análogos á los informes que tan secretamente guardaba la monarquía española, no tuvo ya razón de ser la ocultación de los mismos, por lo que se empezó á darles publicidad, aunque con gran lentitud y escogiendo, probablemente, los menos sensacionales. Era de esperar que en vista de ellos, la historia de

1 Ruiz Naharro, 245.
2 39.
3 Cepeda, 321.

la Conquista fuese justa en lo sucesivo, mostrándose inflexiblemente severa hacia los españoles y compasivamente benigna hacia los indígenas. No sucedió así; debido sin duda á la influencia persistente de tres largas centurias, los historiadores modernos, aun los nuestros propios, han seguido haciendo de la Conquista, quizá inconscientemente, un cuadro engañoso en el que las figuras de los aventureros españoles, aunque un tanto rebajadas, aparecen colosales todavía, tan altas, "que es preciso alzar los ojos (para verlas);" [1] mientras que las de nuestros indígenas, cuando no se manifiestan aniquiladas por "la cólera del cielo," [2] vense tan pequeñas y mezquinas, que casi pasan inadvertidas. Uno de nuestros profesores de Historia, don Justo Sierra, en una conferencia que dió ante el Ateneo de Madrid el 26 del último noviembre, después de prodigar á los conquistadores palabras ciegamente apologéticas, no guardó para los esforzados indios mexicanos sino la humillante figura de "una mujer que se arrastra." [3] Fuera de que esos indios mostraron siempre altiveza real, preciándose no sin razón de que "todos eran señores," [4] supieron defender á su patria "tan bravosos como ti-

1 Orozco y Berra, IV, 644.

2 Prescott, Perú, I, 366.

3 *El Mundo*, plana 1ª—En la conferencia susodicha, tuvo don Justo Sierra otra ligereza imperdonable: la de asentar que la nacionalidad mexicana nació de la unión vergonzosa de Cortés con la *desenvuelta* Malintzin Tenepal (loc. cit.) El célebre profesor confundió lastimosamente el origen de la raza mexicano-ibera con la nacionalidad mexicana, preexistente entonces, como también preexistía la nacionalidad española cuando primero los romanos, luego los godos y posteriormente los árabes, conquistaron la Península. En todo caso, don Justo Sierra olvidó la historia de Yucatán, su propio Estado, donde, años antes que llegara Cortés, Gonzalo Guerrero había tenido ya varios hijos en una indígena *muy principal*, con la que le casaron los señores de Chectamal (Landa, 14-6.) Es tanto más de extrañar este olvido, cuanto que Gonzalo Guerrero fué el primer insurrecto español que combatió á sus compatriotas en Nueva España, poniéndoles en grandes trabajos y peligros (Gomara, 186.)

4 Cortés, 187.

gres"[1] y "leones,"[2] y lucharon por ella "hasta el vltimo espiritu."[3]

Preciso es pues que alguna voz, siquiera sea en las postrimerías del siglo XIX, rinda debido tributo á la verdad y á la justicia, al mismo tiempo que á la memoria ultrajada de los infortunados indígenas de América.

Como por carecer de tiempo y otros elementos no me era posible reconstruir la historia completa de la Conquista, me he limitado á trazar los rasgos generales que la caracterizaron, sobre todo en lo que concierne á mi patria; pero cuidando de referirme, las más de las veces, á los escritos de los mismos conquistadores: aun con sólo ellos he logrado demostrar que el glorioso don fray Bartolomé de Las Casas se expresó efectivamente en todo con *verdad* y aun se quedó *corto*. Aquellos aventureros, á pesar de su prurito de elogiarse hasta lo increíble y deprimir en cambio de manera desmedida á los indígenas, confiesan sin embargo con sorprendente frialdad muchos de sus monstruosos hechos, convencidos, como don Fernando I de Castilla, de que con ellos se acreditan ante la gente y agradan á Dios: nos refieren á la vez, sin darse cuenta de lo que hacen, porque su ignorancia y rudeza les cegaba, un gran número de detalles que revelan la esplendorosa civilización que destruyeron y las raras virtudes de sus infortunadas víctimas.

Para dar mayor fuerza á mi estudio, no sólo me refiero continuamente á los conquistadores é historiadores españoles más autorizados, sino que transcribo sus palabras literalmente; y para que no se me objete que doy por probado lo que trato de demostrar, no cito á nuestro irreprochable don fray Bartolomé de Las Casas en cuanto tiende á determinar el carácter de la Conquista.

Destino toda la primera parte de mi obra para trazar, aun-

1 Díaz del Castillo, 181².
2 Ídem, 160².
3 Herrera, III, 19¹.

que únicamente sea en sus partes culminantes, la condición del pueblo ibero y la índole de los españoles venidos á América; á más de que ambos antecedentes previenen la tacha de exagerado ó injusto que sin ellos seguramente se me pondría, facilitan mucho el estudio del carácter verdadero de la Conquista, y en cierto modo le son indispensables.

***

Reconozco que mi obra adolece de grandes deficiencias, entre otras causas, porque para formarla sólo he dispuesto de ratos aislados, los pocos que he podido distraer de las ocupaciones cotidianas de mi profesión. Mas me alienta la esperanza de que otras personas aventajadas emprendan no muy tarde estudios más acabados que el mío.

México, lunes 31 de diciembre de 1900.

CARÁCTER DE LA CONQUISTA ESPAÑOLA.

LIBRO PRIMERO.

ANTECEDENTES.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL PUEBLO ESPAÑOL.

§ 1. Dominación romana.

Luego que empezó á difundirse por el imperio romano el cristianismo, "de las primeras provincias del mundo que abrazaron este culto y religion y de las que mas recio en ella tuvieron fué una España."[1] El nuevo culto encontró natural oposición de parte de algunos de los emperadores romanos, aunque hubo otros varios que lo favorecieron, ó cuando menos se abstuvieron de perseguirlo; el mismo Juliano, á quien indebidamente se ha llamado el apóstata, "Luego que se encargó del imperio, para granjear las voluntades de todos, les dió libertad de vivir como quisiesen y seguir la religion que á cada cual mas agradase:"[2] "los que más aprovecharon de esta libertad fueron los católicos."[3] "No ignoro (dice Tourlet) que los legendarios han fraguado una larga lista de cristianos martirizados en Antioquía y otros lugares, bajo el reinado de este emperador filosofo. Pero *cuentos de leyendas* no son hechos; ó si se hallan algunos de estos últimos, están desnaturalizados de tal manera, que no merecen ninguna confianza."[4]

Es de notar que varias de las persecuciones que sufrió la nueva religión, como la que llevó á cabo Decio en el siglo III, fueron en cierto modo provocadas por la "vida de los cristianos, y en particular de los eclesiásticos de muchas maneras estragada."[5]

1 Mariana, I, 87.[1]
2 Iden, I, 111.[1]
3 Fleury, I, 601.[2]
4 En Julien, I, 108–9.
5 Mariana, I, 100.[2]

§ 2. Dominación goda.

Bajo la dominación goda en la península ibérica, "la Iglesia católica...... no habia dejado de florecer progresivamente, merced á la libertad que le dejaba cierta tolerancia de parte de los dominadores."[1] Animados éstos de espíritu liberal, no trataron nunca de imponer su propia religión á sus súbditos, por lo que no contagió ella ni á "una parte mínima de la población española."[2] Á la inversa, andando los tiempos, el pueblo godo aceptó el catolicismo de muy buena voluntad.

Ascendido al trono Recaredo en 585, abrazó á poco la fe cristiana inflamado por la ardiente palabra de san Leandro, y trató en seguida de convertir á todos los godos al catolicismo; "sabida la voluntad del Rey, bien así los grandes que los menudos se rindieron á ella."[3]

Deseando Recaredo ratificar solemnemente su nueva profesión de fe, convoca al tercer concilio de Toledo; fué allí, ante innumerables obispos, magnates y vicarios, cuando dijo san Leandro: "no dudemos de que todo el mundo pueda creer en Cristo y abrazar una sola fé, segun en el mismo Evangelio aprendimos.......... Si queda pues alguna parte del mundo ó alguna gente bárbara, no iluminada por la Fé de Cristo, no dudemos que al cabo ha de creer y venir á una sola Iglesia, si tenemos por verdaderas las palabras de Dios."[4] Esta creencia proclamada por *el genio tutelar de las Españas*, cuyo prestigio y autoridad ninguno desconocía, y sostenida además con fervorosa exaltación por los monarcas, quedó admitida ciegamente por el pueblo godo-hispano, quien hizo de ella desde luego su canon fundamental religioso.

Fundada así la unidad de la fe, surgió pronto la intolerancia religiosa; á partir desde entonces, tenían que ser combatidos como actos de intolerable impiedad, cualquier culto ó religión extraños al cristianismo: la mansa palabra de Cristo, inspirada en blandos sentimientos de concordia y fraternidad, habíase convertido en arma destructora de división y de muerte.

Hay que tener en cuenta que arrastrado demasiado lejos Recaredo por su nuevo celo religioso, sometió al referido concilio la decisión de asuntos de carácter netamente civil, sentando con esto un precedente pernicioso, porque una vez confundidas las atribuciones religiosas con

1 Lafuente, I, 116.[1]
2 Menéndez Pelayo, I, 80.
3 Mariana, I, 146.[1]
4 Amador De los Ríos, Hist. Crít. de la liter., I, 324.

las del poder temporal, el clero principió á arrogarse cada día mayores facultades civiles, con gran perjuicio del orden político, hasta asumir una preponderancia omnímoda, á tal grado, que bien pronto "El trono buscó su apoyo en el altar," [1] y "pudo dudarse si eran los reyes ó los obispos los soberanos del Estado." [2]

Con su influjo progresivo, el clero tendió siempre, como era de esperarse, á desarrollar el espíritu religioso cristiano; mas para lograrlo, no supo encontrar medio mejor que el de infundir á las masas sentimientos repugnantes de inextinguible odio hacia todas las otras religiones; éstas serían así combatidas y destruídas, y el catolicismo podría extenderse universalmente. Semejante conducta convenía á las "costumbres groseras y violentas...... (y á la) gran brutalidad de instintos (del pueblo español)," [3] cuya ignorancia supina, por otra parte, le hacía dócil instrumento de quienes tan desacertadamente le dirigían: "Gracias si del retirado fondo de algun claustro (escribe Lafuente), ó como de debajo de la bóveda de alguna catedral, salia un cronicon descarnado y seco, escrito en mal latin, ó alguna leyenda piadosa, con que se entretenia y fomentaba el espíritu religioso en aquellos malhadados tiempos." [4]

Por tanto, no es de extrañar que las tendencias destructoras del catolicismo prosperasen rápidamente en España produciendo funestos resultados. Una rápida ojeada sobre los tiempos posteriores nos hará ver hasta qué punto llegó la perversión de los nuevos sentimientos religiosos.

Ya en 616 expide Sisebuto un edicto, previniendo que todo judío que no se bautizase ni enviare á sus hijos y á sus siervos ante los sacerdotes para que los bautizasen, "é pasare un anno complido despues que nos esta ley pusiemos, é fuere fallado fuera desta condicion é deste pacto estable, reciba C. (cien) azotes, é esquílenle la cabeza, é échenlo de la tierra por siempre, é sea su buena (su hacienda) en poder del rey." [5] Tan violenta medida fué causa de que "Muchos Judios......... se huyéron entónces secretamente á Francia," [6] y de que, de los restan-

1 Lafuente, I, 141.[2]
2 Idem, I, 142.[2]
3 Mariejol, 97.
4 I, 295.[1]
5 Fuero Juzgo, Lib. XII, tít. III, l. 3. Aunque esta ley aparece bajo el nombre de Ervigio, es por error ó descuido de los copiantes. Idem, págs. XIV y sig.
6 Morales, VI, 71.

tes que permanecieron en la Península, recibieran el bautismo más de 90,000, aunque es de dudarse que resultara un solo cristiano. [1]

En 680, el conde palatino Ervigio destrona al rey Wamba y le obliga á que entre de monje en el monasterio de Pampliego, cerca de Burgos. "A los ocho dias de aquel suceso el ambicioso Ervigio era ungido con el óleo santo por mano del metropolitano de Toledo." [2] Quedando Ervigio profundamente obligado hacia el clero, no debe maravillarnos ver desde entonces á "las asambleas eclesiásticas, concediendo indultos por delitos políticos, condonando contribuciones, estableciendo tribunales y cercenando en todos las prerrogativas de la corona." [3]

§ 3 Dominación Árabe.

Reinando el año de 711 don Rodrigo, último rey de los godos, aparecieron los árabes y destruyeron la monarquía en brevísimo tiempo; "el imperio y señorío (manifiesta Mariana), ganado por valor y esfuerzo, se perdió por la abundancia y deleites que de ordinario le acompañan. Todo aquel vigor y esfuerzo con que tan grandes cosas en guerra y en paz acabaron, los vicios le apagaron, y juntamente desbarataron toda la disciplina militar, de suerte que no se pudiera hallar cosa en aquel tiempo más estragada que las costumbres de España, ni gente más curiosa en buscar todo género de regalo." [4] "Habíanse, en efecto (agrega Lafuente), depravado y corrompido en los últimos reinados las costumbres del pueblo hispano-godo, así por parte de los eclesiásticos como de los legos, hasta el punto que con harta evidencia lo demuestran los cánones de los concilios. Los decretos sinodales, aunque fuertes y severos, no bastaban á reprimir la incontinencia, el fausto y profusión en que el clero vivia; y de aquí puede colegirse cuáles serian las costumbres de los seglares." [5]

Empero, nada tuvo que sufrir el catolicismo español de la dominación de los árabes, porque siendo tanto ó más liberales que los godos, dejaron al pueblo conquistado el libre y pleno ejercicio de su culto; merced á esta generosa tolerancia pudo España no sólo construir nuevas y numerosas iglesias, sino continuar celebrando sus concilios, como el de Sevilla en 782 y el de Córdoba en 852.

1 Lafuente, I, 121.[1]
2 Lafuente, I, 181.[2]
3 Lafuente, I, 182.[2]
4 I, 178.[2]
5 I, 188.[1]

Ahora bien, bajo la liberal dominación de los árabes, cuando por fuerza desaparecen las luchas religiosas, todas ellas de carácter netamente destructor, el pueblo español progresa y prospera con rapidez sorprendente: la agricultura forma jardines de vastos desiertos; la industria y el comercio desparraman por doquiera las riquezas; multiplícanse los caminos; se levantan portentosas obras arquitectónicas cuyas ruinas forman todavía hoy el mejor adorno del territorio español; fúndanse escuelas, bibliotecas y laboratorios; toman en fin elevado vuelo las artes, las letras y las ciencias: fué la dominación árabe, en una palabra, el más glorioso período de la civilización española.

Eran los árabes no sólo industriosos é inteligentes, sino de sentimientos levantados; entre ellos no se juzgaba "digno de ser caballero más que el que poseía las diez cualidades siguientes: «bondad, valor, afabilidad, talento poético, elocuencia, fuerza, destreza en cabalgar, y habilidad en manejar la lanza, la espada y el arco."[1] Dos hechos históricos demuestran cuán brillantemente se practicaba esta máxima: sitiaban los moros en 1139 á Toledo, donde se encontraba doña Berengüela sin soldados bastantes para resistir; al principiar ya la expugnación de los muros y torres, "Envió la emperatriz á los caudillos musulmanes un embajador que en su nombre les dijo: «¿no veis que es mengua de caballeros y capitanes generosos guerrear contra una mujer, cuando tan cerca os espera el emperador? Si quereis pelear, id á Aurelia, y allí es donde debeis acreditar que sois valientes y hombres de honor.» Oyéronlo los jefes sarracenos, y como al propio tiempo dirigiesen la vista al alcázar, y distinguiesen á la emperatriz de los cristianos adornada con las vestiduras imperiales, circundada de damas y doncellas que al son de cítaras y salterios cantaban.......... haciendo un respetuoso acatamiento á tan gran señora, volvieron la espalda y se retiraron."[2] Tres siglos después, durante el cerco que pusieron á Málaga los Reyes Católicos, salieron á la madrugada los moros, "é dieron en las Estancias de gente del Maestre de Alcántara por orilla del mar, é mataron é firieron algunos Christianos, que hallaron durmiendo á mal recaudo, é ficieron alboroto é rebato en el real é allegó Abrahem Zenete encima de su caballo á unos mozuelos donde pudieran matar siete ú ocho é bolvió al encuentro de lanza, é dioles de coscorrones, diciéndoles, andad, andad, rapaces, á vuestras madres; é los otros Caballeros

1 Le Bon, 189.
2 Lafuente, I, 343.

Moros desque vieron los muchachos ir corriendo, comenzaron de reñir con él porque habia llegado á ellos é no los habia matado; é él les respondió, no maté porque no vide barbas, é esto le fué contado á gran virtud." [1]

Es de deplorar que la acendrada hidalguía de los árabes no trascendiese al pueblo español; haremos ver en el curso de este capítulo cuán faltos de ella estuvieron los más ilustres capitanes, como el decantado Ruy Díaz de Vivar y el no menos celebrado don Juan de Austria, ambos dechados perfectos, según se dice, de la caballería española.

§ 4. Destrucción del imperio omniada.

Caído el imperio omniada hacia 1301, el clero católico extiende de un golpe todo su antiguo poder, que ciertamente no se había debilitado, porque ya desde antes "los monarcas y príncipes cristianos imbuidos en máximas de una no bien regulada piedad, concedieron pródigamente á las iglesias y monasterios sus bienes patrimoniales, y aun los que estaban afectos á la corona, y eran inajenables por ley y constitucion del Estado; y se vió desde luego quebrantada aquella máxima fundamental de la primera legislacion, que los cuerpos muertos no pudiesen aspirar á la propiedad territorial. Ya los primeros reyes de Asturias otorgaron á sus siervos fiscales facultad de dar ó dejar á las iglesias la quinta parte de sus heredades, y á las personas libres que pudiesen conceder á aquellos cuerpos cuanto quisieren." [2] Nuevamente aparece entonces en primer término el espíritu exagerado religioso, mezcla peregrina de odio ciego y falsa piedad, aniquilando el progreso conquistado y dando origen á inhumanidades sin cuento.

Aunque el catolicismo desarrolló y exacerbó de manera inaudita la crueldad española, no intentamos sostener por esto que fuese hija del mismo; se manifestó con frecuencia desligada de toda idea ó sentimiento religiosos, y constituía notoriamente un rasgo psicológico peculiar de la raza española.

El Cid Campeador, Ruy Díaz de Vivar, orgullo de España, y cuyas correrías fueron "unas veces en fauor de los Reyes Christianos, otras de los Moros," [3] sin que le moviese el sentimiento religioso, logró apoderarse de Valencia, á fines del siglo XI, por capitulación que

1 Bernáldez, I, 181.
2 Martínez Marina, I, 92-3.
3 Sandoval, Reyes de Castilla, fol. 55 vta.

ajustó con Ben Gehat; violando no obstante su palabra, dió á éste un tormento espantoso á fin de que le descubriese donde guardaba sus tesoros: "En medio de la plaza hizo ahondar un hoyo (leemos en Lafuente), en el cual dispuso fuese metido el antiguo cadí de modo que quedaran solamente descubiertas la cabeza y las manos. En derredor de esta fosa se pusieron haces de leña á los cuales se les prendió fuego. Aquel desventurado mostró una serenidad horriblemente heróica. Pronunciando las palabras sacramentales de los árabes: «En el nombre de Dios Clemente y misericordioso,» á fin de abreviar su suplicio con su propia mano se aplicaba las ascuas y tizones encendidos, y así espiró entre tormentos horrorosos." [1]

Durante el siglo XII, á causa de disenciones netamente civiles, don Alfonso I de Aragón, llamado el Batallador, pidió y obtuvo de la ciudad de Ávila, en calidad de rehenes, varios caballeros principales y más de cien escuderos nobles, jurando "sobre vn Missal cō toda solenidad..... que..... los guerdaria y bolueria libremente, sin dañarlos en cosa alguna." [2] Mas apenas les tuvo en su poder, "mandó á los suyos, que alli, delante del, los hiziessen pedaços, sin perdonar a ninguno, por niño que fuesse, mostrando con animo cruel grān gusto en verlos assi matar; y sus ministros hazian lo mismo, haziendo juegos con las cabeças de los inocentes. Y para mostrar mas su ferozidad, mandó el Rey cocer algunas de aquellas cabeças, para mostrarlas y poner pauor a los lugares de Castilla, que no se le rindiessen. Por esto dizen los de Abila, que el lugar, donde fue este hecho inhumano, se llamó, El lugar de las Feruencias, por auer heruido y cocido las cabeças de sus nobles ciudadanos: si bien es verdad que alli ay vnos manantiales de agua, que parecen estar hirbiendo." [3] Á la vez que perjuro é inconcebiblemente inhumano, fué el Batallador tan apegado al catolicismo, que al morir dejó dicho en su testamento: "todo mi reino, toda mi tierra, cuanto poseo y heredé de mis antecesores y cuanto yo he adquirido...... todo sea para el Sepulcro de Cristo y el hospital de los pobres y el templo del Señor para que los tengan y posean por tres justas é iguales partes," [4] disposición que produjo después serias perturbaciones en España.

1 I, 309.[1]
2 Sandoval, Reyes de Castilla, fol. 116 fte. y vta.
3 Idem, fol. 117 fte.
4 En Lafuente, I, 327.[2]

§ 5. El rey san Fernando.

Fernando III de Castilla, que "unió á su persona la mas reconocida santidad con la mayor suma de poder que entonces podia alcanzarse," [1] desplegó inconcebible crueldad, principalmente contra los infieles. Ascendido al trono en 1217, "distinguióse por su dureza en el castigo de los delincuentes, pues pareciéndole suaves y blandas las penas que se imponian á los criminales, añadió otras extraordinarias y hasta repugnantemente atroces, tales como la de sumergir á los reos en el mar, la de precipitarlos de las torres, ahorcarlos, quemarlos, cocerlos en calderas y hasta desollarlos." [2] "De los herejes era tan enemigo (nos dice Mariana), que no contento con hacellos castigar á sus ministros, él mismo con su propia mano les arrimaba la leña y les pegaba fuego." [3] En las guerras se mostró igualmente feroz: "porque no se estragasen los soldados con la ociosidad y con los vicios que della resultan, acordó renovar la guerra contra moros........ junto buen golpe de gente, rompieron por el reino de Valencia, talaron los campos, quemaron y saquearon los pueblos, y con una grande cabalgada, volvieron ricos y contentos á sus casas...... se enderezó (luego san Fernando), contra los moros de Andalucía...... Seria largo cuento relatar por menudo todo lo que sucedió en esta jornada. La suma de todo es que muchos pueblos por aquella comarca quedaron yermos de gente, huidos los moradores, otros se rindieron por no desamparar sus casas: algunos quedaron destruidos del todo." [4] La tenaz persecución desplegada contra los infieles, fué causa á no dudarlo para que el pueblo español empezase á mirar como santo á Fernando III, y para que más tarde le canonizase la Iglesia romana bajo el papa Clemente X.

§ 6. Alonso X.

El hijo de san Fernando, don Alonso X, justamente llamado el sabio, fué en España "aborrecido del pueblo," [5] sin otro motivo, á nuestro entender, que porque "tenia condición mansa,...... (y) era dado al

1 Idem, I, 414.[1]
2 Idem, I, 392.[1]
3 I, 356.[1]
4 Mariana, 356. [b2]
5 Idem, I, 384.[1]

sosiego de las letras," [1] cualidades ambas abiertamente contrarias al espíritu turbulento y obscurantista de la nación. Deseoso el sabio rey de ilustrar á sus súbditos, combatió con energía la ignorancia tan generalizada entonces en España, obligando á los clérigos, "sacados los vieios (á que aprendiesen latin)," [2] Gramática, Lógica, Retórica y Música, y promulgando otras acertadas disposiciones acerca de los seglares. [3]

Honra grande es de don Alonso X haber declarado que "de los omes sabios, los omes e las tierras e los reynos se aprouechan, e se guardan, e se guian por el consejo dellos," [4] y no haber escatimado, consecuente con esta declaración, privilegios y honores á los maestros; fué el quien dijo: "(los) que muestran los saberes, en los estudios, en las tierras del nuestro Señorio,...... deuen ser quitos de pecho, e nō son tenidos de yr en hueste, nin en caualgada, nin de tomar á otro officio sin su plazer." [5]

No obstante, aquel hombre insigne no pudo substraerse al espíritu religioso exagerado de España; arrastrado por él, dispensó á manos llenas gracias y exenciones exorbitantes á los miembros de la Iglesia: "Franquezas muchas han los clerigos, (decía) mas q otros omes, tābiē en las personas, como en sus cosas;" [6] sometió las causas de los eclesiásticos al Papa, [7] y mandó que todos pagasen diezmos á la Iglesia, "aun los maestros (de cualquiera ciencia que fuesen)," [8] pesada carga que más tarde dió origen á furibundas excomuniones lanzadas sobre cuantos dejaban de pagar el tributo eclesiástico, siquier fuesen simples proletarios. Industriales y labradores quejáronse amargamente, durante largos años, del extremado rigor con que el clero exigía los diezmos: decían los últimos al Rey, todavía en 1438: "Ca sabrá vuestra alteza, que en muchos lugares de vuestros reynos los tales clérigos é dezmeros se han muy rigurosamente en los demandar et levar allende de aquello que segun derecho é costumbre pueden é deben llevar." [9]

Otras varias prerrogativas concedió al clero don Alonso X, con to-

1 Idem, 385.
2 Flores, España Sagrada, XXXVI, 217.
3 Partida, 1ª, tít. V, l. 37.
4 Idem, 2ª, tít. XXXI, proh.
5 Partida 1ª, tít. XXXI, l. 8.
6 Partida 1ª, tít. VI, l. 50.
7 Partida 1ª, tít. V, l. 5.
8 Partida 1ª, tít. XX, l. 3.
9 Martínez Marina, II, 58.

das las cuales se "multiplicaron infinitamente en Castilla los eclesiásticos, con especialidad los de menores órdenes ó tonsurados, y todo el reino estaba lleno de clérigos casados ó ignorantes."[1] Á decir verdad, don Alonso el Sabio prohibió á los eclesiásticos, aunque sin resultado tener mujeres ó barraganas.[2]

§ 7. Don Sancho el Bravo.

De este rey, hijo de don Alonso X, bástenos referir un episodio.

Hacia fines del siglo XIII, hízose fuerte en la ciudad de Badajoz el bando de los Bejaranos; mas rindiéronse luego á las fuerzas del Rey "Que los aseguraban de parte......... (de éste) que non les farian mal ninguno, é ellos por este aseguramiento dieron el castillo; é dado el castillo, mandó el Rey que matasen á todos aquellos que eran del linaje de los Bejaranos, é mataron entre omes é mujeres cuatro mill é más."[3] Pedro de Medina osa escribir que el Rey "los hizo a todos matar por iusticia.[4]

§ 8. Don Jaime I de Aragón y don Enrique III de Castilla.

El número exorbitante de eclesiásticos, su crasa ignorancia y depravadas costumbres, eran los factores más apropiados para acabar de desvirtuar los sentimientos religiosos, y hacer que degenerasen en el fanatismo ferozmente intolerante que tantos males produjo á España, siendo sin duda el más lastimoso, la matanza general de judíos ejecutada en 1391, reinando en Aragón don Jaime I, y en Castilla don Enrique III. Oigamos al entendido historiador don José Amador de los Ríos.

Por instigaciones de una parte del clero, que desde hacía tiempo incitaba á las muchedumbres en contra de los judíos, vióse repentinamente agitarse en masa la población de Sevilla el 6 de junio de 1391; "silenciosas y resueltas, movíanse las turbas, como impulsadas de misterioso resorte, corriendo de consuno á la Judería que era asaltada por todas partes. El hierro, el saqueo y el incendio, degollaban, aniquilaban y des-

1 Idem, II, 87.
2 Partida 1ª, tít. V, l. l. 73, 38, 43 y 44.
3 Crónica del Rey don Sancho, 82¹.
4 Fol. lXXIX fte.

truian, con prodigiosa rapidez, cuanto se oponia al paso de la furiosa muchedumbre, sin perdonar á los que huian ni á los que imploraban misericordia. Entre los gritos de los asesinos é incendiarios, escuchábanse los inexorables acentos del arcediano don Ferran Martinez, que, como otro fray Pedro Olligoyen, canonizaba con su ejemplo y su sacrílega predicacion aquellas terribles escenas. Más de cuatro mil judíos perecian al furor del fanatismo: las sinagogas menores eran derribadas en el acto por los feroces satélites del arcediano, y sólo encontraban salvacion los que escaparon de tan bárbaro estrago, pidiendo á voces las aguas del bautismo. Yerma en su mayor parte la judería y reducidas á escombros sus más notables sinagogas y edificios, desvanecíanse como el humo las riquezas laboriosamente allegadas en tantos siglos, quedando condenadas á la mendicidad las tristes reliquias de aquel espantoso naufragio."[1] De la capital, la matanza y el saqueo cundieron rápidamente por toda Castilla y todo Aragón. "Fama fué por aquellos dias que excedieron en toda España las víctimas, inmoladas en tal manera por la furia popular, de cincuenta mil almas, y no han faltado tampoco historiadores modernos, que sólo al reino de Aragon hayan cargado tan espantosa suma."[2] Resta saber que don Ferrán Martínez acabó "sus dias quieto y pacífico, *con opinion de sólida virtud.*"[3]

La monarquía española no sólo no cuidó de impartir protección y justicia á las desvalidas víctimas, sino que, en cuanto pudo, también las dañó; sin el más leve escrúpulo, hizo donación á los magnates y favoritos del reino, de "todas las sinagogas, tierras, casas y demás bienes y heredades, poseidos por los judíos en Sevilla y sus términos,... (y mandó expresamente) que no se molestára con penas, ni ménos se apremiase al pago de las multas, en que habian incurrido, á los complicados en dichas matanzas, robos y desafueros."[4]

§ 9. Los Reyes Católicos.

Durante el siguiente siglo XV suben al trono Fernando V é Isabel I, denominados los Católicos, á quienes tocó extender el dominio español hasta el Nuevo Mundo, y cuya época ha sido considerada como la

1 Amador de los Ríos, Judíos, II, 358-59.
2 Idem, II, 382.
3 Idem, II, 389.
4 Idem, loc. cit.

"mas gloriosa que presentan los anales (de España),"[1] todo lo cual no impidió que fueran ellos también dignos émulos de san Fernando, mostrándose excesivamente inhumanos hacia los infieles.

Con el objeto de hacer meritorio su reinado á los ojos de Dios y del pueblo, los Reyes Católicos proyectan el exterminio completo de la herejía, y sin que les detenga sentimiento de conmiseración alguno, decretan el establecimiento de la Inquisición y la expulsión general de los judíos.

Decía Gerónimo Zurita: "sse afirma por personas muy graues, y de grã religiõ, como cosa cierta, q siẽdo cõfessor de la Reyna (fray Tomás de Torquemada) en vida del Rey dõ Enrique, y del Principe dõ Alonso sus hermanos, en tiẽpo que no se imaginaua, q auia de suceder en aquellos reynos,....... la cõjuro en nõbre d nuestro Señor, q quãdo Dios la ensalçasse en la dignidad real, boluiesse por su gloria y hõra: y de tal manera mãdasse proceder contra el delito de heregia, q aquello se tuuiesse por el mas principal negocio de su estado real."[2] Con este conjuro pudo fácilmente el terrible fraile obtener de Isabel, ya de por sí "irreconciliable contra los enemigos de la Fe,"[3] la temprana promesa de que, cuando ascendiese al trono, se consagraría á la extirpación de la heregía para gloria de Dios y exaltación de la fe católica. Proclamada soberana Isabel en 1474, no olvidó su religiosa promesa, y cuatro años después, con anuencia de su esposo, solicitó del Papa Sixto IV una bula para la introducción del Santo Oficio en Castilla, bula que se expidió sin ninguna dilación con fecha 1º de noviembre 1478.

"Entendieron el Rey, y la Reyna, q era este...... necessario remedio para el beneficio de sus reynos."[4]

Aquel tribunal no quedó establecido, sin embargo, sino hasta el 2 de enero de 1481; pero desplegó desde luego tal actividad, que "en muy pocos dias...... prendieron algunos de los mas honrados e de los mas ricos veinte y cuatros e Jurados, e Bachilleres, e Letrados, e a hombres de mucho fabor, e a estos prendia el Asistente...... e comenzaron de sentenciar para quemar en fuego, e sacaron a quemar la primera vez a Tablada seis hombres e mujeres que quemaron."[5] El 6 de Enero de

1 Prescott, Reyes Católicos, II, 619.
2 Fol. 828.
3 Flores, Reinas, II, 788.
4 G. Zurita, fol. 828.
5 Bernáldez, I, 100-1.

1481 fueron quemados estos infelices: "en 26 de marzo diez y siete; en 21 de abril muchos; y hasta 4 de noviembre doscientos noventa y ocho, ademas de haber condenado los inquisidores á carcel perpetua setenta y nueve; y todo esto en solo la ciudad de Sevilla."[1]

Refiriéndose Mariana á los tremendos principios de la Inquisición, nos dice: "se reconciliaron hasta diez y siete mil personas entre hombres y mujeres de todas edades y estados; dos mil personas fueron quemadas, sin otro mayor número de los que se huyeron." [2] Bernáldez nos manifiesta á su vez: "Esta Santa Inquisicion ovo su comienzo en Sevilla...... e despues fueron puestos Inquisidores por toda Castilla e Aragon e son infinitos quemados e condenados y reconciliados encarcelados en todos los Arzobispados e Obispados de Castilla e Aragon...... digo, que pues el fuego está encendido, que quemará hasta que halle cavo al seco de la leña." [3] Marineo Sículo pinta bien la blanda indulgencia del Santo Oficio, cuando refiere que á los que se arrepentían con sinceridad, no obstante la hediondez de sus culpas, se les sentenciaba *meramente á prisión perpetua.* [4] Juan de Mariana escribe con peregrina ingenuidad: "Lo que sobre todo extrañaban era que los hijos pagasen por los delitos de los padres, que no se supiese ni manifestase el que acusaba, ni le confrontasen con el reo ni hobiese publicacion de testigos, todo contrario á lo que de antiguo se acostumbraba en los otros tribunales." [5] Á pesar de tantas extrañezas, Mariana concluye por llamar al horrendo tribunal: "Remedio...... dado del cielo." [6] Si hemos de creer que la obra de Mariana es "reproduccion fiel de los sentimientos, de las pasiones, de las creencias, de los instintos, de los amores y de los odios (de España)," [7] podemos afirmar que la Inquisición era vista con muy buenos ojos por la nación entera; y en verdad que el Santo Oficio "no hubiera podido existir (como atinadamente asienta don Marcelino Menéndez Pelayo), si el principio que dió vida á aquel popularísimo tribunal no hubiese encarnado desde muy antiguo en el pensamiento y en la conciencia del pueblo español." [8]

1 Llorente, I, 266.
2 II, 202-3.
3 I, 103-4.
4 Libro XIX.
5 II, 202.[1]
6 Idem, 203.[1]
7 Godoy Alcántara, 256.
8 I, 24.

Veamos ahora cómo se llevó á cabo la expulsión general de los judíos, incontestable ejemplo de la cruel intransigencia española en materia religiosa.

Desde 1478 los Reyes Católicos habían ordenado que ningún judío, bajo pena de muerte, morase en las ciudades de Córdoba y Sevilla, por considerarse perjudicial el trato que tenían los hebreos con la gente cristiana; como consecuencia de esto, viéronse "abandonadas y desiertas en aquellas ciudades...... más de cuatro mil casas." [1]

Dos años después los mismos reyes dispusieron que todos los judíos de los dominios castellanos fuesen forzados á vivir recluídos en barrios separados de los de los cristianos; esta disposición se ejecutó con extremada dureza.

Sin embargo, los judíos todo lo sufrían con resignación abnegada; sin mostrar justos resentimientos ni dejar oir una sola queja, apresurábanse cada día á dar mayores muestras de adhesión al reino; fué la Aljama de Zaragoza la que sobresalió "por lo concertado del recibimiento y la riqueza de los dones (hechos á Fernando é Isabel cuando se dirigieron á Aragón para que allí fuese jurado y recibido por heredero el príncipe don Juan)." [2] Sin limitarse los judíos á estos valiosos agasajos y obsequios, igualmente prestaban á la monarquía, con desusada liberalidad, servicios de la mayor importancia; fueron así aquellos aborrecidos infieles los que abastecieron al ejército español de cuanto necesitó durante los cercos de Málaga, Baza y Granada; refiriéndose al último, dice don José Amador de los Ríos: "causaban por cierto verdadera maravilla, el órden y la abundancia con que eran abastecidos la ciudad y el campo de todo linaje de artículos de vestir, de comer y de guerrear." [3] Fué también un descendiente del Rabí Azarías Ginisllo, el generoso don Luis de Santángel, quien proporcionó el dinero necesario para el descubrimiento de América, según veremos en el capítulo siguiente.

Mas inútilmente multiplicaban los judíos con afanosa solicitud sus trabajos y sacrificios; jamás habrían logrado aminorar, ni en pequeñísima parte, el hondo aborrecimiento que España profesaba á cuantos no seguían la fe de Cristo.

Si no había sonado aún la hora del exterminio para los judíos, debíase únicamente á que el clero tenía puestas todas sus energías en la

1 Amador de los Ríos, Judíos, III, 284.
2 Idem, III, 291-92.
3 III, 301.

sangrienta guerra que á la sazón hacían los Reyes Católicos á los moros, y la cual, puede decirse, personalmente dirigían los más altos dignatarios de la Iglesia cristiana. Refiérenos Bernáldez que en el asedio de Málaga, estuvieron presentes "el cardenal de España arzobispo de Toledo, D. Pedro Gonzalez de Mendoza......... e algunos obispos;" [1] y que el propio arzobispo asistió asimismo, junto con el de Sevilla "e el Rey e el Príncipe e todos los Caballeros e gente..... á la Vega de Granada e sus comarcas, donde estubieron diez ú doce dias atalando e faciendo mal e daño en los bienes e haciendas de los Moros, donde les talaron panes, viñas, huertas e havales;" [2] Hernando del Pulgar nos hace saber que el repetido arzobispo capitaneaba á gente propia. [3]

"Fue abuso comun durante la edad média (dice Clemencín), que los eclesiásticos ejercitasen las armas......... No hablo solo de las guerras contra infieles, en que se repitieron con mas frecuéncia los ejemplos de tal desorden, cubiertos con el pretexto de religion, sino tambien de las guerras entre príncipes cristianos, y aun de las civiles que agitaron á Castilla en el siglo en que nació y vivió la Réina Doña Isabel." [4]

La victoria de Olmedo, alcanzada en 1445 por don Juan II sobre los grandes del reino, se debió en gran parte al arzobispo de Toledo y á otros eclesiásticos; durante la batalla, formó una de las alas "la gente del Obispo de Cuenca." [5] Allí mismo, once años después, en el encuentro que tuvieron don Enrique IV y los partidarios de su hermano don Alonso, aparece entre aquéllos, capitaneando á "seiscientos rocines, hombres d'armas é ginetes...... el Arzobispo de Toledo (don Alonso Carrillo)...... (quien) fué herido....... en el brazo izquierdo." [6] Durante la batalla habida cerca de Toro en 1476, entre el rey don Alonso y el rey don Fernando, se encontró al lado de éste "D. Pedro Gonzalez de Mendoza, Obispo de Siguenza, Arzobispo de Toledo que despues fué, e le sirvió mucho e peleó con el roquete sobre el arnés." [7] "En el siglo XVI, después del fallecimiento de Doña Isabel, en tiempo ya al parecer de mayor cultura y suavidad de costumbres, leemos del arzobispo de Zaragoza D. Alonso de Aragon, hijo del Rei Católico,

1 I, 193-94.
2 I, 212.
3 507.[1]
4 387.
5 Pérez de Guzmán, 628.[2]
6 Enríquez del Castillo, 164.[1 y 2]
7 Bernáldez, I, 62.

que era gran caballero de la brida, y que sirvió personalmente en la guerra de Navarra como capitan de los caballeros de su casa y otros aragoneses. En la misma guerra y en las de las comunidades de Castilla militó D. António de Acuña, obispo de Zamora, *de revoltosa memoria*, como dijo D. Francesillo, truhan de Cárlos V, en la crónica del Emperador que anda manuscrita entre los curiosos." [1]

Si así se conducían los eclesiásticos españoles en las disensiones civiles, ¿cuál sería su comportamiento en las guerras contra los infieles?

Pero volviendo á nuestra anterior relación, diremos que tan pronto como se entregó Granada, el "Lunes 2 dias de Enero (de 1492)," [2] volvió el clero sus iracundos ojos hacia lo judíos, resolviendo acabar con ellos de una vez.

Para lograr el abominable intento, pidieron los altos prelados al reino, de manera enérgica y decisiva, el destierro inmediato de todos los judíos no bautizados. Sabedores éstos de la terrible suerte que se les deparaba, ocurren con presteza á los Monarcas, les prometen 30,000 ducados y sujetarse á cuantas condiciones les impusiera el reino, en cambio de que se les permitiera continuar viviendo en España, su tierra natal. Inclinábanse ya Fernando é Isabel á aceptar los tentadores 30,000 ducados, cuando se les presenta repentinamente fray Tomás de Torquemada con un crucifijo en la mano, y les dice trémulo de ira: "Judas vendió una vez al Hijo de Dios por treinta dineros de plata: Vuestras Altezas piensan venderlo segunda vez por treinta mil: ea, señores; aquí le teneis; vendedlo." [3] Aunque manifiestamente no se trataba de vender á Cristo, sino sólo de dejar en el reino á "la parte mas hábil é industriosa de sus súbditos," [4] aquellas palabras exaltadas que profirió el fraile sin guardar miramiento alguno á los soberanos, bastaron para desvanecer en éstos todo sentimiento de humanidad, y hacerles firmar, el 31 de marzo de 1492, el execrable edicto por el cual se "condenaba á la expatriacion, á la miseria, á la desesperacion y á la muerte, muchos millares de familias que habian nacido y vivido en España." [5] Dentro del perentorio plazo de cuatro meses, bajo pena de muerte y confiscación de bienes, los judíos tenían que salir para siempre, sin que nunca jamás pudiesen tornar á ella, "de la tierra en que

1 Clemencín, 388.
2 Bernáldez, I, 228.
3 Llorente, II, 114.
4 Prescott, Reyes Católicos, I, 493.
5 Lafuente, II, 304.[2]

nacieron, de la tierra donde vivia ó descansaba todo lo que mas amaron, de una tierra, no adoptiva, sino heredada, donde sus antepasados habian vivido por espacio de siglos, y á cuya prosperidad y gloria estaban tan íntimamente adheridos como cualquiera español antiguo; é iban á ser arrojados sin auxilio, sin amparo, y cubiertos de infamia." [1]

Como según el propio edicto, los desventurados proscritos no podían sacar oro, plata, ni moneda acuñada, la expoliación vino á preceder arteramente al destierro. Andrés Bernáldez, testigo presencial nada sospechoso, manifiesta que los tristes desterrados "vendieron, e malvarataron quanto pudieron de sus haciendas...... (y agrega): e en todo ovieron siniestras venturas; ca ovieron los christianos sus faciendas mui muchas e mui ricas casas, e heredamientos por pocos dineros, e andaban rogando con ellas, e no hallaban quien se las comprase: e daban una casa por un asno, e una viña por poco paño ó lienzo, porque no podian sacar oro ni plata." [2] En verdad que "no habia compasion para la raza judaica: el clero predicaba contra ella en templos y plazas," [3] y Torquemada lanzaba "graves censuras contra los cristianos que, pasado el término de los cuatro meses fijado por los Reyes Católicos, y nueve dias más que él concedia, osáran recibirlos en sus posadas ó heredades, comunicáran con ellos ó les dieran mantenimiento alguno." [4]

Llegado el momento del éxodo, los judíos viéronse obligados á abandonar sus antiguos hogares. Sin embargo, aun en aquel momento supremo, no podían conformarse con su horrible suerte; y alimentando la ilusión de que los reyes les concederían un nuevo plazo, se dirigieron á los cementerios de sus antepasados "alvergãdose en las sepulturas de sus mismos difuntos," [5] mientras regresaban algunos de los suyos que habían ido á la corte en demanda de tan humilde merced. Mas negada ésta y perdida ya toda esperanza, tuvieron que salir al fin "de las tierras de su nacimiento, chicos, e grandes, viejos, e niños, a pié e caballeros en asnos, e en otras vestias, e en carretas, e continuaron sus viajes, cada uno á los puertos que havian de ir, e iban por los caminos, e campos...... con muchos trabajos e fortunas, unos cayen-

1 Prescott, Reyes Católicos, I, 495.
2 I, 254.
3 Lafuente, II, 309.[1]
4 Amador de los Ríos, Judíos, III, 308.
5 Colmenares, 438.

do, otros levantando, unos muriendo, otros naciendo, otros enfermando."[1]

La peregrinación fué en efecto un dolorosísimo calvario: los que pasaron al África, que fueron los más, "en el viaje, eran robados por diversas maneras, e les tomaban las mozas, e las mugeres, e los lios de la hacienda...... faciéndoles mil plagas, y mil desventuras...... (los que sobrevivieron andaban después) desnudos, descalzos, e llenos de piojos, muertos de hambre, e muy mal aventurados, que era dolor de los ver:"[2] No cupo mejor suerte á los proscritos que se dirigieron á otros lugares; refiriéndose á los que emigraron á Italia, dícenos Senarega, testigo genovés ocular: "Nadie podía mirar sin dolor los sufrimientos de los desterrados judíos: una gran parte murieron de hambre, especialmente los de tierna edad; las madres, que apenas tenían fuerzas para mantenerse en pie, llevaban en brazos á sus hambrientos hijos, y morían juntamente con ellos; muchos perecieron víctimas de frío, otros de sed además, las molestias inherentes á un viaje por mar, y á que no estaban acostumbrados, exacerbaban sus enfermedades. No me detendré en pintar la crueldad y avaricia de los patrones de los barcos que los transportaban desde España, y los cuales asesinaron á muchos para saciar su ambición, y obligaron á otros á vender á sus hijos para pagar los gastos del pasaje. Llegados á Génova, en grupos diversos, no les permitieron permanecer allí por mucho tiempo, porque existía una ley antigua que vedaba á los pasajeros judíos detenerse en aquella ciudad por más de tres días. Se les permitió, sin embargo, que pudieran reparar sus barcos y reponerse durante algunos días del cansancio del viaje. Cualquiera podía tomarlos por espectros: tan demacrados y cadavéricos estaban sus rostros, y tan hundidos sus ojos; no se diferenciaban de los muertos más que en la facultad de moverse, que apenas conservaban."[3]

"El número de los judíos que salieron de Castilla y Aragon no se sabe; los mas autores dicen que fueron hasta en número de ciento y setenta mil casas, y no falta quien diga que llegaron á ochocientas mil almas; gran muchedumbre sin duda, y que dió ocasion á muchos de reprehender esta resolucion que tomó el rey don Fernando en echar de sus tierras gente tan provechosa y hacendada y que sabe todas las

1 Bernáldez, I, 257.
2 Idem, 259-60.
3 En Muratori, XXIV, 531-32.

veredas de llegar dinero;"[1] "todos eran mercaderes, vendedores, e arrendadores de alcavalas, e rentas de achaques, e hacedores de señorios, tundidores, sastres, e zapateros, curtidores, zurradores, sederos, especieros, bujoneros, texedores, plateros, e de otros semejantes oficios...... Eran entre sí muy caritativos...... havia entre ellos muy ricos hombres, que tenian mui grandes riquezas e faciendas que valian un cuento e dos cuentos, e tres. Personas de diez cuentos donde era asi, como Abraham, señor que arrendaba la mas de Castilla."[2] España perdió, pues, la *parte más hábil é industriosa de sus súbditos*, como indicamos anteriormente.

Antes de dejar el reinado de los Reyes Católicos, manifestaremos con un autor bastante moderado, que los Estados de la monarquía se encontraban "casi en un todo corrompidos por una general destemplanza......(y que) Las Iglesias, los clerigos, los Monges, y las Monjas, padecían un general desorden."[3]

§ 10. Carlos V.

La reina Isabel murió en 1504; doce años después falleció su esposo, dejando nombrado sucesor á su nieto Carlos de Austria, quien tomó posesión del reino tras de una efímera regencia del ilustre Cardenal Jiménez Cisneros.

Al decir de un competente historiador, Carlos V "fue por su gerarquía y dignidad el primer soberano de su siglo."[4] No por esto deja de dar vivas señales del inmoderado espíritu religioso español. En el razonamiento que hizo en 1555, sobre su renuncia del trono, pasa á referirse á las muchas guerras que había sostenido, y pone en primer término aquellas á que *le obligó* la defensa de la fe católica.[5] Separado del poder durante el siguiente año, su celo le lleva al monasterio de Yuste, donde confiesa llanamente "que lo que mas auia deseado en esta vida era ser Fraile, ó Donado de vn Monasterio, y, servir alli como el menor de la casa."[6] Descubre todavía mejor las tendencias religiosas del Monarca, otra declaración que hace en el mismo convento:

1 Mariana, II, 242[1].
2 Bernáldez, I, 256.
3 Flores, Reinas, II, 814-15.
4 Robertson, IV, 303.
5 Sandoval, Carlos V, 466.
6 Idem, pág. 472[2].

"Ninguna cosa bastaria á sacarme del monasterio (decía), sino esta de los hereges, quando fuesse necessario: mas para vnos piojosos como estos no es menester. Ya yo tengo escrito a Iuan de Vega [......Presidente de Castilla] que dé todo el valor possible a su castigo, y a los Inquisidores, que pongan toda diligencia en ello, y que trabajassen, porque muriessen reducidos a la Fé: pero que de ninguna manera los dexassen de quemar, porque no auia que esperar que ninguno de ellos fuesse adelante verdadero Catolico, y se erraria en dexarlos de quemar, lo que yo erré en no matar a Lutero, y si bien yo lo dexé, por no quebrar el salvoconduto, y palabra que le tenia dada, pensando remediar sus heregias por otro camino, con todo esso erré, porque *yo no era obligado a guardarle la palabra*, por ser la culpa del herege contra otro mayor Señor, que era Dios, y antes tuve obligacion a vengar esta injuria."[1] Bajo un rey que así pensaba, arrepintiéndose de haber sido leal y caballero, no era posible que amenguase ni un ápice la crueldad fanática del pueblo español.

§ 11. Felipe II.

Al morir Carlos V, dejó dicho á su hijo Felipe II, en la cláusula 1ª de su Codicilo: "Y mando, como padre que tanto le quiero, y como por la obediencia que tanto me debe, tenga de esto grandísimo cuidado, como cosa tan principal y que tanto le va, para que los herejes sean oprimidos y castigados con toda la demostracion y rigor, conforme á sus culpas, y esto sin excepcion de persona alguna, ni admitir ruegos, ni tener respeto á persona alguna: porque para el efecto de ello favorezca y mande favorecer al Santo Oficio de la Inquisicion, por los muchos y grandes daños que por ella se quitan y castigan, como por mi testamento se lo dejo encargado."[2] Rigurosamente cumplió Felipe II los consejos de su padre. "Con poco que se hubiera prolongado la vida del emperador hubiera quedado bien satisfecho el celo inquisitorial que desplegó al fin de sus días, al ver procesados por el Santo Oficio tantos personajes ilustres por sus altos cargos, por su ciencia ó por su cuna, tantos arzobispos y obispos, abades, sacerdotes, frailes, monjas, marqueses y grandes señores, magistrados, profesores, altos funciona-

1 Idem, 475².
2 En Lafuente, II, 610².

rios del Estado, mezclados con menestrales, artesanos, sirvientes y gente menuda del pueblo."[1]

Aquel terrible tribunal no se detenía ni ante la autoridad, ni ante la sabiduría, ni ante la virtud; persiguió así, entre otras muchas personas eximias, á don fray Bartolomé Carranza, arzobispo de Toledo, primado de las Españas, al cual se aprehendió en 22 de agosto de 1559,[2] y no se sentenció sino hasta el 14 de abril de 1576;[3] á don Pedro Guerrero, arzobispo de Granada, "uno de los prelados de mayor autoridad en el concilio tridentino, por su ciencia, virtud, zelo é integridad;"[4] al sapientísimo Antonio de Nebrija, á quien se "trató cruelmente,"[5] á Juan de Mariana, el mejor historiador que haya tenido la Península, el cual fué "penitenciado y estubo preso en su Colegio bastante tiempo;"[6] á fray Luis de León, gloria de la lengua y poesía castellanas y teólogo eminente: permaneció preso "cinco años;"[7] á nuestro impecable don fray Bartolomé de las Casas, quien por haber sostenido que los reyes no tenían "poder para disponer de las personas y libertad de los subditos para hacerlos vasallos de otro señor...... (fué delatado y) sufrió grandes mortificaciones;"[8] á San Ignacio de Loyola, "preso en Salamanca, como fanático y sospechoso de iluminado ó alumbrado;"[9] á "Sª Teresa de Jesus [muger de las de mayor talento de España]...... procesada por la Inquisicion de Sevilla,"[10] etc., etc.

Ahora bien, si no merecieron respeto alguno de la Inquisición tales personas, y antes bien, fueron tratadas con tan excesivo rigor, ¿cómo se procedería en contra de otras infinitas que no tenían tan grandes y merecidos títulos en autoridad, saber ó virtud?

Era de esperarse que el Santo Oficio desplegara su plena actividad bajo Felipe II, cuyo fanatismo é intolerancia fueron tales, que al decir de un concienzudo historiador, si el adusto monarca encarceló á su propio hijo don Carlos y llegó hasta autorizar una sentencia de muerte en su contra, debióse á que el infante, desprovisto de espíritu religioso, se había declarado fautor de los herejes flamencos, delito que Felipe II

1 Lafuente, III, 16².
2 Llorente, VII, 71.
3 Idem, VII, 156.
4 Idem, VI, 78-9.
5 Idem, II, 229.
6 Idem, V, 208.
7 Idem, V, 198.
8 Idem, V, 173.
9 Idem, VI, 131.
10 Idem, VI, 147.

"no podía perdonar;"[1] algún tiempo antes, cuando preguntó á éste don Carlos de Seso, al ser llevado á la hoguera por hereje: "cómo le dexaba quemar?...... respondió, *Yo traeré leña para quemar á mi hijo si fuere tan malo como vos.*"[2] Á fines del siglo XVI, escribía el célebre secretario de Estado, Antonio Pérez: "viuen aun muchos que le oyeron decir (á Felipe II) que si el Principe su hijo fuera hereje, o seismatico diera el mismo la leña para quemarle."[3]

Pinta bien el intolerante fanatismo de Felipe II, la pragmática que expidió en Aranjuez el 22 de noviembre de 1559. Aunque en aquella época cundían con rapidez por Europa las ideas reformistas, casi no encontraban eco en España, no porque "la lengua de Castilla no se forjó para decir herejías," como exclama en un arranque de juvenil misticismo don Marcelino Menéndez Pelayo,[4] sino á causa de la feroz intransigencia religiosa que desde tiempos muy atrás venía caracterizando al pueblo español. Sin embargo, Felipe II creyó necesario levantar una barrera infranqueable al protestantismo, y al efecto promulgó la referida pragmática, en la cual mandaba, bajo penas severas, que ningunos naturales ó súbditos del reino, de cualquier estado, condición ó calidad que fuesen, "no puedan ir ni salir destos reinos á estudiar, ni enseñar, ni aprender, ni á estar ni residir en universidades, ni estudios ni colegios fuera destos reinos; y que los que hasta agora y al presente estuvieren y residieren en las tales universidades, estudios ó colegios, se salgan y no estén mas en ellos dentro de cuatro meses despues de la data y publicacion desta nuestra carta."[5]

Tan disparatada medida dió el golpe de gracia al progreso intelectual de España, ya de por sí moribundo, debido al rigor con que le tenía engrillado la Inquisición; ésta había extendido sus prohibiciones tanto á las obras religiosas como á las científicas y aun á las de simple arte, pasatiempo ó recreo, sometiéndolas todas á un Consejo especial que "resolvia por sí solo en vista de las censuras dadas por los teologos llamados *calificadores*, que [generalmente hablando] eran preocupados, ignorantes;"[6] puede decirse sin exageración que no hubo obra importante que no fuese condenada por el Santo Oficio, para lo cual basta-

1 Lafuente, III, 68[1].
2 Cabrera, 286.
3 MS.
4 I, 26.
5 En Lafuente, III, 18[2].
6 Llorente, II, 144-45.

ba que alguno de los ineptos censores dijera que aquélla contenía proposiciones "mal sonantes; ofensivas de oidos piadosos; erroneas; favorables á la heregía; contenedoras de olor, ó sabor de heregía; fautoras de heregía, proximas á heregía."[1] Con sobrada razón, pues, preguntaba don Juan Antonio Llorente si era posible que existieran sabios en España;[2] al menos, ésta no llegó á ver á ninguno de sus hijos entre los Galileos, los Newtons, los Keplers, los Descartes, y tantos otros grandes maestros de la humanidad.

Muerto el progreso intelectual en España, el militarismo continuó predominando con sus tendencias destructoras. Cualquiera podía descubrir este predominio: Hernán Cortés llamaba á los castellanos "Nacion belicosa,"[3] y Oviedo y Valdez decía de ellos: "en nuestra nacion española no paresce sino que comunmente todos los hombres della nascieron principal y especialmente dedicados á las armas y á su exercicio, y les son ellas é la guérra tan apropriada cosa, que todo lo demas les es acessorio, é de todo se desocupan de grado para la milicia."[4] No exageró, en consecuencia, Gustave Le Bon cuando asentó en una de sus bellas obras: "los españoles profesaban el más soberano desprecio por toda profesión que no fuese eclesiástica ó militar."[5]

Naturalmente, la falta de cultura, las costumbres groseras del pueblo y la preponderancia del militarismo, fueron fecundos abonos para que el fanatismo cundiese en España como rápida plaga inficionándolo todo: "de él están llenos los romances populares y las novelas de la época, y....... el teatro nacional en mas de una forma viene á ser su extraño y grotesco monumento."[6]

Ya desde los reinados anteriores el fanatismo se había manifestado ciego, intolerante y cruel, pero no había asumido aún el carácter efervescente de brutal ferocidad que reviste después bajo Felipe II. Bástenos referirnos á la guerra sin cuartel que éste hizo á los moros residentes en el reino.

Á instancias de los arzobispos y demás prelados, Felipe II expidió en 1566 una pragmática de varios capítulos, en los que se prohibía á los moriscos hablaran ó escribieran en su lengua, y conservasen sus

1 Llorente, V, 153–54.
2 Idem, V, 156.
3 En Herrera, III, 21[1].
4 I, 475[2].
5 300[1].
6 Ticknor, II, 18.

nombres, fiestas, ritos y demás costumbres, ordenándoseles, por otra parte, que destruyeran sus baños medicinales y de aseo, tuviesen abiertas las puertas de sus casas, y anduvieran sus mujeres con los rostros descubiertos. Hubo entonces quienes opinaron que no debían ejecutarse de un golpe todos estos capítulos absurdos, "por estar los moriscos tan casados con sus costumbres, y porque no lo sentirian tanto yéndoselas quitando poco á poco; mas el presidente don Diego de Espinosa, fabricado de los avisos que venian cada dia de Granada, y abrazándose con la fuerza de la religion y poder de un príncipe tan católico, quiso y consultó á su majestad que se ejecutasen todos juntos." [1] Hay que saber que ese don Diego de Espinosa "era inquisidor general y obispo de Sigüenza, y después fué cardenal en la santa iglesia de Roma." [2]

Supremos esfuerzos hicieron los moriscos para que se modificasen las monstruosas medidas dictadas en su contra; mas cuando al fin se cercioraron de que la Monarquía no estaba dispuesta á atenuarlas en lo más leve, prefirieron morir antes que renunciar á su propio modo de ser, y con denuedo inaudito arrojaron sobre el rostro de España el guante de la rebelión. "Sólo la desesperacion pudo inspirar resolucion tan arriesgada y atrevida á unos hombres sin armas, sin municiones, sin vituallas, sin disciplina militar, sin fortalezas y sin dinero, teniendo que habérselas con el mas poderoso soberano de la tierra." [3] La guerra que surgió, aunque desigual en extremo, fué exterminadora de parte de los españoles.

Según don Diego Clemencín, desde antes "Era costumbre de los cristianos que entraban á correr la frontera de los moros, traer las cabezas de los enemigos muertos pendientes de los arzones, y darlas á los muchachos de sus pueblos para azorarlos á la guerra contra los mahometanos, al modo con que se solia adestrar y cebar, dándoles los despojos de la caza, á los perros y á los gerifaltes: costumbre que se observó todavia en la guerra contra los moriscos del réino de Granada que se levantaron en tiempo de Felipe II." [4] Luis del Mármol Carvajal, testigo de vista, refiere otras muchas inhumanidades no menos horrendas; entre ellas, cómo los españoles, una vez que estalló dicha guerra, no tenían empacho para asesinar á los prisioneros que

1 Mármol Carvajal, 161[2].
2 Idem, 160[2].
3 Lafuente, III, 58[1].
4 389.

habían asegurado en las cárceles,[1] ni tampoco para atacar de improviso los lugares ya reducidos y que estaban dados de paces: entrando impetuosamente por las calles y casas, mataban á sus descuidados moradores, cautivaban muchas mujeres y robaban cuanto encontraban.[2] Aun los personajes más ilustres, como don Juan de Austria, prototipo acabado del caballero español de aquellas épocas, dieron muestras de salvaje crueldad. El mismo don Luis del Mármol Carvajal, después de referir de qué modo fué ganando el ejército español la villa de Galera á los moriscos, en 1570, manifiesta: "Recogiéronse algunos en una casa pensando darse á partido; mas todos fueron muertos, porque aunque se rendian, no quiso don Juan de Austria que diesen vida á ninguno; y todas las calles, casas y plazas estaban llenas de cuerpos de moros muertos, que pasaron de dos mil y cuatrocientos hombres de pelea los que perecieron á cuchillo en este dia. Mientras se peleaba dentro en la villa, andaba don Juan de Austria rodeándola por de fuera con la caballería; y como algunos soldados, dejando peleando á sus compañeros, saliesen á poner cobro en las moras que habian captivado, *mandaba á los escuderos que se las matasen;* los cuales mataron mas de cuatrocientas mujeres y niños; y no pararan hasta acabarlas á todas, si las quejas de los soldados á quien se quitaba el premio de la vitoria, no le movieran; mas esto fué cuando se entendió que la villa estaba ya por nosotros, y no quiso que se perdonase á varon que pasase de doce años: tanto le crecia la ira, pensando en el daño que aquellos herejes habian hecho, sin jamás haberse querido humillar á pedir partido; y ansí hizo matar muchos en su presencia á los alabarderos de su guardia."[3] El autor pasa á indicar en seguida, que, consumada esta matanza, resultaron cautivadas cuatro mil y quinientas mujeres y criaturas que *acertaron* á quedar con vida, y agrega: "Don Juan de Austria me mandó á mí que hiciese recoger el trigo y cebada que tenian allí los moros, y que la villa fuese asolada y sembrada de sal."[4]

No faltaron en tan bárbara guerra suplicios bestiales más horripilantes todavía que los que ideó el santo rey don Fernando III. El propio don Luis del Mármol Carvajal, por cierto con una indiferencia que irrita, describe el tormento que se dió al esforzado moro Aben Aboo para saber dónde se encontraba el Zaguer, uno de los principales caudillos

1 Mármol Carvajal, 252[1].
2 Idem, 250[1].
3 313-14.
4 314[1].

de la rebelión; aquel infeliz fué colgado de las partes pudendas, y estando así, "llegó á él un airado soldado, y como por desden le dió una coz, que le hizo dar un vaiven en vago y caer de golpe en el suelo...... (no sin sufrir antes la más repugnante de las mutilaciones. Con heroico estoicismo, el moro mártir, á quien de manera estúpida llama el autor) bárbaro, hijo de aspereza y frialdad indomable, y menospreciador de la muerte, mostrando gran descuido en el semblante, solamente abrió la boca para decir: «Por Dios que el Zaguer vive, y yo muero;» sin querer jamás declarar otra cosa." [1]

Tal era el pueblo que ya por entonces dominaba en América y del cual, años después, decía Mariana: "Groseras sin policía y crianza fueron antiguamente las costumbres de los españoles. Sus ingenios mas de fieras que de hombres...... Sus ánimos inquietos y bulliciosos; la ligereza y soltura de los cuerpos extraordinaria; dados á las religiones falsas y culto de los dioses; aborrecedores del estudio de las ciencias, bien que de grandes ingenios...... Esto fué antiguamente, porque en este tiempo mucho se han acrecentado, así los vicios como las virtudes."[2]

CAPÍTULO SEGUNDO.

ESPAÑOLES VENIDOS Á AMÉRICA.

§ 1. Extranjeros.

Estudiados como quedan los principales rasgos del carácter general del pueblo ibero, correspóndenos ahora analizar la índole especial de los españoles venidos á América.

Dice Oviedo: "á estas partes (las Indias) han passado muchas diverssidades de hombres y lenguas;"[3] el mismo autor manifiesta antes: "ninguna lengua falta acá de todas aquellas partes del mundo que haya chripstianos, assi de Italia como de Alemania y Escocia, é Ingalaterra, y franceses y úngaros, y polonios, é griegos, é portugueses y de todas las otras nasciones de Asia y África é Europa."[4] Procuraremos descubrir qué haya de verdad en esto.

1 249.²
2 I, 6.²
3 III, 256.²
4 II, 224-25.

Desde luego advertiremos que Oviedo conviene en que: "la mayor parte de los hombres que acá andan son de nuestra España,"[1] lo que indefectiblemente tenía que suceder.

Refiere Herrera que la reina doña Isabel mandó "que otros ningunos, sino ellos, (lòs castellanos) pasasen á...... (América, porque) juzgaba, que de nadie seria mejor obedecida, que de sus propios Vasallos, ni otros ningunos mejor executarian sus Ordenes."[2] Todos los demás españoles, y con mayor razón los extranjeros, no pudieron por tanto emigrar al Nuevo Mundo; si alguno lo hacía, era en virtud de concesión especial, como la que se otorgó al aragonés Juan Sánchez para que trajera mercaderías á la Española.[3]

Con fecha 5 de marzo de 1505 se expidió una real cédula concediendo á los extranjeros "vecinos e moradores (de Castilla)...... puedan llevar a vender e contratar a la dicha ysla española...... mercaderias e cosas..... (pero con la precisa condición de) que no las enbien ni lleven los dichos estranjeros como principales, e que los fatores e personas que en ello por su parte ovieren de entender sean asy mismo naturales destos dichos Reynos."[4] Para que ninguna duda pudiera caber acerca del particular, dictóse una cédula el 3 de mayo de 1509, previniendo á Nicolás de Ovando, que si llegaban á pasar extranjeros á las Indias, ejecutase "en las tales personas e en sus bienes, lo que fuere xustycia;"[5] un año después se decía igualmente á don Diego Colón: "non consyntais nin deys lugar que nengund estrangero esté nin rresida en esas dichas Indias, sinon que guardeys lo que sobrello thenemos mandado."[6]

Fácil es colegir del siguiente pasaje de Mártir el extremado rigor con que se cumplían las anteriores disposiciones: "al cabo (nos dice) de veintiséis años que he estado siempre con este Rey Católico, y no mal quisto, apenas tuve bastante poder para conseguir el diploma para que pasara ese extranjero (un Francisco Cota, paisano del autor.) Tal permiso se concede á algunos genoveses [y por cierto á pocos], por consideración al Almirante, hijo mayor del primer descubridor de aquellas tierras; pero á otros, de modo ninguno."[7]

1 II, 225.[1]
2 V, 210.[1]
3 Docs. de América, XXXIX, 111.
4 Docs. de Ultramar, V, 78-79.
5 Docs. de América, XXXI, 426.
6 Docs. de América, XXXII, 82.
7 II, 150.

Por un exceso de precaución, los reyes españoles llegaban hasta estipular con los conquistadores, "que ningun Estrangero pudiese estar en las Indias, sin licencia particular, i que los que estuviesen, saliesen;"[1] y cuidaban de refrendar de tarde en tarde la repetida prohibición; así por cédula de 6 de diciembre de 1538, se mandó á los oficiales de la Casa de contratación de Sevilla: "de aqui adelante no consintays ni deys lugar que ningun estrangero destos nuestros Reynos ande en la navegacion delas nuestras Indias ni los dexeys ni consyntais passar a ellos por marineros ni por otro ningun oficio;"[2] en cédula posterior se ordenó á los presidentes, oidores, gobernadores, etc., de las Indias, "que sy de aqui adelante algund navio portogues o yngles o de otra nacion estrangera destos nuestros Reynos aportare a algund puerto desas dichas provincias e yslas, tomeys por perdidos los tales navios y las mercaderias que en ellos llevaren aunque sean de nuestros subditos e naturales destos nuestros Reynos y señorios, todo lo qual mandamos que apliqueys a nuestra camara e fisco."[3] En 1574 escribía López de Velasco: "no se consienten pasar á las Indias extranjeros de estos reinos, ni portugueses á residir en ellas ni contratar, ni de estos reinos los que fueren de casta de judíos ó moros." [4]

Ni aun á los eclesiásticos extranjeros se permitía la estancia en Indias. Dice Veitia Linage; "Por cedula dada en Ocaña á 9. de Noviembre de 530...... se mandó que por ninguna manera dexassen passar á las Indias Frayles estrangeros, aunque llevassen licencia de sus Superiores, y que si presentassen alguna la remitiessen al Consejo; y por otra dada en Madrid á seis de Març̧o de 1655. se dixo que se avia tenido noticia, de que entre los Religiosos de las missiones de la Compañia de Iesus, passavan algunos que eran estrangeros destos Reinos, que se tuviesse mucho cuidado y no se permitiesse que passasse ninguno."[5] Que se cumplía con la prohibición, lo prueba el hecho de que don Sebastián Ramírez de Fuenleal "No permitió frailes Estranjeros (aquí en México, cuando vino con el cargo de Presidente de la Audiencia)."[6]

Con todo, debieron existir algunos extranjeros en las posesiones que España tenía en las Indias. Hay motivos para pensar que no todos los

1 Herrera, V, 150.[1]
2 Docs. de Ultramar, X, 449.
3 Idem, 518-19.
4 37.
5 231[2]
6 Herrera, IV, 198.[1]

criminales que se deportaban á América eran españoles, supuesto que en las cédulas relativas no se exceptuó á los extranjeros; además, Juan Cabot vino á poblar la América del Norte desde 1497, por cuenta de Enrique VII de Inglaterra, y Pedro Álvarez Cabral el Brasil, en 1500, á nombre de Manuel el Grande de Portugal; multitud de piratas recorrieron también casi desde un principio las indefensas costas de las nuevas posesiones de la Península. Todo esto no obsta, sin embargo, para que podamos afirmar que fueron rarísimos los extranjeros que lograron vivir en las Indias al lado de los españoles, no sólo porque á ello se oponían las disposiciones reales, sino asimismo por la natural hostilidad que tenían que encontrar de parte de los súbditos de Castilla. Éstos eran tan ambiciosos de las tierras descubiertas, que á las veces no toleraban ni á sus propios compatriotas; al referir Mártir que Cortés había enviado á Cristóbal de Olid á las Hibueras, y que al mismo punto se dirigían Gil González, prefecto regio, y algunos soldados de Pedrarias, advierte: "Tememos que, si se encuentran, se combatan mutuamente, como acostumbran, porque no sufren asociación."[1]

De allí que las historias de la conquista casi no mencionen ni á un solo extranjero.

§ 2. Seglares.

Como una consecuencia del párrafo anterior, cuanto digamos en lo sucesivo acerca de los emigrantes venidos á América, se referirá á los españoles, cuyo carácter trazaremos ahora á grandes rasgos, principiando por los seglares.

Escribe Bernáldez: "Obo un hombre de Génova, Mercader de libros de Estampa, que trataba en esta tierra de la Vandalucia que llamaban Christoval de Colon, hombre de muy alto ingenio sin saber muchas letras, muy diestro en el arte de Cosmografia, e del repartir el Mundo; el qual sintió por lo que en Ptolomeo leyó, e por otros libros e su delgadez, como, en que manera el Mundo este en que nacemos...... e sintió, porque vido se fallaria tierra de mucho oro."[2]

No tuvo Colón la idea de descubrir un mundo desconocido: su proyecto estribaba únicamente en hallar una ruta nueva entre Europa y

1 I, 86-87.
2 I, 269.

la costa oriental del Asia, fundándose, como acaba de indicarlo Bernáldez, en "la autoridad de muchos hombres doctos, que dijeron que desde el fin occidental de África y España, podía navegarse por el Occidente hasta el fin Oriental de la India y que no era muy gran mar, el que estaba en medio."[1]

Propuso primeramente Colón su proyecto á don Juan II de Portugal; pero "antes de responderle consultó el Rey, al doctor Calzadilla, el cual le aconsejó que enviase algún piloto hábil á ver si podía descubrir la nueva tierra, pues, si lo hacía no quedaría obligado á dar al Almirante tan gran recompensa. Siguió el Rey de Portugal este consejo, y con gran brevedad y secreto envió una carabela hacia donde el Almirante decía, como que enviaba víveres y socorro á las islas de Cabo Verde...... (la expedición fracasó y) fué tan desagradable al Almirante, que se enfadó con el Rey de Portugal y su tierra, y se salió del reino con su hijo Diego Colón...... y se vino á Castilla con intención de hacer al Rey la misma proposición; temía que no la aceptase y verse precisado á recurrir á otro Príncipe, por lo cual envió á Inglaterra á su hermano Bartolomé Colón, que aunque tenía pocas letras, era práctico y juicioso en las cosas de mar, y hacía esferas y cartas de marear y otros instrumentos náuticos." [2] Llegó Colón á la Corte de España "á 20 de Enero, año de 1485;" [3] mas como después de siete largos años de espera, los Reyes Católicos rechazaron definitivamente sus proposiciones, en enero de 1492 [4] "se volvió á Córdoba para disponer su viaje á Francia," [5] á donde habría ido seguramente si Luis de Santángel, el generoso descendiente del Rabí Azarías Gisnillo, y el cual era "escribano de raciones, caballero aragonés, persona muy honrada y prudente, querido de los reyes," [6] no se hubiese apresurado á hablar á Isabel la Católica "para persuadirla, y aun reprenderla......... (diciéndole): que se maravillaba que habiendo tenido espíritu para emprender todas las cosas grandes é importantes, le faltase para una en que se aventuraba tan poco y de que podía resultar tanto servicio á Dios y exaltación á su Iglesia, no sin grandísimo aumento y gloria de sus Reinos y Estados; y tal, finalmeete, que si lo consiguiese otro príncipe, como el Al-

1 F. Colón, I, 31.
2 F. Colón, I, 58-9.
3 Las Casas, Historia, I, 194.
4 Idem, I, 201.[2]
5 F. Colón, I, 69.
6 Las Casas, Historia, I, 194.[2]

mirante ofrecía, sería muy claro el perjuicio que resultaría á su Estado; en cuyo caso la reprenderían con justa causa sus amigos y aliados, y la despreciarían sus enemigos." [1] "Que parecería género de poquedad haberse retraido de tan loable empresa por la triste cantidad de dos mil y quinientos escudos, pues no pedia mas dinero Colón." [2] Estas y otras enérgicas razones convencieron á la reina, la que desde entonces "aprobaba...... (el proyecto) y lo sostuvo fasta que pudo." [3]

Dice Oviedo: "porque avia nescessidad de dineros........ los prestó para facer esta primera armada de las Indias y su descubrimiento, el escribano de racion, Luis de Sanct Angel." [4] Cuenta don Fernando Colón, que la reina ofreció sus joyas á fin de que se buscara sobre ellas "el dinero necesario para la armada (ofrecimiento que, según el mismo autor, no aceptó Santángel)." [5] Ha hecho observar ya, sin embargo, el erudito don Cesáreo Fernández Duro que, no hablando de semejante ofrecimiento ninguno de los más diligentes y cuidadosos cronistas anteriores á don Fernando Colón, como Fernando del Pulgar, Gonzalo Fernández de Oviedo, Pedro Mártir, Andrés Hernández, Geronimo de Zurita y otros, debemos pensar que el incidente de las joyas fué una ficción con que aquel autor quiso dar interés á su obra defectuosa; [6] y sobre todo, porque aunque es verdad que las joyas reales "se empeñaban repetidamente como arbitrio usual......... al aceptarse las proposiciones de Colón, lo estaban las joyas principales de la Corona y aun la corona misma; así que la reina no podía ofrecerlas." [7]

Por aquel entonces Colón se asoció con Martín Alonso Pinzón, "gran Marinero hombre de gran consejo para la Mar." [8] Declaraba como testigo en 1515, Arias Pérez Pinzón, hijo de Martín Alonso, que "estando (ambos) un dia en la libreria del papa alyende de otras muchas vezes que abia estado por razon de mucho conocimiento que tenia con un familiar criado del papa que era grande cosmografo y tenia muchas y largas escripturas y ally les enseño platicando muchas vezes al dicho su padre y (al declarante)...... alli fue ynformado el dicho su padre y este...... destas tyerras......

1 F. Colón, I, 70–1.
2 Muñoz, 64–5.
3 C. Colón, en Navarrete, I, 266.
4 Oviedo, I, 20.
5 I, 72.
6 360–61.
7 435–36.
8 Bernáldez, I, 270.

"...... que al tienpo queste...... estava en la lybrerya del papa ynocencio otavo le dió una escriptura la qual......... el dicho padre deste testigo la tomó e la truxo e venydo en castilla de Roma con aquerdo de yr a descobryr la dicha tyeRa lo ponia por obra y muchas vezes antes lo comunico con.......... (el testigo) y vino el dicho almirante en aquel tienpo a esta villa de palos con esta demanda de descobryr estas tyeRas y como el padre deste testigo lo viese venir con la dicha demanda y supo de la demanda que traya para descobryr ovo por bien de Rogar e dar parte dello al dicho martin alonso el qual dicho martin alonso le dixo que llevava muy buena demanda e que lo sabia bien e que syno viniera tan ayna quel lo fallara, ydo adescobryr aquellas tyeRas con dos caravelas, y visto lo susodicho por el dicho almirante se fizo tanto su amigo de su padre......... (del declarante) que fizo concierto conell e le Rogó que fuese en su conpañia." [1]

Ahora bien, suministrados loablemente por Santángel "un cuento e ciento cuarenta mil maravedis" [2] y otros dineros por Martín Alonso Pinzón, "sin cuyo concurso no es posible imaginar lo que hubiera sido de la arriesgada empresa," [3] se procedió á equipar tres caravelas y á reclutar la gente necesaria para tripularlas. Mas como nadie que sea ageno al espíritu de aventura, ó que goce en su tierra de una posición estable, siquiera sea modesta, emigra á países desconocidos, menos aun si tiene que abandonar á sus deudos y exponerse á los serios peligros de una larga y penosa navegación y á la segura hostilidad de los moradores de esos países ignotos; no fué posible encontrar número suficiente de personas que quisieran acompañar á Colón en su viaje. La empresa se habría retardado pues indefinidamente á causa de esto, si Fernando é Isabel, por real provisión fecha 30 de abril de 1492, no hubiesen animado á todos los criminales á que emigrasen con Colón, concediéndoles amplio indulto "para que non les sea fecho mal ni daño ni desaguisado alguno en sus personas ni bienes, ni en cosa alguna de lo suyo por razon de ningund delito que hayan fecho ni cometido fasta el dia de la fecha." [4] Sólo así fué posible llegar á reunir "noventa hombres," [5] únicos que formaron la tripulación de las tres carabelas que había de llevar al Almirante.

1 Docs. de Ultramar, VIII, 228–9.
2 Docs. de América, XIX, 457–58.
3 Asensio, I, 183.
4 Docs. de América, XXXVIII, 108–9.
5 F. Colón, I, 74.

El descubrimiento de América quedó encomendado, por tanto, á una turba de fascineroso de la peor especie.

Á la referida provisión de 30 de abril siguieron otras providencias análogas, como la fechada en Medina del Campo á 22 de junio de 1497, por la que se disponía que "todos e cualesquier personas varones..... que hobieren cometido......... cualesquier muertes é feridas, e otros cualesquier delitos de cualquier natura e calidad que sean, ecepto de heregía...... que fueren á servir........ á la Isla Española........ los que merescieren pena de muerte, por dos años, e los que merescieren otra pena menor que no sea muerte, aunque sea perdimiento de miembro, por un año, sean perdonados de cualesquier crímenes e delitos, e de cualquier manera e calidad e gravedad que sean, que hobieren fecho ó cometido fasta el dia de la publicacion desta Nuestra Carta."[1] Tan temibles fueron los criminales que se resolvieron á emigrar á América seducidos por este indulto, que los Reyes Católicos juzgaron prudente ordenar al Asistente mayor de Sevilla tuviese presos á dichos criminales "fasta entregallos al Almirante...... o a la persona que thobiese cargo dello."[2]

Previnieron además los monarcas "que cada e quando alguna, o algunas personas, asi varones como mugeres, de nuestros reynos ovieren cometido o cometieren qualquier delito o delitos porque merezcan, o devan ser desterrados, segun derecho e leyes de nuestros Reynos, para alguna ysla, o para lavrar e servir en los metales, que los desterreys que vayan a estar e servir en la dicha ysla española."[3] No faltaron tampoco criminales condenados á la pena de muerte á los que se les conmutó ésta por la de destierro perpetuo en América.[4]

Tan desacertadas disposiciones hicieron que afluyesen á las Indias casi todos los criminales de España. Refiriéndose Oviedo á una sola de las primeras expediciones llegadas á la Española, y la cual se componía únicamente de tres carabelas, nos dice: "é truxeron mas trescientos hombres sentenciados é desterrados para esta isla."[5]

Podría pensarse que todos aquellos delincuentes venían á América á vivir recluídos bajo severa vigilancia; mas no sucedía así, sino que por el contrario gozaban de libertad absoluta y aun podían desempe-

1 Docs. de América, XXXVIII, 388.
2 Idem, XXXVI, 168.
3 Códice Diplomático, 160-61.
4 Docs. de América, XXXIX, 18.
5 I, 64.[1]

fiar los puestos públicos de mayor importancia, como "Roldán Jimeno, facineroso á quien el Almirante de criado suyo le había hecho capataz de los mineros y taladores, y después Presidente de justicia;" [1] de ese malhechor nos dice á su vez don Fernando Colón que el Almirante le había dado tanta "reputación y autoridad entre los indios y los cristianos, con dejarle por juez mayor, que no era menos obedecido que su misma persona," [2] cosa que también indica el propio Almirante en carta escrita á 26 de octubre de 1498. [3]

Quedó en consecuencia desde un principio convertida la América en mansión obligada de criminales.

Descubierto el Nuevo Mundo, corrieron velozmente por España exageradas noticias de las riquezas halladas allí; escribía Mártir en 1493 refiriéndose á Colón: "dice que ha encontrado cosas admirables; ostenta el oro como muestra de las minas de aquellas regiones; ha traído algodón y aromas, ya de forma oblonga, ya redonda, más penetrantes que la pimienta del Cáucaso, que los produce naturalmente aquella tierra y árboles coccineos." [4] Al siguiente año volvía Mártir á anunciar: "En la superficie de la tierra se encuentra gran copia de oro; [5] en 1496 hablaba además de "muchas sartas de perlas orientales (traídas á España por Colón)," [6] y cinco años después decía: "en el espacio de dos meses han recogido (los españoles venidos á América) unas mil doscientas libras de oro, de á ocho onzas cada una." [7] Con tales noticias, natural era que se les inflamara la codicia á muchos españoles y les empujase hacia América; el autor de la vida de Hernán Cortés, nos hace saber que á "la conquista y poblacion (de Indias) acudian entontonces en tropel los españoles incitados del cebo del mucho oro y plata que sin cesar (se llevaba á la Península)." [8]

No faltaron por cierto, nobles tronados que también se apresuraran á emigrar á América con el ávido afán de rehacer su perdida fortuna; arreglado el segundo viaje de Colón, para el cual los Reyes Católicos echaron mano de los "bienes o debdas de xudios........ (ordenando se

1 Mártir, I, 252.
2 II, 67.
3 Docs. de América, XXXVIII, 406-7.
4 I, 18.
5 I, 25.
6 I, 40.
7 I, 217.
8 311.

realizasen prontamente y se llevara el dinero) á Sevilla para los gastos del Armada," [1] "en breve tiempo se aprestaron 17 navíos..... y habían concurrido tantos caballeros, hidalgos y otra gente honrada, á la fama del oro y de las otras cosas nuevas de aquellas tierras, que fué necesario reformar el número y no dar licencia á que tanta gente se embarcára." [2] Gomara asienta que "á fama de las riquezas de Indias (esos caballeros se dispusieron á emigrar)," [3] y Bernáldez agrega que dicha expedición se componía de "4 Naos, e 13 Caravelas e 1200 hombres de pelea para quedar allá; prosiguiendo la posesion de la tierra, e para exercitar e saber del oro lo cierto, e adquirirlo para el Rey e Reina, quien por grado........ quien *por fuerza* de los habitadores:" [4] la sórdida codicia venía á revolver, unir é igualar á los caballeros de ilustre prosapia con los obscuros plebeyos y aún con los grandes criminales que por ley se deportaban á las Indias. Hay que dudar empero si tales nobles lo eran por abolengo ó por el solo hecho de venir á América; según una provisión real expedida en Toledo á 26 de julio de 1529, se dispuso y mandó que se hacía hidalgos á los que acompañasen á Francisco Pizarro á la conquista del Perú. [5]

Dos años después de verificado el segundo viaje de Colón, fué tal la multitud de personas que en las "cibdades, e villas, e logares, e puertos (de España quisieron ir á las Indias). .... á rescátar en ellas y buscar oro, e metales e otras mercadurías," [6] que hubo que dictar una provisión real el 10 de abril de 1495 mandando "que qualesquier personas, Nuestros subditos é naturales que quisieren, pueden ir de aquí adelante quando Nuestra merced é voluntad fuere, á descubrir Islas é Tierra-firme...... en las Indias, asi á las que estan descubiertas hasta aquí, como á otras qualesquier, y rescatar en ellas." [7]

Sin detenernos en cada una de las expediciones salidas de España para América en los primeros tiempos, fácil nos será patentizar el móvil de codicia que guió á todas ellas, con sólo referirnos á las principales.

Las capitulaciones celebradas entre los Reyes Católicos y Cristóbal

1 Docs. de América, XXX, 77-8.
2 F. Colón, I, 197-98.
3 170.[1]
4 I, 300.
5 Docs. de Ultramar, IX, 420.
6 Docs. de América, XXI, 564.
7 Idem, XXI, 567.

Colón el 17 de abril de 1492, no contienen en substancia sino dos capítulos: en el primero se nombra á Colón Almirante "en todas aquellas islas é tierras-firmes, que por su mano ó industria se descobrieren ó ganaren......... (y por el segundo se estipula que de) todas é cualesquier mercadurias, siquier sean perlas, piedras preciosas, oro, plata, especieria é otras cualesquier cosas é mercadurias de cualquier especie, nombre é manera que sean, que se compraren, trocaren, fallaren, ganaren, é obieren.......... (el Almirante) haya é tome la decena parte para si mismo, e faga de ella á su voluntad, quedando las otras nueve partes para (los Reyes)." [1]

En 1499 llegaron á los Reyes Católicos noticias de nuevos descubrimientos hechos por Colón. "Hallabase á la saçon, en la Corte Alonso de Ojeda, i vió la figura, *i la muestra de las Perlas*, *i del Oro*: i como era Favorecido de Juan Rodriguez de Fonseca, que iá estaba cerca de los Reies, i proveía las cosas de las Indias, pidió la licencia para ir por aquellas Partes, á descubrir Islas, ó Tierra-firme, ó lo que hallase. El Obispo se la dió, firmada de su Nombre, i no de los Reies, con que no tocase en Tierra del Rei de Portugal, ni en la que el Almirante havia descubierto hasta el año de 1595. Con esta Licencia huvo Personas, que armaron en Sevilla quatro Navios, porque iá havia muchos *codiciosos* para ir á descubrir; i partió de el Puerto de Santa Maria, á 20. de Maio. Iba por Piloto Juan de la Cosa, Vizcaino, Hombre de valor, i Americo Vespucio por Mercader: i como sabio en las cosas de Cosmografia, y de la Mar," [2] cuyo nombre tan indebidamente se dió al Nuevo Mundo.

"Visto......... que Alonso de Ojeda havia salido á descubrir...... huvo otros muchos, que se atrevieron á tomar el hilo en la mano, que el Almirante les havia mostrado: i los primeros fueron Pero Alonso Niño, Vecino de Moguer, ó de Palos, que se halló con el Almirante en el Descubrimiento de Paria, i Christoval Guerra, Vecino de Sevilla........ *como las muestras de las Perlas*, *i del Oro*, que havia embiado el Almirante, havian puesto *codicia* á muchos........ partieron no mucho despues de Alonso de Ojeda." [3] Llegaron "hasta cerca de la Provincia, que aora llaman Veneçuela, ciento i treinta Leguas baxo de Paria." [4]

1 Docs. de América, XVII, 572–78.
2 Herrera, I, 97.
3 Herrera, I, 105.
4 Idem, I, 105–106.

"Despues del Viaje referido de Christoval Guerra, en el Mes de Diciembre, Vicente Yañez Pinçón, que acompañó al Almirante, en el primer Descubrimiento, con quatro Navios, armados á su costa, porque era Hombre de Hacienda, salió del Puerto de Palos, i tomando el camino de las Canarias, i despues el de Cabo Verde, salió de la Isla de Santiago, que es vna de aquellas de Cabo Verde, á 13. de Enero del Año de 1500. tomó la via del Sur, i despues á Levante; i haviendo navegado setecientas Leguas, perdió el Norte, i pasó la Linea Equinocial, siendo el primer Subdito de la Corona de Castilla, i de Leon, que la atravesó." [1] Pasó de allí hasta "el mui nombrado Rio Marañon, que tiene 30 Leguas de Boca, i algunos dicen mas." [2]

En 20 de julio de 1500 se concede licencia real á Rodrigo de Bastidas "para que con dos navíos vuestros vais á vuestra costa é mision, por el dicho mar Océano, á descobrir é descubrais islas é tierra-firme á las partes de las Indias, ó á otra cualquier parte, con tal que no sea de las islas é tierra-firme que fasta aqui son descubiertas por el Almirante D. Cristóbal Colon, nuestro Almirante del dicho mar Océano, é por Cristóbal Guerra." [3]

El fin de Bastidas, como el de todos los que le habían precedido, era "*rescatar Oro i Perlas*. Concertóse con algunos, i en especial con Juan de la Cosa, que era el mejor Piloto, que havia por aquellos Mares, que era hechura del Almirante. Y alcançada la licencia, iendo él por Capitan, partió de Cadiz, de donde entonces se despachaban todos los Navios, en el principio de Enero (de 1500)...... llegaron al Puerto, que llamaron de el Retrete, adonde estaba la Ciudad, i Puerto de Nombre de Dios; i todo lo que de nuevo descubrió, pasó de cien Leguas, i dió el nombre á Cartagena, i á todas las Islas, que por alli hai." [4]

Por último, hacia el siguiente año "Crecian tanto los negocios de las Indias, i havia tantos, que querian ir á descubrir, *i rescatar*, que los Reies Catolicos, para que huviese mejor despacho, mandaron," [5] por cédula real fecha 20 de enero de 1503, que se estableciese "una casa de contratacion en Sevilla para la negociacion de las Indias;" [6] al año siguiente los Reyes Católicos delegaron á los oficiales de dicha casa, la

1 Herrera, I, 107.[1]
2 Herrera, I, 108.[1]
3 En Navarrete, II, 244.
4 Herrera, I, 116-17.
5 Idem, I, 144[1].
6 Docs. de América, XXXI, 139.

facultad de conceder "lycencia para yr a descobrir con las condiciones é partido que bien visto os fuere...... (y cuidando de) que non Nos pueda ser fecho frabde nin engaño,"[1] porque hay que saber que la monarquía no perdonaba nunca su parte en los despojos habidos en las Indias.

Aunque la emigración no tuvo ya ningunas trabas para los españoles, no por esto se depuró; salvo alguna que otra rarísima excepción, todos cuantos arribaban á América eran aventureros de la peor calaña. La navegación seguía siendo dilatada y peligrosa; los indígenas, cansados al fin del trato cruel que recibían de los españoles, habían matado ya á varios de éstos, entre otros á todos los que dejó Colón en la Española al regresar á la Península en 1493, según veremos en el Capítulo siguiente; la vida, en fin, desenfrenadamente licenciosa á que se entregaban en Indias los españoles, hacía que enfermasen muchos de ellos; "desta causa (manifiesta Oviedo) aquellos primeros españoles que por acá vinieron, quando tornaban á España algunos de los que venian en esta *demanda del oro*, si allá volvian, era con la misma color dél; pero no con aquel lustre, sino hechos azamboas é de color de açafran ó tericia; é tan enfermos que luego ó desde á poco que allá tornaban se morian."[2] "Por cierto yo ví (añade el mismo autor) muchos de los que...... volvieron a Castilla con tales gestos, que me paresce que aunque el Rey me diera sus Indias, quedando tal como aquellos quedaron, no me determinára de venir á ellas."[3] Por todo lo cual "infamóse mucho esta tierra é Indias, é no se hallaba gente que quisiesse venir á ellas:"[4] "si passaba un hombre noble y de clara sangre, venian diez descomedidos y de otros linajes obscuros é baxos."[5]

De muy poco sirvió, en consecuencia, que los Reyes Católicos derogasen, por cédula de 11 de abril de 1505, las disposiciones de 1497, relativas á que se desterraran á las Indias á los delincuentes de España. [6]

Por lo demás, aun la gente de blandos sentimientos, que acá pasaba, volvíase luego dura y cruel, según indica Mártir al hablar de lo nugatorias que fueron las primeras leyes dadas en favor de las Indias:

1 Idem, XXXI, 213.
2 Oviedo, I, 50[1 y 2].
3 Idem, I, 64[1].
4 Idem, I, 64[1].
5 Idem, I, 54[2].
6 En Bibliografía Colombina, 66[1].

"¿Pero qué sucede? (pregunta). Idos á mundos tan apartados, tan extraños, tan lejanos, por las corrientes de un océano que se parece al giratorio curso de los cielos, distantes de las autoridades, arrastrados de la ciega codicia del oro, los que de aquí se van mansos como corderos, llegados allá se convierten en rapaces lobos."[1]

Aseguraba Colón, cuando se hubo establecido en las Antillas, "que los españoles que llevó consigo eran más dados al sueño y al ocio que no á los trabajos, y más amigos de sediciones y novedades que de paz y tranquilidad."[2] Hablando de esos españoles el hijo del Almirante, nos hace saber que eran "los más de ellos gente baja, deseosos de la vida y del buen tiempo que Roldán les ofrecía;[3] prometíales éste "que en vez de la azada manejarían...... [lo que no debían, *puellarum papillas*]; y en vez de trabajo, placeres; en vez de hambre, abundancia, y descanso en vez de cansancio y vigilias.[4] No es de extrañar, por lo mismo, que tal gente se rebelara contra el Almirante; sí sorprende que lograse verle regresar á España ignominiosamente aherrojado: cuando así volvía, escribió Colón al ama del príncipe don Juan: "Seis meses habia que yo estaba despachado para venir á sus Altezas con las buenas nuevas del oro y fuir de gobernar gente disoluta que no teme á Dios ni á su Rey ni Reina, llena de achaques y de malicias."[5]

Transcurrieron los años y en nada mejoró la calidad de los inmigrantes; en 1516 se decía á Mr. de Xevres, que habían sido todos los españoles "que acá pasaron ó la mayor parte dellos el escoria Despaña, gente codiciosa é robadosa;"[6] ocho años después era el mismo Hernán Cortés quien decía á Carlos V: "es notorio que la mas de la gente española que acá pasa, son de baja manera, fuertes y viciosos, de diversos vicios y pecados;"[7] en el propio año de 1516 manifestaba el bachiller Luis Sánchez: "todos quantos pasamos á las Indias, vamos con intencion de volver á España muy ricos, lo qual es imposible—pues de acá no llevamos nada y allá holgamos—sino á costa del sudor y sangre de los indios;[8] pasado mucho tiempo, Oviedo afirmaba,

1 IV, 123.
2 En Mártir, I, 216-17.
3 II, 80.
4 Mártir, I, 255.
5 En Navarrete, I, 268.
6 Varios Padres, 401.
7 326-27.
8 Docs. de América, XI, 163.

que los españoles venidos á América eran "por la mayor parte mas cobdiciosos que continentes, é mas idiotas que sabios, é mas envidiosos que comedidos, é mas personas de baxa sangre que hidalgos é ilustres;"[1] López de Velasco, que escribió hacia 1571, decía: "conmunmente se han inclinado pasar destos reinos á aquellos los hombres enemigos del trabajo, y de ánimos y espíritus levantados, y con codicia más de enriquecerse brevemente que de perpetuarse en la tierra, no contentos con tener en ella segura la comida y el vestido, que á ninguno en aquellas partes les puede faltar con una mediana diligencia en llegando á ellas, siquiera sean oficiales ó labradores, siquiera no lo sean, olvidados de sí se alzan á mayores, y se andan ociosos y vagamundos por la tierra, hechos pretensores de oficios y repartimientos.[2]

Hacia fines del siglo XVI manifestaba Antonio Pérez: "Los Hespañoles y los Portugueses [de quien se puede decir como de los Romanos que no han tomado jamas las armas fuera de su patria sino por abaricia o por ambicion] es cierto que no vbieran emprendido tan grandes y tan peligrosas nabegaciones (á las Indias) sino vbieran hallado mas oro que en los desiertos de Liuia.[3]

Á los anteriores juicios podemos agregar otros más explícitos. Pinta Oviedo á la clase común de los conquistadores, á quienes llama *los particulares soldados*, diciendo: "que como verdaderos manigoldos ó buchines ó verdugos ó sayones ó ministros de Satanás, mas enconadas espadas é armas han usado, que son los dientes é ánimos de los tigres é lobos, con diferenciadas é inumerables é crueles muertes que han perpetrado, tan incontables como las estrellas."[4]

No merecieron mejor concepto los capitanes, los gobernadores ni los jueces de residencia.

Ya desde el repetido año de 1516 se indicaba como uno de los remedios necesarios para que cesasen los males y daños que había en América: "Que ninguno de cuantos algun cargo han tenido en las Indias, de proveer ó mandar ó ordenar ó entender en cosa dellas ó tocante á indios ó en otro cualquiera oficio, que cerca dellos haya usado ó sido en usarlo, que no le deje con él ni tal use de aqui adelante ni en él entienda; porque ellos han esterminado la tierra y ellos han sido

1 III, 256ª.
2 86–87.
3 MS.
4 III, 178ª.

causa de morir tantos indios y de perder el Rey nuestro señor tan grandes rentas; porque los unos por favorecer los otros, y los otros por enviar dineros á otros porque les favorezcan, y los otros por no acusar ó castigar los males que en los indios ven hacer y saben que hacen los otros, porque no les sea dicho que ellos lo hacen peor, como es verdad, ó porque escriban dellos bien acá, ó porque allá, si algun cargo tienen de justicia, los tengan por propicios y por otras causas, de manera que si quedasen con ellos, apareceria que acabarian de destruir lo que han comenzado."[1]

Refiriéndose Oviedo á los jefes conquistadores y capitanes, manifiesta: "quando acá vienen, no buscan los soldados de mejor conciencia ni conoscidos, sino los primeros que topan ó les paresce que mejor les ayudarán á robar y saquear, y unos pláticos y desalmados que nunca vieron ni conoscieron,"[2] "pero yo dubdo de la salvacion de las más, porque ha dias que vivo en estas Indias y he visto que se fundan, por la mayor parte, en esta maldita cobdicia, posponiendo todos los escrúpulos que á sus consciencias serian provechosos é dignos de aceptar;"[3] fray Lorenzo de Bienvenida escribía á Felipe II: "si V. A. estuviera presente...... en lugar de dar premio á los capitanes, avia de ser quitalles las vidas."[4]

Con relación á los gobernadores asegura Oviedo que de sus culpas mucho "con verdad se podria decir,"[5] y Diego de la Zobilla nos hace conocer cuán infamemente se entregaban aquéllos al vicio del juego cuando escribe: «Xugaba Pedrárias en su mayor contentamiento al axedrez, quando cinquenta e quando cien e quizá quynientos esclavos de los que se abian de traer de las entradas, sin dystincion, si eran xusta o inxustamente esclavos; e lo peor es, que con su exemplo, quizá fyscieron lo mesmo otros gobernadores»[6]

Por último, el propio Oviedo, al hablar de los jueces de residencia, manifiesta: "por la mayor parte los más de los que acá vienen con tales cargos, tienen más fin á hacer dineros que no á corregir delictos."[7]

Pero ¿á qué acumular más citas? El glorioso manco de Lepanto, to-

1 Docs. de América, VII, 21-2.
2 II, 225[1].
3 III, 586[2].
4 Cartas de Indias, 72-3.
5 III, 124[1].
6 Docs. de América, XXXVII, 123-24.
7 III, 562.[2]

davía en el siglo XVII, llamaba desenfadadamente á las Indias "refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores [á quien llaman ciertos los peritos en el arte], añagaza general de mujeres libres."[1]

§ 3. Mujeres.

No habrá seguramente quien deje de pensar que las mujeres que vinieron de España á las Indias con tales aventureros, eran de la misma ralea que éstos. Diremos, sin embargo, dos palabras acerca del particular.

Veremos en el libro siguiente cómo á raíz de haberse terminado la destrucción de México, no tuvieron empacho alguno las *damas* españolas para asistir á la licenciosa bacanal á que se entregaron Cortés y los suyos en Coyoacán.[2]

Con posterioridad aumentó considerablemente en Nueva España el número de las referidas damas, pero en nada mejoraron su prosapia y conducta; al pintar Mendieta el descompuesto comportamiento de las españolas en las iglesias de México, quéjase amargamente "de ver tanta irreverencia y desvergüenza...... dando tan mal ejemplo á gente nueva en la fe, y que tanta devocion y reverencia tenian cuando eran infieles en los templos...... Porque salidas de la iglesia andan desnudas entre los indios, peores que las muy soeces berceras."[3] También manifestaba Oviedo: "yo he visto muchas indias desnudas mas vergonçosas que algunas chripstianas vestidas;"[4] Torquemada exclamaba á su vez: "Y quien no se espantará en vér, y oír las cosas deshonestas, y descompuestas, que dicen, y hacen las Doncellas Christianas, con tan gran disolucion........ Miren á las Hijas de los Gentiles, criadas con tanto recogimiento, y honestidad, como Monjas, y Religiosas."[5]

. Llegó á tanto la relajación de las castellanas en México, que en 1530 la Emperatriz "embió vna prouision al Arçobispo, para que se la intimasse. En que las mandaua, y rogaua, q porque de la ociosidad se siguen muy grandes daños; que todas se ocupassen en exercicios dignos de sus personas: y que si fuesse menester, embiaria lino, y todos los

1 Cervantes, 172[1].
2 Díaz del Castillo, 197[2].
3 504-5.
4 II, 356[1].
5 II, 475[2].

aliños de hilar...... Esta prouision se la intimó el Arçobispo, haziẽdolas vn razonamiento muy graue. Vnas se dieron por sentidas, y otras lo tuuieron por muy señalada merced."[1]

§ 4. Eclesiásticos.

Si los Reyes Católicos se consideraron dueños de las Indias, no fué en verdad á título de descubrimiento ni tampoco de conquista, sino exclusivamente, como ellos mismos confesaban, por "la gracia e donacion que Nuestro muy Sancto Padre Alexandro sexto Nos fizo de todas las Islas e Tierra-firme descobiertas e por descobrir."[2] En efecto, ese Pontífice, "el hombre más inmoral de la cristiandad...... á quien ningún sentimiento de justicia detenía en su política,"[3] tuvo la peregrina ocurrencia de donárselas con fecha 4 de mayo de 1493, aunque manifiestamente no le pertenecían ni podía darlas por tanto. Muchos siglos antes se había proclamado como máxima universal de derecho: Nemo potest, quod non habet, dare; ó, conforme á Ulpiano: Nemo plus juris ad alium transferre potest, quam ipse haberet."[4]

La bula donatoria decía así: "motu propio, é no á instancia de peticion vuestra, ni de otra que por vos no lo haya pedido, mas de nuestra mera liberalidad é de cierta ciencia é de plenitud de poderío Apostholico, todas las islas é tierras-firmes halladas é que se hallaren descobiertas é que se descobrieren hacia el Occidente é Mediodia, fabricando é componiendo una linea del Polo ártico, que es el Setentrion, al Polo antártico, que es el Mediodia, ora se hallan hayado islas é tierras-firmes, ora se hayan de hallar hacia la India, ó hacia otra cualquier parte, la cual linea diste de cada una de las islas que vulgarmente dicen de los Azores é Cabo-Verde, cien leguas hacia el Occidente y Mediodia; asi que todas sus islas é tierras-firmes, halladas é que se hallaren descobiertas, é que se descobrieren desde la dicha linea hacia el Occidente é Mediodia, que por otro Rey ó Principe cristhiano no fueren actualmente poseidas hasta el dia del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo procsimo pasado, del cual comienza el año presente de mil é cuatrocientos é noventa é tres, cuando fueron por

1 González Dávila, I, 24.
2 Docs. de América, XXXII, 375.
3 Simonde de Sismondi, VIII, 179.
4 Corpus Juris, lib. L, tít. XVII, 1 54.

vuestros mensageros é capitanes halladas algunas de las dichas Islas.[1]

Falsamente se asentó en dicha bula que la concesión era de *motu propio* y no á instancia de petición: el carácter jurídico de la donación, ó sea que ésta debía hacerse "sin ningũa premia,"[2] requería tal falsedad. La petición previa existió empero; Oviedo asegura que los Reyes Católicos "tomaron licencia é título del vicario de Christo,"[3] y no dice palabra alguna acerca de la espontaneidad papal; los mismos Reyes Católicos escribían á fray Buil en julio 25 de 1493: "agora vino de Roma la Bula que enviamos á *demandar*,"[4] y á Colón, con fecha 4 del siguiente mes: "Ya sabeys como *abiamos ymbiado* a Roma, por una Bula sobresto de las yslas e Tierra que abeys descobierto y está por descobrir; agora Nos es venida, e vos ymbiamos un treslado della abtorizado, para que se publique allá, para que todos sepan que nenguno puede yr aquellas partes sin Nuestra licencia; e llevadla con vos, porque si a alguna Tierra aportáredes la podays mostrar luego."[5] En su testamento asienta una vez más la reina Isabel que la concesión de la Santa Sede Apostólica "fue al tiempo que lo *suplicamos* al Papa sexto Alejandro."[6]

No sintiendo aún satisfecha su generosidad el Papa, amplió su concesión por bula de 25 de septiembre de 1493, manifestando que "de semejante motu y sciencia y plenitud de poder, por el tenor de las presentes y la abtoridad Apostólica, extendemos y ampliamos la donacion, concesion, asignacion y Letras sobredichas, con todas y cualesquier clábsulas en las dichas Letras contenidas, á todas y cualesquier islas y Tierras-firmes falladas y por fallar, descobiertas y por descobrir, que navegando ó caminando hacia el Occidente ó el Mediodía, son ó fueren ó aparecieren, ora esten en las partes Occidentales ó Meridionales y Orientales y de la India."[7]

Según nos refiere Solórzano y Pereyra, no faltaron quienes censurasen con cierta libertad el extraño proceder del Papa;[8] con su natural valentía, don fray Bartolomé de Las Casas osó escribir en su gran His-

1 Docs. de América, XVI, 359-60.
2 Partidas, 5ª, tít. IV, l. I.
3 I, 82.[1]
4 Docs. de América, XXXVIII, 198.
5 Idem, XXX, 194.
6 Docs. de Ultramar, V, 92.
7 Docs. de América, XXXVIII, 242.
8 I, 10.

toria: "ni los Reyes ni el Papa que les dió poder para entrar............ (en las Indias) [lo cual con toda reverencia quiero que sea dicho], no los pudieron despojar (á los indios) de sus señoríos públicos y particulares, estados y libertad, porque no eran moros ó turcos que tuviesen nuestras tierras usurpadas, ó trabajasen de destruir la religion cristiana, ó con guerras injustas nos fatigasen é infestasen;"[1] hubo otros en cambio que sostuvieran, como lo hace Herrera, que su Santidad había obrado "por raçon natural, i por reglas de Derecho Divino, Natural, i Humano, i de la Lei Divina,"[2] agregando, con estupenda ceguedad, que esta concesión "se hiço sin agravio de nadie."[3] España entera nunca tuvo ojos para ver á un solo semejante en los millones y millones de indígenas que poblaban la América. Dieron muestras de mejor entendimiento que los infinitos partidarios de la absurda donación papal, los naturales de Cenú, cuando en 1509, medio siglo antes de que naciera el cronista mayor de Indias, dijeron al bachiller Martín Fernández de Enciso, según lo refiere él mismo, que el Papa debía estar borracho al dar lo que no era suyo, y que el rey, que lo tomaba, sería algún loco,[4] ó como escribe Gomara, "que debia ser muy franco de lo ajeno el Padre Santo, ó revoltoso, pues daba lo que no era suyo; y el Rey, que era algun pobre, pues pedia."[5]

Para exceso de gracias y privilegios, la Santa Sede concedió á los Reyes Católicos los "Diezmos e premicias de las Indias," por bula de 16 de diciembre de 1501.[6]

Obligados quedaban los monarcas españoles, después de tamañas mercedes, á favorecer ciegamente en las Indias á la Iglesia Católica. Verdad es que antes de obtener la donación papal, no se preocuparon en manera alguna de difundir el cristianismo en las tierras que se iban á descubrir: ni un religioso siquiera acompañó á Colón cuando emprendió su primer viaje. Pero ya desde el segundo, obtenida dicha concesión, se "Buscaron doce clérigos de ciencia y conciencia, para que predicasen y convertiesen, juntamente con fray Buil (Bernardo), catalan, de la órden de sant Benito, que iba por vicario del Papa con breve apostólico."[7]

1 I, 386.[1]
2 I, 41.[2]
3 I, 42.[1]
4 Fols. 1 V–VI.
5 199.[2]
6 Docs. de América, XXXIV, 22.
7 Gomara, 170.[1]

"Dieronle (al fraile catalán) Ornamentos, i cosas para el culto de Dios: y la Reina, en particular, dió vno muy rico de su Capilla:[1] según cédula real fecha 30 de junio de 1493, las cosas "para descir misa e dar los Sacramentos (se tomaron de las iglesias ó monasterios de Sevilla)."[2]

La segunda expedición á las Indias, dirigida por Colón, salió de Cádiz el 25 de septiembre de 1493. Para el 6 de enero del siguiente año habíase construído en la Española una Capilla, donde aquel mismo día "que celebramos la solemnidad de los tres Reyes se cantó la santa Misa [divina]......... con asistencia de trece sacerdotes,"[3] fray Bernardo Boil ó Buil y todos sus compañeros, quienes, por otra parte, aprovecharon poco ó nada á los indígenas, como veremos luego.

"Porque el principal cuidado de la Reina Catolica havia sido procurar, que el culto de Dios fuese honrado, suplicó, poco antes de su muerte, al Pontifice, que la hiciese gracia, que se pudiese erigir vn Arçobispado, i los Obispados, que pareciese convenir en la Isla Española, i de la provision de ellos."[4] Expidió el Papa las bulas correspondientes con fecha 15 de noviembre de 1504; pero como en ellas "no se nos concede (decía el rey don Fernando á su embajador en Roma el comendador Francisco de Rojas) el patronadgo de los dichos arçobispados e obispados ni de las dignidades e calongias, Raciones é beneficios...... es menester que su santidad conceda el dicho patronadgo de todo ello perpetuamente a mi e a los Reyes que en estos Reynos de castilla e de leon suscedieren...... otro si...... es menester que en la dicha bulla del patronadgo mande el papa que no puedan ser eregidas las dichas dignidades e calongias e otros beneficios syno de mi consentimiento como patron, e que la dicha ereccion venga cometida al arçobispo de sevilla para que a mi consentimiento la haga."[5] Arregladas posteriormente las diferencias, la Santa Sede erigió cinco obispados: "En la ciudad principal de Santo Domingo, en la Española, á Fr. García de Padilla, de la Orden de San Francisco...... En el pueblo de la Concepción, al Doctor Pedro Juárez de Deza; y en la isla de San Juan, al licenciado Alfonso Manso...... El cuarto, Fr. Bernardo de Mesa, noble......... en la isla de Cuba. El quinto, Juan Cabedo (Juan de

1 Herrera, I, 42.[2]
2 Docs. de América, XXX, 174.
3 Mártir, I, 156.
4 Herrera, I, 172.[2]
5 Docs. de Ultramar, V, 80–1.

Quevedo)...... para...... los del Darién."[1] Fr. García de Padilla "murió antes de pasar á la Española,"[2] por lo que don Pedro Juárez de Deza, "fué el primero obispo que passó á...... las Indias."[3]

Hasta 1513 fué propuesto Juan de Quevedo para obispo del Darien, al mismo tiempo que Juan de Fonseca para patriarca universal de las Indias.[4]

Ya desde 1506, "para mostrar mas estos Catolicos Reies su piedad, mandaron labrar, á su costa, la Iglesia Catedral de Santo Domingo, de mui insigne fabrica, i encargaron á los Prelados, que tuviesen mucho cuidado de las cosas de la Fé, i de la Governacion Espiritual, porque con ellos se descargaba la conciencia Real, i porque por su negligencia no tuviese el Demonio parte en las Indias, como en el tiempo de su Gentilidad; i que tuviesen cuenta de saber, como vivian los Clerigos, i castigasen á los que diesen mal exemplo; i que si hallasen Hereges, Judios, ó Moros, procediesen contra ellos."[5] Atendieron á maravilla esta última recomendación los buenos prelados de Indias; sin esperar el establecimiento del Santo Oficio, dieron prematuro comienzo á la quemazón de los hereges: en unas relaciones de la época, hechas por varios religiosos, se pide con apremiante instancia para las Indias la Santa Inquisición, "de la cual...... hay muy gran necesidad, porque donde nuevamente se ha de plantear la fe, como en aquellas tierras, no haya quizás quien siembre alguna pésima cizaña de heregía, pues ya allá se han hallado y han quemado dos hereges, y por aventura quedan más de catorce."[6] Habla igualmente de aquella primera quema de herejes el obispo de la Concepción en carta fecha 16 de julio de 1515.[7]

Á pesar del decantado celo religioso de los Reyes Católicos, y de que sus tesoreros en las Indias cobraban puntualmente los diezmos, solía suceder que los vecinos de aquéllas tuviesen que pagar á los clérigos y ministros que administraban los divinos oficios, mal que en la isla de San Juan no se remedió sino hasta 1511.[8]

Si los monarcas fueron espléndidos para prodigar títulos y honores

1 Mártir, II, 168–69.
2 Herrera, I, 178.[2]
3 Oviedo, I, 83.[1]
4 Docs. de América, XXXIX, 264.
5 Herrera, I, 178.[2]
6 Docs. de América, VII, 37.
7 Idem, XXXVI, 369.
8 Idem, XXXII, 122.

los españoles que venían á poblar las Indias, dieron repetidas muestras en cambio de sórdida mezquindad cada vez que se trataba de desembolsar los dineros; teníase como máxima económica: "que para ayuda á la poblacion de aquellas partes, no se á de gastar un ducado de la hacienda...... (real), an que se gaste para mayor aumento de sus rentas."[1]

Empero, la Iglesia católica se desarrolló en las Indias con inaudita rapidez y de manera formidable. Decía hacia 1571 el cosmógrafo-cronista Juan López de Velasco: "Han pasado á las Indias desde su descubrimiento, religiosos de las tres ordenes mendicantes de San Francisco, Santo Domingo y San Agustín y de la Merced, y ya comienzan á pasar de la Compañía, que todos van á aquellas partes."[2] En efecto, desde temprano afluyeron acá los eclesiásticos en gran número: de ello pueden darnos idea algunas cédulas. Por la expedida el 19 de abril de 1495, se dispuso que se enviaran "frayles e clérigos de misas (en lugar de los españoles que dejaran las Indias y regresasen á la Península);"[3] fué tan considerable una de las remesas de eclesiásticos hecha seis años después, que hubo necesidad de disponer que en el "navio dondellos obieren de posar...... non vayan caballos."[4] En 1508 pedía el Rey á la Orden de San Francisco muchos religiosos, "en tanto número........ que puedan ir á lo que se tomare e descobriere, e quedar en las....... islas;[5] y en 14 de febrero de 1509 ordenaba á los oficiales de la Casa de Contratación pagasen el pasaje y mantenimiento á cuarenta religiosos de Santo Domingo que pasaban á las Indias.[6] Concretémonos á esta última orden para abreviar.

En 1510 decía el Rey á don Diego Colón, que porque los frailes domínicos procuraban "de creced el numero de los que alla ay e agora van alla otros ciertos religiosos........ yo vos encargo e mando que les señaleys muy buenos sytios y en lugares apazibles para su Recogimiento donde ellos puedan hazer y fundar las dichas casas de su horden."[7] Puesto que el rey hablaba ya de la fundación de varios conventos, el número de domínicos venidos á América, únicamente hasta 1510, era notoriamente excesivo. Otro tanto tenía que suceder respecto de las demás órdenes religiosas.

1 Docs. de América, XI, 247.
2 47.
3 Docs. de América, XXX, 348.
4 Idem, XXXI, 99.
5 Idem, XXXIX, 169.
6 Docs. de Ultramar, V, 194-5.
7 Idem, V, 242.

No debe admirarnos consiguientemente que López de Velasco, que escribió hacia 1571, nos haga saber que existían entonces en las Indias "cuatro arzobispados y veinte y cuatro obispados," [1] más un gran número de "monasterios...... en los pueblos principales de españoles ó cabeceras de indios; y en los otros pueblos ó sujetos........ una casa donde de ordinario está un fraile, y algunas veces dos." [2] Poco tiempo después decía Herrera: "oi se hallan fundados en todo aquel Orbe, que de esta Corona es poseído...... cinco Arçobispados, veinte i siete Obispados, dos Insignes Universidades...... mas de quatrocientos monasterios de Religiosos Dominicos, Franciscos, Agustinos, Mercenarios, i de la Compañia de Jesus, con algunos Monasterios de Monjas, i Colegios...... (infinitas) Cofradias, innumerable cantidad de Beneficios Curados, que llaman Doctrinas, para enseñar aquellos Neofitos: i Hermitas, i Humilladores sin cuento." [3]

Fueron tantos los eclesiásticos españoles que había en las Indias hacia 1600, que entendiendo la Monarquía andaban sueltos "muchos religiosos (dispuso se enviasen á España todos aquellos de cuyas órdenes no hubiere en América casas fundadas)." [4] El clero, sin embargo, continuó desarrollándose perdurablemente.

Ya para 1647 se contaban en las Indias "dociētas Dignidades, treciētos y ochenta Canonicatos, y otros tantos Racioneros, y........... trecientos y cinquenta Arçobispos, y Obispos." [5]

Treinta años después manifestaba á la monarquía española el intrépido marqués de Barinas, don Gabriel de Villalobos: "uno de los mayores daños que padecen las Indias y que más necesita de remedio es el excesivo número que hay de conventos de religiosos y religiosas, porque se han apoderado de la mayor parte y de lo mexor de las haciendas, habiendo ciudad donde de las cuatro partes las tres son rentas y bienes eclesiásticos, originándose de este desorden la despoblación, que es de tanto inconveniente, y la relaxación en las religiones, que no es de menos perjuicio; la qual tiene además de la superfluidad otro principio, que es el poco cuidado que se pone en la educación de las personas, que son algo más libres que por acá por natural influencia de aquellos climas, con que los padres, por evadirse del cuidado

1 44.
2 49.
3 Descripción, 61.[1]
4 Docs. de América, XIX, 123.
5 B. Medina, fol. 225 vta.

de los hijos, los aplican á las religiones, y como no llevan la vocación necesaria, sino su natural, se llenan los monasterios de ociosidades y relaxación, ponderando que hay convento que tiene más de setenta y ochenta mil pesos de renta, sin el ingreso cotidiano, que es muchísimo, y más de 300 frailes, y otro tanto número en los de monjas, representando que si esto no se reforma en todo, se perderán las Indias, y propone que se impetre breve de Su Santidad para que por ninguna razón ó título puedan incorporar en sí más bienes raíces de los que al presente gozan." [1]

Por lo que hace á Nueva España, vemos que ya desde 1578 el Cabildo de México se alarmaba seriamente por la desmedida amortización de bienes eclesiásticos y trataba de ponerle un debido límite: dice así el acta relativa fecha 24 de enero de aquel año: "...... de cada dia van ensanchandose mas e alargandose (los religiosos de San Agustín y Santo Domingo)...... e de tal manera se esceden en lo susodicho que casi tienen la mayor e mejor parte conprada e abida e si no se pusiese rremedio en ello quedarran con el todo de que la tierra y esta rrepublica rresciben notorio daño e perjuyzio a lo qual conviene se aquda por parte desta cibdad con la ynstancia quel caso requiere lo cual abiendo conferido acordaron e mandaron quel señor procurador mayor a costa desta cibdad e por ella acuda a su excelencia e a la rreal abdiencia e con parescer de los letrados de la cibdad haga la ynstancia e diligencias que convengan...... e se les prohiba (á los referidos religiosos) de todo punto el conprar ni aber por ninguna vía tierras ni heredades fuera desta cibdad ni en tierra de yndios y en lo que toca a esta cibdad asy mismo pedir que.......... no conpren mas posesiones algunas por el daño que recibe e de lo que hiziere de quenta a esta cibdad e asy lo probeyeron e mandoron e lo firmaron........ Leonel de Cervantes.—Bernardino de Albornoz.—Jeronimo Lopez.—Alonso de Valdez Volante.—Andres Vazquez de Aldana.—Baltazar Mexia." [2]

La reforma del clero era pues imperiosamente necesaria en la América desde el mismo siglo XVI en que se estableció; no obstante, la realización de tal reforma, bajo la dominación española, convertíase en imposible utopía: así por ejemplo, á causa del memorable acuerdo del Cabildo de México, el virrey don Martín Enríquez dispuso se hiciera una información acerca del particular; pero se escogieron con tal tino los testigos, que todos ellos resultaron teólogos, sacerdotes, presbí-

1 84-5.
2 Actas, VIII, 319-20.

teros, y otras personas incondicionalmente adictas al clero, por lo cual las declaraciones no fueron otra cosa que una apología del mismo. [1]

Consiguientemente, los eclesiásticos continuaron acaparando por completo la propiedad territorial, sin que nadie osase ya ponerles trabas algunas.

Hubo de transcurrir casi un siglo para que nuevamente se tratara de la urgentísima reforma. Fué hasta 1644 cuando "la gran Ciudad de Mexico (dícenos uno de los panegiristas más fervientes de la Iglesia de Indias), suplicó á la Magestad de Felipe IV..... le concediesse lo siguiente:

"Qve no se funden Conuentos de Monjas, ni Religiosos.

"En los de las Religiosas, dize: Que es excessiuo el numero, y mayor el de las criadas que tienen; y el de la necessidad muy grande.

"Qve las haziendas de los Conuentos de Religiosos se limiten; y se prohiba el adquirir de nueuo: Y se lamenta, de que la mayor parte de las haziendas está con dotaciones, y compras en poder de Religiosos; y que sino se pone remedio en ello, en breue seran señores de todo.

"Tambien suplica, que no vayan Religiosos destos Reinos á la Nueua-España; y dá razones mui fuertes.

"Svplica encargue á los Obispos, que no Ordenen mas Clerigos de los que ay: y afirma que en Mexico, la Puebla, Mechoacan, Goaxaca, Guadalaxara, y Chapia ay mas de seis mil Clerigos, sin ocupacion ninguna, Ordenados á titulo de tenues Capellanias.

"Pide y suplica se reforme el excessivo numero de fiestas, porque con ellas se acrecienta cl caudal de la ociosidad, y daños que causa esta." [2]

Por supuesto que las liberales súplicas y peticiones no fueron oídas por la Monarquía, y el clero siguió enriqueciéndose y desarrollándose hasta la monstruosidad.

Don Juan Jorge y don Antonio de Ulloa, todavía en el siglo pasado, hablaban con relación á la América del Sur en los términos siguientes:

"Aunque los religiosos expenden en las concubinas é hijos que tienen en ellas mucha parte de lo que adquieren, otra no menor entra en la misma religion, lo qual ha de suceder precisamente, porque siendo medio para poder vivir fuera de los conventos el tener haciendas propias y casas en la ciudad ó villa á donde pertenecen, luego que se

1 Ojea, anexo.
2 González Dávila, I, 16.7.

hallan con caudal suficiente procuran comprarlas, y como estas fincas vienen á recaer en la religion por la muerte del religioso, resulta ser tantas las fincas de una y otra especie que poseen, que seguramente puede decirse no haber, fuera de aquellas que gozan con entero dominio, alguna de las que pertenecen á particulares sin estar gravadas con varios censos, los quales son tan considerables en muchas, que sus réditos llegan á montar mas de lo que puede importar su arrendamiento.

"Como todas estas haciendas recaen en las religiones, y los convenventos no pueden cultivarlas todas, las dan á censo á los particulares, con el indulto de alguna corta cantidad; pero esto es para tener su posesion mas segura, porque asi sacan de ellas quanto rinden sus tierras, y á veces sube de ello el importe de los censos; y los particulares que las toman de las comunidades trabajan en cultivarlas sin utilidad propia casi ninguna, siendo lo regular que esta no corresponda ni aun al trabajo personal, pero las toman porque la necesidad les obliga á ello mediante el no tener otro recurso." [1]

Acerca de las fiestas religiosas escriben también don Juan Jorge y don Antonio de Ulloa:

"Luego que...... (los Curas) se reciben en sus iglesias, aplican por lo general todo su conato en hacer caudal, para lo qual han inventado muchos establecimientos, con los que acaban de atraer lo poco que les queda á los Indios, y que pudo escapar de la mano de los Corregidores. Uno de sus arbitrios consiste en las hermandades, y son tantas las que forman en cada pueblo, que las iglesias están llenas de Santos por todas partes, y cada uno tiene la correspondiente hermandad; y para que los Indios no se aparten del trabajo, se confiere á los domingos la celebridad de aquellos Santos que caen entre semana.

"Llega pues el domingo en que se hace la festividad de un Santo, y entre los mayordomos se han de juntar cuatro pesos y medio, que es el estipendio de la misa cantada, otros tantos por el sermon que solo consiste en decirles cuatro palabras en alabanza del Santo, sin mas trabajo ni estudio que pronunciar en la lengua Peruviana lo primero que les viene á la imaginacion, y despues han de pagar los mayordomos un tanto por la procesion, la cera y el incienso. Todo esto se ha de pagar en dinero contado, y acabada la fiesta, porque los derechos de iglesia no se pueden dexar de pagar al instante: á esto se agrega

1 523-24.

luego el regalo que los mayordomos están precisados á hacer al Cura, por costumbre, en la fiesta de cada Santo, el qual se reduce á dos ó tres dozenas de gallinas, otras tantas de pollos, cuyes, huevos, carneros, y algun cerdo si lo tienen: asi pues, quando llega el dia del Santo, arrastra el Cura con todo lo que el Indio ha podido juntar en dinero todo el año, y las aves y animales que su muger é hijos han criado en sus chozas, viviendo casi privados de alimento, y reducidos á yerbas silvestres, y á las semillas que recogen de las pequeñas chacaritas que cultivan. El Indio que no ha podido criar los animales suficientes para el regalo establecido los ha de comprar precisamente, y si no tiene dinero como sucede regularmente, se ha de empeñar ó alquilar por el tiempo necesario para procurarlo y llevarlo con prontitud. Luego que se ha terminado el sermon de una fiesta, lee el Cura un papel donde lleva asentados los nombres de los que han de ser mayordomos y fiscales de la fiesta del año siguiente, y el que no la acepta con voluntad, se le obliga á consentir á fuerza de azotes, y en llegando su dia no hay excusa que le liberte de aprontar el dinero, porque hasta que está junto y entregado al Cura, no se dice la misa, no se predica el sermon, y se aguarda hasta las tres ó las quatro de la tarde si es menester, para dar lugar á juntar el dinero, como experimentamos en varias ocasiones.

"Para que se conozca mas sólidamente el exceso á que llega esto, y la crecida utilidad que sacan los Curas de estas fiestas nos parece conveniente citar aqui lo que un Cura de la provincia de Quito nos dixo transitando por su Curato, y fue, que entre fiestas y la conmemoración de los difuntos recogia todos los años mas de 200 carneros, 6000 gallinas y pollos, 4000 cuyes, y 50,000 huevos, cuya memoria se conserva como se escribió en los originales de nuestros diarios. Se debe advertir que este curato no era de los mas aventajados: hágase pues sobre este principio el cómputo de lo que recogeria en plata; y supuesto que todo sale de una gente que no tiene mas facultades ni proporciones de ganancias que su trabajo personal y un salario muy reducido quando trabajan por otro ¿cómo podrán pagar tantos emolumentos á los curas? Es necesario concluir que solamente teniendolos atareados continuamente no solo á los varones mas las mugeres y toda la familia para entregar al fin del año todo lo que han podido adquirir, bastará para soportar semejantes contribuciones." [1]

1 335-37.

No es posible colegir hasta qué punto tenían que ser exhorbitantes las sumas consumidas por el clero de América; empero, nos da alguna idea del monto fabuloso de esas sumas, el hecho de que Felipe IV, precisamente á quien, según indicamos, se dirigió el Cabildo de México, "Consignó en sus Rentas Reales, de renta fixa trecientos mil ducados para el vino que se gastare en las Missas que se dixeren en todos los Conuentos de Nueua-España, y Pirú, y para todo el azeite q fuere menester para las lamparas q arden delante del Santissimo Sacramento." [1] Tenía que sobrepasar en mucho á esta renta lo gastado en vino y aceite en las catedrales, parroquias y demás iglesias independientes de los Conventos, asimismo sólo en Nueva España y en el Perú, sin tomar en cuenta el resto de las Indias. ¿Cuáles serían, pues, las cantidades invertidas para la manutención de frailes, clérigos y altos prelados, construcción y sostenimiento de conventos, ermitas é iglesias, etc., etc.?

Como el clero, por su propia naturaleza, nada producía, todo cuanto gastaba tenían que proporcionárselo los pueblos indígenas, sobre los que ya pesaba, por otra parte, el gravamen no menos oneroso de los múltiples tributos impuestos por sus ambiciosos dominadores.

Además, la producción de esos pueblos desdichados era rudimentaria y mezquina, debido principalmente á que la monarquía cuidaba de mantenerlos en la mayor ignorancia: como lo prueba, entre otros hechos, la cédula real dictada con fecha 4 de abril de 1531, por la cual se mandó á los oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla: "de aquí adelante non consyntais ni deis lugar a persona alguna pasar a las Yndias libros ningunos de ystoria e cosas profanas, salvo tocante a la Relygion Crystiana e de virtud en que sexerciten e ocupen los dichos yndios e los otros pobladores de las dichas Yndias, porque a otra cosa no a de dar lugar." [2]

Secundando á la monarquía, todos los religiosos venidos á América, salvo alguna que otra rarísima excepción, atendían exclusivamente á instruir en la doctrina cristiana á los naturales; pero de la manera más desacertada, sin prepararlos con blanda y continua persuación, sino con precipitada ligereza y excesiva violencia; dice Gerónimo López: "El primer yerro que se tuvo por los fraires franciscos, fué dar de golpe el bautismo á todos los que venian por campos, montes, caminos, pueblos, sin decirles lo que recibian ni ellos sabello, de donde ha pareci-

1 González Dávila, I, 17.
2 Docs. de América, XLII, 466-67.

do bautizarse muchas veces, porque cada vez que uno via bautizar se bautizaba; de donde ha venido tenerlo agora en poco.

"El segundo yerro fué que luego quisieron predicalles todos los artículos de la fe juntos, é aclarárselos, no teniendo fe para creerlos ni vaso en que cupiese; de donde ha venido haber mil yerros." [1]

Incurrieron igualmente los religiosos en otro desacierto más deplorable sin duda: fué que quisieron desarraigar de los naturales sus primitivas creencias por medio de durísimos castigos; ya veremos después cómo se acostumbraba tener en los conventos cárceles, cepos y cadenas para atormentar á los neófitos indígenas; aun los religiosos ilustrados profesaban la máxima de que para desterrar las idolatrías se debían poner: "cuero y correas;" [2] el obispo Zumárraga y otros eclesiásticos decían al rey en 1531: "(la gente indígena) hace más por temor que por virtud;" [3] todavía á fines del siglo XVII los altos prelados tenían "advertido, que generalmente los malos se apartan de la culpa por el temor de los castigos, y mayormente los Indios, en quienes obra mas el azote que la voz....... (y preferían) valerse de la pena, y de el castigo." [4]

Además, si hemos de creer á fray Diego de Hevía y Valdés, los religiosos no mostraban ardiente celo para difundir la nueva religión: "No dudo (decía aquél)..... que el natural del Indio es infructuoso, rebelde, y duro por las profundas rayzes que en ellos ha echado la idolatria; malo es el panino, pero tambien tiene mucha culpa nuestra negligencia, y tibieza." [5] Oviedo manifiesta: "Bien penssaba yo un tiempo que era su ánimo de estos tales sacerdotes para convertir y enseñar los indios en las cosas de nuestra sancta fé cathólica,..... y assi lo dicen y predican ellos..... pero los menos destos padres he visto sin cobdicia ni menos inclinados al oro que á mí ó á otro soldado, ni con menos diligencia procurarlo, pero con mas astucia é silencio guardarlo; [6] el mismo autor, al hablar en otro lugar de los infinitos bautismos que se hacían en las Indias, nos dice que las relaciones correspondientes que los eclesiásticos enviaban á la monarquía española, eran "[más con intencion é propóssito de impetrar officios é mercedes, é conservarse en los que tienen, é obispados é otras dignidades, que no para continuar é perse-

1 Docs. de México, II, 148.
2 Ruiz de Alarcón, 127.
3 Icazbalceta, Don Fray Juan, 2ª parte, 58.
4 El obispo don Isidro de Sarimaña, en Gutiérrez Dávila, 1ª parte, 138.[1]
5 283.
6 II, 238.[2]

verar en la enseñança de los nuevamente baptiçados]..... mejor seria que uno quedasse perfeto y enseñado y entero chripstiano que no mill bautiçados, que no se sepan salvar ni sean chripstianos."[1] Algo análogo aseveraba el bachiller Luis Sánchez: "en los (indios) que emos convertido y son baptizados..... no ay en ellos onza de fé, si se pudiera pesar..... desta poca fé y christiandad de los indios, echemos la mitad de la culpa á los ruines predicadores y á su mal exemplo,—que es lástima verlo—que les decimos una cosa y hacemos otra, y el pobre del indio, ignorantísimo, mira muy bien lo que hago y olvida lo que digo."[2]

La instrucción de los indígenas quedaba casi en absoluto proscrita, salvo en lo tocante á la religión cristiana; desde un principio se proclamó sentenciosamente: "es menester que (la gente indígena) sea amparada mas no sublimada."[3]

La consecuencia inmediata de no instruir á los naturales sino en la religión cristiana, y esto muy torpemente, nos la revelan varios cronistas; en 1656 escribía el doctor De la Serna: "auiendose de esperar de ellos, que eran ya hijos de la luz, se vé por experiencia que lo son de tinieblas;"[4] el P. Burgoa quejábase á su vez en la obra que publicó en 1670, de "que oy despues de tantos años..... hallamos lamētables errores, y profanadas las ceremonias de la Iglesia en especial de los Santos Sacramentos del Baptizmo, Penitencia y Matrimonio, q vsan (los naturales) con tantos barbarismos como enseñados por el Padre de la mentira, y émulo de Dios;"[5] hubo otras personas que también deplorasen "que despues de tantos años de conquistados estos Reynos, aun se hallasse en esta miserable gente tan predominãte la idolatria."[6]

Limitémonos ahora á estudiar cuál fué el comportamiento general de los eclesiásticos venidos á América.

La loable conducta de algunos religiosos, entre los que descuella de manera sublime nuestro don fray Bartolomé de Las Casas, podría hacer pensar erróneamente que los clérigos y regulares españoles que pasaron á las Indias, no adolecían de la depravación moral de los seglares.

Vimos en el capítulo I, que el clero en España estaba gravemente

1 IV, 59[1].
2 Docs. de América, XI, 165-66.
3 García Icazbalceta, Don Fray Juan, 2ª parte, 53.
4 279.
5 Fols. 109-10.
6 Gutiérrez Dávila, 1ª parte, 138[1].

corrompido. Mucho podríamos añadir á lo allí expuesto; Fray Angel de Valencia y sus compañeros, por lo que hace á los Obispos, aseguran que éstos, en España, sólo eran "para pompa;"[1] es más explícito Hernán Cortés en la carta que escribió á Carlos V con fecha 3 de octubre de 1524; decía en ella al monarca enviara á Nueva España "personas religiosas de buena vida y ejemplo..... y que á estas se les dé de los diezmos para hacer sus casas y sostener sus vidas..... y que estos diezmos los cobren los oficiales de V. M. ..... porque habiendo obispos y otros prelados, no dejarian de seguir la costumbre que por nuestros pecados hoy tienen, en disponer de los bienes de la Iglesia, que es gastarlos en pompas y en otros vicios y en dejar mayorazgos *á sus hijos* ó parientes; y aun seria otro mayor mal que, cómo los naturales destas partes tenian en sus tiempos personas religiosas que entendian en sus ritos y ceremonias, y estos eran *tan recogidos*, así en honestidad como en castidad, que si alguna cosa fuera desto á alguno se le sentia era punido con pena de muerte, si agora viesen las cosas de la Iglesia y servicio de Dios en poder de canónigos ó otras dignidades, y supiesen que aquellos eran ministros de Dios, y los viesen usar de los *vicios y profanidades* que agora en nuestros tiempos en esos reinos (en España) usan, seria menospreciar nuestra fe y tenerla por cosa de burla; y seria á tan gran daño, que no cree aprovecharia ninguna otra predicacion que se les hiciese."[2]

Las mismas causas que hicieron que la gente seglar honorable se abstuviera de venir á las Indias, tuvo que detener también á los buenos eclesiásticos, dotados al fin de naturaleza igual á todos los demás hombres.

Los indígenas del Nuevo Mundo, convictos y confesos *adoradores del demonio*, según se les llamaba por aquél tiempo, tuvieron que despertar en el común de los religiosos españoles los mismos sentimientos de aversión que siempre habían originado en ellos cuantos no profesaban la fe de Cristo. Fuera de que esos religiosos no sólo tenían que creer que libremente se podía despojar de sus bienes á los infieles, práctica consagrada por el papa Alejandro VI al donar las Indias á los Reyes Católicos, debían igualmente alimentar la "idea fatal, entonces muy comun (en España) de que era lícito disponer de las vidas de los infieles."[3]

1 Nueva colección, II, 217.
2 318–20.
3 Lafuente, II, 482[2].

Consignamos en el prólogo que semejantes doctrinas era predicadas por un alto prelado español todavía á fines del siglo XVI. "¿Cuántos (otros religiosos) las tendrian y enseñarian á principios del mismo siglo?"[1]

Veamos, de manera concreta, cuál fué el comportamiento de los repetidos eclesiásticos en las Indias.

Si disponemos de pocos datos relativos á la mala conducta observada en América por los españoles seglares, la carencia es mayor respecto de los religiosos. Decía D. Antonio de Mendoza en las instrucciones que dió á su sucesor D. Luis de Velasco: "En caso que se ofrezca ser necesario hacer algunas reprehensiones á los frayles ó clérigos, sean secretas de indios y españoles, porque así conviene por lo que toca á su autoridad y á lo de la doctrina."[2]

El marqués de Montes Claros manifestaba por su parte al monarca español, al hablar de los excesos del clero en el Perú: "Pero como la reformacion deste estado y su castigo cuando más barato sale, cuesta hacer públicas las culpas de gentes que debemos venerar como á cosa sagrada, quien procede en esto con imprudencia, no escusa bastantemente el rigor ó arrojamiento con llegar la ocasion que para ello se le dió."[3]

No era raro tampoco que se destruyeran las informaciones hechas acerca de la mala conducta de los eclesiásticos; en 1532 el gobernador Manuel Rojas mandó quemar "cierta información de testigos contra el Obispo (de Cuba, fray Miguel Ramírez),"[4] cuyos actos todos constituyeron una serie de alarmantes escándalos.

En las crónicas de la época hay menos datos todavía referentes á la mala conducta del clero, debido á que las censuras á que todas aquéllas estaban sujetas, no toleraban, naturalmente, cosa alguna contraria á los miembros de la iglesia. Por el contrario, en muchas crónicas antiguas, no tan sólo se calla la verdad acerca del particular, sino que se prodigan mentidos elogios á tal ó cual fraile criminalmente depravado; el P. Pareja, por ejemplo, nos pinta como mansa oveja y apóstol modelo al falaz y corrompido fray Bartolomé de Olmedo.[5] Unicamente, pues, de una manera incompleta podemos poner en claro la verdadera conducta observada por los eclesiásticos en América.

1 Loc. cit.
2 Docs. de América, VI, 485.
3 Idem, VI, 336.
4 Docs. de Ultramar, IV, 245.
5 9-10.

Por lo que hace á los primeros frailes llegados á las Indias, indicamos ya que poco ó nada aprovecharon á los naturales; lo confiesa el mismo fray Bernardo Buil, en carta que escribió al reino hacia 1494, pidiendo licencia para regresar á España, lo que no hizo, porque la Monarquía no se lo permitió.[1]

Es de colegir que tuvieran iguales deseos los demás eclesiásticos que acompañaron á Buil, aunque parece que sólo uno, fray Jorge, obtuvo el consentimiento real para volver pronto á la Península.[2]

De este modo nos explicamos por qué Colón pedía directamente á su Santidad en 1502 "algunos sacerdotes y religiosos..... idóneos."[3]

El estado del clero español empeoró más y más en América durante los años posteriores; en atención á esto, ó sea á que "munchos de los clérigos..... (venidos á las Indias) non thienen la abylidad que seria menester para admynistrar los Sanctos Sacramentos, nin para las otras cosas que son nescesarias..... para rremedio desto, Yo E acordado, (decía el Rey) que de aquí adelante non pueda pasar nin pase nengund clérigo, sin ser primeramente examinado."[4]

Semejante medida no mejoró en nada, sin embargo, la condición del clero, que ya desde entonces empezó á dar vivas muestras de relajación y de sórdida codicia; exigía, por ejemplo, día á día, según vemos en una relación de 1512, el pago de los diezmos con "excomuniones e maldiciones en las yglesias,"[5] abuso bastante general; en 1571 hablaba fray Jerónimo de Mendieta "de la vejación del diezmo, que con tanta solicitud procuran sacarles (á los desventurados indios) los Obispos."[6]

Revelaba asimismo el clero su desmedida codicia al defraudar sin empacho alguno los dineros de la Iglesia; varias relaciones llegadas á España denunciaban el hecho, haciendo saber cómo "los Canónigos e Racioneros..... prencipalmente (eran los que robaban tales dineros)"[7] y cómo también los "Obispos e aun Cabildo e Mayordomos, todos an sido socorridos de los bienes de las dichas yglesias e porque todos an sido casi en thomar; ansi todos callan en el averiguar e aclarar."[8]

1 Docs. de América, XXX, 304.
2 Idem, XXX, 361.
3 Idem, XXXIX, 28.
4 Idem, XXXI, 552.
5 Idem, XXXIV, 149.
6 Nueva Colec. I, 118.
7 Docs. de América, XXXIV, 112.
8 Idem, XXXIV, 117-18.

La falta de sentido moral en los miembros del clero fué causa de que todos ellos trabajasen desde un principio para que se dieran los indios en servidumbre por la monarquía española. Escribía el rey don Fernando al hijo del Almirante con fecha 20 de marzo de 1512 acerca del sermón que fray Antonio Montesinos predicó en la Española en favor de la libertad de los naturales: "Me á muncho maravillado en gran manera, de descir lo que dixo, porque para descirlo, nengund buen fundamento de Theología nin cánones nin leyes thernia, sygund discen todos los letrados, e Yo ansi lo Creo, porque cuando Yo e la Señora Reyna Mi muxer—que Gloria faya—Dimos una Carta para que los yndios syrviesen a los crysthianos como agora les sirven, Mandamos xuntar para ello todos los del Nuestro Consexo e munchos otros letrados theólogos e canonistas, e vista la gracia e donacion que Nuestro Muy Sancto Padre Alexandro sexto Nos fizo de todas las Islas e Tierra-Firme descobiertas e por descobrir en estas partes,....... e las otras cabsas escriptas en derecho e conforme a rrazon para ello abrá, acordaron en presencia e con parescer del Arzobispo de Sevilla que agora es, que se debian de dar (en esclavitud los indios) e que era conforme a derecho humano e devyno; pues por la rrazon que los legos pueden alcanzar, e vosotros vedes quan necesario es queso esté ordenado como está en quanto a la servidumbre que los yndios facen a los crysthianos, muncho más Me a maravillado de los que non quysieron absolver a los que se fueron a confesar sin que primero posiesen los yndios en su libertad, abiéndoseles dado por Mi mandado, que si algund cargo de concyencia para ello podia aber—lo que non ay—era para Mi e para los que Nos aconsexaron, que se ordenase lo questá ordenado, e non de los que thienen los yndios; e por cierto que fuera rrazon que usáredes ansí con el que predicó, como los que non quysieron absolver de algund rrigor, porque un yerro fué muy grande."[1]

Por las incansables gestiones hechas en pro de los indígenas por su gran benefactor, el licenciado don Bartolomé de Las Casas, celebróse en España el año de 1519 una junta de altas personas presidida por el joven rey Carlos V. En ella se concedió primero la palabra al venal obispo de Darien, fray Juan de Quevedo, quien dijo en sustancia: "soy de sentir que (los indios) han nacido para la esclavitud, y solo en ella los podrémos hacer buenos. No nos lisonjeemos; es preciso renunciar sin remedio á la conquista de las Indias y á los provechos del Nuevo-

1 Docs. de América, XXXII, 375-76.

Mundo si se deja á los indios bárbaros una libertad que nos seria funesta...... Si en algun tiempo merecieron algunos pueblos ser tratados con dureza, es en el presente los indios, *más semejantes á bestias feroces que á criaturas racionales.* ¿Qué diré de sus delitos y de sus excesos, que dan vergüenza á la misma naturaleza? ¿Se nota en ellos alguna tintura de razón? ¿Siguen otras leyes que no sean las de sus brutales pasiones? Pero dicen que por el rigor de sus amos y tiranía de los repartimientos no abrazan la religion. *¿Qué pierde la religion con tales sugetos?* Se pretende hacerlos cristianos, casi no siendo hombres........ sostengo que la esclavitud es el medio más eficaz, y añado que es el único que se puede emplear...... sin esta diligencia, en vano se trabajaria en reducirlos á la vida racional de hombres y jamás se lograria hacerlos buenos cristianos."[1] Hermoso contraste formó en verdad con este bárbaro é inhumano discurso el que pronunció en seguida el licenciado Las Casas, sostenido por su inquebrantable energía é inflamado de la sublime caridad que jamás se apagó en él; después de manifestar el excelso defensor á Carlos V, el mayor autócrata de la época, que no quería para sí merced ni galardón alguno, ni obraba "por servir á V. Mag. porque *es cierto...... que de aqui á aquel rincon no me mudase, por servir á V. Mag......* (sostuvo como únicamente él supo hacerlo, que las gentes del Nuevo Mundo) son capacisimas de la Fé Christiana, i á toda virtud, i buenas costumbres, por raçon, i doctrina traíbles, i de su natura son libres, i tienen sus Reies, i Señores naturales, que goviernan sus Policias."[2] Los indígenas siguieron no obstante en servidumbre.

Tratóse posteriormente en España, hacia 1525, de declarar libres á los indios, pero "entre varias opiniones de varones graves, estamos en duda (escribía Mártir entonces), principalmente por el parecer de los religiosos de la religión dominicana, que con sus escritos nos inclinan á lo contrario."[3] Fray Tomás Ortiz, por cierto de los eclesiásticos que fueron más favorables á los indios (decimos esto con sinceridad), presentó en tal ocasión un memorial á nombre propio y de otros religiosos, titulado «Estas son las propiedades de los indios, por donde no merecen libertades,» en el cual no hay vicio ni delito que no se impute á los naturales de América; se les hace culpables hasta de que "son

1 En Beaumont, II, 128-29.
2 Herrera, II, 93-4.
3 IV, 124.

sin barbas, y si algunas les nascen, pélanlas y arráncanlas."[1] Herrera asienta que el obispo de Osma, fray Francisco de Loaysa, presidente del Consejo, era de parecer que no se tocase á los indios en su libertad, pero que al fin dió grandísimo crédito á fray Tomás Ortiz y á otros frailes domínicos y de la orden de San Francisco, que aconsejaban la servidumbre, "por lo qual, declaró el Emperador que estos Indios fuesen Esclavos, con acuerdo de los del Consejo."[2]

Como consecuencia de tan inhumana declaración, "no solamente (manifiesta Oviedo) fueron repartidos los indios á los pobladores, pero tambien se dieron á caballeros é privados, personas aceptas y que estaban cerca de la persona del Rey Cathólico, que eran del Consejo Real de Castilla é Indias, é á otros;"[3] advierte luego dicho autor que se dictaron diversas providencias reales para el buen tratamiento de los indios, "pero yo veo (agrega) que ninguna cosa ha bastado para que esta gente infelice no se haya consumido en estas islas...... Y desta culpa no quiero señalar á ninguno de los que acá han estado; mas sé que lo que los frayles dominicos decian lo contradecian los franciscos..... y lo que los franciscos amonestaban, negaban los dominicos..... Y despues andando el tiempo, lo que tenian los dominicos lo defendian los franciscos; y lo que primero alababan los franciscos, ellos mismos lo desecharon y lo aprobaban entonces los dominicos."[4]

Es inconcuso, por tanto, que si se redujo á la esclavitud á los indígenas, se debió exclusivamente á la tenaz oposición del clero, el cual dió origen con esto á que sucumbiesen millones y millones de seres inocentes, víctimas del crudelísimo trato que les dieron sus amos.

Hubo una agravante imperdonable en esa actitud de los eclesiásticos, á saber, que hablaban de la incapacidad de los naturales sin conocer la lengua de éstos; en 1533, fray Jacobo de Tastera escribía al rey: "A qualquier juyzio, por grosero que sea, pregúntele V. M. á quien tal dixo, *mayormente sy fué religioso*, sy aprendió la lengua de los yndios...... é pues esta puerta no les fué abierta para entrar á contemplar los secretos desta gente, ni los sentimientos de sus ánimas, porque quieren ser testigos dormidos de lo que nunca vieron."[5] Veinte años después, fray Angel de Valencia y sus compañeros decian á su

1 Mártir, IV, 129.
2 III, 245[1].
3 I, 71-2.
4 I, 72-73.
5 Cartas de Indias, 63.

magestad: "quasi no ay (clérigo) ninguno que sepa lengua."[1] Fray Bartolomé de Las Casas manifestaba por su parte á Pío V: "á V. B. suplico humildemente que les mande (á los obispos) aprender la lengua de sus ovejas, declarando que son á ello obligados por ley divina y natural, porque por momentos suceden muchos y pésimos indignos en la presencia de V. S.d por despreciar los obispos de aprender la lengua de sus feligreses."[2]

No se limitó el clero español á hacer esclavos á los indígenas, sino que llegó á tratarles con excesiva crueldad; poca conmiseración podía tener para aquellos á quienes veía plagados de *diabólica idolatría* incurable. Hablaremos únicamente de los franciscanos establecidos en México, los que más se vanagloriaban de haber protegido á los indígenas. Consta por una información rendida en 1529, que en los monasterios de San Francisco no sólo se tenían encerrados "a todos los señores prencipales desta tierra e a sus fixos chequitos...... (sino que también había allí) *cárceles, cepos e cadenas*, donde meten en prysiones a los yndios basallos de Su Magestad por lo que se les antoxa."[3] El arzobispo de México, don Alonso de Montúfar, declaraba al Real Consejo de Indias en 1556: "ha aprovechado tan poco nuestro mandamiento, que no nos han querido obedecer los indios por más que se lo hemos reñido y nos hemos quejado al...... Visorey para que se lo mande, como se lo ha mandado, y tan poco vale su mandamiento como el nuestro, no siendo á voluntad de los religiosos (franciscanos), porque es tan grande el temor que les tienen los indios por los *castigos grandes* que les hacen, que aun hablarnos ni quejarse algunos indios no lo osan hacer de su miedo."[4] Don Diego de Quijada manifestaba al rey siete años después, cómo algunos indios de Yucatán, para librarse de los suplicios que les infligían los mismos religiosos, "se iban á ahorcar á los montes."[5] Esos suplicios quedan descritos, aunque ligeramente, en el siguiente párrafo de una carta escrita á la monarquía por los indios gobernadores de varias provincias de Yucatán: "Despues que nos vino el bien, que fué conoscer á Dios Nuestro Señor por solo verdadero Dios, dexando nuestra ceguedad é ydolatrias,

1 Idem, 108.
2 Docs. de México, II, 600.
3 Docs. de América, XL, 472.
4 Idem, IV, 496.
5 Cartas de Indias, 383.

y á V. M. por señor temporal, antes que abriessemos bien los ojos al conoscimiento de lo vno y de lo otro, nos vino vna persecucion, la mayor que se puede ymaginar, y fué, en el año de sesenta y dos, por parte de los religiosos de Sant Francisco, que auiamos traydo para que nos doctrinassen, que, en lugar de lo hazer, nos començaron á *atormentar*, colgandonos de las manos y açotandonos cruelmente, y colgandonos pesgas de piedras á los pies, y atormentando á muchos de nosotros en burros, echandonos mucha cantidad de agua en el cuerpo, de los quales tormentos murieron y mancaron muchos de nosotros;" [1] en dicha carta se señala á fray Diego de Landa, electo luego obispo de Yucatán, como "principal autor de todos estos males y trabaxos, (y se agrega): escriue (Landa) diziendo que V. M. ha aprobado las muertes, robos, tormentos y esclauonias y otras crueldades que hizieron en nosotros...... si V. M. se quiere ynformar desto, embie persona tal que lo auerigue, y verse a nuestra ynocencia y la gran crueldad de los padres; y si el obispo (fray Francisco de Toral) no viniera, todos fueramos acabados. Y porque, aunque queremos bien á Fray Diego de Landa y á los demas padres que nos *atormentaron*, solamente de oyrlos nombrar, se nos rebueluen las entrañas." [2]

Entrando ahora á más detalles, trataremos, primero, de la conducta observada en las Indias por los más altos prelados, y en seguida, de la que guardaron los eclesiásticos subalternos.

Era el ya dicho obispo de Cuba fray Miguel Ramírez, electo hacia 1527, "grande arrebolvedor y escandaloso," [3] al cual no podían sufrir ni los mismos religiosos que le estaban sujetos; [4] dado además á "palabras ynjuriosas," [5] "muy desonestas las quales no son de escrevir," [6] y á especulaciones indebidas; los más de los negros destinados á la construcción de la iglesia de Santiago, decía el Cabildo de esta ciudad, "trabajan en las haciendas del dicho obispo." [7] El Obispo, no obstante, se quejaba de pobreza; mas con tan buenas grangerías, pudo no sólo pagar las muchas deudas que tenía, sino volver inmensamente ri-

1 Idem, 407.
2 Idem, 409.
3 Docs. de Ultramar, IV, 251.
4 Idem, 77.
5 Idem, 154.
6 Idem, 288.
7 Idem, 171.

có á España muy pocos años después de haber salido de allá: "lleva muchos dineros segund fama (escribía el referido Cabildo á su magestad), é nos dexa la yglesia por acabar é sin querer dar quenta de lo que de ella ha entrado en su poder ansi de las tercias como de limosnas é de otras cosas que la dicha yglesia tenia." [1]

Sucedió á fray Miguel Ramírez, fray Diego Sarmiento, que incurrió en iguales excesos y tropelías; [2] señaláronsele mil ducados de oro anuales por su aviamiento; [3] pero considerando mezquina la espléndida dotación, pedía al monarca más dineros, so pretexto de que estaba absolutamente falto de recursos. [4] Como su antecesor, echó mano de los bienes de la iglesia y se entregó á tráficos escandalosos: guardaba para sí toda la renta del obispado "no dando a la iglesia, ni al hospital, ni a las dinidades la parte que les cabe. Y no contento con esto, a los clérigos que mueren en esta isla los hereda, e aunque vienen sus parientes a heredalles, porque les de la hacienda les lleva a 400 y a 300 pesos, y a otros se lo lleva todo. Pone ogaño por cirio pascual una vela de dos libras, y el cirio que tenía el año pasado le vendio a Vasco Porcallo para su iglesia, que vive en la villa de la Trinidad. Demas que vendio a Alonso Sanchez, vecino de la villa de Santispiritus para su iglesia, una redomita de olio y crisma en seis castellanos. Vea V. M. si allegará nuestro Pastor hartos dineros. Un terno de brocado viejo que trujo de Castilla lo da a la iglesia por cinco veces mas de lo que vale, y el aderezo de pontificial que trujo para decir misa, lo cuenta a la iglesia." [5]

De don Francisco Marroquín, obispo de Guatemala, decían en 1545 los obispos de Chiapa y de Nicaragua: "a sido vno de los que más an ofendido en hazer injustamente infinitos esclavos, y a tenido y tiene muchos yndios por esclavos y de repartimiento, a predicado dañosa doctrina y palabras mal sonantes y sospechosas." [6]

Llegado al lugar de su destino don Cristóbal de Pedraza, obispo de Honduras, comenzó luego á "hazer muchas cosas que parecen no buenas, y muchos escandalos." [7]

Acerca de don Pedro Hernández de la Torre, obispo del Río de la

1 Idem, 272.
2 Idem, VI, 148 y sigs.
3 Idem, IV, 405.
4 Idem, VI, 71.
5 Idem, 160-1.
6 Cartas de Indias, 19.
7 Idem, 22.

Plata y de Uruguay, no es necesario saber más sino que arrojaba de las doctrinas á los hijos de los naturales y dió motivo, según refiere uno de sus contemporáneos, para que aquéllos perdiesen "vida y ánima, mugeres, hijas y hazienda." [1]

Escribía en 1558 al Real Consejo de las Indias el provincial de la orden de San Francisco, refiriéndose á don Antonio Ruiz de Morales, obispo de Michoacán: "no entiende en cosa de ordenes ni de sacramentos, sino en pleitos y diezmos." [2]

Respecto de don Alonso de Montúfar, arzobispo de México, se decía en 1559: "es gran émulo de los religiosos y mayor de los naturales; que es gran escandalo oyr las palabras que dize en su desfavor, y traerse en litera por los caminos, sierras y rios á cuestas en los onbros de los indios.

"Andan estos señores......... (Ruiz de Morales y Montúfar)....... en grandes differencias...... y siempre en pleyto...... y es cantidad el interese, porque solo en el valle de San Sevastian, que es entre Mexico y Michuacan, entendi que avia recogidos siete o ocho mill ducados de solos diezmos de ganados." [3]

Al hablar el cabildo eclesiástico de Guadalajara de su obispo don fray Pedro de Ayala, pedía al rey removiese á éste y proveyera con toda brevedad "por obispo alguna persona de que se tenga expiriencia de su buena vida, costumbres y letras, y que sea hombre mayor, porque así conviene para estas tierras y sosiego dellas; y que sea hombre prudente, y que no se sienta en él codicia." [4]

Podríamos enumerar otros varios prelados de conducta viciosa, pero nos limitaremos á tres: Pedro Juárez de Deza, primer obispo de la Concepción, como ya indicamos, y del cual decía don Diego de Guzmán, contemporáneo suyo, que "el Rey Católico hizo limosna de los diezmos que le pertenecian de ciertos años para que se hiciese la iglesia, é los tomó el obispo Don Pero Suarez de Deza, é se fué á Castilla, é se los llevó, é no hizo la iglesia; e despues acá no se ha hecho á causa de ser la renta della en poder de los canónigos que han sido mayordomos:" [5] fray Vicente Valverde, obispo del Perú, el cual, encendido en ira, azuzaba á los soldados de Pizarro á la matanza de indíge-

1 Idem, 682.
2 Idem, 182.
3 Idem, 140.
4 Docs. de México, II, 486.
5 Docs. de América, I, 462.

nas, como veremos luego, y de quien se dijo entonces: "jamás ha tenido fin ni celo al servicio de Dios ni de S. M., ni menos en la conversion de los naturales en los poner é dotrinar en las cosas de nuestra santa fée católica, ni menos en entender en la paz é sosiego destos reinos, sino á sus intereses propios, dando mal ejemplo á todos:" [1] por último, el célebre arzobispo de los Reyes, don Bartolomé Lobo Guerrero, cuyos muchos excesos motivaron una cédula real en 1596, en la que se previno al presidente y oidores de aquella ciudad: "usareis de los remedios del derecho, executando en su persona las penas en que conforme a el obiere yncurrido o yncurriere, conseruando como es justo la autoridad que representais; que de lo contrario me terne por deseruido." [2]

En lo general, los obispos descuidaban tanto sus diócesis, que solían abandonarlas por completo; "han dejado (decía el Cabildo de Guadalajara), de confirmar y de visitar mas de las tres partes (de la diócesis)." [3] Fray Angel de Valencia y otros padres suplicaban al Emperador: "mande proveer acerca de los Obispos y clérigos (de Indias) que los Obispos no sean *como en España* para pompa, sino para provecho y conversión de gentilidad y sustentación de nueva Iglesia, porque á falta desto, el Obispado de Michuacán nunca fué visitado hasta hoy por su Obispo; y si ha sido alguna vez alguna parte visitada por su Vicario, no á derechas; y la visita deste Obispado de Xalisco poca y muy imperfecta;" [4] Fray Juan de San Román escribía igualmente en 1571: "(los obispos) no ponen ni curan de ello (de la policía y culto divino), mas de sacar largos salarios, y tener muchos pueblos que se lo den y paguen," [5] cosa que corroboraba fray Jerónimo de Mendieta al asegurar que el fin de aquellos prelados era "de ampliar las rentas de sus iglesias y el fausto de la dignidad episcopal." [6] Precisamente el impecable nuestro don fray Bartolomé de Las Casas, en su memorable petición á Pio V, le rogaba declarase que "los tales ministros..... (quedaban) obligados por ley natural y divina, como en efecto están obligados, á restituir todo el oro, plata y piedras preciosas que han adquirido, porque lo han llevado y tomado de hombres que padecian extrema necesidad y hoy viven en ella." [7]

1 Idem, III, 219.
2 Idem, XIX, 108.
3 Docs. de México, II, 502.
4 Nueva Colección, II, 217.
5 Idem, I, 106.
6 Idem, I, 108-9.
7 Docs. de México, II, 600.

Entretanto el glorioso abogado de los indios *no tenía de donde comer*,[1] y *moría de hambre*.[2]

Si de tal suerte se conducían los altos prelados, ¿qué podía esperarse del común de los eclesiásticos?

Dícenos Oviedo: "¿Pero qué diré yo, pecador, que como otros muchos he andado en estos trabaxos, buscando de comer para mi muger é hijos, y no he dexado de ver en la misma ocupacion muchos clérigos y frayles de todas las órdenes y hábitos?...... Tienen por devocion que todos les den por amor de Dios, só color de algunas obras pias y de missas que pretenden de decir, é que no pueden cumplir, segund la cantidad de que resciben las pitanças adelantadas. Y demás desto, por otras vias y negociaciones en que se entremeten entre seglares, no es poco el dinero que sacan dello; y al cabo tan poco plomo traen en los pies como los legos mílites, ni dexan de discurrir por todas estas partes y de informarse primero quáles tierras son mas ricas y de menos peligro para la vida."[3]

Responden bien al anterior retrato el ya referido don fray Juan de Quevedo, " el primero prelado que passó á la Tierra-Firme, con título de obispo de Sancta Maria de la Antigua é de Castilla del Oro,"[4] y que por cualesquiera dádivas favorecía á los peores delincuentes y todo lo disimulaba;[5] el clérigo Alonso González que vino como capellán en la expedición de Francisco Hernández de Córdoba, no por celo cristiano, sino por los *prometimientos* que se le hicieron,[6] y el cual, mientras los suyos combatían con los naturales de Cabo Catoche, saqueaba los templos del lugar con dos indios de Cuba;[7] el ambicioso y sanguinario fray Bartolomé de Olmedo, que siempre traía armas sobre sí,[8] conforme á la antigua usanza de los altos prelados españoles, y que, fuera de que se ocupaba principalmente "en buscar el tesoro de Montezuma," [9] "por lo menos debía de estar irregular suspenso y descomulgado, porque...... se lavaba él mas veces las manos en la sangre de los inocen-

1 Cartas de Indias, 85.
2 Idem, 16.
3 II, 288.[1 y 2]
4 Oviedo, III, 22[1].
5 Idem, 40.[2]
6 Díaz del Castillo, 2.[1]
7 Idem, 8[1].
8 Idem, 59[1]
9 Durán, II, 37.

tes que no Pilatos con agua en la muerte de Jesucristo;"[1] fray Pedro Malgarejo de Urrea que no bien hubo llegado á Nueva España, "en pocos meses...... fué rico y compuesto á Castilla;"[2] el clérigo "Johan de Sosa, que yo ví (habla Oviedo y Valdés) bien pobre en Tierra-Firme...... mas entremetido en cosas del mundo que determinado de sosegar en su clericato; y este avia ydo al Pirú, y en la rota y prission del rey ó cacique Atabaliba, de donde resultó tanto oro, cúpole de aquel despojo á este padre ocho ó diez mill pessos de oro, segund á sus amigos muchas veces oy decir,"[3] con la cual cantidad regresó á toda prisa á la Península como Melgarejo de Urrea; fray Pedro Núñez de la Merced, que en la batalla habida entre Gonzalo Pizarro y el Virrey Blasco Núñez Vela, tomó el partido de Pizarro "con una cota é otras armas debaxo del hábito (á ejemplo de don Pedro González de Mendoza, arzobispo de Toledo), é un sombrero de terciopelo pardo con los cordones de oro encima de un casco, é porque los soldados de Piçarro llevaban bandas roxas, púsose el buen frayle por banda una estola roxa y el manípulo en el molledo del braço derecho: é despues que la victoria quedó por Piçarro, topó este fray Pedro con el comendador (de Quito, otro fraile de la Merced, confesor del Virrey), y echó mano á la espada, é diole quatro ó cinco espaldaraços en la cabeça tan rescios, que lo derribó de una mula en que yba, y en el suelo le tornó á dar muchos puñetes é coces, diciéndole: «Pesse á tal con el frailecillo denodado,» é díxole otras palabras feas:"[4] fué ese mismo fray Pedro Núñez, quien con motivo de las ordenanzas de 1542 "mas se desvergonzó contra el Virey, y aun contra el Rey;"[5] fray Pedro Sánchez Reyna y Juan de Cartagena, familiar éste del obispo de Burgos, á los cuales Magallanes, "con ocasión de asechanzas que urdían para matarle, les dejó en tierra (entre los patagones) con una alforja de galleta y una espada para cada uno;"[6] el célebremente lujurioso fraile de San Francisco del monasterio de Cuernavaca, "que so color de predicar a los yndios e a las yndias, empreñó e dexó preñadas ocho yndias del dicho pueblo, por lo qual le mandaron dallí a otra parte."[7] Tan lascivo fraile nos hace pensar que mucha razón debió tener el marqués de Barinas para sostener, como lo hizo, con

1 Idem, II, 65.
2 Díaz del Castillo, 168[2]
3 II, 480[2].
4 Oviedo, IV, 431[1].
5 Gomara, 251[1].
6 Mártir, III, 817.
7 Docs. de América, XL, 474.

su natural denuedo, que "es lo mesmo sacar un fraile de un convento y enviarle á una doctrina, como á un caballo de una caballeriza soltarle en un hato de yeguas."[1]

Todos esos eclesiásticos á que acabamos de referirnos someramente y otros sin número, responden con fiel exactitud al retrato general del clero de las Indias trazado por Oviedo.

Agustín de Zárate, al hablar de las susodichas ordenanzas de 1542, expedidas para remediar los crueles daños que los españoles hacían en América, escribe: "los que principalmente habian excedido en todas estas cosas eran los gobernadores y sus tenientes, y los oficiales de su majestad, y los *obispos* y los *monesterios* y otras personas favorescidas y privilegiadas, que, confiando en que no se habia de hacer justicia contra ellos, habian señaládose en todas estas cosas."[2]

Gomara, en su Historia General de las Indias, que abarca hasta el año de 1551, al tratar del Perú, manifiesta: "Hasta aquí han estado (los indios) porfiados en su idolatría y vicios abominables, por ocuparse los obispos, clérigos y frailes en las guerras ceviles; y los convertidos fácilmente renegaban la religion cristiana, viendo cómo iban las cosas."[3]

Oviedo decía: "paresceles (á los frailes de Indias) que, como esta lexos el Papa, y que en otras partes se ha vsado casarse los clerigos, que acá, que auemos menester gente para poblar estas tierras, que todo se ha de disimular y tolerar. Y, si ello fuese disimulado y oculto, menos mal seria, y pasarian las hijas por sobrinas; pero no estan en esso, que a la gregüesca, o quasi, anda el negocio."[4]

Don Juan Jorge y don Antonio de Ulloa, en sus importantes Noticias escritas hacia mediados del siglo pasado, nos hacen ver que la relajación de los eclesiásticos en América fué perdurable; dicen así: "El estado eclesiastico del Perú debe dividirse en secular y regular: uno y otro vive tan licenciosamente, con tanto escándalo, y tan á su voluntariedad, que aunque hay flaquezas en todos los hombres y en todos los payses, y yerros de fragil naturaleza en los habitantes del Perú, no parece sino que es instituto peculiar en aquellos eclesiásticos, el sobresalir á todos los demas en las pervertidas costumbres de su desarreglada vida, siendo aquellos que mas debieran contenerse, en

1 850.
2 507[1 y 2]
3 278[2].
4 Quinquagenas, 382-83.

los que la desenvoltura tiene mayor resolucion, y los vicios encuentran mas cabidad."[1]

"Con el pretexto de ser corto el número de sugetos en los conventos de las ciudades ó poblaciones pequeñas, deja de haber clausura en ellos, y entran y salen mugeres á todas horas, pues estas hacen los exercicios de guisar, lavar, y asistir á los religiosos, de modo que las mugeres hacen oficios de legos. Del mismo modo que estas, entran y salen á todas horas las concubinas, sin que en ello haya embarazo ni se haga reparable."[2]

"Ellos hacen vida maridable con las mugeres que toman para si, sin que haya quien les vaya á la mano; y perdida enteramente la vergüenza y el rubor, atropellan el sagrado de la prohibicion; y aun parece que esta causa en ellos efectos mas considerables, no conteniendose su viciosa inclinacion dentro de los límites de una mediana relaxacion, sino pasando al extremo de la disolucion y del escándalo, y excediendo en todo á los seglares mas desarreglados y menos contenidos;"[3] "la publicidad de los hechos............ es tanta, que heredando allí los hijos los nombres de los empleos distintivos de sus padres, se ven, no sin admiracion, en una ciudad como Quito, una infinidad de Provincialas de todas religiones, Prioras, Guardianas, Lectoras, y á este tenor de quantos exercicios hay en la religion; de modo que los hijos conservan siempre como titulo de honor los de la dignidad de su padre, y en lo público quasi no son conocidos por otros. La causa de esto es, que lexos de hacerse vilipendioso entre aquellas gentes el conservar estos nombres, los miran como honorificos, y tanto mas quanto la dignidad del sugeto es mayor. De modo que asi como se graduan por estos títulos las personas, del mismo modo lo están los hijos con el merito de sus padres: y no atendiendo á la ilexitimidad ni al sacrilegio, se tienen por felices en poder hacer ostentacion de la mayor graduacion de la dignidad, y asi ni en ellos causa el menor sonrojo, ni se extraña el ser nombrados por el caracter que sus padres obtuvieron en la religion."[4]

Para comprobar las anteriores aseveraciones, citaremos varios documentos de carácter oficial.

Una cédula promulgada en 1531 habla de religiosos mercedarios que

1 490.
2 495.
3 498.
4 497-98.

habían pasado á las Indias "fugitivos con poco temor de nuestro señor y en mucho daño de sus anymas y conciencias y en desacato y menosprecio de la dicha orden (los cuales), dando mal enxemplo de sy suelen andar e andan apostatas y descomulgados no queriendo estar en sus conventos salvo en tierras e partes donde no ay casas ny monesterios."[1] En términos más generales se alude en otra provisión real, dictada cuatro años después, al mal ejemplo que daban en las Indias "muchos religiosos que no son observantes ny estan debaxo dela observancia;"[2] corrobora este hecho el obispo de Panamá, fray Tomás de Berlanga, en carta dirigida á la Monarquía el mismo año, en la que manifiesta que habían pasado á la América muchos religiosos "e algunos......... que fuera mejor que sestuvieran en España por el no buen ejemplo que an dado...... (agregando): si Vuestra Magestad dello fuere servido, por agora bastaria para estas partes la orden de San Francisco e de Santo Domingo, e aun estos abian de ser escogidos."[3]

En 1538 vuelve á hablar la Monarquía de frailes venidos á Indias que no eran "de buena vida ni exemplo."[4]

En varios documentos posteriores se llama á los clérigos "ydiotas, que algunos dellos no saben leer,"[5] ó bien se les pinta como codiciosos vulgares,[6] viciados de mundana ambición,[7] y "muy disolutos,"[8] "que destruyen en verdad estas tierras;"[9] muchos de los cuales eran "suspensos apostatas, y con otras maculas grandes y graues. Pluguiesse al Señor (decía al rey fray Ángel de Valencia) que ellos fuessen los que deuen, y pretendiessen y deseassen lo que es justo que todos desseemos, y con el zelo que conuiene al seruicio de Dios y de V. M., y viniessen las naos llenas, que bien avria, queriendo hazer el deuer, donde emplearse; pero ay tanta rotura y disolucion en los más de los que por acá vienen, que es de aver gran lástima."[10]

El propio fray Ángel de Valencia y otros padres franciscanos pedían en 1552 al Emperador que los clérigos de Indias "sean examinados,

1 Docs. de Ultramar, X, 58.
2 Idem, X, 301.
3 Docs. de América, XLI, 536-7.
4 Docs. de Ultramar, X, 398.
5 Cartas de Indias, 393.
6 Idem, 28.
7 Idem, 43.
8 Idem, 68.
9 Idem, 37.
10 Idem, 107-8.

visitados y corregidos, porque una de las *mayores pestilencias* que padece la doctrina de Cristo es de la mayor parte de los clérigos."[1]

Fray Alonso de Montúfar, arzobispo de México, asienta en su relación de 1556: "Si en los pueblos que están á cargo de un fraile ó dos, el uno lengua comunmente, que no bastarían á dar recaudo ocho ni diez ni doce curas, algun religioso de otra órden quiere entrar en algun pueblo del dicho distrito á le ayudar, lo defienden como si fuesen propios pueblos y vasallos suyos. Y sobre esto ha habido y hay grandes pasiones entre las órdenes, no sobre quién dará mejor recaudo á nuestras ovejas, sino sobre quién terná más lugares y provincias debajo de su mano; y así á porfía andan ocupando todos los asientos buenos, cada uno el que más puede tomar, edificando monasterios á legua y á media legua, no queriendo poblar en los lugares trabajosos y faltos de doctrina."[2]

Fray Jerónimo de Mendieta decía á Felipe II en carta aprobada por el provincial y definidores de la orden de San Francisco: "en los hombres seglares y eclesiásticos aseglarados de las Indias reina más la codicia y la mentira, que en otros del universo........ que *ningún* clérigo [si no fuese por maravila] viene de España, ni acá se ordena ninguno, con celo de ayudar estas ánimas, sino por el temporal interés...... .... y...... que por la mayor parte han hecho hasta aquí, en alguna manera, más daño que fruto los clérigos en esta tierra."[3]

En el importante memorial escrito por el bachiller Luis Sánchez, el año de 1566, se echa casi toda la culpa, ó como dice el autor, la de las dos primeras tercias partes de los males cometidos en las Indias, á los "Jueces eclesiásticos y...... á todos los clérigos y frailes que están y an estado en las Indias."[4]

Para que no aparezca demasiado general el juicio anterior, nos referiremos en concreto á las diócesis de Guadalajara y de México.

Hablando el Cabildo de Guadalajara al rey en 1570, le manifestaba la conveniencia de que los religiosos "se recogiesen á vivir religiosa y regularmente en sus conventos, bien ordenados...... y no esté un fraile solo por guardian, mayormente si es mozo, entre indios y indias, que se ponen á muy gran peligro;"[5] luego pasaba el Cabildo á pedir al

1 Nueva Colección, II, 217.
2 Docs. de América, IV, 495.
3 Nueva Colección, I, 38-40.
4 Docs. de América, XI, 168-69.
5 Docs. de México, II, 499.

monarca mandase "avisar á los obispos desta tierra que no ordenen con tanta facilidad como han ordenado hasta aquí muchos clérigos idiotas, sin examinar en sus tierras sus linajes y vidas y costumbres: porque se ha visto por experiencia haber ordenado oficiales y mercaderes y estancieros y tratantes, los cuales demás de no saber aun leer ni ser eclesiásticos, resulta que los indios......... tienen en poco el sacerdocio."[1]

El informe reservado que remitió al rey en 1575 don Pedro de Moya y Contreras, arzobispo de México, comprende á 157 personas entre dignidades, canónigos, raciones, etc. Ahora bien, ascienden á veintiuno los que el arzobispo califica (copiamos sus propias palabras), de amigos de guardar, codiciosos ó ambiciosos, jugadores y hasta mohatreros; á doce los de inquietos, arrogantes, orgullosos, presuntuosos, soberbios, de mala condición, amigos de armas y pendencias; á veinte los de mundanos, desenvueltos, livianos, deshonestos, amancebados y mujeriegos ó traviesos ó derramados en cosas de mujeres, y á cuarenta y dos los de torpes, ignorantes, desalmados, inhábiles, que no aprendieron latín, hombres de poca gramática, sin letras ó que no sabían ni leer. Emplea además el arzobispo otros calificativos bastante expresivos, como los de muy idiotas, ásperos con los indios, apartados de iglesias, que tenían más cuidado en adquirir haciendas, que no entendían ningún ejercicio de virtud, desterrados y suspensos ó presos por delitos, etc.[2]

Esos eran los individuos encargados de atraer á la fe de Cristo y educar á los naturales de América.

1 Idem, II, 500.
2 Cartas de Indias, 195 y sigs.

LIBRO SEGUNDO.

LA CONQUISTA.

CAPÍTULO PRIMERO.

PRIMEROS DESCUBRIMIENTOS.

§ 1. Cristóbal Colón.

Arreglada en 1492 la primera expedición de Colón, partió éste "Viernes 3 dias de Agosto......... de la barra de Saltes á las ocho horas," [1] con "cartas reales, para el Gran Khan, de recomendacion, y para todos los Reyes y señores de la India." [2]

Iba Colón en una nao llamada Santa María, y le acompañaban otras dos caravelas, la Pinta, que dirigía Martín Alonso Pinzón y la Niña mandada por Vicente Yañez Pinzón. [3]

Refiere Francisco García Vallejo, testigo presencial, que llegados á la Gomera, "de alli tomaron su deRota para dicho viaje dende el fierro e anduvieron la buelta del ueste ochocientas leguas e que en este tiempo doscientas leguas poco mas o menos de la tierra siguiendo el dicho viaje hablo el dicho almirante don cristoval con todos los capitanes e con el dicho martin alonso e les dixo, que facemos, lo qual fue en seys dias del mes de Octubre del año de noventa e tres (dos) años y dixo: capitan que faremos que mi gente mal me aquexa, que vos parece señores que fagamos, e que entonces dixo vicente yañez; andemos señor fasta dos myll leguas e sy aqui no fallaremos lo que

1 Navarrete, I, 8.
2 Las Casas, Historia, I, 205.[1]
3 Asensio, I, 191.

vamos a buscar de alli podemos dar buelta, y entonces respondio martin alonso pinçon que ya yva por capitan asy prencipal; como señor agora partimos de la villa de palos ya vuestra merced se va enojando, abant;señor que dios nos dara vitoria que descubramos tierra, que nunca dios querra que con tal vergüença bolvamos; entonces respondio el dicho almirante don cristoval colon; bien aventurados seays, e asy por el dicho martin alonso pinçon andubieron adelante......

"......(Prosiguiendo la derrota) dixo martin alonso pinçon........ señor, my parezer es y el corazon me da que sy descargamos sobre el sudueste que fallaremos mas ayna tierra, y que entonces le respondio el dicho almyrante don cristoval colon; pues sea asy martin alonço e fagamoslo asy, e que luego por lo que dixo martin alonço mudaron la quarta al sudueste e...... que por yndustria e parecer del dicho martin alonso, por que era onbre muy sabido, se tomo el dicho acuerdo en las cosas de la mar......

"......avido el acuerdo del dicho martin alonço pinçon capitan e mudada la quarta del sudueste dende en tres dias primeros siguyentes vido este testigo yendo por la dicha derrota como el dicho martin alonço vido pasar ciertos paxaros que se llaman gayeguillos y papagallos y entonces dixo el dicho martin alonso; entre tierra andamos, que estos paxaros no pasan syn cabsa, e dende en tres dias mismos dieron en las yslas de los lucayos, en la ysla de guanahany; el jueves a diez (once) dias de Octubre ablo el piloto pedro niño y dixo asy al almirante; señor non agamos esta noche por andar, por que segund buestro libro dize, yo me hallo desyseys leguas de la tierra o veynte a mas tardar, de lo qual ovo gran plazer el dicho almirante e dixo que aquella razon que la dixese a cristoval garcia xarmiento, que era piloto de la pinta, e le dixo a cristoval garcia, y el dicho cristoval garcia dixo que mandays; por mi criado, non metamos esta noche velas ny fagamos por andar, que me fallo cerca de la tierra, y el dicho cristoval garcia respondio y dixo, pues por el mio meted velas y andemos quanto pudieramos, e de aqui le respondio pero alonso niño; faced como quisierdes, que yo non quiero syno yr tras vos; quando viere que days voces salirme he afuera, y en esto aquel jueves en la noche aclaro la luna e un marynero que se dezia juan rodrigo bermejo, vezino de molinos, de tierra de sevilla, como la luna aclaro, del dicho navio de martin alonço pinçon vido una cabeça blanca de arena e alzo los ojos,e vido la tierra e luego arremetio con una lonbarda e dio un trueno; tierra, tierra, e sostuvieron a los navios fasta que vino el dia, viernes

once (doce) de otubre; el dicho martin alonso descubrio a guanahany la ysla primera." [1]

En el itinerario escrito por Colón se lee solamente: "(el jueves 11 de octubre de 1492) porque la carabela Pinta era mas velera é iba delante del Almirante, halló tierra y hizo las señas quel Almirante habia mandado. Esta tierra vido primero un marinero que se decia Rodrigo de Triana." [2] Al siguiente día desembarcaron los españoles en la tierra descubierta, "una isleta de los Lucayos, que se llamaba en lengua de indios Guanahani," [3] á la que "puse (dice Colón)...... el nombre de San Salvador (hoy Watlings) en cuya proteccion confiado llegué así á esta como á las demas....... Santa María de la Concepcion, otra la Fernandina, la tercera Isabela, la cuarta Juana...... tan grande y sin límite, que no hubiera creido ser isla, sino mas bien la provincia continental de Cathay." [4]

Colón había tropezado ya con la América, estaba en ella, y continuaba aferrado á su antiguo error; llamó Indias á las tierras descubiertas, "porque (según él) eran la parte de la India allende el Ganges." [5] Llegado á la Española, llamada Haytí por los naturales y hoy Santo Domingo, decía de ella Colón: "Esta isla es Tarsis, es Cethía, es Ofir, y Ophaz e Cipanga." [6]

Después de fundar Colón en la Española la Villa de Navidad, dejó allí algunos "hombres, los más voluntarios y alegres, y de mejor disposicion y fuerzas para sufrir los trabajos, que entre los que allí consigo tenia," [7] y regresó á España "Viérnes, 4 de Enero de 1493 años." [8] Parece que fueron 40 los españoles que quedaron en la Navidad, sin incluir á los jefes, ó sea Diego de Arana, Pedro Gutiérrez y Rodrigo de Escobedo. [9] Fué necesario "segun parecia dexarlos (dice Bernáldez), porque como se perdió el un Navio no havia en que viniesen, e esto se calló aca, e se dixo que no quedaban sino por comienzo de Pobladores." [10]

1 Docs. de Ultramar, VIII, 217-20.
2 En Navarrete, I, 19.
3 Idem, I, 20.
4 Idem, I, 179.
5 F. Colón, I, 80.
6 Docs. de América, XXXIX, 21.
7 Las Casas, Historia, I, 272.[2]
8 Idem, I, 275.[1]
9 Docs. de América, XXXVIII, 244-45.
10 I, 276.

Terminada la navegación, "el viernes (15 de marzo) al medio día entró (Colón) en Saltes y surgió en el puerto de Palos, de donde había salido á 3 de Agosto del año antecedente de 1492, siete meses y once días antes." [1]

Alistóse prontamente un segundo viaje, y Colón pudo partir "de Cáliz á veinte y cinco de Setiembre del año de (1493)." [2] Llega cuarenta días después á las Indias, tocando primeramente en una isla "á la cual puso nombre la Dominica, porque la descubrió dia de domingo (3 de noviembre);" [3] al siguiente día reconoce "otra isla grande que llamó Nuestra Señora de Guadalupe, por devoción y ruegos de los monjes de aquella casa (el santuario de Nuestra Señora de Guadalupe en Extremadura), á los cuales había prometido poner á alguna isla el nombre de su monasterio;" [4] pasa de allí á otras islas, y se detiene por último en la Española, donde encuentra destruída la villa de Navidad y sabe que todos los españoles que moraban en ella habían sido muertos por los naturales.

Refiriéndose á los indígenas de América, decía Colón en 1493 al tesorero de España don Rafael Sánchez: "son muy sencillos, de buena fe y espléndidos con cuanto tienen: ninguno niega lo que posee á quien lo pide, y convidan ellos mismos aun para que se les ruegue......... (y al hablar en seguida de algunos indios que el mismo Colón había tomado *con violencia*): Estan ahora conmigo, y aunque hace algun tiempo que permanecen en nuestra compañía, conservan siempre la idea de que he bajado de los cielos, y publican esto mismo en cualquier parte adonde arribamos, exclamando en seguida en alta voz á todos los demas: venid, venid y vereis gentes que han venido de la region etérea. A virtud de esta exclamacion, así mugeres como hombres, niños y adultos, jóvenes y ancianos, despues de haber depuesto el miedo que poco antes habian concebido, nos visitaban á porfia inundando los caminos, trayéndonos unos comida, otros bebida y todos con el mayor mayor cariño y obsequio increible." [5] Mártir escribía también que los indígenas de Cuba "acudían de todas partes á las naves, trayendo pan, algodón, conejos y aves, y preguntaban con admiración y afecto al intérprete si aquella gente bajaba del cielo," [6] y en otro lugar agregaba:

1 F. Colón, I, 180.
2 Navarrete, I, 199.
3 Las Casas, Historia, I, 310.
4 F. Colón, I, 208.
5 En Navarrete, I, 185-87.
6 I, 188.

"Tienen ellos por cierto que la tierra, como el sol y el agua, es común, y que no debe haber entre ellos mío y tuyo, semillas de todos los males, pues se contentan con tan poco que en aquel vasto territorio más sobran campos que no le falta á nadie nada. Para ellos es la edad de oro. No cierran sus heredades ni con fosos, ni con paredes, ni con setos; viven en huertos abiertos, sin leyes, sin libros, sin jueces; de su natural veneran al que es recto; tienen por malo y perverso al que se complace en hacer injuria á cualquiera." [1] D. Fernando Colón aseveraba á su vez que al andar costeando su padre la isla de Cuba, "muchos indios de ella, iban á los navíos en Canoas, creyendo que los nuestros eran hombres bajados del cielo, trayendo......... pan, agua y pescados, dándolo todo con mucha alegría, sin pedir nada por ello." [2] Decía á los monarcas españoles el propio Almirante, que cuando en diciembre de 1492 encalló en Punta Santa la nave en que aquél iba, el rey indígena del lugar "manifestó gran sentimiento y lágrimas de nuestro daño, y al instante envió al navío toda la gente de su pueblo en muchas y grandes Canoas, con lo cual ellos y nosotros en poco tiempo descargamos toda la cubierta porque fué grande la ayuda que nos dió el Rey, pues él mismo con su hermano y parientes, hacía cuantas diligencias podía, así en mar como en tierra, para que todo fuese bien gobernado y de cuando en cuando, enviaba á sus parientes llorando, á rogarme que no tomase pesadumbre, que él me daría todo cuanto tenía; y afirmo por cierto á vuestras altezas que en ninguna parte de Castilla habría tan buena disposición y gobierno de nuestras cosas, porque toda nuestra hacienda la hizo poner junta cerca de su palacio, hasta que se desocuparon las casas que quería prevenir para salvarla. Puso luego guarda de hombres armados, á los cuales hizo estar toda la noche en vela y con los de la tierra lloraban, como si les importase mucho nuestro daño. Tan amorosa, tratable y pacífica era la gente, que juro á vuestras altezas, que en el mundo no la hay mejor, ni mejor tierra. Aman á su prójimo como (á) sí mismos, y tienen el habla más dulce, y alegre del mundo." [3]

Ahora bien, contrastando con estos sentimientos altamente hospitalarios y magnánimos, los españoles que quedaron en la Navidad, "viendo la mansedumbre de los indios, no curaron de guardar la fortaleza que les quedó á cargo........ mas antes se dieron á andar por la

1 201-2.
2 I, 241.
3 En F. Colón, I, 142.

tierra, no juntos, sino de dos en dos é de tres en tres;"[1] los naturales dijeron á Colón que luego que éste había regresado á España "los cristianos empezaron á tener pendencias y discordias entre sí y á robar cada uno mujeres y todo lo que podían."[2] Á este propósito escribe Mártir: "Los reyezuelos insulares, que hasta entonces, contentándose con lo poco suyo, habían vivido tranquila y pacíficamente, al ver que los nuestros se establecían en el suelo natal de ellos, lo llevaban á mal, y nada deseaban tanto como echarlos de allí completamente, acabarlos del todo y abolir toda memoria de ellos. Pues la gente que había seguido al Almirante en la primera navegación, en su mayor parte indómita, vaga y que, como no era de valer, no quería más que libertad para sí de cualquier modo que fuera, no podía abstenerse de atropellos, cometiendo raptos de mujeres insulares á la vista de sus padres, hermanos y esposos; dados á estupros y rapiñas, habían perturbado los ánimos de todos los indígenas. Por lo cual en muchas partes los indígenas, á cuantos de los nuestros encontraban descuidados, los asesinaban con rabia y como si ofrecieran sacrificios á Dios."[3] Motivo sobrado tuvieron consiguientemente los indígenas para matar á todos los cristianos "no pudiendo sufrir sus excessos."[4] Desde entonces fué cosa imposible que los naturales de América pudieran vivir en buena armonía con los españoles: "la mayor parte de (éstos)... cometían mil excesos, por lo cual los aborrecían los indios mortalmente, y rehusaban venir á la obediencia."[5]

No era Colón, por desgracia, el más apropiado para reprimir los desmanes de los cristianos; él mismo dió desde temprano vivas pruebas de atroz inhumanidad hacia los indígenas, á pesar de que éstos le habían tratado como á *sér bajado del cielo*. Vimos ya cómo tomó *con violencia* algunos indios durante su primer viaje; este apresamiento se hizo cuando los naturales se acercaron con ingenua confianza á las caravelas á contratar "ó á ver (dice el P. Las Casas) la nao y los cristianos, ó á traerles, quizás, de sus cosas, como lo hacian."[6] "Por sola esta injusticia (agrega el excelso apóstol) y no razonable antes muy culpable obra, sin que otra ninguna el Almirante hiciera, podia bien cognoscer

1 Docs. de América, VII, 399.
2 F. Colón, I, 217.
3 Mártir, I, 206–7.
4 Oviedo, I, 35.[1]
5 F. Colón, I, 270.
6 Historia, I, 239.[2]

ser merecedor, ante Dios, de las tribulaciones y angustias en que despues toda su vida padeció."[1]

Escribía Colón en el memorial fecha 30 de enero de 1494 que para los reyes católicos dió á Antonio Torres: "Direis á sus Altezas.......... que visto cuanto son acá menester los ganados y bestias de trabajo para el sostenimiento de la gente que acá ha de estar, y bien de todas estas islas, sus Altezas podrán dar licencia é permiso á un número de carabelas suficiente que vengan acá cada año, y trayan de los dichos ganados y otros mantenimientos y cosas para poblar el campo y aprovechar la tierra...... las cuales cosas se les podrian pagar en esclavos de estos canibales, gente tan fiera y dispuesta, y bien proporcionada y de muy buen entendimiento, los cuales quitados de aquella inhumanidad creemos que serán mejores que otros ningunos esclavos, la cual luego perderán que sean fuera de su tierra, y de estos podrán haber muchos con las fustas de remos que acá se entienden de hacer."[2] Por vía de muestra, envió á España Colón al siguiente año con el mismo Antonio Torres "500 indios injustamente hechos esclavos."[3] En "las ventas que ficiéredes destos indios (ordenaron entonces los Reyes Católicos al obispo de Badajoz) sufincad el dinero dellos por algun breve término, porque en este tiempo nosotros sepamos si los podemos vender ó no, é no paguen cosa alguna los que los compraren, pero los que los compraren no sepan cosa desto."[4] Sin disipar todavía sus dudas la Monarquía mandaba en 1496 al mismo obispo: "porque para fornescer ciertas galeras que Juan de Lezcano, nuestro capitan en la nuestra armada, trae en nuestro servicio, habemos acordado de le mandar dar cincuenta indios, por ende Nos vos mandamos é encargamos que de los indios que vos ahí teneis, deis al dicho Juan de Lezcano ó á la persona quél con su carta por ellos enviare, los dichos cincuenta indios que sean de edad de veinte fasta cuarenta años."[5] Así que, de hecho, los infelices indígenas llevados á España, no sólo fueron esclavos, sino que los Reyes Católicos les condenaron á los trabajos más rudos.

No se limitaba Colón á hacer él únicamente tan abominables remisiones, sino que permitía también á su gente las hiciera por cuenta propia; en 1498, precisamente cuando enviaba á España 600 indios

1 Idem, I, 240.[1]
2 En Navarrete, I, 232.
3 Las Casas, Historia, I, 353.[1]
4 En Navarrete, II, 373.
5 Idem, III, 506.

hechos esclavos, sin contar 200 que por los fletes dió á los maestres de los navíos,[1] escribía á los monarcas españoles: "suplico á vuestras Altezas tengan por bien que esta gente (española) se aproveche agora un año ó dos, fasta que éste negocio esté en pié, que ya se endereza, que ven agora que esta gente de la mar y casi toda la de la tierra están contentos, y salieron agora dos ó tres Maestres de navíos que pusieron á la puerta cédulas para quién se queria obligar á les dar 1,500 maranedís en Sevilla, que les llevarian allí tantos esclavos y les farian la costa, y la paga seria de los dineros qne dellos se sacasen. Plugo mucho á la gente toda, y yo lo acepté por todos y les protesto de les dar la carga, y así vernán y traerán bastimentos y cosas que son acá necesarias, y se aviará este negocio, el cual agora está muy perdido, porque la gente no sirve, ni los indios pagan tributo.[2] Observa Las Casas que "el aprovechamiento también era dar Reyes y señores (indígenas) con sus gentes á los desorejados y desterrados (de España) [por ser dignos de muerte por sus pecados], que sacada la crisma y ser bautizados, eran muy mejores que no ellos, para que les sirviesen haciendo sus labranzas y haciendas, y en todo cuanto ellos querian y decian que habian menester,"[3] y concluye: "así, parece claro, de dónde y cuándo tuvo su orígen y principio, y cuán sin pensarlo aquesta pestilencia vastativa de tan gran parte del linaje humano, que tanta inmensidad de gentes ha extirpado, el dicho repartimiento y encomiendas, digo, en el cual se encierran, y para sustentarlo se han cometido, todos los males."[4]

No cabe negar que Colón trató á los indígenas como á animales ó cosas sin valor. Á causa de que en 1494, "viniendo tres cristianos de la......... fortaleza (de Santo Tomás) para la Isabela, el........ Cacique (de Mao) les dió cinco indios que les pasasen la ropa por el vado, y al medio del rio los dejaron, y volviéronse con ella á su pueblo, y, dizque, el Cacique no los castigó por ello, ántes la ropa se tomó para si .... (prendió Alonso de Hojeda al Cacique y á su hermano y sobrino de éste). Llegados los presos á la Isabela, y él con ellos, mandó el Almirante que los presos llevasen á la plaza, y con voz de pregonero, les cortasen las cabezas; ¡hermosa justicia y sentencia, para comenzar en gente tan nueva á ser amados los cristianos!"[5]

1 Las Casas, Historia, I, 448.[2]
2 En Las Casas, Historia, I, 452.[1 y 2]
3 Loc. cit.
4 I, 458.[1]
5 Las Casas, Historia, I, 327.[1 y 2]

Dados los antecedentes que dejamos establecidos, encontraremos muy natural que Colón no pensase en atraer á los naturales por medios pacíficos, sino que para ello recurriese á medidas extremas, declarando á los agraviados indígenas una guerra sin cuartel llevada siempre á sangre y fuego.

Dícenos Muñoz que si Colón se detuvo algún tiempo en las Indias, después de realizado su segundo viaje, no obstante que urgía su presencia en España, fué por el vivo deseo que tenía de "vengar las muertes de christianos."[1] Es la verdad.

Principió Colón su campaña en las diversas islas adyacentes á la Española causando "no poco miedo á los pueblos;"[2] al regresar á aquella isla el 1º de septiembre de 1494 "reparaba las naves con ánimo de devastar otra vez las islas de los caníbales y quemarles todas las canoas."[3] Sabía perfectamente Colón, que los indígenas no tenían "fierro ni azero ni armas, ni son para ello; no porque no sea gente bien dispuesta et de fermosa estatura, saluo que son muy temerosos a marauilla. No tienen otras armas saluo las armas de las cañas, quando estan con la simiente, a la qual ponen al cabo vn palillo agudo, et no osan usar de aquellas, que muchas vezes me ha acaescido enbiar á tierra dos o tres honbres alguna villa para hauer fabla, y salir á ellos dellos sin numero, et despues que los veyan llegar, fuyan a no aguardar padre a hijo."[4] Pero puntualmente se aprovechaba de ambas cosas Colón para matarlos más fácilmente, como lo indica con claridad su propio hijo al hablar de la guerra que hizo el Almirante en 1495 al cacique Coanabo; dice así: "Conociendo la naturaleza y calidad de los indios, el Almirante, á dos jornadas de la Isabela, partió el ejército con su hermano el Prefecto, para embestir por diversas partes á aquella multitud esparcida por los campos, creyendo que el temor de oir el estruendo por diferentes partes los meteria miedo para que huyesen, como sucedió con efecto, porque habiendo los dos escuadrones de infantes embestido por dos partes, abrieron la multitud de indios, descargando ballestas y arcabuzes, y para que no volviesen á juntarse, los asaltaron los caballos y los perros de improviso, y aquellos pusilánimes, echaron á huir por todas partes y los nuestros siguiéndolos y matando muchos. No hicieron gran estrago con la fuga; pero en breve

1 282.
2 Mártir, I, 198.
3 Idem, I, 202.
4 C. Colón, Select Letters, 6.

con el favor de Dios, alcanzaron victoria quedando muchos muertos y otros prisioneros, entre los cuales estaba Caonabo, principal Cacique de todos ellos, y sus hijos y mujeres."[1]

De esa manera se conducía el descubridor de América, del cual llegó hasta decir el Papa León XIII hace pocos años que tuvo miras "más altas y de más amplitud (que los muchos benefactores de la humanidad, que ensancharon las fronteras de la ciencia y de la civilización, y acrecentaron el público bienestar)."[2] Muestran mejor tino los autores positivistas de El Nuevo Calendario de los Grandes Hombres, cuando asientan discretamente: "grande en sus consecuencias, la empresa de Colón no ha sido menos notable por la reflexión con que el plan fué madurado como por el valor que presidió á su realización,"[3] El historiador Sophus Ruge limita aún más la grandeza de Colón, reduciéndola á "la energía sin ejemplo de que dió pruebas (éste)."[4] Prosigamos con nuestros indígenas.

Á las matanzas de los naturales llevadas al cabo durante las batallas, agregábanse las ejecuciones que se hacían en los pueblos ya dominados, cada vez que los españoles temían algún levantamiento. Vemos, por ejemplo, casi á raíz de haber sido descubierta la América, que el adelantado don Bartolomé Colón, sin previo proceso, *ajustició* á dos naturales, so pretexto de "que habían seducido y sobornado á Guarionex," y que si no mató á éste ni á otros, fué por temor y no por clemencia.[5]

Los desdichados indios se hacían reos convictos de *traición* cada vez que defendían sus propios bienes, tierras, mujeres ó hijas, contra la rapacidad insaciable y lujuria desenfrennada de los españoles.

Terminada la primera guerra que emprendió Colón contra los naturales, regresó á España, especialmente para justificarse ante la Monarquía, "pues muchas personas......... no dejaban de informar mal á los Reyes de las cosas de las Indias, en deshonor y perjuicio del Almirante y de sus hermanos."[6] Partió de la Isabela "el jueves 10 de Marzo de 1496"[7] y llegó el 8 de junio al Cabo de San Vicente. Recibiéronle bien los monarcas españoles, y no sólo dispusieron

1 I, 272.
2 En Mártir, IV, 460.
3 II, 127.
4 125.[2]
5 Mártir, I, 241-42.
6 F. Colón, II, 21-2.
7 Idem, II, 22.

una tercera expedición, sino que le concedieron "muchas gracias y provisiones...... Pero...... por culpa del mal gobierno de los ministros reales, y especialmente de un don Juan de Fonseca, arcediano de Sevilla, se detuvo el despacho de la armada, mucho más de lo que convenía."[1] Con trabajo y tardanza pues logró Colón hacerse "á la vela en el canal de San Lúcar de Barrameda, á 30 de Mayo de 1498, con seis navíos."[2] Habiendo navegado muchos días hacia el Occidente sin hacer ningún descubrimiento, volvíase ya Colón el 31 de julio, con ánimo de llegar á la Española, cuando "un marinero de Huelva llamado Alonso Pérez Nicardo, (dió el grito de tierra: era ésta la isla de la Trinidad),"[3] llamada así por Colón, porque había en ella "juntos tres mogotes, digo, tres montañas, todas á un tiempo y en una vista."[4] De allí pasó el Almirante á Paria, parte del nuevo y vasto continente, pero "creyendo que era otra isla distinta, púsola nombre la isla de Gracia."[5] Antes había pensado que una isla, la de Cuba, era tierra firme;[6] hoy, que pisaba ésta, creíala una isla.

No sólo incurrió Colón en los dos errores que acabamos de apuntar, sino también en otro completamente grosero, que revela á las claras su criterio vulgar. Creía primero, porque así lo había leído siempre, según nos confiesa, "que el mundo, tierra é agua era esférico;"[7] mas cambió repentinamente de opinión luego que vió las tres montañas de la Trinidad,[8] y desde entonces con injustificable ligereza y sin aducir ningunas razones, empezó á sostener autoritariamente que la tierra "es de la forma de una pera que sea toda muy redonda, salvo allí donde tiene el pezon que allí tiene mas alto."[9]

Lo que extraña principalmente es que Colón jamás llegara á desvanecer tan crasos errores; hasta su muerte acaecida en 1506: "tuvo por cierto que esta isla Española era la tierra de donde á Salomon se traia el oro para el templo que la Sagrada Escritura llama Ofir ó Társis."[10] No sin razón tacha Bernáldez de ignorante al descubridor del Nuevo Mundo, cuando afirma que era hombre *sin saber muchas letras*. Tam-

1 Idem, II, 32-3.
2 Idem, II, 34.
3 Idem, II, 46.
4 Las Casas, Historia, I, 403.[2]
5 Idem, I, 406.[2]
6 F. Colón, I, 238-41.
7 En Navarrete, I, 255.
8 Mártir, I, 260.
9 En Navarrete, I, 255.
10 Las Casas, Historia, II, 89.[1]

bién Mártir descubrió paladinamente esa ignorancia al escribir: "El Almirante sostiene que Salomón, rey de Jerusalén, se procuró de allí, por el golfo pérsico, aquellos inmensos tesoros de que se habla en el Antiguo Testamento. Si ello es verdad ó no, eso no me toca á mí juzgarlo, pero me parece que dista mucho de serlo;"[1] en otro lugar manifiesta el propio autor que Colón sostenía que Paria formaba "la eminencia aquella más próxima al cielo...... (y agrega con enfado): basta ya de estas cosas, que me parecen fabulosas. Volvamos á la historia de que nos hemos apartado."[2]

La gente natural de Paria, "muy mucha, y toda de muy buen parecer...... y muy tratables (recibió, como todos los demás indígenas, con franca y bondadosa hospitalidad á los españoles regalándoles á porfía)."[3] No obstante, pronto regresó Colón á la Española, no sin "mucho (indagar antes de los naturales donde cogian el oro y perlas con que se adornaban el cuello y brazos),"[4] ni sin dejar tampoco de recoger "algunas sartas de (aquéllas)."[5] De Paria volvió Colón á la Española, entrando en el puerto de Santo Domingo á 30 de agosto de 1498.[6]

Á la sazón habíanse dividido ya en dos bandos los españoles que moraban en las Antillas; unos continuaban adictos á Colón, y otros habían hecho causa común con Roldán. Esta disención vino á agravar sobremanera el ya deplorable estado de los indígenas. De Roldán y los suyos decía Colón que "eran todos criminales, facinerosos, rufianes, ladrones, estupradores, raptores, vagos, gente de ningún valer ni razón, perjuros, falsos, convictos en los tribunales, ó que por sus fechorías temían las amenazas de los jueces; que se habían separado, y que allí, violando, cometiendo rapiñas, entregados al ocio, á comer, dormir y á liviandades, á nadie perdonaban; y que habiendo sido llevados para cavar y hacer leña, ahora ni un estadio salen á pie desde casa, pues los infelices isleños los llevan en hombros por toda la isla, cual si fueran ediles curules. Y también que, por diversión, para que la mano no pierda la costumbre de derramar sangre, para ejercitar las fuerzas de los brazos, desenvainando las espadas, disputaban entre sí sobre cortar de un golpe las cabezas de los inocentes; y el que con más agilidad echaba á tierra de un golpe la cabeza de un desgraciado, aquél era reputado en-

1 I, 225.
2 I, 277-78.
3 C. Colón, en Navarrete, I, 251.
4 Idem, 252.
5 Mártir, I, 274.
6 F. Colón, II, 65.

tre ellos por más esforzado y de más honra."[1] Víctimas por este lado los indígenas, lo eran igualmente del bando opuesto.

No pudiendo el cacique Guarionex sufrir indefinidamente los infames atropellos de Roldán y su gente, resuélvese á huir de sus propias tierras con sus familiares y muchos de sus súbditos, cerca del cacique Mayobanex, quien concede al fugitivo seguro asilo, prometiéndole "toda ayuda, tutela y defensa contra los cristianos."[2] Mas como esto sucedía á tiempo que Colón llegaba á la Española, pone sin tardanza alguna á su hermano el Adelantado en persecución de Guarionex, cuyos súbditos hacían gran falta á los cristianos para los trabajos de las ciudades, campos y minas; pónese el Adelantado en camino, y tras de algunos encuentros con los naturales, en que "Los nuestros (dice Mártir) los derrotan, persiguen, matan, cogen á muchos..... envía á uno de los prisioneros con otro isleño de los amigos con el siguiente recado para Mayobanex: «No para hacerte guerra á ti ni á tus súbditos, oh Mayobanex, ha traído su ejército el Adelantado, pues deseo tu amistad; pero pido que Guarionex, que se ha refugiado ahí y te persuadió á que tomaras las armas con gran perjuicio de tu gente, hecho preso pague la pena de su delito, por lo cual te exhorto me entregues á Guarionex. Si lo haces, el Prefecto del mar, mi hermano, te admitirá á su amistad...... si te niegas á entregarlo, se hará lo necesario para que tengas que arrepentirte. Todo el reino que tienes será devastado á sangre y fuego, y todas tus cosas tomadas.»

"Pero Mayobanex, oída aquella proposición, les respondió: Que, como lo sabía todo el mundo, Guarionex es un hombre bueno y adornado de todas las virtudes, y así le juzgo digno de auxilio y defensa; pero ellos (los cristianos) son hombres violentos y malos, tan codiciosos de lo ajeno, siempre sedientos de sangre inocente, y que no quiere tener relaciones con hombres malvados."[3] El heroico Mayobanex "más quería sufrirlo todo con él (Guarionex) que dar á los detractores motivo de decir que había entregado á un huésped."[4] Principia entonces el Adelantado una campaña devastadora, mandando luego "quemar la aldea en que acampaba y otras muchas vecinas,"[5] la cual campaña prolonga durante "tres meses."[6]

1 En Mártir, I, 283-4.
2 Mártir, I, 254.
3 I, 289-90.
4 Mártir, I, 292.
5 Idem, I, 291.
6 Idem, I, 294.

Terminada la guerra despiadada, entró Colón en arreglos con el criminal Roldán, y al fin logró avenirse con él, nombrándole juez perpetuo y haciéndole otras concesiones análogas: "el mártes 5 de Noviembre (de 1499) empezó Roldán á ejercer su jurisdicción."[1]

Ya para entonces la población indígena había disminuído con espantosa rapidez.

"En el principio, como dicho es, los indios recibieron á los cristianos con mucho amor, dándoles todo lo que tenian é buenamente podian; pero ellos no contentos desto, metíanse entrellos, robándolos ó desposeyéndolos de cuanto tenian, tomándoles sus propias mugeres é hijas, é matando dellos cuantos querian, no para más de para probar sus espadas.

"É aquí es bien que ...... (se sepan) algunos casos en particular, de muchos infinitos que se podrian contar.

"Acaesció que trayendo ciertos castellanos trece ó catorce indios consigo, no sé qué enojo le hizo uno de los indios, por el cual enojo determinaron de lo ahorcar; é aquel ahorcado, mandaron á otro que quitase á aquel del lazo, que estaba hecho en la soga, é se colgase él; é hízolo, é así al tercero, etc. Finalmente por esta forma los ahorcaron á todos trece. Esto oyeron dos religiosos de Santo Domingo á uno de los mesmos que fué en ello, que lo contaba como alabándose dello. De aquel, ... noté la gran malicia de los cristianos é la gran simplicidad de los indios.

"Item, yendo ciertos cristianos, vieron una india que tenia un niño en los brazos, que criaba, é porque un perro quellos llevaban consigo habia hambre, tomaron el niño vivo de los brazos de la madre, echáronlo al perro, é así lo despedazó en presencia de su madre.

"Destas cosas, no diez ni veinte acaescieron, pero muy muchas que contar no se podrian. Dicen queste que al presente gobernaba (Colón), no podia remediar estos males, porque se le habian alzado la mitad de los castellanos con un capitan que hicieron, que se llamó Roldan.

"Viéndose los indios por estas maneras afligidos de los castellanos, quisiéronlos echar de la isla, é tomaron por medio no sembrar para comer, porque faltando los mantenimientos, ellos tuviesen por bien de se ir; pero los castellanos gastaron las labranzas quellos tenian para sí, comiendo é destruyendo, de forma que les fué forzado á los indios morir de hambre, de la cual murieron tantos, que no habia quien andoviese por los campos de hedor.

1 F. Colón, II, 111.

"Fue otra manera, que como en esta tierra no habia bestias ni otro animal ninguno que fuese mayor que un conejo, usaron los castellanos de los indios en lugar de bestias para pasar sus cargas de unas partes á otras, de sus mantenimientos; é llevábanlos cargados sesenta ó setenta leguas. La carga que cada uno llevaba eran dos arrobas, é como no llevaban ropa estos tristes hombres, sino sobre sus desnudos pellejos, hacíanseles mataduras como á bestias, en las espaldas; é el establo que de noche les daban los recueros que los traian, era el campo, al sereno. El mantenimiento era algunos gusanos ó raicejas quellos buscaban, porque si de la carga que llevaban hobieran de comer en sesenta leguas, se la comieran. Llegados al cabo de la jornada, tornábanlos á enviar á sus tierras sin mantenimiento alguno, é de ciento que habian ído cargados, no tornaban vivos diez. É porque acaescia alguna vez que llevando un christiano veinte ó treinta indios, cargados y atraillados de los pescuezos unos de otros, alguno roia la trailla, é dejaba la carga é huia, inventaron los cristianos llevar consigo un perro alano. É porque no se despease el perro, llevábanlo dos indios á cuestas, en una destas camas que llaman hamacas, é en huyendo un indio acometíale el perro, el cual antes que llegasen á él, lo destripaba. É esto hacian los cristianos, porque ninguno se les osase huir; é para semejantes efectos eran tenidos los perros en harta más estima que no los indios, é más valian."[1]

Á pesar del vergonzozo convenio que Colón celebró con Roldán, las disenciones entre los españoles no cesaron. En el mismo año de 1499 llega Alonso de Ojeda á la Española con intención de cargar sus naves de indios para venderlos, y trata de fomentar una nueva rebelión en contra del Admirante.[2] "En esto llegó Viceinte Yañez con cuatro carabelas: hobo alboroto y sospechas, mas no daño."[3]

Un año después toca á Fernando de Guevara izar la bandera de la sedición.[4]

Los monarcas españoles "entretanto, combatidos con tantas quejas de todos lados, *y principalmente en vista de que de tanta abundancia de oro y de otras cosas se trata poco* por causa de las discordias y sediciones, instituyeron un nuevo Gobernador,[5] que fué Francisco de Boba-

1 Docs. de América, VII, 401–4.
2 F. Colón, II, 114.
3 C. Colón, en Navarrete, I, 267.
4 Idem, II, 248.
5 Mártir, I, 298.

dilla. Decían á éste los reyes con fecha 21 de marzo de 1499: "vos mandamos que luego vades á las dichas islas y tierra-firme de las Indias y hayais vuestra informacion, y por cuantas partes y maneras mejor y mas cumplidamente lo pudieredes saber, vos informeis y sepais la verdad de todo lo susodicho..... y la informacion habida y la verdad sabida, á los que por ella hallaredes culpantes, prendedles los cuerpos y secuestradles los bienes."[1]

Habiéndose demorado los despachos, Bobadilla no arribó á las Indias sino hasta agosto del siguiente año. "El segundo dia que llegó (dícenos Colón) se crió Gobernador y fizo oficiales y ejecuciones, y apregonó franquezas del oro y diezmos..... y publicó que á mi me habia de enviar en fierros, y á mis hermanos;"[2] "yo le escrebí..... y luego partí así como le dije muy solo, porque toda la gente estaba con el Adelantado, y tambien por le quitar de sospecha: él cuando lo supo echó á D. Diego (Colón) preso en una carabela cargado de fierros, y á mi en llegando fizo otro tanto, y despues al Adelantado cuando vino. Ni le fablé mas á él ni consintió que hasta hoy nadie me haya fablado, y fago juramento que no puedo pensar por qué sea yo preso."[3]

Así, aprisionado, despojado de todos sus bienes y cargando ignominiosas cadenas,[4] regresó á España el hombre que la había engrandecido con un nuevo mundo. Hase culpado de esto á Bobadilla, pero injustamente, porque él no hizo más que cumplir con las instrucciones de la Monarquía; dice Bernáldez: "el Rey envió un Gobernador fulano de Bobadilla a la Española, e envió por el Almirante, el cual el dicho Gobernador se lo envió en ramo de preso."[5] No sin amargura pues vió Colón en sus grillos "el premio de sus muchos servicios.... (y como un mudo reproche los conservó) siempre en su retrete y quiso que fuesen enterrados con él,"[6] "en testimonio de lo quel mundo suele dar, á los que en él viven, por pago."[7]

En el mes de mayo de 1502 pudo Colón emprender una cuarta y última expedición á las Indias; salió " con (cuatro) Navios a descubrir por el Septentrion e ovo en el viage muchos siniestros, e afrentas, e fortunas despues de haber pasado allende de la Española, que falló las

1 En Navarrete, II, 286.
2 Idem, I, 269.
3 Idem, I, 272.
4 Mártir, I, 298.
5 I, 338.
6 F. Colón, II, 129.
7 Las Casas, Historia, I, 514[a].

mares muy bravas, e no pudo andar tanto cuanto él quisiera."[1] "Fue lo postrero que descubrió una tierra do falló un puerto muy pequeño que puso nombre el Puerto del Retrete."[2]

Luego, en busca de oro, dió la vuelta Colón hacia Veragua, donde "se informó..... del Cacique á do estaban las minas (nos dice Diego de Porras, testigo presencial): de muy buena voluntad lo dijo, é así lo fizo que envió dos fijos suyos con los cristianos á que nos enseñasen las minas: mostraba mucha voluntad á los cristianos..... (en pago de estos buenos oficios) mandó prender (Colón) al Cacique do se le fizo mucho daño que le quemaron su poblacion, que era la mejor que habia en la costa é de mejores casas, de muy buena madera, todas cubiertas de fojas de palmas, é prendieron á sus fijos, é aquí traen algunos dellos de que quedó toda aquella tierra escandalizada..... porque los indios, despues de preso su Cacique, dieron en el real de los cristianos do mataron y firieron muchos."[3] Partió de allí el Almirante para la isla de Jamaica, en la que se sublevaron algunos de los cristianos; como los navíos estaban ya perdidos, "por via de Indios el Gobernador supo de él, e enviaron por él, e lo truxeron con la gente que habia ido con él a la Española, e dende lo envió en Castilla e lo truxo Diego Rodriguez Comitre vecino de Triana año 1504."[4]

Mala acogida halló Colón en la Corte. "El Rey católico, no se con qué ó con cual espíritu...... no sólo no le mostraba obras ni señales de agradecimiento, pero en cuanto en sí era, lo desfavorecia en las obras."[5]

Intensamente decepcionado por esto y "muy agrabado de gota y otras enfermedades que no era la menor el dolor de verse caído de su posesión,"[6] murió "en Valladolid, dia de la Ascencion, que cayó aquel año á 20 de Mayo, de 1506,"[7] "de edad de setenta años poco mas o menos,"[8] "desposeido y despojado del estado y honra que con tan inmensos é increibles peligros, sudores y trabajos habia ganado, desposeido ignominiosamente, sin órden de justicia, echado en grillos, encarcelado, sin oirlo ni convencerlo, ni hacerle cargos ni recibir sus descargos, sino

1 Bernáldez, I, 333.
2 Navarrete, I, 285.
3 Idem, I, 286-87.
4 Bernáldez, I, 334.
5 Las Casas, Historia, II, 84[2].
6 F. Colón, II, 254.
7 Las Casas, Historia, II, 88[1].
8 Bernáldez, I, 334.

como si los que lo juzgaban fuera gente sin razon, desordenada, estulta, estólida y absurda, y más que bestiales bárbaros." Así se expresa nuestro siempre justiciero don fray Bartolomé de Las Casas.[1]

§ 2. Francisco de Bobadilla.

La nueva gobernación de Bobadilla no produjo en las Indias mejora alguna; antes bien aquél "destruyó la isla, y gastó las rentas y tributos Reales."[2]

§ 3. Nicolás de Ovando.

Precisamente por el mal comportamiento de Bobadilla, expidió la Monarquía el 3 de septiembre de 1501 título de juez y gobernador de las Indias á fray Nicolás de Ovando, comendador de Lares,[3] y lo comisionó por cédula especial de igual fecha, residenciara á Francisco de Bobadilla y á sus oficiales.[4] Zarpó Ovando de San Lúcar en febrero de 1502; dos meses después arribaba á Santo Domingo.[5]

Todos los historiadores prodigan de consuno grandes elogios á este nuevo gobernador. El mismo Las Casas, tan justamente severo siempre, le llama "varon prudentísimo...... amigo de justicia...... honestísimo en su persona........... de cudicia y avaricia muy grande enemigo."[6] Oviedo va más lejos todavía, pues nos dice: "nunca hombre en estas Indias le ha fecho ventaja, ni mejor exercitado las cosas de la buena gobernacion, y tuvo en sí todas aquellas partes que mucho deben estimar los que gobiernan gente; porque él era muy devoto é gran chripstiano, é muy limosnero é piadosso con los pobres: manso y bien hablado con todos...... Castigaba con la templança y moderacion que era menester."[7] Ahora bien, este Ovando ejemplar, honra y prez de todos los caballeros españoles venidos á América, fué monstruosamente cruel é inhumano; vimos ya que también lo fué en España don Juan de Austria, y que no por esto dejaron de ver en él sus compatriotas á un caballero modelo. Pero no rompamos el hilo de nuestra relación.

1 Historia, II, 88[2].
2 F. Colón, II, 127.
3 Navarrete, II, 255.
4 Idem, III, 517.
5 Las Casas, Historia, II, 15.[1 y 2]
6 II, 14.[2]
7 I, 89.[1 y 2]

Inmediatamente que llega á las Indias Ovando, emprende una campaña contra los indios de la provincia de Higuey, "y en breve tiempo la allanó."[1] Inicia luego la de Xaragua de igual modo. Refiriéndose á la primera, varios padres domínicos escribían á Mr. de Xevres: "fueron tantas las crueldades que pasaron, que solo el dia del Juicio se podrán conoscer: tomar de noche en un buhío, ques una casa de paja, quinientos y mil dellos, é guardar las puertas, é ponerles luego de dia á cuchilladas, como estaban, desnudos, acuchillarlos é irse; á los que tomaban por el camino, cortaban á más las manos, é labrábanlos, é enviábanlos diciéndoles: «Id con cartas á los otros.» Hacian parrillas de madera é quemábanlos vivos, é porque no diesen gritos, metíanles palos en la boca: envolvíanlos en paja, é poníanlos fuego, para ver cómo iban ardiendo; mandábanlos despeñar de altas peñas, é ellos, de miedo que habian de los cristianos, lo hacian. Ahorcaron una vez, de una cumbre de un buhío, diez y siete caciques juntos. Enviábalos á llamar aquí á esta ciudad el Comendador mayor sobre seguro, é mandábalos despeñar á la mar, en una costa, ques aquí muy brava."[2] Dichos padres pasan á hablar en seguida de la guerra de Xaragua, y demostrando antes cómo "los indios con razon é justicia se debieron apartar de los cristianos é alzarse é resistirles, pues el derecho natural á ello les obligaba, principalmente que en ningun tiempo dexaron de tratar los cristianos á los indios sino peor que brutos animales (agregan): É por por tanto, decian los indios entre sí, que si allá tomaban al Comendador mayor, que era aquí gobernador, que lo habian de matar· Sabiendo esto el Comendador mayor, váse allá, no con pensamiento de los amansar, que muy fácilmente pudiera, mas con gana que tenia de los destruir, é llevó consigo toda la gente que pudo, que fueron hasta sesenta de caballo é muchos peones, que era gente no solo para amansarlos, empero para tomar tres islas como esta, cuando estaba en su prosperidad, segun es la mansedumbre de la gente; é mandó llamar á todos los caciques de aquella comarca á la provincia de Xaragua, donde está una gran señora que se llamaba Ana-Caona, á la cual todos hacian acatamiento; é llamados sobre seguro, ellos todos vinieron pacífica é seguramente, é mucha multitud dellos, porque son gentes que se creen de ligero, é fácilmente los engañan; é traxeron muchos presentes al Comendador mayor, que se llama Nicolás de Ovando, é él mandó entrar todos los principales en un buhio, é él metióse con ellos;

1 Oviedo, I, 89.

2 Docs. de América, VII, 406-7.

é aun llevaba puesto un gumin en los pechos muy grande, ques una joya de oro que los indios tienen acá por muy preciada cosa, diciendo que le habia de dar á la Ana-Caona, é desque los tuvo dentro, salióse dexándolos á todos dentro; é tomáronles la puerta la gente del Comendador mayor, que para esto estaba aparejada porque no hiciesen, é mandó atar sesenta caciques á otros tantos palos de buhio ó casa donde los tenia encerrados, entre los cuales habia alguno que no llegaba á la edad de diez años, é mandó poner fuego al buhio é quemólos todos dentro, é mandó hacer una horca é ahorcar aquella gran señora, que se llamaba Ana-Caona, é los demás mandólos dar por esclavos."[1] Para apoderarse de Anacaona, simuló Ovando con pérfida felonía un juego de cañas, el cual vino á presenciar aquella buena mujer acompañada de otros mucbos caciques; cuando más divertidos estaban, arrójanse los cristianos sobre los indios, á una señal dada por Ovando, y les aprisionan y les queman "á todos dentro en un buhio ó casa, salvo á la dicha Anacaona que desde á tres meses la mandaron ahorcar por justicia."[2] No valió á esta infeliz ser "mui graciosa, i cortesana, i mui amiga de los Christianos,"[3] ni haber salido á recibir á su proditorio asesino "con trecientos Señores, cantando, i bailando............ (ni haberle aposentado tampoco) en vna principal Casa......... (y hecho) mil servicios, mandando traer de la Caça, i Pesca de la Tierra, i demás Mantenimientos, en mucha abundancia, i haciendo todas las fiestas que podia, que eran sus Bailes, Cantares, i Juegos de Pelota."[4]

No de otra manera ciertamente procedía don fray Nicolás de Ovanvando, comendador de Lares, *el varon prudentísimo que castigaba con la templanza y moderación que era menester.* ¿Qué podían esperar los desgraciados indígenas de los demás españoles, gente baja y soez, en quienes nadie vislumbró las innúmeras virtudes que resplandecían en el caballeroso y ejemplar Ovando?

Por cédula de 21 de octubre de 1508, la monarquía española nombró gobernador de las Indias á don Diego Colón, razón por la cual tuvo Ovando que regresar á España un año después.

Al partir Ovando, dejaba ya muy despobladas las tierras descubiertas hasta entonces, según aparece de los siguientes párrafos de la carta antes citada de los padres domínicos: "vino el número de los in-

1 Idem, VII, 409-10.
2 Oviedo, I, 90.
3 Herrera, I, 71.
4 Idem, I, 152.

dios á apocarse de tal manera, que ya los cristianos pensaron que bien é seguramcnte los podian repartir entre sí para se servir dellos, como de hecho lo hicieron. É este repartimiento.......... se comenzó por esta manera: quel Comendador mayor sobredicho con todo el otro pueblo cristiano que acá estaba, hicieron una informacion á la muy Católica Reina, de gran memoria, Dª Isabel, que Nuestro Señor tenga en su gloria, diciéndole que por ninguna manera estos indios podrian ser cristianos ni venir al conoscimiento de nuestra santa fée católica, sino venian á poder de los cristianos, é así conversando con ellos verian las cosas de nuestra fée é tomarlas hian. Este fue el color que los cristianos tovieron para se servir de los indios; pero en la verdad..... no era la que ellos decian, segun el efecto que despues se siguió, que fue echarles las ánimas á los infiernos, porque ansí han muerto sin conoscimiento alguno de fée que los cristianos les diesen, é los cuerpos al muladar, sino henchirse de oro sus bolsas é voluntades para tornar ellos ricos á Castilla é dexar la tierra destruida é disipada, como de hecho ha quedado. La muy Católica Reina respondió, que le parecia bien que los indios viniesen á compañía de los cristianos por esta manera: que mirasen los cacique é señores que en la tierra habia, é vista la gente que cada cual dellos tenia, que le determinasen un cierto número de hombres para que fuesen compelidos á venir á trabajar con los cristianos é á conversar con ellos, con la intencion que arriba habemos dicho, conviene á saber, que recibiesen la fé; empero que se les guardase toda manera de libertad, pagándoles su jornal é salario á cada cual, segun la cantidad de trabajo é de la tierra, é que aquellos cansados ó fatigados, que se fuesen á su señor é viniesen otros; de forma que siempre hobiese indios envueltos con los cristianos, é así podrian todos ellos, andando el tiempo, venir en conoscimiento de nuestra santa fée católica.

"En esta cédula......... no venia determinado el salario que á cada uno se debia de dar por su trabajo, ni tampoco el número de la gente que á cada señor se le debia de determinar para que viniese al servicio é compañía de los cristianos, salvo questas dos cosas se dexaban á discrecion é determinacion de los que acá estaban é gobernaban; é los cristianos, decimos, no teniendo por fin lo que su peticion mostraba, que era la conversion desta gente, sino henchir su insaciable apetito de oro, determinaron aquellas dos cosas por esta manera: que siendo el trabajo de las minas el mayor de los trabajos del mundo, é ganando un peon castellano acá tres reales por cada un dia, determiná-

ronles á ellos por su salario de cada un dia tres blancas, que aun tanto no sale, porque les daban por todo un año medio castellano de cacona, que acá llaman, que vale acá doscientos veinte y ocho reales.

"Finalmente, acabó de tenerlos molidos el trabajo, é el un tercio dellos por la mayor parte en cada un año muerto. Dábanles en cabo del año una camisa, á otro una caperuza, á otro un peine, á otro un cinto que llevaba ceñido sobre el pellejo desnudo, á otro un espejo, cada cual segun que demandaba que le comprasen de aquella poca moneda que por su servicio les daban. Teníanlos por una demora, que acá llaman, ó tiempo en el servicio del oro, trabajándolos tan réciamente é dándoles tan flacos mantenimientos, que de ciento que les daban para su servicio, acaescia no volver los sesenta, ó más ó menos, segun que eran mejor ó peor tratados. Pero finalmente el que mejor los trataba habia de hacer por cada un año al menos el cuarto ó el quinto dellos.

"É acaesció muchas veces que la mitad, é alguna vez de trescientos que á uno dieron, no le quedaron más de los treinta, é enviábanlos á sus caciques ó señores ó incaieques, que así llaman á sus pueblos. La comun manera que acá se tenia de nombrar esta enviada, era engordarlos para que volviesen dende á tres meses gordos al trabajo, no los pocos que enviaban, sino el número que á cada uno de los cristianos era determinado, segun su estado más ó menos que le daban en su repartimiento, que así se nombraba. É ponemos un exemplo desta manera: que si á uno daban doscientos indios en su repartimiento, é viniendo á su servicio mataba con hambre dura é ásperos trabajos los cincuenta, volvian á su tierra ciento é cincuenta, pero cuando los habian de volver al trabajo habian de ser doscientos, suplidos los cincuenta de la gente del cacique. É por esta manera vino á tanto la diminucion de los caciques, que ya no venian ni vienen al trabajo solos los hombres, más hombres é mujeres, chicos é grandes, en tanto que ningun amo queda en su tierra que pueda levantar un terron del suelo que no venga á subir al cristiano.

"Ya que la gente se iba apocando é la codicia de los cristianos cresciendo, ó viniendo nuevamente de Castilla, ó algunos habiendo ya muerto su cacique, inventaron nueva manera de pedir, que fue pedir las demasías desta manera: que si á uno eran encomendados doscientos indios en su cacique é á otro ciento en aquel mismo, é á otro cincuenta en aquel mismo, que eran por todos trescientos cincuenta, pedian que les diesen la demasía destos trescientos cincuenta, é si le

hallaban quince ó veinte más, sacábanselos todos para servicio de aquel otro cristiano que pedia las demasías, de forma que se quedaba el cacique como choza sola de melonar.

"Ordenaron eso mesmo que las mujeres preñadas ó paridas hasta los dos años no viniesen á trabajar, é así dejaban á las paridas é preñadas é viejos é enfermos é niños en sus tierras. Finalmente, todos los que allá quedaban, no solo no eran importantes para trabajo alguno, mas antes era menester que de los trabajos de sus maridos ó parientes fuesen sustentados. É aunque los cristianos decian que les dejaban so color de piedad, mas era en la verdad, porque dellos ningun servicio se podria haber, sino costa. Así acaescia que quedando en el pueblo de un cacique veinte ó treinta niños de dos años abajo, ó de tres ó de cuatro, ya vé V. M. I. S. cómo ó quién los habia de mantener. Así de hecho acaescia todas las veces que cuando volvian los indios á sus tierras á descansar, hallaban todos los niños muertos. É si alguna madre con piedad de su hijo lo llevaba consigo al trabajo para allá curar dél, el minero daba tan dura vida á la madre, porque no trabajaba tanto cuanto á él placia, que la madre era compelida á dejar morir su hijo de hambre, no pudiendo sufrir las ásperas crueldades que en ella eran ejercitadas, por respeto que de su hijo tenia algun cuidado.

"En este caso acaescieron........... cosas tan ásperas, que no pueden ser oidas de ningun fiel, que con paciencia lo pueda soportar. Allá vieran estar los niños al calor insoportable del sol, que en esta tierra hace más que en otra, atado el pié con una cuerda á una piedra ó mata, como si fuera perrillo, porque no se le perdiese á la madre, la boca llena de tierra y todo el cuerpo tan empolvorado, así como si fuera gusano de los que se crian en la tierra.

"Acaesció por muchas veces, que viniendo la madre á dar á mamar á su hijo, venia el minero ó estanciero, que se dice el que tiene cuidado de las minas ó de las haciendas, é tomábale á la india el niño de los brazos, como quien se huelga con él, é arrojábalo por detrás á algunas peñas donde se despedazase, y volvia récio la cabeza á ver al niño, diciéndoles: «bullió». No tenian en mucho si alguna preñada traian al trabajo, antes que se pregonase que no viniesen á darle puntillazos é coces para hacerle mover (abortar) las criaturas. Estas é otras muchas maneras se hacian cerca de los niños, por donde ningun aumento habia en las gentes, sino siempre disminucion. Por forma, que como las madres viesen que no podian engendrar ni criar hijos, sin que por ello padesciesen intolerables trabajos y crueldades, eran compelidas, ó á no se

empreñar, ó si estaban preñadas á mover, ó si parian, á matar el hijo por no dejarlo en tan áspero sacrificio é cativerio como ellas estaban, é finalmente, porque tal no podian hacer. Y por esta causa les han levantado que la culpa del no multiplicar era en las indias, que como bestias mataban á sus hijos, lo cual es imposible que de ninguna gente se diga, lo que no se puede decir de ninguna bestia fiera, aunque fuese tigre ó serpiente, mas antes todo animal quiere criar su hijo; pero ellas, como dicho es, no pudiendo sufrir las crueldades de los castellanos, querian estar libres para poder servir á los cristianos segun sus apetitos.

"Cuanto á los mantenimientos que á esta gente se les daban...... era cazabí, ques un pan que acá se hace de raices de yerbas como de aserraduras de palos, que así las rayan para hacer el pan, de las cuales se hace un pan como tabla seco, el cual no tiene sabor ni sustancia. Este era su mantenimiento mojado en una agua que acá llaman agi, que es una caldera de agua, en que echan á cocer cuatro ó cinco granos tan grandes como bellotas de aquel agi, la cual agua toma un sabor como de pimienta, y allí mojan aquel pan, no todo lo que quieren, sino cada uno su racion; la cual se comia toda junta por la mañana, porque en todo el dia, hasta la noche, no se sentaban á comer, ni reposo alguno tenian hasta quen la noche venian, que les daban otro pedazo de aquel pan, que dicho habemos.

"La cama que hallaban aparejada era por la mayor parte el suelo, á la redonda de un hueco que hacian medio envueltos en la ceniza, como los gatos se suelen poner en el invierno á la redonda del fuego, sin ninguna ropa, sino solos sus pellejos, sobre los cuales recibian las humidades é frios de la noche é el intolerable calor del sol, andando cavando en las minas ó haciendas de los cristianos. Pocos dellos eran los que tenian hamacas, que se entiende unas como mantas colgadas en el aire, donde se echaban á la meitad, y con la meitad se envolvian, é los que estas tenian, ó eran caciques ó muy allegados á ellos, que toda la otra gente, así hombres como mugeres, por la manera susodicha dormian.

"Habia algunos cristianos que no teniendo cazabí para dar á sus indios, coxian otras raices que se llaman guaiaros, que son unas raices montesinas, las cuales rayadas para se hacer pan, que se pueda comer sin que mate, es menester que primero se pudra y se hinche de gusanos, y entonces se puede comer sin que mate, y deste pan sin otra cosa alguna, mantenian sus indios por ahorrar de la costa, que en el cazabí se podia hacer.

"Finalmente...... ninguna estima se tenia destas gentes más que de mulos, no propios, sino alquilados; é así se traia por comun hablar: «Yo tengo indios para tres años, é yo para cuatro, é yo para dos, é yo para no más de uno, é estos acabados, sino me dieren más, iréme á Castilla». Y con muy poca vergüenza y menos temor de Dios, despues de haber muerto ciento ó doscientos ó los que les daban en repartimiento, venian á pedir más, como si de derecho se les debiera, diciendo que habian hecho servicios al Rey muy grandes en esta isla.

"De aqueste modo de matar cada uno á sus indios, vino á la isla una manera de buscar nuevos repartimientos en esta color, diciendo: que el repartimiento que Fulano hizo fue injusto; por tal razon y tal no lo pudo hacer; por tanto, venga otro que más justamente entienda en hacer el repartimiento y no deje tantos agraviados.

"Y en la verdad....... no era esta la causa, sino á que aquellos principales, á los cuales habian dado grandes repartimientos de indios, como á los que residian en Castilla ó á otros factores suyos que acá tenian puestos, habian muerto la mayor parte de los indios que les era dada, y no tenian otro mejor color para tornarse á entregar en el complimiento de sus repartimientos, sino viniendo repartimiento nuevo, tornando todos los indios á monton, é ya ellos estaban informados cuáles eran buenos indios ó malos, conviene á saber, más provechosos ó menos provechosos. Y no era más el ser malos ó buenos, sino estar bien tratados ó mal, para los que hallaban bien tratados tomar para sí, é dejar los otros ya desollados y chupada su sangre para otros."[1]

"Viendo los cristianos que ya el número de los indios, que en esta isla Española habia se acababan, queriendo remediar á sus desordenados apetitos é rabiosa ánsia que por el oro tenian, viendo que sin gente no lo podian haber, determinaron de traer de las otras islas comarcanas á estas gentes, é fue pedida al Rey muy católico D. Fernando, que nuestro Señor tenga en su gloria, licencia para los traer, so esta piadosa color que viniendo á esta isla podrian ser cristianos tratando con ellos; y S. A. con este titulo la otorgó, por lo cual han despoblado más de cuarenta islas que llaman de los Lucayos y otras tres islas que llaman de los Gigantes, en las cuales unas é otras bien habia de pobladores más de cincuenta ó sesenta mil indios. Todos ellos los han sacado de su tierra para los traer á esta, é aunque sea la verdad segun dicen que á esta isla no hayan metido más de hasta veinte mil dellos,

1 Docs. de América, VII, 412-20.

empero los estragos que allá se han hecho del hambre é guerra en ellos han seido tan desordenados, que ha de tener por verdad V. M. I. S. que han muerto dellos más de cincuenta ó sesenta mil, segun que dicho habemos, de los cuales todos, aunque con muy grande diligencia se cuente, no hay en toda la isla ochocientos.

"Y porque vea algunos de los muchos estragos que allá hicieron, diremos aquí á V. M. I. S. algunos de los que nuestros propios ojos vieron é nuestras orejas oyeron. Acaesció que morando los religiosos de Santo Domingo en un su monasterio en un pueblo desta dicha isla Española que se llama Santiago, cerca dellos vivia un armador, que así se llaman aquellos que tienen cuidado de hacer las armadas, y le estaban contando lo que allá habia acaescido, é era que habian recogido tres mil indios á una pequeña isla, é habian puesto entre ellos siete cristianos que los guardasen, quitándoles las canoas, que son unos palos grandes cavados, en que ellos suelen navegar, é otro remedio que para salir de la isla toviesen. Allí los tenia como en corral para de allí los embarcar é traer á esta isla Española. No les inviaron de comer ni habia donde lo hobiesen, y morieron de hambre todos los tres mil indios que allí traian, como diximos, y tres ó cuatro de los siete cristianos que los guardaban. Acaescia todas las veces con los indios que traian de sus tierras morírseles tantos en el camino de hambre, que pensamos que por el rastro dellos que quedaba por la mar, pudiera venir otro navío hasta tal puerto. Empero un fecho que ante los dichos frailes acaesció, diremos á V. M. I. S.

"Llegados á un puerto desta isla, el cual llaman puerto de Plata, más de ochocientos en una carabela, estovieron en el puerto dos dias sin desembarcarse; morieron dellos seiscientos, y echábanlos en la mar y arrolábalos el agua á la orilla como maderos. Y rogándoles dos frailes de Santo Domingo que allí estaban que siquiera los enterrasen en el arena, no quisieron, sino como á perros los dejaban en aquella orilla de la mar á que los comiesen perros ó peces. Sacando otra vez otros tantos ó más ó menos de otra carabela en el mismo puerto, trajéronlos á otro pueblo que se llama Santiago, que está diez leguas de allí dentro en la tierra, dejando el camino lleno de cuerpos muertos sin los querer enterrar. Llegaron al dicho pueblo llamado Santiago, los que llegaron más muertos que vivos, viendo los dichos frailes de Santo Domingo que de todo aquel número no podian escapar veinte, como de hecho fué seguro, pidieron á los armadores que les diesen los niños solamente para los bautizar, y que despues hiciesen dellos lo que

les plugiese; pero ellos no quisieron, diciendo que podia ser que se les perdiese alguno, é ansí perecieron todos ánimas y cuerpos.

"De aquí puede conocer V. M. I. S. si el título con que los pidieron al muy católico Rey D. Fernando, que en gloria sea, que era hacerlos cristianos, era hasta henchir su apetito de oro; y lo que á los indios decian en sus islas para que de buena gana viniesen, era que los venian á hacer cristianos, y á eso venian con ellos con estas crueldades que los frailes de Santo Domingo vimos y oimos, con otras muchas de las cuales no nos han dado parte, aunque por vera via lo habemos muy bien sabido. Han destruido y disipado cuantas islas arriba digimos, y muerto aquel número de indios, ó por ventura más, trayéndolos á esta isla como á la carnicería, y esto es un grande mal y una carcoma ó polilla, que en las gentes de todas estas partes ha entrado, que ya muertos todos los indios que en esta isla estaban con los otros que de las otras islas han traido, y otros muy muchos de Tierra Firme, tienen tan grande ánsia de traer indios á ella, que en otra cosa no se habla ni se entiende. Y las principales mercedes que de S. A. desean recibir, es que les dé licencia para disipar todas las otras tierras y traerlos á esta isla como á carnicería." [1]

§ 4. Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa.

Sabemos ya que Alonso de Ojeda obtuvo permiso en 1499 para venir á descubrir á las Indias. Ojeda y sus compañeros llegaron hasta Venezuela y "Navegaron ochenta Leguas la Costa abaxo, por la Tierra de Paria, que el Almirante havia descubierto." [2] Durante el viaje, los naturales les recibieron con su acostumbrada generosa hospitalidad. "Los Bailes, Cantares, i Regocijos, que los Indios hacian, eran muchos. i la comida que les daban, i regalo que les hacian, era increíble." [3]

Posteriormente, Ojeda, asociado á Diego de Nicuesa, obtuvo la gobernación de las provincias de Veragua y de Uraba, que tan justamente reclamaba para sí don Diego Colón. [4] Disgustado con Nicuesa y llevándose un navío de éste, parte Ojeda de la Española hacia 1509; [5] le acompañaba como segundo Juan de la Cosa, el "primer salteador (de

1 Docs. de América, VII, 423–27.
2 Herrera, I, 99.[1]
3 Idem, I, 99.[2]
4 Docs. de Ultramar, VII, 3.
5 Oviedo, II, 421.[3]

Castilla del Oro)," según Oviedo. [1] Arriba Ojeda á Cartagena cuyos habitantes "ya estaban mui alborotados, y siempre aparejados para resistir á los Castellanos, por los daños que havian recibido de Christoval Guerra, y otros, que los Años atrás havian andado por alli, con titulo de rescatar." [2] "Entrado Hojeda en el puerto, hizo violencia á los habitantes, que encontró sin orden y desnudos;" [3] "el cacique con todos sus indios de pelea, se hizo fuerte en un buhio muy grande que estaba en medio de la plaça, é allí lo cercó Hojeda; y estaban dentro hasta cient hombres flecheros. Y cómo el cacique tenia sabido que los chripstianos eran cobdiciosos de oro, arrojaba por la puerta hácia ellos algunas patenas é otras pieças de oro labradas, é los chripstianos cobdiciándolas yban á tomarlas, y los flechaban y mataban desde el buhío.

"Viendo esto los nuestros, apretáronlos con los ballesteros y espingaderos, dándoles mucha priessa; é una india, de edad de diez y siete ó diez y ocho años, salió del buhio de entre los indios, é metióse entre los chripstianos con un arco é sus flechas, con penssamiento que por su persona é contra la voluntad de los españoles le bastaba el ánimo de se salvar peleando. É antes que la pudiessen prender, hirió quatro chripstianos, imitando aquellas armígeras y feroces amaçonas, de cuyo esfuerço y valor Justino é otros muchos auctores hacen mencion. Assi que, entre aquestos indios muchas mugeres se han visto no menos bien exercitadas é animosas en la guerra que los hombres.

"Finalmente, fué pegado fuego á aquel buhio, é mucha parte de los indios fueron quemados vivos, sin se querer rendir, é de los que huian de enmedio de las llamas los mas mataban los nuestros, é muy pocos fueron pressos." [4] "Encontraron allí cantidad de oro, pero exigua." [5] Naturalmente no satisfizo á los españoles este botín, por lo que, habiendo tenido "noticia Hojeda de otro pueblo que estaba tres ó quatro leguas de allí, que era del cacique Catacapa; tierra llana y en la misma costa dentro del ancon de Cartagena, al qual otros llaman Matarap...... envió al capitan Johan de la Cosa adelante con parte de la gente, el qual llegado á aquel pueblo, lo saqueó. É tomáronse ocho ó nueve mill castellanos de buen oro y hasta cient prissioneros, la mayor parte de mugeres; y el cacique y los indios de pelea escaparon hu-

1 III, 2.[1]
2 Herrera, I, 197.[2]
3 Mártir, II, 16.
4 Oviedo, II, 422.[1]
5 Mártir, II, 17.

yendo, sin poder llevar mas de sus arcos y flechas. É los chripstianos apossentáronse por aquellos buhios para descansar la siesta, quel sol era muy grande: é de dos en dos ó mas ó menos compañeros, con mucho descuydo, se desarmaron é ataron sus hamacas, tan seguros como si ninguna guerra tuvieran. Desto se dió mucha culpa al capitan Johan de la Cosa, é no se ovo como hombre de experiencia ni de prudencia alguna...... teniendo aviso (los naturales) por sus espias del mal recaudo y peor guarda que los chripstianos ponian en sus proprias vidas, como hombres ofendidos, animosamente volvieron sobre el pueblo, é con súbito asalto é grita dieron sobre los chripstianos, é mataron é hirieron hasta ciento dellos é cobraron todo el despojo; é allí murió el capitan Johan de la Cosa." [1]

Apareció á la sazón en Cartagena Diego de Nicuesa con una segunda expedición; aunque venía "con determinacion de probar su espada con (Ojeda)," [2] luego que supo la derrota de los cristianos, olvida su cólera, y sin darse momento de reposo vuelve luego aquella misma espada contra los indígenas que habían matado á Juan de la Cosa y á sus compañeros: "Embistiéndoles descuidados en la última vigilia de la noche; para que ninguno se escapase rodearon todo el pueblo, que constaba de más de cien casas, pero estaba atestado de triple número de vecinos [pues habitan agrupados], y prendiéndole fuego acabaron con él. Son las casas de ellos de madera, techadas con hojas de palma; sólo perdonaron á seis de la gran muchedumbre de hombres y mujeres, muriendo á filo de espada ó con el fuego, junto con sus muebles, todos los demás que no huyeron;" [3] "fué tan grande la priessa que los chripstianos se dieron en quemar los buhíos llenos de indios, y en matar indios, que quando fueron las diez horas del dia, no avia en todo el publo indio vivo chico ni grande." [4] "Encontraron algo de oro entre las cenizas (dice Mártir y agrega): La sed de oro, no menos que la de tierras, mueve á los nuestros para sobrellevar estos trabajos y peligos." [5]

Hecho esto, se separan Ojeda y Nicuesa marchando el primero hacia Uraba "que era su gobierno." [6]

1 Oviedo, II, 422.[1 y 2]
2 Oviedo, II, 423.[2]
3 Mártir, II, 20-1.
4 Oviedo, II, 424.[1]
5 II, 21.
6 Mártir, loc. cit.

§ 5. Juan Ponce de León y Hernando de Soto.

Cuando Ovando hizo pregonar la guerra contra la provincia de Higuey, envió allá "por Capitan de la Gente de Santo Domingo.... á Juan Ponce de Leon."[1] Después de concluída la campaña, éste "tuvo noticia de algunos Indios de los que le servian, que en la Isla de San Juan, que los Indios llamaban Boriquen, havia mucho Oro..... Dió parte..... á Nicolás de Ovando, de las nuevas que havia sabido, i le pidió licencia para pasar á la Isla, á inquirir la verdad, i tomar trato con los Indios....... (obtenido el permiso partió) i fue á desembarcar adonde señoreaba Agueybaná, el maior Señor de toda ella, que tenia Madre, i Padrastro: los quales recibieron, i aposentaron á Juan Ponce, i á los Suios, con mucho amor, i el Cacique trocó su nombre con él, que era hacerse Guatiaos, llamandose Juan Ponce, Agueynabá; i Agueynabá, Juan Ponce...... que era vna señal, entre los Indios de aquellas Islas, de perpetua confederacion i amistad."[2]

En recompensa de sus servicios, obtuvo Ponce de León en 1510 el nombramiento de Capitán de la isla de San Juan "con los Ofycios de Xustycia e Xuresdecion cevil e creminal."[3] Ya en su cargo, "Hiço luego Juan Ponce el Repartimiento de los Indios, (por lo cual resolvieron éstos levantarse.)"[4] Sostuvo entonces el Capitán español una guerra análoga á la que antes había hecho contra la provincia de Higuey. Ahora bien, esa guerra y los continuos repartimientos, produjeron "la muerte é acabamiento de los indios."[5]

Llegó á tanto la crueldad de Ponce de León y sus soldados, que ni las ancianas escapaban á ella; después de hablar Herrera de un perro llamado "Becerrillo, que hacia en los Indios estragos admirables, i conocia los que eran de Guerra, i los de Paz, como si fuera vna Persona; por lo qual temian mas los Indios de diez Castellanos con el Perro, que de ciento sin él, i por esto le daban parte i media de lo que se ganaba, como á vn Ballestero, asi de Oro, como de Esclavos, i otras cosas, i lo cobraba su Amo...... (agrega): haviendo acordado (los españoles) de hechar vna India vieja á este Perro, el Capitan la dió vna Car-

1 Herrera, I, 158.[2]
2 Idem, I, 181.[2]
3 Docs. de América, XXXI, 536.
4 Herrera, I, 195.[2]
5 Oviedo, I, 73.[2]

ta, para que la llevase á ciertos Castellanos, que estaban cerca de alli: la India tomó su Carta, i en saliendo de entre la Gente, la echaron el Perro; i viendole ir sobre ella tan feroz, sentóse; i hablando en su Lengua, mostrabale la Carta, diciendo: Señor Perro, io voi á llevar esta Carta á los Christianos, no me hagas mal, Perro Señor, porque los Indios truecan las palabras: paróse el Perro mui manso, i començóla de oler, i alçó la pierna, i orinóla, como lo suelen hacer los Perros á la pared, de que los Castellanos quedaron admirados."[1] Perdonada de esta suerte la indígena por el perro, acción que nunca se había visto antes en los españoles, "desde á un poco llegó el gobernador Johan Ponce; é sabido el caso, no quiso ser menos piadoso con la india de lo que avia sido el perro, y mandóla dexar libremente."[2] Tal era la falta de sentido moral en los españoles, que aun de los animales feroces recibían nobles lecciones.

Removido de su cargo en 1511 Juan Ponce de León, "acordó de armar é fue con dos caravelas por la vanda del Norte, é descubrió las islas de Bimini, que están de la parte septentrional de la isla Fernadina...... esto fue el año de mill é quinientos y doce......... tuvo noticia de la Tierra-Firme é vídola é puso nombre á una parte della que entra en la mar, como una manga, por espacio de cient leguas de longitud, é bien cinqüenta de latitud, y llamóla la Florida;"[3] "pensando que esta Tierra era Isla, la llamaron la Florida, porque tenia mui linda vista de muchas, i frescas Arboledas, i era llana, i pareja: i porque tambien la descubrieron en tiempo de Pascua Florida (dia dos de abril)."[4]

"Contentóse Juan Ponce de Leon solo con vér que era tierra, y sin hacer diligencia para vér si era Tierra-Firme, ó Isla, vino á España á pedir la Governacion, y Conquista de aquella tierra: los Reyes Catholicos le hicieron merced de ella, donde fue con tres Navios el año de quince, otros dicen, que fue el de veinte y vno...... que sea el vn año, ó el otro, importa poco. Y aviendo passado algunas desgracias en la navegacion, tomó tierra en la Florida. Los Indios salieron á recibirle, y pelearon con él valerosamente, hasta que le desvarataron, y mataron casi todos los Españoles, que con él avian ido, que no escaparon mas de siete, y entre ellos Juan Ponce de Leon; y heridos se fueron á la

1 I, 196[1].
2 Oviedo, I, 485.[2]
3 Idem, I, 482.[1 y 2]
4 Herrera, I, 247.[1]

Isla de Cuba, donde todos murieron de las heridas que llevaban. Este fin desdichado tuvo la jornada de Juan Ponce de Leon, primer descubridor de la Florida, y parece que dejó su desdicha en herencia á los que despues acá le han sucedido en la misma demanda."[1]

Quien más formalmente emprendió después la conquista de la Florida fué Hernando de Soto en 1539. Habiendo logrado en España las provisiones reales necesarias, vino con gente bastante á las Indias, y "Domingo á diez é ocho de mayo de mill é quinientos é treynta é nueve años salió de la villa de la Habana el gobernador Hernando de Soto con una gentil armada de nueve navíos, los cinco de gavia, y dos caravelas y dos vergantines; y á veynte é cinco del mismo mes, que fué dia de Pasqua del Espíritu Sancto, se vido tierra en la costa septentrional de la provincia de la Florida, y llegó la armada á surgir dos leguas de tierra en quatro braças de fondo ó menos."[2]

"Este gobernador (Hernando de Soto) era muy dado á essa monteria de matar indios......... Assi que, continuando su conquista, mandó al general Vasco Porcallo de Figueroa que fuesse á Ocita, porque se dixo que alli avia junta de gente, é ydo allá este capitan, halló la gente alçada, y quemóles el pueblo, y aperreó un indio que llevaba por guia."[3]

Más adelante aprehendió el gobernador con perfidia atroz á "trescientos indios é cinco ó seys caciques en ellos........ (todos los cuales) se llevaron á meter en un buhio atadas las manos atrás; y andando entre ellos el gobernador para conoscer los caciques, animándolos para los traer á paz é concordia, y haciéndolos desatar porque fuessen mejor tractados que los otros indios comunes, un cacique de aquellos, assi como lo desataron, estando el gobernador á par dél, alçó el braço é dió al gobernador tan grand bofetada que le bañó los dientes en sangre y le hizo escupir mucha, por lo qual este y otros los ataron á sendos palos é fueron asaetados."[4] Eran positivamente los indígenas "valentíssimos hombres........ Si á algunos....... cortaban las manos y narices, no hacian mas sentimiento que si cada uno dellos fuera un Mucio Scévola romano."[5] Alonso Romo "truxo quatro ó cinco indios,

1 Garcilazo, Florida, 8ª.
2 Oviedo, 1, 544–45.
3 Idem, I, 547.¹ y ²
4 Idem, I, 553.¹ y ²
5 Idem, I, 554.¹ y ²

é nunca quiso ninguno conoscer el pueblo del señor ni descobrirlo, aunque quemaron uno dellos vivo delante de los otros, y todos sufrieran aquel martyrio, por no descobrirlo."[1]

De igual manera que las demás conquistas emprendidas por los españoles, la de la Florida se redujo á destruir á los naturales y á devastar la tierra, como nos lo hace entender Oviedo cuando escribe, que preguntándole él mismo "á un hidalgo bien entendido que se halló pressente con este gobernador é anduvo con él todo lo que vido de aquella tierra septentrional, que á qué causa en cada parte que llegaba este gobernador é su exército pedian aquellos tamenes ó indios de carga, é por qué tomaban tantas mugeres, y essas no serian viejas ni las mas feas; y dándoles lo que tenian, por qué detenian los caciques y principales, y á dónde yban que nunca paraban ni sosegaban en parte alguna: que aquello ni era poblar ni conquistar, sino alterar é asolar la tierra é quitar á todos los naturales la libertad, é no convertir ni hacer á ningun indio chripstiano ni amigo; respondió é dixo: Que aquellos indios de carga ó tamenes los tomaban por tener mas esclavos ó servidores, é para que les llevassen las cargas de sus mantenimientos é lo que robaban ó les daban; é que algunos se morian é otros se huian ó se cansaban, é que assi avian menester renovar é tomar mas: é que las mugeres las querian tambien para se servir dellas é para sus sucios usos é luxuria, é que las hacian baptiçar para sus carnalidades mas que para enseñarles la fé: y que si detenian los caciques é principales, que assi convenia para que los otros sus súbditos estoviessen quedos é no les diessen estorbo á sus robos é á lo que quisiessen hacer en su tierra de los tales. Y que á dónde yban ni el gobernador ni ellos lo sabian, sino que su intento era de hallar alguna tierra tan rica que hartasse sus codibcias, y saber los secretos grandes quel gobernador decia que sabia de aquellas partes, segund muchas informaciones que se le avian dado. É que quanto á alterar la tierra é no poblar, que no se podia hacer otra cosa hasta topar assiento que les satisficiesse."[2]

Andando así, sin haber poblado todavía un solo lugar,[3] murió Hernando de Soto en 1543, "dando grandes muestras de Christiandad."[4] En efecto, todos estos sanguinarios salteadores de indígenas eran ardentísimos cristianos.

1 Idem, I, 559.
2 I, 566.
3 Gomara, 181.
4 Herrera, VII, 183.

§ 6. Vasco Núñez de Balboa.

Pasó á las Indias con Rodrigo de Bastida en 1501.[1] Encontrándose en la Española algunos años después, completamente arruinado y lleno de deudas, tuvo noticia de la armada que preparaba el bachiller Martín Fernández de Enciso y resolvió formar parte de ella; "sin quel Enciso lo supiera (nos dice Oviedo), se entró escondido en la nao...... Vasco Nuñez de Balboa, porque sus acreedores, á quien debia dineros en esta Isla no le hiciessen detener: el qual por industria de un Bartolomé Hurtado que en la nao yba, se escondió envuelto en la vela de la nao, porque no le hallassen, si buscado fuesse, como lo fué; é assi defraudando á sus acreedores y al Enciso, salió desta Isla Vasco Nuñez. Despues, estando ya en la mar bien apartados de tierra, supo el bachiller Enciso cómo yba allí, é ovo mucho enojo dello, porque temió que seria possible hacerle pagar á él en algund tiempo lo quel otro debia, é con mucha yra riñendo con él, dixo que estaba por le dexar en una isla despoblada, porque á Vasco Nuñez fuesse castigo é á otros exemplo. De aquestas palabras é amenaças no perdió memoria Vasco Nuñez: antes quedó en su ánimo perpétua enemistad contra el bachiller, é se lo guardó para en su tiempo."[2]

Destruída la nao de Enciso cerca del promontorio de Caribana que tiene hacia el oriente el golfo de Uraba, "viéndosse perdidos (los aventureros españoles), acordaron de atravessar á la otra costa del golpho fronterizo de Urabá á *saltear* el pueblo del Darien, como otra vez lo avia hecho Johan de la Cosa, é avia allí avido oro y buen despojo....... É assi saltaron en tierra é dieron sobre el pueblo del Darien, donde era cacique é señor de aquella tierra un indio valerosso, llamado Çemaco; é al quarto del alba, tocando una trompeta é con súbito assalto é grita, con mucho ímpetu por fuerça de armas, ganaron aquel lugar, é ovieron allí sobre trece mill pessos de oro. É allí se fortificó esta gente é hicieron su assiento; é porque el rio que por allí passa y el pueblo tenian un mismo nombre, el bachiller Enciso mandó llamar aquella villa la Guardia, la qual se ganó año de la natividad de Chripsto, Nuestro Redentor, de mil é quinientos é nueve años. É porque la gente é reliquias del armada del gobernador Alonso de Hojeda, que este pueblo ganó, decian que el poder que el teniente Enciso tenia, avia

1 Herrera, I, 212.[3]
2 II, 426.[1]

expirado, é tambien el de Pizarro, é que aquello no era de la gobernacion de Hojeda, é que no tenian por qué obedescer, estaban en esta opinion los mas destos españoles: otros pedian que se hiciessen alcaldes ordinarios, é otros guiaban sus paresceres á diversos fines. De las quales diversidades, se siguió que aquel Vasco Nuñez de Balboa, que se dixo de susso que avia salido desta cibdad escondido, envuelto en la vela de la nao, que llevó el bachiller Enciso, no se desacordando de la amenaça que le avia hecho, como era hombre sagaz é de valerossa persona, é que tenia los penssamientos enderesçados á señorio, é la discordia en que estaban juntada con su habilidad, fueron bastante aparejo para lo que él desseaba: é por su industria tenia ya muchos amigos, con los quales é los de su opinion, rodeó que en tanto quel Rey Cathólico proveya de aquella gobernación á quien fuesse servido, se eligiessen dos alcaldes ordinarios, que los tuviessen en justicia. É assi se hizo, é tuvo en esto tal forma quél fué elegido por uno dellos, no obstante que el bachiller Enciso, é algunos pocos de su opinion lo contradixeron, é dixeron que como teniente de Hojeda, él debia gobernar é tener en justicia esta gente. Á esto se respondia, que aquella tierra no entraba en la gobernacion de Hojeda ni le competia, sino de la otra parte del golpho al Oriente, como era verdad. Pues como Vasco Nuñez se acordaba que le avia prometido el bachiller Enciso de le echar en una isla despoblada, assi como se vido hecho alcalde, tomó cierta informacion contra él, é de hecho le hizo meter presso en un vergantin, y lo desterró é mandó que se fuesse á España: é assi quedó pacífico Vasco Nuñez en aquella provincia é tierra del Darien, por capitan é alcalde. É luego mandó llamar á aquella villa Sancta Maria de la Antigua, é de ahy adelante mandó é gobernó aquella provincia." [1]

Al hablar de Núñez de Balboa y su gente, asienta Oviedo que haber oro "era el principal intento questos pacificadores traian, y en lo que se exercitaban, y en tomar indios é indias, de que se sirviessen. Algunos les daban los caciques principales, sin los que se tomaban los españoles; y con este gobierno, andaban hombres de los mas sueltos é hábiles que se pudieran hallar en el mundo, para el exercicio que traian...... (manifiesta en seguida el propio autor que estos españoles ejecutaron muchas crueldades, atormentando indios, ó aporreándolos para que les diesen oro, tomando además á unos las mujeres, á otros las hijas, y agrega): cómo Vasco Nuñez hacia lo mesmo, por su exem-

1 Oviedo, II, 427-28.

plo ó dechado sus mílites se ocupaban en la mesma labor imitándole." [1]

Andando en sus vandálicas correrías Núñez de Balboa con Rodrigo de Colmenares, "encontraron una aldea que constaba de quinientas casas diseminadas, cuyo Chebí ó reyezuelo dicen que se llamaba Abenamacheio. Así que advirtieron que iban los nuestros, abandonaron todas las casas; y, siguiendo los nuestros tras ellos cuando huían, ellos, cambiando de parecer, hicieron frente y se echaron sobre los nuestros con atroz resolución: como que los echaban de sus propios lares. Acometieron á los nuestros con espadas de madera, con palos chamuscados y con astas bien hechas, mas no con saetas, pues la gente de los golfos occidentales no pelean con arcos. Los infelices desnudos fueron fácilmente vencidos por las armas de los nuestros, que persiguiéndolos cogieron al régulo Abenamacheio y algunos otros principales. Cogido el cacique, un infante que había sido herido por él, de un sablazo le cortó un brazo." [2] Pocos días después, compadecido de aquel infeliz, se avistó su pariente y vecino el cacique Araiba con otro cacique llamado Abibeiba y le habló al tenor siguiente: "«¿Qué es esto, desdichado Abibeiba; qué gente es ésta? ¡Desdichados de nosotros que nos acosan cuando gozábamos de tranquila paz! ¿Hasta cuándo hemos de sufrir la sevicia de estos hombres? ¿No es mejor morir que sufrir lo que te han hecho padecer á ti, á nuestro pariente Abenamacheio, á Cemaco, á Careta, á Poncha y á todos los demás príncipes de nuestra clase, cautivando á las mujeres, á los hijos y también á los súbditos, llevándosenos todos nuestros bienes á nuestra vista? Á mí no han llegado aún; pero, vista la suerte de los demás, es razonable creer que no está lejos mi ruina. Probemos, pues, nuestras fuerzas; probemos fortuna contra los que echaron de su casa y maltrataron á Abenamacheio. Caigamos sobre ellos: una vez muertos éstos, tal vez los demás temerán meterse con nosotros; y si lo intentan, esos más habremos quitado de su ejército. Suceda lo que sucediere, lo habremos de sufrir con paciencia»" [3] Puestos de acuerdo los caciques, señalaron día para la empresa, pero al ejecutarla, aquella gente desnuda "fué fácilmente derrotada y muerta en su mayor parte, cual espantado rebaño: los caciques se escaparon. Todos los que (los cristianos) cogieron vivos los mandaron cautivos al Darién, y los emplean en cultivar los campos y los sembrados." [4]

1 III, 18.[a]
2 Mártir, II, 98-9.
3 Idem, II, 106-7.
4 Idem, II, 108.

Por segunda vez traman los caciques otro ataque que igualmente fracasó; "entre muchas mujeres, que (Vasco Núñez) había robado del país, tenía una más hermosa que las demás..... (hermana de un) familiar y cortesano del cacique Cemaco..... (y el cual descubre á aquella la segunda conspiración para) que se pusiera á salvo buscando cualquier pretexto, no fuera que la mataran en la confusión.[1]

La joven indígena, en apartándose su hermano, previene á Núñez de Balboa, quizá porque mucho le amaba.[2]

Ya sobre aviso, los españoles se adelantan á los indígenas, y mientras que por otro lugar los combatía Núñez de Balboa, "Acometió (Rodrigo de Colmenares) el pueblo llamado Tichiri en que..... se reunían las provisiones para el ejército, lo ocupó y se apoderó de todo lo que allí se había juntado, como vino de varios colores..... que..... tenía Comogro, y toda clase de pan y demás alimentos del país; prendió al sacco de Tichiri, que era el que había de llevar á cabo la empresa cual jefe del ejército, y juntamente con él cogió á cuatro de los principales, pues los encontró desprevenidos. Colgándole de un árbol que el mismo sacco habia cultivado, hizo Colmenares que lo asaetearan á vista de los indígenas, y que á los principales los colgaran en los patíbulos para escarmianto de los demás."[3]

Cuatro años llevaba de gobernar Vasco Núñez tan desastrosamente aquella región, cuando "[ya por no sufrir el ocio..... ya por recelo de que otro le arrebatara tamaña empresa..... ya por ambos motivos y porque comprendía que tenía irritado al Rey.....] resolvió acometer (el descubrimiento del mar del Sur)."[4]

"Con esperança de los avisos que..... (de varios indios) ya tenia Vasco Nuñez sabido y entendido en mucho secreto por sus lenguas, acordó de se partir un jueves primero dia del mes de septiembre, año de mill é quinientos y trece años, y salió de la villa de Sancta Maria de la Antigua con ochocientos hombres, y embarcóse en un galeon y nueve canoas con esta gente, só color de buscar minas y inquirir los secretos de la tierra."[5]

"Merced..... á los indígenas..... y á nuestros carpinteros, cruzó montañas horribles, y por muchos y muy grandes ríos que encontró,

1 Idem, II, 112-14.
2 Herrera, I, 240².
3 Mártir, II, 116-17.
4 Idem, II, 211.
5 Oviedo, III, 9¹.

echando puentes ó entrelazando un conjunto de largas vigas, llevó sin novedad su tropa."[1]

"Antes de llegar á las altas cimas de las montañas, entró en una región llamada Cuarecua; le salió al encuentro el cacique, que tenía ese mismo nombre, armado á usanza de ellos, es decir, con arcos y saetas y con macanas, esto es, con anchas y largas espadas de madera que manejan con ambas manos, y con astas de punta quemada, y también con dardos arrojadizos que tiran con ojo muy certero..... Pronto se acabó todo. Poco rato aguantaron las saetas de los escorpiones y los tiros de las escopetas [que, ayéndolos, imaginaron que los nuestros tenían á su disposición los rayos y los truenos]. Volvieron, pues, la espalda, dándose á la fuga. Como en los mataderos cortan á pedazos las carnes de buey ó de carnero, así los nuestros de un golpe quitaban á éste las nalgas, á aquél el muslo, á otros los hombros; como animales brutos perecieron seiscientos de ellos, junto con el cacique."[2]

"Y allí se tomó alguna gente y algun oro y perlas, y se informó mas largamente Vasco Nuñez de las cosas de la tierra adentro é de la otra mar del Sur..... dexó parte de la gente, é partióse con hasta septenta hombres; é los veynte é cinco de aquel mes, el mesmo dia que partió, llegó á los buhíos é assiento del cacique, llamado Porque, y avíase absentado; y no curó dél, sino passó adelante, siguiendo su viage, en busca de la otra mar. Y un martes, veynte é cinco de septiembre de aquel año de mill é quinientos y trece, á las diez horas del dia, yendo el capitan Vasco Nuñez en la delantera de todos los que llevaba por un monte raso arriba, vido desde encima de la cumbre dél la mar del Sur, antes que ninguno de los chripstianos compañeros que allí yban."[3]

Una vez que los españoles dieron las gracias á Dios, suplicándole "con mucha devocion que los dexasse descubrir y ver los grandes secretos é riqueças que en aquella mar y costa avia..... prosiguieron su camino hasta unos buhíos cerca de la mar del Sur, en tierra del cacique Chape, de los quales se avian absentado los indios; y aposentáronse allí estos españoles, esperando á los otros compañeros que avian quedado en los buhíos del cacique Torecha. Y á los veynte é nueve de aquel mes, dia de Sanct Miguel, tomó Vasco Nuñez veynte é seys hombres con sus armas, los que le paresció que estaban mas dispuestos, é dexó allí en Chape los restantes, é fuése derecho á la costa del mar

1 Mártir, II, 214-15.
2 Idem, II, 216-17.
3 Oviedo, III, 10².

Austral al golpho quél avia nombrado de Sanct Miguel, que podia estar media legua de allí. Y en unos grandes ancones y llenos de arboledas, donde el agua de la mar crescia é menguaba en gran cantidad, llegó á la ribera á hora de vísperas, é el agua era menguante; y sentáronse él y los que con él fueron, y estuvieron esperando quel agua cresciesse, porque de baxa mar avia mucha lama é mala entrada; y estando assi, cresció la mar á vista de todos mucho y con grande ímpetu. Y cómo el agua llegó, el capitan Vasco Nuñez, en nombre del Sereníssimo é muy Cathólico Rey don Fernando, quinto de tal nombre, é de la Reyna Sereníssima é Cathólica doña Johana, su hija, é por la corona é ceptro real de Castilla, tomó en la mano una bandera y pendon real de Sus Alteças, en que estaba pintada una imágen de la Vírgen Sancta Maria, Nuestra Señora, con su prescioso Hijo, Nuestro Redemptor Jesu-Chripsto, en braços, y al pié de la imágen estaban las armas reales de Castilla é de Leon pintadas; y con una espada desnuda y una rodela en las manos entró en el agua de la mar salada, hasta que le dió á las rodillas, é començóse á passear, diciendo: «Vivan los muy altos é muy poderosos Reyes don Fernando é doña Johana, Reyes de Castilla é de Leon é de Aragon, etc., en cuyo nombre é por la corona real de Castilla tomo é aprehendo la possesion real é corporal é actualmente destas mares é tierras é costas é puertos é islas australes, con todos sus anexos é reynos é provincias que les pertenescen, ó pertenescer pueden en qualquier manera é por qualquier raçon é título que sea ó ser pueda, antiguo ó moderno, é del tiempo passado é pressente ó por venir, sin contradicion alguna. É si alguno otro príncipe ó capitan, chripstiano ó infiel, ó de qualquier ley ó secta ó condicion que sea, pretende algun derecho á estas tierras é mares, yo estoy presto é aparexado de se lo contradecir é defender en nombre de los Reyes de Castilla, pressentes ó por venir, cuyo es aqueste imperio é señorio de aquestas Indias, islas é Tierra-Firme septentrional é austral con sus mares, assi en el polo ártico como en el antártico, en la una y en la otra parte de la línea equinocial, dentro ó fuera de los trópicos de Cáncer é Capricornio, segund que mas cumplidamente á Sus Majestades é subcessores todo ello é cada cosa é parte dello compete é pertenesce, é como mas largamente por escripto protesto que se dirá ó se pueda decir é alegar en favor de su real patrimonio, é agora é en todo tiempo en tanto quel mundo turare hasta el universal final juicio de los mortales.»"[1]

1 Idem, III, 11-13.

Hasta marzo de 1514 no volvió Vasco Núñez al Darien;[1] ávido de riquezas, se dedicó á recorrer las tierras del mar del Sur, dejando por doquiera honda huella de inauditas crueldades, como la ejecutada en el cacique Paera. Arrojado éste de su pueblo, mándale llamar Vasco, y aunque se resistía con razón el indígena á obedecer el llamamiento, al fin se presenta acompañado de otros tres caciques, atemorizado por las amenazas de los españoles; Vasco entonces "le echó los perros guerreros, y sus cadáveres destrozados los mandó quemar,"[2] sin otro motivo, á nuestro entender, que porque "le preguntó (á Paera) con blandura, adonde se cogia el Oro de aquella Tierra, que tenia mucha Fama, que abundaba de ello? i por muchas amenaças que le hizo, i tormentos que le dió, no aprovechó."[3]

Quizás á causa de que Núñez de Balboa dió pruebas de ferviente catolicismo, pues "No hay (decía Mártir) ningún acto suyo, ni viaje alguno, sin invocar los Santos del cielo, y delante siempre á la Virgen Madre de Dios...... le reputaron (en España) digno de honores y mercedes;"[4] sin tener en cuenta sus infinitos excesos, el Rey Católico no sólo le envió el título de Adelantado del mar del Sur, que sin duda merecía, sino también el "de gobernador y capitan general de las provincias de Coyba é Panamá."[5]

§ 7. Pedro Arias Dávila.

En el mismo año en que Núñez de Balboa realizaba su descubrimiento, venía para las Indias Pedro Arias Dávila "con una hermosa armada á conoscer de las culpas de Vasco Nuñez de Balboa, é á gobernar á Castilla del Oro en la Tierra-Firme;"[6] hasta "los doce dias de junio, un lunes, llegó el armada al puerto de Sancta Marta, ques en la costa de Garra en la Castilla del Oro, y desde allí començaba la gobernacion de Pedrarias."[7]

Una de las primeras providencias que tomó éste al llegar allí fué mandar que "se catassen las minas;"[8] "entrando cierta capitania de

1 Mártir, II, 284.
2 Idem, II, 253.
3 Herrera, I, 269.[1]
4 II, 285.
5 Oviedo, III, 42.[1]
6 Idem, III 21[1].
7 Idem, III, 25.[1 y 2]
8 Idem, III, 27.[1]

gente dieron en cierto pueblo, desamparando los indios sus casas; se se les tomó algun despojo, y se halló cierta cantidad de oro."[1]

De Santa Marta, partió Pedrarias para Santa María del Antigua del Darien, donde "á pocos dias se pregonó la residencia contra Vasco Nuñez é sus officiales."[2]

"En tanto que turó la residencia, é aun dias despues adolesció mucha gente del armada; é cómo no les daban ya de comer, morian muchos de hambre, é para excusar essas muertes é començar Pedrarias á poblar la tierra de la otra costa, temiendo que le avia de venir al Vasco Nuñez algun despacho en su favor, é por ocupar la gente en algo, é començarse la destruycion de la tierra [á que ellos llamaban pacificacion é conquistar], acordaron de enviar al teniente Johan de Ayora por capitan general, con los capitanes Hernando de Meneses é Francisco Dávila é Gamarra é otros, con quatrocientos hombres. É diéronle cierta instrucion é capítulos, é mandáronle que passasse á la otra mar del Sur y poblasse con aquella gente en la otra costa, en la parte della que mejor le paresciesse."[3]

Recomendaba también Pedrarias á todos los que salían á recorrer la tierra, que no dejasen de hacer á los indios el requerimiento legal. Trata de éste Oviedo al hablar de la orden que dió Pedrarias para que se catasen minas apenas hubo saltado en tierra en el puerto de Santa Marta; dice así: "É mandó el gobernador que yo llevasse el requirimiento in scriptis que se avia de hacer á los indios, é me lo dió de su mano, como si yo entendiera á los indios, para se lo leer, ó tuviéramos allí quien se lo diera á entender, queriéndolo ellos oyr; pues mostrarles el papel, en que estaba escripto, poco hacia al caso; pero porque... es bien que se sepa lo que se les requeria, quiero decirlo aqui á la letra. Y es aquesto:

El Requirimiento que se mandó hacer á los Indios.

«De parte del muy alto é muy poderoso é muy cathólico defensor de la Iglesia, siempre vencedor y nunca vencido, el grand Rey don Fernando [quinto de tal nombre], Rey de las Españas, de las Dos Cecilias, é de Hierusalem, é de las Indias, islas y Tierra-Firme del mar

1 Andagoya, 394.
2 Oviedo, III, 84.[2]
3 Idem, III, 86.[1 y 2]

Océano, etc., domador de las gentes bárbaras; é de la muy alta é muy poderosa señora la Reyna doña Johana, su muy cara é muy amada hija, nuestros señores: Yo Pedrarias Dávila, su criado, mensagero é capitan, vos notifico é hago saber, como mejor puedo, que Dios Nuestro Señor, uno é trino crió (el mundo, del cual dió cargo á San Pedro, fundador de la Santa Sede, y que uno de los sucesores de este donó las Indias á los monarcas de España)......

«Por ende, como mejor puedo, vos ruego é requiero que entendais bien esto que vos he dicho, é tomés para entenderlo é deliberar sobre ello el tiempo que fuere justo; é reconozcays á la Iglesia por señora é superiora del universso, é al Sumo Pontífice, llamado Papa, en su nombre; é al Rey é la Reyna en su lugar, como á señores é superiores é Reyes destas islas é Tierra-Firme, por virtud de la dicha donacion.........

«Si no lo hiciéredes, y en ello maliciosamente dilacion pussiéredes, certificóos que *con el ayuda de Dios yo entraré poderosamente contra vosotros, é vos haré guerra por todas las partes é maneras que yo pudiere*, é vos subjectaré al yugo é obidiencia de la Iglesia é á Sus Alteças, é tomaré vuestras personas é de vuestras mugeres é hijos, é los haré esclavos, é como tales los venderé, é disporné dellos como Sus Alteças mandaren; é vos tomaré vuestros bienes, é vos haré todos los males é daños que pudiere, como á vassallos que no obedescen ni quieren rescebir su señor, é le resisten é contradicen. É protesto que las muertes é daños que dello se recrescieren, sean á vuestra culpa, é no á la de Sus Alteças, ni mia, ni destos caballeros que conmigo vinieron. É de como lo digo é requiero pido al pressente escribano me lo dé por testimonio signado.—Episcopus Palentinus, comes.—F. Bernardus, Trinopolitanus episcopus.—F. Thomas de Matienzo.—F. Al. Bustillo, magister.—Licenciatus de Sanctiago.—El Doctor Palacios Rubios.—Licenciatus de Sosa.—Gregorius, licenciatus.»"[1]

Volvamos á Juan de Ayora y á sus acompañantes mandados por Pedrarias á recorrer la tierra, esto es, á *destruirla*, según nos indicó ya Oviedo, ó "á renchar, ó por decirlo mas claro, á robar lo que pudiesen hallar," como dice Cieza de León refiriéndose á otros españoles venidos á América;[2] "fueron parte del camino la costa abaxo al Ocidente hasta el puerto de Sancta Cruz.... É hizo allí un pueblo, en que dejó hasta ochen-

1 Oviedo, III, 27-9.
2 368².

ta hombres..... passó adelante, y dexó poblando en la provincia de Tamao al capitan Fernand Perez de Meneses, é haciendo un pueblo: é fué parte de la gente con el capitan Francisco Dávila á la costa de Panamá de la banda del Sur; pero muy poco vido de la mar austral, é por otros caciques de aquellas comarcas se despareció toda la gente.

"En este camino Johan de Ayora, no solamente dexó de hacer los requirimientos é amonestaciones, que se debian hacer á los indios, antes de les mover la guerra; pero salteábanlos de noche, é á los caciques é indios principales atormentábanlos, pidiéndoles oro, é unos assaban, é otros hacian comer vivos de perros, é otros colgaban, é en otros se hicieron nuevas formas de tormentos, demas de les tomar las mugeres é las hijas, é hacerlos esclavos é prissioneros, é repartirlos entre sí, segund é de la manera que á Johan de Ayora le paresció é á cada uno de los otros capitanes, por donde anduvieron.

"É en esta caça ó monteria infernal se detuvo esta gente algunos meses."[1]

"É es verdad que los indios que en aquella saçon avia en aquella gobernacion, passaban de dos millones, ó eran incontables; é avia de paces muchos caciques é otros neutrales y en dispusicion é aparejo grande de servir é ser amigos de los chripstianos é venir á la obidiencia."[2]

Mas ni esta consideración ni otra alguna podían atemperar la codicia y crueldad extremas de los españoles. Todos los indígenas, tanto los de paz como los de guerra, fueron tratados de manera igual. El cacique Ponca se había entregado voluntariamente á Vasco Núñez, quien "le aseguró, que nunca le vendria daño, i el Ponca le dió la Gente, que le acompañó al descubrimiento de la Mar del Sur. Ponca, como estaba seguro, salió á recibir á Juan de Ayora, de paz. Lo primero que hiço, fue tomarle, contra su voluntad, el Oro que pudo hallar, escudriñandole su Casa, i diciendole con risa, que de los Amigos se avia de aiudar. De alli fue á Comagre, que tan buen recibimiento hiço á Vasco Nuñez, i fue el primero que dió las Nuevas de la Mar del Sur: i siendo avisado, que iba, saliόle á recibir con vn buen Presente de Joias de Oro, i Comida: i llegado á su Casa, hiço á todos, quantos servicios pudo; pero ni estas buenas obras, ni las que de él havia recibido de Vasco Nuñez, bastaron para que no le tomase por fuerça sus propias Mugeres.

1 Oviedo, III, 87[1].
2 Idem, III, 88[1].

Lo mismo hiço con Pocorósa: el qual, siendo avisado de lo que Juan de Ayora iba haciendo, se salvó en los Bosques: i lo que peor fue, que pensando aplacarle, para que le bolviese las Mugeres, i por miedo, que buscandole, caeria en sus manos, se fué con buena fé á él, con vn Presente de Oro, de quanto pudo allegar: pero nada le aprovechó, porque le llevó preso á la Tierra de Tubanamá, diciendo, que con la prision de aquel, amedrentaria á los otros Señores. Halló á Tubanamá seguro en su casa, como havia prometido á Vasco Nuñez, que lo estaria, i que siempre le havian de hallar asi. Recibió á Juan de Ayora con mucha alegria, dióles á todos de comer, i hiçoles servir con toda su posibilidad, i dióle vn Presente de Oro de buena cantidad: en pago de lo qual le tomó toda la Gente que pudo, por Esclavos, i lo demás que en su Casa halló.

"Escapóse de él Tubanamá, viendo sus obras, lo mejor que pudo, i puesto en desesperacion, fuese apellidando su Tierra, i sus Vecinos, i con la mas Gente que recogió, fue sobre Juan de Ayora, con gran furia, por la otra parte del Rio: i aunque desnudos los indios, hecharon vna nubada de Flechas sobre los Castellanos, porque si las armas les aiudáran, mucho tuvieran que hacer con ellos, pues el animo, i menosprecio de la muerte, nunca les faltó. Juan de Ayora se vió bien apretado, i con miedo."[1]

Á causa de este ataque, regresaron los cristianos al Darien, donde á pesar de que hubo muchas quejas en contra de ellos, "cómo daban partes é presentaban indios al gobernador é obispo (fray Juan de Quevedo) é officiales, todos eran absueltos; y estaba esto en tanta costumbre, que quassi por ley lo tenian todos los capitanes. É desta causa, é por el interesse destas partes, que se daban á los gobernadores é obispo é officiales en los indios, y al gobernador en los indios y en el oro de cada entrada, y en llevarles sus moços y negros y perros, y darles las mejores partes en los repartimientos de los indios que se tomaban, continuaron á enviar capitanes á unas parles é á otras de la tierra, é dábanles el requirimiento quel Rey mandó que se hiciesse á los indios, y con él una instrucion bien ordenada. É yban por tiempo limitado á la provincia ó parte que los enviaban; y quando tornaban, cargados de oro y de indios que avian tomado para esclavos, daban al gobernador dos partes en todo, é los offciales avian sendas en los indios."[2]

1 Herrera, I, 290[1 y 2].
2 Oviedo, III, 40-1.

Según Pascual de Andagoya, "Los capitanes repartian los indios que tomaban entre los soldados, y el oro llevaban al Darien: junto y fundido daban á cada uno su parte, y á los oficiales y obispo que tenian voto en la gobernacion, y al gobernador les llevaban sus partes de los indios que les cabia, y como proveian por capitanes por el favor de los que gobernaban, deudos ó amigos suyos, aunque hubiesen hecho muchos males, nenguno era castigado; y desta manera cupo este daño á la tierra hasta mas de cien leguas del Darien. Todas estas gentes que se traian, que fué mucha cantidad, llegados al Darien los echaban á las minas de oro, que habia en la tierra buenas, y como venian del tan luengo camino trabajados y quebrantados de tan grandes cargas que traian, y la tierra era diferente de la suya, y no sana, murianse todos: en todas estas jornadas nunca procuraron hacer ajustes de paz, ni de poblar, solamente era traer indios y oro al Darien, y acabarse allí."[1]

Sugiere cabal idea de la gobernación de Pedrarias la carta que escribió á su magestad el licenciado Antonio de la Gama, quien entre otras cosas decía: "Pedrárias dexó toda la tierra destruida e despoblada, e viendose oy dia (hacia 1529) que non ay ombre en quatruscientas leguas."[2] El cronista mayor Antonio de Herrera, que ocultó tantas atrocidades cometidas por sus compatriotas en las Indias, llegó también á manifestar: "paresce por los papeles reales que se dieron tanta priesa a matar, que desta manera fué la despoblacion, pues en una tal deshabytacion en tierra tan rica, claro esta que adonde non se trataba sinon de usar de fuego e yerro, que valdría la perdida más de seis millones......"

".....(Pedrarias) nin pobló nin fiszo predicar, nin convertir, sinon que todo fué abrasar, quemar, robar, fasciendo las mayores crueldades que xamás fueron vistas nin oidas, e consyntiendolo Pedrárias por las partes que llevava del oro e esclavos; e véase si se fallará xamás que por aber faltado la palabra e fe dada a los munchos caciques questaban de paz e confederados, e munchos baptizados, e Predrárias castigó á nadie, véase a quántos asaron e quemaron vivos, a quántos echaron á los perros bravos que los comiesen vivos, a quántos mataron porquestaban gordos para sacalles el unto para curar las llagas de los castellanos; e quántos degollaron quencadenados llevaban cargas porque se cansaban e por non quitalles las argollas; pues solo el Lyscencíndo Espinosa, Teniente de Pedrárias, que como se falla en los pape-

1 III, 396-97.
2 Docs. de América, XXXVII, 201.

les reales era el espíritu de Pedrárias e ambos el furor de Dios, mató en pocos dias, en una entrada, sobre quarenta mill ombres, e metió dos mill captivos en el Darien; e ay cartas de Su Maxestad que comprenden otros ynfinitos xéneros de crueldades nunca oidas nin vistas; e que lo consyntió Pedrárias, ay dello ynfinitos testigos e papeles reales....... pero ¿qué, son nescesarios testigos? Sinon la demostracion que abiendo fallado la tierra llena, la dexó vacía; que abiendola fallado poblada, la dexó despoblada. Sobresto fablan ynfinitos, que non tienen número, en diversas lenguas......

"E para que non se diga que (el mismo Herrera) a fecho la Hystoria con capítulos puestos contra Pedrárias, mostrará cinquenta e nueve Cédulas Reales, Ynformaciones, Relaciones e papeles reales, adonde se trataba de sus vycios, cobdycias, descuidos e maneras de proceder, de los quales otro Coronista obiera fablado con mas rigor."[1] Empero, todas esas cédulas, informaciones, relaciones y papeles reales, que "fascen fé, (según decía entonces el Colegio Hispano Boloniense)",[2] no fueron parte para que la monarquía española quitase la gobernación á Pedrarias; antes bien continuó dispensándole gracias y privilegios hasta su muerte, acaecida después de 16 años continuos de exterminadora devastación en las Indias. Porque ofrecía *grandes riquezas*, obtuvo del reino español en 1527 el título de gobernador de Nicaragua, á raíz de haber degollado á su teniente, Francisco Hernández de Córdova,[3] homónimo del descubridor de Yucatán, y años después de haber hecho cortar la cabeza á su yerno Vasco Núñez de Balboa y á otros cuatro españoles.[4] Á pesar de todo, aquel monstruo de inhumanidad no perdía nada de su influencia y poder cerca de los reyes: todavía al morir en 1531, fué "á tiempo que se le havia...... hecho Merced de la Vara de Alguacil Maior de Nicaragua, para sus Herederos."[5]

§ 8. Hernando de Magallanes.

El portugués Hernando de Magallanes, "tránsfuga de su Rey (como le llama Mártir)",[6] "havia servido en la India Oriental al Rei D. Manuel,

1 Docs. de América, XXXVII, 201–5.
2 Idem, XXXVII, 103.
3 Herrera, IV, 16^1.
4 Idem, II, 56^2.
5 Idem, IV, 200^1.
6 III, 310–11.

siendo Capitan General Alonso de Alburquerque, con qnien se halló en la presa de Malaca, dando de sí mui buenas muestras; i no pudiendo conseguir el premio de sus servicios, que pretendia, andaba con sentimiento del Rey, al qual dió á entender el disgusto quc tenia; i no pudiendo llevar en paciencia, que no se le hiciese la Merced que pedia, determinó de desnaturaliçarse del Reino: i tomandolo por fee de Escrivano, se vino á Castilla (hacia 1518) estando la Corte en Valladolid, i con él un Bachiller, que se decia Ruy Falero, que mostraba ser Gran Astrologo, i Cosmografo, de el qual afirmaban los Portugueses, que tenia vn Demonio familiar, i que de Astrologia no sabia nada. Estos ofrecieron mostrar, que las Islas de los Malucos, i las demás, de donde los Portugueses llevaban la Especeria, caían dentro de la Demarcacion de la Corona de Castilla, i que descubririan camino para ir á ellas, sin tocar en el que llevaban Portugueses á la India Oriental: i que este seria por cierto Estrecho de Mar, no conocido hasta entonces de ninguna Persona. Con esta novedad acudieron á Juan Rodriguez de Fonseca, Obispo de Burgos, que tenia á su cargo las cosas de las Indias. Y pareciendole que no era este ofrecimiento de tener en poco, los llevó al Gran Canciller, el qual informó al Rei, i á Mosiur de Gebres, de la pretension de los Portugueses. Traía Hernando de Magallanes vn Globo bien pintado, adonde se mostraba bien toda la Tierra, i en él señaló el camino, que pensaba llevar, i de industria dexó el Estrecho en blanco, porque no se lo pudiesen saltear. Huvo sobre esto muchos discursos, i demandas."[1]

Tras las dilaciones de costumbre, el 21 de marzo de 1519 celebró la Monarquía con Magallanes y Falero las capitulaciones respectivas, por cuanto éstos se obligaban á descubrir "ricas especerias (decían los reyes) y otras cosas de que seremos muy servidos, é estos Nuestros Reynos muy aprovechados."[2] Despachado Magallanes, "el día 20 de Septiembre del año 1519 se dió á la vela para el océano desde Barrameda, desembocadura del Guadalquivir, con cinco naves, que se les puso por nombre, á la capitana Trinidad, á las otras San Antonio, Victoria, Concepción y Santiago, en las cuales llevaba doscientos treinta y siete hombres."[3] En febrero del año siguiente, hacia "los 42°30′ descubrieron una gran Bahía que llamaron de S. Matías: por si daba pa-

1 Herrera, II, 52[1]y[2].
2 Docs. de América, XXII, 46-7.
3 Mártir, III, 312.

so al otro mar la reconocieron: tenia de giro 50 leguas sin fondo hasta su fin, y esto en 80 brazas. Saliendo de ella y prolongando la Costa llegaron á la de S. Julian (el 2 de marzo).

"En este Puerto trataron por primera vez con los Patagones, tomando algunos que despues murieron. Los Capitanes de las tres Naves se conjuraron contra el Almirante con quien ya habian tenido algunas reyertas durante el viage, porque determinado á invernar allí habia acortado la racion. No habiendo podido tranquilizarlos hizo justicia de ellos: sosegó á los demas, y pasado lo crudo del Invierno se echó mar afuera (24 de agosto)." [1]

Fué en ese puerto donde Magallanes, á "Juan Cartagena, familiar del obispo de Burgos......... y á un sacerdote (llamado Pedro Sánchez Reyna) con ocasión de asechanzas que urdían para matarle, les dejó en tierra con una alforja de galleta y una espada para cada uno." [2]

"Un recio temporal del E. hizo dar en la Costa á la Nave de Juan Serrano salvándose su gente y cargamento. Con las 4 restantes entró en un rio que llamó de Santa Cruz á 30 leguas de S. Julian donde se proveyeron de agua y leña; y esperando estacion mas benigna se detuvieron hasta 18 de Octubre.

"Vueltos al mar siguieron costeando, y el dia de las Once mil Virgenes descubrieron un Cabo al que pusieron este nombre. La Nao Victoria vió en sus inmediaciones una abertura, que despues averiguada era un Estrecho: llamaron algunos por esto de la Victoria. Mandóles Magallanes que lo reconociesen prometiendo esperar 5 dias á las Naves. Salieron todas al reconocimiento, y una de que era Capitan Alvaro Mesquita sobrino del General, se vió obligada á desembocar por causa del refluxo: su Tripulacion mal contenta aprisionó al Capitan é hizo rumbo á España. De las dos restantes, una le traxo la nueva, que solo habia descubierto una gran Babía rodeada de baxos y escollos; y la otra, que habiendo caminado tres dias sin embarazo, lo alto de las sierras de uno y otro lado, el excesivo fondo y sus observaciones sobre las mareas la inclinaban á asegurar que aquel era un Estrecho por el que se comunicaban ambos mares.

"Con esta notícia despues de haber esperado muchos mas dias de los que señaló á la Nave de Mezquita y consultando con los Comandantes (el 6 de noviembre), embocó Magallanes con las tres restantes

1 Relación Magallanes, 189.
2 Mártir, III, 817.

el Estrecho de su nombre, y sin haber visto natural alguno ni mas que unos fuegos de una y otra banda, desembocó al otro mar al Cabo de 22 dias.

"Ya en el Pacífico [que así denominaron á aquella parte del mar del S. porque el tiempo constantemente favorable les dexaba hacer cingladuras de hasta 70 leguas] hicieron rumbo al N.O. y estando en 16°15′ S. vieron una Isleta aunque frondosa deshabitada, en la que no hallaron fondo. Nombrarónla San Pablo. En 11°15′ hallaron otra que por los muchos que mataron llamaron de los Taburones. El 13 de Febrero cortaron la equinocial, y en los 13° N. vieron otras Islas pobladas de unos Indios tan inclinados á robar quanto podian, que por eso llamaron de los Ladrones. Aquí socorrieron su extremada necesidad de víveres, y continuando el rumbo dado descubrieron un Archipiélago, que denominaron de S. Lázaro, cuyo grupo de Islas corre O.N.O. E.S.E.

"Navegaron entre ellas llevando Indios en Canoas por Prácticos: formaron alianzas con muchos de sus Régulos: abrazaron algunos la Religion Christiana y prestaron obediencia al Emperador." [1]

Encontrándose Magallanes en la isla de Cebu perteneciente al archipiélago filipino, del grupo de las Viscayas, y cuyo rey había recibido amigablemente al descubridor portugués, "pasó (éste) á la isla (cercana) de Matam (Maetán), llamada así por el pueblo Matam, que está á la vista y dista sólo cuatro leguas. Se propuso persuadir por medio de intérpretes al rey de Matam que consintiera en someterse al gran rey de España y al de Zebú, y en pagar tributos. El respondió que al gran rey de España sí, pero al de Zebú que no. Magallanes saqueó y quemó del todo un pueblo vecino á la capital, de unas cincuenta casas, y se volvió á Zebú con la presa, cosas de comer, de que había alguna escasez en Zebú, y alhajas varias......

"A los ocho días volvió Magallanes, dejando igualmente las naves. Intentó atacar la propia capital de Matam. La intimación de Magallanes, ido allí con mala estrella, fué rechazada por el régulo, que salió armado con su gente:" [2] "de ambas partes trabada la batalla, se combatieron valerosamente; pero los nuestros fueron superados á causa del grand número de los contrarios é porque sus astas é lanças, que usan, son muy mas luengas que las nuestras. Y en fin, el capitan Ma-

1 Relación Magallanes, 189-92.
2 Mártir, III, 326-27.

gallanes fué passado con una asta de una parte á otra." [1] "De este modo (dice Mártir), el buen portugués Magallanes concluyó con su codicia de aromas." [2]

CAPITULO II.

CONQUISTA DE MEXICO.

PARTE PRIMERA.

Descubridores primitivos.

§ 1. Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero.

Dice Landa: "los primeros Españoles que aportaron a Yucatan..... fueron Geronimo do Aguilar natural de Ecija y sus compañeros; los quales el año de MDXI, en el desbarato del Darien por las rebueltas entre Diego de Nicueza, y Vasco Nuñez de Balboa, siguieron a Valdivia que venia en una caravela a Santo-Domingo, a dar cuenta al almirante y al governador de lo que passava, y a traer XX mil ducados del rey, y que esta caravela llegando a Jamaica dieron en los baxos que llaman Viboras donde se perdio que no escaparon mas de hasta XX hombres que con Valdivia entraron en el batel sin velas, y con unos ruynes remos y sin mantenimiento ninguno, y que anduvieron XIII dias por la mar; despues de muertos de hambre casí la mitad llegaron a la costa de Yucatan a una provincia que llamavan de la Maya, de la qual la lengua de Yucatan se llama Mayathan que quiere dezir lengua de Maya." [3]

Aprehendidos allí los cristianos por "el Cacique Kinich en el pueblo y costa de Çama," [4] escapáronse á poco casi todos y "aportaron a otro señor enemigo del primero, y mas piadoso, el qual se sirvio dellos como de esclavos, y que el que succedio a este señor los trato con buena gracia; pero que ellos de dolencia se murieron quedando solos dos Geronimo de Aguilar y Gonçalo Guerrero, de los quales Aguilar era buen christiano y tenia unas horas por las quales sabia las fiestas, y

1 Oviedo, II, 14-5.
2 III, 327.
3 12-14.
4 Sánchez de Aguilar, 95.

que este se salvo con la ída del marques Hernando Cortes..... y que el Guerrero como entendia la lengua se fue a Chectemal, que es la Salamanca de Yucatan y que alli le recibio un señor llamado Nachancan, el qual le dio a cargo las cosas de la guerra en que se uvo muy bien, venciendo muchas vezes los enemigos de su señor, y que enseño a los indios pelear mostrandoles hazer fuertes y bastiones, y que con esto y con tratarse como indio gano mucha reputación y le casaron con una muy principal muger en que uvo hijos, y que por esto nunca procuro salvarse como hizo Aguilar, antes labrava su cuerpo y criava cabello, y harpava las orejas para traer çarcillos como los indios y es creible que fue idolatra como ellos."[1]

Como se vé, desde 1511 arribaron los españoles al territorio que hoy forma la República Mexicana.

Refiriéndose Gomara á la conquista de Yucatán emprendida años después por Francisco de Montejo, dice que Gonzalo Guerrero "habia mas de veinte años que estaba casado allí (en Chectemal) con una india, y traia hendidas las orejas, corona y trenza de cabellos, como los naturales."[2]

Otro tanto indica Paulo Galucio en su curiosa obra.[3]

§ 2. Diego de Velázquez.

Diego de Velázquez, "Criado del Adelantado D. Bartolomé Colón,"[4] vino á las Indias con el Admirante en el segundo viaje que hizo éste en 1493.[5]

Sirvió bien á Ovando en las guerras contra los indígenas,[6] y continúo prestando importantes servicios á don Diego Colón, pues como dice Oviedo: "aqueste Diego Velazquez fue el que començó á poblar é conquistar la..... isla (de Cuba) é dió principio á la fundacion de la cibdad de Sanctiago é á otras villas."[7]

No hay para que agregar que conquistaba Velázquez, según la usanza española, esto es, quemando á los caciques y allanando las provincias.[8]

1 Landa, 14-16.
2 186².
3 Folio 174 vta.
4 Herrera, I, 281².
5 Oviedo, I, 495-6.
6 Herrera, I, 153².
7 I, 496¹.
8 Herrera, I, 235¹.

Captóse aquel hombre la confianza de la Monarquía con alguna "cantidad de Oro,"[1] obteniendo repetidas mercedes reales: así, en abril de 1513 se le nombró "alcaide e tenedor de la fortaleza de la villa de la Asunción ques en la dicha isla de Cuba;"[2] al mes siguiente se le encomienda y comete el repartimiento de los indios de esta isla, nombrándole "repartidor dellos;"[3] dos años después se envía al licenciado Cristóbal Lebrón por juez de residencia de la isla Española, con encargo de que pasara también á la Fernandina (Cuba) á residenciar á Velázquez; mas casi en seguida se dicta una cédula en la que se previene á Lebrón: " no vayáis á tomar ni toméis residencia al dicho Diego Velázquez;"[4] por último, hacia 1517 se despachó nueva "Cedula, para que Diego Velazquez, sin dependencia de otro, fuese Governador de la Isla de Cuba."[5]

Á la sazón encontrábase Velázquez "muy rico..... É assi entró por su mano en Cuba, é quedóse por mantenedor con el officio aprobado por el Rey."[6]

§ 3. Francisco Hernández de Córdova.

Escribe Herrera: "por la fama que havia, que los Castellanos de Cuba estaban ricos, i bien acomodados..... llegaron á aquella Isla hasta cien hombres (venidos del Darien),"[7] los cuales, con licencia de Velázquez, arreglaron una expedición para "cautivar por fuerza ó por engaño á.... (los indígenas de las Lucayas ó Guanajas, adonde) pensaron ir los arriba dichos á invadir y robar."[8]

"Francisco Hernandez de Cordova, Hombre rico, i valeroso, i que tenia Indios, se ofreció de ir por Capitan de esta Gente; i havida la Licencia, i Instruccion de Diego Velazquez, compró para ello dos Navios, i vn Vergantin, i los proveió de vitualla. Embarcaronse ciento i diez Soldados, i los Pilotos Anton de Alaminos, Natural de Palos, Camacho, Vecino de Triana, i Juan Alvarez el Manquillo, de Huelva; i por Veedor, para tener cuenta con el quinto del Rei, Bernardino Nuñez, Natural de Santo Domingo de la Calçada. Salieron de Santiago de Cuba,

1 Idem, II, 17[1].
2 Docs. de Ultramar, I, 39.
3 Idem, I, 41.
4 Idem, I, 60.
5 Herrera, II, 51[2].
6 Oviedo, I, 496-97.
7 II, 47[1].
8 Vida de Hernán Cortés, 338.

i fueron á la Villa de San Christoval del Habana, i rogaron á Alonso Gonçalez, Clerigo, que se embarcase con ellos, por llevar algun Sacerdote, que les dixese Misa, i administrase los Sacramentos. A ocho de Febrero de este Año (1517), salieron del Habana, i á doce doblaron el Cabo de San Anton;" [1] "pasado veinte y un dias (dícenos Díaz del Castillo), que salimos de la isla de Cuba, vimos tierra, de que nos alegramos mucho, y dimos muchas gracias á Dios por ello; la cual tierra jamás se habia descubierto, ni habia noticia della hasta entonces." [2] Los naturales salieron á recibir de paz á los cristianos, "i vn Indio, que era el Cacique, decia á voces: Conex cotoche, que quiere decir, Andad acá á mis Casas: i por esto se puso á aquella Parte, Punta de Cotoche." [3] Desembarcados los españoles, tuvieron una refriega con los indígenas, en la que éstos hirieron á quince soldados "á la primera rociada de flechas...... acabado aquel rebato acordamos (habla Díaz del Castillo) de nos volver á embarcar, y seguir las costas adelante descubriendo hácia donde se pone el sol; y después de curados los heridos, comenzamos á dar velas." [4]

Acerca del nombre con que llamaron los cristianos á las nuevas tierras, discurre así el P. López Cogulludo: "cuando los españoles llegaron á esta tierra, de necesidad como cosa hasta entónces no sabida, habian de preguntar á los indios que tierra era, como se llamaba, que gente era y á quien estaban sujetos? Cualquiera de estas cosas, ó otra que á los indios hablasen, como era en lenguaje castellano, tan estraño á sus oidos, no la entendieron, y naturalmente la primera respuesta parece seria decir, que no los entendian. Esto dicen los indios con estas palabras: Matan cubi athán, ó con estas: Matan cauyi athán, que es no entiendo tus palabras. Como los españoles oirian ó atenderian mas á lo último, Cubi athán ó Cauyi athán, entendieron Yucatan, pues el sonido diferencia tan poco, y mas la primera vez que oyeron hablar á los indios;" [5] "también podría creerse (añade Ancona), que los indios, al oir en boca de Córdova un lenguaje tan extraño para ellos, se hubiesen dicho los unos á los otros *uy u than* [oye ese lenguaje], frase cuyo sonido se aproxima más al de Yucatán que cualquiera otra de las ya mencionadas." [6]

1 Herrera, II, 47.[2]
2 2.[1]
3 Herrera, II, 47.[2]
4 2–3.
5 I, 65–6.
6 I, 229.

Llegados Hernández de Córdova y los suyos á Campeche, los naturales "hiciéronles fiesta, mostrando placer de los ver, é truxéronles de comer muchas é muy buenas aves, que son no menores que pavos é no de menos buen sabor, y otras aves, assi como codornices, é tórtolas, é ánades, é ánsares, é ciervos, é liebres, é otros animales."[1]

Mas como los cristianos llegaron hasta los templos y seguramente *rencharon* ó robaron, costumbre común á todos ellos, ó bien trataron de cautivar indios, objeto de la expedición, los sacerdotes del lugar, para poner coto á tales desmanes, dijeron entonces por señas á los intrusos, escribe Díaz del Castillo: "que nos vamos de sus tierras antes que á aquella leña que tienen llegada se ponga fuego y se acabe de arder, sino que nos darán guerra y nos matarán. Y luego mandaron poner fuego á los carrizos y comenzó de arder, y se fueron los papas callando sin mas nos hablar, y los que estaban apercebidos en los escuadrones empezaron á silbar y á tañer sus bocinas y atabalejos. Y desque los vimos de aquel arte y muy bravosos, y de lo de la Punta de Cotoche aun no teniamos sanas las heridas, y se habian muerto dos soldados, que echamos al mar, y vimos grandes escuadrones de indios sobre nosotros, tuvimos temor, y acordamos con buen concierto de irnos á la costa; y así, comenzamos á caminar por la playa adelante hasta llegar enfrente de un peñol que está en la mar...... comenzamos á navegar seis dias con sus noches con buen tiempo, y volvió un norte, que es travesía en aquella costa, el cual duró cuatro dias con sus noches, que estuvimos para dar al través...... yendo...... adelante vimos desde los navíos un pueblo, y antes de obra de una legua dél hacia una ensenada, que parecia que habria rio ó arroyo........ Salimos en tierra poco mas de mediodía, y habria una legua desde el pueblo hasta donde desembarcamos, y estaban unos pozos y maizales, y caserías de cal y canto. Llámase este pueblo Potonchan, é henchimos nuestas pipas de agua; mas no las pudimos llevar ni meter en los bateles;"[2] porque "estando para volverse, descubrieron Gente de Guerra bien ordenada, i armada, como la demás, que havian visto, que de el Pueblo salia á ellos. Preguntaron, que si iban de donde salia el Sol? Respondieron que si: i con esto se retiraron [porque era casi noche] á ciertas Casas, i los Castellanos, por la misma causa, acordaron de quedarse alli....... Amaneció, i vieron, que los Esquadrones de el Dia antes, se juntaron

1 Oviedo, I, 497.
2 3-4.

con otros, que haviendolos rodeado, les dieron vna gran rociada de Flechas, Piedras con Hondas, i Varas arrojadiças con tiraderas."[1]

"Los indios se maravillaron del fuego y humo, y se atordecieron algo del tronido, mas no huyeron; antes arremetieron con gentil denuedo y concierto,"[2] de tal suerte, "que hirieron sobre ochenta de nuestros soldados (manifiesta Díaz del Castillo), y se juntaron con nosotros pié con pié, unos con lanzas, y otros flechando, y otros con espadas de navajas, de arte, que nos traian á mal andar......... viendo que no teniamos fuerzas, acordamos con corazones muy fuertes romper por medio de sus batallones, y acogernos á los bateles que teniamos en la costa, que fué buen socorro, y hechos todos nosotros un escuadron, rompimos por ellos...... al embarcar hirieron muchos de nuestros soldados, en especial á los que iban asidos en las popas de los bateles, y les tiraban al terrero, y entraron en la mar con las lanchas y daban á mantiniente á nuestros soldados, y con mucho trabajo quiso Dios que escapamos con las vidas de poder de aquella gente. Pues ya embarcados en los navíos, hallamos que faltaban cincuenta y siete compañeros, con los dos que llevaron vivos, y con cinco que echamos en la mar, que murieron de las heridas y de la gran sed que pasaron...... Llámase este pueblo Potonchan, y en las cartas del marear le pusieron por nombre los pilotos y marineros Bahía de mala Pelea."[3]

Díaz del Castillo confunde, quizá no sin dañada intención, el nombre del pueblo campechano donde fué destrozado Hernández de Córdova, con el de otro pueblo situado en Tabasco, de índole más sosegada. Lo que sorprende es que no hayan descubierto esta confusión los historiadores posteriores, ni aun los nuestros propios de mayor nota, como Orozco y Berra,[4] y Chavero,[5] no obstante que ya desde principios del siglo XVI distinguía Mártir ambos pueblos.[6] El primero de éstos, donde los españoles venidos á México sufrieron un indeleble bautismo de sangre, era "Champotón, pueblo muy grande, cuyo señor se llamaba Mochocoboc, hombre guerrero y esforzado:"[7] quedaba situado en el lugar que ocupa hoy el puerto del mismo nombre; "Atraviesa á Yucatán (decía Herrera), de esquina á esquina, vna Sierra pequeña, que comiença

1 Herrera, II, 48–9.
2 Gomara, 186.[1]
3 4–5.
4 IV, 22.
5 825.[1]
6 III, 18 y 35.
7 Gomara, 186.[1]

cerca de Champotón, i sigue hasta la Villa de Salamanca, que es el Cornijal contrario al asiento de Champotón."[1] Por lo que hace á Potonchán, existía, según el propio autor, sobre un brazo del río de Grijalva, cerca del mar; su tierra era "estéril..... por estár fundado sobre Arena, i Cienagas....... en altura de diez i siete Grados i medio;"[2] hacia 1579 no quedaba de Potonchán sino "un poblezuelo que se dize tabasquillo....... de quinze vezinos poco mas o menos."[3]

Después que Hernández de Córdova y sus soldados sufrieron en Champotón su tremenda derrota, "se tornaron...... (escribe Oviedo) de aquella tierra á la isla Fernandina, de donde avian salido; é aqueste fué el principio de se descobrir la Nueva España,[4]

Más adelante nos hace saber el propio Oviedo, de manera expresa, el carácter netamente casual del descubrimiento de Yucatán; dice así: "Yendo (Hernández de Córdova y Alaminos) á rescatar ó saltear indios á las islas de los Lucayos, para traerlos á vender á la isla de Cuba, alias Fernandina, fueron transportados...... por fuerça de los tiempos que se les opusieron, hasta tanto que la fortuna, *contra su voluntad*, los aportó á vista de Yucatan, donde tomaron tierra."[5]

Llegado Hernández de Córdova á la Habana, bastante enfermo de varias heridas que había recibido en Champotón, escribió desde allí á Velázquez "avisandole, de su navegacion y descubrimiento, en el qual havian hallado Gentes vestidas, i grandes Poblaciones, i Edificios de Cal i Cantó: cosa hasta entonces nunca vista en ninguna parte de lo descubierto...... i que si Dios le daba vida, en estando mejor le iria á vér; pero dentro de diez Dias murió."[6]

§ 4. Juan de Grijalva.

"Luego que Francisco Hernández de Córdoba llegó á Santiago con las nuevas de aquellas tan ricas tierras de Yucatan......... se acodició Diego Velazquez, gobernador de Cuba, á enviar allá tantos españoles que, resistiendo á los indios, rescatasen de aquel oro, plata y ropa que tenian. Armó cuatro carabelas y diólas á Juan de Grijalva, sobrino su-

1 IV, 48.[2]
2 III, 211.[1]
3 Docs. de Ultramar, XI, 346.
4 I, 498.[2]
5 III, 258.[1]
6 Herrera, II, 50.[2]

yo, el cual metió en ellas docientos españoles."[1] "Sábado, primer dia del mes de Mayo del dicho año [1518] (dícenos el clérigo Juan Díaz, capellán de la armada) el dicho capitan....... salió de la isla Fernandina [Cuba], de donde emprendió la marcha para seguir su viaje; y el lúnes siguiente, que se contaron tres dias de...... Mayo, vimos tierra (la isla de Cozumel)."[2] El jueves 6, desembarcado allí Grijalva, hizo que en un templo indígena dijera misa el capellán que llevaba. Al día inmediato tornó á los navios y arribó á tierras de Yucatán, pero tuvo que regresar el domingo 9 á Cozumel por falta de agua.[3] El trece de mayo "llegó el armada á una bahía de la costa de Yucatan, é parescia á la vista remate ó punta de la tierra, é entraba entre unos baxos é isleos...... A esta ensenada puso nombre el capitan la Bahía de la Ascension, porque aquel dia era su fiesta."[4] Pasó Grijalva adelante en busca del pueblo de Lázaro (Campeche), pero hasta el "martes veynte é cinco de mayo........ al tiempo quel sol se entraba, llegaron á surgir junto al pueblo."[5]

Bajados á tierra los españoles en aquel lugar, fueron intimados por los naturales para que luego se fuesen; Grijalva contestó, dice Juan Díaz, "que á otro dia nos iriamos, y que no queriamos guerra, y así nos quedamos.......... (Mas como no se cumpliera el ofrecimiento, vinieron los indios al real español el jueves 27) á decirnos que nos fuésemos; y al punto pusieron en medio del campo un tiesto con cierto sahumerio, diciéndonos que nos fuéramos antes que aquel sahumerio se consumiese, que de no hacerlo así nos darian guerra."[6] Admira con razón Oviedo la conducta de los naturales de Campeche que "ya que con buenas palabras é por la industria del capitan esperaron á que los chripstianos tomassen el agua, prometiéndoles que otro dia luego siguiente se yrian, é que tomada é llegado otro dia, lo diferian para la tarde, usaron del remedio de las armas para no sufrir contra su voluntad los huéspedes que no conoscian é á ellos era tan nueva manera de hombres."[7] En efecto, concluído el sahumerio, rompieron el ataque los indígenas matando "a Juan de Quiteria y á otros dos soldados (escribe Díaz del Castillo), y al capitan Juan de Grijalva le dieron tres

1 Gomara, 183.[2]
2 281.
3 J. Díaz, 288.
4 Oviedo, I, 509.[2]
5 Idem, I, 510.[2]
6 291.
7 I, 515.[2]

flechazos y aun le quebraron con un cobaco dos dientes........ é hirieron sobre sesenta de los nuestros."[1]

Siguiendo su ruta hacia el poniente los españoles, pasaron frente á Champotón, pero no se atrevieron á desembarcar, temerosos de sufrir una derrota igual á la que ya había sufrido allí Hernández de Córdova. "Desde las naves vimos las casas de piedra, y en la orilla del mar una torre blanca en la que el capitan no nos dejó desembarcar (dícenos contrariado el capellán Juan Díaz)."[2]

El 31 de mayo arribó Grijalva á "un puerto muy bueno, que llamamos Puerto Deseado, porque hasta entonces no habiamos hallado ninguno;"[3] "tan gran boca tenia, que decia el piloto Anton de Alamínos que era isla y partian términos con la tierra, y á esta causa le pusimos nombre Boca de Términos, y así está en las cartas de marear."[4]

Navegando más hacia el poniente, "el lunes adelante, siete de junio, se vido desde los navíos un rio grande que salia de la tierra y entraba en la mar, á par del qual paresció mucha gente de indios, y passaron los navíos adelante, y llegaron á otro rio mayor mucho, y surgieron quassi á la boca, y no pudieron entrar en él por la mucha corriente que traia."[5] "Aqueste rio se llama de Tabasco porque el cacique de aquel pueblo se llamaba Tabasco; y como le descubrimos deste viaje, y el Juan de Grijalva fué el descubridor, se nombra rio de Grijalva."[6] Aquí los naturales obsequiaron á los españoles con cuantas cosas tenían, inclusive varias de oro, "é dijeron que recibiésemos aquello de buena voluntad, é que no tienen mas oro que nos dar; que adelante, hácia donde se pone el sol, hay mucho; y decian Culba, Culba, Méjico, Méjico; y nosotros no sabiamos qué cosa era Culba, ni aun Méjico tampoco."[7] Recibido el presente, tornaron á sus navíos los españoles, pasando sucesivamente por Aguayaluco, río de Tonalá, río de Coatzacoalco y rio de Papaloapan, al que se puso "por nombre rio de Albarado, porque lo descubrió (Pedro de Alvarado, que también venía en la expedición)....... E luego navegamos con todos cuatro navíos en conserva, hasta que llegamos en paraje de otro rio, que le pusimos por nombre rio de Banderas, porque estaban en él muchos indios con

1 9.[2]
2 292.
3 J. Díaz, 292–93.
4 Díaz del Castillo, 9.[2]
5 Oviedo, I, 519.[1]
6 Díaz del Castillo, 10[1].
7 Idem, 10.[2]

lanzas grandes, y en cada lanza una bandera hecha de manta blanca, revolándolas y llamándonos."[1]

Aquellos indígenas eran súbditos de Motecuhzoma, emperador de México, quien "tuvo noticia de la primera vez que venimos con Francisco Hernandez de Córdoba, lo que nos acaesció en la batalla de Cotoche y en la de Champoton........ y supo que éramos nosotros pocos soldados y los de aquel pueblo muchos, é al fin entendió que nuestra demanda era buscar oro á trueque del rescate que traiamos, é todo se lo habian llevado pintado en unos paños que hacen de nequien, que es como de lino; y como supo que íbamos costa á costa, hácia sus provincias, mandó á sus gobernadores que si por allí aportásemos que procurasen de trocar oro á nuestras cuentas, en especial á las verdes, que parecian á sus chalchihuites; y tambien lo mandó para saber é inquirir mas por entero de nuestras personas é qué era nuestro intento. *Y lo mas cierto era, segun entendimos, que dicen que sus antepasados les habian dicho que habian de venir gentes de hácia donde sale el sol, que los habian de señorear.* Agora sea por lo uno ó por lo otro, estaban en posta á vela indios del grande Montezuma en aquel rio que dicho tengo, con lanzas largas y en cada lanza una bandera, enarbolándola y llamándonos que fuésemos allí donde estaban.......... (Bajado á tierra Grijalva, luego pidió oro, por lo que, el súbdito principal de Motecuhzoma) mandó á sus indios, y que todos los pueblos comarcanos trujesen de las joyas que tenian á rescatar; y en seis dias que estuvimos allí trujeron mas de quince mil pesos en joyezuelas de oro bajo y de muchas hechuras........ (apenas) vió el General que no traian mas oro á rescatar, é habia seis dias que estábamos allí y los navíos corrian riesgo, por ser travesía el norte, nos mandó embarcar. E corriendo la costa adelante, vimos una isleta que bañaba la mar y tenia la arena blanca, y estaria, al parecer, obra de tres leguas de tierra, y pusímosle por nombre isla Blanca, y así está en las cartas del marear. Y no muy léjos desta isleta Blanca vimos otra isla, mayor, al parecer, que las demás, y estaria de tierra obra de legua y media, y allí enfrente della habia buen surgidero, y mandó el General que surgiésemos. Echados los bateles en el agua, fué el capitan Juan de Grijalva con muchos de nosotros los soldados á ver la isleta, y hallamos dos casas hechas de cal y canto y bien labradas, y cada casa con unas gradas por donde subian á unos como altares, y en aquellos altares tenian unos ídolos

1 Idem, 11.[1]

de malas figuras, que eran sus dioses, y allí estaban sacrificados de aquella noche cinco indios, y estaban abiertos por los pechos y cortados los brazos y los muslos, y las paredes llenas de sangre. De todo lo cual nos admiramos, y pusimos por nombre á esta isleta isla de Sacrificios. Y allí en frente de aquella isla saltamos todos en tierra, y en unos arenales grandes que allí hay, adonde hicimos ranchos y chozas con ramas y con las velas de los navíos. Habíanse allegado en aquella costa muchos indios que traian á rescatar oro hecho piecezuelas, como en el rio de Banderas, y segun después supimos, mandó el gran Montezuma que viniesen con ello, y los indios que lo traian, al parecer estaban temerosos, y era muy poco. Por manera que luego el capitan Juan de Grijalva mandó que los navíos alzasen las anclas y pusiesen velas, y fuésemos adelante á surgir enfrente de otra isleta que estaba obra de media legua de tierra.......... como nuestro capitan......... se llamaba Juan........ pusimos por nombre á aquella isleta San Juan de Ulúa."[1]

"E otro dia siguiente sábado, diez e nueve dias de junio de mill é quinientos é diez é ocho años, saltó en tierra el capitan general, Johan de Grijalva, con parte de la gente, é tomó la posession de aquella Tierra-Firme, é hizo sus autos de posession en forma, é tomó sus testimonios en la tierra que está enfrente de la isla é bahia de los Sacrificios, y puso nombre á aquella provincia Sanct Johan;"[2] "los indios le trajeron muchos ramos verdes para sentarse, y así todos incluso el capitan se sentaron; diéronle al punto unos cañutos con ciertos perfumes, semejantes al estoraque y al benjuí, y en seguida le dieron de comer mucho maiz molido...... de que hacen el pan, y tortas y pasteles de gallina muy bien hechos; y por ser viérnes no se comieron: luego trajeron muchas mantas de algodon muy bien pintadas de diversos colores."[3]

Muy agenos estaban los mexicanos generosos de que aquellos hombres blancos á quienes tanto obsequiaban habrían de destruirlos en breve de la manera más cruel é injusta; así que, "yban y venian muchos indios mostrando mucho regocijo é placer con los chripstianos, é parescia que muy sin temor ni recelo venian é se allegaban á nuestros españoles, como si de largo tiempo atrás se ovieran conversado, y assi con mucha risa é descuydo hablaban, é no acababan, señalando con

1 Idem, 11-2.
2 Oviedo, I, 524-25.
3 Docs. de México, I, 298-9.

los dedos y manos, como si fueran entendidos de los que los escuchaban y miraban.[1]

El jueves 24 de junio acordó Grijalva enviar "á la isla Fernandina al capitan Pedro de Alvarado, en...... (una carabela que había que reparar), é con él cinqüenta é tantas personas de aquella armada, assi de los que estaban enfermos, como de los que convenian para gobernar y llevar el navío."[2]

Llegado Alvarado á la isla de Cuba con el oro y demás objetos rescatados, "no hacia el Diego de Velazquez sino abrazallo, y en ocho dias tener gran regocijo y jugar cañas; y si mucha fama tenian de antes de ricas tierras, agora con este oro se sublimó en todas las islas y en Castilla."[3]

Á la vez que "el capitan Alvarado se hizo á la vela para la isla de Cuba, en este punto y hora el capitan Grijalva con el restante de la gente y tres navíos que le quedaban, se partió de alli é siguió la costa adelante hácia el Occidente, por se certificar si aquella era tierra firme."[4] "Al tiempo de partirnos (escribe el capellán Juan Díaz), los Indios nos abrazaban y lloraban por nosotros; y trajeron al capitan una India tan bien vestida, que de brocado no podria estar mas rica."[5]

Agrega el mismo clérigo Juan Díaz: "nos dirijimos...... hácia un lugar...... que llamamos Almería (Nauhtla);"[6] "yendo por nuestra navegacion vimos las sierras de Tusta...... é caminando mas adelante vimos muchas poblaciones, y estarian la tierra adentro dos ó tres leguas, y esto es ya en la provincia de Pánuco; é...... llegamos á un rio grande, que le pusimos por nombre rio de Canoas (Tanhuijo)...... é seguimos costa á costa hasta que llegamos á una punta muy grande (el Cabo Rojo); y era tan mala de doblar, y las corrientes muchas, que no podiamos ir adelante; y el piloto Anton de Alamínos dijo al General que no era bien navegar mas aquella derrota, é para ello se dieron muchas causas, y luego se tomó consejo de lo que se habia de hacer, y fué acordado que diésemos la vuelta á la isla de Cuba."[7]

Ya de regreso, surgieron el lunes 12 de julio en el río de Tonalá,[8]

1 Oviedo, I, 526[1].
2 Idem, 529[1].
3 Díaz del Castillo, 18[1].
4 Oviedo, I, 529[1].
5 300–1.
6 301.
7 Díaz del Castillo, 18[1 y 2]
8 Oviedo, I, 530[1].

donde rescataron algunos objetos valiosos. No satisfechos aún los españoles diéronse á buscar oro en las sepulturas, desenterrando tres cadáveres á los cuales quitaron algunas piezas de oro que tenían "é los tornaron á cubrir de arena. Pero de creer es (asienta Oviedo) que si tuvieran mas oro, que aunque mas hedieran no quedáran con ello, aunque se lo ovieran de sacar de los estómagos."[1]

Á causa de un recio temporal no llegaron á Champotón sino hasta el 1º de septiembre; los naturales "hacian grandes ademanes, mostrando que querian pelear."[2] Cuenta el capellán Juan Díaz que los españoles por su parte también "querian entrar á vengar la muerte de los cristianos dichos y quemar el pueblo; mas despues se acordó no entrar y nos embarcamos dirigiéndonos al otro pueblo de Lázaro donde salimos á tierra y tomamos agua, leña y mucho maiz...... con que hacen el pan, del cual hubimos bastante para todala travesía."[3]

Martes cinco de octubre desembarcó Grijalva en el puerto de Xaruco,[4] quedando "desfavorescido de Diego Velazquez é mal quisto con la gente que llevó, porque no avia poblado en la rica tierra que avia descubierto; á causa de lo qual desdeñado, se passó á la Tierra-Firme á la provincia de Nicaragua, donde en una nueva poblacion que hizo el capitan Benito Hurtado, que se llama Villahermosa, por mandado del gobernador Pedrarias Dávila, estando descuydados los nuevos pobladores, se alçaron los indios é mataron al capitan Hurtado é assi mismo á este capitan Johan de Grijalva."[5]

CAPÍTULO II.

CONQUISTA DE MEXICO.

PARTE SEGUNDA.

Hernán Cortés.

§ 1. Rasgos biográficos.

Nació Hernando Cortés el año de 1485 en Medellín, villa principal de Extremadura. De edad de catorce años le enviaron sus padres á

1 I, 582[2].
2 Oviedo, I, 584[2].
3 306.
4 Oviedo, I, 586[2].
5 Idem, I, 587.[2]

Salamanca, donde cursó "Gramatica Latina, con proposito de pasar al estudio de las Leies; pero sucediendole vnas quartanas, bolvió á su Tierra; i porque sus padres le conocieron inclinado á la Guerra, de buena gana le concedieron licencia, para que pasase á las Indias, á buscar el amparo del Governador Nicolás de Ovando."[1]

Que era muy pendenciero Cortés, lo afirma también Díaz del Castillo al manifestar: "Oí decir que cuando mancebo, en la isla Española fué algo travieso sobre mujeres, é que se acuchillaba algunas veces con hombres esforzados y diestros, y siempre salió con vitoria; y tenia una señal de cuchillada cerca de un bezo debajo, que si miraban bien en ello, se le parecia, mas cubríanselo las barbas; la cual señal le dieron cuando andaba en aquellas quistiones."[2]

"Vivia, pues, sin sosiego (Cortés) en el hogar paterno, revolviendo en su ánimo á qué pais iria. Fijóse por último en la resolucion de pasar á Indias, á cuya conquista y poblacion acudian entonces en tropel los Españoles incitados del cebo del mucho oro y plata que sin cesar se nos traia.[3]

Embarcóse en Sevilla hacia 1504 en un navío de Alonso Quintero, mercader, y tras una navegación penosa, arribó al puerto de Santo Domingo: "seria entonces Hernando Cortés de diez i nueve, ó veinte Años."[4]

"No estaba el Gobernador Ovando en la ciudad cuando llegó Cortés á Santo Domingo; mas un secretario suyo, que se llamaba Medina, lo hospedó, é informó del estado de la isla y de lo que debia hacer. Aconsejóle que avecindase allí, y que le darian una caballería, que es un solar para casa, y ciertas tierras para labrar. Cortés, que pensaba llegar y cargar de oro, tuvo en poco aquello, diciendo que mas queria ir á recoger oro."[5]

Asistió á la conquista de Cuba emprendida en 1511, pero nada satisfecho Velázquez de su comportamiento, "le hiço prender (en 1512), i le quiso ahorcar;"[6] no obstante, "á ruego de muchas Personas..... le perdonó: pero no le quiso recibir mas en su servicio; i asi anduvo algunos Meses tan humilde, que estimaba cualquier favor de los Criados de Diego Velazquez."[7]

1 Herrera, I, 165[1 y 2].
2 298[1].
3 Vida de Hernán Cortés, 311.
4 Herrera, I, 166[1].
5 Gomara, 297[1].
6 Herrera, I, 244[1].
7 Idem, I, 244[2].

Por aquel tiempo casó Cortés con doña Catalina Juárez, "aunque primero tuvo sobre ello algunas pendencias y estuvo preso; ca no la queria él por mujer, y ella le demandaba la palabra."[1]

Nacióle un hijo, acerca del cual dice Herrera: "no afirmo si en ella (doña Catalina) ó en otra (y agrega): Pidió á Diego Velazquez, que se lo sacase de Pila, i lo hiço. Y haviendo determinado de hacer Villas de Castellanos, repartió los Indios, i dió Vecindad, i buena parte de ellos, á Cortés, en la Villa, que despues se llamó Ciudad de Santiago, i le hiço Alcalde Ordinario, porque de esta condicion era Diego Velazquez, que todo lo perdonaba; i Cortés tampoco de su parte se descuidaba en agradarle, porque era astutisimo: de manera, que del todo tornó á ganar su voluntad.[2]

Fiel Cortés á sus tempranos propósitos de riqueza, "Sacó gran cantidad de oro con sus indios, y en breve llegó á ser rico, y puso dos mil castellanos en compañía de Andrés de Duero, que trataba."[3]

Poco después de casado Cortés, resolvió Velázquez enviarle á las tierras descubiertas por Hernández de Córdova y Grijalva, al frente de "otra armada muy mayor que las de antes, y para ello tenia ya diez navíos en el puerto de Santiago de Cuba; los cuatro dellos eran en los que volvimos (habla Díaz del Castillo) cuando lo de Juan de Grijalva, porque luego les hizo dar carena y adobar, y los otros seis recogieron de toda la isla, y los hizo proveer de bastimento.[4]

Habían hecho compañía con Cortés dos grandes privados de Velázquez, Andrés de Duero, secretario de éste, y Amador de Lares, contador de su magestad; los cuales dos privados fueron quienes obtuvieron la capitanía de la nueva armada para Cortés, concertando de antemano "que partirian entre todos tres la ganancia del oro y plata y joyas de la parte que le cupiese á Cortés; porque secretamente el Diego Velazquez enviaba á rescatar y no á poblar."[5]

"Nombrado Hernando Cortés por Capitan General [de que vnos se holgaban, i otros no] i dando priesa en su despacho, Diego Velazquez iba cada dia al Puerto, que estaba junto, i con él Cortés, i toda la Ciudad, á vér los Navios, i proveerlos: i vna vez iba delante vn Truan, llamado Francisquillo, que tenia Diego Velazquez, i bolviendose á él, dixo.....

1 Gomara, 297[2].
2 Herrera, I, 244[2].
3 Gomara, 297[2].
4 161[1].
5 Díaz del Castillo, 16.

Mira lo que haces, no aiamos de ir á montear á Cortés..... cuia profecia, escarvando en el alma de Diego Velazquez, i de sus Deudos, i Amigos, que hasta entonces no havian mucho mirado en ello, le hablaron de veras, i dixeron, que como no advertia en el ierro grande que hacia, en fiar en Cortés [á quien él, mejor que otro, conocia] Empresa de tan grande importancia, i en que tanto iba á su honra, i hacienda; i que era cosa cierta, que Hernando Cortés se le havia de alçar, segun sus astucias, acordandole lo que en Baracóa le vrdia, i otras cosas, quantas pudieron hallar para persuadirle. Diego Velazquez, volviendo sobre sí, i conociendo, que le decian lo que probablemente, i segun reglas de prudencia se podia presumir, determinó de quitarle el Cargo, i salir de aquel cuidado; i porque comunicaba las cosas de aquella armada con los Oficiales Reales, especialmente con el Contador Amador de Lares, se lo descubrió á Cortés..... (por lo que éste violentó su partida, embarcándose precipitadamente con su gente. Apareció á poco Velázquez en la playa y díjole): Pues como, Compadre, asi os vais? buena manera es esa de despediros de mi. Respondió Hernando Cortés: Señor: perdoneme V. m. porque estas cosas, i las semejantes, antes han de ser hechas, que pensadas: vea V. m. que me manda."[1]

Partió así Cortés "de Santiago de Barucoa á 18 de noviembre, con mas de trecientos españoles, en seis navíos;[2] "fuese al puerto de Macáca, quince Leguas, adonde havia cierta Hacienda del Rei, i en ocho Dias hiço hacer á los Indios mas de trecientas cargas de Pan de Caçabi, que cada vna pesa dos arrobas, i es comida de vn Mes para vna Persona: tomó Puercos, Aves, i todo el Bastimento que pudo, diciendo, que lo tomaba prestado, ó comprado, para pagarlo al Rei. De aqui se fue por la Costa de Cuba abaxo, i descubrió vn Navio de la Isla de Jamaica, cargado de Puercos, Tocinos, i Caçabi, que llevaban á vender á Cuba: i aunque pesó á su dueño, se lo llevó á la Villa de la Trinidad, que estaba en aquella Costa, docientas Leguas, i mas de la Ciudad, i Puerto de Santiago..... (donde) mandó poner su Estandarte delante de su Posada, i pregonar su Jornada, como se havia hecho en la Ciudad de Santiago, i entendió en buscar Armas, y parte por fuerça, parte de grado, tomó Bastimentos, i algunos Caballos..... despues se pasó á la Habana, i alli cargó de todo el Bastimento que pudo, pagandolo como pagaba lo otro;"[3] "allí en la Habana comenzó Cortés á poner casa y á tratarse como señor."[4]

1 Herrera, II, 79-80.
2 Gomara, 300².
3 Herrera, II, 80¹ʸ².
4 Díaz del Castillo, 20¹.

§ 2. Cozumel. Potonchán.

Alistada ya la expedición por Cortés, "como vió tiempo, hízose á la vela, habiendo primero oido misa y rogado á Dios le guiase aquella mañana, que fué á 18 del mes de hebrero del año de 1519 de la navidad de Jesucristo, redemptor del mundo;"[1] llevaba Cortés nueve navíos sin contar dos que se adelantaron y á los cuales alcanzó en Cozumel, lugar en el que, habiendo hecho alarde, "halló por su cuenta que éramos quinientos y ocho (dice Díaz del Castillo), sin maestres y pilotos é marineros, que serian ciento y nueve, y diez y seis caballos é yeguas, las yeguas todas eran de juego y de carrera, é once navíos grandes y pequeños, con uno que era como bergantin, que traia á cargo un Ginés Nortes, y eran treinta y dos ballesteros y trece escopeteros, que así se llamaban en aquel tiempo, é tiros de bronce é cuatro falconetes, é mucha pólvora é pelotas."[2] Antes nos hace saber dicho autor que "eran diez tiros de bronce."[3] "Habia tambien docientos isleños de Cuba para carga y servicio, ciertos negros y algunas indias."[4] Saavedra Guzmán habla igualmente de "dozientos amigos Indios."[5]

"Nombró (Cortés) por Capitan del Artilleria á Francisco de Orozco, que havia sido Soldado en Italia, i era Hombre de valor: hiço Piloto Maior á Anton de Alaminos, repartió la Gente en once Compañías, encargólas á los Capitanes Alonso Hernandez Puertocarrero, Alonso Davila, Diego de Ordás, Francisco de Montejo, Francisco de Morla, Francisco de Saucedo, Juan de Escalante, Juan Velazquez de Leon, Christoval de Olid, i Pedro de Alvarado, i otra tomó para sí; i cada Capitan se embarcó en vn Navio, para serlo de Mar, i Tierra."[6] Sabido es que formó parte de esta expedición el soldado Bernal Díaz del Castillo, que asimismo había acompañado á Hernández de Córdova y á Grijalva.

Jerónimo de Aguilar, de quien hablamos en el § 1 de la primera parte de este capítulo, vino á Cozumel á reunirse con sus compatriotas; conocedor ya de las lenguas indígenas, sirvió desde entonces á Cortés co-

1 Gomara, 302[1].
2 21-2.
3 20[1].
4 Gomara, 301[1].
5 42.
6 Herrera, II, 95[1].

mo intérprete. Por lo que concierne á Gonzalo Guerrero, refiere Díaz del Castillo que cuando Aguilar le invitó para que se fuese también con Cortés, "por mas que le dijo é amonestó, no quiso venir;"[1] era que Guerrero amaba mucho á su mujer indígena y á los tres hijos que en ella había tenido para entonces.[2] Fueron aquéllos los primeros miembros de la nueva raza hispano-mexicana.

"En 4 días del mes de marzo de 1519 años, habiendo tan buen suceso en llevar tan buena lengua y fiel, mandó Cortés que nos embarcásemos segun y de la manera que habiamos venido antes que arribásemos á Cozumel.[3]

Hase ponderado mucho el valor de Cortés; extráñanos, sin embargo, que al pasar frente á Champotón, no se detuviera allí para vengar la muerte de sus compatriotas, los compañeros de Hernández de Córdoba; siguió directamente hasta Potonchán, "adonde el Cacique havia vestido de pies á cabeça de Oro, á Grijalva."[4] La elección no era dudosa.

Llegó Cortés á Potonchán el 12 de marzo; aunque los naturales, según cuentan los cronistas españoles, no se mostraron dispuestos á recibir en su pueblo á Cortés, "trajeron en cinco ó seis barquillos pan, fruta y ocho gallipavos, y diéronselo todo dado."[5] "Hernando Cortés les dixo, que tenia mucha Gente, i que aquello no bastaba; respondieron, que esperasen hasta otro dia, pues era tarde, i que bolverian con mas comida."[6] Aparentó conformarse Cortés, pero en su espíritu falso y criminal tramaba ya una celada para destrozar á los indígenas. Así que, idos éstos, mandó á Ávila y á Alvarado que se emboscasen con trescientos hombres, y salieran á una señal convenida. Al amanecer, volvieron los indios con más bastimentos y rogaron mucho á los españoles "tomasen aquello y se tornasen á la mar, y no curasen de desasosegar la gente de la tierra ni alborotalla mas...... (Cortés pidió todavía más vituallas y aun amenazó seriamente á los naturales, de lo cual éstos) se rieron mucho y mofando se fueron al lugar á contar las soberbias y locuras que les parescia haber oido. En yéndose los indios, comieron los españoles, y dende á poco se armaron y se metieron en

1 22².
2 Gomara, 304²
3 Díaz del Castillo, 24²,
4 Herrera, II, 105¹.
5 Gomara, 306².
6 Herrera, II, 105².

las barcas y bergantines, y aguardaron así á ver si los indios tornaban con alguna buena respuesta; pero como declinaba ya el sol y no venian, avisó Cortés á los españoles, que estaban puestos en celada, y él embrazó su rodela; y llamando á Dios y á Santiago y á San Pedro, su abogado, arremetió al lugar con los españoles que allí estaban, que serian obra de docientos, y en llegando á la cerca que tocaba en agua, y los bergantines en tierra, soltaron los tiros y saltaron al agua hasta el muslo todos, y comenzaron á combatir la cerca y baluartes, y á pelear con los enemigos, que habia rato que les tiraban saetas y varas y piedras con hondas, y á manos, y que entonces, viendo cabe sí los enemigos, peleaban reciamente de las almenas á lanzadas, y flechando muy á menudo por las saeteras y traviesas del muro, en que hirieron cuasi veinte españoles; y aunque el humo y el fuego y trueno de los tiros los espantó, embarazó y derribó en el suelo, de temor en oir y ver cosa tan temerosa y por ellos jamás vista, no desampararon la cerca ni la defensa sino los muertos; antes resistian gentilmente la fuerza y golpes de sus contrarios, y no les dejaran por allí entrar si por detrás no fueran salteados. Mas como los trecientos españoles oyeron la artillería allá do estaban emboscados, que era la señal para acometer ellos tambien, arremetieron al pueblo; y como toda la gente dél estaba intenta y embebescida peleando con los que tenian delante, y les querian entrar por el rio, halláronlo solo y sin resistencia por aquella parte que ellos habian de entrar, y entraron con grandes voces, hiriendo al que topaban. Entonces los del lugar conoscieron su descuido y quisieron socorrer aquel peligro; y así, aflojaron por do Cortés estaba peleando. Con esto pudo entrar por allí él y los que á par dél combatian, sin otro peligro ni contradicion; y así, unos por una parte y los otros por otra, llegaron á un tiempo á la plaza, yendo siempre peleando con los vecinos, de los cuales no quedó ninguno en el pueblo; sino los muertos y presos; que los otros desampararonlo, y fuéronse á meter al monte que cerca estaba, con las mujeres, que ya estaban allá."[1]

"Entendióse luego en el saco: hallaron las Casas llenas de Maíz, Gallinas, i otros Bastimentos, i Oro ninguno, i quedando pacificos Señores del Pueblo."[2]

"Derramóse mucha sangre de indios en la toma deste lugar, por pe-

1 Gomara, 307[1 y 2].
2 Herrera, II, 106[1].

lear desnudos; heridos fueron muchos, y cativos quedaron pocos; no se contaron los muertos...... Desta manera se tomó Potonchan, que fué la primera ciudad que Fernando Cortés ganó por fuerza en lo que descubrió y conquistó."[1]

Mártir, que escribió en vista de las relaciones de los conquistadores, asegura que ascendieron á cuarenta mil los combatientes indígenas,[2] cifra absolutamente inadmisible, porque antes nos ha dicho él mismo, al hablar de la expedición de Grijalva, cuando no había interés en aumentar el número, que la población de Potonchán era de quince mil habitantes.[3] Así que, descontados los ancianos, inválidos, niños, mujeres y demás individuos no guerreros, que *ya estaban* en los montes, el ejército indígena no podía comprender sino unos cuatro ó cinco mil hombres á lo más. Díaz del Castillo empero llega hasta indicar, en un arranque ciego de andaluz, que "habia para cada uno..... (de los españoles) trecientos indios,"[4] número que daría un total de 150,000 combatientes indígenas, calculando sólo en quinientos los soldados de Cortés. Sin detenernos en esta exageración absurda, y volviendo á Mártir, podríamos aún tachar de excesiva la población de quince mil habitantes que da éste á Potonchán, en atención á que el lugar no sólo era *estéril*, como nos dijo Herrera, sino además muy enfermizo,[5] á tal grado, que según ya indicamos, hacia 1579 no existía allí sino "un poblezuelo que se dize tabasquillo ques lo que a quedado del pueblo de Potonchan...... el qual es de quinze vecinos poco mas ó menos."[6]

Preciso es que repitamos aquí que los conquistadores tendían siempre en sus relaciones á enaltecer sus propios hechos; por esto se pintan á cada paso luchando victoriosamente con miles y miles de indígenas. Volvamos á nuestra relación.

Después de esa primer batalla que sostuvo Cortés, hubo otra más reñida, en la cual, según Díaz del Castillo, perecieron "mas de ochocientos (indios), é todos los mas de estocadas,"[7] número que debe haber sido mayor: Herrera al menos lo hace pasar de mil,[8] y Mártir di-

1 Gomara, 307-8.
2 III, 67.
3 III, 35.
4 28².
5 Docs. de Ultramar, XI, 366.
6 Idem, XI, 346.
7 28².
8 II, 107²

ce que "atacando los jinetes á los bárbaros (sic) por detrás, desbarataban los pelotones, matando é hiriendo á derecha é izquierda, como á rebaños descompuestos, sirviéndose de las armas de fuego. Amedrentados por el prodigio, los infelices se encontraban tan embarazados que ni tenían ocasión de usar sus dardos. Creían que era una misma cosa el caballo y el hombre que lo montaba......

"Estuvieron en la población veintidós días; los nuestros pasándolo muy bien, y los bárbaros á la intemperie, hambrientos uno y otro día, sin atreverse siquiera á acercarse á los nuestros."[1]

Vencidos, pues, por el hambre, se presentaron los naturales ante Cortés hacia fines de marzo con un rico presente en señal de paz; "y no fué nada este...... en comparacion de veinte mujeres, y entre ellas una......... que se dijo doña Marina, que así se llamó después de vuelta cristiana...... Cortés las repartió á cada capitan la suya, é á esta doña Marina, como era de buen parecer y entremetida é desenvuelta, dió á Alonso Hernandez Puertocarrero...... y desque fué á Castilla el Puertocarrero (26 de julio de 1519) estuvo la doña Marina con Cortés, é della hubo un hijo, que se dijo don Martin Cortés, que el tiempo andando fué comendador de Santiago."[2]

"Doña Marina sabia la lengua de Guacacualco, que es la propia de Méjico, y sabia la de Tabasco, como Jerónimo de Aguilar, sabia la de Yucatan y Tabasco, que es toda una; entendíanse bien, y el Aguilar lo declaraba en castellano á Cortés; fué gran principio para nuestra conquista; y así se nos hacian las cosas."[3]

Al recibir Cortés el presente de los naturales de Potonchán, "preguntó, que de qué parte traian oro y aquellas joyezuelas. Respondieron que de hácia donde se pone el sol, y decian Culchúa y Méjico,"[4] lugar que desde entonces debe haber revuelto la codicia de los españoles y sido el blanco de las miras de todos ellos.

El lunes santo (18 de abril) dejó Cortés á Potonchán dirigiéndose hacia San Juan de Ulúa.[5]

Digamos algunas palabras acerca del emperador de México.

§ 3. Motecuhzoma II.

El vasto territorio descubierto por Hernández de Córdova y Grijal-

1 III, 67–8.
2 Díaz del Castillo, 80–1.
3 Idem, 82[1 y 2].
4 Idem, 80.[2]
5 Idem, 31.[2]

va, dividíase en varios reinos, de los cuales era el principal el de México-Tenochtitlán, donde á la sazón reinaba Motecuhzoma II. "El señorío de tierras que este Muteczuma tenia, no se ha podido alcanzar cuánto era, porque á ninguna parte, docientas leguas de un cabo y de otro de aquella su gran ciudad, enviaba sus mensajeros, que no fuese cumplido su mandado, aunque habia algunas provincias en medio destas tierras, con quien él tenia guerra."[1] "Se extendía próximamente entre los 20° 30′ y 15° de latitud Norte. Al N. los límites no estaban bien definidos, confinando por aquel rumbo con tribus broncas, sin domicilio fijo. Confinaba al O. con el reino de Tlacopan, y con el reino de Michhuacan......... Al S.O. y al S. eran suyas las costas del Pacífico hasta la remota provincia del Xoconoshco, cerca de los 7° longitud E. Al N.E. y E. le correspondían las playas del Golfo, desde una fraccion del Huastecapan hasta la desembocadura del Coatzacoalco. Al E. finalmente le servía de linde el mismo Coatzacoalco, y abrazando la provincia de Chiapan iba á terminar en el Xoconoshco."[2]

Conforme á los Anales de Cuauhtitlán, los tolteca se establecieron en Tollan hacia el año de 700;[3] años después, "vinieron de ácia la Parte del Norte, ciertas Naciones de Gentes, que aportaron, por la parte de Panuco. Estas Gentes, fueron vnos Hombres bien traídos, y bien adereçados de Ropas largas, á manera de Turcas, ó de Lienço negro, como Sotanas de Clerigos, abiertas por delante, y sin Capillas, y los cuellos escotados, y las mangas cortas, y anchas, que no llegaban al codo, que el dia de oi algunas de estas Ropas, vsan los naturales en sus Bailes, contrahaciendo aquellas Naciones. Estas Gentes, pasaron adelante de Panuco, con buena industria, sin ningun renquentro de Guerra, ni Pelea; y viniendo de lance, en lance, hasta Tullan [donde llegaron, y fueron recibidos y Hospedados de los Naturales de aquella Provincia] alli fueron mui regalados, porque era Gente mui entendida, y habiles, de grandes traças, é industrias, y labraban Oro y Plata, y era mui Grandes Artifices de cualquier Arte; eran Grandes Lapidarios, sobre estremo, asi en estas cosas delicadas, como en dár otras industrias, para la sustentacion Humana; y para labrar, y romper Tierras; de suerte, que por su buen govierno, y grandes industrias, y habilidades, tuvieron gran cabida con ellos, y adonde quiera que llegaban los tenian, y estimaban en mucho, y hacian grande Honra: Mas esta Na-

1 Cortés, 109.
2 Orozco y Berra, II, 168-69.
3 10.

cion, no se sabe de donde aia podido venir, porque no ai mas noticia de esta, que la que al principio digimos, que vinieron á aportar á la Provincia de Panuco...... Y visto por estas nuevas Gentes, que en Tulla no se podian sustentar, por estar la Tierra tan Poblada, procuraron pasar adelante, y fueron á poblar á Cholullan, donde por el consiguiente fueron mui bien recibidos, donde conocidamente se sabe, que emparentaron los Naturales de alli con ellos, y quedaron poblados, y arraigados muchos tiempos. Y se quenta...... que como huviesen llegado á Tullan estas Gentes, traían consigo vna Persona mui principal por Caudillo, que los governaba, al qual llamaban Quetzalcohuatl,"[1] "hombre blanco, crecido de cuerpo, ancha la frente, los ojos grandes, los cabellos largos y negros, la barba grande y redonda."[2] Ya muy viejo Quetzalcoatl, tuvo que huir, porque supo que venia á combatirle el rey Huemac, su gran enemigo;[3] se fué "hácia la costa de Guazacoalco,"[4] y al llegar "á la ribera de la mar, mandó hacer una balsa formada de culebras, que se llama coatlapechtli, y en ella entró y asentose como en una canoa, y así se fué por la mar navegando, y no se sabe como, y de que manera llegó á Tlalpallan."[5]

Andando el tiempo, "tuvieron los Indios (á Quetzalcoatl) por uno de los principales de sus dioses, y llamáronle dios del aire,"[6] y "siempre lo esperaban que habia de volver;"[7] porque "entre otras doctrinas que les dió, fué que dijesen á los vecinos de la ciudad de Cholula que tuviesen por cierto que en los tiempos venideros habian de venir por la mar de hácia donde sale el sol unos hombres blancos, con barbas largas como él, y que serian señores de aquellas tierras, y que aquellos eran sus hermanos,"[8] y que "cuando estos vinieren cesarán todas las guerras, y en toda parte del mundo habrá paz y amistades [esto decian porque no pensaban que habia mas mundo que hasta la mar]."[9]

Tal profecía debía ser pues un factor importantísimo para la realización de la conquista, principalmente si se atiende al carácter de Motecuhzoma II.

1 Torquemada, I, 254–55.
2 Mendieta, 92.
3 Torquemada, I, 256.[1]
4 Mendieta, 86.
5 Sahagún, Historia General, I, 259.
6 Motolinia, 10–1.
7 Mendieta, 86.
8 Idem, 93.
9 Idem, 180.

Este emperador, sobrellamado Xocoyotzin, había sido elevado al trono "sin contradicion nenguna,"[1] á la muerte del rey Ahuizotl acaescida en 1502. Contaba entonces Motecuhzoma "treinta y cuatro años;"[2] era "de mediana estatura, delicado en el cuerpo, la cabeça grande y las narices algo retornadas, crespo, asas astuto, sagaz y prudente, sabio, sperto, aspero, en el hablar muy determinado;"[3] "demas de ser animosíssimo, era tan grave y reportado, que por maravilla le oian hablar palabra, y las voces que hablaba eran en el consejo supremo con tanto acuerdo y aviso, que á todos admiraba; y assí antes de ser Rey era muy temido y reverenciado. Estaba de ordinario recogido en una pieza que tenia para sí, diputada en el templo de Huitzilopuchtli, donde dezian le comunicaba mucho su ídolo hablando con él, y assí, presumia de muy devoto y religioso."[4] Sea por esto, sea porque se le juzgaba "de ánimo ynvencible,"[5] "fué mas estimado y reverenciado que todos sus pasados...... (y) vino á ganar tanta autoridad que le adoraban casi lo mismo que á Dios."[6]

La religiosidad de Motecuhzoma, dice el más concienzudo de nuestros historiadores, "fué la que la idolatría produce en su última degeneracion; un fanatismo supersticioso, mil veces peor en sus efectos que el mero y simple ateismo."[7]

Indicamos en el § 4 de la primera parte de este capítulo, cómo Motecuhzoma había tenido noticia de la expedición de Hernández de Córdova; dijéronle sus súbditos que por el mar andaba "una casa.......... de donde salen unos hombres blancos, blancos de rostro y manos y tienen las barbas muy largas y pobladas y sus bestidos son de todas colores blanco, amarillo, y colorado, verde y azul y morado, finalmente de todas colores, y traen en sus cabezas unas coberturas redondas y echan al agua una canoa grandecilla y saltan en ella algunos y lléganla á los peñascos, y estanse todo el dia pescando, y en anocheciendo se vuelven á su lugar y casa, donde estan recogidos......... Montezuma (al saber esto) baxó la cabeza y sin responder palabra, puesta la mano en la boca, se quedó por muy gran rato, como muerto ó mudo, que no pudo hablar ni responder."[8] Recordando el supersticioso Mo-

1 Durán, I, 411.
2 Tezozomoc, 572.
3 Aguilar, 12.
4 Códice Ramírez, 72.
5 Durán, I, 412.
6 Códice Ramírez, 75-6.
7 Ramírez, Bautismo, 380.[1]
8 Durán, II, 4.

narca la profecía de Quetzalcoatl, consideró, lleno de congoja, que éste se presentaba al fin á quitarle el señorío. De aquí que mandase á "saber é inquirir mas por entero de nuestras personas (como dice Díaz del Castillo), é qué era nuestro intento;"[1] proveyó de ricos presentes á un emisario y le dijo: "deseo mucho que sepas quien es el Señor y principal de ellos, al qual quiero que le des todo lo que llevares y que sepas de raiz si es el que nuestros antepasados llamaron Topitlzin, y por otro nombre Quetzalcoatl, el qual dicen nuestras historias que se fué de esta tierra y dexó dicho que abian de volver á reinar en esta tierra, el ó sus hijos y á poseer el oro y plata y joyas que dejó encerradas en los montes, y todas las demas riquezas que nosotros agora poseemos."[2] Vimos cuán espléndidamente recibieron, en efecto, á Juan de Grijalva los enviados de Motecuhzoma.

Ahora bien, tan pronto como apareció en el Golfo de México la tercera expedición de Velázquez al mando de Cortés, se dió aviso al emperador azteca. Nuevamente alarmado éste, congrega á "los senadores y personas graves de su reino, y..... todos convinieron en decir, que segun la relacion de los embajadores, aquel que habia llegado era Quetzalcoatl, el cual muchos tiempos antes habia ido por la mar á verse con el dios Sol que le habia enviado á llamar al reino de Tlapalla, y les dejó dicho que habia de volver, y que todos sus antecesores le habian esperado, y que no era posible sino que era él; por lo cual determinaron de enviar embajadores y personas muy principales para que le fuesen á recibir. Señalaron cinco personas..... para esto, y hacerle un gran presente: estos cinco fueron mandados por Moctheuzoma ir á recibir á Quetzalcoatl, y fuéles dado el presente que habian de llevar, que fueron piezas de oro, y piedras, y joyas, y plumajes muy ricas.... las cuales ellos envolvieron en mantas ricas y las pusieron en petacas, y desque hubieron aderezado sus cargas y todo su fardage, fueron á despedirse de Moctheuzoma, el cual les habló de esta manera que sigue: «Andad y cumplid vuestra embajada como os lo he mandado: mirad que no os detengais en ninguna parte, sino que con toda brevedad llegueis á la presencia de nuestro señor y rey Quetzalcoatl y decidle: Vuestro vasallo Moctheuzoma, que ahora tiene la tenencia de vuestro reino, nos envia á saludar á vuestra magestad, y nos dió este presente que aquí traemos.»"[3]

1 II.[2]
2 Durán, II, 5.
3 Sahagún, Relación, 20-1.

El jueves santo (21 de abril), después de mediodía, arribaron los navíos españoles á San Juan de Ulúa, á punto que Hernández Puertocarrero decía á Cortés: "mireis las tierras ricas y sabéos bien gobernar."[1]

Cumpliendo los emisarios de Motecuhzoma con las órdenes que habían recibido, "hicieron mucho acato á Cortés..... (quien les dijo) que no se les haria enojo ninguno, é que hubiesen por buena nuestra llegada á aquella tierra..... Viérnes Santo de la Cruz, desembarcamos (escribe Díaz del Castillo).....y hicimos un altar adonde se dijo luego misa.... otro dia sábado.... vinieron muchos indios que envió un principal que era gobernador de Montezuma, que se decia Pitalpitoque, que después le llamamos Ovandillo, y trujeron hachas y adobaron las chozas del capitan Cortés y los ranchos que mas cerca hallaron, y les pusieron mantas grandes encima, por amor del sol, que era cuaresma é hacia muy gran calor, y trujeron gallinas y pan de maíz y ciruelas, que era tiempo dellas, y paréceme que entonces trujeron unas joyas de oro, y todo lo presentaron á Cortés, é dijeron que otro dia habia de venir un gobernador á traer mas bastimento..... (el domingo) vino el gobernador que habian dicho, que se decia Tendile, hombre de negocios, é trujo con él á Pitalpitoque, que tambien era persona entre ellos principal, y traia detrás de sí muchos indios..... (Cortés les manifestó, con su natural falsía, fingiéndose embajador de Carlos V) que por su mandado veniamos á aquestas tierras, porque há muchos años que tienen noticia dellas y del gran señor que les manda, y que lo quiere tener por amigo y decille muchas cosas en su real nombre, y cuando las sepa é haya entendido se holgará dello, y para contratar con él y sus indios y vasallos de buena amistad, y queria saber dónde manda que se vean y se hablen. Y el Tendile le respondió algo soberbio, y le dijo: «Aun agora has llegado y ya le quieres hablar; recibe agora este presente que te damos en su nombre, y después me dirás lo que te cumpliere;» y luego sacó de una petaca, que es como caja, muchas piezas de oro y de buenas labores y ricas, y mas de diez cargas de ropa blanca de algodon y de pluma, cosas muy de ver, y otras joyas.... y tras esto mucha comida"[2] "y bebidas de muy buen cacao."[3] Fué entonces cuando Cortés, con avaricia mal refrenada, preguntó al embajador Teuhtlilli "si Moteczuma tenia oro. E como respondió que sí, «enviéme, dice, dello; ca

1 Díaz del Castillo, 31[a].
2 Idem, 32-3.
3 Tezozomoc, 689.

tenemos yo y mis compañeros mal de corazon, enfermedad que sana con ello.»"[1]

Á tan benévolo cuanto generoso recibimiento, los españoles correspondieron con "una traza bien impertinente que ántes dañó que aprovechó, porque determinaron el dia siguiente de espantar á los pobres indios, disparando la artillería de que los pobres quedaron muy espantados, como gente que no habia visto cosa semejante. Y assí mismo los desafiaron uno á uno para que peleasen con ellos, y como lo rehusaban, denostándolos con palabras afrentosas, y mostrándoles muchas armas que traian, y perros ferocíssimos de ayuda, dijéronles que habian de ir á México, y con aquellas armas y perros los habian de destruir y matar y robar sus haziendas. Despidieron á los pobres tan escandalizados y temerosos, que ya todos se persuadian que no era aquel señor que esperaban, sino algun cruel enemigo suyo, el qual allí venia con aquella gente tan feroz." [2] "Iban tan turbados y apresurados, que en ninguna cosa recibian consolacion, ni en el comer, ni en el dormir, ni les daba contento cosa ninguna: iban dando suspiros muchos y muy grandes, muy angustiados y aflijidos por todo el camino." [3]

Llegados á México aquellos principales, dieron cuenta de su embajada á Motecuhzoma, quien, luego que "hubo oido todo esto........ espantose mucho, y mudáronsele los colores, y mostró gran tristeza y desmayo." [4]

Acosado desde antes por la superstición el Monarca, al oir hoy las amenazas que habían proferido aquellos hombres blancos, quedaba "muy espantado y casi sin aliento...... muy triste y lloroso...... vacilando qué haria de sí, si se huiria ó se esconderia." [5]

Es también que á las veces el exceso de poder enerva; cuando un soberano encuentra siempre por doquiera anticipada sumisión, cuando jamás se le opone otra voluntad á la suya, aunque sólo sea para encaminarle á lo mejor, el autócrata no ejercita sus energías, y entonces éstas se debilitan y llegan á morir al fin. Motecuhzoma mostró en su juventud ánimo levantado y viril: las guerras le fueron familiares. Mas entregado desde temprano á ideas supersticiosas y enmollecido á la vez por la adulación exagerada de sus vasallos, el Monarca degeneró paulatina-

1 Gomara, 318[1].
2 Códice Ramírez, 82.
3 Sahagún, Relación, 27-8.
4 Idem, 82.
5 Códice Ramírez, 83.

mente hasta un grado sumo, y era ya impotente para defender á su patria.

El pueblo mexicano había sido siempre heroico y siempre invencible; de una reducida isleta, antes pobre nido de culebras, supo hacer en breve tiempo la gran Tonochtitlan, ciudad maravillosa desde donde extendió su poder hasta uno y otro océano, fundando el imperio más vasto y más floreciente del Nuevo Mundo.

Motecuhzoma, sin embargo, no llama á las armas á ese pueblo esforzado para que detenga al invasor extranjero, sino que, con pusilanimidad mujeril, se limita á pedir la salvación á los dioses. Resuelve así "que se juntasen todos los encantadores y nigromantes, y que...... fuesen á hacer el primer acometimiento y empleasen todo su saber y poder para hacer mal, impedir y espantar á los españoles para que viesen y no osasen llegar á México...... (mas) todo cuanto hicieron y dijeron, y negociaron con los demonios sus abogados y favorecedores, no valió nada, y se volvieron confusos y tristes á dar esta relación á Moctheuzoma, el cual les oyó, y se espantó mucho, y le cayó gran desmayo." [1]

Á partir de aquel momento, efectivamente "cayóle (á Motecuhzoma) gran espanto y miedo........ (y) comenzó á llorar amargamente;" [2] fué tal su flaqueza, que sin atender á que su hermano Cuitlahuac le decía: "no metáis en vuestra casa quien os heche de ella," [3] "determinó que los recibiessen en paz dándoles todo lo necesario........ y mandando á sus presidentes y gobernadores de república que con mucha diligencia y cuidado proveyessen y sirviessen con todo lo que quisiessen á los Dioses celestiales que habian llegado..... (se mudó) de las casas reales á otras suyas propias para aposentar á los Dioses." [4]

Podemos, por tanto, observar con el P. Mier, "que quando Cortés llegó, no era la dificultad de reconocerle como Señor, sino de saber si era el mismo (Quetzalcoatl) ó venian de su parte, pues en muchas señales convenian, aunque la crueldad y rapacidad de los Españoles agena de Quetzalcóhuatl los detenia." [5]

1 Sahagún, Relación, 84.
2 Idem, 87.
3 Ixtlilxochitl, II, 347-48.
4 Códice Ramírez, 83-4.
5 II, Apéndice, XIII.

§ 4. San Juan de Ulúa. Cempoala. Quiahuistla.

Desembarcados los españoles en San Juan de Ulúa, el 22 de abril de 1519, según hemos indicado anteriormente, dedicáronse en los días siguientes á rescatar oro y joyas por cuentas de vidrio. [1]

Entretanto, "llegaron otros embajadores de Ixtlilxochitl (príncipe rebelde de Texcoco) en competencia contra sus hermanos y el rey Motecuhzoma su tío, á dar la bienvenida á Cortés y á los suyos y á ofrecérsele por su amigo, dándole noticia del estado en que estaban las cosas del imperio, y el deseo de vengar la muerte de su amado padre el rey Nezahualpiltzintli, y libertar el reino de poder de tiranos, enviándole algunos dones y presentes de oro, mantas de algodón y plumería. De que se holgó infinito Cortés saber las alteraciones y bandos que había entre estos señores, porque Motecuhzoma los tenía descontentos y como tiranizados, y vió luego abierto el camino para la felicidad, que después le sucedió, y que juntándose con uno de los bandos, se consumirían ellos entre sí, y él se haría señor de entrambos." [2]

Fué ese Ixtlilxochitl el primero que traicionó á su patria arrastrado por la ambición de poder.

No dilataron los amigos de Cortés en comprender cuan conveniente era que se fundase una población, y desde luego hablaron con todos los demás castellanos acerca del particular; muchos de éstos se opusieron abiertamente, porque no se contaba con el gobernador de Cuba, Diego de Velázquez: "con palabras algo sobradas dijeron á Cortés que para qué andaba con mañas para quedarse en aquesta tierra sin ir á dar cuenta á quien le envió para ser capitan; porque Diego Velazquez no se lo ternia á bien; y que luego nos fuésemos á embarcar, y que no curase de mas rodeos y andar en secreto con los soldados, pues no tenia bastimentos ni gente ni posibilidades para que pudiese poblar." [3] Empero, la mayoría optó porque se poblase, "seducida astutamente por Cortés (dice Mártir y agrega): Por esto se habla mucho contra Cortés sobre deslealtad." [4]

Obró Cortés con tanta hipocresía, que cuando se le requirió para

1 Díaz del Castillo, 84.
2 Ixtlilxochitl, II, 349
3 Díaz del Castillo, 87.[1]
4 III, 75.

que poblase, "se hacia mucho de rogar, y como dice el refran: «Tú me lo ruegas é yo me lo quiero;» y fue con condicion que le hiciésemos justicia mayor y capitan general; y lo peor de todo que le otorgamos, que le dariamos el quinto del oro de lo que se hubiese, después de sacado el real quinto, y luego le dimos poderes muy bastantísimos delante de un escribano del Rey, que se decia Diego de Godoy, para todo lo por mí aquí dicho. Y luego ordenamos de hacer y fundar é poblar una villa, que se nombró la villa rica de la Veracruz, porque llegamos juéves de la Cena, y desembarcamos en viérnes santo de la Cruz, é rica por aquel caballero que...... se llegó á Cortés y le dijo que mirase las tierras ricas: y que se supiese bien gobernar, é quiso decir que se quedase por capitan general." [1]

Como se mostraron todavía disgustados los amigos de Velázquez, Cortés les aprehendió y encadenó, pero luego, "á unos con dádivas del oro que habiamos habido, que quebranta peñas, é otros prometimientos, los atrajo á sí y los sacó de las prisiones, excepto Juan Velazquez de Leon y al Diego de ¡Ordáz, que estaban en cadenas en los navíos, y dende á pocos dias tambien los sacó de las prisiones, y hizo tan buenos y verdaderos amigos dellos como adelante verán, y todo con el oro, que lo amansa." [2]

Una vez que Cortés quedó como jefe independiente y absoluto de la tercera expedición enviada por Velázquez, resolvió recorrer los lugares cercanos en busca de oro. Dirígese primero á Cempoala, de donde "salieron veinte indios principales á nos recibir...... (y á cuyo cacique manifestó Cortés, al recibir de él un rico presente) que lo que hubiese menester, que se lo dijese, que lo haria por ellos; porque somos vasallos de un tan gran señor, que es el emperador don Cárlos, que manda muchos reinos y señoríos, y que nos envia para deshacer agravios y castigar á los malos........ luego como aquello oyó el cacique......... dando suspiros, se quejó reciamente del gran Montezuma y de sus gobernadores, diciendo que de poco tiempo acá le habia sojuzgado, y que le habia llevado todas sus joyas de oro, y les tiene tan apremiados, que no osan hacer sino lo que les manda, porque es señor de grandes ciudades, tierras, é vasallos y ejércitos de guerra. Y como Cortés entendió que de aquellas quejas que daban al presente no podian entender en ello, les dijo que él haria de manera que fuesen desagra-

1 Díaz del Castillo, 37.
2 Idem, 38-9.

viados; y porque él iba á ver sus acales [que en lengua de indios así llaman á los navíos], é hacer su estada é asiento en el pueblo de Quiahuistlan, que desque allí esté de asiento se verán mas de espacio; y el cacique...... le respondió muy concertadamente. Y otro dia de mañana salimos de Cempoal, y tenia aparejados sobre *cuatrocientos* indios de carga, que en aquellas partes llaman tamemes, que llevan dos arrobas de peso á cuestas y caminan con ellas cinco leguas; y desque vimos tanto indio para carga nos holgamos, porque de antes siempre traiamos á cuestas nuestras mochilas." [1]

De igual suerte recorrió Cortés otros muchos lugares, siendo en todos ellos amorosamente recibido, merced á los falsos ofrecimientos de ayuda ó amparo que no dejaba nunca de hacer á los naturales; cuidaba además de inducir arteramente á éstos á que se rebelasen en contra de Motecuhzoma, cuyas riquezas le habían hecho el blanco, desde un principio, de las criminales miras de los españoles: refiere Díaz del Castillo, con la falta de sentido moral tan común á todos aquellos aventureros, que cuando Teuhtlilli trajo el segundo presente de Motecuhzoma á Cortés, éste "dijo á ciertos soldados que allí nos hallamos: «Verdaderamente debe de ser gran señor y rico, y si Dios quisiere, algun dia le hemos de ir á ver.» Y respondimos los soldados: «Ya querriamos estar envueltos con él.» [2] Puede decirse que desde aquel momento estaba declarada sordamente la guerra al imperio de México.

"Después que hubimos hecho liga y amistad (escribe el mismo Díaz del Castillo) con mas de treinta pueblos de las sierras, que se decian los totonaques, que entonces se rebelaron al gran Montezuma y dieron la obediencia á su majestad, y se prefirieron á nos servir, con aquella ayuda tan presta acordamos de poblar é de fundar la villa rica de la Veracruz en unos llanos media legua del pueblo, que estaba como en fortaleza, que se dice Quiahuistlan." [3]

Afirma Gomara que al preguntar Cortés á los caciques de este pueblo, "qué tanta gente podrian juntar. Ellos dijeron que cien mil hombres entre toda la liga que se haria," [4] sin contar, por supuesto, con el contingente de Cempoala y otros lugares. Podía así Cortés pensar ya formalmente en saquear el imperio de Motecuhzoma.

Celebradas las alianzas susodichas, se dirigió Cortés á la costa, don-

1 Idem, 39-40.
2 35.[1]
3 42.[1]
4 320.[2]

de estaban anclados los navíos; pero á causa de una diferencia surgida entre los pueblos de Cempoala y Tezapantzinco, luego se volvió.

"Después que hubimos hecho aquella jornada (dice Díaz del Castillo), y quedaron amigos los de Cingapacinga con los de Cempoal, y otros pueblos comarcanos dieron la obediencia á su majestad, y se dederrocaron los ídolos y se puso la imágen de nuestra Señora y la santa cruz...... fuimos á la villa y llevamos con nosotros ciertos principales de Cempoal, y hallamos que aquel dia habia venido de la isla de Cuba un navío, y por capitan dél un Francisco de Saucedo, que llamábamos el Pulido,"[1] "el cual traia setenta españoles y nueve caballos y yeguas, que no poco esfuerzo y alegría le pusieron (á Cortés)."[2]

Con tal refuerzo, y sobre todo á causa de las varias é importantes alianzas celebradas hasta entonces con los pueblos indígenas de aquella región, envalentonáronse sobremanera los aventureros españoles, en quienes cada día aumentaba la sed del oro, y resueltamente dijeron á Cortés "que habia ya mas de tres meses que estábamos en aquella tierra, é que seria bueno ir á ver qué cosa era el gran Montezuma y buscar la vida y nuestra ventura."[3]

Pensóse era conveniente enviar una relación á la monarquía española de todo lo acaecido, comisionando para ello á Alonso Hernández Puertocarrero y á Francisco de Montejo. No quiso Cortés firmar esa relación, sino que prefirió la subscribieran la Justicia y Regimiento de la Rica Villa de la Veracruz, tal vez porque en la misiva se lanzaban tremendas acusaciones en contra de Diego de Velázquez, y se concluía por pedir al reino español "no proveyese de...... (cargo alguno en las nuevas tierras) al dicho Diego Velazquez, ante le mandase tomar residencia, y le quitase el cargo que en la isla de la Fernandina tiene."[4]

Para que la petición fuese más eficaz, resolvió Cortés acompañarla de un rico presente, "y porque lo que él tenia ojo á enviar al Rey, valia mas que lo que le venia del quinto, rogóles (á sus compañeros) no se lo tuviesen á mal, pues era lo primero que enviaban;"[5] de buena voluntad renunciaron los aventureros castellanos á su parte, esperanzados como estaban de hartarse de riquezas en la gran Tenochtitlan.

Antes de que partieran los procuradores Puertocarrero y Montejo,

1 46[2].
2 Gomara, 321-22.
3 Díaz del Castillo, 46[2]
4 En Cortés, 28.
5 Gomara, 322.[1]

acordaron algunos de los amigos de Velázquez volverse á Cuba; pero incontinenti fueron aprehendidos por Cortés, "y por sentencia que dió, mandó ahorcar al Pedro Escudero y á Juan Cermeño, y á cortar los piés al piloto Gonzalo de Umbría, y azotar á los marineros Peñates, á cada (uno) ducientos azotes; y al padre Juan Díaz si no fuera de misa tambien lo castigara, mas metióle algo temor."[1] Pedro Escudero fué quien en Cuba había entregado á Cortés á la justicia,[2] circunstancia que mucho debió contribuir aquí para que éste le sentenciase á muerte.

No quedaron todavía tranquilos con tan terrible ejecución los amigos de Cortés, por lo cual le aconsejaron "que no dejase navío en el puerto ninguno (dícenos Díaz del Castillo), sino que luego diese al través con todos, y no quedasen ocasiones, porque entre tanto que estábamos la tierra adentro no se alzasen otras personas como los pasados; y demás desto, que teniamos mucha ayuda de los maestres, pilotos y marineros, que serian al pié de cien personas, y que mejor nos ayudarian á pelear y guerrear que no estando en el puerto; y segun vi y entendí, esta plática de dar con los navíos al través que allí le propusimos, el mismo Cortés lo tenia ya concertado, sino que quiso que saliese de nosotros, porque si algo le demandasen que pagase los navíos, que era por nuestro consejo, y todos fuésemos en los pagar."[3]

Cortés sabía bien que estaba ya condenado á permanecer indefinidamente en Nueva España, porque si salía de aquí no dejaría de prenderle y ajusticiarle Diego de Velázquez con sobrada razón; aquél mismo nos habla del "propósito que traia (Narváez, meses después) y lo que por Diego Velazquez le era mandado (dice), que era ahorcarme á mí y á muchos de los de mi compañía."[4] Necesitaba pues Cortés impedir á todo trance que sus soldados le abandonaran: por esto "habló con algunos de los que iban por maestros de los navíos, é á algunos rogó que diesen barrenos á los navíos, é á otros que le viniesen á decir que sus navíos estaban mal acondicionados; é como lo hiciesen así, dicíeles: «Pues no están para navegar, vengan á la costa, é rompedlos, porque se excuse el trabajo de sostenerlos;» é así dieron al través con seis ó siete navíos."[5] Según Francisco de Aguilar, Cortés "mandó llamar a un compadre suyo, maestro de un navio, muy su amigo, al qual

1 Díaz del Castillo, 50.[2]
2 Herrera, I, 244.[2]
3 50–1.
4 125.
5 Tapia, 568.

rrogó en secreto que aquella noche entrase en los navios y les diese a todos barrenos, aviendo mandado salir la gente primero a tierra. Y asi el dicho maestre entró en los navios sin que nadie lo viese ni pensase lo que avia de hazer, y los barrenó, y otro dia de mañana amanecieron todos los navios anegados y dados al traues, salvo una carabela que quedó."[1]

Montejo declaró en España que "los navíos......... eran viejos....... y algunos de ellos se hundieron antes (de que se los barrenase);"[2]

Puertocarrero y Montejo se dieron á la vela "en 26 dias del mes de julio de 1519."[3]

Diremos de una vez que llegados á España, el Real Senado de Indias juzgó que Cortés y los suyos habían obrado "contra rectitud y justicia; como que, sin contar con el vicegobernador de Cuba, que con autoridad real les había enviado, han acometido una empresa ajena del mandato que tenían, y aunque sea para presentarse al Rey, han venido sin saludarle [al gobernador de Cuba.]

"..... El Gobernador pide contra ellos pena capital, y ellos piden los cargos y el premio de los trabajos y peligros que han arrostrado. Se ha diferido así el premio como el castigo, ordenando que sean oídas ambas partes."[4]

La resolusión definitiva fué, sin embargo, contraria á Velázquez, que por aquel tiempo, á causa de las varias armadas que había mandado á Nueva España, se encontraba completamente arruinado, en tanto que Cortés cada día reunía mayores riquezas; por cédula real fecha 22 de octubre de 1522, se previno á Velázquez "no fuesse ni enviasse á aquella tierra gente ni armada alguna só ciertas penas."[5]

§ 5. Jalapa. Xicochimalco. Ixhuacan. Xocotla. Ixtacmaxtitlan.

Hundidas las naves y partidos para España Montejo y Puertocarrero, Cortés volvió á Cempoala, desde donde pensaba seguir hasta México. Empero, detúvose algunos días, porque á la sazón aparecieron en la costa cuatro naves. Sobresaltóse Cortés, temiendo fueran de Velázquez, pero pronto se tranquilizó, pues habiendo logrado apoderarse de

1 5.
2 Docs. de España, I, 489.
3 Díaz del Castillo, 48[1].
4 Mártir, III, 94-5.
5 Oviedo, I, 540[2].

siete hombres de los que venían en dichos navíos, supo que la expedición era enviada por Francisco de Garay.

Como las naves se alejaron de la costa y no volvieron á aparecer, Cortés, que no "veia..... la hora de ser con Moteczuma,"[1] emprendió al fin su marcha hacia México. "Después de bien considerada la partida..... tomamos consejo sobre el camino que habiamos de llevar, y fué acordado por los principales de Cempoal que el mejor y mas conveniente era por la provincia de Tlascala, porque eran sus amigos y mortales enemigos de mejicanos."[2]

"Partió pues Cortés de Cempoallan, que llamó Sevilla, para Méjico, á 16 dias de agosto del mesmo año, con cuatrocientos españoles, con quince caballos y con seis tirillos, y con mill y trecientos indios entre todos, así nobles y de guerra como tamemes, en que cuento los de Cuba."[3]

Ixtlilxochitl asegura que fueron "mil indios de carga y mil trescientos de guerra..... (y que además Cortés llevaba) consigo ciertos rehenes."[4]

Díaz del Castillo, empeñado siempre en exagerar el esfuerzo de los españoles en la Conquista, disminuye en cambio extraordinariamente el número de los aliados indígenas; dice asi: "(los de Cempoala) ya tenian aparejados cuarenta principales, y todos hombres de guerra, que fueron con nosotros y nos ayudaron mucho en aquella jornada, y mas nos dieron ducientos tamemes para llevar el artillería;"[5] olvidó sin duda que ya había dicho que ese mismo pueblo dió desde un principio á Cortés "cuatrocientos indios de carga."[6]

El número de aliados que acompañó á Cortés debe haber sido enorme, toda vez que el contingente de un solo pueblo, Quiahuistla, ascendía á *cien mil hombres*, como hace poco indicamos.

De nuevo advertiremos que no sólo Díaz del Castillo, sino todos los conquistadores que escribieron acerca de sus empresas, ó bien omiten absolutamente á los aliados indígenas, ó bien procuran por lo menos aminorar hasta un grado increíble el número de éstos.

Á medida que Cortés avanzaba, agregábansele más y más naturales; así lo indica el mismo Díaz del Castillo cuando escribe: "llevábamos

1 Gomara, 324[2].
2 Díaz del Castillo, 52[2].
3 Gomara, 325[2].
4 II, 361.
5 52[2].
6 40[1].

con nosotros muchos amigos, así de Cempoal como los de Zocotlan y de otros pueblos por donde habiamos pasado;"[1] fueron éstos Xalapa, Xicochimalco, Ixhuacan y Xocotla, de donde pasó el ejército á Ixtacmaxtitlan, cuyo cacique proporcionó á los españoles "trecientos soldados."[2]

§ 6. Tlaxcala.

Hasta allí Cortés había sido "muy servido y festejado (por los naturales);"[3] pero no bien pisa las tierras de Tlaxcala el miércoles 31 de agosto, cuando luego tropieza con treinta valientes guerreros del pueblo de Tecoac, que le combaten denodadamente, "con determinacion de morir antes que rendirse;"[4] en efecto, los españoles mataron á todos, no quedando "uno ni ninguno."[5] "Eran estos (indígenas) tan esforzados y tan animosos, que ántes se dejaban hazer pedazos que rendirse ni volver atrás."[6] En la reyerta, resultaron heridos cuatro españoles, quienes, siguiendo su asquerosa é inhumana costumbre, "con el unto de un indio gordo que allí matamos (dice Díaz del Castillo)...... se curaron."[7]

Al día siguiente, 1º de septiembre, traba Cortés batalla formal con los Tlaxcalteca, cuya pujanza fué tal, que puso las vidas de los españoles "en mucho peligro."[8] Cortés no alcanzó victoria, supuesto que los tlaxcalteca "se trujeron con muy buen concierto, y á nosotros (habla Díaz del Castillo) que no nos pesó dello."[9]

Los tlaxcalteca habrían destrozado fácilmente á los castellanos, si éstos no hubiesen sido defendidos con gran denuedo por sus muchos aliados, de los cuales no obstante apenas si hacen mención los cronistas españoles; verdad es que Gomara asienta "que les dió Cortés muy cumplidas gracias, (pero agrega el autor que se condujeron tan esforzadamente), ora fuese por miedo de ser comidos, ora por vergüenza y amistad."[10] Miedo sí que lo hubo, mas no en los aliados que con su natural

1 54[2].
2 Gomara, 327[1].
3 Ixtlilxochitl, II, 361.
4 Gomara, 327[1].
5 Tezozomoc, 701.
6 Códice Ramírez, 84.
7 55[2].
8 Díaz del Castillo, 56[1].
9 56[2].
10 328[1].

ligereza habrían huído entonces hacia sus pueblos, sino únicamente de parte de los españoles; uno de ellos, Francisco de Aguilar, que escribió su Historia "sin andar por ambajes y circunloquios,"[1] nos confiesa que el "parecer y senblante fiero..... (de los tlaxcalteca y sus) gritos y bozes..... causavan en los que los oyamos muy gran temor y espanto, tanto que uvo muchos españoles que *pidieron confesion*."[2]

Al siguiente día, Cortés se consagró á devastar los indefensos pueblos cercanos, en los que no había guerreros, por lo que pudo sin peligro dejar yermos aquéllos: "antes que hobiesen lugar de se juntar (nos dice) les quemé cinco ó seis lugares pequeños de hasta cien vecinos, é truje cerca de cuatrocientas personas, entre hombres y mujeres, presos, y me recogí al real..... sin que daño ninguno me hiciesen."[3] Mártir nos hace saber que además Cortés "saqueó cuanto le vino á la mano."[4]

Empero, temeroso del ejército de Tlaxcala, Cortés comisionó el día 3 á dos principales prisioneros indígenas para que fuesen á proponer la paz á aquella República: "la respuesta que les dió su capitan Xicotenga el mozo fué que fuésemos á su pueblo, adonde está su padre; que allá harian las paces con...... honrar sus dioses con nuestros corazones y sangre, é que para otro dia de mañana veriamos su respuesta."[5]

Fiel á su palabra el esforzado mancebo, ataca briosamente á otro día á los españoles poniéndoles en angustioso aprieto: "Una cosa nos daba la vida (exclama Díaz del Castillo), y era que, como eran muchos y estaban amontonados, los tiros les hacian mucho mal; y demás desto, no se sabian capitanear, porque no podian allegar todos los capitanes con sus gentes; y á lo que supimos, desde la otra batalla pasada habian tenido pendencias y rencillas entre el capitan Xicotenga con otro capitan hijo de Chichimeclatecle...... por manera que en esta batalla no quiso ayudar con su gente el Chichimeclatecle al Xicotenga; antes supimos muy ciertamente que convocó á la capitanía de Guaxolcingo que no pelease...... (Debido á esta división y asimismo á que) les matamos un capitan muy principal........ comenzaron á retraerse con buen concierto, y los de á caballo á media rienda siguiéndolos po-

1 8.
2 6.
3 62.
4 III, 187.
5 Díaz del Castillo, 57[1].

co trecho, porque no se podian ya tener de cansados; y cuando nos vimos libres de aquella tanta multitud de guerreros, dimos muchas gracias á Dios. Allí nos mataron un soldado y hirieron mas de sesenta, y tambien hirieron á todos los caballos."[1]

Las pérdidas de los tlaxcalteca no se conocieron.

No hemos tratado de fijar el número de los guerreros de Tlaxcala, porque es imposible, dadas las exageraciones groseras y grandes divergencias de los cronistas. De esta suerte, al referirse Cortés á la batalla del día cuatro, nos dice que los tlaxcalteca eran "mas de ciento y cuarenta y nueve mil;"[2] Díaz del Castillo por su parte asegura que todas las capitanías de Tlaxcala "eran á la cuenta cincuenta mil,"[3] pero advierte que dos de ellas, formadas cada una de diez mil guerreros, "no les acudian,"[4] reduciendo por tanto la cifra de los enemigos á treinta mil; no es remoto que exagere todavía Díaz del Castillo, de acuerdo con su constante práctica; así, por ejemplo, al hablar de la batalla que Cortés libró en Potonchán, indica que el ejército indígena ascendía á 150,000 guerreros, ejército que, como oportunamente dijimos, á lo más podía comprender unos cuatro ó cinco mil hombres.

Volvamos á Cortés. Nuevamente emprende sus vandálicas correrías el día seis; "torné (dice) á salir por otra parte antes que fuese de dia, sin ser sentido dellos, con los de caballo y cien peones y los indios mis amigos, y les quemé mas de diez pueblos, en que hobo pueblo dellos de mas de tres mil casas...... E como traiamos la bandera de la cruz, puñábamos por nuestra fe y por servicio de...... S. M., en su muy real ventura nos dió Dios tanta victoria, que les matamos mucha gente, sin que los nuestros recibiesen daño. Y poco mas de mediodía, ya que la fuerza de la gente se juntaba de todas partes, estábamos en nuestro real con la victoria habida."[5]

La veneranda cruz donde expiró el inmensurable Hombre por sus semejantes envolviéndoles á todos en una sublime mirada de caridad y de amor, servía hoy á los españoles para llevar al cabo con despiadada crueldad la matanza de numerosos pueblos inocentes: aquellos facinerosos hacían así del símbolo de la universal confraternidad, un presagio inexorable de latrocinio y de muerte.

1 58[1].
2 62.
3 57[2].
4 58[1].
5 62–3.

La gente que habitaba en los pueblos incendiados por Cortés, componíase de niños, mujeres y otras personas desvalidas que ningún mal podían hacer á los castellanos; toda la gente guerera se hallaba en Tlaxcala; no obstante, Cortés, "como un tigre con cría...... Despoblando, destruyendo y aprisionando ó matando á todos los que encontraba...... lo pasó todo á sangre y fuego."[1]

La conducta de Cortés era una repetición fiel de la observada siglos antes en Europa por Atila, el *asote de Dios*, que se vanagloriaba de que *la yerba no crecería más donde su caballo había pisado;* entre ambos devastadores del linage humano hubo sin embargo una diferencia profunda, á saber: que Atila fué un bárbaro del siglo V y Cortés un letrado del siglo de oro.

El día 7 vinieron cincuenta mensajeros de Tlaxcala brindando con la paz; "traiéronme de comer (escribe Cortés) y ciertas cosas de plumajes que ellos usan y tienen en estima...... (mas como alguien sospechó que eran espías) los mandé tomar á todos cincuenta y cortarles las manos."[2] Tan montruosa crueldad dió motivo á que en la noche del propio día se presentara ante el campo español el valeroso Xicotencatl con "obra de diez mil indios, los mas esforzados que tenia;"[3] pero avisado á tiempo Cortés, logró rechazar el ataque.

No eran pocas las pérdidas sufridas hasta entonces por los invasores; refiriéndose Díaz del Castillo al amanecer del día 8, manifiesta: "nos vimos todos heridos á dos y á tres heridas, y muy cansados, y otros dolientes y entrapajados, y Xicotenga que siempre nos seguia, y faltaban ya sobre cincuenta y cinco soldados, que se habian muerto en las batallas y dolencias y frios, y estaban dolientes otros doce, y asimismo nuestro capitan Cortés...... y aun el padre fray Bartolomé de Olmedo, de la órden de la Merced, con el trabajo y peso de las armas, que siempre traiamos á cuestas, y otras malas venturas."[4]

El deplorable estado de los cristianos fué causa de que Cortés diese una breve tregua á sus devastaciones; mas "después de estar algo descansado (nos dice) salí una noche...... Y antes que amaneciese dí sobre dos pueblos, en que maté mucha gente. E no quise quemar las casas por no ser sentido, con los fuegos, de las otras poblaciones, que estaban muy juntas. E ya que amanecia dí en otro pueblo tan grande,

1 Mártir, III, 188.
2 63.
3 Díaz del Castillo, 59[1].
4 59[1].

que se ha hallado en él, por visitacion que yo hice hacer, mas de veinte mil casas. E como los tomé de sobresalto salian desarmados, y las mujeres y niños desnudos por las calles, é comencé á hacerles algún daño;"[1] Mártir añade que como "los habitantes de aquella gran ciudad estaban desprevenidos y sin temer nada, de improviso la invadió (Cortés) en la segunda vigilia de la noche, y los acometió dispersos y dormidos."[2] Cuán cierto que la conquista española era destrucción de la tierra como indica Oviedo sin embozo alguno.[3]

Entretanto, tornó Cortés á comisionar á tres prisioneros principales "dijesen á los caciques de Tlascala que les rogábamos que vengan luego de paz y que nos dén pasada por su tierra para ir á Méjico."[4] Varios de los soldados españoles, desalentados por la heroica resistencia de los tlaxcalteca manifestaban á Cortés, "que faltaban ya sobre cincuenta y cinco compañeros...... é que seria bueno volver á nuestra villa, y que en la fortaleza que hicimos, y entre los pueblos de los totonaques, nuestros amigos, nos estariamos hasta que hiciésemos un navío que fuese á dar mandado á Diego Velazquez y á otras partes é islas para que nos enviasen socorro é ayudas."[5] Con dificultad pudieron Cortés y sus partidarios más adictos acallar á los descontentos.

"En este espacio los señores y principales y valientes hombres de Tlaxcala entraron en consejo consigo mismos para ver que les convenia hacer en este trance; dando y tomando gran rato, vinieron á concluir todos, que pues que aquella gente que venia habia hecho tan gran destrozo y matanza...... no les convenia salirles de guerra sino que se diesen á ellos saliéndoles de paz;"[6] indignado, dijo entonces el joven Xicotencatl: "que ya habia muerto muchos teules y la yegua, y que él queria dar otra noche sobre nosotros y acabarnos de vencer y matar;"[7] empero, como todos los señores de Tlaxcala, inclusive el padre del indomable joven, optaron por la paz, al fin se celebró ésta.

Entró Cortés en Tlaxcala el 23 de septiembre de 1519;[8] el recibimiento que se le hizo "fué el más solemne y famoso...... (que) nunca á príncipe alguno se había hecho otro tal."[9] Fieles los tlaxcalteca á

1 64.
2 III, 145.
3 III, 36[1].
4 Díaz del Castillo, 58[2].
5 Idem, 61[2].
6 Sahagún, Relación, 41.
7 Díaz del Castillo, 60[2].
8 Idem, 67[1].
9 Muñoz Camargo, 186.

su tratado de paz, á partir de aquel día, siempre "fauorecieron y ayudaron (á los castellanos) con todo su poder, hasta por ellos poner muchas vezes la vida al tablero."[1]

Discutió desde luego Cortés con los Tlaxcalteca "cómo y de qué manera se podía entrar y tomar á México y ganar las demás ciudades y provincias...... de manera que desde allí en adelante no se trataba de otra cosa que de hacer gente contra los Culhuas Mexicanos."[2]

§ 7. Cholula.

Como en Tlaxcala no cesaban los españoles de oir hablar "de las grandes riquezas de Montezuma y su próspera ciudad,"[3] enardecióseles su inveterada codicia y resolvieron continuar la marcha sin dilación.

Dirigiéndose hacia Cholula, dejó Cortés á Tlaxcala á mediados de octubre; le acompañaban ahora no sólo los incontables indígenas que había recogido á su paso desde Cempoala, sino además "cien mil...... (tlaxcalteca) muy bien aderezados de guerra (según confiesa Cortés, no sin afirmar en seguida): y llegaron conmigo hasta dos leguas de la ciudad; y desde allí, por mucha importunidad mia, se volvieron, aunque todavía quedaron en mi compañía, hasta cinco ó seis mil dellos."[4]

Con tan crecido acompañamiento de guerreros indígenas, consideróse Cortés señor absoluto de toda la tierra, y á poco andar, enfatuado ya extremadamente, ordenó se hiciese un serio extrañamiento á los habitantes de Cholula, porque "no nos enviaban á visitar y hacer...... acato."[5] Atemorizados los cholulteca, se apresuraron á enviar mensajeros á Cortés; pero como no pareciesen á éste "de mucha autoridad...... prevíneles (escribía entonces al monarca español) que dentro de tres dias pareciesen ante mí á dar la obediencia á V. A. y á se ofrecer por sus vasallos, con apercibimiento que pasado el término que les daba, si no viniesen, iria sobre ellos y los destruiria...... otro dia vinieron algunos de los señores de la dicha ciudad ó casi todos, y me dijeron que si ellos no habian venido antes, la causa era porque los

1 Aguilar, 9.
2 Muñoz Camargo, 207.
3 Díaz del Castillo, 71[1].
4 72.
5 Díaz del Castillo, 72[1].

desta provincia (de Tlaxcala) eran sus enemigos, y que no osaban entrar por su tierra porque no pensaban venir seguros,"[1] "y trujeron bastimentos de gallinas y pan de su maíz."[2]

Conducido de manera real por dichos señores entró Cortés en Cholula, donde, como en Tlaxcala, se le hizo un gran recibimiento: aparecieron primero "los sacerdotes...... saliendo buen trecho, según su usanza, con cantares de niños y niñas, y tocando tambores y clarines,"[3] ó como dice Cortés, "con muchas trompetas y atabales;"[4] vino después la gente del pueblo, ordenada en "escuadrones...... é traian pan de maiz é algunas gallinas, é cada escuadron llegaba al marques á le dar la norabuena de su llegada, é se apartaban á una parte."[5]

Luego que Cortés conminó á los cholulteca para "que no adoren ídolos...... (y les dijo que él venía á) tenellos por hermanos...... (escribe Díaz del Castillo) comenzamos á marchar para la ciudad, y era tanta la gente que nos salia á ver, que las calles é azuteas estaban llenas...... y nos llevaron á aposentar á unas grandes salas, en que estuvimos todos é nuestros amigos los de Cempoal y los tlascaltecas que llevaron el fardaje, y nos dieron de comer aquel dia é otro muy bien é abastadamente."[6]

Como á partir del tercer día no pudieron los cholulteca continuar abasteciendo á sus innumerables huéspedes, ve en esto Cortés una clara señal de enemistad, y resuelve precipitadamente tomar una venganza sangrienta con felonía inaudita. Juan de Nájera, uno de los conquistadores que se hallaron entonces en Cholula, declaraba años después "que pidiendo el dicho Marques é su gente á los susodichos naturales que les diesen de comer, les traian agua é leña y unas cañas, ó no otra ninguna cosa, é por esto entendieron que les tenian armada traicion."[7] Sin perder tiempo, pues, Cortés, da un pregón disponiendo "que todos los principales de Cholula se juntassen en el patio del templo mayor,"[8] "que era de Quetzacoatl...... muy grande y de grandes edificios."[9] Obedientes los cholulteca, acuden allí en tropel, agenos

1 71.
2 Díaz del Castillo, 73[2].
3 Mártir, III, 160.
4 72.
5 Tapia, 578.
6 74[1].
7 Información de Tlaxcala, 81.
8 Códice Ramírez, 85.
9 Sahagún, Relación, 57.

por completo á la terrible suerte que se les deparaba; sencillos como eran, con candor infantil, no pudieron sospechar que Cortés les tendía un pérfido lazo de muerte; mostraban, por el contrario, una alegre curiosidad; "ni llevaron armas ofensivas ni defensivas (escribe Sahagún), sino fuéronse desarmados pensando que no se haria lo que se hizo." [1] Pensó primero Cortés en asesinar solamente á los caciques y sacerdotes, para poner espanto en la tierra y que en lo sucesivo se sometieran todos los naturales y le sirvieran como á señor absoluto; mas siendo el templo muy espacioso, sobró bastante lugar, por lo que cambió Cortés de parecer é hizo que entraran, á más de los señores principales, otros muchos individuos del ejército de Cholula; "los caciques y papas...... muy contentos (dice Díaz del Castillo)...... trujeron mas indios de guerra que les pedimos, que no cupieron en los patios, por muy grandes que son." [2]

Cuando ya no hubo ningún espacio vacío en el templo, cuando aquella inmensa muchedumbre quedó bien hacinada, casi sin poder moverse, "las españoles se pusieron á las entradas," [3] "é luego (Cortés) mandó soltar una escopeta, que era la señal que teniamos apercebida...... y se les dió una mano que se les acordará para siempre, porque matamos muchos dellos, y otros se quemaron vivos." [4] Cortés había ordenado que "los que estaban en los patios...... moriesen todos;" [5] "como hombres desesperados los más dellos que murieron en aquella guerra de Cholula, se despeñaban ellos propios...... arrojándose del cu de Quetzalcohuatl abajo." [6] Cortés mismo confiesa "que en dos horas murieron más de tres mil." [7]

Asesinados todos los naturales que había en el templo, Cortés en persona continuó fuera la carnicería sin perdonar á desdichado alguno: "E así anduve por la ciudad (dice)........ bien cinco horas, hasta que eché toda la gente fuera de la ciudad por muchas partes della." [8]

Pasó el infausto día, probablemente el 18 de octubre, y las matanzas no cesaban; por el contrario, al siguiente día vinieron á tomar par-

1 Historia de la Conquista, 18.
2 76[1].
3 Sahagún, Relación, 57.
4 Díaz del Castillo, 77[1].
5 Tapia, 576.
6 Munoz Camargo, 212-13.
7 73.
8 74.

te en ellas nuevas tropas aliadas desde "las poblaciones de Tlascala."[1]

Á los asesinatos siguieron los robos y los raptos.[2] "Finalmente, los más...... (de los cholulteca) morían desesperados matándose ellos propios."[3]

Cuando no quedó un hombre por matar, una casa por robar, ni una moza por raptar, pensóse en demoler la población; "se hizo todo lo posible por destruir aquella cibdad (dícenos uno de los mismos destructores)...... é turó dos dias el trabajar."[4]

Asegura el P. Sahagún que aquellas matanzas y devastaciones las *concertó* Cortés desde Tlaxcala;[5] igual aseveración hace el Códice Ramírez.[6] Nuestro bienaventurado Las Casas, que nunca quiso encubrir los crímenes de sus compatriotas, refiere que Cortés y los suyos resolvieron hacer en Cholula una matanza "para poner y sembrar su themor y braueza en todos los rincones de aquellas tierras. Porq siempre fue esta su determinaciō en todas las tierras q los españoles han entrado [conviene á saber] hazer una cruel y señalada matança porque tiēblen dellos aquellas ouejas mansas."[7]

§ 8. De Huexotzingo hasta Ixtapalapam.

"Destruída en esta primera entrada que se hizo Cholula, y muerta tanta muchedumbre de gente, (pasó Cortés adelante el 1º de noviembre)."[8]

Cuenta Díaz del Castillo, con su incesante prurito de enaltecer la empresa de los españoles, que sólo acompañaban á éstos mil tlaxcalteca "para llevar los tepuzques é fardaje é para adobar algunos caminos.".[9] El embuste es manifiesto; Sahagún afirma que después de haber hecho los españoles la matanza en Cholula "y robado todo lo que pudieron en el pueblo, luego comenzaron á marchar ácia México..... (acompañados de los) tlaxcaltecas, y zempoaltecas, y iba un ejército espan-

1 Díaz del Castillo, 77[1].
2 Idem, loc. cit.
3 Muñoz Camargo, 213.
4 Tapia, 576.
5 Relación, 56.
6 85.
7 Brevísima Relación, fol. C vta.
8 Muñoz Camargo, 213.
9 79[2].

toso,"[1] aseveración que en cierto modo comprueba Cortés, al decirnos que rendida la primera jornada cerca de la ciudad de Huexotzingo, cuyos naturales le recibieron muy bien, rindió la segunda á inmediaciones de Chalco, donde "hallé (agrega) un muy buen aposento..... tal y tan grande, que muy cumplidamente todos los de mi compañia y yo nos aposentamos en él, aunque llevaba conmigo mas de cuatro mil indios de los naturales destas provincias."[2]

Por otra parte, en 1565 declararon unánimemente varios de los conquistadores, que salido Cortés de Cholula, "por todo el camino vino con él gran cantidad de gente de guerra y de servicio, (se trata sólo de los naturales de Tlaxcala) acompañándole y sirviéndole y ayudándole en todo lo que se ofrecia, así en abrir los caminos como en otras cosas, hasta..... México, adonde asimismo estuvieron sirviéndole y acompañándole el tiempo que allí estuvo."[3]

De Chalco pasó Cortés á Ameca y de aquí á Tlalmanalco, donde "luego vinieron (habla Díaz del Castillo) los de Chalco, é se juntaron con los de Talmalanco, é á Mecameca é Acingo..... é otros pueblezuelos ..... y todos juntos trujeron un presente..... é dijeron: «Malinche, recibe estos presentes que te damos, y tennos de aquí adelante por tus amigos»..... (siendo entonces cuando) se les dió á entender el gran poder del Emperador nuestro señor, y que veniamos á deshacer agravios é robos."[4]

Con tales falsedades, ganóse Cortés é aquellos pueblos, quienes desde luego prestaron ayuda á los invasores, proporcionándoles veinte señores principales,[5] á quienes por fuerza acompañaban numerosos individuos de la gente común del pueblo.

Siguió después el ejército hasta Ayotzinco, siendo recibido en todas partes con agasajo: "aquellos pueblos..... (dice Durán) vinieron á saludar (á Cortés) y á dar la obediencia y á ofrecelle sus ordinarios presentes, el cual los recibía de voluntad, él y los suyos, especialmente joyas y cosas de oro y piedras ricas que le iban ofreciendo, con que iban cebando el apetito."[6]

De Ayotzinco partieron los españoles para Cuitlahuac, y "llegados

1 Relación, 57.
2 79.
3 Información de Tlaxcala, 18 y *passim*.
4 80-1.
5 Idem, 81[1 y 2].
6 II, 80.

que fueron, enviaron á llamar á todos los principales que se llaman Chinanpanecas, y habláronles de la manera que habian hablado á los montañeses ó serranos, y luego ellos vinieron en confederarse con los españoles. Desque hubieron reposado algun dia los españoles en Cuitlaoac, partiéronse para Ixtapalapa, y llegados allí, enviaron luego á llamar á los señores de las cuatro cabezas, que son de Ixtapalapa, de Mexicatzingo, de Culhoacan, de Vitzilupuzco, y habláronles de la manera que habian hablado á los chinanpanecas, los cuales con facilidad se persuadieron y confederaron con los españoles."[1]

Cortés, "como (era) hombre sagáz y mañoso, procuraba, primero que saliese de estos pueblos grandes donde llegaba estarse algunos dias descansando y atrayendo á los índios y alagándolos y haciéndoles muchas caricias y mostrándoles mucho amor y amonestándoles y persuadiéndoles fuesen sus amigos, pues él no venía á hacelles mal ni daño, sino á librallos de las tiranias y opresiones en que el rey Montezuma los tenía, prometiéndoles grandes libertades de la servidumbre en que estaban; el cual, después que le parecia que ya estaban bien persuadidos, apercibía su gente para salir de allí y pasar adelante."[2]

Así, llegando ya á las puertas de la gran Tenochititlan, "venia el capitan Don Hernando Cortés cercado de toda la tierra:"[3] ora por medio del terror, ora con falsas promesas y mentidos alhagos, pudo lograr que le ayudaran en su empresa todos los pueblos por donde había pasado.

§ 9. México.

Mientras tanto, Motecuhzoma continuaba entregado á su resolución supersticiosa de *esperar y morir*. Cuando tuvo noticia de la terrible matanza ejecutada por Cortés en Cholula, "comenzó á temer grandemente, y temblaba como un azogado;"[4] "imaginando..... que en viéndole á él..... le tratarian de aquella suerte, quiso hazer la experiencia, y assí envió un principal suyo que se le parecia un poco, (Tzioacpopoca), vestido de sus ropas, á rescebir á los españoles con mucho aparato de principales, criados y grandes presentes."[5]

El fingido monarca encontró á Cortés "[en el medio de las dos sie-

1 Sahagún, Relación, 74.
2 Durán, II, 82.
3 Códice Ramírez, 87.
4 Sahagún, Relación, 57.
5 Códice Ramírez, 85.

rras volcán y nevada, en un llano que ellos llaman el patio]. ... (pero descubierta la superchería por los aliados de Cortés) se volvió avergonzado y confuso."[1]

Al regresar, encontró el emisario á los nigrománticos y encantado- á quienes por segunda vez había encomendado su salvación Motecuhzoma, pero sin obtener mejor resultado que antes, pues aquéllos fracasaron nuevamente en sus maleficios. Juntos pues el emisario y los hechiceros, llegaron á México y se presentaron ante Motecuhzoma, el cual, luego que les hubo oído, "entristecióse grandemente, púsose cabisbajo...... y no podia hablar...... hízosele un ñudo en la garganta; después..... (chisporroteando todavía en él su antigua pujanza, exclamó): pues que los dioses y sus amigos nos desfavorecen, y nuestros enemigos vienen prósperos, ya yo estoy determinado y determinémonos todos de poner el pecho á todo lo que se ofreciere, no nos habemos de esconder, ni habemos de huir, ni habemos de mostrar cobardía: no pensemos que la gloria mexicana ha de perecer aquí. Compadézcome de los viejos y viejas y de los niños y niñas que no tienen pies ni manos para defenderse, que de los demas ya tenemos determinado de morir por la defensa de nuestra pátria."[2]

Motecuhzoma nada hizo empero para rechazar á los españoles. Era que le dominaba el fatalismo, porque "de sus antepasados tenian y sabian..... que de donde salia el sol auia de venir una gente baruada y armados; que no les diesen guerra, porque avian de ser Señores de la tierra."[3]

De allí que Motecuhzoma recurriese á remedios de encantamientos y nigromancias, y no al "perentorio que era el de venir á las manos con los españoles."[4]

Dijimos que se encontraba ya á las puertas de México Hernán Cortés. El ejército de aliados indígenas que le seguía era tan numeroso, que al decir de P. Sahagún, "apenas se habia movido la retaguardia de Ixtapalapa cuando la vanguardia entraba ya por México."[5]

"Y fué (escribe Díaz del Castillo) esta nuestra venturosa é atrevida entrada en la gran ciudad de Tenustitlan..... á 8 dias del mes de noviembre, año de nuestro Salvador Jesucristo de 1519 años."[6]

1 Sahagún, Relación, 68-4.
2 Idem, 70-1.
3 Aguilar, 12.
4 Sahagún, Relación, 73.
5 Idem, 79.
6 84[1].

El recibimiento que se hizo en México á los españoles fué imponentemente grandioso. Salieron primeramente como mil hombres principales á recibir á Cortés con reverencia suma media legua fuera de la ciudad,[1] en el punto donde se unían la calzada principal de México y otra más angosta que conducía á Coyoacán,[2] precisamente donde se fabricó después la "Hermita de San Anton."[3]

Continuada la marcha hasta "la primera entrada de la gran ciudad de México, como un cuarto de legua de las casas reales,"[4] ó sea en el espacio que media "desde la iglesia de San Antonio...... ácia el hospital de la Concepcion (hoy de Jesús)",[5] presentóse el propio Motecuhzoma acompañado de grandes caciques con ceremoniosa pompa:[6] "venia (escribe Cortés) por medio de la calle con dos señores, el uno á la mano derecha (Cacama, rey de Tetzcoco) y el otro á la izquierda (Cuítlahuac, rey de Ixtapalapam)...... todos tres vestidos de una manera, excepto el Muteczuma, que iba calzado, y los otros dos señores descalzos: cada uno le llevaba de su brazo; y como nos juntamos, yo me apeé, y le fuí á abrazar solo: é aquellos dos señores qne con él iban me detuvieron con las manos para que no le tocase."[7]

Después que los mexicanos dieron á los españoles "flores [como ellos acostumbran] y tambien un presente de oro y piedras: lo cual recibido de los españoles, Moctheuzoma habló al marqués con gran reverencia y benevolencia, y desque D. Hernando Cortés hubo entendido por medio de sus intérpretes lo que habia dicho, respondió á Moctheuzoma con muy amigables palabras, y quitándole el temor que ningun daño recibiria en su persona ni en su reino, y que él le informaria de la causa de su venida."[8]

Regresó á poco hacia la ciudad el Monarca con su séquito, cuidando antes de ordenar al señor de Tetzcoco y al señor de Coyoacan "que se fuesen con nosotros hasta aposentarnos...... (los cuales) nos llevaron...... á unas grandes casas, donde habia aposentos para todos nosotros, que habian sido de su padre del gran Montezuma, que se decia Axayaca, adonde en aquella sazon tenia el gran Montezuma sus gran-

1 Cortés, 84.
2 Díaz del Castillo, 88[1].
3 Torquemada, I, 450[2].
4 Códice Ramírez, 87.
5 Sahagún, Relación, 82.
6 Díaz del Castillo, 88[1 y 2].
7 85.
8 Sahagún, Relación, 82.

des adoratorios de ídolos, é tenia una recámara muy secreta de piezas y joyas de oro, que era como tesoro de lo que habia heredado de su padre Axayaca, que no tocaba en ello; y asimismo nos llevaron á aposentar á aquella casa por causa que como nos llamaban teules, é por tales nos tenian, que estuviésemos entre sus ídolos, como teules que allí tenia."[1]

Una vez que entraron los españoles en aquel palacio, Motecuhzoma "me tomó por la mano (dice Cortés) y me llevó á una gran sala...... E allí me fizo sentar en un estrado muy rico....... y me dijo que le esperase allí, y él se fué, y dende á poco rato, ya que toda la gente de mi compañía estaba aposentada, volvió con muchas y diversas joyas de oro y plata, y plumajes, y con fasta cinco ó seis mil piezas de ropa de algodon, muy ricas y de diversas maneras tejidas y labradas. E después de me las haber dado, se sentó en otro estrado, que luego le ficieron allí junto con el otro donde yo estaba; y sentado, propuso en esta manera:

"«Muchos días há que por nuestras escrituras tenemos de nuestros antepasados noticia que yo ni todos los que en esta tierra habitamos no somos naturales della, sino extranjeros y venidos á ella de partes muy extrañas; é tenemos asimismo que á estas partes trajo nuestra generación un señor, cuyos vasallos todos eran, el cual se volvió á su naturaleza, y después tornó á venir dende en mucho tiempo, y tanto, que ya estaban casados los que habian quedado con las mujeres naturales de la tierra, y tenian mucha generacion y fechos pueblos donde vivian; é queriéndolos llevar consigo, no quisieron ir, ni menos recibirle por señor; y así, se volvió. E siempre hemos tenido que de los que dél descendiesen habian de venir á sojuzgar esta tierra y á nosotros, como á sus vasallos. E segun de la parte que vos decis que venis, que es á do sale el sol, y las cosas que decis dese grand señor ó rey que acá os envió, creemos y tenemos por cierto él ser nuestro señor natural; en especial que nos decis que él há muchos dias que tiene noticia de nosotros. E por tanto vos sed cierto que os obedecerémos y ternémos por señor en lugar de ese gran señor que decis, y que en ello no habrá falta ni engaño alguno; é bien podeis en toda la tierra, digo en la que yo en mi señorio poseo, mandar á vuestra voluntad, porque será obedecido y fecho, y todo lo que nosotros tenemos es para lo que vos dello quisiéredes disponer. E pues estais en vuestra na-

1 Díaz del Castillo, 83-4.

turaleza y en vuestra casa, holgad y descansad del trabajo del camino y guerras que habeis tenido; que muy bien sé todos los que se vos han ofrecido de Puntunchan acá, é bien sé que los de Cempoal y de Tlascaltecal os han dicho muchos males de mi: no creais mas de lo que por vuestros ojos verédes, en especial de aquellos que son mis enemigos, y algunos de ellos eran mis vasallos, y hánseme rebelado con vuestra venida, y por se favorecer con vos lo dicen; los cuales sé que tambien os han dicho que yo tenia las casas con las paredes de oro y que las esteras de mis estrados y otras cosas de mi servicio eran asimismo de oro, y quo yo que era y me facia dios, y otras muchas cosas. Las casas ya las veis que son de piedra y cal y tierra.» Y entonces alzó las vestiduras y me mostró el cuerpo, diciendo á mi: «Veisme aquí que soy de carne y hueso como vos y como cada uno, y que soy mortal y palpable.» Asiéndose él con sus manos de los brazos y del cuerpo. «Ved cómo os han mentido; verdad es que yo tengo algunas cosas de oro que me han quedado de mis abuelos: todo lo que yo tuviere teneis cada vez que vos lo quisiéredes. Yo me voy á otras casas, donde vivo; aquí sereis proveido de todas las cosas necesarias para vos y vuestra gente, é no recibais pena alguna, pues estais en vuestra casa y naturaleza."[1]

"Cortés le respondió (manifiesta Díaz del Castillo)...... que no sabe con qué pagar él ni todos nosotros las grandes mercedes recebidas de cada dia, é que ciertamente veniamos de donde sale el sol...... y otras muchas cosas buenas...... E acabado este parlamento, tenia apercebido el gran Montezuma muy ricas joyas de oro...... que dió á nuestro capitan, é asimismo á cada uno de nuestros capitanes dió cositas de oro y tres cargas de mantas de labores ricas de pluma, y entre todos los soldados tambien nos dió á cada uno á dos cargas de mantas."[2]

No de otra suerte entregó su imperio á los hombres blancos venidos del oriente el supersticioso Motecuhzoma, acatando ciegamente la profecía de Quetzalcoatl.

Empero, los españoles no abandonaron sus sentimientos hostiles; por esto nos dice Díaz del Castillo: "repartimos nuestros aposentos por capitanías, é nuestra artillería asestada en parte conveniente, y muy bien platicada la órden que en todo habiamos de tener, y estar muy apercebidos, así los de á caballo como todos nuestros soldados; y nos

1 85-7.
2 84².

tenian (agrega el cronista) aparejada una muy suntuosa comida á su uso é costumbre, que luego comimos."[1]

Motecuhzoma pasó por alto, ó no se dió cuenta de aquellos aprestos bélicos, y continuó mostrándose imperturbablemente espléndido con los invasores. En uno de los siguientes obsequios que les hizo tocaron á cada soldado "dos collares de oro...... é dos cargas de mantas."[2]

"E desta manera (habla Cortés) estuve seis dias muy bien proveido de todo lo necesario, y visitado de muchos de aquellos señores."[3]

"Habria quedado, (pues), el negocio de los españoles muy bien puesto...... si los soldados...... refrenaran un poco la mucha cobdicia que traian de riquezas, la qual les impedia tanto que no les dejaba sosegar para tener una poca de paciencia en aguardar felicíssimas coyunturas que se ofrescieron para entregarse de paz toda esta tierra. Porque...... saquearon las casas reales, y las demas principales donde sentian que habia riquezas, por cuya causa tomaron (los mexicanos) vehemente sospecha de que el trato de los españoles era doble, y assi los indios de temor, comenzaron á ausentarse, y á faltar en acudir á lo necesario para los españoles, comenzaban á padecer hambre especialmenle los caballos y perros de ayuda que traian consigo, que eran muchos, muy feroces y diestros en la guerra: llegó á tanto que fué necessario fuessen los indios amigos á buscar con algunos Mexicanos bastimentos."[4] Sahagún, por cierto bastante adicto á Cortés, afirma que éste "permitió que sus soldados saqueasen las casas reales de México, y las casas propias de Moctheuzoma."[5] Acerca del robo del palacio de Axayacatl, Cortés dijo tranquilamente á Motecuhzoma: "«Estos cristianos son traviesos, é andando por esta casa han topado ahí cierta cantidad de oro, é la han tomado: no recibais dello pena.»"[6]

Insaciables, no obstante, en su ambición de oro los españoles, ó como dice el P. Durán: "andando con la mesma hambre que aun con tener aquello allí no se les amataba, no dexaban rincon ni cámara que no andaban y buscaban y trastornaban, y así fueron á dar con un aposento, muy secreto apartado, donde estaban las mugeres de Montezuma, con sus damas y amas que las servían y miraban por ellas, las cuales se abían recogido en aquel aposento y retraimiento de temor y

1 84[1].
2 Díaz del Castillo, 86[1].
3 87.
4 Códice Ramírez, 88.
5 Relación, 89.
6 Tapia, 580.

miedo de los españoles; aunque algunos dicen que no eran sino las mozas recogidas de los templos, que como monjas estaban en ellos cumpliendo sus votos debaxo del mandado de aquellas amas, que como abadesas las tenían en obediencia; las cuales se abían escondido en aquella casa y aposento, de temor por no ser violadas ni maltratadas de los españoles, que ya daban señal y muestra de su poca continencia."[1] No hay para que decir cuál fué la suerte de las honestas doncellas luego que dieron con ellas los lascivos aventureros.

Por la carta que escribieron varios domínicos á Mr. de Xevres con fecha 4 de junio de 1516, vemos que ya desde entonces era práctica muy común que los españoles, "para servirse de los indios prendian los caciques, porque ha sido gente que tenia mucho amor á sus señores é éranles muy leales; de tal manera, que por tenerlos seguros que no se fuesen, bastaba tenerles preso á su señor, é servíanse dellos sin los mantener, é unos muertos é otros traidos."[2] De acuerdo con tal práctica, resolvieron los conquistadores de México la aprehensión de Motecuhzoma. Escribía Cortés á Carlos V: "Pasados........... seis dias después que en la gran ciudad de Tenuxtitan entré, é habiendo visto algunas cosas della, aunque pocas, segun las que hay que ver y notar, por aquellas me pareció, y aun por lo que de la tierra habia visto, que convenia al real servicio y á nuestra seguridad que aquel señor estuviese en mi poder, y no en toda su libertad, porque no mudase el propósito y voluntad que mostraba en servir á V. A., mayormente que los españoles somos algo incomportables é importunos, é porque enojándosenos podria hacer mucho daño, y tanto, que no hobiese memoria de nosotros, segun su gran poder; é tambien porque teniéndole conmigo, todas las otras tierras que á él eran súbditas vernian mas aína al conocimiento y servicio de V. M......... Determiné de lo prender y poner en el aposento donde yo estaba, que era bien fuerte."[3] La manera convenida fué "con buenas palabras sacalle de su sala y traello á nuestros aposentos y decille que ha de estar preso; que si se alterare ó diere voces que lo pagará su persona."[4]

Contaba Cortés seguramente con que muy débil ó ninguna resistencia habría de hallar en el Monarca que con tanta poquedad de ánimo le había entregado ya su reino.

1 II, 88.
2 Varios Padres, 404–5.
3 88–9.
4 Díaz del Castillo, 93.[1]

Pone primero Cortés á toda su gente sobre las armas, cuidando de que no lo noten los mexicanos, y luego se dirige con varios capitanes al palacio de Motecuhzoma, quien, obsequioso como siempre, le presenta "algunas joyas de oro y una hija suya, y otras hijas de señores;[1] recibe todo Cortés, y en seguida, para motivar la prisión, trata de hacer responsable al Monarca de la muerte que Cuauhpopoca, principal mexicano residente en Nautlan, acababa de dar á dos españoles "por ciertos agravios y demasías que........ hicieron;"[2] concluye Cortés por manifestar á Motecuhzoma que es preciso se deje prender: "cuando esto oyó el (Monarca)...... estuvo muy espantado y sin sentido, y respondió que nunca tal mandó....... por manera que estuvieron mas de media hora en estas pláticas...... Juan Velazquez de Leon y los demás capitanes...... que...... no veian la hora de habello sacado de sus casas y tenelle preso, hablaron á Cortés algo alterados, y dijeron: «¿Qué hace vuestra merced ya con tantas palabras? O le llevamos preso ó le daremos de estocadas; por eso tornadle á decir que si da voces ó hace alboroto, que le mataréis; porque mas vale que desta vez aseguremos nuestras vidas ó las perdamos...... en fin de muchas mas razones que pasaron, dijo (Motecuhzoma) que él iria de buena voluntad; y entonces nuestros capitanes le hicieron muchas caricias, y le dijeron que le pedian por merced que no hubiese enojo, y que dijese á sus capitanes y á los de su guardia que iba de su voluntad, porque habia tenido plática de su ídolo Huichilóbos y de los papas que le servian que convenia para su salud y guardar su vida estar con nosotros."[3] Así lo hizo el pusilánime Monarca, y sin más espera salió de su palacio para entrar á la prisión que le tenían destinada los españoles á quienes él tanto había agasajado.

Algo sospechó la ciudad y con clara indignación prontamente "se comenzó á mover (dice Cortés). Pero sabido por el dicho Muteczuma, envió á mandar que no lo hubiese; y así, hubo toda quietud, segun que antes la habia."[4] Era á la sazón tan apocado el Monarca, como ciegamente obedientes sus súbditos, quienes aun viéndole preso, lo continuaban adorando como á un dios.

Llegados días después á México, por orden de Motecuhzoma, Cuauhpopoca, su hijo y quince nobles, condenó á todos Cortés á morir en

1 Cortés, 89.
2 Ixtlilxochitl, II, 382.
3 Díaz del Castillo, 95.[1 y 2]
4 90.

una hoguera; para proceder á la ejecución, "hizo sacar de los almacenes de armas (del Teocalli y del Tlacochcalco)....... todas las que hubo, que eran arcos é flexas é varas é tiraderas é rodelas é espadas de palo con filos de pedernal, é serian mas que quinientas carretadas, é hizo quemarlas é con ellas á Qualpupoca,"[1] "con su Hijo, i los demás (nobles)...... atadas las manos, i los pies."[2]

El mismo día del suplicio engrilló Cortés á Motecuhzoma, porque los reos confesaron, según cuenta aquél mismo, "que el dicho Muteczuma les habia mandado que matasen á aquellos españoles."[3] "Espantaronse los Señores, i Deudos suios, de tan gran novedad, i estando todos como atonitos, lloraban. Hincaronse de rodillas, sosteniendo con sus manos los Grillos, i metiendo por los anillos Mantas delgadas, para que no le tocasen á la carne. No sabian qué se hacer, porque si se ponian en Armas, temian seria cierta la muerte de su Señor,"[4] á quien á pesar de su comportamiento vergonzo, continuaban viendo como á persona divina.

Esos principales y deudos habían venido día á día á decir á Motecuhzoma, aun después de destruídas "las armas y munición que tenían para la defensa y guarda de la ciudad," [5] "que será bien darnos guerra (habla Díaz del Castillo) y sacallo de prision;" [6] pero el amilanado Monarca volvía á contestarles lo que ya les había manifestado desde un principio: "que él holgaba de estar algunos dias allí con nosotros de buena voluntad, y no por fuerza...... que no se alborotasen ellos ni la ciudad ni tomasen pesar dello, porque aquesto que ha pasado de estar allí, que su Huichilóbos lo tiene por bien, y se lo han dicho ciertos papas que lo saben, que hablaron con su ídolo sobre ello." [7]

Entretanto, Cortés, con su febricitante sed de oro, no cesaba de inquirir "¿qué tan rico era el estado y reino de Motecuhzoma, el de su sobrino Cacama (de Tetzcoco) y de Totoquihuatzin de Tlacopan? con todo lo que contenía el imperio de estas tres cabezas ¿qué minas había de oro y de plata?......... Todo esto preguntaba á Motecuhzoma, y de todo le daba él cumplida relación, porque nada jamás le escondió. En-

1 Tapia, 584.
2 Herrera, II, 218.[1]
3 91.
4 Herrera, II, 218.[2]
5 Ixtlilxochitl, II, 384.
6 96.[1 y 2]
7 Díaz del Castillo, 95.[2]

vió (además) á diversas partes á reconocer y calar los secretos de la tierra, la grandeza y fortaleza de las ciudades; y aun trajeron muestras de oro y de amigos (*sic*) que hallaban en ellas: entre los que así despachó.... fueron algunos á.... (Tetzcoco) con dos hermanos del rey Cacama llamados el uno Nezahualquentzin y el otro Tetlahuehuetzquititzin, que estaban con mucha gente en servicio de Cortés y de los suyos [todos naturales de la ciudad de Tetzcuco], para que la viesen y considerasen la potencia, fuerzas y grandeza de ella, y asimismo se cogiesen el oro que se guardaba en los tesoros del rey de Tetzcuco; y llegando estos dos infantes á las casas de Nezahualcoyotzin su abuelo, que estaban en la ciudad de Mexico, para desde allí embarcarse con los españoles en unas canoas grandes, llegó un mensajero de Motecuhzoma y apartando á Nezahualquentzin, le dijo: que el rey su tío le rogaba mucho, que los españoles que iban en su compañía á Tetzcuco, fuesen bien tratados y con brevedad despachados, y que procurasen darles todo el más oro que pudiesen, pues veían en la aflicción en que quedaba: y entendiendo los españoles que lo que el mensajero de Motecuhzoma le había dicho á Nezahualquentzin, era algún trato doble, llegó uno de ellos á él dándole de palos, y lo llevó preso ante el capitán Cortés, el cual lo hizo ahorcar luego; de que se sintió muy agraviado el rey Cacama, y en su lugar despachó á otro de sus hermanos llamado Tepaxochitzin para que fuese juntamente con Tetlahuehuetzquititzin con los españoles; los cuales después de haber tanteado la ciudad y comunicado con Ixtlilxochitl, recogieron todo el oro del tesoro de Nezahualcoyotzin, y una arca muy grande de dos brazas en largo, una en ancho y un estado en alto, la hincheron hasta arriba en oro; y no contentos los españoles........ mandaron á Tetlahuehuetzquititzin y á los demás señores de la ciudad, que juntasen más oro.......... y así cada uno........... sacó de sus tesoros cierta cantidad de oro, con que tornaron á henchir otra tanta cantidad........... como la primera, y lo llevaron á Cortés, el que se admiró de ver la gran suma de riquezas, y mucho más cuando le contaron la grandeza y fortaleza de la ciudad de Tetzcuco......... y dió traza de prender y haber á las manos al rey Cacama, y aunque estaba dentro de la ciudad de Mexico no se atrevió......... porque era belicosísimo, hombre animoso y sin temor...... conociendo Cacama que las demasías y atrevimientos de Cortés y de los suyos cada día iban en aumento, reprendió ásperamente á la nobleza mexicana, porque consentía hacer semejantes desacatos á cuatro extranjeros, y que no los mataban.......... Visto por el rey Ca-

cama el poco ánimo y determinación de los mexicanos (que es preciso repetirlo, todo lo sufrían por amor á su rey), se salió de la ciudad y se fué á la de Tetzcuco para juntar sus gentes, y con ellas libertar á su tío y nobleza mexicana de la servidumbre y afrenta en que vivían, y vengar la muerte injusta de su hermano Nezahualquentzin y la de Quauhpopocatzin, y de los otros caballeros sus amigos y deudos." [1]

Al saberse en México los aprestos de Cacama, hizo Cortés que á su nombre se le requiriese volviera á la obediencia; también Motecuhzoma "se lo enviaba á mandar......... (empero el digno rey de Tetzcoco respondió) que si algo le querian, que fuesen á su tierra, y que allá verian para cuánto era, y el servicio que era obligado á hacer." [2] "Tornó...... Cortés á le enviar á decir que mirase que no hiciese deservicio á nuestro rey y señor, que lo pagaria su persona y le quitaria la vida por ello; y respondió que ni conocia á rey ni quisiera haber conocido á Cortés, que con palabras blandas prendió á su tio." [3]

Desengañado Cortés de que nada adelantaría con simples amenazas, rogó á Motecuhzoma mandase á sus principales para que, por medio de algún ardid, prendiesen á Cacama. Como el servil Monarca conservaba aún absoluta autoridad sobre sus súbditos, y por otra parte, Ixtlilxochitl traicionó á su propio hermano Cacama, éste pudo ser aprisionado y traído á la capital, "al cual yo hice (escribe Cortés) echar unos grillos y poner á mucho recaudo." [4] Aquella tan repugnante traición fué causa principal para que abortase la rebelión contra el invasor: "porque el rey Cacama era esforzado, atrevido y de muy gran valor; y Cortés y su tío Motecuhzoma no fueran bastantes para atajarle sus pasos y designios, si no fuera por la amistad que Ixtlilxochitl siempre tuvo á Cortés y á los españoles." [5]

Los señores de Cuyoacan, Ixtapalapa y Tacuba, que habían entrado también en la conspiración contra los españoles, no se atemorizaron por la prisión de su caudillo; antes bien manifestaron visiblemente su desagrado, dejando de visitar á Motecuhzoma y de "hacer palacio como solian." [6] Nota esto Cortés, y luego vuelve á hablar con Motecuh-

1 Ixtlilxochitl, II, 382-84.
2 Cortés, 97.
3 Díaz del Castillo, 101.[1]
4 98.
5 Ixtlilxochitl, II, 385.
6 Díaz del Castillo, 102.[2]

zoma para que le conjure el peligro; el miserable Monarca se apresura nuevamente á complacer á sus carceleros, dictando inmediata orden de aprehensión en contra de los grandes señores, la cual fué religiosamente cumplida, pues "en ocho dias (exclama Díaz del Castillo), todos estuvieron presos en la cadena gorda, que no poco se holgó nuestro capitan y todos nosotros...... aquel buen Montezuma á todas nuestras cosas daba buen corte; é miren qué gran señor era, que estando preso así era tan obedecido." [1]

El imbécil Monarca, cegado por la superstición y el fanatismo, fué desde un principio el mejor instrumento de destrucción de su misma patria.

De hecho había entregado ya el imperio á Cortés; mas como éste quisiera no obstante que de manera formal y solemne México prestase obediencia y vasallaje al rey de Castilla, Motecuhzoma á todo asintió con su ya habitual abyección, pidiendo tan sólo se le permitiera hablar antes en junta con sus principales.

Congregados, pues, los nobles del reino, en presencia de los invasores, tomó la palabra Motecuhzoma, y después de indicar que era Quetzalcoatl quien enviaba á los castellanos, agregó: "mucho os ruego...... que así como hasta aquí á mí me habeis tenido y obedecido por señor vuestro, de aquí adelante tengais y obedezcais á este gran rey (el de Castilla), pues él es vuestro natural señor, y en su lugar tengais á este su capitan (Cortés); y todos los tributos y servicios que fasta aquí á mí me haciades, los haced y dad á él, porque yo asimismo tengo de contribuir y servir con todo lo que me mandare; y demás de hacer lo que debeis y sois obligados, á mí haréis en ello mucho placer.» Lo cual todo les dijo llorando con las mayores lágrimas y suspiros que un hombre podia manifestar, é asimismo todos aquellos señores (indígenas) que le estaban oyendo lloraban tanto, que en gran rato no le pudieron responder...... después de algo sosegadas sus lágrimas, respondieron que ellos le tenian por su señor, y habian prometido de hacer todo lo que les mandase;"[2] "é dieron (escribe Díaz del Castillo) la obediencia á su majestad, y con mucha tristeza que mostraron; y el Montezuma no pudo sostener las lágrimas; é queríamoslo tanto é de buenas entrañas, que á nosotros de verle llorar se nos enternecieron los ojos, y soldado

1 108.ª
2 Cortés, 99.

hubo que lloraba tanto como Montezuma: tanto era el amor que le teníamos."[1]

Cortés consoló á Motecuhzoma y demás señores principales mexicanos, "prometiéndoles que siempre serían bien tratados, y tan señores de todo el imperio y de lo que era suyo como antes."[2]

Consecuencia inmediata del vasallaje fué que en lo sucesivo los españoles exigieran con apremio pesados y continuos tributos para el rey de Castilla.

Salieron inmediatamente de México varios recaudadores españoles para "muchas provincias y ciudades...... (cuyos señores todos, por ordenarlo Motecuhzoma), dieron muy cumplidamente lo que se les pidió, así en joyas como en tejuelos y hojas de oro y plata, y otras cosas...... tan maravillosas, que consideradas por su novedad y extrañeza, no tenian precio, ni es de creer que alguno de todos los príncipes del mundo de quien se tiene noticia las pudiese tener tales y de tal calidad." [3] El monarca de México, por su parte, contribuyó igualmente con su acostumbrada esplendidez: dió cosas "asimismo muy maravillosas...... que, por ser tantas y tales (dice Cortés) no las sé significar."[4]

Mas tan preciadas y abundantes riquezas eran gotas de agua echadas dentro de un tonel sin fondo. Ni los cuantiosos presentes, ni los robos de riquezas fabulosas, ni los tributos excesivos que empezaban á pagar ya los pueblos de la tierra, podían calmar la ambición desmedida de los españoles. Tenía Motecuhzoma una casa donde guardaba todas sus joyas; viólas Cortés, y luego "lo hizo llevar (todo) á su aposento."[5] Por último, cuando los capitanes y soldados agotaron con sus robos los tesoros de plata ú oro de los naturales, consagráronse á buscar riquezas de otro género, y saquearon así la "Casa de Cacao de Moteçuma, adonde havia mas de quarenta mil cargas, que era gran riqueça...... porque solia valer cada carga quarenta Castellanos."[6]

Hasta entonces, en el punto que nada quedaba por robar, pidieron los aventureros españoles se procediera á la distribución de todo lo habido; "Cortés procuraba de no lo repartir tan presto...... (pero) los mas soldados y capitanes dijimos que luego se repartiese, porque habiamos

1 Díaz del Castillo, 103[a].
2 Ixtlilxochitl, II, 388.
3 Cortés, 100.
4 101.
5 Tapia, 581.
6 Herrera, II, 219[a].

visto que cuando se deshacian las piezas del tesoro de Montezuma estaba en los montones...... mucho mas oro, y que faltaba la tercia parte dello, que lo tomaban y escondian, así por la parte de Cortés como de los capitanes y otros que no se sabia, y se iba menoscabando; é á poder de muchas pláticas se pesó lo que quedaba, y hallaron sobre seicientos mil pesos (de oro) sin las joyas y tejuelos."[1] Prescott estima que cada peso de oro equivalía á dos libras esterlinas, doce chelines, seis peniques, [2] ó sean aproximadamente veinticinco pesos de nuestra moneda actual de plata; D. José Fernando Ramírez reduce por el contrario á "dos pesos y noventa y tres centavos el valor del peso de oro."[3]

Separáronse primeramente los quintos del monarca español y de Cortés; luego cierta cantidad que este alegó había gastado en la armada, y apartáronse todavía "otras sacaliñas (escribe Díaz del Castillo); de manera que quedaba muy poco de parte, y por ser tan poco muchos soldados hubo que no lo quisieron recibir; y con todo se quedaba Cortés, pues en aquel tiempo no podiamos hacer otra cosa sino callar, porque demandar justicia sobre ello era por demás; é otros soldados hubo que tomaron sus partes á cien pesos, y daban voces por lo demás...... (Uno de aquéllos) que se decia Fulano de Cárdenas...... como habia visto tanta riqueza en oro, en planchas y en granos de las minas é tejuelos y barras fundidas, y al repartir dello vió que no le daban sino cien pesos, cayó malo de pensamiento y tristeza; y un su amigo, como le veia cada dia tan pensativo y malo, íbale á ver y decíale que de qué estaba de aquella manera y suspiraba tanto; y respondió el piloto Cárdenas: «¡Oh cuerpo de tal conmigo! ¿Yo no he de estar malo viendo que Cortés así se lleva todo el oro...... y que muera mi mujer é hijos de hambre, pudiéndolos socorrer cuando fueren los procuradores con nuestras cartas, y le enviamos todo el oro y plata que habiamos habido en aquel tiempo?» Y respondióle aquel su amigo: «Pues ¿qué oro teniades vos para les enviar?» Y el Cárdenas dijo: «Si Cortés me diera mi parte de lo que me cabia, con ello se sostuviera mi mujer é hijos, y aun les sobraba...... (Al saber Cortés) que habia muchos soldados descontentos por las partes del oro y de lo que habian hurtado del monton, acordó de hacer á todos un parlamento con palabras muy melifluas y dijo que...... aquel oro que habiamos habido que era un poco de aire; que mirásemos las grandes ciudades que hay é ricas minas, que todos seria-

1 Díaz del Castillo, 106[2]
2 México, I, 280.
3 Notas, 90.

mos señores dellas, y muy prósperos é ricos...... demás desto, á ciertos soldados secretamente daba joyas de oro, y á otros hacia grandes promesas."[1]

"En aquella sazon (manifiesta el mismo Díaz del Castillo) muchos de nuestros capitanes mandaron hacer cadenas de oro muy grandes á los plateros del gran Montezuma...... y asimismo Cortés mandó hacer muchas joyas y gran servicio de vajilla, y algunos de nuestros soldados que habian henchido las manos; por manera que ya andaban públicamente muchos tejuelos de oro marcado y por marcar, y joyas de muchas diversidades de hechuras, é el juego largo, con unos naipes que hacian de cuero de atambores, tan buenos é tan bien pintados como los de España; los cuales naipes hacia un Pedro Valenciano, y desta manera estábamos." [2]

Entregados los españoles á una vida de placer y desenfreno, descuidaron por completo de difundir el catolicismo entre los naturales. Cuando poco antes luchaban desesperadamente con los tlaxcalteca, tomaban aliento en la cruz cristiana, y decían que *puñaban* por su fé; hoy, que ningún peligro corrían, adormecíanse en ellos las ideas y sentimientos religiosos. Verdad es que se comenzaron á bautizar á algunos indígenas, pero "fueron muy pocos;" [3] conforme á una estimable crónica, "Fr. Bartholome de Olmedo Cathequiçó á la Malintzin; y el Padre Iuan Dias la Bautizó, por la disposicion q hallaron para esto, por ser India tan ladina, y entendida, q la pudieron Cathequiçar en nuestra lengua. Pero no se entiende, que hiziessen mas q este primero lance;" [4] es cierto igualmente que en un departamento del teocalli mayor, según manifiesta Díaz del Castillo, se "puso nuestro altar apartado de sus.... ídolos, y la imágen de nuestra Señora y una cruz." [5] Á pesar de todo, Cortés y su gente no llegaron á ocuparse de doctrinar en la nueva religión á los naturales; así que, fuera de no hacer ni un solo cristiano entre ellos, el materialismo desnudo de colocar en el gran templo indígena extrañas imágenes que nada podían decir al pueblo mexicano, causó un resultado completamente desastroso para los mismos españoles.

Los mexica no pudieron continuar viendo como á nuevos dioses á

1 Díaz del Castillo, 106-7.
2 107.[1]
3 Ixtlilxochitl, II, 388.
4 Grijalva, fol. 1 vta.
5 108.[2]

quienes contra los dioses seculares atentaban, tratando de derrocarles de sus altares y de suplantarlos con imágenes desconocidas, Además, bastaba la conducta criminal de los castellanos para desvanecer el carácter divino que se les había atribuído, y para producir el más hondo desengaño en todos los mexicanos. Éstos habían asumido hasta aquí una condición pasiva, porque así lo quería su dios terrenal Motecuhzoma; pero desde el momento en que peligraban los dioses celestes, la autoridad del Monarca se neutralizaba, y el pueblo se veía facultado en cierto modo para abandonar su actitud primera, y tomar otra defensiva ú hostil.

De allí, pues, que nos diga Díaz del Castillo: "como habiamos puesto en el gran cu en el altar que hicimos la imágen de nuestra Señora y la cruz, y se dijo el santo Evangelio y misa, parece ser que los...... (ídolos Huitzilopochtli y Tezcatlipoca) hablaron con los papas, y les dijeron que se querian ir de su provincia, pues tan mal tratados eran de los teules, é que adonde están aquellas figuras y cruz que no quieren estar, é que ellos no estarian allí si no nos mataban, é que aquello les daban por respuesta, é que no curasen de tener otra, é que se lo dijesen á Montezuma y á todos sus capitanes, que luego comenzasen la guerra y nos matasen; y les dijo el ídolo que mirasen que todo el oro que solian tener para honrallos lo habiamos deshecho y hecho ladrillos, é que mirasen que nos íbamos señoreando de la tierra, y que teniamos presos á cinco grandes caciques, y les dijeron otras maldades para atraellos á darnos guerra; y para que Cortés y todos nosotros lo supiésemos, el gran Montezuma le envió á llamar...... Cortés...... fué de presto...... y llevó consigo á Cristóbal de Olí...... é á otros cuatro capitanes, é á doña Marina é á Jerónimo de Aguilar; y después que le hicieron mucho acato, dijo el Montezuma: «¡Oh, señor Malinche y señores capitanes, cuánto me pesa de la respuesta y mandado que nuestros teules han dado á nuestros papas é á mí é á todos mis capitanes! Y es que os demos guerra y os matemos é os hagamos ir por la mar adelante; lo que he colegido dello y me parece, es que antes que comiencen la guerra, que luego salgais desta ciudad y no quede ninguno de vosotros aquí; y esto, señor Malinche, os digo que hagais en todas maneras, que os conviene; si no, mataros han, y mirá que os va las vidas.» Y Cortés y nuestros capitanes sintieron pesar y aun se alteraron; y no era de maravillar de cosa tan nueva y determinada, que era poner nuestras vidas en gran peligro sobre ello en aquel instante, pues tan determinadamente nos lo avisaban; y Cortés le dijo qne él se lo tenia en merced el aviso; que al

presente de dos cosas le pesaban: no tener navíos en que se ir, que mandó quebrar los que trujo; y la otra, que por fuerza habia de ir el Montezuma con nosotros para que le vea nuestro gran emperador; y que le pide por merced que tenga por bien que hasta que se hagan tres navíos en el arenal que detenga á los papas y capitanes, porque para ellos es mejor partido; y que si comenzaren la guerra, que todos morirán en ella si la quisieren dar. E mas dijo, que porque vea Montezuma quiere luego hacer lo que le dice, que mande á sus capitanes que vayan con dos de nuestros soldados que son grandes maestros de hacer navíos á cortar la madera cerca del arenal. El Montezuma estuvo muy mas triste que de antes, como Cortés le dijo que habia de ir con nosotros ante el Emperador, y dijo que le daria los carpinteros, y que luego despachase, y no hubiese mas palabras, sino obras; y que entre tanto que él mandaria á los papas y á sus capitanes que no curasen de alborotar la ciudad."[1] Efectivamente, el débil Monarca se conformó con la promesa de Cortés, y con su autoridad absoluta, respetada aún, logró calmar á los sacerdotes y nobles principales que eran quienes hablaban por voz de los ídolos.

"Luego Cortés (agrega Díaz del Castillo) mandó llamar á Martin Lopez y Andrés Nuñez, y con los indios carpinteros que le dió el gran Montezuma; y después de platicado el porte de que se podrian labrar los tres navíos, le mandó que luego pusiese por la obra de los hacer é poner á punto, pues que en la Villa-Rica habia todo aparejo de hierro y herreros, y jarcia y estopa, y calafates y brea; y así, fueron y cortaron la madera en la costa de la Villa-Rica, y con toda la cuenta y galivo della, y con buena priesa comenzó á labrar sus navíos. Lo que Cortés le dijo á Martin Lopez sobre ello no lo sé; y esto digo porque dice el coronista Gómora en su Historia que le mandó que hiciese muestras, como cosa de burla, que los labraba, porque lo supiese el gran Montezuma...... mas muy secretamente me dijo el Martin Lopez que de hecho y apriesa los labraba; y así, los dejó en astillero tres navíos."[2]

§ 10. Pánfilo de Narváez.

En tal estado las cosas, cuando llevaba ya Cortés cinco meses de permanecer en México, arribó á San Juan de Ulúa la cuarta armada

1 109[1 y 2].
2 109[2].

despachada á Nueva España por Diego de Velázquez. Había partido aquélla del puerto de Guaniguanico "al principio del mes de marzo.... (de 1520 con) diez é seis navios pequeños y grandes,"[1] en los cuales venían mil cuatrocientos soldados, ochenta caballos y sobre veinte tiros de artillería.[2]

Vázquez de Ayllón, agrega que también venían "hasta mil indios."[3]

Á la altura de las sierras de San Martín se perdió "un navío de poco porte,"[4] á causa de un temporal, arribando las demás naves á San Juan de Ulúa hacia fines de abril; Cortés manifiesta que tuvo noticia del arribo "entrante el mes de mayo."[5]

En un principio recibió alegría suma Cortés, porque pensaba que al fin volvían con refuerzos los procuradores enviados á España;[6] "«Gracias á Dios que al mejor tiempo provee» (exclamó);"[7] mas luego que supo que la armada pertenecía á Velázquez, y que Narváez "se nombraba por capitan general y teniente de gobernador de todas estas partes por el dicho Diego Velazquez,"[8] sobrevínole gran inquietud y temor, á tal grado, que desechando su natural ruindad, hizo "grandes dádivas y ofrecimientos (á sus soldados para asegurar su adhesión)."[9]

La primera providencia que por su parte tomó Narváez, fué enviar al clérigo Juan Ruiz de Guevara, acompañado de un escribano y tres testigos á requerir á Gonzalo de Sandoval, capitán de la Villa-Rica, que se diese luego con todos los vecinos. Contestó Sandoval con mandar "á sus soldados que los llevasen presos á Méjico; y no lo hubo bien dicho, cuando en jamaquillas de redes, como ánimas pecadoras los arrebataron muchos indios de los que trabajaban en la fortaleza, que los llevaron á cuestas, y en cuatro dias dan con ellos cerca de Méjico, que de noche y de dia con indios de remuda caminaban; é iban espantados (los presos)..... y como Cortés..... supo que venian..... envióles gran banquete, é cabalgaduras para los tres mas principales, y mandó que luego los soltasen de la prisión, y les escribió que le pesó de que..... Sandoval tal desacato tuviese, é que quisiera que les hiciera

1 Vázquez de Ayllón, 42.
2 Díaz del Castillo, 110[1].
3 42.
4 Díaz del Castillo, 110[2].
5 118.
6 Cortés, 114.
7 Díaz del Castillo, 111[1].
8 Cortés, 116.
9 Díaz del Castillo, 111[2].

mucha honra..... los salió á recibir y los metió en la ciudad muy honradamente..... á cabo de dos dias que estuvieron con nosotros, Cortés les habló de tal manera con prometimientos y halagos, y aun les untó las manos de tejuelos y joyas de oro, y los tornó á enviar á su Narvaez con bastimento que les dió para el camino; que donde venian muy bravosos leones, volvieron muy mansos y se le ofrecieron por servidores,"[1] proporcionándole desde luego minuciosos informes acerca de la expedición de Narváez.[2]

Tan pronto como supo Cortés cuantos detalles necesitaba, "tomó... consejo con nuestros capitanes é todos nosotros los que sabia que le habiamos de ser muy servidores, é solia llamar á consejo para en casos de calidad, como estos; é por todos fué acordado que brevemente, sin mas aguardar cartas ni otras razones, fuésemos sobre el Narvaez, é que Pedro de Albarado quedase en Méjico en guarda del Montezuma con todos los soldados que no tuviesen buena disposicion para ir á aquella jornada."[3]

Conforme á lo resuelto, se puso Cortés luego en marcha con la mayor parte de los castellanos y aliados indígenas. Vázquez de Tapia manifiesta que únicamente quedaron en México al mando de Alvarado "ciento e treynta españoles;"[4] aunque dicho autor no hace referencia alguna á los indígenas, consta plenamente que también "quedaron muchos tlascaltecas para.... ayudar é favorecer y servir en lo que se ofreciese."[5]

Dirigióse Cortés "á unos pueblos obra de doce leguas de Cempoal, que se dicen Tampaniquita é Mitalaguita....., yendo..... con mucho concierto para pelear si topásemos gente de guerra de Narvaez."[6]

"El Capitan algunas vezes nos hazia unas platicas muy buenas, dandonos a entender que cada uno de nosotros avia de ser Conde o duque y Señores de ditados, y con aquesto de corderos nos tornava leones, y yvamos sin temor ny miedo ninguno a un tan grande exercito."[7]

En el camino se presentó Alonso de Mata acompañado de otros cuatro del bando de Narváez, á notificar á Cortés ciertos despachos ó provisiones. Mas como éste encontró buen medio para que no le notifica-

1 Idem, 112¹ʸ².
2 Cortés, 116.
3 Díaz del Castillo, 115¹.
4 En Proceso de Alvarado, 36.
5 Información de Tlaxcala, 18 y *passim*.
6 Díaz del Castillo, 116¹.
7 Aguilar, 14.

ra, "é apartadamente habló con ellos y les untó las manos con tejuelos de oro..... luego se volvieron á su Narvaez diciendo bien de Cortés y de todos nosotros."[1]

Entretanto, habían acudido á Narváez algunos soldados de Cortés, de quien "decian mucho mal,"[2] y todo presagiaba el mejor éxito para Velázquez. No obstante, pronto surgió un serio incidente.

Había venido con Narváez el oidor Lucas Vázquez de Ayllón, según escribe este mismo, para "estorbar que no hobiese debates y escándalos (con Cortés);"[3] llegados á San Juan de Ulúa, y una vez que se principiaron á hacer aprestos contra Cortés, creyó conveniente el oidor notificar á Narváez que "so graves penas se fuese á poblar..... á otra parte, é que lo hiciese con brevedad porque los españoles comenzaban á entrar por la tierra adentro, é se desmandaban, é tomaban á los indios los mantenimientos é otras cosas que tenian, é que no fuese ni enviase gente contra Cortés."[4] En contestación limitóse Narváez á hacer saber al oidor que se embarcara de grado ó por fuerza; "por manera (escribe el último) que fué forzado de me entrar en el dicho navio (el mismo en que había venido),"[5] y en el cual tuvo que regresar á Cuba.

Desembarazado del oidor, Narváez se trasladó con su gente á Cempoala, donde despojó al cacique de todo el oro, mantas é indias que Cortés le había dejado en guarda; los soldados castellanos, á ejemplo de su capitán, se entregaron á su turno á robar á los naturales.[6]

Animados aquellos nuevos aventureros de sórdida codicia, como todos los castellanos que emigraban entonces de España, prorrumpieron en gozosas exclamaciones apenas tuvieron noticia de las riquezas cuantiosas reunidas por Cortés: "«¡Oh, á qué tiempo hemos venido, (decían los soldados) que tiene allegado este traidor de Cortés mas de setecientos mil pesos de oro, y todos serémos ricos; pues los capitanes y soldados que consigo trae, no será menos sino que tengan mucho oro!»"[7]

Alimentando tan gratas esperanzas estaban Narváez y los suyos en Cempoala, al tiempo que Cortés entraba en Panguaniquita; "é otro dia llegó el capitan Sandoval con los soldados que tenia, que serian hasta sesenta."[8]

1 Díaz del Castillo, 116[1 y 2].
2 Idem, 111[1].
3 41.
4 Vázquez de Ayllón, 46.
5 47.
6 Díaz del Castillo, 114[2].
7 Idem, 116[2].
8 Loc. cit.

Resolvió entonces Cortés enviar á fray Bartolomé de Olmedo al real enemigo para "que se hiciese muy servidor del Narvaez, é que se mostrase favorable á su parte mas que no á la de Cortés, é que secretamente convocase al artillero..... Rodrigo Martin é á otro artillero.... Usagre, é que hablase con Andrés de Duero para que viniese á verse con Cortés..... y para esto llevó mucha cantidad de tejuelos é cadenas de oro para repartir."[1] Gustoso aceptó el falaz fraile el papel indigno que se le encomendaba.

Días antes había recibido Olmedo una comisión análoga; aunque entonces Narváez "no lo quiso oir..... (y aun) le trató mal de palabra ..... muy secretamente repartió el fraile los tejuelos y cadenas de oro á quien Cortés le mandó, y convocaba y atraia á sí los mas principales del real de Narvaez."[2]

Empero, la segunda embajada dió resultados mejores, como pasamos á indicar.

No se había captado Narváez la adhesión de los suyos, porque les trataba con mezquina ruindad; "el oro y ropa que el Montezuma les enviaba todo se lo guardaba, y no daba cosa dello á ningun capitan ni soldado; antes decia, con voz, que hablaba muy entonado, medio de bóveda, á su mayordamo: «Mirad que no falte ninguna manta, porque todas están puestas por memoria.»"[3]

Cortés, por el contrario, aunque igualmente mezquino y ruin, supo mostrarse dadivoso y espléndido con los enviados de Narváez, cosa que con mucho le bastó para granjearse la voluntad de aquellas gentes, cuyo fin único, al inmigrar á América, era acaparar riquezas. De allí que Guevara y sus acompañantes, inmediatamente que "llegaron á Cempoal á dar relacion á su capitan, comenzaron á convocar todo el real de Narvaez que se pasasen con nosotros."[4] "Como..... decian secretamente á todos..... tanto bien de Cortés..... é que habian visto tanta multitud de oro que en el real andaba en el juego de los naipes, muchos de los de Narvaez deseaban estar ya en nuestro real."[5]

Por su lado, Alonso de Mata y sus acompañantes, obligados de manera idéntica por el oro recebido, no hacían menor propaganda en favor de Cortés.

1 Díaz del Castillo, 117[1].
2 Idem, 118[2].
3 Loc. cit.
4 Díaz del Castillo, 112[3].
5 Idem, 118[1 y 2].

Olmedo en consecuencia encontraba asegurado de antemano el éxito de su segunda embajada; como por otra parte no carecía de "astucia y mañas,"[1] supo representar á maravilla su comedia ante Narváez, sin dasatender el encargo principal de Cortés, "que fué convocar á ciertos caballeros de los de Narvaez y al artillero Rodrigo Mino, que así se llamaba, é al Usagre, que tenia tambien cargo de los tiros; y para mejor le atraer, fué un su hermano del Usagre con tejuelos de oro, que dió de secreto al hermano."[2]

Respondiendo con pronta diligencia al persuasivo llamamiento, Duero y Usagre no sólo se presentaron en seguida ante Cortés, sino que le ofrecieron servirle en todo, por lo cual, aquél les cargó de oro cuando regresaron á su real; asimismo mandó Cortés á Agustín Bermúdez, alguacil mayor de Narváez, "y á un clérigo que se decia Juan de Leon, y al clérigo Guevara, que fué el que primero envió Narvaez, y otros sus amigos, muchos tejuelos y joyas de oro, y les escribió lo que le pareció que convenia, para que en todo le ayudasen."[3]

Á la sazón ya habían dado motivo Olmedo y sus acompañantes á Narváez para que les despidiera perentoriamente; "ellos (habla Díaz del Castillo), que no veian la hora de verse en nuestro real, lo pusieron por obra...... (trayendo consigo á) seis ó siete de los...... de Narvaez, que ya estaban convocados por Cortés."[4] De esta suerte quedaron rotas las negociaciones.

Con tiempo había enviado Cortés al soldado Tovilla á Chinantla por trescientas lanzas y "dos mil hombres de guerra...... (el cual regresó) luego con obra de ducientos indios, que trajeron las lanzas, y con los demás indios de guerra quedó para venir con ellos otro soldado de los nuestros."[5]

Díaz del Castillo afirma con admirable desplante que los españoles sólo eran "ducientos y seis, contados atambor é pífaro, sin el fraile, y con cinco de á caballo y dos artilleros y pocos ballesteros y menos escopeteros;"[6] pero á poco andar se desmiente á sí mismo haciendo subir el número hasta "ducientos y sesenta y seis soldados."[7] Cortés dice: "por todos eramos docientos y cincuenta hombres, sin tiro de pól-

1 Idem, 121².
2 Idem, 117².
3 Idem, 119².
4 Idem, 121.²
5 Idem, 118–19.
6 119.¹
7 122.¹

vora ni caballo, sino á pié."[1] Acerca del número de aliados indígenas, los cronistas nada nos dicen, fieles á su común costumbre de omitirlo casi siempre. Sabemos, no obstante, de manera cierta, por lo que concierne únicamente á los tlaxcalteca, que además de quedar muchos de éstos en México, "otros muchos fueron (con Cortés)."[2]

Adelantó Cortés su campo hasta el río Chachalacas, "adonde estaba en aquella sazon una puente, obra de una legua de Cempoal,"[3] y resolvió romper allí las hostilidades. Á este efecto, manifiéstanos él mismo: "dí mi mandamiento á Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor, para prender al dicho Narvaez y á los que se llamaban alcaldes y regidores; al cual dí ochenta hombres........ y yo con otros ciento y setenta...... seguí al dicho alguacil mayor, para le ayudar si......... Narvaez y los otros quisiesen resistir su prision."[4] "Yo os mando (decía en dicha orden) que prendais el cuerpo de Pánfilo de Narvaez, é si se os defendiere, matadle.... después de dado el mandamiento, prometió (Cortés) que al primer soldado que le echase la mano la daria tres mil pesos, y al segundo dos mil, y al tercero mil; y dijo que aquello que prometia que era para guantes, que bien viamos la riqueza que habia entre nuestras manos...... «Bien sé (agregó) que los de Narvaez son por cuatro veces mas que nosotros; mas ellos no son acostumbrados á las armas y como están la mayor parte dellos mal con su capitan, y muchos dolientes, les tomarémos de sobresalto; tengo pensamiento que Dios nos dará vitoria, que no porfiarán mucho en su defensa, porque mas bienes les harémos nosotros que no su Narvaez.»"[5]

"E como yo (escribe Cortés á Carlos V) deseaba evitar todo escándalo, parecióme que seria el menos, yo ir de noche, sin ser sentido, si fuese posible, y ir derecho al aposento del dicho Narvaez, que yo y todos los de mi compañía sabíamos muy bien, y prenderlo; porque preso él, creí que no hubiera escándalo, porque los demás querian obedecer á la justicia, en especial que los mas dellos venian por fuerza, que el dicho Diego Velazquez les hizo, y por temor que no les quitase los indios que en la isla Fernandina tenian. E así fué que el dia de pascua de Espíritu Santo (28 de mayo), poco mas de media noche, yo dí en el dicho aposento, y antes topé..... (con dos espías que había pues-

1 123.
2 Información de Tlaxcala, 18 y *passim*.
3 Díaz del Castillo, 122.[1]
4 123.
5 Díaz del Castillo, 124.[1]

to Narváez casi á una legua de la ciudad), y las que yo delante llevaba prendieron la una dellas, y la otra se escapó, de quien me informé de la manera que estaban; y porque la espía que se habia escapado no llegase antes que yo, y diese mandado de mi venida, me dí la mayor priesa que pude, aunque no pude tanta, que la dicha espía no llegase primero casi media hora. E cuando llegué al dicho Narvaez, ya todos los de su compañía estaban armados y ensillados sus caballos y muy á punto, y velaban cada cuarto docientos hombres; é llegamos tan sin ruido, que cuando fuimos sentidos y ellos tocaron al arma, entraba yo por el patio de su aposento, en el cual estaba toda la gente aposentada y junta, y tenian tomadas tres ó cuatro torres que en él habia, y todos los demás aposentos fuertes. Y en la una de las dichas torres, donde el dicho Narvaez estaba aposentado, tenia á la escalera della hasta diez y nueve tiros de fusilería. E dimonos tanta priesa á subir la dicha torre, que no tuvieron lugar de poner fuego mas de á un tiro, el cual quiso Dios que no salió ni hizo daño ninguno. E así se subió la torre hasta donde el dicho Narvaez tenia su cama, donde él y hasta cincuenta hombres que con él estaban, pelearon con el dicho alguacil mayor y con los que con él subieron, y puesto que muchas veces le requirieron que se diese á prision por V. A., nunca quisieron, hasta que se les puso fuego, y con él se dieron. Y en tanto que el dicho alguacil mayor prendia al dicho Narvaez, yo con los que conmigo quedaron defendia la subida de la torre á la demás gente que en su socorro venia, y fice tomar toda la artillería, y me fortalecí con ella; por manera que sin muertes de hombres, mas de dos que un tiro mató, en una hora eran presos todos los que se habian de prender, y tomadas las armas á todos los demás, y ellos prometido ser obedientes á la justicia de V. M."[1]

No dejó de comprender Narváez que la decantada victoria de Cortés se debió exclusivamente al oro repartido por éste, y no sin amargura decía años después "que le avian vendido aquellos de quien se fiaba, que Cortés le avia sobornado."[2] En realidad, no hubo sorpresa sino para Narváez, á quien no se había comprado, y que fué, por lo mismo, el único que peleó.

Al tratar de repartir el botín de guerra, consistente en las joyas de oro y demás objetos robados por Narváez y los suyos á los naturales de aquellas comarcas, surgieron nuevamente diferencias enojosas y gra-

1 123-24.
2 En Oviedo, III, 816.[1]

ves altercados, á causa de que Cortés no quiso dar nada á su propia gente, y antes bien todo lo regalaba á los de Narváez, "porque, como son muchos, y nosotros pocos (decía Díaz del Castillo), no se levanten contra él y contra nosotros, y le matasen."[1]

"Sucedió en esto....... que iendo en el Exercito de Narvaez vn Negro con Viruelas, como el Lugar de Cempoala era mui grande, i de mucha Gente, i las Casas de los Indios tan pequeñas, que vivian mui apretados, fueron las Viruelas pegandose con los Indios, de manera, que asi por no curarse, como porque vsando ellos de labarse cada dia en salud, lo hacian con el mal, que los abrasaba, aiudado del calor de la Tierra, cosa tan contraria por tal cura: i asi murieron infinitos, no aiudando poco la falta que hacian las Mugeres, que por la enfermedad no podian moler el Maíz, i cocer el Pan. Eran tantos los muertos, que como no los enterraban, el hedor corrompió el Aire, i se temió de gran pestilencia. Este mal de las Viruelas se estendió por toda Nueva España, i causó increíble mortandad: i era cosa notable vér á los Indios, que se salvaron, desfigurados en las manos, i rostros, con los hoios de las Viruelas, por causa de rascarse."[2]

"Segun decian los indios, jamás tal enfermedad tuvieron, y como no la conocian, lavábanse muchas veces."[3] Motolinia afirma lo mismo: "fué entre ellos (dice) tan grande enfermedad y pestilencia en toda la tierra, que en las mas provincias murió mas de la mitad de la gente y en otras poco menos; porque como los Indios no sabian el remedio para las viruelas, antes como tienen muy de costumbre, sanos y enfermos, el bañarse á menudo, y como no lo dejasen de hacer morian como chinches á montones. Murieron tambien muchos de hambre, porque como todos enfermaron de golpe, no se podian curar los unos á los otros, ni habia quien les diese pan ni otra cosa ninguna. Y en muchas partes aconteció morir todos los de una casa; y porque no podian enterrar tantos como morian, para remediar el mal olor que salia de los cuerpos muertos, echábanles las casas encima, de manera que su casa era su sepultura. A esta enfermedad llamaron los Indios la gran lepra, porque eran tantas las viruelas, que se cubrian de tal manera que parecian leprosos, y hoy dia (1541) en algunas personas que escaparon parece bien por las señales, que todos quedaron llenos de hoyos."[4]

1 127.²
2 Herrera, II, 257².
3 Díaz del Castillo, 127.²
4 15.

No tan sólo no alarmó á Cortés la pestilencia que tan innumerables víctimas hacía entre los naturales, sino que, podemos pensar, le produjo cierta satisfacción, supuesto que venía á ayudarle en su obra de exterminio: mientras más naturales matase la peste, menos tendría él que asesinar después para adueñarse de la tierra. Así nos explicamos que, sin hacer la más leve alusión á la plaga que acababa con las poblaciones indígenas, y antes bien tratando de ocultarla, precisamente porque era su auxiliar, nos diga: "Dos dias despues de preso el dicho Narvaez, porque en aquella ciudad no se podia sostener tanta gente junta, mayormente que ya estaba casi destruida, porque los que con el dicho Narvaez en ella estaban la habian robado, y los vecinos della estaban ausentes y sus casas solas, despaché dos capitanes con cada docientos hombres, el uno para que fuese á hacer........(un) pueblo en el puerto de Cucicacalco...... y el otro á aquel rio que los navíos de Francisco de Garay dijeron que habian visto, porque ya yo le tenia seguro. E asimismo envié otros docientos hombres á la villa de la Veracruz, donde fice que los navíos que el dicho Narvaez traia viniesen. E con la gente demás me quedé en la dicha ciudad....... E despaché un mensajero á la ciudad de Tenuxtitan, y con él hice saber á los españoles que allí habia dejado, lo que me habia sucedido. El cual dicho mensajero volvió de ahí á doce dias, y me trujo cartas del alcalde que allí habia quedado, en que me hacia saber cómo los indios les habian combatido la fortaleza por todas las partes della, y puéstola fuego por muchas partes y hecho ciertas minas, y que se habian visto en mucho trabajo y peligro, y todavia los mataran, si el dicho Muteczuma no mandara cesar la guerra...... y que por amor de Dios los socorriese á mucha priesa. E vista la necesidad en que estos españoles estaban, y que si no los socorria, demás de los matar los indios, y perderse todo el oro y plata y joyas que en la tierra se habian habido...... se perdia la mejor y mas noble ciudad de todo lo nuevamente descubierto del mundo; y ella perdida, se perdia todo lo que estaba ganado, por ser la cabeza de todo y á quien todos obedecian. Y luego despaché mensajeros á los capitanes que habia enviado con la gente, haciéndoles saber lo que me habian escrito de la gran ciudad para que luego, donde quiera que los alcanzasen, volviesen, y por el camino mas cercano se fuesen á la provincia de Tlascaltecal, donde yo con la gente estaba en compañía, y con toda la artillería que pude y con setenta de caballo me fuí á juntar con ellos, y allí juntos y hecho alarde, se hallaron los dichos setenta de caballo y quinientos peones. E con ellos á mayor

priesa que pude me partí para la dicha ciudad, y en todo el camino nunca me salió á recibir ninguna persona del dicho Muteczuma, como antes lo solian facer, y toda la tierra estaba alborotada y casi despoblada; de que concebí mala sospecha, creyendo que los españoles que en la dicha ciudad habian quedado, eran muertos, y que toda la gente de la tierra estaba junta esperándome en algun paso ó parte donde ellos se pudiesen aprovechar mejor de mí. E con este temor fuí al mejor recaudo que pude, fasta que llegué á la ciudad de Testuco, que.... está en la costa de aquella gran laguna."[1]

§ 11. Pedro de Alvarado.

Digamos por qué se habían levantado en armas los mexicanos.

Poco antes de que partiese Cortés de México á atacar á Narváez, Motecuhzoma le "pidio licencia para fazer una fiesta grande que cada año solian fazer e...... Cortes se la dio."[2] Llegado el día de "la fiesta tan celebrada de los mexicanos llamada Toxcatl, que caía siempre por Pascua de Resurrección (20 de mayo)....... se hizo un solemne mitote y danza en el patio del templo mayor, en donde se juntaron todos los de la nobleza mexicana, cargados y adornados con todas las joyas de oro, pedrería y otras riquezas que tenían."[3] Hay que advertir que los mexicanos, antes de celebrar su fiesta, obtuvieron también permiso de Alvarado, "con condicion, que ni llevasen Armas, ni sacrificasen á nadie."[4]

Ahora bien, sea que Alvarado obrara por inspiración propia, sea que Cortés hubiese maquinado ejecutar en Tenochtitlan una matanza igual á la que él mismo dirigió en Cholula, á fin de que, muertos los señores y principales del imperio, la conquista fuese más fácil, y por esto "se lo dejó mandado (á Alvarado) antes que se fuese;"[5] el caso es que, con motivo de aquella fiesta, la nobleza mexicana fué víctima de una de las carnicerías más inhumanas llevadas al cabo en América por los españoles.

Reunidos pues los señores y principales mexicanos en el gran templo, Alvarado salió de su cuartel con la mitad de los suyos, dejando la

1 125–27.
2 Proceso de Alvarado, 36.
3 Ixtlilxochitl, II, 398.
4 Herrera, II, 268².
5 Fragmentos, 144.

otra mitad, dícenos uno de los propios asesinos, "en la fortaleza en guarda del dicho Motunzuma e mando a los que quedavan que en escomensando el a matar los questavan baylando en la mesquita mayor que matasen a todos los questavan con el dicho Motunzuma queran muchos señores e personas prencipales que contyno le hazian palacio."[1]

"Como el gran patio del ídolo Vitzilupuchtli [dios de los mexicanos] (escribe el P. Sahagún) estuviese lleno de gente principal, y de sacerdotes y soldados, y otra gente en gran número, todos ocupados en los cantares idolátricos de aquel su ídolo á quien hacian fiesta; los españoles salieron de repente todos puestos á punto de guerra, y tomaron las puertas del patio para que nadie pudiese salir, y entraron armados; pusiéronse junto á las paredes del patio por todo el interior dél. Los indios pensaban que iban á mirar la manera de su danzar y tañir, bailar y cantar, y procedieron en su fiesta y cantares de manera de danza y solemnidad."[2] Agrega Vázquez de Tapia "questavan baylando obra de trezientos o quatrozientos yndios que todos los mas eran señores baylando asidos por las manos e mas de otros dos o tres mill asentados por alli mirandolos;"[3] "desnudos, empero cubiertos de piedras y perlas, collares, cintas, brazaletes y otras muchas joyas de oro, plata y aljófar, y con muy ricos penachos en las cabezas."[4]

"Estando los pobres (mexicanos) muy descuidados, desarmados y sin rezelo de guerra, movidos los españoles de no sé que antojo [ó como algunos dizen] por cobdicia de las riquezas de los atavíos, tomaron los soldados las puertas del patio donde bailaban los desdichados Mexicanos, y entrando otros al mismo patio, comenzaron á alancear y herir cruelmente aquella pobre gente, y lo primero que hizieron fué cortar las manos y las cabezas á los tañedores, y luego comenzaron á cortar sin ninguna piedad, en aquella pobre gente cabezas, piernas y brazos, y á desbarrigar sin temor de Dios, unos hendidas las cabezas, otros cortados por medio, otros atravesados y barrenados por los costados; unos caian luego muertos, otros llevaban las tripas arrastrando huyendo hasta caer; los que acudian á las puertas para salir de allí, los mataban los que guardaban las puertas; algunos saltaron las paredes del patio, y otros se subieron al templo, y otros no hallando otro re-

1 Bernardino Vázquez de Tapia, en Proceso de Alvarado, 87.

2 Relación, 100.

3 En Proceso de Alvarado, 87.

4 Gomara, 368[2]

medio echábanse entre los cuerpos muertos, y se fingian ya difuntos, y desta manera escaparon algunos; fué tan grande el derramamiento de sangre, que corria arroyos por el patio. Y no contentos con esto los españoles andaban á buscar los que se subieron al templo y los que se habian escondido entre los muertos, matando á quantos podian haber á las manos. Estaba el patio con tan gran lodo de intestinos y sangre que era cosa espantosa y de gran lástima ver assí tratar la flor de la nobleza Mexicana que allí fallesció casi toda."[1]

Gomara asegura que asistieron á la fiesta "mas de seiscientos caballeros y principales personas, y aun algunos señores...... (advierte que hubo personas que afirmaron que aquéllos todos fueron) mas de mil..... (y agrega que Alvarado) sin duelo ni piedad...... los acuchilló y mató, y quitó lo que tenian encima."[2] Juan Cano, soldado de Narváez, asegura también que habían concurrido al templo "más de seyscientos (señores) desnudos, é con muchas joyas de oro y hermosos penachos é muchas piedras presciosas, é como más aderesçados é gentiles hombres se pudieron é supieron aderesçar, é sin arma alguna defensiva ni ofensiva..... (y que los españoles les mataron) sin perdonar á uno ni á ninguno, hasta que á todos los acabaron en poco espacio de hora."[3]

No terminaba aún la matanza, cuando, "salió la fama por el pueblo de lo que pasaba, (y los mexica) comenzaron á dar voces y gritos para que viniesen con armas todos los que eran para tomarlas contra los españoles, dando noticia de lo que hacian, y luego acudió mucha gente con sus armas.... y comenzaron á pelear con los españoles con tanta furia, que los hicieron retraer á las casas reales donde estaban aposentados."[4] Llegado allí Alvarado, "herido de una pedrada en la cabesa..... corriendo sangre se fue al dicho Motunzuma e le dixo mira que me an fecho tus vasallos e el dicho Motunzuma le dixo Alvarado sy tu no lo comenzaras mis basallos no ovieran fecho eso o como vos aveys echado a perder a vosotros e a mi tambien."[5]

Una vez en su aposento los españoles, "fortaleciéronse y barrearonse lo mejor que pudieron para que los indios no pudiesen entrarles.... (empero, los mexicanos, luego que les vieron huir) se ocuparon en hacer las ecsequias de los que habian sido muertos eu el areito y despues

1 Códice Ramírez, 88–9.
2 363–64.
3 550[1].
4 Sahagún, Relación, 100-1.
5 Vázquez de Tapia, en Proceso de Alvarado, 38.

dél, y en esto tardaron algunos dias antes que tornasen á dar guerra á los españoles. Fué grande el llanto de los indios sobre los muertos, porque habian muerto muchas personas de cuenta, así sacerdotes como caballeros y personas de dignidad de la república, y ansí hicieron en diversos lugares los enterramientos, y hicieron diversas ceremonias segun la calidad de los que sepultaban."[1]

Terminados los tristes funerales, volvieron impetuosamente los mexicanos sobre los españoles, mas "Motunzuma salio e dixo (habla Vázquez de Tapia) que dexasen de fazer aquello e ansi lo dexaron e..... si el dicho Motunzuma no lo apaziguara no quedara ningund español que no mataran;"[2] en otro lugar manifiesta el propio testigo presencial "que llego la pelea a tanto que sy al dicho Motunzuma no lo pusieran sobre un azotea para que apasiguaran la guerra de aquella vez murieran todos los españoles."[3]

Díaz del Castillo asienta por su parte: "bien entendido teniamos que á Montezuma le pesó dello (que los mexicanos atacaran á Alvarado) que si le pluguiera ó fuera por su consejo, dijeron muchos soldados de los que se quedaron con Pedro de Albarado en aquellos trances, que si Montezuma fuera en ello, que á todos les mataran, y que el Montezuma los aplacaba que cesasen la guerra."[4] Efectivamente, vimos ya por el mismo Cortés, que habrían perecido indefectiblemente Alvarado y los suyos, "*si el dicho Mutecsuma no mandara cesar la guerra.*"[5]

Obedecieron todavía ciertamente los mexicanos á su Monarca, pero sin abandonar ya su actitud hostil, toda vez que mantuvieron cercados á los españoles, como nos lo indica igualmente Cortés;[6] "pero no les descercaron la casa por algunos dias (leemos en los Fragmentos), antes habia cada dia nuevos alborotos pidiendo su Rey, y él los aplacaba y aplacó hasta tanto que llegó Cortés de la Veracruz."[7]

Mientras, Motecuhzoma había mandado á Cempoala cuatro grandes principales para que se quejasen ante Cortés de la sanguinaria conducta de Alvarado, los cuales llegaron precisamente en los momentos en que salía para México el ejército español; "lo que dijeron llorando (dichos principales) con muchas lágrimas de sus ojos fué, que Pedro

1 Sahagún, Relación, 103.
2 En Proceso de Alvarado, 38.
3 Proceso de Cortés, I, 41.
4 128².
5 126.
6 Loc. cit.
7 143.

de Albarado salió de su aposento con todos los soldados que le dejó Cortés, y *sin causa ninguna* dió en sus principales y caciques, que estaban bailando y haciendo fiesta á sus ídolos Huichilóbos y Tezcatepuca, con licencia que para ello les dió el Pedro de Albarado, é que mató é irió muchos dellos, y que por se defender le mataron seis de sus soldados. Por manera que daban muchas quejas del Pedro de Albarado; y Cortés les respondió á los mensajeros algo desabrido, é que él iria á Méjico y pornia remedio en todo; y así, fueron con aquella respuesta á su gran Montezuma, y dicen la sintió por muy mala y hubo enojo della."[1]

Cuenta Cortés, sin duda para atenuar su descalabro ulterior, que únicamente llevaba consigo "setenta de caballo y quinientos peones."[2] Díaz del Castillo nos hace saber sin embargo que venían con Cortés "sobre mil y trecientos soldados, así de los nuestros como de los de Narvaez, y sobre noventa y seis caballos y ochenta ballesteros y otros tantos escopeteros..... y demás desto (agrega), en Tlascala nos dieron los caciques dos mil hombres, indios de guerra."[3] Cuál haya sido el verdadero número de estos últimos, no es posible averiguarlo, dado el prurito de los cronistas españoles de omitir ó disminuir la ayuda de los aliados indígenas. Consta sí, por la Información de Tlaxcala, que "fué con..... (Cortés) gran cantidad de gente de guerra (de Tlaxcala) á la dicha ciudad de México,"[4] y que asimismo le acompañaban "otros Indios Amigos."[5]

Con tan respetable ejército de indígenas y de castellanos entró Cortés á Tetzcoco el 22 de junio. Al siguiente día continuó su marcha hacia México, adonde entró el día de San Juan, "casi á mediodia."[6]

Los mexicanos no impidieron á Cortés que entrase á la ciudad; escribe Henrico Martínez: vsabā los Indios en la guerra descansar de cada quatro dias vno, y assi aguardó el Marques á entrar en Mexico en tiempo que estuuiessen los Indios descansando, aunque otros dizē que los indios dexaron entrar á los Españoles libremente, para despues matarlos á todos con hambre."[7]

Dado el carácter enérgico y violento de Cortés, y el resultado desas-

1 Díaz del Castillo, 128[1].
2 126.
3 128[1 y 2].
4 19 y *passim*.
5 Herrera, II, 263[1].
6 Cortés, 127.
7 149.

troso que para su empresa produjo la horrenda matanza hecha por Alvarado, podría creerse que éste iría á sufrir un severo castigo. En ocasiones repetidas Cortés dió pruebas de un rigor excesivo para cuantos no obraban conforme á sus designios; recuérdese, por ejemplo, que en Veracruz "mandó ahorcar al Pedro Escudero y á Juan Carmeño, y á cortar los piés al piloto Gonzalo de Umbría, y azotar á los marineros Peñates, á cada (uno) ducientos azotes; y al padre Juan Díaz si no fuera de misa tambien lo castigara."[1] Á pesar de todo, en el presente caso no hubo castigo alguno; mejor dicho, lo hubo, pero no para el autor del monstruoso crimen sino para el agraviado señor de las víctimas.

Manifiesta Díaz del Castillo: "como llegamós á los aposentos que soliamos posar, el gran Montezuma salió al patio para hablar y abrazar á Cortés y dalle el bien venido, y de la vitoria con Narvaez; y Cortés, como venia vitorioso, no le quiso oir, y el Montezuma se entró en su aposento muy triste y pensativo."[2] Tal era el pago muy merecido que recibía el irresoluto Monarca por haber librado de una justa muerte á los asesinos de la nobleza mexicana.

Quizá porque Cortés dejó ordenada la monstruosa carnicería, "no quiso castigar al dicho Alvarado de aquel esceso (dícenos Vázquez de Tapia) antes mostro estar enojado con el dicho Motunzuma aviendo el dado la vida al dicho Alvarado e a todos los que con el estavan."[3] Corrobora nuestra suposición, el hecho de que Cortés, en la carta que escribió al monarca español con fecha 20 de octubre de 1520, no dice ni una sola palabra acerca de la horrenda matanza, no obstante que fué la causa principal del completo destrozo que sufrió el mismo Cortés, como veremos después; no tan sólo no hace éste inculpación alguna á Alvarado, sino que por el contrario manifiesta en dicha carta cómo reunido ambos el 24 de junio, "con mucho placer estuvimos aquel dia y noche."[4] Refiere el P. Sahagún que Cortés llegó hasta aprobar el crimen inaudito de Alvarado diciendo que "fué bien hecho."[5]

§ 12. Alzamiento de los mexica.

Tanto por la victoria alcanzada sobre Narváez como por el poderoso ejército que traía consigo, ensoberbecióse Cortés extraordinariamen-

1 Díaz del Castillo, 50^2.
2 128^2.
3 En Proceso de Cortés, I, 41-2.
4 128.
5 Relación, 149.

te, y aun llegó á creer que para nada necesitaba á Motecuhzoma en lo sucesivo. Desde la matanza de la nobleza no hacían mercado los mexicanos, ni tampoco daban de comer á los españoles, cosas ambas que pusieron á Cortés, al día siguente de su llegada, "muy triste y mohino...... (á tiempo precisamente que le mandaba rogar Motecuhzoma) le fuese á ver, que le queria hablar, y la respuesta que le dió fué: «Vaya para perro, que aun tianguez no quiere hacer ni de comer nos manda dar»...... que luego mandase hacer tianguez y mercados; si no, que hará é que acontecerá." [1] "Respondió (el Monarca) que él estaba preso, i los maiores de sus Criados, que soltase el que quisiese que lo fuese á ordenar. Cortés, sin pensamiento de malicia, soltó á vn Hermano de Moteçuma, Señor de Eztapalapá (Cuitlahuac), i los Mexicanos, ni hicieron el Mercado, ni le dexaron bolver á la prision, y le eligieron por su Caudillo." [2]

El recado altanero de Cortés hirió tan vivamente la vanidad del Monarca acostumbrado á ser visto como un dios, que le hizo salir bruscamente de la abyección moral en que se encontraba; inspirado por su hondo despecho, comprendió al fin que nada bueno podía esperar de los hombres blancos á quienes tan servilmente se había entregado; removiendo entonces todas sus antiguas energías, tomó la resolución suprema de no ser más torpe y vil instrumento para la perdición de su patria: por esto desde luego "enbio a desir a los yndios (quizá con el propio Cuitlahuac) como onbre questava descontento e desesperado de verse preso e las cosas como yvan que hisiesen lo que quisiesen e que no hiziesen quenta del." [3]

La tardía hora de la libertad sonaba pues. El acendrado patriotismo de los mexica podía manifestarse ya en franca explosión. ¿Quién podría contenerlo ahora? Abiertas las cortinas que retienen las aguas inquietas de una presa, desbórdanse éstas y precipítanse en corriente irresistible arrollando á su paso cuanto se les opone; así tenía que suceder con el pueblo mexicano: una vez desencadenadas sus justas iras, no habría fuerza alguna capaz de contenerlas.

Habiendo enviado los españoles el mismo día 25 un mensajero á Veracruz, "volvió (dícenos Cortés) dende á media hora todo descalabrado y herido, dando voces que todos los indios de la ciudad (acaudillados por Cuitlahuac) venian de guerra, y que tenian todas las puen-

1 Díaz del Castillo, 129.

2 Herrera, II, 264.

3 Vázquez de Tapia, en Proceso de Cortés, I, 42.

tes alzadas; é junto tras él da sobre nosotros tanta multitud de gente...... que ni las calles ni azoteas se parecían con la gente....... E yo salí fuera á ellos por dos ó tres partes, y pelearon con nosotros muy reciamente, aunque por la una parte un capitan (Diego de Ordaz) salió con docientos hombres, y antes que se pudiese recoger le mataron cuatro, y hirieron á él y á muchos de los otros; é por la parte que yo andaba me hirieron á mí y á muchos de los españoles:"[1] "este teson en el pelear (exclama Díaz del Castillo) digo que no lo sé escribir; porque ni aprovechaban tiros ni escopetas ni ballestas, ni apechugar con ellos, ni matalles treinta ni cuarenta de cada vez que arremetiamos; que tan enteros y con mas vigor peleaban que al principio; y si algunas veces les íbamos ganando alguna poca de tierra ó parte de calle, y hacian que se retraian, era para que les siguiésemos, por apartarnos de nuestra fuerza y aposento, para dar mas á su salvo en nosotros......... tres ó cuatro soldados que se habian hallado en Italia...... juraron muchas veces á Dios que guerras tan bravosas jamás habian visto en algunas que se habian hallado entre cristianos, y contra la artillería del rey de Francia ni del Gran Turco, ni gente como aquellos indios con tanto ánimo cerrar los escuadrones vieron."[2] "Así estuvimos peleando todo aquel dia hasta que fué la noche bien cerrada."[3] Los mexicanos "mataron diez ó doce soldados, y todos volvimos bien heridos."[4]

Hasta entonces conoció Cortés quiénes eran los mexica; éstos, escribe Mártir, "habían resuelto morir primero que sufrir por más tiempo tales huéspedes que retenían á su rey bajo apariencia de guardar su vida, ocupaban su ciudad, conservaban á expensas de ellos, para su vergüenza y ante sus ojos, á sus antiguos enemigos los tlascaltecanos, guazucingos y otros además; que consumían las provisiones........ que no cesan de injuriarles, les imponen tributos, cualquier cosa preciosa que encuentran entre ellos la apetecen y por la fuerza ó con ardides procuran hacerse con ella; que finalmente habían roto las imágenes de los dioses y les habían quitado los antiguos ritos y ceremonias."[5]

"E luego que fué de dia (manifiesta Cortés), ya la gente de los enemigos nos comenzaba á combatir muy mas reciamente que el dia pasado, porque estaba tanta cantidad dellos, que los artilleros no tenian

1 Cortés, 128.
2 130.[2]
3 Cortés, 129.
4 Díaz del Castillo, 130.[2]
5 III, 270-71

necesidad de punteria, sino asestar en los escuadrones de los indios. Y puesto que el artillería hacia mucho daño, porque jugaban trece arcabuces, sin las escopetas y ballestas, hacian tan poca mella, que ni se parecia que lo sentian." 1

"¡Oh maravillosa valentía! Aunque de cada cañonazo caían traspasados diez, á veces doce de ellos, y saltaban sus miembros por el aire, no por eso cejaban. A estilo de los germanos y suizos, al punto cerraban la falange por cualquier parte que habían abierto brecha las balas." 2

"E viendo el gran daño que los enemigos nos hacian (dice Cortés), y cómo nos herian y mataban á su salvo, y que puesto que nosotros haciamos daño en ellos, por ser tantos no se parecia, toda aquella noche y otro dia gastamos en hacer tres ingenios de madera, y cada uno llevaba veinte hombres, los cuales iban dentro, porque con las piedras que nos tiraban desde las azoteas no los pudiesen ofender, porque iban los ingenios cubiertos de tablas, y los que iban dentro eran ballesteros y escopeteros, y los demás llevaban picos y azadones y varas de hierro para horadarles las casas y derrocar las albarradas que tenian hechas en las calles. Y en tanto que estos artificios se hacian, no cesaba el combate de los contrarios; en tanta manera, que como no saliamos fuera de la fortaleza, se querian ellos entrar dentro; á los cuales resistimos con harto trabajo;" 3 "no sé cómo lo diga (escribe Díaz del Castillo), los grandes escuadrones de guerreros que nos vinieron á los aposentos á dar guerra, no solamente por diez ó doce partes, sino por mas de veinte; porque en todo estábamos repartidos, y otros en muchas partes, y entre tanto que los adobámos y fortalecimos......... otros muchos escuadrones procuraron entrarnos los aposentos á escala vista, que por tiros ni ballestas ni escopetas, ni por muchas arremetidas y estocadas les podian retraer. Pues lo que decian, que en aquel dia no habia de quedar ninguno de nosotros......... (pasando luego de las amenazas á las súplicas) muy afectuosamente decian que les diésemos su gran señor Montezuma." 4

§ 13. Muerte de Motecuhzoma.

De buena gana Cortés habría puesto en libertad á Motecuhzoma pa-

1 Cortés, 129.
2 Mártir, III, 276.
3 Cortés, 129.
4 130-31.

ra calmar á los mexicanos y salir de la situación desesperada en que se encontraba, si para entonces no hubiese hecho matar al desdichado Monarca.

Tuvo que saber Cortés que Motecuhzoma había enviado un recado á sus súbditos, permitiéndoles que hicieran lo que quisiesen. En todo caso, no ignoraba Cortés que los indígenas de América, y muy especialmente los mexicanos, nada hacían contra la voluntad de su señor; hemos visto, por ejemplo, que al volver Cortés á México pensó en seguida, sin vacilación alguna, que si los mexicanos no daban de comer á los españoles ni tampoco abrían su mercado, era porque así se los ordenaba Motecuhzoma: por fuerza pues debía colegir ahora, aun ignorando el recado susodicho, que el levantamiento de los mexicanos obedecía á alguna indicación de Motecuhzoma. ¿Necesitaba más el matador de Pedro Escudero y de Cuauhpopoca para hacer perecer también al rey de México que ya de nada le servía, y aun se manifestaba hostil? Evidentemente que no. El Códice Ramírez asienta que Motecuhzoma fué "muerto á puñaladas...... (por) los españoles;" [1] igual aseveración hacen el P. Acosta [2] y el P. Durán, agregando éste que el Monarca tenía "cinco puñaladas en el pecho." [3] Chimalpain escribe que "los españoles mataron á Moteuhcçomatzin estrangulándole," [4] y en los Fragmentos se dice que "porque no le viesen herida le habian metido una espada por la parte baja." [5] El P. Sahagún se limita á manifestar que los españoles "mataron á Moctheuzoma," [6] y otro tanto hace Juan Botero Benés. [7]

Como vamos á ver, el asesinato se verificó en la madrugada del día 27, precisamente cuando ocupados los españoles en la construcción de los ingenios de guerra, permanecían dentro del cuartel sin poder salir fuera á desahogar sus comprimidos sentimientos de salvaje violencia.

Entretanto, los mexicanos, ignorantes de la muerte de su señor, perseveraban con arrojo creciente en su asalto al fuerte español, y no deponían sus temibles bríos sino momentáneamente para pedir con *palabras amorosas* se les entregara á su rey; "pensando que todos (los es-

1 91.
2 II, 342-43.
3 II, 50.
4 191.
5 144-45.
6 Relación, 135.
7 I, fol. 138 vta.

pañoles) estaban muy mal heridos, combatíanlos á mas no poder, y aun les decian denuestos y palabras injuriosas, y amenazábanlos que si no les daban á Moteczuma, que les darian la mas cruda muerte que jamás hombres llevaron."[1] Era tan formidable el ataque de los mexicanos, que Cortés y los suyos creyeron necesario conferenciar con los indios aliados á fin de hallar una medida salvadora; sin duda alguna recordó entonces el capitán perspicaz que en circunstancias análogas Alvarado y su gente debieron la vida á la presencia de Motecuhzoma ante su pueblo. Cierto que el Monarca acababa de ser asesinado, pero esto no importaba: ya en otra ocasión, durante el siglo XI, los castellanos habían recurrido á un cadáver, el del Cid Campeador, poniéndole

"Una tabla en las espaldas,
Y otra delante del pecho"[2]

para escapar de los moros en Valencia. ¿Por qué no acogerse hoy asimismo de un cadáver? De cualquier modo que sea, sabemos que en la conferencia susodicha, Cortés y los suyos determinaron subir á la azotea á Motecuhzoma, y obligar á uno de los señores presos, á Itzquauhtzin, rey de Tlaltelolco, á que rogara á los mexicanos, en nombre de su Monarca, suspendieran sus ataques furibundos. Con el objeto de que los sitiadores no se dieran cuenta del engaño, cuidaron los españoles, al presentar en la azotea á Motecuhzoma, de cubrirle con una rodela, tan bien, que los mexicanos "ni lo vieron (dice Gomara),"[3] ni tampoco llegaron á "creer que allí estaba (agrega un testigo presencial)."[4] Fué entonces cuando "comenzó á hablar Itzquauhtzin en persona de Moctheuzoma para que mirasen lo que hacian, porque su señor *que estaba allí presente* les rogaba que no curasen de pelear porque no les iria bien dello, y por ser los españoles tantos y tan valientes que no podrian prevalecer contra ellos, y él estaba ya preso con hierros, y que si peleasen contra los españoles temia que ellos le matarian;"[5] "apenas habia acabado (de hablar Itzquauhtzin), quando un animoso capitan llamado Quauhtemoc *de edad de diez y ocho años* que ya le querian elegir por Rey dijo en alta voz: «¿Qué es lo que dize ese bellaco

1 Gomara, 365.[2]
2 Romancero, I, 570.[1]
3 365.[2]
4 Juan Cano, 550.[2]
5 Sahagún, Relación, 104.

de Motecuczuma, muger de los españoles, que tal se puede llamar, pues con ánimo mugeril se entregó á ellos de puro miedo y asegurándonos nos ha puesto todos en este trabajo? No le queremos obedecer porque ya no es nuestro Rey, y como á vil hombre le hemos de dar el castigo y pago.» En diziendo esto alzó el brazo y marcando házia él disparóle muchas flechas: lo mismo hizo todo el ejército;"[1] "comenzando á tirar dicen que le dieron una pedrada; mas aunque se la dieron no le podia hazer ningun mal porque *habia ya mas de cinco horas que estaba muerto.*"[2]

Según Francisco de Aguilar, Motecuhzoma fué subido á la azotea "a las ocho o nueve del dia;"[3] por tanto, debe haber sido asesinado el miércoles 27 de junio entre las tres y cuatro de la mañana.

Trató naturalmente Cortés de librarse de la tremenda responsabilidad en que había incurrido al matar á Motecuhzoma que espontáneamente se declaró desde un principio súbdito del monarca español, y por esto escribió poco después, que Motecuhzoma *se había ofrecido* á subir á la azotea para calmar á los mexicanos, y que al estarles hablando "le dieron una pedrada los suyos en la cabeza, tan grande, que de allí á tres dias murió."[4] Podríamos objetar que no era posible que Motecuhzoma, al sentir su alma rebozando de decepción y despecho, enviara á decir á los mexicanos que podían levantarse en armas, é incontinenti, sin que nada hubiera mitigado aún sus hondos resentimientos, *se ofreciese* á abogar por los propios individuos que tanto le habían lastimado; mas preferimos dejar la tarea de destruir el invento pueril de Cortés á los mismos á quienes más interesaba sostenerlo.

Sabido es que la obra que publicó Gomara sobre la Conquista de México, ha sido considerada como escrita por Cortés;[5] pues bien, en esa obra se dice ya que si Motecuhzoma subió á la azotea, fué porque se lo *rogó* Cortés, y se asegura que si los mexicanos mataron de una pedrada á su rey, se debió exclusivamente á que no le vieron, "como le tenia un español cubierto y amparado con una rodela, no le diesen en la cara alguna pedrada;"[6] Juan Cano prohija esta versión añadiendo que los mexicanos no creyeron "que allí estaba Monteçuma."[7] En-

1 Códice Ramírez, 89.
2 Fragmentos, 144.
3 16.
4 130.
5 Garcilazo, Perú, 1ª parte, fol. 34 vta.
6 365.[2]
7 550.[2]

mendado así el embuste, resulta absurdo que precisamente porque Motecuhzoma tenía *bien cubierta* y amparada la cara con una rodela, los mexicanos le *acertaron* con una pedrada en la frente.

Díaz del Castillo, de mejor imaginación que Gomara y Cano, quita las rodelas en instante oportuno de frente á Motecuhzoma para que pueda ser herido, y pareciéndole poco mortífera una sola piedra, le mata de "tres pedradas é un flechazo."[1] Francisco de Aguilar, otro de los testigos presenciales, descubre asimismo en momento preciso la cara de Motecuhzoma, pero se aferra en que hirió á éste una sola piedra, la cual pinta redonda como una pelota, agregando con risible torpeza: "Sucedio que la gente (mexicana), que era sin quento, *fuese toda forastera* y no conociesen al dicho Motecsuma."[2]

Ahora bien, las inverosimilitudes groseras y principalmente las abiertas contradicciones en que incurren los conquistadores á que acabamos de referirnos, bastan con mucho para hacernos desechar como falsa la lapidación de Motecuhzoma por los suyos. Por otra parte, pronto oiremos del propio Díaz del Castillo, que los mexicanos, un día después, al ver muerto á Motecuhzoma, "hicieron muy gran llanto......... (y fieramente decían á los españoles): «Ahora *pagaréis* muy de verdad la muerte de nuestro rey......»"[3]

Viendo Cortés que con su irreverente patraña no logró obtener tregua alguna de los mexicanos, se resolvió á hablarles en persona, subiendo asimismo á la azotea; desde allí les rogué, nos dice, "que no peleasen conmigo, pues ninguna razon para ello tenian......... La respuesta suya era que me fuese y que les dejase la tierra, y que luego dejarian la guerra; y que de otra manera, que creyese que habian de morir todos ó dar fin de nosotros....... E yo les respondí que no pensasen que les rogaba con la paz por temor que les tenia, sino porque me pesaba del daño que les facia y les habia de hacer, é por no destruir tan buena ciudad como aquella era; é todavia respondian que no cesarian de me dar guerra hasta que saliese de la ciudad."[4] Repetían una y otra vez los mexicanos "que no admitirían la paz ofrecida sino á condición de que, saliéndose con su tropa fuera de sus fronteras, les dejara libre su patria...... que antes morirían todos que sufrir semejante yugo......... Decían que les sería dulcísima la muerte

1 182.[2]
2 16.
3 182[2].
4 180.

con tal que quitaran aquella servidumbre de las cervices de sus hijos y demás posteridad...... que nada les importaba la muerte de mil con tal que cada millar de ellos se pague con uno de los nuestros. Declararon que todos estaban firmes en esta resolución, y así, que se fuera en buena hora por donde había venido."[1]

Luego que despuntó la aurora del día siguiente, jueves 28, "después de nos encomendar á Dios (habla Díaz del Castillo) salimos de nuestros aposentos con nuestras torres...... é...... aunque les matábamos muchos dellos, no aprovechaba cosa para les hacer volver las espaldas, sino que si siempre muy bravamente habian peleado los...... dias pasados, muy mas fuertes con mayores fuerzas y escuadrones estaban este dia........ fuimos al gran cu........ y pusimos fuego á sus ídolos, y se quemó un pedazo de la sala con los ídolos Huichilóbos y Tezcatepuca. Entonces nos ayudaron muy bien los tlascaltecas........ ver los papas que estaban en este gran cu y sobre tres ó cuatro mil indios...... cuál nos hacian venir rodando seis gradas y aun diez abajo...... que...... no podiamos hacer cara ni sustentarnos; acordamos, con mucho trabajo y riesgo de nuestras personas, de nos volver á nuestros aposentos, los castillos deshechos y todos heridos, y muertos cuarenta y seis, y los indios siempre apretándonos........ otros muchos estaban en los aposentos, que ya les tenian derrocadas unas paredes para entralles; y con nuestra llegada cesaron, mas no de manera que en todo lo que quedó del dia dejaban de tirar vara y piedra y flecha, y en la noche grita y piedra y vara........ Pues tambien quiero decir las maldiciones que los de Narvaez echaban á Cortés, y las palabras que decian, que renegaban dél y de la tierra, y aun de Diego Velazquez, que acá les envió."[2]

Entre los guerreros mexicanos se distinguían su esforzado jefe, Cuitlahuac, señor de Itztapalapan, "vno mui galán, á quien todos obedecian,"[3] y "el valeroso mancebo Cuauhtemotzin; el cual, *aunque mozo*, salia armado cada día á pelear y á animar á los suyos."[4]

Luego que se cercioró Cortés de que su ejército era absolutamente impotente para resistir al denodado pueblo mexicano, recurrió de nuevo á un ardid con la mira de salvarse. Esperando que sus enemigos cesarían la guerra para hacer obsequias á su rey muerto, como las ha-

1 Mártir, III, 280–81.
2 Díaz del Castillo, 181–82.
3 Herrera, II, 266[2].
4 Durán, II, 46.

bían hecho á los señores asesinados por Alvarado, "mandó Cortés á un papa é á un principal de los que estaban presos, que soltamos para que fuesen á decir al cacique que alzaron por señor, que se decia Coadlauaca (Cuitlahuac), y á sus capitanes, cómo el gran Montezuma era muerto, y que ellos lo vieron morir, y de la manera que murió, y heridas que le dieron los suyos, y dijesen cómo á todos nos pesaba dello, y que lo enterrasen como gran rey que era, y que alzasen á su primo del Montezuma que con nosotros estaba, por rey, pues le pertenecia de heredar, ó á otros sus hijos; é que al que habian alzado por señor que no le venia de derecho, é que tratasen paces para salirnos de Méjico; que si no lo hacian ahora que era muerto Montezuma, á quien teniamos respeto, y que por su causa no les destruiamos su ciudad, que saldriamos á dalles guerra y á quemalles todas las casas, y les hariamos mucho mal."[1]

Era grande ciertamente la sencillez y credulidad de los mexicanos, pero no á tal grado que se les pudiera engañar con tan torpes embustes; así que, no tuvieron por verdadera ni una sola de las palabras del mensaje de Cortés, y aunque "*hicieron muy gran llanto*, que bien oimos las gritas y aullidos que por.....(Motecuhzoma) daban..... aun con todo esto (habla Díaz del Castillo) no cesó la gran batería que siempre nos daban...... y luego la comenzaron muy mayor, y con gran braveza nos decian: «Ahora *pagaréis* muy de verdad la muerte de nuestro rey y el deshonor de nuestros ídolos; y las paces que nos enviais á pedir, salid acá, y concertaremos cómo y de qué manera han de ser»..... que ya tenian elegido buen rey, y que no era de corazon tan flaco, que le podais engañar con palabras *falsas*, como fué al buen Montezuma; y del enterramiento, que no tuviesen cuidado, sino de nuestras vidas, que en dos dias no quedarian ningunos de nosotros, para que tales cosas enviemos á decir...... Y puesto que otro dia...... matamos muchos contrarios y se quemaron obra de veinte casas, y fuimos hasta cerca de tierra firma, todo fué nonada para el gran daño y muertes de mas de veinte soldados, y heridas que nos dieron...... En esta entrada y salida que hicimos...... estaban espantados y temerosos los de Narvaez, como no se habian hallado en guerras de indios, como nosotros los de Cortés."[2]

1 Díaz del Castillo, 182[2].
2 182–88.

§ 14. Noche Triste.

"Viendo el gran peligro en que estábamos (manifiesta Cortés) y el mucho daño que cada dia los indios nos hacian, y temiendo que tambien deshiciesen aquella calzada (la de Tlacopan, única que quedaba transitable)....... que deshecha, era forzado morir todos, y porque de todos los de mi compañía fuí requerido muchas veces que me saliese, é porque todos ó los mas estaban heridos, y tan mal, que no podian pelear, acordé de lo hacer aquella noche (la del sábado 30 de junio)."[1]

La huída debía verificarse "cuando viésemos (habla Díaz del Castillo) que los escuadrones guerreros estuviesen mas descuidados; y para mas les descuidar, aquella tarde les enviamos á decir con un papa de los que estaban presos, que era muy principal...... y con otros prisioneros, que nos dejen ir en paz de ahí á ocho dias, y que les dariamos todo el oro...... demás desto, estaba con nosotros un soldado que se decia Botello, al parecer muy hombre de bien y latino, y habia estado en Roma, y decian que era nigromántico, otros...... que tenia familiar, algunos le llamaban astrólogo; y este Botello habia dicho...... que si aquella noche...... no saliamos de Méjico...... ningun soldado podria salir con la vida...... se dió luego órden que se hiciese de maderos y ballestas muy recias una puente que llevásemos para poner en las puentes que tenian quebradas; y para ponella y llevalla, y guardar el paso...... señalaron y mandaron á cuatrocientos indios tlascaltecas y ciento cincuenta soldados; y para llevar el artillería...... ducientos y cincuenta indios tlascaltecas y cincuenta soldados...... y para que fuesen en la delantera peleando...... á Gonzalo de Sandoval y á Francisco de Acebedo el pulido, y á Francisco de Lugo y á Diego de Ordás é Andrés de Tapia...... y otros ocho ó nueve (capitanes) de los de Narvaez...... y...... cien soldados mancebos sueltos....... para que fuesen entre medias del fardaje y naborias y prisioneros, y acudiesen á la parte que mas conviniese de pelear, señalaron al mismo Cortés y á Alonso de Avila, y á Cristóbal de Olí é á Bernardino Vazquez de Tapia, y á otros capitanes de los nuestros...... con...... cincuenta soldados; y para la retaguarda señalaron á Juan Velazquez de Leon y á Pedro de Albarado, con otros muchos de á caballo y mas de cien soldados, y todos los mas de los de Narvaez; y para que llevasen á cargo

1 Cortés, 184–85.

los prisioneros y á doña Marina y á doña Luisa (hija de Xicotencatl) señalaron trecientos tlascaltecas y treinta soldados."[1] No es exacto que los castellanos pensaran llevar consigo á los mexicanos prisioneros; como éstos eran un estorbo para el ejército español que bastante carga tenía ya con cuidar de su propia existencia, "a ora de bisperas..... Cortes, con parecer de los capitanes, mandó matar (á todos los señores mexicanos detenidos) sin dexar ninguno;"[2] Sahagún nos dice que los españoles "dieron garrote á todos los señores que tenian presos, y los echaron muertos fuera del fuerte;"[3] Ixtlilxochitl nos hace saber á su vez, que al rey Cacama, el heroico patriota tetzcocano que lanzó el primer grito de rebelión en contra de los españoles, "le dieron cuaren, ta y siete puñaladas, porque como era belicoso se quiso defender de ellos; y hizo tantas bravezas, que con estar preso les dió en que entender."[4]

Nos refiere Díaz del Castillo que cuando "ya era noche.....mandó Cortés..... que todo el oro y plata y joyas lo sacasen de su aposento á la sala...... y mandó á les oficiales del Rey...... Alonso de Avila y Gonzalo Mejía, que pusiesen en cobro todo el oro de su majestad, y para que lo llevasen les dió siete caballos heridos y cojos y una yegua, y muchos indios tlascaltecas, que, segun dijeron, fueron mas de ochenta, y cargaron dello lo que mas pudieron llevar, que estaba hecho todo lo mas dello en barras muy anchas y grandes...... y quedaba mucho mas oro en la sala hecho montones. Entonces Cortés llamó su secretario, que se decia Pedro Hernandez, y á otros escribanos del Rey, y dijo: «Dadme par testimonio que no puedo mas hacer sobre guardar este oro. Aquí tenemos en esta casa y sala sobre setecientos mil pesos por todo y veis que no lo podemos pasar...... los soldados que quisieren sacar dello, desde aquí se lo doy......» y desque aquello oyeron, muchos soldados de los de Narvaez y aun algunos de los nuestros cargaron dello."[5] "El que menos tomó (observa Gomara), libró mejor, ca fué sin embarazo y salvóse; y aunque algunos digan que se quedó allí mucha cantidad de oro y cosas, creo que no."[6]

Terminados todos los aprestos, "el Capitan hernando Cortes con los

1 Díaz del Castillo, 133[1 y 2].
2 Aguilar, 17.
3 Relación, 113.
4 II, 396.
5 133–34.
6 368[1].

demas capitanes dieron orden cómo todos saliesen con gran silencio; mas empero, todo esto no bastaua ni era posible salir, porque la claridad de la luna y braseros de lunbre que auia en las calles y açoteas lo estorvava, y asi no se podia hazer sin ser sentidos. Auia muchos enfermos xpianos, heridos: diose rremedio cómo en algunos cavallos saliesen dos o tres dellos, asi que apenas uvo cavallos para todos. Estando en esto, ya que anochecia se levantaron unos rremolinos y torbellinos, de manera que a las nueve o diez de la noche començó de llovisnar y tronar y granizar tan rresiamente, que parecia rronperse los cielos." [1]

Por último, aprovechando los castellanos la obscuridad y la lluvia, "antes de media noche, comenzaron á traer la madera é puente, y ponella en el lugar que habia de estar, y á caminar el fardaje y artillería y muchos de á caballo, y los indios tlascaltecas con el oro; y después que se puso en la puente, y pasaron todos así como venian, y pasó Sandoval é muchos de á caballo, tambien pasó Cortés con sus compañeros de á caballo tras de los primeros, y otros muchos soldados."[2]

"El primero foso que toparon pasáronle con las puentes: este lugar se llama Tecpantzinco (hoy calle de la Mariscala). Habiendo pasado este foso, una muger que iba á tomar agua dél, viólos como iban en silencio, y todos ordenados, y luego dió voces llamando á los mexicanos para que saliesen contra sus enemigos."[3] Según Cortés, la voz de alarma la dieron "ciertas velas que en...... (el primer puente) estaban, las cuales apellidaban tan recio, que antes de llegar á la segunda estaba infinito número de gente de los contrarios sobre nosotros, combatiéndonos por todas partes, así desde al agua como de la tierra."[4] Efectivamente, "todo el ejercito Mexicano, salió en seguimiento dellos con tanta furia y coraje, que comenzaron á hazer gran daño por todas partes á los españoles.... los quales, con la turbacion y temor los que habian ya pasado de aquel paso con el capitan don Hernando Cortés comenzaron á huir, y los miserables que quedaban cargados de oro y riquezas, cayeron en aquel hoyo, tanto que le hincheron, sirviendo de puente para que otros pasassen."[5] "De los nuestros (habla Gomara) tanto mas morian, cuanto mas cargados iban de ropa y de oro y joyas; ca

1 Aguilar, 17.
2 Díaz del Castillo, 184[1].
3 Sahagún, Relación, 121.
4 185.
5 Códice Ramírez, 90.

no se salvaron sino los que menos oro llevaban...... por manera que los mató el oro y murieron ricos."[1]

Descompuesta y á medio quitar la puente, "carga tanto guerrero mejicano para acaballa de quitar, que por bien que peleábamos, y matábamos muchos dellos (escribe Díaz del Castillo), no se pudo mas aprovechar della...... Cortés y los capitanes y soldados que pasaron primero á caballo, por salvar sus vidas y llegar á tierra firme, aguijaron por las puentes y calzadas adelante, y no aguardaron unos á otros."[2]

Para salvarse, los castellanos no encontraron nada mejor que sacrificar inhumanamente á los aliados indígenas; dice Francisco de Aguilar: "como cargaron sobre...... (la puente levadiza) se quebró y hizo pedaços, por manera que cinco o seys calçadas o azequias que auia de agua, bien de dos estados en ancho poco mas o menos, hondas y llenas de agua, no auia cómo pasarse, salvo que proveyo nuestro Señor el fardaje que llevavamos de yndios y yndias cargados. Aquestos metiendose en la primera azequia se ahogaron, y el hanto, [sic] y hazian puente por donde pasavamos los de á cavallo. De manera que echauamos delante el fardaje, y por los que alli se ahogauan, saliamos de la otra parte; y esto se hizo en las demas asequias, donde a rebuelta de los yndios y yndias ahogados quedavan algunos españoles."[3] Tan monstruoso hecho pinta por sí solo á los conquistadores.

Después de avanzar largo trecho, "yendo por la calzada cerca de tierra firme, cabe el pueblo de Tacuba, (asienta Díaz del Castillo)...... oiamos voces que daba Cristóbal de Olí y Gonzalo de Sandoval y Francisco de Morla, y decian á Cortés, *que iba adelante de todos:* «Aguardad, señor capitan; que dicen estos soldados que vamos huyendo, y los dejamos morir en las puentes y calzadas á todos los que quedan atrás..... Y la respuesta que dió Cortés, que los que habiamos salido de las calzadas era milagro.»"[4] Fué tal la desmoralización del ejército, que Francisco de Aguilar asegura que varios españoles quedaron tendidos "*de miedo y espanto* sin herida alguna, desmayados; y como todos yvamos huyendo, no avia honbre que ayudase y diese la mano a su conpañero, ni aun á su propio padre, ni hermano [a] su propio hermano."[5]

1 368[2].
2 184[1 y 2].
3 17-8.
4 184[2].
5 18.

Como Alvarado formaba la retaguardia, no alcanzó al grueso del ejército sino cerca ya de Tlacopan; venía "bien herido, con una lanza en la mano, á pié...... y traia consigo siete soldados...... todos corriendo sangre de muchas heridas...... como supieron (Cortés y los suyos) que no venian mas soldados, se les saltaron las lágrimas de los ojos..... y preguntando Cortés por los demás, dijo (Alvarado) que todos quedaban muertos, y con ellos el capitan Juan Velazquez de Leon........ diré que en la triste puente que dicen ahora que fué el salto del Albarado, yo digo que en aquel tiempo ningun soldado se paró á vello, si saltaba poco ó mucho, que harto teniamos en mirar y salvar nuestras vidas, porque eran muchos los mejicanos que contra nosotros habia...... el Pedro de Albarado...... dijo á Cortés, que habia pasado asido á petacas y caballos y cuerpos muertos, porque ya que quisiera saltar y sustentarse en la lanza en el agua, era muy honda, y no pudiera allegar al suelo con ella para poderse sustentar sobre ella; y demás desto, la abertura muy ancha y alta, que no la podria saltar por muy mas suelto que era."[1] Vimos ya que los castellanos pasaron las puentes rellenándolas antes con los indígenas aliados; de otro modo no habría salvado la vida ni uno solo de los que huyeron, ó bien todos habrían tenido que dar iguales saltos al imposible que atribuyó la fábula á Alvarado.

Reunidos con Cortés en Tacuba los españoles que lograron escapar, no permanecieron allí sino breves momentos; "porque los que estábamos ya en salvo (dice Díaz del Castillo)...... no nos acabásemos del todo de perder, é porque habian venido muchos mejicanos y los de Tacuba y Ezcapuzalco y Teneyuca y de otros pueblos comarcanos sobre nosotros, que todos enviaron mensajeros desde Méjico para que nos saliesen al encuentro en las puentes y calzadas, y desde los maizales nos hacian mucho daño, y mataron tres soldados que ya estaban heridos, acordamos lo mas presto que pudiésemos salir de aquel pueblo...... y con seis ó siete tlascaltecas que sabian ó atinaban el camino de Tlascala, sin ir por camino derecho nos guiaban con mucho concierto hasta que saliésemos á unas caserías que en un cerro (de Toltepec) estaban......... junto á un cu é adoratorio y como fortaleza, adonde reparamos...... digamos cómo nos defendiamos en aquel cu..... nos albergamos, y se curaron los heridos....... en aquel..... . adoratorio, después de ganada la gran ciudad de Méjico, hicimos una iglesia, que se dice Nuestra Señora de los Remedios."[2]

1 Díaz del Castillo, 185[1].
2 185[2].

"Algunos de cansados y fatigados se echaron á dormir por esos suelos, los demas velaron toda la noche, y estuvieron esperando el fin de su vida, y rogando á Dios que tuviese por bien misericordia de sus animas por sentirse muy cargados de culpas...... Fué Dios servido de que los mexicanos se ocupasen en recojer los despojos de los muertos y las riquezas de oro y piedras que llevaba el bagaje, y de sacar los muertos de aquel acequia, y los caballos, y otras béstias...... y los españoles pudieron ir poco á poco...... sin tener mucha molestia de enemigos."[1]

Hay que tener en cuenta que muchos castellanos se habían quedado dentro de la ciudad, y que por lo mismo, los mexicanos tenían que acabar con ellos antes de pensar seriamente en perseguir á los fugitivos. Según Juan Cano, una vez resuelta la salida de México por Cortés, "al tiempo de efettuarlo no lo hiço saber á todos: antes no lo supieron sino los que con él se hallaron á essa plática, é los demás que estaban en sus apossentos é quarteles se quedaron, que eran doscientos é septenta hombres, los quales se defendieron ciertos dias peleando, hasta que de hambre se dieron á los indios."[2] El P. Durán nos hace saber que "los mas de los españoles que iban cargados de oro se volvieron á los aposentos, donde se hicieron fuertes, especialmente uno que iba en un caballo y en el arzon delantero llevaba un cofre de joyas y oro, con el cual iba abrazado con mas fervor y voluntad que con la Cruz de Cristo; y yendo en el peligro que iba, luego que vido salir los índios á ellos, oí decir á un conquistador que le vido llorar, porque le aconsejaban que soltase el cofre y echase mano á la espada para defenderse, y que no queriendo soltallo lo puso debaxo del brazo y que hechó mano á la espada para defenderse; pero que con el gran embarazo no se pudiendo valer, abrazado con el cofre le mataron los índios, por quien se puede decir que la pecunia fué causa de su perdicion."[3]

Así se comprende cómo pudo llegar Cortés hasta Totoltepec; seguíanle algunos mexicanos guerreros, pero muy pocos, porque casi todos se quedaron en México; Aguilar, exagerando sobremanera, nos dice: "Podrian ser los que nos seguian hasta cinco o seys mill honbres."[4] Lo cierto es que los españoles pasaron en Totoltepec toda la noche del

1 Sahagún, Relación, 126-27.
2 551[1].
3 II, 64-5.
4 18.

día 1º de julio sin sufrir ya ningún asalto de parte de los mexicanos; "aunque casi al alba (escribe Cortés) hubo otro cierto rebato, sin haber de qué, mas del temor que ya todos llevábamos de la multitud de la gente que á la continua nos seguia el alcance." [1]

En dicho lugar, "hecho alarde de los que quedavan, hallamos que quedavan muertos mas de la mitad de los del exercito."[2]

§ 15. Retirada de los españoles hacia Tlaxcala.

"Otro dia me partí (habla Cortés)...... y siempre nos seguian de una parte y otra los enemigos...... Y desta manera fuimos aquel dia por cerca de unas lagunas (Tzompanco) hasta que llegamos á una poblacion buena (Citlaltepec)......... allí estuve aquel dia y otro, porque la gente, así los heridos como los sanos, venian muy cansados y fatigados...... y los caballos asimismo traiamos bien cansados...... otro dia (jueves cinco) nos partimos, siempre acompañados de gente de los contrarios; é por la delantera y rezaga nos acometian...... ya que era tarde, llegamos á un llano donde habia unas casas pequeñas (Xoloc), donde aquella noche nos aposentamos...... E otro dia...... comenzamos á andar, é aun no éramos salidos al camino, cuando ya la gente de los enemigos nos seguia por la rezaga, y escaramuzando con ellos llegamos á un pueblo grande...... de allí salí yo muy mal herido en la cabeza, de dos pedradas...... así caminando, siguiéndonos todavía los indios...... pelearon con nosotros tan reciamente, que hirieron cuatro ó cinco españoles y otros tantos caballos." [3]

Aquella noche rindieron la jornada los castellanos en Zacamolco, pueblo situado sobre el cerro de Aztaquemecan. "La hambre apretaba...... la qual sufrian los Tlascaltecas, con singular valor...... (había sucedido ya que) vn Castellano, aquexado de la hambre, abrió á otro muerto, i le comió los higados, i Cortés le mandó ahorcar: i no se hiço, á ruego de muchos."[4]

Dejaron los castellanos á Zacamolco al siguiente día, sábado 7 de julio. Cuenta Cortés que obtuvo entonces una rara victoria; "siendo apartados legua y media (dice)...... yendo por mi camino, salieron al encuentro mucha cantidad de indios, y tanta, que por la delantera, la-

1 187.
2 Aguilar, 18.
3 Cortés, 187–88.
4 Herrera, II, 271 1 y 2.

dos ni rezaga, ninguna cosa de los campos que se podian ver, habia dellos vacía. Los cuales pelearon con nosotros tan fuertemente por todas partes, que casi no nos conociamos unos á otros: tan juntos y envueltos andaban con nosotros. Y cierto creimos ser aquel el último de nuestros dias, segun el mucho poder de los indios y la poca resistencia que en nosotros hallaban, por ir, como íbamos, muy cansados, y casi todos heridos y desmayados de hambre. Pero quiso nuestro Señor mostrar su gran poder y misericordia con nosotros; que con toda nuestra flaqueza quebrantamos su gran orgullo y soberbia, en que murieron muchos dellos y muchas personas muy principales y señaladas; porque eran tantos, que los unos á los otros se estorbaban, que no podian pelear ni huir."[1] "Pues nuestros amigos los de Tlascala estaban hechos unos leones, y con sus espadas y montantes y otras armas que allí apañaron, hacíanlo muy bien y esforzadamente."[2] "E con este trabajo fuimos mucha parte del dia, hasta que quiso Dios que murió una persona dellos, que debia ser tan principal, que con su muerte cesó toda aquella guerra. Así fuimos algo mas descansados, aunque todavía mordiéndonos, hasta una casa pequeña que estaba en el llano (Apam), adonde por aquella noche nos aposentamos, y en el campo. E ya desde allí se percibian ciertas sierras de la provincia de Tascaltecal, de que no poca alegría llegó á nuestro corazón."[3]

Dice Sahagún que los mexicanos alcanzaron á los españoles en Aztaquemecan "que es en los términos ó cerca de los términos de Otumba."[4]

El hecho de que en la Información de Tlaxcala, en la cual sólo declararon españoles de los mismos que habían huído con Cortés, no se haga ni la más leve mención á la peregrina batalla, y se repita, por el contrario, hasta la saciedad, que en México Cortés "y muchos de los que con él iban, fueron muy mal heridos, y todos iban tan flacos y maltratados, que no se podían tener en los pies de hambre y flaqueza, y de cansados ellos y sus caballos, y con este trabajo y de la manera que está dicho, llegaron á tierras de Tlaxcala, á un pueblo que se llama Hueyotlipan, adonde fueron muy bien recibidos, cuidados y reparados de sus trabajos é hambre,"[5] hace pensar que la repetida batalla

1 139.
2 Díaz del Castillo, 187[1].
3 Cortés, 139.
4 Relación, 131.
5 20 y *passim*.

sólo éxistió en la imaginación calenturienta de los hambrientos y desfallecidos castellanos. Martín López, testigo presencial, afirmaba "que si no fuera por los indios de Tlaxcala que los guiaron para su tierra, todos los españoles perecieran;"[1] pero no en Otumba, lugar que el testigo no llega á mentar, sino de cansancio y de hambre.

En todo caso, la decantada victoria no tuvo la importancia que le da Cortés. Asienta Herrera que todos los mexicanos que combatieron en Otumba "iban vestidos de blanco;"[2] ahora bien, precisamente "cuantos asistían por primera vez á la guerra, no llevaban insignia alguna, sino que concurrían con un tosco vestido blanco, de tela de maguey."[3] Podemos inferir, pues, que si en realidad se dió la susodicha batalla, el bando mexicano se componía sólo de algunos entusiastas jóvenes, novicios en la guerra y cuya falta de táctica pinta el mismo Cortés, por lo cual fueron fácilmente derrotados.

Durante la Noche Triste, quedaron destrozados por completo los castellanos, no obstante su gran número y el de los aliados indígenas, y á pesar de sus formidables caballos y perros y de su artillería irresistible; hoy, en su miserable huída, reducidos á menos de la mitad, cuando casi no traían naturales que les ampararan, ni caballos, ni perros, ni pólvora, ni tampoco se encontraba un solo soldado que no estuviera herido ó agonizante de hambre y cansancio: era materialmente imposible que hubieran podido, ya no vencer, pero ni siquiera resistir, al ejército mexicano.

"Digamos ahora....... qué tantos mataron (de los de Cortés), así en Méjico......... como........ por los caminos. Digo que en obra de cinco dias fueron muertos y sacrificados sobre ochocientos y setenta soldados, con setenta y dos que mataron en un pueblo que se dice Tustepeque, y á cinco mujeres de Castilla."[4] Esteban de Salazar asegura "que en una sola noche le matarō (á Cortés).......... seyscientos hombres."[5]

Por lo que hace á los aliados indígenas, Cortés manifiesta primero, que los Tlaxcalteca eran "mas de tres mil,"[6] y después, "que cási á todos los mataron."[7] Henrico Martínez escribe que durante la Noche

1 Información de Tlaxcala, 117.
2 II, 271.[2]
3 Clavigero, II, 140.
4 Díaz del Castillo, 137.[2]
5 200 vta.
6 130.
7 135.

Triste, al pasar Cortés la segunda acequia, mataron los mexicanos, "quatro mil Indios Tlaxcaltecos."[1] Juan Cano afirma que los tlaxcalteca muertos "sin dubda fueron más de ocho mill."[2] Juan de Narváez, uno de los soldados de Cortés, declaraba que "no quedaron ciento (de los Tlaxcalteca),"[3] y Alonso de Sandoval, otro de los conquistadores, que los mexicanos mataron "indios tlaxcaltecas en gran cantidad, que casi murió allí la mayor parte."[4]

De los demás aliados es difícil fijar su número: Gomara, hablando en general de los indios amigos, refiere que perecieron, únicamente en la Noche Triste, "cuatro mil;"[5] Herrera también indica que "Faltaron...... quatro mil Indios Amigos."[6]

Concretándonos á los castellanos, parece que no sobrevivieron sino "cuatrocientos y cuarenta, con veinte caballos y doce ballesteros y siete escopeteros...... todos heridos y cojos y mancos;"[7] hay que recordar que después que Cortés derrotó á Narváez y regresó á México "al socorro de Pedro de Albarado...... fuimos por todos (escribe Díaz del Castillo) sobre mas de mil y trecientos soldados, con los de á caballo, que fueron noventa y siete, y ochenta ballesteros y otros tantos escopeteros."[8]

§ 16. Alianza de Cortés con los tlaxcalteca.

Pasada la noche en Apam, al "dia siguiente, siendo ya claro, comenzamos á andar (refiere Cortés), por un camino muy llano que iba derecho á la....... provincia de Tascaltecal, por el cual nos siguió muy poca gente de los contrarios......... E así salimos este dia, que fué domigo á 8 de julio, de toda la tierra de Culúa, y llegamos á tierra de la dicha provincia........ á un pueblo della que se dice Gualipan (Hueyotlipan)...... donde de los naturales dél fuimos muy bien recibidos...... En este pueblo estuve tres dias, donde me vinieron á ver y hablar Magiscacin y Sicutengal y todos los señores de la dicha provincia y algunos de la de Guasucingo, los cuales mostraron mucha pena por lo que

1 150.
2 551.[2]
3 Información de Tlaxcala, 83.
4 Idem, 168.
5 368.[2]
6 II, 270.[1]
7 Díaz del Castillo, 187.[2]
8 187.[1]

nos habia acaecido...... diciéndome...... que ellos me ayudarian hasta morir para satisfacerme del daño que...... (los mexicanos) me habian hecho; porque, demás de les obligar á ello el ser vasallos........, (del monarca español), se dolian de muchos hijos y hermanos que en mi compañía les habian muerto, y de otras muchas injurias que los tiempos pasados dellos habian recibido...... E que pues yo venia herido, y todos los demás de mi compañía muy trabajados, que nos fuésemos á la ciudad (la capital de Tlaxcala)....... que allí descansariamos, y nos curarían y nos repararian...... yo se lo agradecí, y acepté su ruego...... y me fuí con ellos á la....... ciudad, donde asimismo hallamos buen recebimiento."[1]

Aquella república hizo un gran duelo por todos sus hijos muertos á manos de los mexicanos: "qué llorar, y qué tristeza tenian (exclama Díaz del Castillo) por los demás indios que no venian, que se quedaron muertos."[2]

"Cortés nos dijo (escribe el mismo cronista) que, pues éramos pocos..... que nos rogaba que en Tlascala no les hiciésemos enojo (á los naturales), ni se les tomase ninguna cosa."[3] Los castellanos no refrenaban sus criminales hábitos sino cuando se sentían impotentes para resistir el justo enojo de sus víctimas.

Refiere un testigo presencial, Gonzalo Mexía, que Cortés, al huir de México, "avia hecho cargar la parte de su oro en una yegua e a un criado suyo que se dezia Torrezicas envio con ella e a otros hombres e questa yegua ni el oro ni el Torrezizas nunca mas parescio."[4] Por supuesto que Cortés no se conformó con la pérdida, sino que, apenas hubo llegado á Tlaxcala, "fizo llamar a toda la gente e dio un pregon que todos los que avian sacado oro de la cibdad lo fuesen a manifestar so pena de muerte e..... asy como lo yvan a manifestar se lo tomava e..... despues el dicho D. Fernando se tomo todo el oro para sy e dixo quel oro que se avia perdido en la yegua hera de lo del rey e que aquello hera lo suyo e..... asy se quedo con ello..... que serian fasta quarenta e quatro o quarenta e cinco mill pesos."[5] Á la rapacidad sin nombre de Cortés no escapaba ni su mismo soberano,

La expoliación produjo naturalmente muchos descontentos entre los

1 Cortés, 140–41.
2 188[1].
3 187[2].
4 Proceso de Cortés, I, 101.
5 Ídem, I, 102.

castellanos; aun trataron entonces de seguir hasta Veracruz, quizá para abandonar allí al capitán que tan desvergonzadamente les robaba, y volver todos á Cuba. "Viendo los de mi compañía (dícenos Cortés) que eran muertos muchos, y que los que restaban quedaban flacos y heridos y atemorizados ..... fuí por muchas veces requerido dellos que me fuese á ..... Veracruz, y que allí nos harianos fuertes ..... E yo, viendo que mostrar á los naturales poco ánimo, en especial á nuestros amigos, era causa de mas aína dejarnos y ser contra nosotros, acordándome que siempre á los osados ayuda la fortuna, y que éramos cristianos, y confiando en la grandísima bondad y misericordia de Dios ..... les dije que yo no habia de desamparar esta tierra ..... E que me determinaba de por todas las partes que pudiese, volver sobre los enemigos, y ofenderlos por cuantas vias á mí fuese posible."[1]

Para llevar adelante tal determinación, Cortés implora con humildes ruegos la ayuda de los tlaxcalteca ofreciéndoles en cambio "parte de todo lo que conquistase."[2] Como los señores de Tlaxcala aceptaron, concertó Cortés formalmento con ellos "que le diesen socorro y ayuda de gente, y armas, y comida para hacer la guerra de México, y que les prometía en nombre del Emperador ..... de darles á Cholula en repartimiento, y ciertos pueblos que solian ser efectos, (*sic*) y de partir con ellos lo que conquistase y ganase, y que les daria la tenencia de la fortaleza que se habia de hacer en México, y les prometió otras muchas libertades y exenciones é que ellos y sus descendientes é sucesores serian libres de tributo para siempre."[3]

Esa alianza no se celebró sin que el indómito Xicotencatl Axayacatzin, "Capitan General de la provincia, por ser valentissimo hombre,"[4] se opusiese de manera enérgica, mostrándose de nuevo enemigo de los españoles, "que querian en todo mandar."[5] Mas la oposición del valeroso joven no encontró eco en los demás jefes tlaxcalteca.

§ 17. Guerra de Tepeyacac.

"E habiendo estado en esta provincia veinte dias (manifiesta Cortés), aunque ni yo estaba muy sano de mis heridas, y los de mi compañía

1 142–48.
2 Muñoz Camargo, 286.
3 Informacion de Tlaxcala, 21–2 y *passim*.
4 Aguilar, 19.
5 Herrera, II, 274[2].

todavía bien flacos, salí della para otra que se dice Tepeacá, que era de la liga y consorcio de los de Culúa, nuestros enemigos..... que habian muerto diez ó doce españoles que venian de la Veracruz á la gran ciudad..... y les hicimos la guerra, y pelearon muchas veces con nosotros, y..... siempre los desbaratamos, y matamos muchos, sin que en toda la dicha guerra me matasen ni hiriesen ni un español..... en obra de veinte dias hobe pacíficas muchas villas y poblaciones.....

"En cierta parte desta provincia, que es donde mataron aquellos diez españoles..... hice ciertos esclavos, de que se dió el quinto á los oficiales .....(del Rey)."[1]

No obstante que hasta aquí Cortés para nada menciona á los aliados indígenas, fueron éstos, como siempre, los que proporcionaron el mayor contingente para la guerra. Según Díaz del Castillo, "Cortés habia pedido á los caciques de Tlascala..... cinco mil hombres,"[2] á quienes era de ver "tan animosos cómo peleaban."[3] Herrera escribe por su parte: "Salió..... de Tlascala Hernando Cortés, con sus Castellanos, i seis mil Flecheros, entretanto que se acababan de juntar los cinquenta mil Tlascaltecas, que havia de llevar Xicotencatl, á lo qual le aiudaban Alonso de Ojeda, i Juan Marquez, los quales medianamente hablaban aquella Lengua. Fuese á dormir tres Leguas á Cinpancingo, adonde acudió tanta Gente de las Señorías de Guaxocingo, i de Chulúla, que se tuvo por cierto, que eran en todos *ciento i cinquenta mil Soldados*..... (Refiriéndose después á un reñido combate que dieron á Cortés los de Zacatepeque, manifiesta el mismo Herrera que) adonde los Tlascaltecas peleaban, havia maior resistencia."[4] El propio Cortés, al hablar de la batalla librada en Huexotzinco, escribía á Carlos V: "certifico á V. S. M. que habia ya juntos de los dichos nuestros amigos mas de cien mil hombres."[5]

Momento á momento crecía el número de aliados indígenas que se unían á Cortés: éste nos dice, verbigracia: "E iba en mi compañía (poco después de dada aquella batalla) tanta gente de los naturales de la tierra, vasallos de V. M., que casi cubrian los campos y sierras que podiamos alcanzar á ver. E de verdad habia mas de ciento y veinte mil hombres."[6]

1 143-44.
2 141[1].
3 Díaz del Castillo, 142[1].
4 II, 275-76.
5 149.
6 150-51.

Cortés había vuelto á su primera táctica de buscar aliados en los infinitos pueblos indígenas que sin lazos algunos de cohesión existían en Nueva España; sea por medio de tentadores ofrecimientos, como los hechos á Tlaxcala, sea por medio del terror, arrasando á sangre y á fuego los lugares que no se le sometían, lograba Cortés arrastrar en pos suya á casi toda la gente guerrera de los pueblos por donde transitaba. Con su buena fe y sencillez prístimas, los naturales creían firmemente cuantas falsas promesas les hacían los españoles; así que, sin sospechar ni remotamente que sólo servían á Cortés para remachar uno á uno los eslabones de la cadena con que habían de quedar secularmente engrillados, caminaban á su lado llenos de entusiasmo, convencidos de que, ayudados por él, pronto destruirían el imperio mexicano que tan pesadamente les dominaba, y recobrarían al fin su ansiada libertad: no otra cosa sino el amor ciego á ésta les precipitaba en crudelísima servidumbre.

Réstanos decir que en la referida guerra de Tepeyacac, los castellanos mostraron una vez más su carácter ferozmente vandálico, ya "quemando los Pueblos de la Comarca..... (ya) embiando diversas vandas de Gente á correr la Tierra, i destruirla..... (ya robando cuanto encontraban), Sal, Algodon, Plumeria, i joias i..... todas las demás cosas,"[1] ya, por último, esclavizando á un gran número de indígenas: Serrano de Cardona, testigo presencial, aseguraba que la gente de Cortés "metio a sacomano la dicha cibdad (de Tepeaca) e toda la tierra della e tomaron muchos yndios e yndias e mochachos los quales el dicho D. Fernando Cortes mando herrar e se herraron por esclavos e estando en la dicha cibdad el dicho D. Fernando enbio capitanes por la tierra comarcana los quales fizieron otro tanto como se fizo en Tepeaca especialmente en Acachula de adonde se truxo mucha cantidad de gente e a las mugeres e mochachos el dicho D. Fernando Cortes mando herrar por esclavos e a los honbres mando matar a lanzadas e a cuchilladas e asy se fizo."[2]

Solía suceder que los pueblos indígenas atacados por Cortés, se le entregaran de paz incondicionalmente; empero, no por esto se sustraían de la sanguinaria ferocidad de aquel gran criminal: declara Vázquez de Tapia "questando conquistando la provincia de Tepeaca el dicho D. Fernando Cortes enbio a Cristoval Doli por capitan de cierta gente de cavallo e a pie entre los quales yva..... (el propio declarante) e fueron

1 Herrera, II, 276 1 y 2.
2 Proceso de Cortés, I, 199.

a una villa que se dize Chachula e Tecamachalco e a otros pueblos comarcanos a el para ver que voluntad tenian sy querian ser amigos o estar de paz e que llegados a la dicha provincia hallaron la gente toda en el canpo onbres e mugeres e los onbres con sus armas e que llegados los españoles e ellos les dixeron que no quisiesen pelear con los xpianos porque los matarian todos e que luego que los dichos yndios oyeron la razon que los xpianos les dezian dexaron las armas en el suelo e estuvieron quedos e vinieron a hablar a los xpianos e los xpianos llevaron todos los onbres e mugeres adonde estaba el dicho Hernando Cortes quera cinco o seys leguas de alli e que llegados donde el dicho D. Fernando estaba el dicho D. Fernando hizo apartar de los dichos yndios los onbres a un cabo que serian a su parescer de este testigo dos mill poco mas o menos e las mugeres e muchachos e niños a otra parte que serian quatro mill poco mas o menos e que ansi apartados los unos de los otros mando matar á todos los onbres e las mugeres e muchachos hizo esclavos dellos (é) se vendieron e otros se repartieron entre la gente."[1]

Aquella falta absoluta de humanidad, compadecíase sin embargo con un ardentísimo celo religioso. Allí mismo, en Tepeyacac, fundó Cortés la villa de Segura de la Frontera; instalado el cabildo, ordenó, como providencia primera, con fecha 4 de septiembre, "que nenguna persona sea osada de blasfemar del nombre del Señor ni de su bendita Madre, ni de nengun Santo ni Santa:"[2] al mismo tiempo mandaba "hacer el hierro con que se habian de herrar los que se tomaban por esclavos, que era una G, que quiere decir guerra."[3]

Por cierto, que al proceder al herraje, "ya juntas todas las piezas ..... apartan el real quinto, y luego sacan otro..... para Cortés; y demás desto, la noche antes, cuando metimos las piezas..... habian ya escondido y tomado las mejores indias, que no pareció allí ninguna buena, y al tiempo del repartir dábanmos las viejas y ruines; y sobre esto hubo muy grandes murmuraciones contra Cortés."[4]

No pudiendo sufrir más á su hurtador Capitán, varios de los castellanos le pidieron licencia para regresar á Cuba; aunque Cortés se las concedió "por excusar escándalos é importunaciones,"[5] no por esto disminu-

1 Idem, I, 59-60.
2 Documentos de América, XXVI, 18.
3 Díaz del Castillo, 142[1].
4 Idem, 147[1].
5 Idem, 148[1].

yó el ejército español, porque ya desde antes habían llegado "cartas de la Villa-Rica cómo habia venido un navío al puerto, y vino en él por capitan un hidalgo que se decia Pedro Barba, que era muy amigo de Cortés; y este Pedro Barba habia estado por teniente del Diego Velazquez en la Habana, y traia trece soldados y un caballo y una yegua, porque el navío que traia era muy chico; y traia cartas para Pánfilo de Narvaez, el capitan que Diego Velazquez habia enviado contra nosotros, creyendo que estaba por él la Nueva-España, en que le enviaba á decir el Diego Velazquez que si acaso no habia muerto á Cortés, que luego se le enviase preso á Cuba, para envialle á Castilla, que ansí lo mandaba D. Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos y arzobispo de Rosano, presidente de Indias:"[1] Barba fué aprehendido con todos los suyos por los soldados de Cortés. Á los ocho días se presentó otro navío con bastimento enviado también por Velázquez; "venia en él por capitan un hidalgo natural de Medina del Campo, que se decia Rodrigo Morejon de Lobera, y traia consigo ocho soldados y seis ballestas y mucho hilo para cuerdas, é una yegua; y ni mas ni menos que habian prendido al Pedro Barba, ansí hicieron á este Rodrigo de Morejon, y luego fueron á Segura de la Frontera, y con todos ellos nos alegramos, y Cortés les hacia mucha honra y les daba cargos; y gracias á Dios, ya nos íbamos fortaleciendo con soldados y ballestas y dos ó tres caballos mas."[2] "Llegó..... (poco tiempo después) al Rio de Panuco el Capitan Diego de Camargo, con tres Caravelas, embiado de Jamayca por Francisco de Garay, el qual todavia porfiaba en querer poblar aquella Tierra: llevaba en ellas 150 Hombres de Mar, i Guerra, siete de á caballo, i algun Artilleria..... los Naturales..... los recibieron con buena gracia..... (pero incomodándose al fin por los necesarios desmanes de la gente castellana) dieron sobre él, i le desbarataron.... quedaron muertos los siete Caballos, i diez i ocho Infantes..... (los restantes) pudieron llegar á la Villa Rica,"[3] "los cuales..... con su capitan se fueron luego su poco á poco á la villa de la Frontera, porque no podian andar á pié de flacos..... Cortés..... al Camargo hizo mucha honra, y á todos los soldados..... vino luego un Miguel Díaz de Auz, aragonés, por capitan de Francisco de Garay, el cual le enviaba para socorro al capitan Fulano Alvarez Pinedo (otro emisario de Garay que había venido á poblar á Pánuco).... y como llegó (á este puerto) y no halló ni pelo de

1 Idem, 142[2].
2 Idem, 143[1].
3 Herrera, II, 281[1 y 2].

la armada de Garay, luego entendió..... que le habian muerto..... y por aquel efeto vino á aquel nuestro puerto y desembarcó sus soldados, que eran mas de cincuenta, y mas siete caballos, y se fué luego para donde estábamos con Cortés..... aportó luego otro navío que enviaba el mismo Garay en ayuda y socorro de su armada, creyendo que todos estaban buenos y sanos en el rio de Pánuco, y venia en él por capitan un viejo que se decia Ramirez,.... y traia sobre cuarenta soldados y diez caballos é yeguas, y ballesteros y otras armas; y el Francisco de Garay no hacia sino hechar unos navíos tras de otros al perdido, y todo era favorecer y enviar socorro á Cortés, tan buena fortuna le ocurria, y á nosotros era de gran ayuda; y todos estos de Garay...... fueron á Tepeaca, adonde estábamos:"[1] "destas armadas y gente que venya de las yslas se rrehizo de gente y de algunos cavallos el Capitan."[2]

§ 18. Preparativos para el sitio de México.

Con los nuevos refuerzos, y más que todo con el ejército excesivo de aliados indígenas, pudo Cortés pensar en la conquista de México. Reconocía empero que la empresa era ardua: la sangre española derramada durante la Noche Triste estaba fresca aún; Motecuhzoma no vivía ya para refrenar con superstición insólita el patriotismo sin igual de los mexicanos, quienes tenían ahora, por el contrario, á un esforzado caudillo, el glorioso héroe del 30 de junio, que con valor sereno y admirable inteligencia sabía dirigirles en la guerra hasta obtener completa victoria. Preciso era consiguientemente preparar la empresa con detenida madurez.

Así, envió Cortés "á la isla española cuatro navíos para que luego vuelvan cargados de caballos y gente...... é asimismo (mandó)......... comprar otros cuatro para que desde la dicha isla... y ciudad de Santo Domingo traigan caballos y armas y ballestas y pólvora, porque esto es lo que en estas partes es mas necesario; porque peones rodeleros aprovechan muy poco solos, por ser tanta cantidad de gente y tener tan fuertes y grandes ciudades y fortalezas."[3]

Indica Díaz del Castillo que para estas compras Cortés dispuso de

1 Díaz del Castillo, 144-45.
2 Aguilar, 19.
3 Cortés, 154.

"cuarenta mil pesos de las partes de los de la Villa-Rica........ y echó fama que lo habian robado."[1]

Regresó en seguida á Tlaxcala Cortés con el objeto de proceder á la construcción de "trece bergantines..... porque hallábamos por muy cierto que para la laguna, sin bergantines no la podiamos señorear ni podiamos dar guerra, ni entrar otra vez por las calzadas en aquella gran ciudad sino con gran riesgo de nuestras vidas."[2]

Al escribir Cortés al Emperador con fecha 30 de octubre de 1520, dábale ya cuenta de sus aprestos bélicos contra México. Decíale además: "Por lo que yo he visto y comprehendido cerca de la similitud que toda esta tierra tiene á España, así en la fertilidad como en la grandeza y frios que en ella hace, y en otras muchas cosas que la equiparan á ella, me pareció que el mas conveniente nombre para esta dicha tierra era llamarse la Nueva-España del mar Océano; y así, en nombre de V. M. se le puso aqueste nombre."[3] "Con esta Relacion, i con treinta mil Pesos de Oro, de los quintos, i de servicio, despachó á Alonso de Mendoça (á España)."[4]

Escribieron también entonces al Emperador los demás castellanos pidiéndole les diese á Cortés por "capitan y justicia mayor."[5]

Activábanse los preparativos para marchar sobre México, cuando "viene nueva y cartas......... de cómo habia venido á la Villa-Rica un navío de Castilla y de las islas de Canaria, de buen porte, cargado de muchas ballestas y tres caballos, é muchas mercaderías, escopetas, pólvora é hilo de ballestas, y otras armas; y venia por señor de la mercadería y navío un Juan de Búrgos, y por Maestre un Francisco Medel, y venian trece soldados...... luego le envió Cortés á comprar todas las armas y pólvora y todo lo mas que traia, y aun el mismo...... Búrgos y el Medel y todos los pasajeros que traia se vinieron luego para donde estábamos; con los cuales recibimos contento, viendo tan buen socorro y en tal tiempo."[6]

Terminados al fin todos los aprestos, "Como Cortés vió tan buena prevencion, así de escopetas y pólvora y ballestas y caballos, y conoció de todos nosotros...... el gran deseo que teniamos de estar ya sobre la gran ciudad de Méjico, acordó de hablar á los caciques de Tlas-

1 148.[2]
2 Loc. cit.
3 156.
4 Herrera, II, 275.[2]
5 Docs. de México, I, 450.
6 Díaz del Castillo, 149.[2]

cala para que le diesen diez mil indios de guerra...... y...... luego Xicotenga el viejo, que en aquella sazon se habia vuelto cristiano y se llamó don Lorenzo de Várgas......... dijo que........ no solamente diez mil hombres, sino muchos mas si los queria llevar."[1]

"El segundo dia.......... de Navidad (miércoles 26 de diciembre de 1520) hice alarde en la dicha ciudad de Tascaltecal (escribe Cortés al monarca español), y hallé cuarenta de caballo y quinientos y cincuenta peones, los ochenta dellos ballesteros y escopeteros, y ocho ó nueve tiros de campo, con bien poca pólvora........ y á todos juntos........ les hablé, y dije...... cuánto convenia al servicio de Dios y de V. C. M. tornar á cobrar lo perdido.... lo uno, por pelear en aumento de nuestra fe........ lo otro, porque en nuestra ayuda teniamos muchos de los naturales nuestros amigos....... que...... yo, en nombre de V. M., habia fecho ciertas ordenanzas para la buena órden y cosas tocantes á la guerra, las cuales luego allí fice pregonar publicamente...... todos prometieron de lo facer y cumplir así, y que de muy buena gana querian morir por nuestra fe y por servicio de V. M."[2]

En las ordenanzas susodichas, que llevan fecha sábado 22 de diciembre de 1520, Cortés advierte que creyó necesario hacerlas "por tener por enemigos....... a la mas belicosa e astuta gente en la guerra e demas generos de armas que nenguna otra generacion.......... (que era el) prencipal motivo e intincion (de la guerra contra México) apartar é desarraygar de las...... idolatrías a todos los naturales...... e reduzillos.......... al conocimiento de Dios e de su Santa Fée Catholica; porque si con otra intencion se hiziese la dicha guerra, seria yncabta, e todo lo que en ella se obiese como lógio e obligado a rrestitucion.... (ordenaba en seguida que nadie blasfemara, jugase ni empuñase armas contra otro castellano, y) que nengun español ni españoles entren a robar....... en las...... casas de los enemigos, hasta ser del todo hechados fuera e aber conseguido el fin de la victoria."[3]

"Otro dia siguiente (27 de diciembre).... hice llamar (escribe Cortés) á todos los señores de.... Tascaltecal; y.... dijeles.... ya veian como la ciudad de Tenuxtitan no se podia ganar sin aquellos bergantines que allí se estaban faciendo; que les rogaba que á los maestros dellos y á los otros españoles que allí dejaba, les diesen lo que hobiesen menester ....y....estuviesen aparejados para cuando yo, desde....Tasáico (Tetz-

1 Idem, 150.[1]
2 165–66.
3 Docs. de América, XXVI, 20–7.

coco)..... enviase por..... dichos bergantines. Y ellos me prometieron que así lo farian, y que tambien querian ahora enviar gente de guerra conmigo, y que para cuando fuesen con los bergantines, *ellos todos irian* con toda cuanta gente tenian..... y que querian morir donde yo muriese, ó vengarse de los de Culúa, sus capitales enemigos."[1]

Leemos en Herrera, que "deseosos los Tlascaltecas de imitar á los Castellanos, pidieron licencia para hacer otra muestra de la Gente, que havian de llevar á la Guerra.....

"Primeramente iban delante tocando muchos Caracoles, Vocinas, Huesos, i otros instrumentos, i luego los quatro Señores de las quatro Cabeceras de la Señoría, con Rodelas, i Macanas, saliendoles de las espaldas, vna vara en alto sobre la cabeça, mui ricos Plumages, encaxadas piedras ricas en los agujeros de las orejas, i beços, i el cabello tomado con vna venda de Oro, ó Plata; en los pies ricas Cotaras: tras ellos quatro Pages, con sus Arcos, i Flechas: luego quatro Estandartes, con las Insignias, i Armas de la Señoría, labrados de ricas Plumas: llevabanlos quatro Alfereces; i luego por hileras, de veinte en veinte, pasaron sesenta mil Flecheros, iendo de trecho en trecho vn Estandarte, con las Armas del Capitan de cada Compañia. Los Estandartes se inclinaban á Cortés, i él se levantaba y quitaba la Gorra, i todos, con buena gracia, baxaban las cabeças, i disparaban sus Arcos por alto. Vinieron los Rodeleros, que serian quarenta mil, i luego diez mil Piqueros. Esta fue la Gente que pareció, aunque Ojeda, en sus Memoriales, dice, que fueron *ciento i cinquenta mil Hombres*."[2]

§ 19. Marcha sobre México.

"E otro dia, que fueron 28 de diciembre, dia de los Inocentes, me partí con toda la gente puesta en órden, y fuimos á dormir á seis leguas de Tascaltecal, en una poblacion que se dice Tezmoluca, (San Martín Texmelucan) que es de la provincia de Guajocingo, los naturales de la cual han siempre tenido y tienen con nosotros la misma amistad y alianza que los naturales de Tascaltecal; y allí reposamos aquella noche."[3]

El ejército auxiliar componíase en su mayor parte de nativos de Cholula, Huexotzingo y Tlaxcala. Refiriéndose Herrera á estos últimos úni-

1 Cortés, 166.
2 Herrera, II, 284[1 y 2].
3 Cortés, 166-67.

camente, nos dice: "Serian *ochenta mil*, porque los demás pareció que se quedasen, hasta que se llevasen los Vergantines."[1]

"E otro dia (sábado 29)..... habiendo oido misa y encomendádonos á Dios, partimos de..... Tezmoluca..... é comenzamos á seguir nuestro camino el puerto arriba..... y fuimos á dormir á cuatro leguas de la dicha poblacion en lo alto del puerto, que era ya término de los de Culúa..... é otro dia domingo..... comenzamos á seguir..... por el llano del puerto"[2] "y unos malos pasos como barrancas, y estaba cortada la sierra, por donde no podiamos pasar, y puesta mucha madera y pinos en el camino; y como llevábamos tantos amigos tlascaltecas, de presto se desembarazó, y con mucho concierto caminamos..... hasta que subimos la sierra, y aun bajamos un poco..... adonde se descubria"[3] "todas las provincias de Méjico y Tenuxtitan que están en las lagunas y en torno dellas. Y aunque hobimos mucho placer en las ver, considerando el daño pasado que en ellas habiamos recibido, representósenos alguna tristeza por ello, y prometimos todos de nunca dellas salir sin victoria, ó dejar allí las vidas.... cómo ya los enemigos nos sintieron, comenzaron de improviso á hacer muchas y grandes ahumadas por toda la tierra..... E ya los indios comenzaban á darnos grita..... apellidando á toda la tierra, para que se juntase gente y nos ofendiesen en unas puentes y malos pasos que por allí habia. Pero nosotros nos dimos tanta priesa, que sin que tuviesen lugar de se juntar, ya estábamos abajo en todo lo llano:"[4] "luego desbaratamos los escuadrones y pasamos muy á nuestro salvo."[5]

"Cómo la gente de pié venia algo cansada, y se hacia tarde, dormimos en..... Coatepeque, que es sujeta á..... (Tetzcoco) y está della tres leguas, y hallámosla despoblada."[6]

Dice Díaz del Castillo: "segun después supimos, no se atrevieron á darnos guerra ni á mas aguardar; porque..... entre los mejicanos y los de Tezcuco tuvieron diferencias y bandos; y tambien, como aun no estaban muy sanos de las viruelas, que fué dolencia que en toda la tierra dió y cundió, y como habian sabido cómo en lo de Guacachula é Ozucar, y en Tepeaca y Xalacingo y Castilblanco todas las guarniciones mejicanas habiamos desbaratado, y asimismo corria fama, y así lo

1 Herrera, II, 285[1].
2 Cortés, 167.
3 Díaz del Castillo, 150[2].
4 Cortés, 169.
5 Díaz del Castillo, 150[2].
6 Cortés, 169.

creian, que iban con nosotros..... todo el poder de Tlascala y Guaxocingo, acordaron de no nos aguardar; y todo esto nuestro Señor Jesucristo lo encaminaba."[1]

§ 20. Tetzcoco.

"E otro dia lúnes, al último de diciembre, seguimos nuestro camino...... y á un cuarto de legua...... de Coatepeque...... salieron al camino cuatro indios principales con una bandera de oro en una vara, que pesaba cuatro marcos de oro, é por ella daban á entender que venian de paz; la cual Dios sabe cuánto deseábamos y cuánto la habiamos menester...... E después de nos haber saludado, dijéronme que..... venian de parte del señor de aquella ciudad y provincia, el cual se decia Cuanacacin (Coanacochtzin), y que de su parte me rogaban que en su tierra no hiciese ni consintiese hacer daño alguno; porque de los daños pasados que yo habia recibido, los culpantes eran los de Tenuxtitan...... Yo les respondí...... holgaba con toda paz y amistad suya."[2] Refiere Díaz del Castillo que entonces agregó Cortés "que bien sabia que en aquella ciudad mataron sobre cuarenta españoles......... y que robaron muchas cargas de oro y otros despojos......... que ruega á su señor...... le dén el oro y ropa, y que la muerte de los españoles, que pues ya no tenia remedio, que no se les pediria;"[3] "donde no, que haria que por cada Castellano muriesen mil de ellos."[4]

Escribe aquel cronista: "luego nos fuimos á unos arrabales de Tezcuco (Coatlinchan y Huexotlan) y allí nos dieron bien de comer y todo lo que hubimos menester........ y otro dia de mañana fuimos á la ciudad de Tezcuco, y en todas las calles ni casas no viamos mujeres ni muchachos ni niños...... desde el alto cu........ vimos que todos los moradores de aquellas poblaciones se iban con sus haciendas y hatos é hijos y mujeres, unos á los montes y otros á los carrizales que hay en la laguna, que toda iba cuajada de canoas......... grandes...... y....... chicas."[5] "E así (manifiesta con despecho Cortés), el señor de la dicha ciudad....... con muchos de los principales della, se fueron á...... Tenuxtitan...... E á esta causa, por hacer á su salvo lo

1 150[2].
2 Cortés, 169-70.
3 151[1].
4 Herrera, III, 2.[1]
5 Díaz del Castillo, 151.[2]

que querian, salieron á mí los mensajeros que arriba dije, para me detener algo y que no entrase haciendo daño."[1]

Permitido en seguida el pillaje por Cortés, los castellanos se desparramaron por la ciudad como hambrienta jauría, pero quedaron burlados; uno de ellos, Alonso de Villanueva, nos hace saber "quel despoxo que de la dicha Cibdad se obo, fué poco e de poco valor, porque todo lo mas e lo mexor, estaba alzado........ e no abia en las casas sino las cosas de poco valer que no abian querido e podido llevar...... (adviértenos Villanueva que él mismo) entró en muchas casas prencipales e comunes de la dicha Cibdad, e no abía nada en ellas."[2]

Fréneticos los españoles por no haber hallado qué robar, "dieron fuego á lo más principal de los palacios del rey Nezahualpiltzintli, de tal manera que se quemaron todos los archivos reales de toda la nueva España, que fué una de las mayores pérdidas que tuvo esta tierra, porque con esto toda la memoria de sus antiguallas y otras cosas que eran como escrituras y recuerdos, perecieron desde este tiempo: la obra de las casas era la mejor y la más artificiosa que hubo en esta tierra."[3]

Quedaron en Tetzcoco "otros muchos señores, partes contrarias del cacique que se fué huyendo, con quien tenian debates y diferencias sobre el mando y reino de aquella ciudad; y venidos ante Cortés...... dijeron que....... allí habia otros señores á quien venia el reino de Tezcuco mas justamente que no al que lo tenia."[4] No se hizo de rogar Cortés; así que, trató de poner en el trono á algún señor que le sirviera de dócil instrumento. Á este fin, "teniendo gran voluntad á Tecocoltzin [que había quedado solo de los cuatro infantes hijos del rey Nezahualpiltzintli que se le dieron en rehenes], le nombró por señor de aquella ciudad,"[5] "aunque hijo natural del Rey Nezahualpiltzintli."[6]

Tecocoltzin "luego..... se volvió cristiano con mucha solenidad, y le bautizó el fraile de la Merced, y se llamó don Hernando Cortés, porque fué su padrino nuestro capitan........ para mejor le industriar en las cosas de nuestra santa fe y ponelle en toda policía, y para que deprendiese nuestra lengua, mandó Cortés que tuviese.... ayos.... (al mis-

1 171-72.
2 Docs. de América, XXVII, 520.
3 Ixtlilxochitl, II, 414.
4 Díaz del Castillo, 151.[2]
5 Ixtlilxochitl, II, 414-15.
6 Idem, I, 343.

mo tiempo) le demandó que diese mucha copia de indios trabajadores para ensanchar y abrir mas las acequias y zanjas por donde habiamos de sacar los bergantines á la laguna......... Quiero decir que no habia dia ninguno que dejasen de andar en la obra y zanja y acequia de siete á ocho mil indios, y la abrian y ensanchaban muy bien, que podian nadar por ella navíos de gran porte." [1]

"Tecocoltzin mandó hacer muchas colchas, rodelas, flechas, macanas, lanzas arrojadizas y otros géneros de armas y munición, así para los suyos como para los Españoles, y juntar mucho maíz, gallinas y lo demás necesario para el sustento de los ejércitos: y asimismo apercibió á todos sus vasallos para que estuviesen aparejados el día que fuesen llamados." [2]

Al unirse los castellanos con los naturales de Tetzcoco, atrajeron además á su partido á los de Coatlinchan, Huexotla y Atenco, "que son tres poblaciones bien grandes, y están...... incorporadas y juntas á esta ciudad (Tetzcoco)." [3]

Cortés "no solamente en Texcuco hizo alianza, pero tambien con los de Chalco, y con los chinampanecas y tecpanecas, tomando por medianeros á los texcucanos;" [4] cuando se presentaron los chalca en Tetzcoco ante Cortés, dijéronle que su señor, fallecido poco antes de viruelas, habíales recomendado "que todos procurasen de ser sujetos al gran rey de los teules, porque ciertamente sus antepasados les habian dicho que habian de señorear aquellas tierras hombres que vernian con barbas de hácia donde sale el sol, y que por las cosas que han visto éramos nosotros." [5]

§ 21. Cuitlahuac.

Era Cuitlahuac hermano de Motecuhzoma, [6] "hombre sabio y de gran talento." [7] Con espíritu perspicaz vió en los españoles desde el primer momento á intrusos nocivos, sin que le preocuparan en manera alguna las engañosas profecías de Quetzalcoatl; por esto se opuso abiertamente á que Motecuhzoma les permitiera la entrada á México, y

1 Díaz del Castillo, 151–52.
2 Ixtlllxochitl, I, 345.
3 Cortés, 172.
4 Sahagún, Relación, 143.
5 Díaz del Castillo, 154.[2]
6 Sahagún, Relación, 137.
7 Veytia, III, 415.

cuando al fin se convenció de que todos sus esfuerzos se estrellaban ante el inquebrantable fanatismo del Monarca, todavía osó decirle: "Quieran los Dioses, que no metais [Señor] en vuestra Casa, quien os heche de ella, y os quite el Reino; y que quando querais remediarlo, no halleis tiempo, ni medios para ello." [1]

Preso después Cuitlahuac por los castellanos, su aversión hacia ellos tuvo que trocarse, al conocerles íntimamente, en inextinguible odio de muerte. De allí que no bien había salido de su prisión, cuando lanzaba ya el grito de guerra: con prontitud que asombra, levanta en armas á toda su patria, organiza el ejército y vuelve al frente de él contra los españoles; les hace "crudelísima guerra y jamás les quiso conceder ninguna tregua;" [2] rehusa una y otra vez las proposiciones de paz que le hacen los invasores; les diezma y desmoraliza por completo, y al fin les obliga á huir desordenadamente; les persigue, y en un momento mata á la mayor parte de ellos. Sin querer proclamaba Cortés la gloria de Cuitlahùac al decir "habia sido el principal que nos habia hecho la guerra y echado fuera de la ciudad." [3] Díaz del Castillo le llama respetuosamente "el señor que nos echó de Méjico," [4] y Herrera corrobora ambos testimonios al llamar á Cuitlahuac "Hombre astuto, i bullicioso, i la principal parte de echar de Mexico á los Castellanos." [5]

Dejamos dicho que si Cuitlahuac no persiguió á Cortés más allá de Tacuba, fué porque no pudo dejar abandonada la ciudad á las terribles represalias de los castellanos que no pudieron huir y de nuevo se hicieron fuertes en el palacio de Axayacatl: necesario era, por tanto, volver luego sobre éstos y acabar con todos ellos: así lo hizo Cuitlahuac.

Estalló en seguida la guerra civil, y tuvo que ahogarla con mano de hierro el gran caudillo de la Noche Triste; leemos en Torquemada: "luego que los Españoles salieron de la Ciudad, huvo diferencias grandes entre los Mexicanos, condenando los Enemigos de los Españoles, á los que les avian sido Amigos, y les avian socorrido en su Cerco con Bastimentos, y cosas de su regalo; y..... llegando á las manos, como eran mas los Enemigos, que los Amigos, mataron algunos Señores." [6]

1 Torquemada, I, 445.[1]
2 Ixtlilxochitl II, 396.
3 174.
4 142.[1]
5 II, 283.[1]
6 Torquemada, I, 509-10.

Para entonces Cortés y los suyos se encontraban ya en salvo en Tlaxcala. No por esto sin embargo prescinde Cuitlahuac de exterminarles por completo. Violentamente alista al ejército para la campaña, fortalece la capital y procura la alianza de otros pueblos. Escribía Cortés al monarca español: "he dicho cómo habia sabido que por muerte de Muteczuma habian alzado por señor á su hermano, que se dice Cuetravacin, el cual aparejaba muchos géneros de armas y se fortalecia en la gran ciudad y en otras ciudades cerca de la laguna. E ahora de poco acá he asimismo sabido que el dicho Cuetravacin ha enviado sus mensajeros por todas las tierras y provincias y ciudades sujetas á aquel señorío, á decir y certificar á sus vasallos que él les hace gracia por un año de todos los tributos y servicios que son obligados á le hacer, y que no le dén ni le paguen cosa alguna, con tanto que por todas las maneras que puedan hagan muy cruel guerra á todos los cristianos hasta los matar ó echar de toda la tierra; é que asimismo la hagan á todos los naturales que fueren nuestros amigos y aliados."[1]

"En este tiempo (empero) la pestilencia de las viruelas se enseñoreó fuertemente de los mexicanos;"[2] "comenzó en la provincia de Chalco, y duró sesenta dias. Desta pestilencia fueron muertos entre los mexicanos el señor que poco antes habian elegido, que se llama Cuztlaoatzin, y murieron muchos principales, y muchos soldados viejos y valientes hombres, en quienes ellos tenian muro para en el hecho de la guerra."[3]

Cuitlahuac tuvo así un efímero reinado; únicamente "fué señor 80 días."[4]

Díaz del Castillo indica que se eligió rey á Cuitlahuac desde antes de la Noche Triste, ó sea á fines de junio;[5] Chimalpain manifiesta que la elección siguió inmediatamente á la huída de los españoles.[6] De ser así, no diría Cortés que el monarca mexicano vivía aun á fines de octubre.[7] Creemos, con Orozco y Berra, "que Cuitlahuac gobernó como jefe desde la muerte de Motecuhzoma; pero que no fué alzado rey hasta el mes de Ochpaniztli,"[8] ó sea el 7 de septiembre: debe haber muerto pues á fines de noviembre de 1520.

1 155.
2 Sahagún, Relación, 138.
3 Idem, 142.
4 Historia de los Mexicanos, 101.
5 138[1].
6 192.
7 156.
8 IV, 468, nota 1.

Los mismos conquistadores, que tantos motivos tenían para aborrecerle, le proclamaron "valiente hombre é muy prudente,"[1] "buen rey, y..... no..... de corazon tan flaco..... como..... Montezuma."[2]

Hizo por su patria cuanto habría realizado en su lugar cualquier gran capitan y sabio gobernante. Ha habido sin embargo un historiador español mentecato que ose decir: "vivió (Cuitlahuac) pocos dias, pero bastantes, para que su tibieza y falta de aplicacion dexáse poco menos que borrada entre los suyos la memoria de su nombre:"[3] ¡esculpida en bronce la conservará México eternamente!

§ 22. Cuauhtemoc.

Muerto Cuitlahuac, ascendió al trono Cuauhtemoc, "hijo del rey Ahuizotzin y de la heredera de Tlatelulco,"[4] "sobrino de Motecuzuma ....señor (de aquel pueblo)....sacerdote mayor....(de los mexicanos) y hombre de mucho valor y terrible;"[5] "muy esforzado,"[6] "de muy gentil disposicion, así de cuerpo como de faiciones, y la cara algo larga y alegre, y los ojos mas parecian que cuando miraba que eran con gravedad y halagüeños, y no habia falta en ellos..... y el color tiraba mas á blanco que al color y matiz de esotros indios morenos."[7]

Después de indicar Cortés cuánto se preciaban los mexicanos de tener por rey á Cuauhtemoc,[8] agrega que éste "era mancebo de edad de diez y ocho años;"[9] Francisco de Aguilar asienta también que Cuauhtemoc "era Señor mancebo de hasta dies y ocho años, valeroso y ualiente."[10]

Díjonos ya el P. Durán que al estallar en México la rebelión contra los españoles, Cuauhtemoc, "aunque mozo, salia armado cada día á pelear y á animar á los suyos;"[11] poco después vuelve el autor á pintar á Cuauhtemoc como "muchacho y de poca edad..... pero..... valeroso...... (y de) ánimo invencible para antes morir que darse ni sugetarse."[12]

1 Cortés, 153.
2 Díaz del Castillo, 133¹.
3 Solís, II, 155.
4 Ixtlilxochitl, 1, 342.
5 Fragmentos, 146.
6 Díaz del Castillo, 142¹.
7 Idem, 196¹.
8 187.
9 246.
10 21.
11 II, 46.
12 II, 57.

El Códice Ramírez dice igualmente de Cuauhtemoc que era "animoso capitan..... de edad de diez y ocho años."[1] Por último, Ixtlilxochitl manifiesta que el insigne Monarca, cuando fué electo al trono, era "de edad de diez y ocho años, famosísimo capitán, cual convenía por el tiempo y trance en que se veían los mexicanos."[2]

Incurren pues en error nuestros inteligentes historiadores Chavero y Riva Palacio, al asegurar, el primero, que Cuauhtemoc era "joven de unos veinticinco años,"[3] y el segundo, que "debe haber muerto de más de cuarenta y cinco años (en 1525)."[4] El señor Chavero se funda en el testimonio aislado de Díaz del Castillo, autor que no sólo queda desmentido por todos los cronistas á que acabamos de referirnos, sino que escribió con tal descuido acerca del particular, que en un capítulo presenta á Cuauhtemoc de "hasta veinte y cinco años;"[5] en otro "de obra de veinte y tres años,"[6] y á las cinco páginas "de edad de veinte y tres ó veinte y cuatro años:"[7] tal vez Díaz del Castillo se refería al año en que murió el glorioso caudillo mexicano. Por su parte, Riva Palacio aduce dos cédulas reales expedidas en España hacia 1523 y 1525, en las que se habla de un supuesto hijo de Cuauhtemoc, "nieto del Monarca y Emperador Moctezuma;"[8] fuera de que dichas cédulas no constituyen una fe de bautismo, el decantado hijo y nieto nunca existió; de lo contrario, nos hablarían de él los conquistadores cronistas, y Juan Cano, esposo de doña Isabel Motecuhzoma, no habría osado decir: "cómo Cortés é los chripstianos fueron enseñoreados de México, ningun hijo quedó legítimo, sino bastardos, de Monteçuma, excepto mi muger, que quedaba viuda; porque Guatimuçin, señor de México, su primo, por fixar mejor su estado, siendo ella muy muchacha la tuvo por muger....... é no ovieron hijos ni tiempo para procreallos."[9] La ambición hacía que tal ó cual individuo, hijo quizá de alguno de los mismos conquistadores, tratase de aparecer como sucesor legítimo de la extinguida monarquía indígena; don Pedro Motecuhzoma, hijo del rey de igual nombre, declaraba en su testamento otorgado en México

1 89.
2 II, 404.
3 888[2].
4 118[1].
5 142[1].
6 191[1].
7 196[1].
8 111[2].
9 549[1].

á 8 de septiembre de 1570, que con anterioridad habían alegado *fraudulentamente* derechos á la sucesión real los herederos de sus hermanas doña Isabel y doña Leonor, "hijos que dicen ser del dicho (rey) Motezuma."[1] Reanudemos nuestra relación.

No está de más repetir que cuando los españoles subieron á Motecuhzoma por segunda vez á las azoteas del cuartel español, para que los mexicanos cesasen su impetuoso ataque, Cuauhtemoc fué el "animoso capitan...... de edad de diez y ocho años (que primero levantó la voz contra el Monarca llamándole) muger de los españoles,"[2] hecho que por sí solo revelaba el carácter levantado é indómito de Cuauhtemoc.

Fué él también quien dijo á los mexicanos que cuando les faltasen las armas sería preciso "dexár crecer las vñas, para despedaçar los Enemigos."[3]

No dejó de prever Cuauhtemoc que sostenido Cortés por los innumerables pueblos indígenas que se le habían aliado, no tardaría mucho en volver sobre México; así que, secundado dignamente el Monarca por Tetlepanquetzaltzin, rey de Tlacopan, y por Coanacochtzin, rey de Tetzcoco, "todos tres hombres de valor y ánimo,"[4] "se dedicó á adquirir (escribía Mártir) todas las clases de armas que podía lograr, principalmente picas largas, con las cuales esperaba poder herir de lejos á los caballos...... abriga recelo de que Cortés vuelva contra él á tomar venganza de lo pasado, y particularmente porque sabe que las regiones circunvecinas se apartan de él y prometen auxiliar á los nuestros en daño suyo."[5]

Por otra parte, Cuauhtemoc "envió á sus mensajeros por todos los pueblos para que estuviesen muy alerta con todas sus armas, y á los caciques les daba joyas de oro, y á otros perdonaba los tributos; y sobre todo, mandaba ir muy grandes capitanes y guarniciones de gente de guerra para que mirasen no les entrásemos en sus tierras; y les enviaba á decir que peleasen muy reciamente con nosotros."[6] Aparte de esto, "fortalecia la Ciudad con Fosos, i Trincheras, i armaba la Gente con largas Picas: soltaba los Tributos, ofrecia Mercedes á los Pue-

1 Docs. de América, VI, 87.
2 Códice Ramírez, 89.
3 Herrera, III, 19[1].
4 Ixtlilxochitl, II, 404-5.
5 III, 307.
6 Díaz del Castillo, 142[1,2].

blos que resistiesen á los Christianos, i los matasen, i embiasen las cabeças. Dió á entender en todo su Imperio, quanto les convenia la vnion, para librarse de la opresion de los Estrangeros........ Fue mui diligente Quautimoc en estas prevenciones: ganó muchos Amigos, aunque algunos no se quisieron confederar con él, no tanto por el miedo de los Castellanos, quanto por sus antiguas enemistades. Hiço grandisima provision de Armas: metió mucha Gente en la Ciudad: sacó mucha parte de la invtil, i la embió á las Montañas. Levantó la Vitualla de la Comarca: hacia exercitar la Gente en las Armas: ofreció Mercedes á los que se señalasen mas. Tenia gran cuidado de saber lo que hacian sus Enemigos: i quando entendió que se apercibian, i querian poner en camino, juntó la Nobleça Mexicana, i todos sentados, i él en pie, hiço vn Raçonamiento, persuadiendoles á la defensa de la Religion, de la Patria, de las Vidas, Honras, Hijos, i Mugeres, con que á todos confirmó en su voluntad, i obediencia, i le prometieron de morir en ella."[1]

Fielmente cumplían los mexicanos las sabias órdenes de su rey; en breve tiempo "fortalecieron su ciudad, asi de bastimentos como de valientes honbres, porque de todas las provincias los rrecogian y trayan para estar apercibidos, porque ya bien sabian lo que hazian los xpianos para dalles guerra, y asi tenian mucho numero de gentes; y en las calles principales, que eran la de cuyoacan, y tlacuba, y tlatlelulco, tenian las azequias hondas, y hechas muy grandes albarradas. Desta manera, a la entrada de la calle tenian tres paredes hechas, y entrauan a ellas por las esquinas, por lo mas angosto, y los yndios, armados, por cima de las albarradas peleavan valientemente; de manera que derribada una pared y los que en ella estauan, quedauan otras dos."[2]

El plan de campaña de Cuauhtemoc, consistía pues en reconcentrar en la capital todos los elementos de guerra para oponer allí una resistencia suprema al invasor; no por esto abandonaba la táctica ofensiva, como veremos luego.

§ 23. Primeras escaramuzas.

"Despues de haber estado en esta ciudad de Tesáico (dícenos Cor-

1 Herrera, II, 288[1 y 2].
2 Aguilar, 20.

tés), siete ó ocho dias sin guerra ni reencuentro alguno, fortaleciendo nuestro aposento y dando órden en otras cosas necesarias para nuestra defension y ofensa de los enemigos, y viendo que ellos no venian contra mí, salí de la dicha ciudad;"[1] "y porque tuviesen qué comer (los tlaxcalteca) porque *para tantos como eran* no se lo podian dar abastadamente los de Tezcuco,"[2] "con docientos españoles, en los cuales habia diez y ocho de caballo, y treinta ballesteros y diez escopeteros, y con tres ó cuatro mil indios nuestros amigos...... fuí...... hasta...... Iztapalapa..... (no habiendo olvidado que Cuitlahuac), el señor della..... habia sido el principal que nos habia hecho la guerra y echado fuera de la ciudad...... E cómo fuí sentido de la gente della bien dos leguas antes que llegase,"[3] "aguardaron como buenos guerreros, así los mejicanos que fueron en su ayuda como los pueblos de Iztapalapa, y pelearon un buen rato muy valerosamente con nosotros...... todos nuestros amigos los tlascaltecas....... se metian en ellos como perros rabiosos;"[4] "así, fuimos todas aquellas dos leguas revueltos peleando... fasta que llegamos á la dicha ciudad;"[5] "de presto dejaron el campo (los mexicanos) y se metieron en su pueblo; y esto fué sobre cosa pensada y con un ardid que entre ellos tenian acordado...... hicieron que huyeron, y se metieron en canoas en el agua y en las casas que estaban en el agua..... como ya era noche escura, nos dejan aposentar..... y con el despojo que habiamos habido é la vitoria estábamos contentos; y estando de aquella manera........ cuando no nos catamos vino tanta agua por todo el pueblo, que si los principales que llevábamos de Tezcuco no....... nos avisaran que saliésemos presto de las casas, todos quedáramos ahogados; porque soltaron dos acequias de agua y abrieron una calzada (que servía de presa), con que de presto se hinchó todo de agua, y los tlascaltecas nuestros amigos, como no son acostumbrados á rios caudalosos ni sabian nadar, quedaron muertos *dos* dellos; y nosotros, con gran riesgo de nuestras personas, todos bien mojados, y la pólvora perdida, salimos sin hato...... con mucho frio, y aun sin cenar, pasamos mala noche; y lo peor de todo era la burla y grita que nos daban los de Iztapalapa y los mejicanos desde sus casas y canoas...... cuando amaneció nos dan tanta guerra, que harto te-

1 Cortés, 173.
2 Díaz del Castillo, 152².
3 Cortés, 173-74.
4 Díaz del Castillo, 152².
5 Cortés, 174.

niamos que nos sustentar contra ellos, no nos desbaratasen:"[1] sobrevino la inundación precisamente cuando los castellanos estaban quemando el pueblo.[2]

En este primer encuentro, las pérdidas por parte de los mexicanos ascendieron á "mas de seis mil ánimas entre hombres y mujeres y niños.".[3] Respecto de las pérdidas sufridas por Cortés, limítase éste á decirnos que "falleció un español;"[4] Díaz del Castillo por su parte manifiesta, con laconismo parecido, que "mataron dos soldados y un caballo."[5] Ni uno ni otro añaden palabra acerca de los aliados indígenas muertos, excepto el segundo que incidentalmente nos indica hubo dos ahogados, según acabamos de ver: los castellanos no acostumbraban tener en cuenta á sus aliados, ni en las victorias ni en las derrotas: más aprecio hacían de sus bestias.

Continúa Cortés: "aquel día me volví á Tasáico, peleando algunos ratos con los que salian de la mar, aunque poco daño les podiamos hacer, porque se acogian luego á las canoas."[6]

Dos días después se presentaron en Tetzcoco "ciertos mensajeros de la ciudad de Otumba, y otras cuatro ciudades que están junto á ella (á celebrar alianza con Cortés)."[7] Este hecho, como hemos visto, se repetía día á día desde que los españoles desembarcaron en San Juan de Ulúa.

Entretanto, Cuauhtemoc continuaba atendiendo á la defensa de su patria con actividad extraordinaria: "los mejicanos (escribe Díaz del Castillo) siempre tenian velas y guarniciones y guerreros contra nosotros;"[8] "ni nosotros (agrega Cortés) podiamos salir desta provincia de Aculuacan sin pasar por tierra de los enemigos, ni los españoles... venir...... sin mucho peligro."[9]

"En el interín que sucedieron todas estas cosas, murió Tecocoltzin, el cual fué bautizado y se llamó D. Fernando, que fué el primero que lo fué en Texcuco, con harta pena de los Españoles, porque fué nobilísimo y los quiso mucho."[10] Buscó Cortés en seguida para reempla-

1 Díaz del Castillo, 152-53.
2 Cortés, 174-75.
3 Idem, 174.
4 175.
5 153.[1]
6 175
7 Cortés, 175.
8 152.[2]
9 177.
10 Ixtlilxochitl, I, 345.

zarle á algún señor que fuese asimismo "muy amigo de los cristianos," [1] escogiendo á "Ahuaxpitzactzin, que después se llamó D. Carlos, uno de los Infantes hijos naturales del Rey Nezahualpiltzintli." [2]

Mucho importaba á Cortés activar la construcción de los trece bergantines, sin los que no podía emprender la toma de México. Así que, para saber si ya estaban construídos, y traer á Ahuaxpitzactzin, que permanecía en Tlaxcala, despachó á varios castellanos al mando de Gonzalo de Sandoval, los cuales, según su inveterada costumbre, "fueron quemando, y matando." [3]

Llegado á Tetzcoco Ahuaxpitzactzin, de quien Cortés nos dice: "era muchacho..... y tornóse cristiano," [4] "yo (agrega el propio Cortes)..... fice que lo recibiesen por señor. E los naturales desta ciudad, aunque por entonces habia pocos en ella, lo ficieron así, y dende ahí adelante le obedecieron, y comenzaron á venirse á la dicha ciudad y provincia." [5] No obstante, el nuevo rey "gobernó muy pocos días, porque luego á pedimento de Cortés (mismo) y los demás, hicieron Señor á Ixtlilxuchitl por ser tan valeroso, y uno de los hijos legítimos (de Nezahualpiltzintli)." [6] Este Ixtlilxochitl, llamado después, como Tecocoltzin, don Fernando, fué el que desde un principio se ofreció servilmente á ayudar á Cortés; era "de edad de veinte y tres ó veinte y cuatro años, muy esforzado, amado y temido de todos:" [7] "por manera que aqueste, por ser muy valiente, fue gran cuchillo para los suyos." [8]

Pinta bien la bajeza de Ixtlilxochitl un historiador indígena, al decir: "muchas veces aconteció estar Ixtlilxuchitl peleando con alguno de sus parientes y desde las azoteas deshonrarle sus tíos llamándole de traidor contra su patria y deudos, y otras razones pesadas, que á la verdad á ellos les sobraba la razón; mas Ixtlilxuchitl callaba y peleaba, que más estimaba la amistad y salud de los cristianos que todo esto." [9]

Fué por tanto Ixtlilxochitl quien "acabó de hacer lo que había comenzado su hermano Tecocoltzin." [10]

1 Cortés, 179.
2 Ixtlilxochitl I, 346.
3 Cortés, 178.
4 177.
5 179.
6 Ixtlilxochitl, I, 346.
7 Cortés, 220.
8 Aguilar, 21.
9 Ixtlilxochitl, I, 363.
10 Idem, I, 346.

Por su parte, los mexicanos, sin darse momento de reposo, ora atacaban á los españoles, ora á los pueblos aliados, ora á todos á la vez. En represalias, los castellanos salían á quemar los lugares indefensos de México, regresando á su cuartel "con mucho placer y victoria." [1] De allí que todas las poblaciones incapaces de resistir, se apresuraran, sobrecogidas de temor, á demandar la amistad de los castellanos, ofreciéndoles en cambio cuanto Cortés les exigía.

Coligados de tal suerte al invasor los lugares circunvecinos, venían luego sobre ellos los mexicanos á infligirles el debido castigo; pedían entonces los aliados auxilio á Cortés, mas como no se los departía, quedaban abandonados á su triste suerte; dice Cortés: "allende de nuestro trabajo y necesidad, la mayor fatiga que teniamos era no poder ayudar y socorrer á los indios nuestros amigos, que por ser vasallos........... (de S. M.) eran molestados y trabajados de los de Culúa." [2] Los pueblos indígenas, desde el momento que se unían á los castellanos, les entregaban todas sus fuerzas guerreras, quedando por lo mismo absolutamente desamparados: en consecuencia, con dichas alianzas sólo alcanzaban la ruina ó el completo exterminio.

Á la sazón, tuvo noticias Cortés de "cómo al puerto de la villa de la Veracruz habia llegado una nao, en que venian, sin los marineros, treinta ó cuarenta españoles y ocho caballos, y algunas ballestas y escopetas y pólvora, y cómo no habian sabido cómo nos iba en la guerra, ni habia seguridad para pasar á..... (México), tenian mucha pena, y que estaban allí detenidos algunos españoles que no osaban venir." [3]

§ 24. Llegan los bergantines á Tetzcoco.

"Dende á tres dias, porque ya sabiamos (habla Cortés) que los trece bergantines estaban acabados de labrar, y la gente que los habia de traer apercibida, envié á Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor, con quince de caballo y docientos peones para los traer, al cual mandé que destruyese y asolase un pueblo grande (Calpulalpan), sujeto á esta ciudad de Tesáico, que linda con los términos de la provincia de Tascaltecal, porque los naturales dél, me habian muerto cinco de caballo y cuarenta y cinco peones (Juan de Yuste y otros) que venian

1 Cortés, 180.
2 182.
3 Cortés, 181.

de...... Veracruz...... á...... Tenuxtitan, cuando yo estaba cercado en ella....... Y llegado el dicho alguacil mayor á este pueblo....... los naturales dél...... comenzaron á ponerse en huida, y los de caballo y los peones españoles y indios nuestros amigos siguieron el alcance, y mataron muchos, y prendieron y cautivaron muchas mujeres y niños, que se dieron por esclavos........ pasó adelante (Sandoval) cinco ó seis leguas á una poblacion de Tascaltecal, que es la mas junta á los términos de Culúa, y allí halló á los españoles y gente que traian los bergantines. E otro dia que llegó, partieron de allí con la tablazon y ligazon dellos, la cual traian con mucho concierto mas de ocho mil hombres, que era cosa maravillosa de ver y así me parece que es de oir, llevar trece fustas diez y ocho leguas por tierra......... dende la avanguarda á la retroguarda habia bien dos leguas de distancia......... (venían) en la delantera ocho de caballo y cien españoles, y en ella y en los lados por capitanes de mas de diez mil hombres de guerra (Ayotecatl y Euctepil)....... que son dos señores de los principales de Tascaltecal; y en la rezaga venian otros ciento y tantos españoles con otros ocho de caballo, y en ella venia por capitan, con otros diez mil hombres de guerra muy bien aderezados.... (Chichimecatecuhtli), que es de los principales señores de aquella provincia......... hombre de mucho esfuerzo........ E llevaban estos capitanes dos mil indios cargados con su vitualla. E así, con esta órden y concierto fueron su camino, en el cual se detuvieron tres dias, y al cuarto entraron en esta ciudad con mucho placer y estruendo de atabales, y yo los salí á recibir. E........ extendíase tanto la gente, que dende que los primeros comenzaron á entrar hasta que los postreros hobieron acabado, se pasaron mas de seis horas sin quebrar el hilo de la gente."[1] Según Herrera, acompañaban á los bergantines "ochenta mil Hombres de Guerra, que dió la Señoria..... de Tlaxcala."[2] "Y no tomaron con disgusto este trabajo (observaba entonces Mártir): profesan á los mejicanos un odio tan atroz, que tienen por delicia cualesquiera trabajos que se encaminen á la ruina de aquéllos."[3]

Los panegiristas de la Conquista aprovechan neciamente el transporte de los bergantines susodichos para levantar á Cortés hasta las nubes, entonando en su loor falaces cantos epopéyicos; aunque convenimos con uno de esos panegiristas que la empresa era "cosa es-

1 183-85.
2 III, 8 ²
3 III, 360.

traordinaria y sin ejemplo en la historia,"[1] reclamamos el honor de la hazaña para los únicos á quienes pertenece, para los tlaxcalteca, que fueron los que "dieron....... todo el recaudo de gente para cortar y traer (á Tlaxcala) la madera, y con gran diligencia y presteza se hicieron á (su) costa......... y hechos llevaron á Texcoco, á la laguna de México, que hay diez y ocho leguas por tierra, la tablazon y ligazon de ellos los naturales de Tlaxcala á sus cuestas, por montes y sierras é malos caminos."[2]

Construyéronse los bergantines "en el barrio de Atempa, junto á una hermita que se llama San Buenaventura."[3] "Martin Lopez...... fué el maestro de los hacer, con otros españoles que le ayudaban:"[4] "los maestros...... dieron traza como se labrasen todas las piezas que eran necesarias para hacer un buen bergantin; y de allí tomaron los indios la traza de la madera que se habia de labrar para diez ó doce bergantines, y comenzaron todos á entender en este negocio, hasta acabar de tener labradas todas las piezas......... y no los armaron, sino tomaron toda la madera á cuestas, y ansí los españoles como los indios, hechos un ejército [cosa muy de ver en la cantidad y en los aparejos que llevaban] comenzaron á marchar hasta la ciudad de Texcoco, y pusieron la madera que llevaban á la lengua del agua, y comenzaron á clavar las piezas, las unas con las otras; lo cual hecho, las brearon con su brea."[5]

No se escapó á la inteligencia de los mexicanos el peligro que para ellos entrañaban los bergantines; por esto "procuraron tres veces de les poner fuego (dice Díaz del Castillo), y aun prendimos quince indios de los que lo venian á poner, de quien se supo muy largamente todo lo que en Méjico hacian y concertaba Guatemuz; y era, que por via ninguna habian de hacer paces, *sino morir todos peleando* ó quitarnos á todos las vidas. Quiero tornar á decir los llamamientos y mensajeros en todos los pueblos sujetos á Méjico, y cómo les perdonaba el tributo y el trabajar, que de dia y de noche trabajaban de hacer casas y ahondar los pasos de las puentes y hacer albarradas muy fuertes y poner á punto sus varas y tiraderas, y hacer unas lanzas muy largas para matar los caballos, engastadas en ellas de las espadas que nos toma-

1 Prescott, México, II, 147.
2 Información de Tlaxcala, 22 y *passim*.
3 Muñoz Camargo, 237.
4 Díaz del Castillo, 157.[1]
5 Sahagún, Relación, 142-43.

ron la noche del desbarate, y poner á punto sus hondas con piedras rollizas, y espadas de á dos manos, y otras mayores que espadas, como macanas, y todo género de guerra...... volvamos á decir de nuestra zanja y acequia, por donde habian de salir los bergantines á la gran laguna, que estaba ya muy ancha y honda, que podian nadar por ella navíos de razonable porte; porque, como otras veces he dicho, siempre andaban en la obra ocho mil indios trabajadores."[1] Agrega Mártir: "entretanto que se hacían las dos cosas, las naves y el foso, (Cortés) arrasó y quemó la mayor parte de las ciudades de tierra y lacustres que le habían hostilizado cuando huía."[2]

§ 25. Nuevas escaramuzas.

Pasados tres ó cuatro días, á pedimento de Chichimecatecuhtli, el valiente general tlaxcalteca, "muy principal y esforzado,"[3] "hice apercebir (escribe Cortés) veinte y cinco de caballo, y trecientos peones, y cincuenta ballesteros y escopeteros, y seis tiros pequeños de campo, y sin decir...... dónde íbamos, salí desta ciudad....... y conmigo....... los capitanes (tlaxcalteca)......... con mas de treinta mil hombres, por sus escuadrones muy bien ordenados."[4] Herrera dice que eran "quarenta mil Tlascaltecas."[5]

Dirigióse primero Cortés á Xaltocan, población á donde Cuauhtemoc "habia enviado muchos escuadrones de guerra........ (pero que á pesar de esto fué saqueada y quemada); allí...... se hubieron *muy buenas indias*, y los tlascaltecas salieron ricos con mantas, sal y oro y otros despojos."[6]

Recorrieron luego las chusmas vandálicas de Cortés á Cuauhtitlan y á Atzcapotzalco, el pueblo de los plateros, pasando de aquí á Tlacopan:[7] "Ya que estábamos junto á ella (escribe Cortés) fallamos tambien al rededor muchas acequias de agua, y los enemigos muy á punto; y cómo los vimos, nosotros y nuestros amigos arremetimos á ellos, y entrámosles la ciudad, y matando en ellos, los echamos fuera della;

1 157.[1]
2 III, 361.
3 Díaz del Castillo, 156.[2]
4 185.
5 III, 10.[1]
6 Díaz del Castillo, 157–58.
7 Idem, 158[2].

y cómo era ya tarde, aquella noche no hicimos mas de nos aposentar en una casa, que era tan grande, que cupimos todos bien á placer en ella; y en amaneciendo, los indios nuestros amigos comenzaron á saquear y quemar toda la ciudad, salvo el aposento donde estábamos, y pusieron tanta diligencia, que aun dél se quemó un cuarto; y esto se hizo porque cuando salimos la otra vez desbaratados de Tenuxtitan, pasando por esta ciudad, los naturales della, juntamente con los de Tenuxtitan, nos hicieron muy cruel guerra y nos mataron muchos españoles."[1] No eran los castellanos quienes habían de olvidar las ofensas y daños pasados.

"En seis dias que estuvimos en esta ciudad (agrega Cortés)........... ninguno hobo en que no tuviésemos muchos reencuentros y escaramuzas con los enemigos. E los capitanes de la gente de Tascaltecal y los suyos hacian muchos desafios con los de Tenuxtitan, y peleaban los unos con los otros muy hermosamente."[2]

Viendo Cortés la enérgica resistencia que le oponían los mexicanos, quiso arreglar con ellos la paz; "Llegó...... á vna Puente, que estaba levantada...... (y) preguntó á los Mexicanos, si estaba allí el Señor, que le queria hablar;"[3] "ellos me respondieron (dícenos el propio Cortés) que toda aquella multitud de gente de guerra que por allí veia, *que todos eran señores;* por tanto, que dijese lo que queria. Y cómo yo no respondí cosa alguna, comenzáronme á deshonrar."[4] El aventurero español enmudecía turbado ante la digna altivez de aquel pueblo que efectivamente parecía formado de reyes tan sólo.

Deseosos los mexicanos de apoderarse de Cortés, "concertaron que cuando peleasen con él, que hiciesen que volvian huyendo hácia Méjico, y que poco á poco metiesen á nuestro ejército en su calzada, y que cuando los tuviesen dentro, haciendo como que se retraian de miedo; é ansí como lo concertaron lo hicieron, y Cortés, creyendo que llevaba vitoria, los mandó seguir hasta una puente; y cuando los mejicanos sintieron que tenian ya metido á Cortés en el garlito pasada la puente, vuelve sobre él tanta multitud de indios, que unos por tierra, otros con canoas y otros en las azuteas, le dan tal mano, que le ponen en tan gran aprieto, que estuvo la cosa de arte, que creyó ser perdido é desbaratado; porque á una puente donde habia llegado cargaron tan

1 186-87.
2 187.
3 Herrera, III, 11[1].
4 187.

de golpe sobre él, que ni poco ni mucho se podia valer..... Cortés, viendo el gran atrevimiento y mala consideracion que habia hecho en haber entrado en la calzada de la manera que he dicho, y sintió cómo los mejicanos le habian cebado, luego mandó que todos se retrajesen; y con el mejor concierto que pudo, y no vueltas las espaldas, sino los rostros á los contrarios, pié contra pié, como quien hace represas, y los ballesteros y escopeteros unos armando y otros tirando, y los de á caballo haciendo algunas arremetidas, mas eran muy pocas, porque luego les herian los caballos; y desta manera se escapó Cortés aquella vez del poder de Méjico, y cuando se vió en tierra firme dió muchas gracias á Dios."[1]

Bien escarmentado Cortés, "desde allí dió la vuelta para Tezcuco, y por el camino que habia venido se volvió, y le daban grita los mejicanos, creyendo que volvia huyendo, y aun sospecharon lo cierto, que con gran temor volvió."[2]

Aunque diezmados los mexicanos por la peste y la guerra, y sin haber obtenido ninguna ayuda de los demás indígenas, no por esto desmayaban en su heroica defensa; al mismo tiempo que combatían á Cortés, enviaban diversos destacamentos á hostilizar á los pueblos que se le habían aliado. De allí que aquéllos recurriesen continuamente al real español en demanda de socorro; mas "Cortés no sabia qué se decir ni qué respondelles, ni dar remedio á los unos ni á los otros; porque habia visto que estábamos muchos de nuestros soldados heridos y dolientes, y se habian muerto ocho de dolor de costado y de echar sangre cuajada, revuelta con lodo, por la boca y narices; y era del quebrantamiento de las armas que siempre traiamos á cuestas, é de que á la continua íbamos á las entradas, y de polvo que en ellas tragábamos; y demás desto, viendo que se habian muerto tres ó cuatro soldados de heridas, que nunca parábamos de ir á entrar, unos venidos y otros vueltos."[3]

Empero, vióse obligado Cortés, por propia conveniencia, á auxiliar á Chalco: "por allí habian de ir é venir á........ Veracruz é á Tlascala (dicenos Díaz del Castillo), y habiamos de mantener nuestro real, porque es tierra de mucho maíz...... (por lo cual precipitadamente) mandó á Gonzalo de Sandoval que fuese allá con ducientos soldados y veinte de á caballo, é diez ó doce ballesteros y otros tantos escopete-

1 Díaz del Castillo, 158–59.
2 Idem, 159[1].
3 Idem, 159.[2]

ros, y nuestros amigos los de Tlascala y otra capitanía de los de Tezcuco, y llevó al capitan Luis Marin por compañero, porque era su muy grande amigo; y después de haber oido misa, en 12 dias del mes de marzo de 1521..... (salió Sandoval pasando por Tlalmanalco y Chimalhuacan, de donde se dirigió á Huaxtepec) é yendo por su camino, vió venir por tres partes repartidos los escuadrones de mejicanos dando gritas y tañendo trompetillas y atabales, con todo género de armas, según lo suelen traer, y se vinieron como *leones bravos* á encontrar con los nuestros;"[1] "cómo nuestros amigos (los que acompañaban á Sandoval, y los naturales de Chalco, Huexotzinco y Cuauhquechollan) eran muchos y tenian en ventaja á los españoles y á los de caballo, todos juntos rompieron por ellos, y les hicieron desamparar el campo; y matando en ellos, siguieron á los enemigos, y en aquel pueblo que está antes de Guastepeque reposaron aquella noche."[2]

Otro día, al llegar á las inmediaciones de Huaxtepec, "salen al encuentro (de Sandoval) sobre quince mil mejicanos, y le comenzaban á cercar y le hirieron muchos soldados y cinco caballos; mas como la tierra era en parte llana," [3] "en poco rato los desbarataron, y matando en ellos, los echaron fuera del pueblo, y los de caballo se apearon para dar de comer á sus caballos y aposentarse. Y estando así descuidados...... llegan los enemigos hasta la plaza del aposento...... echando muchas piedras y varas y flechas, y los españoles dieron al arma; y ellos y nuestros amigos...... salieron á ellos y echáronlos fuera otra vez...... y volviéronse...... á Guastepeque, adonde estuvieron reposando dos dias."[4]

Cuando vió Sandoval que los mexicanos no reanudaban sus combates, les envió á proponer la paz, lo mismo que á los habitantes de un gran pueblo llamado Yacapichtla; "que si no lo hacen, que irá allá de guerra y los castigará; y la respuesta fué que vayan cuando quisieren, que bien piensan tener con sus cuerpos y carnes buenas hartazgas, y sus ídolos sacrificios; y como aquella respuesta le dieron, y los caciques de Chalco que con Sandoval estaban, que sabian que en aquel pueblo de Acapistla estaban muchos mas mejicanos en guarnición para les ir á Chalco á dar guerra cuando viesen vuelto al Sandoval, á esta causa le rogaron que fuese allá y los echase de allí; y el Sandoval

1 160$^{1 \text{ y } 2}$.
2 Cortés, 189.
3 Díaz del Castillo, 161^{1}.
4 Cortés, 189–90.

estaba para no ir, lo uno porque estaba herido y tenia muchos soldados y caballos heridos, y lo otro, como habia tenido tres batallas, no se quisiera meter por entonces en hacer mas de lo que Cortés le mandaba; y tambien algunos caballeros de los que llevaba en su compañía...... le dijeron que se volviese á Tezcuco y que no fuese á Acapistla, porque estaba en gran fortaleza, no le acaeciese algun desman..... (Pero aconsejado por el capitán Luis Marín, Sandoval se resolvió á atacar Yacapichtla; en el primer asalto, los mexicanos) le hirieron tres caballos y muchos soldados, sin podelles hacer cosa ni daño ninguno." [1] No obstante, la formidable ayuda de los indígenas aliados hizo que los mexicanos quedasen vencidos durante el segundo asalto: "fué tanta la matanza dellos á manos de los nuestros, y dellos despeñados de lo alto, que todos los que allí se hallaron afirman que un rio pequeño que cercaba casi aquel pueblo, por mas de una hora fué teñido en sangre, y les estorbó (á los castellanos) de beber por entonces, porque cómo hacia mucha calor, tenian necesidad dello." [2]

Mientras que los indígenas aliados guerreaban y vencían á los mexicanos, los españoles, azuzados por su lujuria y rapacidad, "se empleaban (como nos dice uno de ellos desvergonzadamente).......... en buscar una buena india, ó haber algun despojo." [3]

"Dado conclusion á esto, y dejando al fin estas dos poblaciones de paz, aunque bien castigadas por haberla al principio negado, el dicho alguacil mayor se volvió con toda la gente á Tesáico," [4] y con muy buen despojo, "en especial con *muy buenas piezas de indias.*" [5]

"Como el señor de Méjico...... Guatemuz...... supo...... el desbarate de sus ejércitos...... mostró mucho sentimiento....... y........ acordó...... de enviar grandes poderes de guerreros...... y en mas de dos mil canoas grandes, con todo género de armas, salen sobre veinte mil mejicanos, y vienen de repente en la tierra de Chalco...... (avisan inmediatamente los de este pueblo á Cortés, pero) sin mas aguardar socorro de nosotros, enviaron á llamar á los de la provincia de Guaxocingo é Tlascala, que estaban cerca, los cuales vinieron aquella noche mesma, muy aparejados con sus armas, y se juntaron con los de Chalco, que serian por todos mas de veinte mil dellos, é ya les habian per-

1 Díaz del Castillo, 161–62.
2 Cortés, 190.
3 Díaz del Castillo, 162.[1]
4 Cortés, 190.
5 Díaz del Castillo, 162.[1]

dido el temor á los mejicanos, y gentilmente los aguardaron en el campo y pelearon como muy varones, puesto que los mejicanos mataron y prendieron hasta quince capitanes y hombres principales, y de otra gente de guerra de no tanta cuenta se prendieron otros muchos; y túvose esta batalla entre los mejicanos por grande deshonra suya, viendo que los de Chalco los vencieron, y en mucho mas que si los desbaratáramos nosotros." [1] Era que los mexicanos luchaban no contra una sola provincia sino contra toda la tierra.

Fué hasta entonces, después de terminado el reñido encuentro, cuando Sandoval apareció nuevamente en Chalco; empero, no emprendió en balde la marcha, porque cautivó á un gran número de los vencidos; escribe Díaz del Castillo: "Como hubo llegado (á Tetzcoco) Gonzalo de Sandoval con gran presa de esclavos, y otros muchos que se habian habido en las entradas pasadas, fué acordado que luego se herrasen; y...... si en lo de Tepeaca se hizo muy malamente........ muy peor se hizo en esto de Tezcuco, que después que sacaban el real quinto, era otro...... para Cortés y otras partes para los capitanes; y en la noche antes cuando las tenian juntas nos desaparecieron las mejores indias......... y desde allí adelante muchos soldados que tomábamos algunas *buenas indias*, porque no nos las tomasen, como las pasadas, las escondiamos y no las llevábamos á herrar...... y al dar las partes del oro se consumió, que ningunos ó muy pocos soldados llevaron partes, porque ya lo debian, y aun muchos mas pesos de oro que después cobraron los oficiales del Rey." [2]

En tal estado las cosas, "enviáronme (de Veracruz, escribe Cortés) ciertas ballestas y escopetas y pólvora, con que hubimos grandísimo placer; y dende á dos dias me enviaron otro mensajero, con el cual me hicieron saber que al puerto habian llegado tres navíos, y que traían mucha gente y caballos, y que luego los despacharian para acá; y segun la necesidad que teniamos, milagrosamente nos envió Dios este socorro." [3]

Parece que en la expedición susodicha vino "un fraile de san Francisco que se decia fray Pedro Melgarejo de Urrea, natural de Sevilla, que trajo unas bulas de señor san Pedro, y con ellas nos componian si algo éramos en cargo en las guerras en que andábamos; por manera que en pocos meses el fraile fué rico y compuesto á Castilla." [4] Pur-

1 Idem, 162.[1 y 2]
2 Idem, 163.[1]
3 191.
4 Díaz del Castillo, 163.[1 y 2]

gados ya con las oportunas bulas los aventureros españoles, de todos sus anteriores crimenes, quedaban en aptitud para cometerlos de nueva cuenta con entero desahogo: fácil era comprar después con el oro que se robase, otras absoluciones papales.

Á pesar de los continuos y considerables refuerzos que recibía Cortés, no juzgaba seguro el éxito de la guerra, por lo cual insistió en celebrar la paz. Á tal fin envió á México dos prisioneros mexicanos, únicos que se atrevieron á ir, porque bien sabían todos cuál era la suerte inexorable que Cuauhtemoc reservaba á los mexicanos que osaban hablarle de cesar la guerra. Los dos mensajeros salieron de Tetzcoco el "27 de marzo;" [1] "mas poco aprovechó, ca (Cortés) nunca tuvo respuesta; antes cuanto él mas pedia paz, mas la rehusaban ellos." [2]

Al siguiente día, jueves 28, vinieron "ciertos mensajeros de las provincias de (Tozapan, Mexicaltzinco, Nauhtlan)...... y de otras ciudades que están en su comarca, y dijéronme que se venian á dar por vasallos.... y á ser nuestros amigos:" [3] "trajeron un presente de oro y ropa de algodon..... era capitan dellos (anteriormente Cuauhpopoca).... que ya habiamos quemado por justicia." [4]

Aquellas alianzas no hacían la menor mella en el ánimo inquebrantable de los mexica; antes bien les alentaban más y más para perceverar en su gloriosa defensa. De allí que á raíz de haberse unido á Cortés los mencionados pueblos, viniesen sobre Chalco varios escuadrones mexicanos: tal era la contestación que daba Cuauhtemoc á las reiteradas proposiciones de paz que se le hacían. Violentado Cortés, resolvió salir en persona á auxiliar á Chalco. Dícenos que partió de Tetzcoco el "viérnes.... 5 de abril.... con.... treinta de caballo y.... trecientos peones..... (y) mas de veinte mil..... de Tesáico." [5] No mienta para nada á los demás aliados; pero Díaz del Castillo escribe que fueron también "muchos tlascaltecas." [6]

Á las nueve de la mañana del día siguiente entró Cortés á Chalco; [7] rogó luego á los señores del lugar "que para otro dia (habla Díaz del Castillo) que estuviesen aparejadas todas sus gentes de guerra para ir con nosotros..... y otro dia fuimos á dormir á.... (Chimalhuacan)," [8]

1 Cortés, 191.
2 Gomara, 380.[1]
3 Cortés, 192.
4 Díaz del Castillo, 159[2].
5 192.
6 163[2].
7 Cortés, 193.
8 164[1].

"donde se juntaron con nosotros mas de cuarenta mil hombres de guerra,"[1] "ansí de Chalco y de Tezcuco y Guaxocingo, y los tlascaltecas y otros pueblos; y vinieron tantos, que en todas las entradas que yo habia ido, después que en la Nueva-España entré, nunca vi tanta gente de guerra de nuestros amigos como ahora fueron en nuestra compañía."[2]

Desde Chimalhuacan "fuimos caminando......por medio de dos sierrezuelas, que en ellas habia fortalezas y mamparos, donde habia muchos indios é indias recogidos...... y...... nos daban gritos...... y nosotros no curamos de pelear con ellos, sino callar y caminar y pasar adelante hasta un pueblo grande que estaba despoblado, que se dice Yautepeque, y tambien pasamos de largo; y llegamos á un llano donde habia unas fuentes de muy poca agua, é á una parte estaba un gran peñol con una fuerza muy mala de ganar...... y de lo alto dél nos daban gritos y tiraban piedras é varas y flechas, y hirieron tres soldados ......entonces mandó Cortés que reparásemos allí, é dijo: «Parece que todos estos mejicanos se ponen en fortalezas y hacen burla de nosotros de que no les acometemos;»...... (trás un ligero reconocimiento) Cortés mandó que les fuésemos entrando y subiendo;"[3] "luego......comenzaron á subir, y ganaron á los contrarios dos vueltas del peñol, que no pudieron subir mas...... é fué tan recia la ofensa de los enemigos, que nos mataron dos españoles y hirieron mas de veinte......E yo, viendo que era imposible poder mas hacer...... mandé á los capitanes que se volviesen:"[4] "bajamos abajo todos descalabrados y corriendo sangre, y las banderas rotas, y ocho muertos:"[5] "aunque con harta tristeza de no haber alcanzado victoria, partimonos de allí,"[6] "y fuimos por una vega abajo cerca de otro peñol, que seria del uno al otro obra de legua y media poco mas ó menos, creyendo que hallariamos agua, y no la habia sino muy poca...... estaba en esta fuerza mucha mas gente que en el primero peñol, y aun era muy mas fuerte, segun después vimos; y nuestros escopeteros y ballesteros les tiraban, mas estaban tan altos y tenian tantos mamparos, que no se les podia hacer mal ninguno; pues entralles ó subilles no habia remedio...... aunque probamos dos veces ...... de manera que ansí en esta fuerza como en la primera no gana-

1 Cortés, 193.
2 Díaz del Castillo, 164[1].
3 Idem, 164[1 y 2].
4 Cortés, 194.
5 Díaz del Castillo, 165[1].
6 Cortés, 194.

mos ninguna reputacion, antes los mejicanos y sus confederados tenian vitoria;"[1] "y así, nos estuvimos aquella noche oyendo hacer á los enemigos mucho estruendo de atabales y bocinas y gritas;"[2] "se acordó para otro dia que desde otro peñol que estaba cerca...... fuesen todos los ballesteros y escopeteros...... y aunque no muy bien, mataban algunos y herian otros...... y quiso nuestro Señor Dios que acordaron de se dar de paz, y fué por causa que no tenian agua ninguna, que estaba mucha gente arriba...... ansí hombres como mujeres y niños é gente menuda; y para que entendiésemos abajo que querian paces, desde el peñol las mujeres meneaban unas mantas hácia abajo, y con las palmas daban unas con otras, señalando que nos harian pan y tortillas, y los guerreros no nos tiraban vara ni piedra ni flecha:"[3] "mandé (dice Cortés) que no se le hiciese mas daño; y llegados á me hablar, los recibí bien. Y cómo vieron cuán bien con ellos se habia hecho, hiciéronlo saber á los del otro peñol; los cuales, aunque habian quedado con victoria, determinaron de se dar por vasallos...... y viniéronme á pedir perdon por lo pasado."[4]

Ordenó Cortés á Ircio, Jaramillo, Corral y Díaz del Castillo, fuesen á reconocer el peñol rendido, agregándoles en tono irónico: "«Mirá, señores, que no les tomeis ni un grano de maíz;»"[5] Ircio sin embargo no entendió ó no quiso entender la intención antifrástica del perverso capitan, é impidió por lo mismo á Díaz del Castillo que robara varios fardos de ropa á los indígenas vencidos; luego que Cortés supo el incidente, se enojó y dijo: "«Mirá cómo no entendieron que los envié porque se aprovechasen, y á Bernal Díaz, que me entendió, quitaron el despojo que traia destos perros, que se quedarán riendo con los que nos han muerto y herido.»"[6]

Después de permanecer allí dos dias, partió el ejército español para Huaxtepec: "en la casa de una huerta del señor de allí nos aposentamos todos; la cual huerta es la mayor y más hermosa y fresca que nunca se vió, porque tiene dos leguas de circúito, y por medio della va una muy gentil ribera de agua, y de trecho á trecho, cantidad de dos tiros de ballesta, hay aposentamientos y jardines muy frescos, y infinitos

1 Díaz del Castillo, 165[1].
2 Cortés, 195.
3 Díaz del Castillo, 165[2].
4 Cortés, 195.
5 Díaz del Castillo, 166[1].
6 Loc. cit.

árboles de diversas frutas, y muchas yerbas y flores olorosas; que cierto es cosa de admiracion ver la gentileza y grandeza de toda esta huerta. E aquel dia reposamos en ella, donde los naturales nos hicieron el placer y servicio que pudieron. E otro dia (jueves 11 de abril)...... llegamos á...... Yautepeque...... E cómo llegamos pareció que (sus habitantes) quisieron hacernos alguna señal de paz...... Pero luego...... comenzaron á huir, desamparando su pueblo; y yo no curé de detenerme en él, y con los treinta de caballo dimos tras ellos bien dos leguas, hasta los encerrar en otro pueblo que se dice....(Xiuxtepec), donde alanceamos y matamos muchos. Y en este pueblo hallamos la gente muy descuidada, porque llegamos primero que sus espías, y murieron algunos, y tomáronse *muchas mujeres* y muchachos, y todos los demás huyeron; y yo estuve dos dias en este pueblo, creyendo que el señor dél se viniera á dar por vasallo....... y cómo nunca vino, cuando partí hice poner fuego al pueblo; y antes que dél saliese, vinieron ciertas personas del pueblo antes, que se dice Yactepeque, y rogáronme que les perdonase, y que ellos se querian dar por vasallos...... Yo les recibí de buena voluntad, porque en ellos se habia hecho ya buen castigo."[1] Dícenos Díaz del Castillo que allí "hubieron (los españoles) *muy buenas indias* é despojos."[2]

"Aquel dia (13 de abril) que partí, á las nueve del dia llegué á vista de un pueblo muy fuerte, que se llama (Cuauhnahuac, llamado por los castellanos Cuernaváca)...... y dentro dél habia mucha gente de guerra; y era tan fuerte...... y cercado de tantos cerros y barrancas, que algunas habia de diez estados de hondura..... y estaban (los naturales) tan fuertes y tan á su salvo, que aunque fuéramos diez veces mas, no nos tuvieran en nada; y llegándonos hácia ellos, tirábannos á su placer muchas varas y flechas y piedras. Y estando así muy revueltos con nosotros, un indio de Tascaltecal pasó de tal manera, que no le vieron, por un paso muy peligroso; é cómo los enemigos (que guardaban el paso) le vieron así de súpito, creyeron que los españoles les entraban por allí; y así, ciegos y espantados, comienzan á ponerse en huida, el indio tras dellos."[3] Alentados entonces los españoles por el ejemplo del indio tlaxcalteca, "todavía pasé yo (dice Díaz del Castillo) y otros veinte ó treinta soldados y muchos tlascaltecas, y comenzamos á dar por las espaldas de los mejicanos, que estaban tirando vara

1 Cortés, 196
2 166[2].
3 Cortés, 196–97.

y flecha á los nuestros;"[1] "cómo los tomaron de tan sobresalto...... estaban espantados y no osaban pelear, y los españoles mataban en ellos; y así desque cayeron en la burla comenzaron á huir. Y ya nuestra gente de pié estaba dentro en el pueblo y le comenzaban á quemar, y los enemigos todos á le desamparar; y así huyendo se acogieron á la sierra, aunque murieron muchos dellos, y los de caballo siguieron y mataron muchos. E después que hallamos por dónde entrar al pueblo, que seria mediodía, aposentámonos en las casas de una huerta, porque lo hallamos ya casi todo quemado. E ya bien tarde el señor y algunos otros principales....... acordaron de se venir á ofrecer por vasallos...... y yo los recibí por tales...... (por supuesto) después de les haber quemado y destruido sus casas y haciendas."[2] Otra vez aquí el ejército castellano "hubo gran despojo, ansí de mantas muy grandes como de *buenas indias*."[3]

El robo y la lascivia acompañaban siempre á aquellos aventureros desalmados en su obra de exterminio.

Á la mañana siguiente "seguimos nuestro camino por una tierra de pinares, despoblada y sin ninguna agua...... tanto que muchos de los indios que iban con nosotros perecieron de sed; é á siete leguas de aquel pueblo en unas estancias paramos aquella noche. Y en amaneciendo tomamos nuestro camino y llegamos á vista de una gran ciudad que se dice Suchimilco, que está edificada en la laguna dulce, é cómo los naturales della estaban avisados de nuestra venida, tenian hechas muchas albarradas y acequias, y alzadas las puentes de todas las entradas de la ciudad, la cual está de Tenuxtitan tres ó cuatro leguas; y estaba dentro mucha y muy lucida gente y *muy determinados de se defender ó morir*."[4]

Atacados los Xochimilca por una puente que tenían quebrada, "estuvieron peleando con nosotros (dice Díaz del Castillo) cerca de media hora, que no les podiamos entrar, que ni bastaban ballestas ni escopetas ni grandes arremetidas;"[5] "en la tarde pensaron........ cómo nos podrian atajar (escribe Cortés)...... E juntos mucha copia dellos, determinaron de venir por la parte que...... habiamos entrado; y cómo los vimos venir tan súpito, espantámonos de ver su ardid y presteza;

1 166².
2 Cortés, 197–98.
3 Díaz del Castillo, 167¹.
4 Cortés, 198.
5 167–68.

y seis de caballo, y yo, que estábamos mas á punto que los otros, arremetimos por medio dellos. E ellos, de temor de los caballos, pusiéronse en huida; y así salimos de la ciudad tras ellos, matando muchos, aunque nos vimos en harto aprieto; porque, cómo eran *tan valientes hombres*, muchos dellos osaban esperar á los de caballo con sus espadas y rodelas. E cómo andábamos revueltos con ellos y habia muy gran priesa, el caballo en que yo iba se dejó caer de cansado; y cómo algunos de los contrarios me vieron á pié, revolvieron sobre mí, é yo con la lanza comencéme á defender dellos;"[1] mas "hasta que llegó Chichimecatecuhtli caudillo de los tlaxcaltecas á socorrerle (agrega Ixtlilxochitl), y uno de los criados de Cortés, con cuya ayuda y con el socorro que llegó después, los enemigos desampararon todo el campo y los nuestros se fueron recogiendo por la parte interior de la ciudad."[2]

Observa Clavijero "que tanto en esta, como en otras muchas ocasiones, pudo Cortés ser fácilmente muerto por sus enemigos, si éstos no hubiesen tenido la insensata pretensión de cogerle vivo para sacrificarlo á los dioses."[3]

"Llegaron las nuevas á Mexico, que Cortés havia ganado á Suchimilco, i el Rei Quautimoc hiço vn Raçonamiento á la Nobleça de la Ciudad: Poniendo por delante el peligro en que se hallaban, i el valor que convenia mostrar, para resistir á los Castellanos, en que harian gran servicio á sus Dioses, que estaban mui ofendidos de los vltrages de los Castellanos, en lo qual era necesario emplear de veras sus fuerças, i sus armas: *i quando aquellas faltasen, dexár crecer las vñas, para despedaçar los Enemigos, con los quales se havia de pelear hasta el vltimo espiritu*, por la honra, i seguridad de todos, i que para esto se havia de cobrar á Suchimilco: Para lo qual, con gran diligencia, se embarcaron en dos mil Canoas, mas de doce mil Hombres. Por Tierra, eran sin cuento los que iban, sin levantar Vanderas, ni tocar sus Musicas, por no ser sentidos;"[4] "luego se entendió que venian contra nosotros (dice Díaz del Castillo), y acordóse que hubiese muy buena vela...... y los de á caballo muy á punto...... y todos los capitanes, y Cortés con ellos, haciendo vela y ronda toda la noche......... como era de noche muy escuro, se fueron á ajuntar las canoas (de los mexicanos) con

1 199.
2 II, 429.
3 III, 188.
4 Herrera, III, 18-9.

sus capitanes........ y todas juntas fueron á desembarcar á....... acequias hondas; y como no son acostumbrados á pelear de noche, se juntaron todos con los escuadrones que Guatemuz enviaba por tierra, que eran ya dellos mas de quince mil indios......... aquella misma noche mandó Cortés á todos los ballesteros que alistasen todas las saetas que tuviesen y las emplumasen y pusiesen sus casquillos........ ya que fué de dia claro....... nos vinieron á cercar todos los escuadrones mejicanos en el patio donde estábamos; y como nunca nos cogian descuidados, los de á caballo por una parte, como era tierra firme, y nosotros por otra, y nuestros amigos los tlascaltecas, que nos ayudaban, rompimos por ellos y se mataron y hirieron tres de sus capitanes, sin otros muchos que luego otro dia se murieron; y nuestros amigos hicieron buena presa, y se prendieron cinco principales, de los cuales supimos los escuadrones que Guatemuz habia enviado; y en aquella batalla quedaron muchos de nuestros soldados heridos, é uno murió luego. Pues no se acabó en esta refriega; que yendo los de á caballo siguiendo el alcance, se encuentra con los diez mil guerreros que el Guatemuz enviaba en ayuda é socorro de refresco de los que de antes habia enviado, y los capitanes mejicanos que con ellos venian traian espadas de las nuestras, haciendo muchas muestras con ellas de esforzados, y decian que con nuestras armas nos habian de matar; y cuando los nuestros de á caballo se hallaron cerca dellos, como eran pocos, y eran muchos escuadrones, temieron; é á esta causa se pusieron en parte para no se encontrar luego con ellos hasta que Cortés y todos nosotros fuésemos en su ayuda; é como lo supimos, en aquel instante cabalgan todos los de á caballo que quedaban en el real, aunque estaban heridos ellos y sus caballos, y salimos todos los soldados y ballesteros, y con nuestros amigos los tlascaltecas, y arremetimos de manera, que rompimos y tuvimos lugar de nos juntar con ellos pié con pié, y á buenas estocadas y cuchilladas se fueron con la mala ventura, y nos dejaron de aquella vez el campo."[1]

Sin esperar ya otro ataque, dispuso Cortés el regreso; "recogida la gente (nos dice), volvimos á la ciudad bien cansados."[2] Fué la causa de esta intempestiva huída, el haber sabido los castellanos "que tenia Guatemuz ordenado de enviar otra gran flota de canoas y muchos mas guerreros por tierra...... y como aquello se supo, si muy aperci-

1 168–69.
2 201.

bidos estábamos de antes, mucho mas lo estuvimos entonces, y fué acordado que........ saliésemos de aquella ciudad y no aguardásemos mas batallas." [1]

Durante aquellos tres días que los castellanos permanecieron en la bella ciudad de Xochimilco, ocupáronse muy principalmente "en asolarla;" [2] escribe el propio Cortés: "mandéla quemar toda...... y........ dejandola toda quemada y asolada, nos partimos, y cierto era mucho para ver, porque tenia muchas casas y torres de sus ídolos de cal y canto." [3] Fácil es inferir que los castellanos, según su costumbre, robaron antes cuanto pudieron; estaban saqueando precisamente "unas casas muy grandes llenas de mantas y ropa y camisas de mujeres de algodon, y habia en ella oro y otras muchas cosas y plumajes......... (cuando) vino en aquel instante una gran flota de canoas de guerreros de Méjico y dan sobre ellos é hirieron muchos soldados, y apañan á cuatro soldados vivos é los llevaron á Méjico...... (de quienes Cuauhtemoc) alcanzó á saber...... tanto como quiso." [4]

Estaban de tal modo cargados los castellanos con el producto de sus rapiñas, que Cortés creyó necesario decirles "que seria bien, é así nos lo mandaba...... que fuésemos desembarazados y dejásemos el fardaje é hato, porque no nos estorbase para el tiempo de pelear." [5] Ya se colige que la advertencia fué desoída: no habían venido los españoles á otra cosa que á arriesgar su vida para enriquecerse.

"Y cuando los escuadrones mejicanos que habia enviado Guatemuz aquel dia (18 de abril) vieron que nos íbamos retrayendo de Suchimilco creyeron que de miedo no los osábamos esperar, *como ello fué verdad*, y...... en todo el camino hasta que llegamos á un gran pueblo que se dice Cuyoacoan...... nunca nos faltaron rebatos de guerreros que nos salian en partes que no nos podiamos aprovechar dellos, y ellos sí de nosotros." [6]

"E á las diez del dia llegamos á....... Cuyoacan, que está de Suchimilco dos leguas, y de las ciudades de Tenuxtitan y Culuacan, y Uchilubuzco, y Iztapalapa, y Cuitaguaca, y Mizqueque, que todas están en el agua, la mas lejos destas está una legua y media; y hallámosla des-

1 Díaz del Castillo, 169.[2]
2 Ixtlilxochitl, II, 480.
3 201.
4 Díaz del Castillo, 169.[2]
5 Idem, 170.[1]
6 Loc. cit.

poblada, y aposentámonos en la casa del señor, y aquí estuvimos el dia que llegamos y otro." [1]

Dícenos Cortés: "porque en siendo acabados los bergantines habia de poner cerco á Tenuxtitan, quise primero ver la disposicion desta ciudad y las entradas y salidas, y por dónde los españoles podian ofender ó ser ofendidos. E otro dia que llegué tomé cinco de caballo y docientos peones y fuíme hasta la laguna, que estaba muy cerca, por una calzada que entra á la ciudad de Tenuxtitan, y vimos tanto número de canoas por el agua, y en ellas gente de guerra, que era infinito; é llegamos á una albarrada que tenian hecha en la calzada, y los peones comenzáronla á combatir; y aunque fué muy recia y hubo mucha resistencia y hirieron diez españoles, al fin se la ganaron, y mataron muchos de los enemigos, aunque los ballesteros y escopeteros quedaron sin pólvora, y sin saetas. E dende allí vimos cómo iba la calzada derecha por el agua, fasta dar en Tenuxtitan bien legua y media, y ella y la otra que va á dar á Iztapalapa llenas de gente sin cuento; y cómo yo hube considerado bien lo que convenia verse......... nos volvimos (á Coyohuacan), quemando las casas y torres de sus ídolos." [2] Jamás se apagaba en la mano de Cortés la antorcha de la devastación.

El día veinte "comenzamos á caminar...... camino de Tacuba........ y en el camino salieron en tres partes muchos escuadrones de guerreros, y todas tres les resistimos...... é yendo por nuestro camino....... apartóse Cortés con diez de á caballo á echar una celada á los mejicanos...... y llevó consigo cuatro mozos de espuelas, y los mejicanos hacian que iban huyendo, y Cortés........ (con los suyos) siguiéndoles; y cuando miró por sí estaba una gran capitanía de contrarios puestos en celada, y dan en Cortés y los de á caballo, que les hirieron los caballos, y si no dieran vuelta de presto, allí quedaran muertos ó presos. Por manera que apañaron los mejicanos dos de los soldados mozos de espuelas de Cortés, de los cuatro que llevaba, y vivos los llevaron á Guatemuz é los sacrificaron...... (Descansaba, ya en Tacuba el grueso del ejército español cuando llegó Cortés) muy triste y como lloroso...... (su abatimiento aumentó todavía al considerar) cuántas veces habia enviado á Méjico á rogalles con la paz........ y........ los grandes trabajos en que nos habiamos de ver hasta tornar á señorear...... como no habia pólvora ni muchas saetas, y todos los mas soldados de

1 Cortés, 201.
2 201–2.

nuestro ejército heridos, acordándosenos que otra vez, poco mas había de un mes, que Cortés...... estuvo en gran peligro; porque temió ser desbaratado...... fué acordado que luego nos fuésemos nuestro camino, por *temor* no tuviésemos en ese dia ó en la noche alguna refriega con los mejicanos..... y comenzamos á caminar, y pasamos por..... (Atzcapotzalco) y hallámosle despoblado, y luego fuimos á..... (Tenayocan)...... y desde allí fuimos á (Cuauhtitlan)..... otro dia fuimos camino de otra gran poblacion (Citlaltepec)...... y hallámosla despoblada." [1] "E otro dia llegamos á...... (Acolman)...... del señorio de....... (Tetzcoco) á donde fuimos aquella noche á dormir." [2]

En Tetzcoco "se hizo á Cortés buen recebimiento, así de los nuestros como de los recien venidos de Castilla, y muchos mas de los naturales de los pueblos comarcanos." [3]

Escribe Díaz del Castillo: "como veniamos tan destrozados y heridos de la entrada por mí nombrada, pareció ser que un gran amigo del gobernador de Cuba...... Antonio de Villafaña......... se concertó con otros soldados......... que así como viniese Cortés de aquella entrada, que le matasen;" [4] "eran casi trecientos los Conjurados......... Estando, pues, aguardando la ocasion, para dár á Cortés de puñaladas, vno de los complices fue á él, i con la cara demudada, i el habla alterada, le dixo: que si le concedia la vida, i le guardaba secreto, le descubriria vna cosa, que mucho le importaba. Liberal, i promptamente se la otorgó, i el Descubridor dixo: Que convenia luego prender á Antonio de Villafaña, que era el movedor de este caso. Ordenó luego Hernando Cortés á Gonçalo de Sandoval, que le prendiese," [5] "y tomada la confesion, dijo la verdad........... y después que se confesó con el padre Juan Díaz, le ahorcaron de una ventana del aposento donde posaba el Villafaña; y no quiso Cortés que otro ninguno fuese infamado......... y como el tiempo no daba lugar á ello, se disimuló;" [6] "pero desde entonces vivia (Cortés) con maior recato." [7]

Pasado el incidente de la conjuración, procedióse á herrar á todos los indios é indias habidos en las últimas correrías, y todavía en este tercer herraje Cortés y los demás capitanes dieron mustras de su sórdi-

1 Díaz del Castillo, 170–71.
2 Cortés, 203.
3 Díaz del Castillo, 171.[2]
4 Loc. cit.
5 Herrera, III, 2.[3]
6 Díaz del Castillo, 172.[1]
7 Herrera, III, 3.[1]

da codicia; "si mal lo habian hecho de antes (exclama con enfado Díaz del Castillo), muy peor se hizo esta vez."[1]

§ 26. Ejército de Cortés.

Para proceder al sitio de México, Cortés "envió á decir á todos los pueblos nuestros amigos que estaban cerca de Tezcuco, que en cada pueblo hiciesen ocho mil casquillos de cobre, que fuesen segun otros que les llevaron por muestra, que eran de Castilla; y asimismo les mandó que en cada pueblo labrasen y debastasen otras ocho mil saetas de una madera muy buena, que tambien les llevaron muestra, y les dió de plazo ocho dias para que trujesen las saetas y casquillos á nuestro real; lo cual trujeron para el tiempo que se les mandó, que fueron mas de cincuenta mil casquillos y otras tantas mil saetas, y los casquillos fueron *mejores* que los de Castilla...... y tambien mandó Cortés........ mensajeros y cartas (á Tlaxcala)........ haciéndoles saber que en pasando el dia de Corpus Christi habiamos de...... ir sobre Méjico...... y que le enviase veinte mil guerreros...... Tambien apercibió á los de Chalco y Talmanalco......... y tambien se les dijo (al)......... señor de Tezcuco........... y á todos los mas pueblos nuestros amigos...... y todos á una respondieron que lo harian muy cumplidamente...... é que vernian."[2]

Hacia aquellos días se terminaron los bergantines y la zanja que medía sobradamente "desde donde los bergantines se ligaron...... media legua hasta la laguna; y en esta obra anduvieron cincuenta dias mas de ocho mil personas cada dia de los naturales de la provincia de Aculuacan y Tesáico; porque la zanja tenia mas de dos estados de hondura y otros tantos de anchura, y iba toda chapada y estacada."[3] Dícenos Aguilar que se hizo la zanja "por un arroyo que yva hasta la laguna."[4] "E acabados los bergantines y puestos en esta zanja, á 28 de abril de (1521)....... fice alarde de toda la gente, y hallé ochenta y seis de caballo, y ciento y diez y ocho ballesteros y escopeteros, y setecientos y tantos peones de espadas y rodela, y tres tiros gruesos de hierro, y quince tiros pequeños de bronce, y diez quintales de pólvora."[5] Herrera da el mismo número de caballos y escopeteros y ba-

1 172.[a]
2 Díaz del Castillo, 172–73.
3 Cortés, 205–6.
4 20.
5 Cortés, 206.

llesteros, pero difiere en cuanto al de los peones, pues asegura que éstos fueron "novecientos."[1] Siendo así, el total de los castellanos habría ascendido á 1104.

El día que se botaron los bergantines, "se puso el Exercito á la orilla de la Laguna; dixose, con gran solemnidad, la Misa de el Espiritu Santo: confesaron, i comulgaron todos los Castellanos, siendo el primero su Capitan: bendixo el Sacerdote los Vergantines, dixo muchas Oraciones, i hiçoles vna platica muy devota, sobre el servicio que hacian á Dios, i la santa intencion, que en negocio tan de su servicio debian tener, i como la havian de executar."[2]

Aquellos facinerosos tomaban aliento y fuerzas en la religión cristiana para entregarse desenfrenadamente al robo, á la carnicería y al exterminio. Cortés y los suyos, consagrando su vandalismo con rezos y comuniones, nos recuerdan á aquellos españoles de quienes dice Antonio Pérez que "hicieron en Bretaña vn rosario de cien orejas de Luteranos."[3]

De la totalidad de los españoles, más de la mitad pertenecían á los llegados recientemente. Dice Oviedo, aunque en términos poco precisos, que después de la Noche Triste, Cortés permaneció eu Tlaxcala "hasta que se allegaron de los españoles, que despues fueron á aquella tierra otros quinientos ó más hombres, que con los veteranos, pocos á pocos, passaban de ochocientos hombres de guerra: la qual luego se començó ó se prosiguió, continuándose á guerra guerreada á fuego é á sangre muy crudamente, contra los mexicanos é sus valedores."[4]

Ahora bien, hecho el alarde, se cuidó ante todo de equipar los bergantines tocando á cada uno veinticinco soldados sin contar los artilleros, por lo que "fueron en todos los bergantines trecientos soldados."[5]

Tratando Cortés de "saber donde habia........ peligros........ mandó llevar todos los bergantines de una parte de la laguna [que está en los términos de México, y se llama Acachinanco] y tambien él mismo fué con ellos, y desde allí comenzaron á sondar toda la laguna........ (Hecho esto, volvió al mismo lugar é hizo llamar á Cuauhtemoc y demás

1 III, 19ª.
2 Herrera, III, 9ª.
3 M.S.
4 III, 514-15.
5 Díaz del Castillo, 178.ª y ª

jefes de los mexica para parlamentar acerca de la guerra). El señor de México con sus principales y capitanes, vinieron á oir lo que D. Hernando Cortés les queria decir por el agua en canoas, y el capitan se entró en un bergantin, y se apartó de los otros bergantines con algunos capitanes que consigo llevó, y llegándose cerca dellos, comenzóles á hablar con su intérprete y dijo: «Señores mexicanos, ya estamos determinados...... para daros guerra..... . Esta....... ha tenido principio de enojos de cosas que no están bien entendidos de vuestra parte, y quereinos culpar en lo que no tenemos culpa, habiendo sido nosotros los injuriados y afrentados, y maltratados de vosotros, y muertos muchos de los nuestros, y robadas todas *nuestras haciendas* sin razon y sin justicia:"[1] tal era el nombre que daba el vandálico aventurero al producto de sus robos y matanzas. Habló luego del asesinato de "Pedro de Alvarado, que...... á traicion, y sin habérsele dado ninguna ocasion..... mató y destruyó toda la flor de los mexicanos...... (sosteniendo Cortés que este abominable crimen) *fué bien hecho.*"[2] Procuró en seguida sincerarse de la muerte de Motecuhzoma, y concluyo así: "por tanto, os venimos á dar guerra como á gente bestial y sin razon, de la cual no cesarémos hasta que venguemos nuestras injurias, y echemos por tierra á los enemigos de Dios, idolátras, que no tienen ley de projimidad ni de humanidad para con sus prójimos. Esto se hará sin falta alguna."[3]

Contrastando vivamente con la desvergonzada palabrería de Cortés, el joven rey indígena "grave y severamente dixo, que aceptaba la Guerra, y que cada qual hiciese por defenderse."[4]

El egregio Cuauhtemoc no pudo desconocer cuán inminente era el peligro que amenazaba á su patria; si sólo hubiera tenido que luchar contra los españoles, ya les habría destrozado, á ejemplo del esforzado Cuitlahuac, añadiendo en la historia de Anahuac otra página de oro á la de la Noche Triste; mas al lado de Cortés combatían hoy todos los innumerables ejércitos de las demás provincias indígenas, y esto haría que aun cuando México multiplicara sus victorias, sucumbiese al fin, porque en cada una de ellas perdería por fuerza á millares de sus hijos. Empero, ni la misma muerte cierta quebrantaba el patriotismo sin igual de los mexicanos; así que, amalgamadas todas sus energías

1 Sahagún, Relación, 147-48.
2 Idem, 148-49.
3 Idem, 150.
4 Torquemada, I, 544.[2]

en solo sentimiento, el más puro y poderoso, el de la santa libertad, trabajaban de consuno día y noche para resistir al invasor; acerca de esto, lacónicamente dice Ixtlilxochitl: "En México no se dormía."[1]

Ansioso Cortés por romper las hostilidades, "Embió á Alonso de Ojeda, para..... que pasase á llamar á la Gente de Tlascala, con apercibimiento, que sino iban dentro de diez Dias, se haria la Guerra sin ellos, i perderian el mucho despojo que avian de ganar..... (llegado Ojeda á Tlaxcala, recogió á la gente que estaba á punto de marchar, y con ella) se fue á dormir á...... (Hueyotlipan) que serian quatro mil hombres: i quando amaneció, iá havian llegado treinta mil, i á la noche mas de sesenta mil, i el Dia siguiente, casi docientos mil....... Entraron en Tezcuco, dos Dias antes de la Fiesta del Espiritu Santo, i toda la Gente tardó tres Dias en entrar, segun en sus Memoriales dice (el propio) Alonso de Ojeda, ni con ser Tezcuco tan gran Ciudad, cabian en ella."[2]

Venían los tlaxcalteca al mando del indomable joven Xicotencatl y ses hermanos, á quienes "hizo Cortés mucho acato y les abrazó."[3]

Según Ixtlilxochitl, al hacer alarde los Tlaxcalteca, Huexotzinca y Cholulteca, "halláronse por todos más de trescientos mil hombres de guerra,"[4] cifra que se compadece con la dada por Ojeda, toda vez que éste únicamente se refirió al nuevo ejército alistado por Tlaxcala, sin contar el muy numeroso que ya acompañaba á Cortés.

El contingente de guerra de Tetzcoco consistía en "200 mil vasallos (al mando de don Fernando Ixtlilxochitl),"[5] á quien Cuauhtemoc envió "á reprender mucho...... porque favorecía á los hijos del sol y era contra su propia patria y deudos,"[6] Tetzcoco suministró además "cincuenta mil labradores para aderezar puentes y otras cosas necesarias."[7]

Por tanto, el ejército indígena, reclutado únicamente en Tlaxcala, Tetzcoco, Huexotzinco y Cholula, ascendía á *medio millón de soldados*, número colosal sin duda, pero que no debe tacharse de exagerado, porque en todos aquellos pueblos densamente poblados, predominaba el militarismo, y cada hombre era un guerrero cuando la ocasión lo exigía.

En sus relaciones, tenía Cortés que disminuir extraordinariamente

1 I, 353.
2 Herrera, III, 20.[1 y 2]
3 Díaz del Castillo, 174[1].
4 I, 352.
5 Códice Ramírez, 147.
6 Ixtlilxochitl, I, 353.
7 Idem, I, 352.

el número de indígenas que militaban á su favor, para engrandecer, por el contrario, su propio esfuerzo y el de los demás castellanos en la empresa de la conquista; con efecto, no sólo reduce Cortés paladinamente hasta 75,000 hombres el total del ejército aliado, sino que nos indica que sin reservar ni un natural para sí, dividió todo el ejército indígena entre los capitanes Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Gonzalo de Sandoval, tocando 25,000 guerreros al primero, 20,000 al segundo y 30,000 al último.[1] No obstante, á poco andar, Cortés se vé obligado á confesar que le acompañaban, tan sólo á él, "ochenta mil hombres,"[2] cifra que aumenta en seguida "con mas de treinta mil,"[3] eleva luego hasta "mas de cien mil (sin tener en cuenta los que marchaban en tres mil canoas),"[4] y fija después en "mas de ciento y cincuenta mil hombres de guerra,"[5] no pudiendo menos por último que declarar una y otra y otra vez que los aliados que traía consigo eran "infinita gente,"[6] "infinito número,"[7] "que no tenian cuento,"[8] declaración que asimismo hace al hablar de los indígenas que combatían al lado de Sandoval y de Alvarado.[9]

Para determinar el número de guerreros de que se componía el ejército mexicano, no disponemos sino del testimonio de Ixtlilxochitl, poco aceptable en verdad, porque este autor, aunque indígena, se propuso en todos sus escritos glorificar á los conquistadores con bajísima adulación; de cualquier modo que sea, únicamente él habla acerca del número de los soldados mexicanos, diciéndonos que "Cuauhtemoc, Cohuanacochtzin y Tetlepanquezatzin...... juntaron casi trescientos mil hombres;"[10] tal vez incluyó Ixtlilxochitl en esta suma á los niños, á los ancianos y aún á los lisiados que juntamente con las mujeres, como después veremos, lucharon también valerosamente por defender á su patria.

En tal estado las cosas, y llegado el segundo día de Pascua, 20 de mayo, Cortés dividió su ejército en tres grandes guarniciones con el fin de ocupar con ellas las tres ciudades principales que circundaban á Méxi-

1 Cortés, 207-8.
2 217.
3 220.
4 226.
5 242.
6 221.
7 231.
8 246.
9 219.
10 I, 353.

co, y poder sitiar así á esta capital: de la primera guarnición, destinada á Tacuba, hizo capitán á Pedro de Alvarado; de la segunda, que había de asentarse en Coyohuacan, á Cristóbal de Olid, y de la tercera, que asignó á Iztapalapa, á Gonzalo de Sandoval.[1] "Para los trece bergantines (habla Cortés) con que yo habia de entrar por la laguna, dejé trecientos hombres, todos los mas gente de la marina y bien diestra."[2] No faltó entonces quien con sobrada razón murmurase que Cortés "tomaba lo menos peligroso;"[3] mas no por esto cejó el Capitán en su prudente resolución; con su natural audacia sostuvo, dícenos él mismo, que "la mas aventura y riesgo era el que se esperaba por el agua; aunque por las personas principales de mi compañía me fué requerido en forma que me fuese con las guarniciones, porque ellos pensaban que ellas llevaban lo mas peligroso."[4]

Ya todo á punto para comenzar el sitio, Cortés habló á los suyos "encareciendo la calidad de la Empresa: La honra que se ganaba en sujetar la mejor, i maior Ciudad del Mundo...... dixo, que ellos eran Castellanos, *Nacion belicosa*, i fortisima, que alli tenian *muchos Amigos, i Exercito de ellos, qual nunca Romanos juntaron*...... i que dandoles Dios vitoria, se enriquecerian, enoblecerian sus Linages, i descansarian: pues sujetada aquella Ciudad, todo lo demás obedeceria."[5]

Ahora bien, dividido el ejército de la manera indicada, dispúsose "como nos habiamos de partir para otro dia por la mañana."[6]

§ 27. Principia el sitio de México.

El día 21 fijado, "porque no tuviésemos tantos embarazos en el camino, enviamos adelante todas las capitanías de Tlascala hasta llegar é tierra de mejicanos."[7] Dice Durán que marchaban los aliados "tlaxcalteca y huexotzinca y chololteca y tezcucanos y chalca y xochimilca y tecpaneca, todos muy bien aderezados y en mucha órden, como aquellos que iban á pelear con los que los abían tenido sujetos y por vasallos y tributarios, y tenían que si no salian con la empresa, que su fin abía de ser desastrado y cruel para siempre."[8]

1 Cortés, 207.
2 208.
3 Ixtlilxochitl, II, 485.
4 210.
5 Herrera, III, 20-1.
6 Díaz del Castillo, 175[1].
7 Loc. cit.
8 II, 56.

El joven Xicotencatl caminaba también entre los aliados indígenas, pero repentinamente regresó á Tlaxcala, por "no tener voluntad de ir á la guerra de Méjico,"[1] "como el que nunca havia querido bien á los Castellanos:"[2] aquel noble jefe indígena no pudo ahogar en su alma la enemistad que desde un principio sintió hacia los destructores de la Nueva España.

Sabido el suceso por Cortés, mandó apresuradamente á llamarle con "muchos prometimientos y promesas, y que le daria oro y mantas porque volviese; y la respuesta......... fué que si el viejo de su padre y Masse-Escaci (Maxixcatzin) le hubieran creido, que no se hubiera (Cortés) señoreado tanto dellos, que les hace hacer todo lo que quiere; y por no gastar mas palabras, dijo que no queria venir."[3] Gustoso acogió Cortés esta oportunidad para vengar en el denodado mozo las antiguas rencillas; mandóle prender, "i en llegando á Tezcuco...... (le hizo) ahorcar...... en vna horca mui alta...... En muriendo llegaron muchos Indios á tomar la Manta, i el Mastil, que es vna Faxa ancha, que servia de bragas, como Almayzal; i el que llevaba vn pedaço, crehia que llevaba vna gran reliquia."[4] Tan grande era la estimación que los suyos profesaban al eximio tlaxcalteca.

Como la ejecución retardó un día la marcha, "Salieron de Tetzcuco á veinte y dos Dias de Maio, Alvarado, y Christoval de Olid, para ponerse en sus Puestos; y en Aculma (Acolman), adonde fueron á dormir aquella Noche, tuvieron diferencia, sobre el Alojamiento:"[5] "ya habiamos echado mano á las armas (escribe Díaz del Castillo) los de nuestra capitanía contra los de Cristóbal de Olí, y aun los capitanes desafiados, y no faltó caballeros de entrambas partes que se metieron entre nosotros, y se pacificó algo el ruido, y no tanto, que todavía estábamos todos resabidos; y desde allí lo hicieron saber á Cortés, y luego envió en posta á fray Pedro Melgarejo y al capitan Luis Marin, y escribió á los capitanes y á todos nosotros, reprendiéndonos por la cuestion y persuadiéndonos la paz; y como llegaron nos hicieron amigos; mas desde allí adelante no se llevaron bien los capitanes."[6]

"E otro dia (23) de mañana se partieron de allí, y fueron á dormir á otra poblacion que se dice Gilotepeque, la cual hallaron despoblada,

1 Díaz del Castillo, 175².
2 Herrera, III, 28¹.
3 Díaz del Castillo, 175².
4 Herrera, III, 28².
5 Torquemada, I, 540².
6 Díaz del Castillo, 175².

porque era ya tierra de los enemigos. E otro dia siguiente siguieron su camino en su ordenanza, y fueron á dormir á una ciudad que se dice Guatitlan...... la cual asimismo hallaron despoblada; y aquel dia pasaron por otras dos ciudades y poblaciones, que tampoco hallaron gente en ellas. E á hora de vísperas entraron en Tacuba."[1]

Aquella noche "oimos grandes gritas (de los tenochca)....... diciéndonos....... que no éramos hombres para salir á pelear con ellos....... como estábamos *escarmentados*........ no quisimos salir hasta otro dia, que fué domingo, después de haber oido misa...... y...... de nos encomendar á Dios, acordamos que entrambas capitanías juntas fuésemos á quebrar el agua de Chapultepeque, de que se proveia la ciudad...... E yendo á les quebrar los caños, topamos muchos guerreros, que nos esperaban...... porque bien entendido tenian que aquello habia de ser lo primero en que los podriamos dañar...... (trabada la pelea) y como aquellos grandes escuadrones estuvieron puestos en huida, les quebramos los caños por donde iba el agua á su ciudad, y desde entonces *nunca* fué á Méjico entretanto que duró la guerra. Y como aquello hubimos hecho, acordaron nuestros capitanes que luego fuésemos........ por la calzada de Tacuba....... para les ganar una puente; y llegados que fuimos á la calzada...... en la primera refriega hirieron treinta de nuestros soldados é murieron tres; y aunque nos hacian tanto daño, todavía les fuimos entrando..... hasta una puente, y á lo que yo entendí, ellos nos daban lugar á ello, por meternos de la parte de la puente; y como allí nos tuvieron...... cargaron tanta multitud de guerreros sobre nosotros, que no nos podiamos valer...... Porque ya que nuestros escopeteros y ballesteros no hacian sino armar y tirar á las canoas, no les haciamos daño, sino muy poco, porque las traian muy bien armadas de talabardones de madera...... Pues los de á caballo no aprovechaban cosa ninguna, porque les herian los caballos..... desde el agua; y ya que arremetian......... echábanse al agua, y tenian hechos unos mamparos, donde estaban otros guerreros aguardando con unas lanzas largas que habian hecho con las armas que nos tomaron cuando nos echaron de Méjico........ y desta manera estuvimos peleando con ellos obra de una hora, y tanta priesa nos daban, que no nos podiamos sustentar contra ellos....... y acordamos de con buen concierto retraernos y no pasar mas adelante. Pues cuando los mejicanos nos vieron retraer y echar fuera los tlascaltecas, ¡qué grita y alaridos nos daban!

1 Cortés, 208.

Y cómo se venian á juntar con nosotros *pié con pié*, digo que yo no lo sé escribir.........ocho de nuestros soldados quedaron........ muertos y mas de cincuenta heridos........ aquella noche nos estuvimos en nuestro real y......... otro dia de mañana dijo......... Olí que se queria ir á su puesto, que era á Cuyoacoan......... é por mas que le rogó......... Albarado y otros caballeros que no se apartasen aquellas dos capitanías....... jamás quiso........ y se fué adonde Cortés le mandó........ de aquesta manera estuvimos en Tacuba, y el......... Olí en su real, sin *osar* dar mas vista ni entrar por las calzadas, y cada dia teniamos en tierra rebatos de muchos mejicanos."[1]

Las pérdidas sufridas por los aliados de los castellanos quedan omitidas, lo mismo en estos primeros encuentros que en los siguientes: ya en otro lugar hemos visto que los castellanos se preocupaban más de la muerte de sus bestias que de la de los indígenas amigos.

Entretanto, Cortés permanecía en Tetzcoco, reteniendo consigo á Sandoval, al que no hizo salir sino hasta "otro dia, después de la fiesta de Corpus-Cristi, viérnes (31 de mayo) al cuarto del alba...... (Dirigióse Sandoval directamente á Iztapalapa) y á poco mas de mediodía llegaron á ella y comenzaron á quemarla y á pelear con la gente della; y cómo vieron el gran poder que el alguacil mayor llevaba, porque iban con él *mas de treinta y cinco ó cuarenta mil* hombres nuestros amigos, acogiéronse al agua en sus canoas;"[2] "mas no tardó muchas horas, que luego vinieron en socorro...... grandes escuadrones de mejicanos, y tuvo Sandoval con ellos una buena batalla...... Y estando..... peleando, vieron que en una sierrezuela que está allí junto á Iztapalapa...... hacian grandes ahumadas...... y era señal que se apellidaban todas las canoas........ porque vieron á Cortés que ya habia salido de Tezcuco con los trece bergantines, porque luego que se vino el Sandoval...... no aguardó allí mas Cortés:"[3] acompañaban á los bergantines "diez y seis mil canoas donde iba su ejército."[4]

"Cuauhtemoctzin, Señor de México, viendo que *toda la tierra* venía contra él, y que se le acercaba la ocasion, donde no solo eran menester las manos, pero el ánimo y el corazon para poderse defender, dixo á los suyos: valerosos mexicanos: ya veis como nuestros vasallos todos se an revelado contra nosotros: ya tenemos por enemigos, no so-

1 Díaz del Castillo, 176–77.
2 Cortés, 210.
3 Díaz del Castillo, 177[1].
4 Ixtlilxochitl, I, 356.

lamente á los tlaxcalteca y chololteca y vexotzingas, pero á los tezcucanos, chalca y xochimilca y tepanecas, los cuales todos nos an desamparado y dexado y se an ido y llegado á los españoles y vienen contra nosotros, por lo cual os ruego que os acordeis del valeroso corazon y ánimo de los mexicanos chichimeca, nuestros antepasados, que siendo tan poca gente la que en esta tierra aportó se atreviese á acometer y á entrar entre muchos millones de gentes y sujetó con su poderoso brazo todo este nuevo mundo y todas las naciones, no dexando costas ni provincias lejanas que no corriesen y sujetasen, poniendo su vida y haciendas al tablero por solo aumentar y ensalzar su nombre y valor; por lo cual a venido el nombre mexicano á tener la nombradía y exelencia que tiene y á ser temido su apellido por todo el mundo; por tanto, ó valerosos mexicanos, no desmayeis ni os acovardeis: esforzad ese pecho y corazon animoso para salir con una empresa la mas importante que jamás se os ha ofrecido: mirad que si con esta no saleis, quedareis por esclavos perpetuos y vuestras mugeres y hijos, por el consiguiente, y vuestras haciendas quitadas y robadas; tened lástima de los viejos y viejas y de los niños y huerfanos, que no haciendo lo que debeis al valor de vuestras personas y á la defenza de la patria, quedaran por vosotros desamparados y en manos de vuestros enemigos para ser esclavos perpetuos y hechos pedasos: *no mireis á que soy muchacho y de poca edad*, sino mirad que lo que os digo es verdad y que estais obligados á defender vuestra ciudad y patria, donde os prometo de no la desamparar hosta morir ó libralla.

"Todos con grandísimo ferbor le prometieron de hacer lo mesmo." [1]

Ya el Monarca había manifestado su propia opinión de que cuando faltasen las armas sería preciso "dexár crecer las vñas, para despedaçar los Enemigos, con los quales se havia de pelear hasta el vltimo espiritu." [2]

Empero, Cuauhtemoc no quiso imponer despóticamente su voluntad al pueblo: antes bien, dando una bella muestra de respeto y sumisión hacia éste, "determinó de juntar á los Señores, i Capitanes, que havia en Mexico: I despues de haverles representado el estado en que se hallaba, las muchas Provincias que le havian desamparado, i confederadose con los Enemigos, de hallarse sin Agua, i que convenia hurtar, con Canoas, lo que bebian, la fuerça de los Vergantines, los pasos to-

1 Durán, II, 56–7.
2 Herrera, III, 19.[1]

mados, los peligros, i miserias que esperaban, por sustentar la Guerra, propuso que le diesen su parecer sobre mantenerla, ó hacer la Paz; porque entendia, que Hernando Cortés la deseaba, i muchos la persuadian...... (mas como prevaleció la opinión de los que preferían morir en aras de la Patria antes que entregarla al invasor), mostrandose Quautimoc mui alegre, mandó fortificar muchas partes de la Ciudad, alçar las Puentes, armar cinco mil Canoas, y meter bastimentos." [1]

Así, pues, perseverando los mexicanos en su acendrado patriotismo, y obedeciendo fielmente las acertadas órdenes de su inteligente y esforzado rey, "salieron á defender su ciudad con ánimo valeroso inchendo de gente sus albarradas y de gente armada las acequias en canoas, esperando á los españoles sin mostrar punto de cobardía, repartiendo el Rey Cuauhtemoc, que era el general de todo el ejército, toda su gente en cuatro partes, por el consiguiente, para que por la mesma vía que los españoles le acometian hallasen resistencia y quien les defendiese la entrada, y acudia á todas las partes con tanta diligencia, que metido en una canoa pequeña armado de sus armas con su espada y rodela en las manos, volaba de una parte á otra para ver el concierto de sus gentes y lo que hacian." [2] Ejemplar monarca mozo aquel que sin temor á sus infinitos enemigos, sin querer tampoco traer gente que le custodiara, recorría diligentemente todas las fronteras para vigilar por sí mismo la defensa de su patria.

Volvamos á Cortés: "la primera cosa que hizo en entrando á la laguna fué combatir á un peñol (de Tepopolco, llamado después Peñon Grande ó del Marqués) que estaba en una isleta junto á Méjico, donde estaban recogidos muchos mejicanos." [3] "E entrámoslos de tal manera, que ninguno dellos se escapó, excepto las mujeres y niños; y en este combate me hirieron veinte y cinco españoles, pero fué muy hermosa victoria...... (aunque) de improviso juntóse tan grande flota de canoas para nos venir á acometer y á tentar qué cosa eran los bergantines; y á lo que podimos juzgar, pasaban de quinientas canoas." [4] "recogido el despojo del Peñól, se embarcó (Cortés)," [5] "y mandó á sus capitanes......... que no curasen de embestir ni apretar contra canoas ningunas hasta que refrescase mas el viento de tierra, porque en aquel

1 Idem, III, 27.[2]
2 Durán, II, 57–8.
3 Díaz del Castillo, 177.[1]
4 Cortés, 211.
5 Herrera, III, 29.[1]

instante comenzaba á ventear; y como las canoas vieron que los bergantines reparaban, creian que de temor dellos lo hacian, y era *verdad* como lo pensaron, y entonces les daban mucha priesa los capitanes mejicanos, y mandaban á todas sus gentes que luego fuesen á embestir con nuestros bergantines; y en aquel instante vino un viento muy recio y muy bueno, y con buena priesa que se dieron nuestros remeros y el tiempo aparejado, mandó Cortés embestir con la flota de canoas, y trastornaron muchas dellas y prendieron y mataron muchos indios, y las demás canoas se fueron á recoger entre las casas que están en la laguna, en parte que no podian llegar á ellas nuestros bergantines."[1] Escribe Mártir al hablar de este primer encuentro: "A medida que se acercaban las lanchas, los cañones que estaban colocados en las proas y los costados, las destrozaban cual nubecillas que disipa el vendabal."[2]

Manifiesta Cortés: "cómo era ya después de vísperas, mandé recoger los bergantines y llegamos con ellos á la calzada (fuerte de Xoloc), y allí determiné de saltar en tierra con treinta hombres por les ganar dos torres de sus ídolos, pequeñas, que estaban cercadas con su cerca baja de cal y canto, y cómo saltamos allí, pelearon con nosotros muy reciamiente por nos las defender; y al fin, con harto peligro y trabajo ganámoselas, é luego hice sacar en tierra tres tiros de hierro grueso que yo traia. E porque lo que restaba de la calzada desde allí á la ciudad, que era media legua, estaba todo lleno de los enemigos, y de la una parte y de la otra de la calzada, que era agua, todo lleno de canoas con gente de guerra, fice asestar el un tiro de aquellos, y tiró por la calzada adelante, y fizo mucho daño en los enemigos;"[3] "matando infinita Gente, porque estaba (la calzada) quajada de ella, i con esto se retiraron todos por entonces: quemóse la Polvora por descuido de el Artillero, i luego fue vn Vergantin á Yztapalapá, que eran dos Leguas, por mas Polvora."[4]

"Así cómo los de las guarniciones de Cuyoacan nos vieron seguir las canoas, tomaron su camino, y los mas de caballo y de pié que allí estaban, para la ciudad de Tenuxtitan, y pelearon muy reciamente con los indios que estaban en la calzada, y les ganaron las albarradas que tenian hechas, y les tomaron y pasaron á pié y á caballo muchas

1 Díaz del Castillo, 177.[1 y 2]
2 III, 362.
3 213.
4 Herrera, III, 29[2].

puentes que tenian quitadas, y con el favor de los bergantines que iban cerca de la calzada, los indios de Tascaltecal, nuestros amigos, y los españoles seguian á los enemigos, y dellos mataban, y dellos se echaron al agua de la otra parte de la calzada por do no iban bergantines. Así fueron con esta victoria mas de una gran legua por la calzada, hasta llegar donde yo habia parado con los bergantines."[1]

"Aunque al principio era mi intencion........ irme á Cuyoacan........ determiné de asentar allí el real (sobre el puente de Xoloc), y que los bergantines se estuviesen allí junto á las torres, y que la mitad de la gente de Cuyoacan y otros cincuenta peones de los del alguacil mayor se viniesen allí otro dia...... y á media noche llega mucha multitud de gente...... y cierto nos pusieron *en gran temor* y rebato...... (pero con el fuego de los cañones y escopetas, y la superioridad de los bergantines sobre las frágiles canoas indígenas) nos dejaron lo que quedó de la noche sin nos acometer mas."[2]

§ 28. Primeros asaltos á la ciudad.

"Otro dia (1º de junio) en amaneciendo, llegaron al real de la calzada donde yo estaba, quince ballesteros y escopeteros, y 50 hombres de espada y rodela, y siete ó ocho de caballo de los de la guarnicion de Cuyoacan; é ya cuando ellos llegaron, los de la ciudad en canoas y por la calzada peleaban con nosotros; y era tanta la multitud, que por el agua y por la tierra no viamos sino gente, y daban tantas gritas y alaridos, que parecia que se hundia el mundo. E nosotros comenzamos á pelear con ellos por la calzada adelante, y ganámosles una puente que tenian quitada, y una albarrada que tenian hecha á la entrada. E con los tiros y con los de caballo hicimos tanto daño en ellos, que casi los encerramos hasta las primeras casas de la ciudad. E porque de la otra parte de la calzada, cómo los bergantines no podian pasar, andaban muchas canoas y nos hacian daño con flechas y varas que nos tiraban á la calzada, hice romper un pedazo della junto á nuestro real, y hice pasar de la otra parte cuatro bergantines, los cuales, cómo pasaron, encerraron las canoas todas entre las casas de la ciudad; en tal manera, que no osaban por ninguna via salir á lo largo. E por la otra parte de la calzada los otros ocho bergantines peleaban con las

1 Cortés, 212–13.
2 Idem, 213–14.

canoas, y las encerraron entre las casas, y entraron por entre ellas, aunque hasta entonces no lo habian osado hacer, porque habia muchos bajos y estacas que les estorbaban. E cómo hallaron canales por donde entrar seguros, peleaban con los de las canoas, y tomaron algunas dellas y quemaron muchas casas del arrabal, é aquel dia todo despendimos en pelear de la manera ya dicha."[1]

"Gonzalo de Sandoval, que estaba en Iztapalapa, viendo que no les podia hacer mal á los de Iztapalapa, porque estaban en el agua, y ellos á él le herian sus soldados, acordó de se venir á unas casas é poblacion que estaban en el agua, que podian entrar en ellas, y les comenzó á combatir; y estándoles dando guerra, envió Guatemuz, gran señor de Méjico, á muchos guerreros á los ayudar y deshacer y abrir la calzada por donde habia entrado el Sandoval, para tomalles dentro y que no tuviesen por donde salir; y envió por otra parte mucha más gente de guerra; y como Cortés estaba con Cristóbal de Olí, é vieron salir gran copia de canoas hácia Iztapalapa, acordó de ir con los bergantines y con toda la capitanía de Cristóbal de Olí hácia Iztapalapa en busca de Sandoval; é yendo por la laguna con los bergantines y el Cristóbal de Olí por la calzada, vieron que estaban abriendo la calzada muchos mejicanos, y tuvieron por cierto que estaba allí en aquellas casas el Sandoval, y fueron con los bergantines é le hallaron peleando con el escuadron de guerreros que envió el Guatemuz, y cesó algo la pelea."[2] Fué entonces cuando Sandoval "les destruyó y quemó toda la ciudad.[3]

"E desta manera estuvimos seis dias, en que cada dia teniamos combate con ellos; é los bergantines iban quemando al rededor de la ciudad todas las casas que podian, y descubrieron canal por donde podian entrar al rededor y por los arrabales de la ciudad, y llegar á lo grueso della, que fué cosa muy provechosa, y hizo cesar la venida de las canoas, que ya no osaba asomar ninguna con un cuarto de legua á nuestro real."[4]

"Pedro de Albarado, que estaba por capitan de la gente que estaba en guarnicion en Tacuba, me hizo saber cómo por la otra parte de la ciudad, por una calzada que va á unas poblaciones de tierra firme, y por otra pequeña que estaba junto á ella, los de Tenuxtitan entraban

1 Idem, 214.
2 Díaz del Castillo, 177-78.
3 Cortés, 215.
4 Loc. cit.

y salian cuando querian, y que creia que, viéndose en aprieto, se habian de salir todos por allí, aunque yo deseaba mas su salida que no ellos; porque muy mejor nos pudiéramos aprovechar dellos en la tierra firme que no en la fortaleza grande que tenian en el agua; pero porque estuviesen del todo cercados, y no se pudiesen aprovechar en cosa alguna de la tierra firme, aunque el alguacil mayor estaba herido, le mandé que fuese á asentar su real á un pueblo pequeño, á do iba á salir la una de aquellas dos calzadas; el cual se partió con veinte y tres de caballo y cien peones y diez y ocho ballesteros y escopeteros, y me dejó otros cincuenta peones de los que yo traia en mi compañía, y en llegando, que fué otro dia, asentó su real"[1] "(en) un pueblo que se dice Tepeaquilla, adonde ahora llaman Nuestra Señora de Guadalupe."[2]

"E dende allí adelante la ciudad de Tenuxtitan quedó cercada por todas las partes que por calzadas podian salir á la tierra firme."[3]

"Después de todo lo referido, que ya casi todos los pueblos comarcanos á la ciudad de Mexico...... (estaban) sujetos y arruinados,"[4] ó como dice Cortés, cuando "teniamos algo encerrados á los enemigos, y ...... *mucha gente de guerra de nuestros amigos*, determiné de entrar por la calzada á la ciudad todo lo mas que pudiese; y que los bergantines al fin de la una parte y de la otra se estuviesen para hacernos espaldas...... asimismo mandé...... (á Sandoval y á Alvarado) que por sus estancias acometiesen aquel dia á los de la ciudad...... Así salí por la mañana del real...... por la calzada adelante, y luego hallamos los enemigos en defensa de una quebradura...... y en ella tenian hecha una albarrada, y peleamos con ellos, y ellos con nosotros muy valientemente. E al fin se la ganamos, y seguimos por la calzada adelante hasta llegar á la entrada de la ciudad, donde estaba una torre de sus ídolos (hoy la iglesia de San Antonio Abad) y al pié della una puente muy grande alzada...... cómo los bergantines estaban de la una parte y de la otra, ganámosela sin peligro; lo cual fuera imposible sin ayuda dellos. E cómo comenzaron á desamparar el albarrada, los de los bergantines saltaron en tierra, y nosotros pasamos el agua, y tambien los de Tascaltecal, y Guaxocingo, y Calco, y Tesáico, que eran *mas de ochenta mil hombres*. Y entretanto que cegábamos con piedra y adobes aquella puente, los españoles ganaron otra albarrada que estaba en la calle, que es

1 Cortés, 215-16.
2 Díaz del Castillo, 178[1].
3 Cortés, 216.
4 Ixtlilxochitl, I, 358.

la principal y mas ancha de toda la ciudad; é cómo aquella no tenia agua, fué muy fácil de ganar, y siguieron el alcance tras los enemigos por la calle adelante hasta llegar á otra puente que tenian alzada, salvo una viga ancha por donde pasaban, é puestos por ella y por el agua en salvo, quitáronla de presto. E de la otra parte de la puente tenian hecha otra grande albarrada de barro y adobes. E cómo llegamos á ella y no pudimos pasar sin echarnos al agua, y esto era muy peligroso, los enemigos peleaban muy valientemente...... *con mucho corazon*...... duró en ganarse mas de dos horas. E cómo los enemigos los vieron pasar, desampararon el albarrada y las azoteas, y pónense en huida por la calle adelante, y así pasó toda la gente. E yo hice comenzar á cegar aquella puente y deshacer el albarrada; y en tanto los españoles y los indios nuestros amigos siguieron el alcance por la calle adelante bien dos tiros de ballesta, hasta otra puente (hoy Puente de Palacio) que está junto á la plaza de los principales aposentamientos de la ciudad; y esta puente no la tenian quitada ni tenian hecha albarrada en ella; porque ellos no pensaron que aquel dia se les ganara ninguna cosa de lo que se les ganó, ni aun nosotros pensamos qne fuera la mitad. E á la entrada de la plaza asestóse un tiro, y con él recibian mucho daño los enemigos, que eran tantos, que no cabian en ella. E los españoles, cómo vieron que allí no habia agua, de donde se suele recibir peligro, determinaron de les entrar la plaza. E cómo los de la ciudad vieron su determinacion puesta en obra, y vieron mucha multitud de nuestros amigos, aunque dellos sin nosotros no tenian ningun temor, vuelven las espaldas, y nuestros amigos dan en pos dellos hasta los encerrar en el circúito de sus ídolos, el cual es cercado de cal y canto; é..... tiene tan gran circúico como una villa de cuatrocientos vecinos; y este fué luego desamparado dellos, y los españoles y nuestros amigos se lo ganaron, y estuvieron en él y en las torres un buen rato."[1] "En este tiempo llegaron las canoas y los que en ellas venian [que eran valientes soldados] y otros hombres valientes, que ellos llaman *quaquachicti*, dejaron las canoas á los remeros y acudieron á pelear contra los españoles: los que iban viendo delante de los españoles dieron voces á los que venian de refresco por detras de los españoles, llamándolos que se diesen prisa. Como vieron los españoles que por detras les daban guerra, y los de adelante volvian contra ellos, halláronse en medio de los enemigos, y acosados por detras y por delante, y así los españoles de á ca-

1 216-18.

ballo volvieron la rienda y rompieron por la parte de atrás, y pasaron huyendo por medio de los enemigos: ellos alanceaban á los que por delante se les ofrecia."[1] "E aunque los enemigos vian que recibian daño, venian los perros tan rabiosos, que en ninguna manera los podiamos detener ni que nos dejasen de seguir:"[2] "ansí huyendo se recogieron los españoles á donde tenian asentado su real, que se llama *Xoloco*, que es cave el matadero, y cave las casas de Alvarado, y los de los bergantines se tornaron adonde tenian su real, que se llama *Acachinanco*. Perdieron entonces los españoles el tiro grueso que habian sacado de los bergantines, porque se los tomaron los enemigos al tiempo que huían."[3]

Gracias á la precaución que tuvieron los castellanos de cegar las puentes, pudieron retirarse; mas al hacerlo, "dejamos puesto fuego á las mas y mejores casas de aquella calle."[4]

Á la vez que Cortés intentaba penetrar hasta el centro de la ciudad, Sandoval y Alvarado lo procuraban también; aquél por Tepeyacac y el segundo por Tlacopan, pero ambos fueron rechazados, no obstante que los aliados "que estaban con ellos, que eran *infinitos*, pelearon muy bien."[5]

"Los indios de Tenochtitla.... como vieron lo que pasaba en la guerra de los españoles por agua y por tierra, muchos dellos acogiéronse al Tlatilulco con sus haciendas, porque allí pensaban de estar mas seguros, por via de la gente que es mas belicosa que los defendiera, y por via del sitio ser mas fuerte para defenderse. Entraron en el Tlatilulco los hombres y las mugeres de Tenochtitla con gran llanto y con muchas lágrimas, ansí de los hombres como de las mugeres y niños que llevaban consigo á cuestas. Los tlatilulcanos los recibieron de muy buena voluntad en su pueblo, y los albergaron y acariciaron, y les consolaron de palabra, diciendo: que ellos moririan por su defensa, que no tuviesen miedo ninguno, y así se partieron muchos de la gente de guerra de Tlatilulco, y se fueron á Tenochtitla á pelear contra los españoles."[6]

Retraído Cortés á su real, presentáronsele al siguiente día "*mas de treinta mil* hombres de guerra, muy bien aderezados...... y á los otros

1 Sahagún, Relación, 178.
2 Cortés, 219.
3 Sahagún, Relación, 178-79.
4 Cortés, 219.
5 Loc. cit.
6 Sahagún, Relación, 181.

dos reales irian otros *veinte mil*, (todos los cuales enviaba don Hernando, señor de Tetzcoco)."[1]

Dícenos Ixtlilxochitl que ese don Hernando con otros principales "se quedaron en Tetzcuco, para juntar la más gente que pudiesen para ir en seguimiento de Cortés, y aviar de todo lo necesario su ejército; entrando ordinariamente por agua y por tierra la comida y los bastimentos necesarios, en que andaban yendo y viniendo más de veinte mil personas de carga, y por la laguna más de mil canoas, y en su guarda y defensa treinta y dos mil hombres de guerra, porque los enemigos no los asaltasen y quitasen por el camino lo que allí llevaban: que no fué lo menos que hizo en servicio de su majestad, proveyendo de todo lo necesario tan poderoso ejército, y todo á su costa y mención y de sus hermanos, deudos y demás señores."[2]

Dos días después del asalto llegaron al real español los naturales de Xochimilco á ofrecerse como aliados:[3] suministraron á Cortés "dos mill canoas en la laguna, cargadas de bastimentos, con doce mill hombres de guerra."[4]

Vinieron por último á reforzar á los castellanos "ciertos pueblos (otomíes)....... que es gente serrana y de mas copia que los de (Xochimilco)."[5]

Según Herrera, los xochimilca y otomíes ascendían á "más de veinte mil Hombres."[6]

No obstante, en los días siguientes, no osó Cortés dar combate alguno á los mexicanos.[7]

"Como Cortés y todos........... entendimos (dice Díaz del Castillo) que sin los bergantines no podriamos entrar por las calzadas para combatir á Méjico, envió (aquél) cuatro dellos á Pedro de Albarado, y en su real, que era el de Cristóbal de Olí, dejó seis bergantines, y á Gonzalo de Sandoval, en la calzada de Tepeaquilla, envió dos; y mandó que el bergantin mas pequeño que no anduviese mas en el agua, porque no le trastornasen las canoas, que no era de sustento..... Pues desque nos vimos en nuestro real de Tacuba con........ los ber-

1 Cortés, 220.
2 II, 489.
3 Cortés, 20.
4 Docs. de América, XIII, 298.
5 Cortés, 220.
6 III, 32.[1]
7 Cortés, 221.

gantines...... comenzamos á pelear muy de hecho" [1] "contra los tlaltilulcanos:" [2] "cuando con ellos estábamos peleando, era tanta la piedra con hondas y vara y flecha que nos tiraban, que por bien que íbamos armados, todos los mas soldados nos descalabraban, y quedábamos heridos, y hasta que la noche nos despartia no dejábamos la pelea y combate........ pues ya que con tantos trabajos les ganábamos alguna puente ó albarrada y la dejábamos sin guarda, aquella misma noche la habian de tornar á ahondar, y ponian muy mejores defensas, y aun hacian hoyos encubiertos en el agua, para que otro dia cuando peleásemos, al tiempo de retraer, nos embarazásemos y cayésemos en los hoyos, y pudiesen en sus canoas desbaratarnos; porque ansimismo tenian aparejadas muchas canoas para ello, puestas en partes que no las viesen nuestros bergantines, para cuando nos tuviesen en aprieto en los hoyos, los unos por tierra y los otros por el agua dar en nosotros; y para que nuestros bergantines no nos pudiesen venir á ayudar tenian hechas muchas estacadas en el agua, encubiertas en partes que en ellas zabordasen, y desta manera peleábamos cada dia. Ya he dicho que....... herian y mataban los caballos antes que se les hiciese á los contrarios daño; y demás desto, los caballeros cuyos eran no los querian aventurar, porque costaba en aquella sazon un caballo ochocientos pesos, y aun algunos costaban á mas de mil...... heridos y entrapajados (los soldados) habiamos de pelear desde la mañana hasta la noche, que si los heridos se quedaran en el real sin salir á los combates, no hubiera de cada capitanía veinte hombres sanos para salir." [3] En una de tantas escaramuzas "los tlatilulcanos prendieron quince españoles, y luego los llevaron á presentar delante del señor de México, y de los otros principales que estaban en el barrio de Xacaculco, que es Santa Ana." [4]

"Dejemos esto, y digamos cómo nosotros mudamos otra órden y manera de pelear, y es esta que diré: que como viamos que cuantas obras de agua ganábamos de dia, y sobre lo ganar mataban de nuestros soldados, y todos los mas estábamos heridos, lo tornaban á cegar los mejicanos, acordamos que todos nos fuésemos á meter en la calzada, en una placeta donde estaban unas torres de ídolos que las habiamos ya ganado..... desque hubimos asentado nuestros ranchos..... desde allí adelante procuramos que luego las casas ó barrios ó abertu-

1 178.[1]
2 Sahagún, Relación, 181.
3 Diaz del Castillo, 178.[1 y 2]
4 Sahagún, Relación, 188.

ras de agua que les ganásemos, que luego lo cegásemos, y que las casas diésemos con ellas en tierra y las deshiciésemos, porque ponellas fuego, tardaban mucho en se quemar, y desde unas casas á otras no se podian encender, porque, como ya otras veces he dicho, cada casa estaba en el agua, y sin pasar en puentes ó en canoas no pueden ir de una parte á otra." [1]

Nada "aprovechaba haberles quitado el agua de Chalputepeque, ni menos aprovechaba haberles vedado que por las tres calzadas no les entrase bastimento ni agua........ porque los mejicanos metian mucha agua y bastimentos de los nueve pueblos que estaban poblados en el agua; porque en canoas les proveian de noche, é de otros pueblos sus amigos, de maíz é gallinas y todo lo que querian; é para........... evitar...... aquesto, fué acordado..... que dos bergantines anduviesen de noche...... á dar caza á las canoas que venian cargadas can bastimentos é agua...... y como los mejicanos andaban descuidados en sus canoas metiendo bastimentos, no habia dia que no traian los bergantines que andaban en su busca presa de canoas y muchos indios colgados de las entenas...... (á causa de esto, los mexicanos) acordaron de armar treinta piraguas, que son canoas muy grandes, con muy buenos remeros y guerreros, y de noche se metieron todas treinta entre unos carrizales en parte que los bergantines no las pudiesen ver, y cubiertas de ramas echaban de antenoche dos ó tres canoas, como que llevaban bastimentos ó metian agua, y con buenos remeros, y en parte que les parecia á los mejicanos que los bergantines habian de correr cuando con ellos peleasen, habian hincado muchos maderos gruesos, hechos estacadas, para que en ellos zabordasen; pues como iban las canoas por la laguna mostrando señal de temerosas, arrimadas algo á los carrizales, salen dos de nuestros bergantines tras ellas, y las dos canoas hacen que se van retrayendo á tierra á la parte que estaban las treinta piraguas en celada, y los bergantines siguiéndolas, é ya que llegaban á la celada salen todas las piraguas juntas y dan tras nuestros bergantines, é de presto hirieron á todos los soldados é remeros y capitanes, y no podian ir á una parte ni á otra, por las estacadas que les tenian puestas; por manera que mataron al un capitan, que se decia Fulano de Portillo, gentil soldado que habia sido en Italia, é hirieron á Pedro Barba, que fué otro muy buen capitan, y desde á tres dias murió de las heridas; y tomaron el bergantin. Estos dos bergantines

1 Diaz del Castillo, 178–79.

eran del real de Cortés, de lo cual recibió muy gran pesar....... (recomendaba aquél) que no pasásemos puente ni abertura de la calzada sin que primero la tuviésemos ciega, é que no quedase casa que no se derrocase y se pusiese fuego; y con los adobes y madera de las casas que derrocábamos, cegábamos los pasos y aberturas de las puentes; y nuestros amigos los de Tlascala nos ayudaban en toda la guerra muy como varones." [1]

Faltos ya de mantenimientos los mexicanos, empezó á morir "mas gente de hambre que no á hierro: que oí certificar que daban por un puño de maiz un puño de joyas de oro ó de piedras riquísimas, y así ascondidas hubo algunos principales de las provincias cercanas que acudieron con algun maiz para solo llevar joyas de la ciudad de México, especialmente los de Cuitlavac y Culhuacan y Mizquic y de la ciudad de Xochimilco, los cuales quedaron entonces de aquella necesidad ricos y con mucho oro y joyas y piedras y plumas; y así lo que mas les hizo la guerra fué la grande hambre y necesidad de mantenimientos que tuvieron, y así les fué forzoso á los soldados huir de México á sus tierras y desamparar la ciudad y dexar al Rey solo con sus mexicanos."[2]

Ahora bien, aunque los mexica luchaban no sólo con *infinitos* enemigos, sino además con el hambre y la peste, aun resistían con heroicidad sobrehumana, desplegando una táctica admirable; día á día ideaban inteligentes ardides para destrozar las enormes guarniciones que les cercaban; de esta suerte tendieron una astuta celada á Alvarado y á sus soldados: atácanle primero denodadamente, y luego, tras porfiada lucha, muéstranse desmoralizados, retroceden y echan á huir, al parecer, en el mayor desconcierto; síguenles llenos de salvaje entusiasmo sus enemigos, "y cuando no nos catamos (dice Díaz del Castillo), tenian encubiertos en partes que no les podiamos ver tanta multitud de guerreros que nos salen al encuentro, y otros muchos dende las azuteas é dende las casas; y los que primero hacian que se iban retrayendo, vuelven sobre nosotros todos á una, y nos dan tal mano, que no les podiamos sustentar; y acordamos de nos volver retrayendo con gran concierto; y tenian aparejadas en el agua y abertura que les teniamos ganado, tanta flota de canoas en la parte por donde primero habiamos pasado, donde no habia hoyos, porque no pudiésemos pasar por aquel paso, que nos hicieron ir á pasar por otra parte adonde..... estaba muy mas honda el agua y tenian hechos muchos hoyos; y como venian contra nosotros tan-

1 Díaz del Castillo, 179–80.

2 Durán, II, 57.

ta multitud de guerreros y nos veniamos retrayendo, pasábamos el agua á nado é á vuelapié, é caiamos todos los mas soldados en los hoyos, entonces acudieron todas las canoas sobre nosotros, y allí apañaron los mejicanos cinco de nuestros soldados y los llevaron á Guatemuz, é hirieron á todos los mas, pues los bergantines que aguardábamos para nuestra ayuda no podian venir, porque todos estaban zabordados en las estacadas que les tenian puestas, y con las canoas y azuteas les dieron buena mano de vara y flecha, y mataron dos soldados remeros é hirieron á muchos de los nuestros. E volvamos á los hoyos é aberturas: digo que fué maravilla cómo no nos mataron á todos en ellos; de mí digo que ya me habian echado mano muchos indios, y tuve manera para desembarazar el brazo, y nuestro Señor Jesucristo me dió esfuerzo para que á buenas estocadas que les dí, me salvase, y bien herido en un brazo; y como me vi fuera de aquella agua en parte segura, me quedé sin sentido, sin me poder sostener en mis piés é sin huelgo ninguno..... esto que pasó era en el cuerpo de la ciudad; y con aquella vitoria que tenian los mejicanos, todo aquel dia, que era domingo..... tornaron á venir á nuestro real otra tanta multitud de guerreros, que no nos dejaban ni nos podiamos valer, que ciertamente creyeron de nos desbaratar; y nosotros con unos tiros de bronce y buen pelear nos sostuvimos contra ellos, y con velar todas las capitanías juntas cada noche."[1]

Una y otra vez volvían los españoles por las calzadas á combatir á los mexicanos, y una y otra vez tenían también que retraerse á su real: era entonces cuando desplegaban mayor empuje los mexicanos: "porque *venian tan bravosos como tigres, y pié con pié....., con nosotros*."[2]

Lo mismo que Alvarado, los demás capitanes sufrían de continuo serios descalabros. En uno de tantos encuentros que por su parte sostuvo Sandoval, un mexicano principal, llamado Tlapanecatlecatzin, "arremetió y tomó una bandera de un alferez de los españoles, lo cual se tuvo en mucho atrevimiento."[3] "Como aquel indio..... hubo tomado la bandera al español que guiaba, luego los soldados viejos de los indios tomaron orgullo y comenzaron á dar voces á los que estaban abscondidos tras las paredes, los cuales salieron á pelear contra los españoles; y como vieron á los españoles que venian sin órden y atropellados, embistieron con ellos, y prendieron muchos de ellos de aque-

1 180-81.
2 Díaz del Castillo, 181[a].
3 Sahagún, Relación, 191.

lla vez, que fueron cincuentra y tres, y de los indios tlaxcaltecas y texcucanos, y de los de Chalco y Xuchimilco prendieron gran cantidad, y los presentaron al señor de México y á los otros principales del Tlatilulco que con él estaban en la casa de *Tlacuhcalco;* allí los sentenciaron que todos fuesen muertos delante de los dioses, y con todas las circunstancias con que ellos solian sacrificar á los españoles, con cuatro caballos que les tomaron los sacrificaron todos juntos en un Cú principal que se llamaba *Momozco*, y á los indios, porque eran muchos, los repartieron por muchos Cúes, donde todos fueron sacrificados delante de los ídolos: los demas españoles é indios huyeron y se fueron á sus estancias."[1]

Cortés no adelantaba más que sus capitanes, aunque sí desplegaba mayor vandalismo. Pocos días después del primer asalto, intentó el segundo; su ejército había engrosado extraordinariamente con los nuevos esfuerzos de los tetzcucanos, xochimilca y otomíes, á tal grado, que él mismo confiesa que los aliados indígenas que traía consigo "*era infinita gente;*"[2] á pesar de esto, en el segundo asalto, para llegar al centro de la ciudad, tuvo "mas trabajo y peligro que la otra vez...... (dice él mismo y agrega): Viendo que estos de la ciudad estaban rebeldes y mostraban *tanta determinacion de morir ó defenderse*, colegí dellos dos cosas: la una, que habiamos de haber poca ó ninguna de la riqueza que nos habian tomado; y la otra, que daban ocasion y nos forzaban á que totalmente los destruyésemos...... y no hacia (yo) sino quemalles y derrocalles las torres de sus ídolos y sus casas...... Puesto fuego á estas...... porque ya era tarde recogí la gente para nos volver á nuestro real; y cómo los de la ciudad veian que nos retraimos, cargaban infinitos dellos, y venian con mucho ímpetu dándonos en la retroguarda. E cómo toda la calle estaba buena para correr, los de caballo volviamos sobre ellos y alanceábamos de cada vuelta muchos dellos, y por eso no dejaban de nos venir dando grita á las espaldas:"[3] "era cosa admirable (observa Herrera), la carga de los Mexicanos, la rabia con que la daban, por el sentimiento de la quema de los mas hermosos Edificios."[4] "Este dia sintieron y mostraron mucho desmayo, especialmente viendo entrar por su ciudad, quemándola y destruyéndola, y peleando con ellos, los de Tesáico y Calco y Suchimilco y los otumíes, y nom-

1 Sahagún, Relación, 192.
2 221.
3 221-22.
4 III, 82[2].

brándose cada uno de donde era; y por otra parte los de Tascaltecal, que ellos y los otros les mostraban los de su ciudad hechos pedazos ...... E así, nos venimos á nuestro real á descansar, porque aquel dia habiamos trabajado mucho, y los siete bergantines que yo tenia entraron aquel dia por las calles del agua de la ciudad, y quemaron mucha parte della."[1]

Al día siguiente se continuó la obra de destrucción quemándose "muchas y buenas casas;"[2] empero, "por mucho que madrugaron (los castellanos) hallaron las puentes limpias y quebrada por muchas partes la calzada, como solían hacer los Mexicanos, los cuales toda esta noche no habían dormido porque el Rey Cuauhtemoc personalmente había estado con ellos."[3]

"En todo este tiempo los naturales de...... (Itztapalapa, Huitzilopochco, Culhuacan y Cuitlahuac) que...... nunca habian querido venir de paz...... por el daño que recibian y podian recibir de nuestros amigos, acordaron de venir, y llegaron á nuestro real, y rogáronme que les perdanase lo pasado...... yo les dije que me placia y que...... hiciesen apercebir todas las (canoas) que pudiesen con toda la mas gente de guerra...... y que hiciesen en el real todas las mas casas que pudiesen ...... dijeron que las canoas y gente de guerra estaban apercebidas para cada dia; y en el hacer de las casas sirvieron tan bien, que de una parte y de la otra de las dos torres de la calzada donde yo estaba aposentado, hicieron tantas, que dende la primera casa hasta la postrera habia mas de tres ó cuatro tiros de ballesta.... tan ancha puede ser la calzada que va por lo mas hondo de la laguna, que de la una parte y de la otra iban estas casas, y quedaba en medio hecha calle, que muy á placer, á pie y á caballo, íbamos y veniamos por ella; y habia á la continua en el real, con españoles y indios que les servian, mas de dos mil personas, porque toda la otra gente de guerra nuestros amigos se aposentaban en Cuyoacan, que está legua y media del real, y tambien estos de estas poblaciones nos proveian de algunos mantenimientos."[4] Según Herrera, los aliados indígenas que se aposentaban en Coyohuacan "eran casi docientos mil."[5]

Incapaz Cortés de comprender que no tenían límite el valor y el pa-

1 Cortés, 222-23.
2 Idem, 224.
3 Ixtlilxochitl, I, 365.
4 Cortés, 225-26.
5 III, 38[1].

triotismo de los mexicanos, creyó que con haber muerto la mayor parte de éstos, y quedar combatidos los sobrevivientes por toda la tierra y por el hambre y por la peste, México se rendiría presto; dícenos: "pensábamos que de cada hora se movieran á nos acometer con la paz, *la cual deseábamos como á la salvacion*; y ninguna cosa nos aprovechaba para los atraer á este propósito; y por los poner en mas necesidad, y ver si los podria constreñir de venir á la paz, propuse de entrar cada dia en la ciudad y combatilles con la gente que llevaba por tres ó cuatro partes, y así hice venir toda la gente de aquellas ciudades del agua en sus canoas, y aquel dia por la mañana habia en nuestro real *mas de cien mil hombres* nuestros amigos. E mandé que los cuatro bergantines, con la mitad de canoas, que serian hasta mil y quinientas, fuesen por la una parte, y que los tres, con otras tantas, que fuesen por otra y corriesen toda la mas de la ciudad en torno, y quemasen y hiciesen todo el mas daño que pudiesen." [1]

Aquel escaso ya grupo de héroes, faltos de vestidos, alimentos y armas, muchos de ellos sangrando por las recientes heridas, pero todos con sublime integridad de ánimo, peleaban aún como en el primer día del sitio, desplegando una heroicidad sin igual. Cada mexicano alimentaba solamente un sentimiento, una idea, una aspiración suprema: la salvación de la patria. Por ella lucharían hasta el último aliento: ya lo había dicho su gran Cuauhtemoc. Mientras quedara pues un mexicano en pie, la guerra se prolongaría indefectiblemente, sin tregua ni desmayo, y México no sería entregado al invasor.

Llegábase la "fiesta de señor San Juan de junio (día 24, escribe Díaz del Castillo), que entonces se cumplia un año puntualmente que habiamos entrado en Méjico, cuando el socorro...... de Albarado, y nos desbarataron........... parece ser tenia cuenta en ello el Guatemuz, y mandó que en todos tres reales nos diesen toda la guerra.......... que pudiesen...... para acabarnos de una vez........ y mandó que fuese de noche al cuarto de la modorra; y porque los bergantines no nos pudiesen ayudar, en todas mas partes de la laguna tenian hechas unas estacadas para que en ellas zabordasen; y vinieron con esta furia y ímpetu, que si no fuera por los que velábamos juntos, que éramos sobre ciento y veinte soldados, y todos muy acostumbrados á pelear, nos entraran en el real y corriamos harto peligro, y con muy grande concierto les resistimos, y allí hirieron á quince de los nuestros, y dos

1 226.

murieron de ahí á ocho dias de las heridas. Pues en el real de Cortés tambien les pusieron en grande aprieto é trabajo, é hubo muchos muertos y heridos, y en lo de Sandoval por el consiguiente, y desta manera vinieron dos noches arreo." [1]

§ 29. Victoria de Cuauhtemoc.

Á la sazón, los castellanos habían estrechado considerablemente el cerco de la ciudad; la guarnición de Alvarado asentábase casi en el mismo centro de ella: "E...... me espanté (exclama Cortés) de lo mucho que estaba metido en la ciudad." [2] No obstante, la campaña presentaba el mismo aspecto que al principio; no había ni remota esperanza de terminarla. "E yo dilataba de me meter (dice Cortés) mas adentro en la ciudad...... porque nuestra entrada no podia ser sin mucho peligro, porque ellos estaban muy juntos y fuertes y *muy determinados de morir*." [3]

En tal estado las cosas, pensaron los españoles que ganando el mercado ó tianquiztli de Tlaltelolco, "era toda la ciudad casi tomada...... cómo (los de Alvarado) estaban mas cerca......... (de dicho mercado) que nosotros, tenian por caso de honra nos le ganar primero. E por esto el dicho Pedro de Albarado era muy importunado, y lo mismo me acaecia á mí en nuestro real." [4] "Y al fin tanto me forzaron, que yo concedí que se haria en este caso lo que yo pudiese, concertándome primero con la gente de los otros reales." [5]

Convínose así un asalto general sobre México; para llevarlo al cabo, dispuso Cortés que Sandoval "viniese....... (con la mayor parte de su gente) al real de Pedro de Albarado...... (dejando el resto en Tepeyacac, y que una vez unidos ambos capitanes), si pudiesen sin mucho riesgo y peligro ganar hasta el mercado, que lo trabajasen mucho." [6] Cortés por su parte se proponía hacer otro tanto, pero para asegurar su propio éxito, pidió á Alvarado y á Sandoval le enviasen "setenta ú ochenta (españoles)." [7]

Estando pues todos de acuerdo en "que fuésemos entrando de golpe

1 188.[1]
2 228.
3 229.
4 Cortés, 228.
5 Idem, 229.
6 Idem, 229-30.
7 Idem, 230.

en la ciudad hasta entrar y llegar al Taltelulco, que es la plaza mayor de Mejico, que es muy mas ancha y grande que no la de Salamanca; é que llegados que llegásemos, que seria bien asentar en él todos tres reales, que dende allí podiamos batallar por las calles de Méjico, y sin tener tantos trabajos é riesgo al retraer, ni tener tanto que cegar ni velar las puentes,"[1] "otro dia (probablemente el domingo 30 de junio), después de haber oido misa salieron de nuestro real (dícenos Cortés) los siete bergantines con mas de tres mil canoas de nuestros amigos; y yo con......... la gente que tenia y los setenta hombres del real de Tacuba, seguimos nuestro camino, y entramos en la ciudad, á la cual llegados, yo repartí la gente desta manera: habia tres calles dende lo que teniamos ganado (la parte última de la calle de Tlacopan), que iban á dar al mercado, al cual los indios llaman Tianguizco, y á todo aquel sitio donde está llámanle Taltelulco; y la una destas tres calles era la principal (la que seguía hacia el sur por donde quedan hoy las calles del Reloj), que iba á dicho mercado; y por ella dije al tesorero y contador de..... (S. M.) que entrasen con setenta hombres y con *mas de quince ó veinte mil amigos nuestros*.......... Y por la mas ancha .... (de las otras dos, por la que corren hoy las calles de Santo Domingo) mandé á dos capitanes que entrasen con ochenta hombres y *mas de diez mil indios*...... E yo...... (con más de cien peones) y con *infinito número de nuestros amigos*, seguí mi camino para entrar por la otra calle angosta (hoy calles de Manrique, Esclavo, etc.)......... *E demás destos tres combates que dábamos á los de la ciudad, era tanta la gente de nuestros amigos que por las azoteas y por otras partes les entraban, que no parecia que habia cosa que nos pudiese ofender*."[2]

Avanzando Cortés y todo su incalculable ejército, "ganaron una abertura de agua muy honda, y estaba en ella una calzadilla muy angosta, que los mejicanos con maña y ardid la habian hecho de aquella manera.... (aquéllos simularon oportunamente una huída) y hacian algunas paradillas como que resistian á Cortés, hasta que le fueron cebando para que fuese tras ellos...... como nuestro Cortés iba vitorioso y en el alcance de los contrarios, por su descuido é porque nuestro Señor Jesucristo lo permitió, él y sus capitanes y soldados dejaron de cegar el abertura de agua que habian ganado; y como la calzadilla por donde iban (los mexica) con maña la habian hecho angosta, y aun entraba en ella agua por algunas partes, y habia mucho lodo y cieno, como los mejicanos le

1 Díaz del Castillo, 183.

2 230-31.

vieron pasar aquel paso sin cegar, que no deseaban otra cosa, y aun para aquel efecto tenian apercebidos muchos escuadrones de guerreros mejicanos con esforzados capitanes, y muchas canoas en la laguna, en parte que nuestros bergantines no les podian hacer daño ninguno con las grandes estacadas que les tenian puestas en que zabordasen, vuelven sobre nuestro Cortés y contra todos sus soldados con tan grande furia de escuadrones y con tales alaridos y gritos, que los nuestros no les pudieron defender su gran ímpetu y fortaleza con que vinieron á pelear, y acordaron todos los soldados con sus capitanías y banderas de se volver retrayendo con gran concierto; mas, como venian contra ellos *tan rabiosos contrarios*, hasta que les metieron en aquel mal paso se desconcertaron de suerte, que vuelven huyendo sin hacer resistencia:" [1] vimos que Cortés había quedado á la retaguardia; ahora bien, llegados á él los suyos en completa derrota, y "viendo la furia de los enemigos, tuvo por bien de huir también," [2] pero "acudiendo muchedumbre de Mexicanos en Canoas........ le cercaron, y peleando furiosamente, llegaron á echarle mano, gritando: Malinche, Malinche, y de hecho se le llevaran, si...... (Cristóbal) de Olea, su Criado...... no cortara las manos á vn Indio, que le tenia asido; aunque luego....... mataron á...... Olea...... Dicen, que vna India vieja, estaba ahogando á Cortés, cuando llegó Olea á favorecerle. Fue el segundo, en socorrer á Cortés Don Fernando Ixtlilxuchitl: (presentóse en seguida un tlaxcalteca y después varios castellanos)." [3] Arrancado Cortés de las manos de los mexicanos, "llegó un mozo mio (dícenos) con un caballo...... E yo cabalgué, *pero no para pelear*, (sino para huir);" [4] "todavía los mejicanos iban siguiendo á Cortés y á todos sus soldados hasta que llegaron á su real..... (allí) le echaron..... cuatro cabezas corriendo sangre de aquellos soldados que habian llevado vivos...... y les decian que eran del Tonatio, que es Pedro de Albarado, y de Gonzalo de Sandoval y de otros teules, é que ya nos habian muerto á todos. Entonces dicen que *desmayó* Cortés mucho mas de lo que antes estaba él y los que consigo traia:" [5] "aquel día hubiera sido el último para él... y se habría perdido, junto con su vida, toda esperanza de la conquista de México, si los mexicanos en lugar de darle, como fácilmente pudie-

1 Díaz del Castillo, 184.[1 y 2]
2 Ixtlilxochitl, I, 367.
3 Torquemada, I, 555.[1]
4 288.
5 Díaz del Castillo, 184–85.

ron, la muerte, no se hubieran empeñado en aprisionarle vivo para honrar con tan ilustre víctima á sus dioses." [1]

La guarnición de Alvarado sufrió un destrozo igual. Ganada una albarrada y una puente "con mucho trabajo..... porque..... salimos della muchos de nuestros soldados muy mal heridos, é uno murió luego... y nuestros amigos los tlascaltecas salieron mas de mil dellos maltratados y descalabrados," [2] estando así, "cuando no nos catamos vimos venir contra nosotros tantos escuadrones de mejicanos, y con grandes gritas y hermosas divisas y penachos, y nos echaron delante de nosotros cinco cabezas que entonces habian cortado de los que habian tomado á Cortés, y venian corriendo sangre, y decian: «Ansí os mataremos, como hemos muerto á Malinche y á Sandoval y á los que consigo traian, y esas son sus cabezas; por eso conoceldas bien;» y diciéndonos estas palabras se venian á cerrar con nosotros hasta nos echar mano; que no aprovechaban cuchilladas ni estocadas, ni ballesteros ni escopeteros, y no hacian sino dar con nosotros como á terrero....... como nos íbamos retrayendo oimos tañer del cu mayor, donde estaban sus ídolos Huichilóbos y Tezcatepuca, que señorea el altor dél á toda la gran ciudad, tañian un atambor de muy triste sonido, en fin como instrumento de demonios, y retumbaba tanto, que se oia dos ó tres leguas, y juntamente con él muchos atabalejos...... y en aquel instante vienen mas escuadrones á nosotros, que de nuevo enviaba Guatemuz, y manda tocar su corneta, que era una señal que cuando aquella se tocase era que habian de pelear sus capitanes de manera que hiciesen presa ó morir sobre ello, y retumbaba el sonido que se metia en los oidos; y de que lo oyeron aquellos sus escuadrones y capitanes, saber yo aquí decir ahora con qué rabia y esfuerzo se metian entre nosotros á nos echar mano, *es cosa de espanto*, porque yo no lo sé aquí escribir; que ahora que me pongo á pensar en ello, es como si visiblemente lo viese..... (Llegados al real) así heridos como sanos, y hechos un cuerpo estuvimos sosteniendo el gran ímpetu de los mejicanos que sobre nosotros estaban, creyendo que en aquel dia no quedara persona viva de nosotros, segun la guerra que nos daban. Pues de nuestros bergantines ya habian tomado uno......... y tambien tenian zalabordado en otra parte otro que no podia salir.......... (atento á todo Cuauhtemoc) ya habia puesto........ en los caminos muchos indios guerreros porque no supiésemos los unos de los otros." [3]

1 Clavijero, III, 211.
2 Díaz del Castillo, 184.[1]
3 Idem, 184–85.[2]

"Cuando los mejicanos hubieron desbaratado á Cortés, cargaron sobre el Gonzalo de Sandoval y su ejército y capitanes, de arte que no se pudo valer, y le mataron dos soldados y le hirieron á todos los que traia, y á él le dieron tres heridas, la una en el muslo y la otra en la cabeza y la otra en un brazo; y estando batallando con los contrarios, le ponen delante seis cabezas de los de Cortés, y le dicen que aquellas cabezas eran de Malinche y del Tonatio y de otros capitanes, y que ansí habian de hacer al Gonzalo de Sandoval y á los que con él estaban, y le dieron muy fuertes combates; y de que aquello vió el buen capitan Sandoval, mandó á sus capitanes y soldados que todos tuviesen mucho ánimo....... y con sus dos bergantines y sus ballesteros y escopeteros con mucho trabajo se retrajo á su estancia, y con toda su gente bien herida y aun *desmayada*." [1]

Como "el desbarate de Cortés fué antes de misa mayor," [2] pudo Sandoval venir el mismo dia al real de su jefe para decirle con sorna: "«Oh señor capitan, y ¿qué es esto? ¿Aquestos son los grandes consejos y ardides de guerra que siempre nos daba? ¿Cómo ha sido este desman?» Y Cortés le respondió, saltándosele las lágrimas de los ojos: «Oh hijo Sandoval, que mis pecados lo han permitido, que no soy *tan* culpante en el negocio como me hacen.»" [3]

Cortés encomendó luego á Sandoval fuese al real de Alvarado diciéndole: "«Mirá, pues veis que yo no puedo ir á todas partes, á vos os encomiendo estos trabajos, pues veis que estoy herido y cojo..... bien sé que Pedro de Albarado y sus capitanes y soldados habrán batallado y hecho como caballeros, mas *temo el gran poder destos perros*, no les hayan desbaratado; pues de mí y de mi ejército ya veis de la manera que estoy.»" [4]

Precisamente sobre el real de Alvarado era donde cargaban entonces los mexicanos, que no podían olvidar la matanza monstruosa de sus señores ejecutada por el feroz asesino español. Á tiempo llegaron pues Sandoval y los suyos para impedir que los mexicanos destrozasen por completo á la guarnición de Alvarado. Con todo, á poco "vinieron á la calzada muchas capitanías de mejicanos, y nos herian ansí á los de á caballo y á todos nosotros, y aun al Sandoval le dieron una buena pedrada en la cara; y entonces Pedro de Albarado le socorrió con otros

1 Díaz del Castillo, 186.[1]
2 Idem, 186.[2]
3 Idem, 186.[1]
4 Idem, 186.[2]

de á caballo, y como venian tantos escuadrones, é yo y otros soldados les haciamos cara, Sandoval nos mandó que poco á poco nos retrajésemos porque no les matasen los caballos; é porque no nos retraiamos de presto como quisiera, dijo: «¿Quereis que por amor de vosotros me maten á mí y á todos aquestos caballeros? Por amor de Dios, hermanos, que os retrayais;» y entonces le tornaron á herir á él y á su caballo; y en aquella sazon echamos á los amigos fuera de la calzada, y poco á poco, haciendo cara, y no vueltas las espaldas, como quien va haciendo represas....... Pues ya que estábamos en salvo....... pasada ya una grande obra donde habia mucha agua é muy honda........ tornó á sonar el atambor de Huichilóbos y otros muchos atabalejos, y caracoles y cornetas y otras como trompas, y todo el sonido dellas espantable y triste; y miramos arriba al alto cu, donde los tañian, y vimos que llevaban por fuerza á rempujones y bofetadas y palos á nuestros compañeros que habian tomado en la derrota que dieron á Cortés, que los llevaron por fuerza á sacrificar; y de que ya los tenian arriba en una placeta que se hacia en el adoratorio, donde estaban sus malditos ídolos, vimos que á muchos dellos les ponian plumajes en las cabezas, y con unos como aventadores les hacian bailar delante del Huichilóbos, y cuando habian bailado, luego les ponian de espaldas encima de unas piedras que tenian hechas para sacrificar, y con unos navajones de pedreñal les aserraban por los pechos y les sacaban los corazones bullendo, y se los ofrecian á sus ídolos que allí presentes tenian, y á los cuerpos dábanles con los pies por las gradas abajo;" [1] los del real de Alvarado "pudieron ver bien de donde peleaban, y en los cuerpos desnudos y blancos que vieron sacrificar conocieron que eran cristianos:" [2] "en aquel instante que hacian aquel sacrificio, vinieron sobre nosotros grandes escuadrones de guerreros, y nos daban por todas partes bien que hacer, que ni nos podiamos valer de una manera ni de otra contra ellos, y nos decian: «Mirad que desta manera habeis de morir todos, que nuestros dioses nos lo han prometido muchas veces»......... (y) á nuestros amigos los tlascaltecas «...... mirad que las casas que habeis derrocado, que os hemos de traer para que las torneis á hacer muy mejores, y con piedras y lanzas y cal y canto, y pintadas.»" [3] Los mexicanos jamás adoptaron la brutal táctica castellana del absoluto exterminio; en su guerra inmensamente desigual, sólo procuraban cau-

1 Díaz del Castillo, 187.[1]
2 Cortés, 284.
3 Díaz del Castillo, 187.[2]

tivar á los innumerables indígenas aliados de Cortés para obligarles después á reconstruir la misma ciudad que por orden del mismo habían demolido bárbaramente: contrastaban así los mexica con los españoles, que no pensaban sino en destruir y matar sin perdonar á ancianos, ni á mujeres, ni á niños.

Mientras que durante toda la noche de aquel día estuvieron los españoles en vela, "muy tristes y adoloridos..... (los mexicanos) casi..... no durmieron (tampoco, mas) de contentos, haciendo grandes bailes y danzas, poniendo grandes lumbradas por las azoteas de los templos y casas, tocando muchas bocinas y atabales y otras señales de alegría:" [1] de esta suerte daban "gracias á sus Dioses, por la victoria, pidiendoles favor para adelante." [2]

Por lo que hace á las pérdidas de Cortés, no las conocemos á punto fijo: éste escribe que murieron treinta y cinco ó cuarenta españoles, quedando herido él mismo y otros veinte, agregando que de los aliados perecieron más de mil; [3] Gomara asegura que fueron "dos mil indios amigos;" [4] Díaz del Castillo manifiesta que faltaron "sesenta y tantos soldados (españoles)...... y siete caballos," [5] pero según su costumbre, calla el número de los aliados indígenas muertos; sin embargo, no puede menos que confesar: "Pues los amigos de las ciudades de la laguna que nuevamente habian tomado nuestra amistad y nos vinieron á ayudar con las canoas, creyeron llevar lana y volvieron trasquilados, porque perdieron muchos las vidas y mas de la mitad de las canoas que traian, y otros muchos volvieron heridos." [6]

Revela la enormidad del destrozo sufrido por Cortés, el hecho de que éste "desde allí adelante mandó á todos tres reales que no batallásemos poco ni mucho con los mejicanos; entiéndese que no curásemos de tomar ninguna puente ni albarrada, salvo defender nuestros reales no nos los rompiesen; porque de batallar con ellos, no habia bien esclarecido el dia antes, cuando estaban sobre nuestro real tirando muchas piedras con hondas, y varas y flechas, y diciéndonos muchos vituperios feos ...... de *apocados* y que no éramos buenos para cosa ninguna, ni para hacer casas ni maizales, y que no éramos sino para venilles á robar su ciudad, como gente mala que habiamos venido huyendo de nuestra tie-

1 Ixtlilxochitl, I, 369.
2 Herrera, III, 86.[2]
3 Cortés, 284.
4 388.[2]
5 188.[1]
6 187.[2]

rra y de nuestro rey y señor...... y desta manera nos decian otras cosas malas, y á la postre decian: «Mirá cuán malos y bellacos sois, que aun vuestras carnes son malas para comer, que amargan como las hieles, que no las podemos tragar de amargor;» y parece ser, como aquellos dias se habian hartado de nuestros soldados y compañeros, quiso nuestro Señor que les amargasen las carnes."[1]

En los nuevos combates, "nos tiraban saetas de las nuestras con ballestas, cuando tenian vivos á cinco ballesteros, y al Cristóbal de Guzman con ellos, y les hacian que les armasen las ballestas y les mostrasen cómo habian de tirar."[2]

Con su gloriosa victoria, los mexicanos recuperaron casi toda la parte de la ciudad ganada hasta entonces por los españoles; "cuanto habiamos cegado desde que en la calzada entramos, todo lo tornaron á abrir, y hicieron albarradas muy mas fuertes que de antes,"[3] "y llegaron á poner sus fuegos y velas de noche á dos tiros de ballesta de nuestro real."[4]

No se limitó á aquello Cuauhtemoc. Para atraer á las innumerables provincias que se habían aliado á Cortés, envióles mensajeros "á decir cómo habian habido mucha victoria y muerto muchos cristianos, y que muy presto nos acabarian;"[5] "que dejasen nuestra amistad y se viniesen á Méjico, y que si luego no lo dejaban, que les enviaria á destruir."[6]

Sin embargo, ninguna de las provincias requeridas respondió al llamamiento patriótico de Cuauhtemoc. Cierto es que los naturales de Malinalco, unidos á los de Cohuixco, empezaron á hostigar al señor de Cuauhnahuac, aliado de Cortés, quien envió en su auxilio, á Andrés de Tapia;[7] verdad es también que los naturales de Matlaltzinco osaron atacar á los otomíes, en cuyo socorro salieron mas de cien castellanos al mando de Sandoval, los cuales, después de matar á "mas de dos mil de los enemigos...... quemaron y robaron el pueblo (Matlaltzinco) en muy breve espacio."[8] Empero ambos movimientos no tuvieron trascendencia alguna: á los pocos días los naturales de Malinalco, Cohuixco y

1 Díaz del Castillo, 188[1 y 2].
2 Idem, 190[1].
3 Idem, 187[2].
4 Cortés, 235.
5 Loc. cit.
6 Díaz del Castillo, 187[2].
7 Cortés, 235-36.
8 Idem, 238-39.

Matlaltzinco "vinieron á nuestro real (dícenos Cortés)...... y ofreciéronse de servir muy bien; y así lo hicieron y han hecho hasta ahora."[1]

§ 30. Desaliento de los españoles.

Entretanto, los castellanos habían caído en profundo desaliento, y no osaban reanudar sus formales asaltos sobre México. Esta inacción desagradó mucho á los principales jefes de los aliados indígenas, á tal punto, que el general tlaxcalteca Chichimecatecuhtli, que "residia con toda su gente en el real de Pedro de Albarado...... (habla el propio Cortés) cómo via que por el desbarato pasado los españoles no peleaban como solian, determinó *sin ellos* de entrar él con su gente á combatir los de la ciudad. Dejando cuatrocientos flecheros de los suyos á una puente quitada de agua, bien peligrosa, que ganó á los de la ciudad, lo cual nunca acaecia sin ayuda nuestra, pasó adelante con los suyos, y con mucha grita, apellidando y nombrando á su provincia y señor, pelearon aquel dia muy reciamente, y hobo de una parte y otra muchos heridos y muertos; y los de la ciudad bien tenian creido que los tenian asidos, porque cómo es gente que al retraer, aunque sea sin victoria, sigue con mucha determinacion, pensaron que al pasar del agua, donde suele ser cierto el peligro, se habian de vengar muy bien dellos. E para este efecto y socorro Chichimecatecle habia dejado junto al paso del agua los cuatrocientos flecheros; y cómo ya se venian retrayendo, los de la ciudad cargaron sobre ellos muy de golpe, y los de Tascaltecal echáronse al agua, y con el favor de los flecheros pasaron; los enemigos, con la resistencia que en ellos fallaron, se quedaron, y aun bien espantados de la osadia que habia tenido Chichimecatecle."[2]

Como la hazaña del intrépido tlaxcalteca no fué bastante para levantar el decaído ánimo de los castellanns, don Carlos Ixtlilxochitl, "de suyo señor y esforzado, dijo á Cortés: «Señor Malinche, no recibas pena por no batallar cada dia en tu real algunas veces, y otro tanto manda al Tonatio, que era Pedro de Albarado, que así lo llamaban, que se esté en el suyo, y Sandoval en Tepeaquilla, y con los bergantines anden cada dia á quitar y defender que no les entren bastimentos ni agua, porque están aquí dentro en esta gran ciudad tantos mil xiquipiles de guerreros, que por fuerza, siendo tantos, se les ha de acabar el basti-

1 240.
2 236-37.

mento que tienen, y el agua que ahora beben es medio salobre, que toman de unos hoyos que tienen hechos, y como llueve de dia y de noche, recogen el agua para beber y dello se sustentan; mas ¿qué pueden hacer si les quitas la comida y el agua, si no es mas que guerra la que ternán con la hambre y la sed?» Como Cortés aquello entendió, le echó los brazos encima y le dió gracias por ello, con prometimientos que le daria pueblos; y...... mandó á dos bergantines que fuesen á nuestro real y al de Sandoval á nos decir que estuviésemos otros tres dias sin les ir entrando en la ciudad; y como en aquella sazon los mejicanos estaba vitoriosos, no osábamos enviar un bergantin solo."[1]

Con efecto, en lo sucesivo "siempre andaban dos bergantines de los que tenia Cortés en su real á dar caza á las canoas que metian agua y bastimentos, y cogian en la laguna uno como medio lama, que después de seco tenia un sabor como de queso, y traian en los bergantines muchos indios presos."[2]

Aquella verdura nauseabunda era el único alimento de los mexica. Para apagar la sed "bebian agua salobre,"[3] porque ya no podían recoger agua dulce como antes. Su ánimo de bronce no se doblegaba empero. Aunque día á día caían á millares, víctimas del hambre, la sed, la peste ó la guerra, no por esto desfallecían los que en pié quedaban: aun no morían todos, y por lo mismo, la incomparable lucha podía continuar.

Para encubrir Cuauhtemoc sus pérdidas incalculables al enemigo, y hacerle creer que México seguía disponiendo de numerosos defensores, "hizo vestir á todas las mugeres de la ciudad con sus armas y rodelas y espadas en las manos y que luego de mañana se subiesen á las azoteas de todas las casas y que hiciesen ademanes de menosprecio,"[4] y "peleasen como hombres."[5] Aguilar nos dice asimismo: "armaronlas á todas y pusieronlas en las açoteas."[6]

Produjo excelente resultado la estratagema de Cuauhtemoc, pues nos confiesa el propio Aguilar que quedaron "espantados los Españoles de ver tanta gente de nuevo;"[7] así que, se apresuraron á solicitar la paz por medio de tres principales prisioneros "que no osaban

1 Díaz del Castillo, 189[1].
2 Idem, 190[1].
3 Idem, 190[2].
4 Durán, II, 61.
5 Dorantes de Carranza, M. S.
6 Aguilar, 21.
7 Loc. cit.

ir con tal mensaje, porque su señor Guatemuz les mandaria matar. En fin de pláticas, tanto se lo rogó Cortés y con promesas que les hizo y mantas que les dió, que fueron, y lo que les mandó que dijesen al Guatemuz es...... que él *por ser mancebo*...... no ha querido...... sino darnos guerra...... que ya ha visto tantas muertes...... que...... les han sucedido, y que tenemos de nuestra parte *todas las ciudades y pueblos de toda aquella comarca*, *y cada dia nuevamente vienen mas contra ellos*...... que se les habian acabado los mantenimientos, é que ya Cortés lo sabia, é que tambien agua no la tenian."[1] Por segunda vez congrega Cuauhtemoc á todos sus capitanes y principales para que sean ellos quienes decidan acerca de la paz que se le propone; pídeles que "cada uno dellos diese...... su parecer...... que ninguno tuviese temor de hablar y decir la verdad de lo que sentia. Y segun pareció, le dijeron: «Señor y nuestro gran señor, ya tenemos á tí por nuestro rey y señor, y es muy bien empleado en tí el reinado, pues *en todas tus cosas te has mostrado varon* y te viene de derecho el reino. Las paces que dices, buenas son; mas mira y piensa en ello, que cuando estos teules entraron en estas tierras y en esta ciudad, cuál nos ha ido de mal en peor; mirad los servicios y dádivas que les hizo y dió nuestro señor, vuestro tio, el gran Montezuma, en qué paró. Pues vuestro primo Cacamatzin, rey de Tezcuco, por el consiguiente. Pues vuestros parientes los señores de Iztapalapa é Cuyoacoan y Tacuba y de Talatcingo, ¿qué se hicieron? Pues los hijos de nuestro gran señor Montezuma todos murieron. Pues oro y riquezas desta ciudad, todo se ha consumido. Pues ya ves que á todos tus súbditos y vasallos de Tepeaca y Chalco, y aun de Tezcuco, y aun de todas estas vuestras ciudades y pueblos, les ha hecho esclavos y señalando las caras. Mira primero lo que nuestros dioses te han prometido: toma buen consejo sobre ello, y no te fies de Malinche ni de sus palabras; que *mas vale que todos muramos en esta ciudad peleando, que no vernos en poder de quien nos harán esclavos y nos atormentarán*»...... (luego que hubo oído esta resolución Cuauhtemoc, que tan bien cuadraba á sus propios sentimientos, dijo á los suyos solemnemente para obligarles á combatir con esfuerzo supremo): «Pues así quereis que sea, guardad mucho el maíz y bastimentos que tenemos, y *muramos todos peleando;* y desde aquí adelante ninguno sea osado á me demandar paces, si no, yo le mataré;» y allí todos prometieron de pelear noches y dias y morir en la defensa de su ciudad."[2]

1 Díaz del Castillo, 191[1].
2 Idem, 191[2].

Estaba esperando la respuesta Cortés, cuando "vienen tantos escuadrones de guerreros mejicanos en todos tres reales y nos dan tan recia guerra, que como *leones muy bravosos* venian á encontrar con nosotros, que en todo su seso creyeron de llevarnos de vencida......... y nosotros les matábamos y heriamos muchos dellos, y con todo esto no se les daba nada por morir. Acuérdome que decian: «¿En qué se anda Malinche con nosotros, cada dia demandándonos paces? Que nuestros ídolos nos han prometido vitoria, y tenemos hartos bastimentos y agua, y á ninguno de vosotros hemos de dejar á vida; por eso no tornen á hablar sobre las paces, pues las palabras son para las mujeres y las armas para los hombres.»" [1]

Tristemente escarmentados los españoles, manteníanse ahora á la defensiva y procuraban la paz á toda costa, sin que en su porfía les detuvieran las rotundas negativas de los mejicanos. Así pues, volvió Cortés á mandar á dos principales prisioneros matlatzinca "á rogar á Guatemuz que viniese de paz é que le perdonaria todo lo pasado; y le envió á decir que el Rey nuestro señor le envió á decir ahora nuevamente que no le destruyese mas aquella ciudad y tierras, y que por esta causa los cinco dias pasados no le habia dado guerra ni entrado batallando.... y (el denodado monarca indígena) no les quiso responder cosa ninguna, sino solamente les mandó que se volviesen á sus pueblos, y luego les mandó salir de Méjico." [2] Apenas dejaron la ciudad los mensajeros matlatzinca, "los mejicanos por tres partes con la mayor furia que hasta allí habiamos visto...... se vienen á nosotros, y en todos tres reales nos dieron muy recia guerra; y puesto que los heriamos y matábamos muchos dellos, paréceme que *deseaban morir peleando*, y entonces cuando mas recios andaban con nosotros pié con pié peleando, nos decian: «Tenitoz rey Castilla, Tenitoz Ajaca;» que quiere decir en su lengua: «¿Qué dirá el rey de Castilla? ¿Qué dirá ahora?» Y con estas palabras tirar vara y piedras y flechas, que cubrian el suelo y calzada." [3]

"Un Dia de estos llegó Cortés á vna Puente, dixoles, que era mejor la Paz, que la Guerra;" [4] "un viejo dellos allí á vista de todos sacó de su mochila muy despacio ciertas cosas que comió, por nos dar á entender que no tenian necesidad, porque nosotros les deciamos que allí se habian de morir de hambre." [5]

1 Idem, 191-92.
2 Idem, 192.[2]
3 Idem, 193.[1]
4 Herrera, III, 87.[2]
5 Cortés, 240.

No solo Cortés sino cualquier soldado español llegábase á una puente y desde allí entablaba conversación con los enemigos. Nos refiere así Herrera que "Rodrigo de Castañeda, que fue vno de los que aprendieron bien la Lengua Mexicana...... i traía vn Plumage á manera de los Indios (platicaba con los mexicanos)...... deciales gracias, i de esta manera los aseguraba, i de quando en quando encaraba su Ballesta, sin errar tiro, i asi mató muchos, hasta que le conocieron, i se apartaron de él, llamandole: Bellaco, Burlador, que los mataba con burlas, i no como Valeroso, sin engaño, ni traicion." [1] Difícil es concebir mayor felonía, tan vivamente opuesta á la severa rectitud é inflexible lealtad de los mexicanos.

Así las cosas, arribó á Veracruz "un navío de Juan Ponce de Leon, que habian desbaratado en la tierra ó isla Florida," [2] "y venian en él ciertos soldados y pólvora y ballestas y otras cosas." [3] Aparte de este refuerzo, los pueblos comarcanos continuaban aliándose á Cortés; dícenos éste: "*aquí á la redonda no teniamos tierra que no fuese en nuestro favor*." [4]

Los lugares aliados no sólo suministraban á los castellanos incontable gente de guerra, sino que además les abastecían espléndidamente de cuantas cosas necesitaban; nos refiere, por ejemplo, Herrera, que Tlaxcala suministró entonces en un solo día á Alonso de Ojeda y á Juan Márquez, enviados de Cortés, "quince mil cargas de Maiz, i mil cargas de Gallinas, i trecientas de tasajos de Venados: llevaron los bienes de Xicotencatl, que estaban aplicados al Rei, en que havia cantidad de Oro, Plumages, Chalcutles, y mucha Ropa rica: treinta Mugeres, entre Hijas, Sobrinas, y Criadas." [5]

Con todo, no se atrevían aún los castellanos á volver formalmente sobre México. Bien sabían que la ciudad no podía recibir auxilio alguno, y que estaban ya consumidas las escasas provisiones allegadas en un principio; mas les constaba á la vez, por dolorosa experiencia, que los mexicanos, con su patriotismo acendrado, eran sobradamente capaces de llevar al cabo todos los prodigios de valor imaginables. La heroicidad era patrimonio común de todos los hijos de México, sin distinción de edades ni de sexos; lo mismo luchaban allí los guerreros vete-

1 Herrera, III, 41.[1 y 2]
2 Cortés, 240.
3 Díaz del Castillo, 193.[1]
4 240.
5 III, 89.[1]

ranos que los bisoños, que las mujeres y que los niños, que los ancianos y que los lisiados; dice Herrera: "Mientras peor iba á los Mexicanos, tanto mas peor fiaban, i crecia su rabia de tal suerte, que las Mugeres Viejas, barrian la tierra, i polvo de las Azoteas, i lo echaban sobre los Castellanos, para cegarlos: los Muchachos se atrevian á tirar Piedras, i Varas, diciendo las injurias que oían á sus Padres...... Los Mancos, i los Coxos, i los que no podian andar por las Azoteas, adereçaban piedras para tirar con las hondas, *no dexando nadie de quantos havia, que no se ocupase en algo, para la defensa.*" 1 Palabras dignas á fe de ser esculpidas en oro.

Acerca de las mujeres mexicanas, escribía Oviedo: "Muchas cosas acaescieron en este cerco, que entre otras generasciones estuvieran discantadas é tenidas en mucho, en especial de las mugeres de Temistitan, de quien ninguna mencion se ha fecho. É soy certificado que fué cosa maravillosa é para espantar ver la prontitud é constancia que tuvieron en servir á sus maridos, y en curar los heridos, y en el labrar de las piedras para los que tiraban con hondas, y en otros officios para más que mugeres."2

§ 31. Reanuda Cortés los asaltos sobre México.

Aquella actitud de los mexicanos, sin ejemplo en la Historia, habría mantenido indefinidamente en su temeroso desaliento á los españoles, si don Fernando Ixtlilxochitl no hubiese dicho al fin "á Cortés que advirtiese que tenia vergüenza de lo poco que hacian; y que mirase que los españoles se apocaban; que le parecia que él (Ixtlilxochitl) entraria por aquellas calles y sus españoles detras, y como fuesen ganando casas las fuesen echando por el suelo y cegando acequias, si no fuese las necesarias para los bergantines y que con esto veria lo que pasaba." 3 La inactividad prolongada de los castellanos tenía que impacientar naturalmente á los aliados, deseosos de volver á sus pueblos y abandonados hogares; muestras de esta impaciencia había dado ya Chichimecatecuhtli al combatir á México él solo al frente de sus soldados tlaxcalteca.

Omitiendo Cortés el justo extrañamiento que le hizo Ixtlilxochitl,

1 III, 41.[1 y 2]
2 III, 517.[1]
3 Fragmentos, 148.

manifiesta: "yo, viendo cómo estos de la ciudad estaban tan rebeldes y *con la mayor muestra y determinacion de morir que nunca generacion tuvo*, no sabia qué medio tener con ellos para quitarnos á nosotros de tantos peligros y trabajos...... viendo que el negocio pasaba desta manera, y que habia ya mas de cuarenta y cinco dias que estábamos en el cerco, acordé de tomar un medio para nuestra seguridad y para poder mas estrechar á los enemigos, y fué que como fuésemos ganando por las calles de la ciudad, que fuesen derrocando todas las casas dellas del un lado y del otro; por manera que no fuésemos un paso adelante sin lo dejar todo asolado, y lo que era agua hacerlo tierra firme, aunque hobiese toda la dilacion que se pudiese seguir. E para esto yo llamé á todos los señores y principales nuestros amigos, y díjeles lo que tenia acordado; por tanto, que hiciesen venir *mucha gente* de sus labradores, y trujesen sus coas, que son unos palos, de que se aprovechan tanto como los cavadores en España de azada; y ellos me respondieron que así lo harian de muy buena voluntad, y que era muy buen acuerdo." [1]

Sin dilación llegaron al real español "mas de cien mil (zapadores),"[2] con el cual refuerzo, y "concertado con nuestros amigos (habla Cortés) que por la tierra y por la mar los habiamos de ir á combatir, otro dia de mañana (20 de julio), después de haber oido misa, tomamos el camino para la ciudad; y en llegando al paso del agua y albarrada que estaba cabe las casas grandes de la plaza (acequia que corria de Oriente á Poniente y pasaba por el costado Sur del hoy Palacio Nacional), queriéndola combatir, los de la ciudad dijeron que estuviésemos quedos, que querian paz; y yo mandé á la gente que no pelease, y díjeles que viniese allí (esquina S.O. del Palacio Nacional) el señor de la ciudad á me hablar y que se daria órden en la paz; y con decirme que ya le habian ido á llamar, me detuvieron mas de una hora; porque *en la verdad ellos no habian gana de la paz*, y así lo mostraron, porque luego, estando nosotros quedos, nos comenzaron á tirar flechas y varas y piedras. E cómo yo vi esto, comenzamos á combatir el albarrada y ganámosla; y en entrando en la plaza, hallámosla toda sembrada de piedras grandes porque los caballos no pudiesen correr por ella, porque por lo firme estos son los que les hacen la guerra, y hallamos una calle cerrada con piedra seca y otra tambien llena de piedras, porque los caballos no pu-

1 240–41.
2 Ixtlilxochitl, I, 371.

diesen correr por ellas. E dende este dia en adelante cegamos de tal manera aquella calle del agua que salia de la plaza, que nunca después los indios la abrieron; y de allí adelante comenzamos á asolar poco á poco las casas, y cerrar y cegar muy bien lo que teniamos ganado del agua; y cómo aquel dia llevábamos *mas de ciento y cincuenta mil hombres de guerra*, hízose mucha cosa; y así, nos volvimos aquel dia al real, y los bergantines y canoas de nuestros amigos hicieron mucho daño en la ciudad, y volviéronse á reposar;"[1] los ciento cincuenta mil hombres susodichos, contábanse "sin los Gastadores:"[2] "y por esta órden entramos en la ciudad cinco ó seis dias arreo...... Y con esto, y con las celadas...... cada tarde alanceábamos algunos."[3]

Sabemos por el P. Durán que al reanudarse los ataques sobre México, fueron los Chalca quienes tomaron "la delantera del exército, y con ellos Ixtlilxochilt Señor de Tezcuco con su espada dorada en la mano."[4]

En una de las celadas á que recurrieron los asaltantes "se mataron mas de quinientos (mexicanos), todos los mas principales y esforzados y valientes hombres...... Y esta...... victoria...... fué bien principal causa para que la ciudad mas presto se ganase."[5] En efecto, tan sensible pérdida tuvo que agravar extraordinariamente la precaria situación de los mexicanos ya debilitados en grado sumo.

"Mientras se peleaba, antes de retirarse, hallaron los Castellanos en vna sepultura, alguna cantidad de Oro, que seria como mil i quinientos pesos; porque nunca el Castellano, en la Guerra, dexa de ocuparse en *algo;*"[6] "en este mismo tiempo, Ixtlilxuchitl peleando con los enemigos prendió á su hermano Cohuanacochtzin, que era entonces general de los Mexicanos, y se lo entregó á Cortés, el cual le mandó echar unos grillos y ponerlo en el real con muchas guardas, de lo cual se sintieron mucho Cuauhtemoc y los Mexicanos, porque con la pérdida de este Señor, de todo punto perdieron la esperanza de algún socorro; demás de que todos los Aculhuas sus vasallos que eran de su parte y habían estado en Mexico en su favor, se pasaron á la parte de Ixtlilxuchitl."[7]

1 Cortés, 241-42.
2 Herrera, III, 48[2].
3 Cortés, 242.
4 II, 61.
5 Cortés, 244-45.
6 Herrera, III, 44[2].
7 Ixtlilxochitl, I, 372.

Á tal extremo se hacia sentir el hambre para entonces en México, que las mujeres y niños, aguijados irresistiblemente por la necesidad, "salian de noche á pescar por entre las casas de la ciudad, y andaban por la parte que della les teniamos ganada buscando leña y yerbas y raíces que comer."[1] Sabido esto por Cortés, en cuya alma nunca prendieron sentimientos algunos de humanidad, resolvió caer sobre los hambrientos moribundos, resuelto á "hacer (en ellos, dícenos) todo el daño que pudiésemos."[2] Para no fracasar en su diabólico intento, preparó Cortés una emboscada, mandando á los suyos permanecieran en silencio hasta no oir una señal convenida; dada ésta, salieron repentinamente de su escondite los castellanos, y "dimos sobre infinita gente (habla Cortés); pero cómo eran de aquellos mas miserables y que salian á buscar de comer, los mas venian desarmados *y eran mujeres y muchachos;* é ficimos tanto daño en ellos por todo lo que se podia andar de la ciudad, que presos y muertos pasaron de mas de ochocientas personas, é los bergantines tomaron tambien mucha gente y canoas que andaban pescando, y ficieron en ellas mucho estrago:"[3] la chusma española, comparable apenas á una manada de repugnantes lobos, despedazaba sin compasión á aquella muchedumbre inerme de mujeres y niños, que sólo trataba de encontrar yerbas y raíces con que calmar los enloquecedores martirios del hambre.

A partir de esta abominable carnicería, á la que gustoso llama Díaz del Castillo "gran matanza...... desde allí adelante no nos seguian al tiempo del retraer."[4]

"Otro Dia de mañana salió Cortés, con mui buena orden, i la misma llevaban los Indios Amigos, de los quales por saber el mal estado de los Mexicanos, i por el aborrecimiento que les tenian, teniendo á dicha verse libres de su imperio, havian acudido, *sin numero*, á pelear contra ellos;"[5] "era tanta la multitud que de cada dia venian, que *no tenian cuento.* E aquel dia acabamos de ganar toda la calle de Tacuba y de adobar los malos pasos della, en tal manera que los del real de Pedro de Albarado se podian comunicar con nosotros por la ciudad, é por la calle principal, que iba al mercado, se ganaron otras dos puentes y se cegó bien el agua, y quemamos las casas del señor de la ciudad, que

1 Cortés, 245.
2 Loc. cit.
3 Loc. cit.
4 193-94.
5 Herrera, III, 45[1].

era *mancebo de edad de diez y ocho años*, que se dicia Guatimucin, que era el segundo señor después de la muerte de Muteczuma; y en estas casas tenian los indios mucha fortaleza, porque eran muy grandes y fuertes y cercadas de agua."[1]

La comunicación debió quedar establecida por la calzada que seguía hacia donde corren hoy las calles del Factor, León, y siguientes; la primera se llamó primitivamente de Guatemuz, quizá porque allí se encontraban los palacios del invicto monarca.

"Tambien se ganaron otras dos puentes de otras calles que van cerca desta del mercado, y se cegaron muchos pasos; de manera que de cuatro partes de la ciudad las tres estaban ya por nosotros, y los indios no hacian sino retraerse hácia lo mas fuerte, que era á las casas que estaban mas metidas en el agua."[2]

"Otro dia siguiente, que fué dia del apóstol Santiago (jueves 25 de julio), entramos en la ciudad por la órden que antes, y seguimos por la calle grande, que iba á dar al mercado, y ganámosle una...... (zanja) muy ancha de agua (el canal divisorio entre Tenochtitlan y Tlaltelolco, abierto en el lugar ocupado ahora por las calles de San Lorenzo, Espalda de la Misericordia y siguientes hacia el Oriente)...... y fué peligrosa de ganar, y en todo este dia no se pudo, como era muy ancha, de acabar de cegar....(entretanto por los lados de dicha calle grande) no se entendió sino en quemar y allanar casas, que era lástima cierto de lo ver; pero cómo no nos convenia hacer otra cosa, eranos forzado seguir aquella órden. Los de la ciudad, cómo veian tanto estrago, por esforzarse decian á nuestros amigos que no ficiesen sino quemar y destruir, que ellos se las harian tornar á hacer de nuevo, porque si ellos eran vencedores, ya ellos sabian que habia de ser así, y si no, que las habian de hacer para nosotros."[3]

El viernes 26 Cortés llegó hasta un templo pequeño desde el cual se llegaba á "la calzada del real de Sandoval..... no pasamos de allí, pero peleamos mucho con los indios..... ya que era tarde, nos volvimos al real."[4]

Escribe Díaz del Castillo: "digamos cómo fuimos batallando por la parte de Pedro de Albarado y llegamos al Tatelulco, y habia tantos mejicanos en guarda de sus ídolos y altos cues, y tenian tantas albarra-

1 Cortés, 246.
2 Loc. cit.
3 Cortés, 246-47.
4 Idem, 247.

das, que estuvimos bien dos horas que no se lo pudimos tomar (el templo de Huitzilopochtli)..... Aquí habia bien qué decir en qué trabajo nos vimos los unos y los otros en ganalles aquellas forlalezas, que ya he dicho otras veces que eran muy altas; y en aquellas batallas nos tornaron á herir á todos muy malamente, y todavia les pusimos fuego á los ídolos, y levantamos nuestras banderas, y estuvimos batallando en lo llano, después de le haber puesto fuego, hasta la noche, que no nos podiamos valer de tanto guerrero."[1] Esto pasaba el 27 de julio. Alvarado "no pudo mas de llegar á vista..... (del mercado), y ganalles aquellas torres y otras muchas que están junto al mismo mercado, y es tanto casi como el circúito de las muchas torres de la ciudad, y los de caballo se vieron en harto trabajo, y les fué forzado retraerse, y al retraer les hirieron tres caballos."[2] Al retirarse Alvarado, dejó puesto fuego al gran templo. "Levantóse una llama tan alta que parecia llegar al cielo. Al espectáculo de esta quema, todos los hombres y mugeres que se habian acogido á las tiendas que cercaban todo el tianguez, comenzaron á llorar á voz en grito, que fué cosa de espanto oirlos, porque quemado aquel delubro satánico, luego entendieron que habian de ser del todo destruidos y robados."[3]

Barruntado por Cortés el avance de Alvarado, á causa de las grandes humaredas que despidió la quemazón del templo,[4] otro día quiso adelantársele y llegó hasta muy cerca del mercado. Disponíase ya á cegar una zanja llena de agua que le separaba de éste, cuando se presentó Alvarado "por la misma calle......... que fué sin comparacion el placer (exclama Cortés) que hobo la gente de su real y del nuestro, porque era camino para dar muy breve conclusion á la guerra...... cómo luego se aderezó el paso, yo con algunos de caballo me fui á ver el mercado, y mandé á la gente de nuestro real que no pasasen adelante...... E...... miré dende...... (el teocalli) lo que teniamos ganado de la ciudad, que sin duda de ocho partes teniamos ganado las siete; é viendo que tanto número de gente de los enemigos no era posible sufrirse en tanta angostura, mayormente que aquellas casas que les quedaban eran pequeñas, y puesta cada una dellas sobre si en el agua, y sobre todo *la grandísima hambre* que entre ellos habia, y que por las calles hallábamos roidas las raíces y cortezas de los árboles, acordé

1 198[1 y 2].
2 Cortés, 247-48.
3 Sahagún, Relación, 194.
4 Díaz del Castillo, 198.[2]

de los dejar de combatir por algun dia, y movelles algun partido por donde no pereciese tanta multitud de gente." [1]

Aquella mentida compasión no fué óbice para que Cortés y sus "españoles...... (comenzasen) á dar sacomano...... (á las) tiendas de que estaba cercado el tianguez," [2] donde se guardaban sin duda los últimos bastimentos de los mexicanos. "Como vieron esto los soldados viejos que estaban en la defensa del tianguez, salieron á ellos, y llevaban por su capitan un muy valiente soldado viejo, que se llamaba *Axóquintzi*, que era de la valía de los que se llaman *Quauchicque*, son como matasietes que usan los turcos. Este capitan con los que iban con él hicieron huir á los saqueadores...... En este mesmo tiempo los españoles (al mando de Sandoval) vinieron por el barrio de *Zacoalco* [que es á donde está agora la iglesia de Santa Ana] y comenzaron á pelear por aquella parte contra los mexicanos (que se fueron retrayendo)." [3]

§ 32. Ultimos días del sitio de México.

Tomado ya el mercado de Tlaltelolco, "Cortés nos mandó que pasásemos todas las capitanías á estar en él, é que allí velásemos, por causa que veniamos mas de media legua desde el real á batallar con los mejicanos; y estuvimos allí tres dias sin hacer cosa que de contar sea." [4] Esta suspensión de hostilidades se debió á que Cortés, para suplir la pólvora que se le había agotado, dispuso se hiciera un trabuco, el cual "tardaron en lo asentar (en el centro de la plaza del mercado) tres ó cuatro dias...... (aunque no dió resultado alguno), la falta y defecto del trabuco, (dícenos Cortés con cinismo estupendo) disimulámosla con que, movidos de compasion, no los queriamos acabar de matar." [5]

Á la sazón, los mexicanos habíanse retirado ya al "lugar donde finalmente les dieron mate, en un rincon deste Tlaltliulco, que se llama Tetenantitech donde ahora está edificada la iglesia de la Concepcion de la Madre de Dios Ntra. Sra. Santa María." [6]

1 248–49.
2 Sahagún, Relación, 194.
3 Idem, 194–95.
4 Díaz del Castillo, 194.[1]
5 249.
6 Sahagún, Relación, 193.

Aquel rincón apenas ocupaba una octava parte de la extensión total de la ciudad, según nos indicó antes Cortés, y correspondía al actual extremo N.E. de la Capital, hacia donde quedan las calles de Granada y de la Concepción Tequipehuca. "Estaban los tristes mexicanos, hombres y mugeres, niños y niñas, viejos y viejas, heridos y enfermos en un lugar bien estrecho, y bien apretados los unos con los otros, y con grandísima falta de bastimentos, y al calor del sol, y al frio de la noche, y cada hora esperando la muerte. No tenian agua dulce para beber, ni pan de ninguna manera para comer; bebian de la agua salada y hedionda, comian ratones y lagartijas, y cortezas de árboles, y otras cosas no comestibles, y desta causa enfermaron muchos y murieron muchos, y *de los niños no quedó nadie*." [1] Cortés nos dice: "hallamos las calles por donde ibamos llenas de mujeres y niños y otra gente miserable que se *morian* de hambre, y salian traspasados y flacos, que era la mayor lástima del mundo de los ver." [2]

Extenuados ahora los mexicanos por el incesante batallar, las repetidas vigilias, el hambre y la peste, bien se pudo tomarles por fantasmas de la vida. Empero, aun conservaban incólume su espíritu de hierro, y todavía rebosaba en ellos su patriotismo sin igual. Aunque les faltaban ya no sólo los bastimentos sino también las armas, no por esto se rendían ni tampoco vacilaban en su resolución sublime de amparar á la patria hasta el último aliento: de la misma adversidad sabían tomar nuevas fuerzas para robustecer más y más su abnegación sobrehumana.

Dícenos Cortés: "los veiamos estar encima de sus azoteas cubiertos con sus mantas, que usán, y sin armas." [3] No les doblegaba ni el enemigo infinitamente numeroso, ni tampoco el hambre que todo lo vence. Enteros, cual si entonces estuvieran en el primer día de la lucha, contestaban á las proposiciones de paz "que en ninguna manera se habian de dar, y que *uno solo que quedase habia de morir peleando*." [4]

"E cómo vimos (agrega Cortés), que...... todos estaban apercibidos para pelear con nosotros......... (empezamos á combatirles) y fué tan grande la mortandad que se hizo en nuestros enemigos, que muertos y presos pasaron de doce mil;" [5] "estando en esta pelea las muge-

1 Sahagún, Relación, 210.
2 249-50.
3 250.
4 Cortés, 149.
5 250.

res tambien peleaban cegando á los contrarios con el agua de las acequias, arrojándosela con los remos:" [1] las excelsas heroínas ofenían al invasor con lo único que podían haber á la mano.

Al siguiente día, 8 de agosto, puestos al habla con Cortés algunos de los mexicanos principales, "dijéronme (manifiesta aquél) que pues ellos me tenian por hijo del sol, y el sol en tanta brevedad como era en un dia y una noche daba vuelta á todo el mundo, que porque yo así brevemente no los acababa de matar y los quitaba de penar tanto, porque ya ellos tenian deseos de morir y irse al cielo para su Ochilobus que los estaba esperando para descansar; y este ídolo es el que en mas veneración ellos tienen. Yo les respondí muchas cosas para los atraer á que se diesen, y *ninguna cosa* aprovechaba."[2] Si Cortés insistía en la paz, no era porque le moviese la compasión, sino (como él mismo confiesa), "porque tomándolos por fuerza, habian de echar lo que tuviesen en el agua, y ya que no lo hiciesen, nuestros amigos habrian de robar todo lo mas que hallasen."[3]

Envió luego Cortés, para proponer la paz, á "una persona bien principal entre ellos...... (á quien no bien hubo oído Cuauhtemoc) luego lo mandó matar:"[4] cumplía fielmente el Monarca lo solemne amenaza que hiciera antes á cuantos pensasen en hablarle de rendición. Dice Cortés: "y la respuesta que estábamos esperando nos dieron con venir con grandísimos alaridos, diciendo que *no querian sino morir;*"[5] "y dan á Cortés tanta guerra (añade Díaz del Castillo), que no se podía valer; y otro tanto fué por nuestra parte de nuestro real; pues en el de Sandoval lo mismo; y era de tal manera, que parecia que entonces *comenzaban* de nuevo á batallar."[6]

Aplazó Cortés sin embargo la hora del total exterminio, é insistió en la paz; sabía perfectamente, porque así se lo dijeron los mexicanos, que continuando la guerra, "todo...... (el cúmulo de riquezas) que tenian...... lo habian de quemar y echar al agua, donde nunca pareciese."[7] Poco interesaba á Cortés y á los suyos conservar el rincón más miserable de México, después de haber destruído la ciudad entera; tampoco podían los españoles preocuparse de la suerte de los pocos mexi-

1 Sahagún, Historia de la Conquista, 53
2 251.
3 254.
4 Cortés, 251.
5 251-52.
6 194[1].
7 Cortés, 249.

canos que quedaban en pie, supuesto que ya habían hecho perecer á casi toda la población. Lo único que les importaba era salvar los tesoros fabulosos allegados por el imperio mexicano durante siglos: si los castellanos inmigraban á América, debíase á una inextinguible sed de oro: los que acá llegaron jamás tuvieron otro fin que enriquecerse.

De allí, pues, que Cortés entablara nuevas negociaciones de paz, las cuales prolongó Cuauhtemoc durante cuatro ó cinco días, enviando al real español algunos de sus principales, esperanzado quizá de que durante ese corto tiempo espirasen todos los mexicanos, porque para entonces la vida era ya absolutamente imposible en México; día á día caían muertos millares de dolientes, y sus cadáveres quedaban insepultos sobre la patria idolatrada, que poco tardó en verse completamente cubierta con ellos: con tal sudario, no sería hollada por el invasor.

Dice Cortés: "del agua salada que bebian, y de la hambre y mal olor, habia dado tanta mortandad...... que murieron mas de cincuenta mil ánimas. Los cuerpos de los cuales, porque nosotros no alcanzásemos su necesidad, ni los echaban al agua, porque los bergantines no topasen con ellos, ni los echaban fuera de su conversacion, porque nosotros por la ciudad no los viésemos; y así por aquellas calles en que estaban, hallábamos los montones de los muertos, que no habia persona que en otra cosa pudiese poner los pies."[1]

Como al fin hubo de convencerse Cortés, el 12 de agosto, de que México no se rendiría mientras quedara con vida uno solo de sus hijos, porque éste había de morir peleando, determinó acabar con el escaso puñado de mexicanos que aun sobrevivían, sin querer esperar á que el hambre y la peste le ahorraran en breve tiempo el trabajo de la matanza: "envié á llamar á los indios nuestros amigos (dícenos), que habian quedado á la entrada de la ciudad, casi una legua de donde estábamos; á los cuales yo habia mandado que no pasasen de allí, porque los de la ciudad me habian pedido que para hablar en las paces no estuviese ninguno dellos dentro; y ellos no se tardaron, ni tampoco los del real de Pedro de Albarado. E cómo llegaron, comenzamos á combatir unas albarradas y calles de agua que tenian, que ya no les quedaba otra mayor fuerza; y entrámosles, así nosotros como nuestros amigos, todo lo que quisimos. E al tiempo que yo salí del real habia proveido que Gonzalo de Sandoval entrase con los bergan-

1 256.

tines por la otra parte de las casas en que los indios estaban fuertes; por manera que los tuviésemos cercados, y que no los combatiese hasta que viese que nosotros combatiamos; por manera que, por estar así cercados y apretados, *no tenian paso por donde andar sino por encima de los muertos...... ni tenian ni hallaban flechas ni varas ni piedras con que nos ofender;* y andaban con nosotros nuestros amigos á espada y rodela, y era tanta la mortandad que en ellos se hizo por la mar y por la tierra, que aquel dia se mataron y prendieron mas de cuarenta mil ánimas...... porque ya era tarde y no podiamos sufrir el mal olor de los muertos que habia de muchos dias por aquellas calles, que era la cosa del mundo mas pestilencial, nos fuimos á nuestros reales...... y ya tenian tan pocas casas donde poder estar, que el señor de la ciudad andaba metido en una canoa con ciertos principales."[1]

Por ser ya tarde, suspende Cortés la monstruosa carnicería, proponiéndose continuarla pronto más en grande: "dejé concertado (escribe), que para otro día siguiente, que habiamos de volver á entrar, se aparejasen tres tiros gruesos...... porque yo temia que, cómo estaban los enemigos tan juntos y que no tenian por dónde se rodear, queriéndolos entrar por fuerza, *sin pelear* podrian entre si ahogar los españoles."[2] De esta suerte ideaba el Capitán español asesinar á mansalva á los mexicanos que, hambrientos y sin armas, pero pletóricos de amor hacia la patria, vivían aún reunidos en un sólo grupo, estoicamente impávidos, cual dioses inconmovibles de la libertad, sobre los infectos cadáveres de sus hermanos muertos en los anteriores días.

Llegado el infausto 13 de agosto, vuelve Cortés á intentar la paz, "porque (preciso es repetirlo) tomándolos por fuerza, habian de echar lo que tuviesen en el agua..... y á esta causa..... se habria.... poca parte de la mucha riqueza que en esta ciudad habia."[3] No con otra mira, pues, manda llamar á Cuauhtemoc, quien, ya sin procurar dilación alguna, prefiriendo terminase de una vez su propio martirio y el de los demás mexicanos que le acompañaban, contesta, dícenos el mismo Cortés: "que en ninguna manera...... vernia ante mí, y que antes querria por allá morir...... que hiciese yo lo que quisiese."[4]

Escribe el despiadado Conquistador: "cómo en estos conciertos...... los de la ciudad estaban todos encima de los muertos, y otros en el

1 254-55.
2 Loc. cit.
3 Cortés, 254.
4 255.

agua, y otros andaban nadando, y otros ahogándose en aquel lago donde estaban las canoas...... (en una palabra, que) era tanta la pena que tenian, que no bastaba juicio á pensar cómo lo podian sufrir." [1] "Estaban...... todas las casas llenas de indios muertos (manifiesta igualmente Díaz del Castillo), y aun algunos pobres mexicanos entre ellos, que no podían salir, y lo que purgaban de sus cuerpos era una suciedad como echan los puercos muy flacos que no comen sino yerba;" [2] tal era su hambre "que hallóse toda la ciudad arada, y sacadas las raíces de las yerbas que habian comido cocidas: hasta las cortezas de los árboles tambien las habian comido:" [3] en verdad que no ha existido "generacion en el mundo que tanto sufriese la hambre y sed y continuas guerras como esta." [4]

Ahora bien, ni aquel cuadro hondamente desgarrador bastaba para despertar algún débil sentimiento de conmiseración en los castellanos, que, antes bien, azuzados por su legendaria ferocidad, esperaban el momento del ataque con la misma febril impaciencia que sus perros de presa.

Al fin dió Cortés la señal de muerte. Los cañones abocados de antemano principiaron á hacer fuego sobre los inermes mexica que ya ni moverse podían, y los cuales, estrechados unos contra otros, recibían las balas y sucumbían impasibles, como divinas estatuas marmóreas que cayesen de sus pedestales: "jamás quisieron paz." [5]

El amor á la patria llenaba las almas de aquellos hombres prodigiosos sin dejar lugar alguno á la humana flaqueza: por esto perecían todos impertérritos y no había uno sólo que implorase piedad ó merced de sus matadores.

Como pareció á Cortés que los cañones tardaban mucho en acabar con los mexicanos, dispuso que los bergantines, con todos los castellanos y aliados indígenas, cayesen de golpe sobre el reducido lugar donde todavía quedaban agrupados algunos de "los principales y gente de guerra de la ciudad......... (procurando ocultar) su perdicion y su flaqueza...... (y) luego fué tomado aquel rincon que tenian, y echados al agua los que en él estaban." [6]

1 256.
2 197[1].
3 Loc. cit.
4 Loc. cit.
5 Gomara, 392[2].
6 Cortés, 256.

No de otra manera fueron vencidos los fieles hijos de México: su ejemplo servirá eternamente de modelo supremo á todos los pueblos que amen á su patria y luchen heroicamente por ella.

§ 33. Prisión de Cuauhtemoc.

Cuauhtemoc trató de retirarse por el lago al ver que toda su patria había sido convertida en escombros, cieno y sangre; no ignoraba que la tierra entera le era contraria, y que á su paso sólo hallaría hostilidad, persecución y muerte: tenía de ello experiencia tristísima; mas no había peligros ni sufrimientos que no arrostrara, antes que entregarse á los destructores de su patria.

Recoge pues el Monarca á su familia y á varios principales, embarca á todos en unas canoas, entra en ellas él mismo, y luego las dirige hacia el extremo N.E. del lago.

Entretanto, habiendo tenido noticia Sandoval de la fuga del Monarca, "mandó á los bergantines que dejasen de derrocar casas y siguiesen el alcance de las canoas, é que mirasen que tuviesen tino é ojo á qué parte iba el Guatemuz...... y como (á) un Garci-Holguin, que era capitan de un bergantin, amigo de Sandoval, y era muy gran velero su bergantin, y llevaba buenos remeros, le mandó que siguiese hácia la parte que le habian dicho que iba el Guatemuz y sus principales y las grandes piraguas, y le mandó que si le alcanzase, que no le hiciese mal ninguno mas de prendelle, y el Sandoval siguió por otra parte con otros bergantines que le acompañaban; é quiso Dios nuestro Señor que el Garci-Holguin alcanzó á las canoas é grandes piraguas en que iba el Guatemuz, y en el arte dél y de los toldos é piragua, y aderezo dél y de la canoa, le conoció el Holguin y supo que era el gran señor de Méjico, y dijo por señas que aguardasen, y no querian, y él hizo cómo que les queria tirar con las escopetas y ballestas;" [1] Cuauhtemoc violentamente "se puso en pié en la popa de su canoa para pelear;" [2] mas vió á su lado á su esposa y otras mujeres, cuyas vidas no quiso sacrificar, por lo que, abandonando su actitud hostil, dijo entonces: "«No me tiren, que yo soy el rey de Méjico y desta tierra, y lo que te ruego es, que no me llegues á mi mujer........ ni á ninguna mujer ni á ninguna cosa de lo que aquí traigo, sino que me tomes á mí y me

1 Díaz del Castillo, 195.[1]
2 Gomara, 392[1].

lleves á Malinche.» Y como el Holguin le oyó, se gozó en gran manera y le abrazó, y le metió en el bergantin con mucho acato, á él, á su mujer y á veinte principales que con él iban, y les hizo asentar en la popa en unos petates y mantas, y les dió de lo que traia para comer, y á las canoas en que iba su hacienda no les tocó en cosa ninguna, sino que juntamente las llevó con su bergantin." [1]

Para recibir al gran rey encontrábase Cortés "en el barrio de Amaxac sobre el tlapanco ó azotea de un principal que se llamaba Aztaoatzin...... (sentado) en una silla debajo de un dosel de carmesí, rodeado de los demas capitanes y principales españoles." [2] Llegado allí el joven Monarca, dijo inmediatamente á Cortés con gravedad solemne: "«Señor Malinche, ya yo he hecho lo que estaba obligado en defensa de mi ciudad y vasallos, y no puedo mas........»" [3] "que ahora ficiese dél lo que yo quisiese (escribe Cortés); y puso la mano en un puñal que yo tenia, diciéndome que le diese de puñaladas y le matase," [4] agregando: "es lo mejor;" [5] "aborrezco el vivir, y me será ya molesto." [6] "Cortés le respondió con doña Marina y Aguilar, nuestras lenguas, y dijo muy amorosamente que por haber sido *tan valiente* y haber vuelto y defendido su ciudad se lo tenia en mucho y tenia en mas á su persona...... que descansase su corazon y de sus capitanes, é que mandará á Méjico y á sus provincias como de antes lo solian hacer..... y luego, porque era tarde y queria llover, mandó Cortés á Gonzalo de Sandoval que se fuese á Cuyoacoan, y llevase consigo á Guatemuz y á su mujer y familia y á los principales que con él estaban... Prendióse Guatemuz y sus capitanes en 13 de agosto, á hora de vísperas, dia de señor San Hipólito, año de 1521." [7]

Habiéndose principiado el cerco el 21 de mayo, duró por lo mismo ochenta y cinco días. "Y en todos...... ninguno se pasó que no tuviese combate con los de la ciudad, poco ó mucho." [8]

Los pocos mexicanos que no perecieron, quedaron "tan flacos y sucios é amarillos é hediondos (díjonos ya Díaz del Castillo), que era lástima de los ver...... y lo que purgaban de sus cuerpos era una sucie-

1 Díaz del Castillo, 195.[1 y 2]
2 Sahagún, Relación, 214.
3 Díaz del Castillo, 195.[2]
4 257.
5 Gomara, 392[2].
6 Mártir, III, 366.
7 Díaz del Castillo, 195–96.
8 Cortés, 257.

dad como echan los puercos muy flacos que no comen sino yerba; y hallóse toda la ciudad arada, y sacadas las raíces de las yerbas que habian comido cocidas: hasta las cortezas de los árboles tambien las habian comido. De manera que agua dulce no les hallamos ninguna, sino salada........ y no se ha hallado generacion en el mundo que tanto sufriese la hambre y sed y continuas guerras como esta." [1] Dorantes de Carranza escribe: "Murieron en la última batalla el dia de la toma de México mas de quarenta mill hombres y mugeres, asi á spada y lança como de los que se echaban vivos por su voluntad con sus hijos y hijas en las acequias por no verse en poder de los spañoles; y fue tanto el hedor que huvo de los cuerpos muertos que pasaban de ciento y cinquenta mill que tenian escondidos y tapados porque los spañoles no les sintiesen la falta de gente que aunque despues de ganada la ciudad los echaban fuera de ella no los podian agotar ni valerse del mal olor por mucho tiempo." [2]

Las pérdidas de los indígenas aliados de Cortés deben haber sido tanto ó más considerables que las sufridas por los mexicanos, no obstante que sistemáticamente las callan todos los cronistas españoles.

§ 34. Conducta de los españoles después del sitio.

Al ser destruído el último rincón de la ciudad, y echados al agua los mexicanos que en él estaban, "apenas salieron á tierra algunos soldados (españoles), comenzaron á robarlos y á captivarlos; solamente buscaban el oro que llevaban, y para esto les buscaban las vestiduras á los hombres, y á las mugeres [y aun hasta hacerles abrir la boca] para ver si llevaban oro en ellas, y escogian mozos y mozas los que mejor les parecian, y los tomaban para esclavos, y algunos mozos y mozas se disfrazaban poniéndose lodo en las caras, y cubriéndose con mantas rotas porque no les tomasen por esclavos." [3]

"Dióse Méjico á saco, y (los) españoles tomaron el oro, plata, pluma, y los indios la otra ropa y despojo. Cortés.......... Herró muchos hombres y mujeres por esclavos con el hierro del Rey." [4]

Escribe Díaz del Castillo: "así el suelo y la laguna y barbacoas, todo estaba lleno de cuerpos muertos, y hedia tanto, que no habia hom-

1 197.[1]
2 M. S.
3 Sahagún, Relación, 281.
4 Gomara, 392.[2]

bre que sufrirlo pudiese; y á esta causa, así como se prendió Guatemuz, cada uno de los capitanes se fueron á sus reales.......... y aun Cortés estuvo malo del hedor que se le entró por las narices en aquellos dias que estuvo allí en el Tatelulco."[1]

Á la matanza y al saqueo sucedió la bacanal; "Cortés mandó hacer un banquete en Cuyoacoan, en señal de alegrías de la haber ganado, y para ello tenian ya mucho vino de un navío que habia venido al puerto de la Villa-Rica, y tenian puercos que le trujeron de Cuba; y para hacer la fiesta mandó convidar á todos los capitanes y soldados que le pareció que era bien tener cuenta con ellos en todos tres reales; y cuando fuimos al banquete no habia mesas puestas, ni aun asientos para la tercia parte de los capitanes y soldados que fuimos, y hubo mucho desconcierto, y *valiera mas que no se hiciera*, por muchas cosas no muy buenas que en él acaecieron, y tambien porque esta planta de Noé hizo á algunos hacer desatinos, y hombres hubo en él que, despues de haber comido, anduvieron sobre las mesas, que no acertaban á salir al patio; otros decian que habian de comprar caballos con sillas de oro, y ballesteros hubo que decian que todas las saetas que tuviesen en su aljaba que habian de ser de oro, de las partes que les habian de dar; y otros iban por las gradas abajo rodando. Pues ya que habian alzado las mesas, salieron á danzar las *damas* que habia, con los galanes cargados con sus armas, que era para reir, y fueron las damas pocas, que no habia otras en todos los reales ni en la Nueva-España."[2] Dice uno de nuestros más apreciables y entendidos historiadores: "Fué aquello una orgía en que el desorden no conoció límites y en que tomaron parte las pocas mujeres castellanas que había entonces, tocando el papel de víctimas á las pobres indias á quienes brutalmente burlaban los conquistadores."[3]

Llegó á tanto el desenfreno de los aventureros castellanos, que á fin de que no continuaran robando en la comarca, ni raptasen más doncellas indígenas, ni trabaran nuevas riñas entre sí, ordenó Cortés una solemne procesión, "en que íbamos con nuestras banderas levantadas y algunas cruces á trechos, y cantando las letanías, y á la postre una imágen de nuestra Señora; y otro dia predicó fray Bartolomé, é comulgaron muchos en la misa después de Cortés y Albarado, é dimos gracias á Dios por la vitoria:"[4] así se descargaban en un instante aquellos fas-

1 196.[2]
2 Idem, 197[1 y 2].
3 González Obregón, 13.
4 Díaz del Castillo, 197[2].

cinerosos de todos los innumerables y horrendos crímenes que habían cometido antes día á día durante un largo tiempo.

Empero, ni la procesión, ni la plática del fraile, ni la sagrada eucaristía, fueron bastantes para sosegar un ápice la hirviente codicia de los aventureros desalmados.

El saqueo de México produjo algún oro, Cortés lo valora en "mas de ciento y treinta mil castellanos,"[1] esto, sin contar las demás riquezas robadas. No obstante, "mucho se dolian los españoles, ca pensaban, cuando acabaron de ganar á Méjico, hallar un gran tesoro, á lo menos que hallaran cuanto perdieran al huir de Mejico."[2] Era Cortés el primero en deplorarlo; así que, principió desde luego á indagar diligentemente el paradero de las riquezas perdidas; "fizo (dícenos un testigo presencial) muchos alagos e buenos tratamientos a Guatimuza.... por saber del de los thesoros que thenia."[3] Mas Cuauhtemoc, que no se había doblegado ante la muerte, tampoco podía dejarse ganar por halagos ruines: ni una sola palabra quiso revelar al destructor de su patria.

Pensó entonces Cortés que el dolor arrancaría alguna confesión al invicto monarca, é hizo que le dieran tormento, "el cual fué untándole muchas veces los piés con aceite y poniéndoselos luego al fuego; pero mas infamia sacaron que no oro;"[4] declaraba en 1529 el doctor Cristóbal de Ojeda que "Cortes dio tormentos e quemava los pies *e las manos* al dicho Guatimuza por que le dixese de los thesoros e riquezas de la cibdad e que lo sabe por queste testigo como dotor e medico ques curo muchas vezes al dicho Guatimuza por mandado del dicho D. Fernando e...... quel dicho D. Fernando traya mucha deligencia por saber del dicho thesoro."[5] Escribía Herrera que "con lastima vniversal de todo el Exercito, quitaron á Quautimoc del tormento, mostrando, en particular todos los Soldados, grande sentimiento de este Acto."[6] Agrega Gomara: "Acusaron...... á Cortés...... como cosa fea é indigna de tan gran rey, y que lo hizo de avaro y cruel; mas él se defendia con que se hizo á pedimento de Julian de Alderete (tesorero de S. M.),"[7] excusa notoriamente inaceptable: el propio Cortés no se atrevió á hacerla valer

1 257.
2 Gomara, 398^2.
3 Çristóbal de Ojeda, en Proceso de Cortés, I, 125-26.
4 Gomara, 418^1.
5 En Proceso de Cortés, I, 126.
6 III, 55^1.
7 398^2.

ante Carlos V, y prefirió ocultar el suplicio en las relaciones que mandó á aquél acerca de la Conquista; á mayor abundamiento, sobrada energía tenía Cortés para oponerse, no ya al parecer de uno solo de los castellanos, sino al de todos éstos, como lo demostró en diversas ocasiones.

Juntamente con Cuauhtemoc, fué atormentado "otro caballero y su privado...... (quien) tuvo tanto sufrimiento, que, aunque murió en el tormento de fuego, no confesó cosa de cuantas le preguntaron sobre tal caso, ó porque no lo sabia, ó porque guardan el secreto que su señor les confia constantísimamente. Cuando lo quemaban miraba mucho al Rey, para que, habiendo compasion dél, le diese licencia, como dicen, de manifestar lo que sabia, ó lo dijese él. Cuahutimoc le miró con ira y lo trató vilísimamente, como muelle y de poco, diciendo si estaba él en algun deleite ó baño."[1]

Sujetaron también al horrible suplicio "á Tlacotzin Xihuacoatl, presidente supremo gobernador y capitan general, el que bautizado despues se llamó D. Juan Velasquez, y á Covanacotzin que bautizado despues se llamó D. Pedro de Alvarado, señor que fué de Tezcoco, y á Tetepanquezcatl que bautizado despues se llamó D. Pedro señor de Tlacópan, y Aquici, que bautizado despues se llamó D. Cárlos, señor de Atzcapotzalco Mexicapan, y á Mutelchinhin Huiznahuatl, capitan mexicano, que bautizado despues se llamó D. Andrés."[2]

De allí que en 1529, al seguirse en México, por orden de la monarquía española, una pesquisa secreta contra Hernan Cortés, resultara, entre otros cargos, el siguiente: "Otro sí: se le faze cargo al dicho Don Hernando Cortés, que despues que se ganó esta Cibdad, tomó en su poder á Guatemuca, Señor della, e a otros muchos Señores, e los tobo en su casa con poco temor de Dios; e con cobdicia desordenada, mandó dar e dio tormentos de fuego á los susodichos, para aber el oro de Montesuma; y el dicho Guatemuca, quedó lisiado de los pies, de los tormentos que rrescebió; e ansí mesmo asó un indio muy prencipal, estando vivo, por lo susodicho, fasta tanto que murió."[3]

Llegada la hora del reparto de las riquezas habidas en México, surgieron las sempiternas desavenencias; Cortés y los demás jefes "dijeron que cabian los de á caballo á cien pesos, y á los (peones menos naturalmente)...... y de que aquellas partes nos señalaron, ningun solda-

1 Loc. cit.
2 Chimalpain, en Gomara, edición de 1826, II, 76.
3 Documentos de América, XXVII, 23.

do lo quiso tomar; y entonces murmuramos de Cortés y del tesorero Alderete...... (principalmente del primero en contra del cual se escribieron) motes...... á manera como mase-pasquines é libelos."[1]

Por lo que hace á los aliados, "Cortés les habló y les dió muchas gracias y loores porque nos habian ayudado, con muchas buenas palabras y promesas de que el tiempo andando les daria tierras y vasallos y les haria grandes señores, y les despidió."[2] Regresaron cuatro días después de la toma de México "casi todos ricos, y muy contentos en haber destruido á Méjico, y por ir amigos de españoles y en gracia de Cortés."[3]

Aunque éste tuvo que confesar que por los aliados indígenas "había habido tan gran victoria, como tuvo en la dicha ciudad de México, é que por ellos tenian todos (los castellanos) la vida é habia ganado tan grandes y poderosos reinos,"[4] á partir de allí olvidó cuantos servicios les debía, y sólo trató de multiplicar sus riquezas y poder á costa de los mismos antiguos aliados.

Éstos, al regresar á sus lares, terminado el sitio, no pensaban seguramente que con la gran Tenochtitlan dejaban muerta su propia libertad, y que para ellos no habría ya horas de ventura.

"Como se publicó por toda la Tierra, que Mexico se havia sujetado, causó grande admiracion, por la potencia del Rei, i fortaleça de la Ciudad, lo qual movió á muchos, á que sin aguardar á ser requerídos, embiaron á dár la Obediencia á Cortés, i algunos fueron personalmente. A los que no embiaron luego, i á las Provincias qne no obedecian á Mexico, i que estaban mas remotas, embió Mensageros Indios, que diesen cuenta de lo sucedido, i dixesen, que pues era acabado el Imperio de Moteçuma, y le tenia el Rei de los Christianos, si le obedeciesen, serian bien tratados. No fue menester mucho para persuadirselo, atenta la Victoria conseguida, de que los Indios sobremanera se admiraban, como cosa jamás pensada, i assi todos embiaban, ó iban, llevando Presentes: i hacian sus reconocimientos; i de estos tomaba Cortés Informacion, de la calidad de las Provincias, que quedaban por pacificar, i de lo demás que convenia para establecer bien aquel Imperio."[5]

1 Díaz del Castillo, 200[1].
2 Idem, 197[2].
3 Gomara, 892[2].
4 Información de Tlaxcala, 24.
5 Herrera, III, 79[1 y 2].

§ 35. Muerte de Cuauhtemoc.

Cuauhtemoc nunca fué puesto en libertad.[1] Empero, como "los indios le honraban mucho...... y le hacian aquella mesma reverencia y cerimonias que á Moteczuma...... creo que por eso le llevaba (Cortés) siempre consigo."[2] De allí que el Monarca fuese obligado á seguir á éste en la expedición de las Hibueras.

Cuauhtemoc debió recordar tristemente la destrucción de su Imperio, cuando durante la marcha, Cortés "devastaba á sangre y fuego todo lo que se oponía á su paso."[3] Una vez en la provincia de Acala, "le acumularon (á Cuauhtemoc) que quería cometer traición á los españoles y procuraba hacellos matar."[4] Formóse proceso, "y dentro de breve tiempo se ahorcaron por justicia Cuahutimoc, Tlacatlec y Tetepanquezatl."[5]

"Cuando le ahorcaron dijo el Guatemuz: «¡Oh capitan Malinche! Dias habia que yo tenia entendido é habia conocido tus falsas palabras, que esta muerte me habias de dar, pues yo no me la dí cuando te entregaste en mi ciudad de Méjico; ¿por qué me matas sin justicia? Dios te lo demande.» El señor de Tacuba dijo que daba por bien empleada su muerte por morir junto con su señor Guatemuz."[6] "Y fué esta muerte que les dieron muy injustamente dada, y pareció mal á todos los que íbamos aquella jornada."[7]

"Hízose esta justicia por Carnestollendas del año de 1525 en Izancanac. Fué Cuahutimoc valiente hombre, segun de la historia se colige, y en todas sus adversidades tuvo ánimo y corazon real, tanto al principio de la guerra........ cuanto en la perseverancia del cerco, y ansí cuando le prendieron, como cuando le ahorcaron, y como cuando, porque dijese del tesoro de Moteczuma, le dieron tormento...... y Cortés debiera guardarlo vivo como oro en paño, que era el triunfo y gloria de sus victorias."[8]

Con Cuauhtemoc, ejemplar de los más grandes capitanes, dechado

1 Cortés, 420.
2 Gomara, 418[1].
3 Mártir, IV, 428.
4 Durán, II, 67.
5 Gomara, 418[1].
6 Díaz del Castillo, 252[2].
7 Idem, 258[1]
8 Gomara, 418[1].

de los reyes más eximios, murió para siempre la última esperanza de libertad que pudieran conservar aún los antiguos mexicanos.

CAPÍTULO III.

CONQUISTA DEL PERU.

§ 1. Primeras correrías.

Vimos en el § 7 del capítulo I, que no bastando á Pedrarias las tierras que gobernaba, principió desde muy temprano la destrucción de otros lugares, á donde envió parte de su gente á fin de que los *conquistase*. Despachó así en 1514 á Luis Carrillo al río de los Ánades, [1] y á Juan de Ayora hacia las costas del Mar del Sur. [2] Pero concretémonos al Perú.

Escribe Herrera que en 1522, Pascual de Andagoya entró en la provincia del Perú "por vn Rio arriba, cerca de veinte leguas." [3] Con anterioridad, en 1513, Vasco Núñez de Balboa había llegado hasta el Perú; [4] dos años después Gaspar de Morales dió sobre el pueblo del cacique "Birú, que otros llamaron Birúquete......... (del cual nombre) dixeron algunos, que tomaron los Castellanos el....... de Pirú." [5] Con todo, transcurrieron algunos años antes de que se pensase en conquistar aquella rica comarca.

Fué hasta 1524 cuando Pedrarias dió licencia á Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Hernando de Luque para que descubrieran hacia el Sur. [6] Pizarro, á quien tocó realizar la empresa, había venido á las Indias mucho tiempo antes "con una espada é una capa...... hombre sin ninguna letra ni industria;" [7] no era más aventajado Almagro, pues tampoco sabía escribir: ni uno ni otro pudieron firmar la escritura de compañía que extendieron posteriormente en Panamá con fecha 10

1 Herrera, I, 290.[1]
2 Oviedo, III, 87.[1]
3 III, 169.[2]
4 Loc. cit.
5 Herrera, II, 8.[1 y 2]
6 Idem, III, 200.[1]
7 Oviedo, IV, 144.[2]

de marzo de 1526. [1] Por lo que hace á Luque, fué uno de tantos clérigos venidos á América con ánimo de especular: se le llamaba el "loco." [2]

Obtenida la licencia de Pedrarias "con condición que......... (él) no habia de contribuir...... con ningun dinero ni otra cosa," [3] pero sí se le había de dar "parte del provecho, que se sacase; i haviendose contentado de ello, se hiço la Compañia: con que Francisco Piçarro aiudase con su experiencia, é industria: Diego de Almagro con los Bastimentos, i Pertrechos: i Hernando de Luque con dineros......... para maior confirmacion de su amistad, i compañia, oieron la Misa, que dixo Hernando de Luque, i partieron la Hostia en tres partes, i los comulgó con las dos, y la tercera comulgó él: llorando la Gente de vér tal acto." [4]

Sólo aquellos hombres tan crasamente ignorantes como groseramente fanáticos, podían confirmar con tal acto una asociación que, como todas las expediciones de conquista, no tenía otro fin que el saqueo y la matanza.

En un navío "partió (Pizarro) de la ciudad de Panamá á 14 dias del mes de noviembre de 1524 años, llevando en su compañía ciento y doce españoles, los cuales llevaban algunos indios para su servicio." [5] "Quedó Diego de Almagro en Panamá, para seguir con mas Gente y Provisiones." [6]

"Setenta dias despuês que salieron de Panamá saltaron en tierra en un puerto que después se nombró de la Hambre; en muchos de los puertos que antes hallaron habian tomado tierra, y por no hallar poblaciones los dejaban; y en este puerto se quedó el capitan con ochenta hombres [que los demás ya eran muertos]; y porque los mantenimientos se les habian acabado, y en auuella tierra no los habia, envió el navío con los marineros y un capitan á la isla de las Perlas, que está en el término de Panamá, para que trujese mantenimientos......... el navío se detuvo en ir y volver cuarenta y siete dias." [7]

Mientras, Pizarro y los suyos descubrieron un pueblo donde se tomaron algunos bastimentos. Allí "huvo buenos, i graciosos dichos con

1 Quintana, Primera Parte, 174.
2 Oviedo, IV, 147.[1]
3 P. Pizarro, 208.
4 Herrera, III, 200.[1 y 2]
5 Jerez, 320.[1]
6 Herrera, III, 200.[2]
7 Jerez, 320.[1]

los Indios; porque decian á los Castellanos, que por qué no sembraban, i cogian, sin andar *tomando* los Bastimentos agenos, pasando tantos trabajos."[1]

Vuelto el navío de la isla de làs Perlas, internáronse los castellanos tierra adentro, hasta dar con un pueblo bien proveido de alimentos, pero cuya población acababa de huir; no se detuvo allí Pizarro, porque vió que los naturales eran poco mansos, y siguió adelante, no sin haber puesto á saco antes el pueblo, y recogido "mas de seiscientos pesos de Oro baxo, en Joias."[2] Presentóse á poco frente á otro "pueblo situado sobre la mar, que está en una fuerza alta, cercado el pueblo de palenque; allí fallaron harto mantenimiento, y el pueblo desamparado de los naturales, y otro dia vino mucha gente de guerra; y como eran belicosos y bien armados, y los cristianos estaban flacos de la hambre y trabajos pasados, fueron desbaratados, y el capitan ferido de siete heridas."[3] Como en la pelea "[........ havian muerto infinitos] (indios, aflojaron éstos al fin)......... juzgando, que entre aquellos Hombres, debia de haver alguna Deidad que les favorecia."[4] Empero, los españoles "fueron desbaratados y el capitan herido...... (por lo cual) embarcóse y volvió á la tierra de Panamá, y desembarcó en un pueblo de indios cerca de la isla de las Perlas, que se llama Cuchama,"[5] "adonde acordaron que fuese en el Navio el Tesorero Nicolás de Ribera, con el Oro que havian hallado, i diese cuenta al Governador Pedrarias, de lo que havian hecho, i de la esperança, que tenian, de hallar buena Tierra."[6]

Ya para entonces Almagro había salido "con otro navío y con setenta hombres, y navegó hasta llegar al pueblo donde el capitan Pizarro fué desbaratado; y el capitan Almagro hubo otro recuentro con los indios de aquel pueblo, y tambien fué desbaratado y le quebraron un ojo, y hirieron muchos cristianos; con todo esto, ficieron á los indios desamparar el pueblo y lo quemaron."[7] De allí que el lugar se llamara después "Pueblo Quemado."[8]

De vuelta Almagro en la isla de las Perlas, y habiendo pasado de

1 Herrera, III, 202.[2]
2 Idem, III, 246.[2]
3 Jerez, 320.[2]
4 Herrera, III, 247.[1]
5 Jerez, 320.[2]
6 Herrera, III, 247.[2]
7 Jerez, 320.[2]
8 Herrera, III, 246.[2]

aquí á Cuchama á reunirse con Pizarro, "determinaron (ambos) bolviese luego (el primero) á Panamá por mas Gente, i para adereçar los Navios, i asi lo pusieron por obra." [1] Como Almagro llevaba *alguna muestra de oro*, fruto de sus correrías, pudo allanar pronto las dificultades que se le presentaron, [2] y salir nuevamente de Panamá, ya con título de capitán, y provisto de gente y de cuanto más necesitaba. [3]

Juntos segunda vez los dos capitanes en Cuchama, partieron á poco "con docientos españoles, y tornaron á navegar la costa arriba en...... dos navíos y en tres canoas;" [4] "pasando adelante........ dieron *de repente* en vn Pueblo de los del Rio de San Juan........ (donde robaron) quince mil pesos en Oro baxo." [5] Después de este acto de verdadero bandidaje, continuaron los castellanos sus criminales correrías; mas como ya les conocían los naturales, salían por toda la costa "dándoles gritas...... (y diciéndoles) que para qué andaban vagando el mundo; que debian ser grandes holgazanes, pues en ninguna parte paraban á labrar ni sembrar la tierra." [6]

Por habérseles muerto á estos capitanes mucha gente, así de hambre como en las refriegas de los indios, se acordó "que Piçarro se quedase....... (en el río de San Juan) i que Diego de Almagro con el Oro que se havia hallado, diesse la buelta á Panamá, á recoger mas Gente; i el Piloto Bartolomé Ruiz, Hombre diestro en su Arte, navegase la Costa arriba, quanto pudiese, para vér qué Tierra se descubria, i asi partió cada vno para su viage." [7]

Luego que llegó Almagro á Panamá, como llevaba bastante oro "é alguna plata...... é otras cosas," [8] reclutó "ochenta hombres" [9] y preparó su pronto regreso al río de San Juan.

Pizarro y su gente entretanto no permanecían ociosos; dedicáronse á *renchar* en los contornos, no sin sufrir algunas pérdidas.[10]

El piloto Ruiz "volvió á cabo de setenta dias al rio de San Juan,[11] después de haber descubierto "hasta punta de Pasaos, por donde pa-

1 Idem, III, 248.[2]
2 Jerez, 321.[1]
3 Herrera, III, 249.[1]
4 Zárate, 463.[2]
5 Herrera, III, 249.[1]
6 Zárate, 463.[2]
7 Herrera, III, 249.[2]
8 Oviedo, III, 118.[2]
9 Zárate, 464.[1]
10 Herrera, III, 250.[1 y 2]
11 Jerez, 321.[1]

sa la linea Equinocial...... i de aqui dió....... la buelta." [1] Como trajo noticias de que en la nueva región había "poblaciones muy ricas....... (y enseñaba efectivamente) oro y plata y ropa........ (Pizarro y los suyos ardían ya en deseos de) verse en aquella tierra, pues tan buena muestra daba de sí, (por lo que) venido el capitan Almagro de Panamá con el navío cargado de gente y caballos, los dos navíos con los capitanes y toda la gente salieron del rio de San Juan para ir á aquella tierra nuevamente descubierta." [2] Detuviéronse primero en la isla del Gallo, y luego pasaron á "la Baía de San Matheo, adonde todos saltaron en Tierra, i pareciendo, que era al proposito, sacaron los Caballos, dieron trás vn Indio, deseosos de tomar Lengua, i él corrió con tanta ligereça, que le siguieron gran rato; pero perdiendo el aliento, caió muerto, á lo qual le debió tambien de aiudar *el miedo de caer en manos de Hombres, que iá en aquella Tierra tenian fama de crueles.*" [3]

Pasaron en seguida á los pueblos de Tacamez, cuyos naturales se preguntaban con asombro "¿por qué los robaban (los hombres blancos y barbudos) i cautivaban á sus Mugeres, i á ellos, i los tomaban el Oro? Y asi procuraban de confederarse, entre ellos, para matarlos." [4] Como se llegaron á reunir "mas de diez mil indios de guerra...... Pareció á los capitanes é á los otros españoles que, siendo tan pocos, no harian fructo en aquella tierra, por no poder resistir á los indios." [5] Habrían regresado todos á Panamá, para librarse de nuevos trabajos, si Almagro no les hubiese hecho considerar que "no era bien bolver pobres, á pedir limosna, i morir en las Carceles, los que tenian deudas... (Con todo, á Pizarro no le gustaba tampoco quedarse, y aun estuvo á punto de reñir con Almagro, pero al fin se avinieron);" [6] Almagro "tornó á Panamá por mas gente; y entretanto se volvió don Francisco Pizarro á le esperar á una pequeña isla que estaba junto á la tierra, que llamaron la isla del Gallo." [7]

El gobernador De los Ríos recibió con desabrimiento á Almagro; rehusóse á prestarle ayuda, y resolvió enviar á Juan Tafur por Pizarro y los suyos, "con orden, que se bolviesen todos á Panamá. El Maestre-Escuela Hernando de Luque, i Diego de Almagro, escrivieron á

1 Herrera, III, 250.[1]
2 Jerez, 321.[1]
3 Herrera, III, 279-80.
4 Idem, III, 280.[1]
5 Jerez, 321.[1 y 2]
6 Herrera, III, 280.[1]
7 Zárate, 464.[1]

Francisco Piçarro, que aunque supiese reventar, no bolviese á Panamá, pues veía quan perdidos, i afrentados quedarian, sino llevasen adelante aquel Descubrimiento." [1]

Llegado á la sazón á Panamá Pedrarias, de vuelta de Nicaragua, "á los tres de hebrero de mill é quinientos é veynte y siete......... á los seys dias de aquel mes se pregonó su residencia;" [2] como no convenía á Almagro ni á Luque continuar asociados á Pedrarias, que al parecer había caído en desgracia, resolvieron hablara con éste Almagro á fin de comprarle su parte en las cosas del Perú, por la que hubiese cabido al mismo "Pedrarias é sus herederos mas de un millon de pessos de oro, segund la opinion de muchos." [3] Tras de algunos regateos, exclamó Almagro con enojo: "«Mill pessos os doy, é no los tengo; pero yo daré seguridad de los pagar en el término que me obligare.» É Pedrarias dixo que era contento. É assi se hiço cierta escriptura." [4]

Para entonces ya había arribado Tafur á la isla del Gallo, donde recogió á la mayor parte de los castellanos. "Piçarro, visto lo que el Maestre-Escuela, i Diego de Almagro le escrivian, determinó perseverar en su proposito, confiado en (que) Dios le favoreceria, i dixo á sus Compañeros, con vna singular modestia, i constancia, que los que quisiesen irse, fuesen en buen hora, pero que le pesaba; que iban á padecer maiores trabajos, i pobreza, i necesidad, i perdian lo que tanto havian sudado, i fatigado, pues no dudaba, sino que se havia de hallar cosa, con que todos quedasen consolados, i ricos...... Solos trece se quedaron, i vn Mulato, los quales, viendo el animo constante de su Capitan, movidos á compasion, i por no dexarle solo, se le ofrecieron de morir con él, siguiendole adonde quisiese." [5]

Con aquellos fieles compañeros, "por ser tan pocos, no osó (Pizarro) quedar allí, y se fué á una isla despoblada, seis leguas dentro en la mar, que, por ser toda llena de fuentes y arroyos, la llamaron la Gorgona, donde se sostuvieron comiendo cangrejos, exaivas y grandes culebras, de que allí hay abundancia;" [6] "cada Mañana daban gracias á Dios: á las tardes decian la Salve, i otras oraciones por las Horas." [7] Todos aquellos aventureros españoles que acá vinieron, eran tan fervorosos creyentes como desalmados bandoleros.

1 Herrera, III, 281.[2]
2 Oviedo, III, 119.[2]
3 Idem, III, 119.[1]
4 Idem, III, 120.[2]
5 Herrera, III, 281–82.
6 Zárate, 464.[1]
7 Herrera, III, 282.[2]

Al cabo de no muy largo tiempo cesó la vida mística de Pizarro, porque Almagro y Luque lograron al fin del gobernador les permitiese mandar un navío á la Gorgona bajo la condición de que "dentro de seis meses, so graves penas, bolviese Francisco Piçarro á dár cuenta de lo que huviese hallado." [1]

"Pizarro estuvo en aquella isla cinco meses, hasta que volvió......... (dicho navío) en el cual fueron cien leguas mas adelante de lo que estaba descubierto, y hallaron muchas poblaciones y mucha riqueza, y trujeron mas muestra de oro y plata y ropa de la que antes habian traido, que los indios *de su voluntad* les daban;" [2] "en veinte Dias reconocieron vna Isla, que estaba frontero de (la bahía) Tumbez, cerca de Puná, á quien pusieron por nombre Santa Clara." [3] Pasaron adelante y "surgieron en la Plaia de Tumbez:" [4] "todos (los naturales), juzgaban, que tal Gente era embiada por la mano Dios, i que era bien hacerles buen hospedage." [5] "Los Niños, los Grandes, i las Mugeres, todos los miraban con alegria." [6] Á su natural hospitalidad unían los indígenas una gran sencillez, á tal grado, que cuando Pedro de Candía disparó entre ellos un tiro de arcabuz, el cacique del lugar le pidió el arma, y tratándola como á sér animado, le "echaba por el cañon muchos vasos de su vino, diciendo: Bebe, pues haces tan gran rumor, que eres semejante á Trueno del Cielo." [7]

Impotentes ahora los castellanos para luchar con los indígenas y despojarles de sus riquezas, escondían hipócritamente las mismas garras con que más tarde habían de despedazarlos; llegó á tanto su fingimiento, que no sólo dieron á entender por señas á los naturales "que su venida era á hacerles bien y librarlos de sus enemigos......... (sino que al despedirse se negaron á) recibir el oro, plata y perlas que les ofrecieron, á fin de que conociesen no era codicia, sino deseo de su bien el que les habia traido de tan lejas tierras á las suyas." [8]

Siguió hacia el sur Pizarro, con ánimo de llegar al puerto de Payta, y como "iá se havia estendido la fama por toda la Costa, que començaban á llamar del Pirú, que andaban los Castellanos en ella con vn

1 Herrera, III, 283.[1]
2 Jerez, 321.[2]
3 Herrera, III, 283.[1]
4 Idem, III, 283.[2]
5 Idem, III, 284.[1]
6 Idem, III, 284.[2]
7 Idem, III, 285.[1]
8 Ruíz Naharro, 236.

Navio, i que eran blancos, i con barbas, que no hacian mal, ni robaban, ni mataban, sino que daban de lo que traían, i que eran piadosos, i humanos, i otras cosas tales, que entonces juzgaron de ellos, por lo que vieron en Tumbez...... en llegando el Navio al parage sobredicho, salieron muchos Indios en Balsas, con Pescado, Frutas, i otros mantenimientos." [1]

Tan sinceramente amables y obsequiosos mostráronse los indígenas, que llegados los castellanos "á Colaque, entre Tangara, i Chimo, Lugares adonde despues se fundaron las Ciudades de Truxillo, i San Miguél......... vn Marinero llamado Bocanegra, viendo que la Tierra era mui buena, salió del Navio, i embió á decir al Capitan, que le tuviese por escusado, i no le aguardase, porque se queria quedar entre *tan buena gente*." [2]

"Partiendose de alli, fueron navegando, i descubriendo, hasta que llegaron á lo de Santa, con gran deseo de descubrir la Ciudad de Chincha: de la qual contaban los Indios grandes cosas; pero aqui los Castellanos rogaron á Francisco Piçarro, que no pasase mas adelante, pues que iá havia conseguido lo que deseaba, al cabo de tanto tiempo que andaban peregrinando: i que buelto á Panamá, buscaria gente con que pudiese poblar, i sujetar aquella Tierra, pues todos confesaban, que era la mejor del Mundo, i mas rica, como por las muestras hecharon de vér: i pareciendo buen consejo á Francisco Piçarro, diciendo, que le queria seguir antes que su voluntad...... determinó de conformarse con sus compañeros. Está Santa en nueve grados de la otra parte de la Equinocial, con vn gran Rio de sabrosa Agua, i es puerto adonde entran los Navios." [3]

De regreso, detúvose el navío en el puerto de Santa Cruz, cuya cacica hizo instancia á Pizarro para que bajase á tierra; como aquél se resistiese, fué ella misma al navío, "i entre otras cosas, dixo la Señora: Que pues ella, siendo Muger, havia osado entrar en el Navio, podia bien el Capitan, que era Hombre, salir á Tierra; i para que con maior seguridad lo pudiese hacer, queria dexar en rehenes cinco de los mas principales Hombres, que tenia." [4] Hasta entonces cedió el receloso capitán español, y á fe, que no le pesó, pues los naturales le hicieron una agradabilísima fiesta. [5]

1 Herrera, III, 285–86.
2 Idem, III, 286.[1]
3 Idem, III, 286.[2]
4 Idem, IV, 33.[1]
5 Loc. cit.

Á tal punto se entusiasmaron los castellanos por el espléndido recibimiento, que uno de ellos, Alcón, se enamoró de la generosa reina indígena y quiso quedarse allí; como el capitán no se lo permitió, "sintiólo tanto, que luego perdió el seso." [1]

Más adelante, en Tumbez, se hizo otra fiesta á los castellanos, y fueron dos de éstos entonces los que quisieron quedarse en el lugar: "Un Marinero, llamado Ginés, i Alonso de Molina." [2]

En la punta de Santa Elena los naturales recibieron con igual cordialidad á los españoles; "creiendo que eran favorecidos de Dios, *i cosa suia*, pues siendo tan pocos andaban por la Mar. Fueron á Francisco Piçarro, dixeron, que holgaban de saber que eran tan buenos, i amigos de verdad, que tomase Puerto, i alli seria servido......... (Pizarro, para no despertar la más leve sospecha en aquellos pueblos niños, había mandado á sus soldados que aunque viesen el oro) no lo mentasen." [3]

Por último, los españoles tocaron en "Puerto Viejo, adonde.......... presentaron (á Pizarro) muchas cosas: no saltó mas en Tierra, ni paró hasta la Gorgona........ (siguiendo luego hasta) Panamá, adonde llegaron cerca de el fin de este Año (1527)." [4]

§ 2. Viaje de Pizarro á España.

No tardaron casi nada Pizarro y sus dos socios en acordar "que se pidiese licencia á Pedro de los Rios, para sacar Gente, i Caballos...... (á fin de volver á las tierras del Sur). Pedro de los Rios respondió, que no entendia de despoblar su Governacion, para que se fuesen á poblar nuevas Tierras, muriendo en tal demanda mas Gente de la que havia muerto, cebando á los Hombres con la muestra de las Ovejas, Oro, i Plata, que havian traído." [5] Sostenidos por la voluntad tenaz que caracteriza á todos los aventureros, pensaron entonces en "yr á pedir al Emperador...... aquella gobernacion, antes que se descubriesse tanto que los desechassen á ellos para tan grand officio. É como buenos amigos, porfiaron quál seria gobernador é yria á pedir la gobernacion á Su Magestad, é por pura importunacion de Almagro cúpole á Piçarro [porque siempre Almagro túvole respecto é desseó hon-

1 Herrera, IV, 34.[1]
2 Loc. cit.
3 Herrera, IV, 34.[2]
4 Idem, IV, 35.[1]
5 Idem, IV, 38-9.

rarle]."[1] Convínose en que pediría mercedes para sus compañeros, á lo que asintió Pizarro, "afirmando siempre...... que todo lo queria para ellos, i prometiendo, que negociaria lealmente, i sin ninguna cautela."[2]

"Era grande la sumision, que Francisco Piçarro mostraba á Diego de Almagro, el qual entendió luego en buscar dinero para la provision del Viage: i aunque tenian Haciendas, estaban empeñadas, i ellos se hallaban obligados á muchas deudas; pero como Diego de Almagro era Hombre mui diligente, i de buen credito, halló mil i quinientos Pesos de Oro, prestados, con los quales, i la muestra que hallaron en la Isla de la Plata, se començó á apercibir la partida: i en Nombre de Dios se embarcó Francisco Piçarro, llevando consigo á Pedro de Candia, i algunos Indios, de los muchachos, que traxo para aprender la Lengua, Ovejas, i otras cosas del Perú."[3]

Salió Pizarro de Panamá en la primavera de 1528, y arribó á España hacia junio del propio año; á la sazón se encontraba allí Hernando Cortés, quien mucho se alegró de ver á Pizarro, "porque eran conocidos, i Amigos, desde el tiempo que estuvieron en la Isla Española, i como Hombres Naturales de Estremadura; i fue cosa notable, vér juntos á estos dos Hombres, que eran mirados, *como Capitanes de los mas notables del Mundo*, en aquel tiempo, aunque el vno acababa sus Hechos mas sustanciales, i el otro los començaba."[4]

No bien hubo saltado en tierra Pizarro, cuando fué preso por deudas, juntamente con el licenciado Corral, á instancia del bachiller Martín Fernández de Enciso: mas el rey "mandó, que con caucion juratoria los dexasen ir libres á Toledo, adonde se hallaba la Corte."[5]

Hasta el siguiente año logró Pizarro se extendiese en Toledo la capitulación que solicitaba, la cual firmó la reina, por ausencia de su esposo, á 26 de julio de 1529.

Por dicha capitulación se concedió licencia á Pizarro para "continuar el........ descubrimiento, conquista y poblacion de la dicha tierra y provincia del Perú, hasta doscientas leguas...... desde el pueblo...... Zemuquella........ (llamado por los españoles Santiago), hasta llegar al pueblo de Chincha...... (Nombrábase á Pizarro) Governador e Capitan

1 Oviedo, IV, 147.[3]
2 Herrera, IV, 39.[3]
3 Loc. cit.
4 Herrera, IV, 57.[3]
5 Idem, IV, 104.[1]

General de toda la dicha provincia...... (y se le hacía merced del título de) Adelantado...... del Perú....... (prometíase además presentar á la Santa Sede á Hernando de Luque) por Obispo de la ciudad de Tumbez..... (y se daba á Diego de Almagro) la tenencia de la fortaleza que hay ó oviese en la dicha ciudad....... (añadiendo) é le fazemos home-fijo-dalgo, para que goze de las honrras é preheminencias que los homes fijo-dalgos pueden y deben gozar en todas las Indias." [1]

En la repetida capitulación otorgáronse otras muchas mercedes á Pizarro y á sus compañeros, largas de enumerar, pero en cambio se escatimaron hasta más no poder los auxilios pecuniarios: advirtióse expresamente que la Monarquía no quedaba obligada "en ningun tiempo.......... á.......... pagar los gastos (que se erogasen)." [2] No abandonaban los reyes de España su antigua política de conceder á manos llenas títulos y honores huecos que nada les costaban, en lugar de nuevos dominios de incalculables riquezas. Por esto los descubridores y conquistadores procuraba siempre resarcirse á costa de los infelices naturales de América, haciéndoles víctimas del latrocinio y de la matanza.

Una vez que obtuvo Pizarro el consentimiento real, "en Sevilla solicitaba su partida: i alli se vió con el Marqués del Valle, i dixose, que le prestó dineros, i aiudó para disponer el Viage; i la verdad es, que ellos eran grandes Amigos." [3] De manera cierta escribe Pizarro y Orellana que Cortés prestó algunos dineros á Francisco Pizarro "como su *primo*, y tan amigo." [4]

§ 3. Regreso de Pizarro á América.

Juntada ya alguna gente, y aparejadas tres naves en San Lúcar, "llegó vna Orden del Consejo, de diez i ocho de Enero (de 1530, en la que se disponía se visitasen los navíos á fin de ver si llevaban el número de personas estipulado por Pizarro; pero éste no esperó la visita para no ser detenido, y precipitadamente)...... se embarcó con priesa, en vna Çabra, i con tiempo contrario salió de la Barra, dexando dicho, que aguardaba en la Isla de la Gomera: i que se dixese á los Visitadores, que la Gente, que faltaba para cumplir con el Asiento, iba en

1 Docs. de América, XXII, 273-76.
2 Idem, XXII, 272.
3 Herrera, IV, 117-18.
4 143.

aquel Navio: con que dexaron salir á los otros dos, que se fueron á juntar con D. Francisco Piçarro, adonde los aguardaba."[1]

Con feliz navegación arribó Pizarro á Nombre de Dios; "truxo tres ó quatro hermanos suyos, tan soberbios como pobres, é tan sin hacienda como desseosos de alcançarla: el uno se llamaba Hernando Piçarro, y el otro Johan Piçarro, y el otro Gonçalo Piçarro, é otro Francisco Martin. É de todos ellos el Hernando Piçarro solo era legítimo, é más legitimado en la soberbia........ é de hasta trescientos hombres que Piçarro traia de Castilla, se le murieron allá en pocos dias el un tercio de la gente ó más:"[2] todos los cuales vinieron "persuadidos de las riquezas destas tierras."[3]

Como resultó que Pizarro, no obstante sus formales promesas, "avia negociado para sí lo que pudo, é que del Almagro, que avia fecho tanto ó más en la negociaciacion, no avia memoria, quiso deshacer la compañia é yrse, ó enviar á España á negociar lo que le tocaba, é avisar á Su Magestad de sus servicios é trabaxos é gastos."[4] No podía Almagro conformarse con que Pizarro pagara con tamaña ingratitud "el amistad tan antigua de entrambos, el juramento de guardarla, los trabajos padecidos, lo mucho puesto de su hacienda en aquella demanda."[5] Empero, ya le había calmado Luque, quien "por la eleccion para el Obispado, que se havia hecho en su persona, estaba contento... (y por otra parte Almagro) era Hombre bien acondicionado, i de generoso animo;"[6] así que, pudo Pizarro con esto y con mentidas promesas desenojar á su compañero, "de quien dependia todo: porque otro ninguno no tenia dinero, ni credito; y asi pasaba todo por su mano, hasta la comida de quantos havian llegado de Castilla."[7] "Sin dubda (Pizarro) no pudiera hacer el viaje, si se despartiera la compañia, ni pagar las debdas é cambios é fletes que traia."[8]

§ 4. De Panamá hasta Tangarara.

Terminados los aprestos, hizo Pizarro que "todos los soldados confesasen y comulgasen en el Convento de Nuestra Señora de la Merced,

1 Herrera, IV, 142.[1]
2 Oviedo, IV, 148.[1]
3 Ruiz Naharro, 286.
4 Oviedo, IV, 254.[1]
5 Herrera, IV, 142 [2]
6 Idem, IV, 117.[2]
7 Idem, IV, 142.[2]
8 Oviedo, IV, 254.[2]

dia de los Inocentes;"[1] y con "docientos hombres poco mas ó menos,"[2] "y treinta y siete caballos, en tres navíos partió del puerto de Panamá."[3]

Aquellos hombres eran "aveçados, la maior parte de ellos, á obedecer, i pelear, i sufrir qualquiera incomodidad...... (mostrábanse ganosos é impacientes) de verse adonde pensaban todos ser mui ricos."[4]

Tuvo Pizarro "tan venturosa navegacion, que en trece dias llegó á la bahía de San Mateo, que en los principios, cuando se descubrió, en mas de dos años no pudieron llegar á aquellos pueblos; y allí desembarcó la gente y los caballos, y fueron por la costa de la mar, y en todas las poblaciones della hallaban la gente alzada."[5] Era qne sintiéndose fuertes ahora los castellanos, no tenían necesidad de reprimir como antes sus perversos apetitos, y francamente se entregaban á su inveterado vandalismo, saqueando y destruyendo los lugares por donde pasaban, aunque sus pacíficos habitantes no les opusieran resistencia alguna. Sin abandonar su antigua táctica, que por otra parte vimos también en España, al hablar de la guerra desigual y despiadada que se hizo á los moriscos, Pizarro y los suyos marchaban con la mayor cautela para poder caer de improviso sobre los inocentes pueblos indígenas, antes de que tuvieran tiempo de salvar sus bienes. De esta suerte caminaron hasta llegar al gran pueblo de Coaque sobre el cual "dieron *de supito* sin sabello la gente dél porque si estuvieran acusados (avisados) no se tomara la cantidad de oro y esmeraldas que en él se tomaron."[6] Los naturales del pueblo, con su buen sentido moral, "pensaron, que no haviendo hecho injuria á aquellos Hombres, no les harian mal, sino que se holgarian vnos con otros; pero hallaronse burlados;"[7] con sobrada razón uno de los indígenas llamaba después á Pizarro y á su gente "ladrones barbudos:"[8] el valor de lo robado en Coaque, sólo en metales preciosos, ascendió á "mas de doscientos mil castellanos."[9]

De "allí envió (Pizarro) á Panamá y á Nicaragua dos navíos, y en

1 Ruiz Naharro, 287.
2 P. Pizarro, 210.
3 Jerez, 322.[1]
4 Herrera, IV, 148[2].
5 Jerez, 322.[1]
6 P. Pizarro, 210.
7 Herrera, IV, 148.[2]
8 P. Pizarro, 221.
9 Idem, 211.

ellos mas de treinta mill castellanos de oro...... para acreditar la tierra y poner codicia á la gente que pasase á ella. En este pueblo de Coaque se hallaron algunas esmeraldas, y muy buenas...... y muchas se perdieron y quebraron, porque los que allí iban eran tan poco prácticos en este género de piedras, que les paresció que para ser finas las esmeraldas no se habian de quebrar con martillo, como los diamantes; y así, creyendo que los indios los engañaban con algunas piedras falsas, las daban con una piedra; y así destruyeron grandísimo valor destas esmeraldas."[1] "Fr. Reginaldo de Pedraça, de la Orden de Santo Domingo, afirmaba, que la Esmeralda era mas dura que el Acero, i que no se podria romper; i probandolo algunos, las rompian con Martillos: aunque no faltó quien dixese que el Fraile las guardaba."[2]

Para colmo de desventuras de los indígenas, sobrevino en aquel tiempo á los españoles una asquerosa epidemia de berrugas, la cual "corrio por todo el Perú...... (y no desaparecía) muchos años despues."[3] Como á México, llevaron también al Perú los castellanos todos los elementos de desolación y de muerte.

Á causa de que "las enfermedades no cesaban, i la comida los cansaba, acordaron de salir para otra Tierra: i estando para mudarse, descubrieron vn Navio con bastimentos, i refresco;"[4] traía "veinte y seis de caballo y treinta de pié; y estos venidos, partióse el Gobernador de allí con toda la gente de pié y de caballo, y anduvieron la costa adelante [la cual es muy poblada], poniendo á todos los pueblos debajo el señorío de su majestad."[5] En Puerto Viejo alcanzó á Pizarro un navío que venía de Nicaragua con "Sebastian de Benalcaçar........ (y) otros, que en todos fueron treinta, i doce Caballos."[6]

Con el nuevo refuerzo pasó Pizarro "á una isla que se decia la Pugna, á la cual los cristianos llamaron la isla de Santiago, que está dos leguas de la Tierra-Firme."[7] Dirigióse allí Pizarro, "porque haviendo entendido, que los de la Isla de Puná eran belicosos, i enemigos de los Tumbecinos, determinaba de pasar á la Isla, para confederarse con ellos, en caso que no hallase forma para entrar en Tumbez pacifica, i amigablemente."[8] Para entonces se había "iá derramado entre los In-

1 Zárate, 474.[1]
2 Herrera, IV, 143-44.
3 Garcilazo, Perú, 2ª Parte, fol. 11[1] fte.
4 Herrera, IV, 144[2].
5 Jerez, 322[1].
6 Herrera, IV, 145[2].
7 Jerez, 322[1].
8 Herrera, IV, 146[1].

dios fama mui diferente de la primera, que eran los Castellanos Gente santa, enemiga de robar; pero aora iá se decia, que eran crueles, sin verdad, i que andaban como *Ladrones*, de Tierra en Tierra, haciendo mal á los que no los havian ofendido, que llevaban grandes Caballos, que corrian como el viento, Lanças mui agudas, i Espadas, que cortaban quanto alcançaban."[1] Por esto, y por los repetidos y atroces desmanes de los castellanos, los habitantes de Puná no pudieron soportar á éstos muchos días, y al fin dieron muestras de descontento; "luego mandó el Gobernador prender al Cacique y á tres hijos suyos y á otros dos principales que pudieron ser presos y tomados á vida, y en la otra gente dieron todos los españoles *de sobresalto*, y aquella tarde mataron alguna gente; y los demás todos huyeron y desampararon el pueblo; y la casa del Cacique y otras algunas fueron metidas á saco, y en ellas se halló algun oro y plata y mucha ropa......... (vueltos los naturales en son de guerra) como nuestro Señor favoresce y socorre en las necesidades á los que andan en *su servicio*, los indios fueron desbaratados y volvieron las espaldas, y los de caballo siguieron el alcance, hiriendo y matando en ellos."[2] Aquellos hombres creían de veras servir á Dios con robar y matar sin piedad á seres infelices que ninguna ofensa les habían hecho.

Empeñado en tan *religioso* servicio hallábase Pizarro cuando arribó á la isla Hernando de Soto con cien soldados y todos los indios que aquél tenía en Nicaragua.[3] Con este refuerzo considerable, fácil fué proseguir la guerra contra los punenses, la cual "se les hizo en término de veinte dias..... (y se concluyó) quemando algunos (de los principales), y á otros cortando las cabezas."[4]

En las matanzas de los punenses, Pizarro perdió "solos dos ó tres españoles,"[5] debido tal vez á que el arcángel San Miguel les infundía aliento y fuerzas desde los aires. "De aquí tomó D. Francisco Pizarro tanta devocion al santo Arcangel, que prometió llamar la primera ciudad que fundase de su nombre."[6]

Apenas vió la chusma castellana que ya nada quedaba por robar en Puná, emigró á nuevas tierras; dícenos Oviedo: "Porque en aquella

1 Idem, IV, 144².
2 Jerez, 322².
3 P. Pizarro, 211-12 y 215.
4 Jerez, 322².
5 Zárate, 474².
6 Montesinos, citado por Prescott, Perú, I, 378.

isla no sė podia hacer más fructo por entonces, salióse el gobernador della con algunos españoles é cavalleros, que en tres navios que allí estaban cupieron, é fuésse al pueblo de Tumbez, que estaba de paçes."[1]

Desembarcados los salteadores castellanos en las playas de Tumbez, "mas de dos leguas el Gobernador anduvo sin poder haber habla con indio ninguno, que todos andaban por los cerros con las armas en las manos:"[2] la conducta observada por los conquistadores en Puná, predecía á los naturales de Tumbez su propia suerte, por lo que se apresuraron á huir á los montes, no sin dejar antes "destruydo é quemado...... (á Tumbez) pueblo de mucha importancia é buena cosa."[3] Así al menos no se aprovecharían de él los invasores.

El solo hecho de no haber dejado los indígenas ningunas riquezas en Tumbez, era motivo bastante para que los castellanos les persiguieran sin descanso, como en efecto lo hicieron; algunos días después, "dando una trasnochada muy trabajosa...... dieron cuando amanesció sobre el real de los indios, y haciendo cuanto daño pudieron en él, hicieron todos aquellos quince dias, cruda guerra á fuego y á sangre..... hasta que el principal señor de Túmbez vino á las paces con algun presente de oro y plata."[4]

No quedando nada tampoco por saquear en Tumbez, partió de allí el gobernador "á 16 de mayo de 1532 años,"[5] señalando nuevamente su paso con sangre y fuego. Poco más adelante de Puecho, por orden de Pizarro, "fué quemado el cacique de Amotape é sus principales é algunos indios é todos los principales de los de Lachira é algunos de sus indios."[6]

El tremendo castigo "puso mucho temor en la tierra toda é sus comarcas...... é de allí adelante todos sirvieron mejor é más solícitos é con mayor temor."[7]

Luego que el gobernador hubo aterrorizado de tal manera á las ciudades de Tumbez, Puecho y demás lugares comarcanos, pensó en fundar una villa española en la "poblacion que se llama Tangarara, á la cual se puso por nombre San Miguel:"[8] los fervorosos castellanos no

1 IV, 148².
2 Zárate, 475¹.
3 Oviedo, IV, 150¹.
4 Zárate, 475¹.
5 Jerez, 328².
6 Oviedo, IV, 152¹ y ².
7 Idem, IV, 152².
8 Jerez, 324².

habían olvidado la promesa que hicieron en Puná al iracundo Arcángel.

Fundada la nueva población, "con acuerdo del religioso (fray Vicente de Valverde) y de los oficiales que les pareció convenir así al servicio de Dios y bien de los naturales, el Gobernador *depositó* los caciques y indios en los vecinos deste pueblo, porque los ayudasen á sostener, y los cristianos los doctrinasen en nuestra santa fe."[1]

§ 5. Atahuallpa. Huascar.

Digamos algunas palabras acerca de los monarcas del Perú.

Hayna Capac "después de haber sujetado á su imperio gran número de provincias por espacio de quinientas leguas, contando desde el Cuzco hácia el occidente, determinó ir en persona á conquistar la provincia de Quito, en cuyas entradas se acababa su señorío; y así, sacó su ejército y fué, y hizo la conquista, y por ser la calidad de la tierra muy apacible á su condicion, residió allí mucho tiempo, dejando en el Cuzco algunos hijos y hijas suyos, especialmente á su hijo mayor, llamado Guascar inga, y á Mango inga y Paulo inga, y otros muchos; y en Quito tomó nueva mujer, hija del señor de la tierra, y della hubo un hijo, que se llamó Atabaliba (Atahuallpa), á quien él quiso mucho."[2]

Muerto Hayna Capac, "dejó (á Atahuallpa) por señor de una gran provincia que está adelante de Tomipunxa, la cual se dice Guito, y á otro su hijo mayor dejó todas las otras tierras y señorío principal; y por ser sucesor del señorío se llama Cuzco, como su padre."[3]

En breve tiempo rompió la ambición la buena armonía en que vivían ambos príncipes y lanzó armados al uno contra el otro.

Precisamente "en esta coyuntura llegó el gobernador don Francisco Pizarro con los españoles que llevaba á la tierra del Perú, y tuvo lugar de hacer la conquista....... porque el ejército de Guascar era desbaratado y huido, y el de Atabaliba estaba la mayor parte despedido por la nueva victoria."[4]

Creyendo Huascar, como Ixtlilxochitl en México, que los castellanos podían ser buen instrumento para su ambición, envió mensajeros á

1 Idem, 325[1].
2 Zárate, 472-73.
3 Jerez, 328[2].
4 Zárate, 473.[2]

Pizarro para que le rogasen "lo socorriese y le diese favor." [1] Estas disenciones animaron "sumamente á Pizarro, quien sabia cuanto le importaron á Hernando Cortés semejantes guerras y bandos para ganar, como ganó, el reino de Méjico." [2] Así que, "haviendo alcançado á entender la division, que en aquella ocasion havia, entre los dos Hermanos Guascar, i Atahualpa...... estimando en mucho, que le ofreciese Dios tanto aparejo, para conseguir lo que pretendia...... no quiso esperar mas," [3] y resolvió dar pronto fin á su empresa.

Una vez más la falta de cohesión entre los pueblos indígenas de la América habría de ser causa de su ruina: "si la tierra no estuviera divisa (dice Pedro Pizarro)...... no le pudieramos entrar ni ganar." [4]

§ 6. Marchan los castellanos hacia Caxamalca.

"Salió el Gobernador de la ciudad de San Miguel en demanda de Atabalipa á 24 dias de setiembre año de 1532...... en tres dias siguientes llegó al valle de Piura...... allí estuvo...... diez dias reformándose de lo que era menester para su viaje...... (dejaba en San Miguel) cincuenta y cinco vecinos, sin otros diez ó doce que quedaron sin vecindades por su voluntad; al Gobernador quedaron sesenta y dos de á caballo y ciento y dos de á pie." [5] Según se colige de un pasaje de Pedro Pizarro, acompañaban al Gobernador por lo menos ciento noventa castellanos "y entre ellos como noventa de á caballo, ó poco mas;" [6] En otro lugar asienta el mismo autor que "serian hasta docientos (españoles)." [7] Necesariamente seguía también á Pizarro una inmensa multitud de indígenas, aunque los historiadores nada dicen acerca del particular. Solamente Pedro Pizarro indica que Hernando de Soto "(armó sus indios desde Nicaragua)." [8] Además, como Pizarro publicaba "entre los naturales que iba á favorecer y ayudar á Guascar, el Señor natural deste reino," [9] todos los partidarios de aquel Monarca debieron reunirse á los españoles.

1 Idem, 475.[2]
2 Ruíz Naharro, 239.
3 Herrera, V, 4.[1 y 2]
4 237.
5 Jerez, 325.[1 y 2]
6 228.
7 230.
8 211.
9 P. Pizarro, 228.

Ahora bien, "dado en todo la órden que se pudo, partió con la gente, é aviendo aquel dia caminado hasta quel sol estuvo mas encumbrado é començaba á declinar, llegó el gobernador á una plaça grande, cercada de tapias, de un cacique que se dice Pavor, é apossentóse allí con su gente." [1] "El Gobernador se informó allí de los pueblos y caciques comarcanos y del camino de Caxamalca, y informáronle que dos jornadas de allí habia un pueblo grande, que se dice Caxas........ otro dia se partió el Gobernador, y llegó á un pueblo llamado Zaran." [2]

"El gobernador estuvo donde es dicho ocho dias esperando é reformando su gente é caballos para su viage, é á cabo desse tiempo vino el capitan é los que avian ydo á Caxas." [3] "Con este capitan vino un indio principal con otros, que le acompañaban, el qual estando en Caxas, vino á él por mensajero de Atabaliba, con cierto pressente para el gobernador, é llegado antel gobernador, dixo su embajada por la lengua...... que...... su señor...... le enviaba decir (á Pizarro) *quél tenia voluntad de ser su amigo* é de esperarle de paces en Caxamalca." [4] "El Gobernador recibió el presente y le habló bien, diciendo que holgaba nucho de su venida, por ser mensajero de Atabalipa, á quien él deseaba ver por las nuevas que dél oia; que, como él supo que hacia guerra á sus contrarios, determinó de ir á verlo y ser su amigo y *hermano*, y favorecerlo en su conquista con los cristianos que con él venian;" [5] "aunque su principal motivo no era sino hacerle vna Embaxada, de parte del Vicario de Jesu-Christo, Nuestro Señor Dios en el Cielo, i en la Tierra, i de el Rei de Castilla, i de Leon, en lo Temporal Principe mui Grande, i Poderoso." [6] "El mensajero dijo que queria volver con la respuesta á su señor." [7]

Dos días después de partido el mensajero, siguióle Pizarro Al cabo de tres días llegó á Copiz; de allí pasó á Motux, donde descansó cuatro días; [8] caminó luego "hasta llegar á vn gran Rio, en cuia Ribera, de la otra parte, havia muchas Poblaciones; i porque no se impidiese el pasage, mandó el Governador á su Hermano el Capitan Hernando Piçarro." [9] Pasó éste el río, y como procurase obtener de los naturales in-

1 Oviedo, IV, 154.[2]
2 Jerez, 325.[2]
3 Oviedo, IV, 155.[2]
4 Idem, 156–57.
5 Jerez, 326.[2]
6 Herrera, V, 8.[1]
7 Jerez, 326.[2]
8 Idem, 326–27.
9 Herrera, V, 8[2].

formes acerca de Atahuallpa, "ninguno le quiso decir la verdad, á causa del mucho temor que tenian á Atabaliba, hasta que tomó un principal aparte é le atormentó, é aqueste le dixo que Atabaliba estaba con su hueste esperando de guerra en tres partes á los chrisptianos; la una al pié de la sierra, é la otra en lo alto della, é la otra en Caxamalca." [1]

Al día siguiente Pizarro pudo saber de un cacique que Atahuallpa "estaba adelante de Caxamalca, en Guamachuco, con mucha gente de guerra, que serian cincuenta mil hombres." [2] Sobresaltóse mucho Pizarro, y para salir de dudas y desarmar en todo caso con engaños á Atahuallpa, rogó á un indio principal que fuese á Caxamalca como espía. El indio aceptó, aunque no sin advertir con altivez al capitán español: "«Yo no osaré yr por espia; mas yré por tu mensajero á hablar con Atabaliba, é sabré si hay gente de guerra en la sierra é qué propóssito tienen.»" [3] Llevaba encargo el arrogante mensajero de decir á Atahuallpa "como (Pizarro) iba caminando á *besarle* las manos, i referirle la Embaxada, que le llevaba, sin hacer á nadie violencia, i que su intencion era, de servirle en sus Guerras, quando de buena gana quisiese aceptar su servicio, i amistad." [4]

Tras el mensajero siguió Pizarro, y "en tres jornadas llegó á un pueblo que está al pié de la sierra, dejando á la mano derecha el camino que habia traido, porque aquel va siguiendo por aquellos valles la Chincha, y este otro va á Caxamalca derecho...... Algunos de los cristianos fueron de parecer que fuese el Gobernador con ellos por aquel camino á Chincha, porque por el otro camino habia una mala sierra de pasar antes de llegar á Caxamalca, y en ella habia gente de guerra de Atabalipa, y yendo por allí se les podia seguir algun detrimento. El Gobernador respondió que ya tenia noticia Atabalipa que él iba en su demanda desde que partió del rio de San Miguel......... que no les pusiese temor la mucha gente que decian que tenia Atabalipa; que, aunque los cristianos fuesen menos, *el socorro de nuestro Señor es suficiente para que ellos desbaratasen á los contrarios* y los hacer venir en conoscimiento de nuestra santa fe católica, como cada dia se ha visto hacer nuestro Señor milagros en otras mayores necesidades; que así lo haria en la presente, pues iban con *buena intención* de atraer aquellos infieles al conoscimiento de la verdad, sin les hacer mal ni daño." [5]

1 Oviedo, IV, 159.[1]
2 Jerez, 327.[2]
3 Oviedo IV, 159–60.
4 Herrera, V, 9.[1]
5 Jerez, 327–28.

"Hecho este raçonamiento, é con buenas palabras...... todos dixeron que fuesse por el camino que quisiesse é viesse lo que más convenia: que todos le seguirian con buena voluntad é obra al tiempo del efetto, é veria lo que cada uno dellos haria en servicio de Dios é de Su Magestad é suyo." [1]

Siempre supieron los aventureros españoles venidos á América sacar fortaleza de ánimo de su religión para llevar al cabo sus empresas vandálicas.

Emprendida la marcha por la sierra, los españoles fueron tranquilizándose más y más á medida que avanzaban sin encontrar gente de guerra en parte alguna; supieron de los naturales "cómo habia tres dias que Atabalipa era venido á Caxamalça y...... que siempre habian oido que queria paz con los cristianos." [2]

Efectivamente, aunque desconfiado Atahuallpa de los españoles en un principio, por la atroz conducta de éstos, con el candor tan común á todos los primitivos pobladores de América, creyó á pie juntillas los falsos mensajes de Pizarro, y desechó por completo la idea de recibirle hostilmente. Por esto dejó con entera confianza que los españoles pasasen la sierra, "donde con mucha facilidad les pudieran excusar la subida, é no la pudieran porfiar sin perderse, por la dispusicion natural de muchos passos malos é ásperos, que estaban en aquel camino." [3]

De cuán diversa manera obraba el proditorio Pizarro. Llegado á la cumbre de la sierra, ó como dice su hermano Hernando, á "la mitad del camino vieron mensajeros de Atabaliba, é truxeron al Gobernador comida, é dixeron que Atabaliba le esperaba en Caxamalca, que queria ser su amigo, é que le hacia saber que sus capitanes que avia enviado á la guerra del Cuzco, su hermano, le traian presso, é que serian en Caxamalca desde en dos dias, é que toda la tierra de su padre estaba ya por él. El Gobernador le envió decir que holgaba mucho dello, é que si algun señor avia que no le queria dar la obidiencia, quél le ayudaria á sojuzgarle." [4]

Al siguiente día vino un principal con "diez ovejas que traia para los cristianos;" [5] todavía en los mismos puertos de Caxamalca, se presentaron nuevos "mensajeros de Atabalipa con comida." [6]

1 Oviedo, IV, 160–1.
2 Jerez, 328.[2]
3 Oviedo, IV, 161.[1]
4 H. Pizarro, 207.[1]
5 Jerez, 329.[2]
6 Idem, 330.[1]

Llegaba pues Pizarro al término de su viaje "sin que los indios de los llanos ni de la sierra se lo impidiesen, ántes *lo recibian con amor*, teniendo por cierto eran los nuestros hijos de su Dios el Sol, como los Incas lo habian dado á entender, mandando á todos que cuando viniesen, los sirviesen y obedeciesen." [1]

Los españoles "hasta aqui no habian peleado con indios de guerra, sino habia sido en Tumbez y en la Puna con unos pocos, que no llegaban á seiscientos." [2]

El gran rey del Perú recibía con ingenua amistad á Pizarro, juzgando verdaderos los sentimientos de fraternidad y de acato que éste le había manifestado por conducto de sus emisarios.

"Llegó el Gobernador á...... Caxamalca (dícenos Jerez) viérnes á la hora de vísperas, que se contaron 15 dias de noviembre año del Señor de 1532. En medio del pueblo está una plaza grande cercada de tapias y de casas de aposento, y por no hallar el Gobernador gente, reparó en aquella plaza, y envió un mensajero á Atabalipa haciéndole saber cómo era llegado; que viniese á verse con él y á mostrarle dónde se aposentase." [3]

Dicho mensajero pudo penetrar sin tropiezo hasta el real de Atahuallpa, donde "estaba un grand esquadron de gente toda en pié, é passó por entrellos pacíficamente; y llegado al apossento de Atabaliba...... dixo (á éste) por la lengua quél era uno de los capitanes quel Gobernador en su compañia traia, é venia de su parte á verle é á decir de su parte el mucho desseo que tenia de verse con él, é que si le plugiesse yr á verlo, holgaria mucho el gobernador;" [4] "que fuese servido de irse á cenar con él á Caxamalca, i si no, otro dia á comer, porque aunque era forastero, no dexaria de regalarle, *con toda reverencia*, porque deseaba mucho besarle las manos, i conocerle de presencia, i darle cuenta de las causas; porque havia ido á aquella Tierra, con otros negocios, que holgaria de saber." [5] En esto llegó Hernando Pizarro, á quien su hermano había enviado tras el primer mensajero, y agregó; "quel gobernador le queria mucho, é que si tenia algun enemigo, que se lo dixesse, quél lo enviaria á conquistar. Díxome (prosigue el propio Hernando Pizarro), que quatro jornadas de allí estaban unos in-

1 Ruiz Naharro, 241.
2 P. Pizarro, 226.
3 380.[1]
4 Oviedo, IV, 169.[1, 2]
5 Herrera, V, 41.[1]

dios muy rescios, que no podia con ellos, que allí yrian chiripstianos á ayudar á su gente. Díxele quel gobernador enviaria diez de caballo, que bastaban para toda la tierra, que sus indios no eran menester sino para buscar los que se escondiessen. Sonrióse, como hombre que no nos tenia en tanto." [1] "Luego se despidieron (Hernando Pizarro y su compañero), quedando Atabalipa de ir á ver al Gobernador otro dia por la mañana." [2]

§ 7. Prisión de Atahuallpa.

Adoptando Pizarro, á ejemplo de Cortés, la práctica común de los cristianos de apoderarse ante todo de los caciques ó señores para hacerse obedecer luego ciegamente de todos los naturales, ideó el proyecto de prender á Atahuallpa, persuadido de que una vez en su poder, quedaba asegurada la conquista, ó como dice Pedro Pizarro, "porque á no prendelle no se ganara la tierra." [3]

"Era tanto el temor y respeto que estos naturales tenian á los Ingas que mandándoles que se ahorcasen y matasen ó despeñasen lo hacian sin poner en ello escusa ni dilacion." [4] Puede decirse por esto, que de igual modo que Motecuhzoma en México, Atahuallpa en el Perú era adorado como un Dios. Los caciques que "ante él llegaban, le hacian gran acatamiento besándole los piés y las manos; él los recebia sin mirallos. Cosa extraña es decir la gravedad de Atabalipa, y la mucha obediencia que todos le tenian:" [5] "en toda la tierra (manifiesta Oviedo), no avia nadie que se moviesse sin su consentimiento." [6]

Así que, para realizar su pérfido plan, había invitado Pizarro á comer ó á cenar al monarca indio, proponiéndose corresponder á la franca hospitalidad de éste con la más abominable y sangrienta de las felonías: en verdad que nunca hubo lealtad ni compasión, ni otro sentimiento noble alguno en los conquistadores de América.

Empero, como el lazo alevoso que se le tendía á Atahuallpa era bastante arriesgado, porque el Monarca tenía en su campo "mas de treinta mil hombres," [7] "los eclesiásticos y religiosos se ocuparon toda

1 207.²
2 Jerez, 331²
3 280.
4 P. Pizarro, 275.
5 Jerez, 336.²
6 IV, 183.²
7 Jerez, 331.²

aquella noche en oración........ (y además) Francisco Pizarro animó á los soldados con una muy cristiana plática que les hizo; con que y asegurarles los eclesiásticos *de parte de Dios y de su Madre santísima la vitoria*, amanecieron todos muy deseosos de dar la batalla, diciendo á voces: *Exurge Domine et iudica causam tuam*......." 1

Parece increíble, pero así pasó, que se pudiera llamar *causa de Dios* á la más horrenda de las carnicerías proyectadas por los españoles en América.

"Venido el dia sábado, por la mañana llegó al Gobernador un mensajero de Atabalipa, y le dijo de su parte: «Mi señor te envia á decir que quiere venir á verte, y traer su gente armada, pues tú enviaste la tuya ayer armada; y que le envies un cristiano con quien venga.» El Gobernador respondió: «Di á tu señor que venga en hora buena como quisiere; que de la manera que viniere le recebiré como *amigo y hermano*; y que no le envio cristiano porque no se usa entre nosotros enviar lo de un señor á otro.»" 2 Poco después llegó otro mensajero á decir á Pizarro, de parte de Atahuallpa, "que aunque havia mandado que su Exercito fuese *desarmado*, todavia, porque siendo acostumbrados sus Vasallos á traer Armas, era imposible, que no las llevasen algunos, le rogaba, que por ello no recibiese alteracion." 3

"Atabaliba partió de su real á medio dia, y en llegar hasta un campo, que estaba medio quarto de legua de Caxamalca tardó hasta quel sol yba muy baxo. Allí assentó sus toldos é hiço tres esquadrones de gente, é á todo esto venia el camino lleno, é no avia acabado de salir del real." 4

"Luego el Gobernador mandó secretamente á todos los españoles que se armasen en su posadas y tuviesen los caballos ensillados y enfrenados, repartidos en tres capitanías, sin que ninguno saliese de su posada á la plaza; y mandó al capitan de la artillería que tuviese los tiros asentados hácia el campo de los enemigos, y cuando fuese tiempo les pusiese fuego...... tomó consigo veinte hombres de á pié, y con ellos estuvo en su aposento, porque con él tuviesen cargo de prender la persona de Atabalipa........ Y mandó que fuese tomado á vida; y á todos los demás mandó que ninguno saliese de su posada, aunque viesen entrar á los contrarios en la plaza, hasta que oyesen soltar el ar-

1 Ruiz Naharro, 242–43.
2 Jerez, 331.[2]
3 Herrera, V, 43.[1]
4 H. Pizarro, 208.[1]

tillería. Y que él ternia atalayas, y viendo que venia de ruin arte, avisaria cuando hobiesen de salir; é saldrian todos de sus aposentos, y los de á caballo en sus caballos, cuando oyesen decir: «Santiago.»" [1]

La plaza donde Pizarro se proponía ejecutar su plan, parecía expresamente construída para el caso: de forma triangular y limitada por tres galpones, [2] "es mayor que ninguna de España, toda cercada con dos puertas, que salen á las calles del pueblo." [3]

Desde el romper del alba puso Pizarro sobre las armas á su gente: "mandó que los de á caballo se ocultasen detrás de unos paredones viejos que allí estaban, y que ellos ni los infantes no se moviesen hasta que oyesen disparar un mosquete ó arcabuz;" [4] dispúsose también que para "que pusiesen espanto (á los indios) cuando todos (los españoles) saliesen en tropel (dice Pedro Pizarro) todos (éstos pusieran)... á sus caballos pretales de cascabeles para poner (más) espanto á los indios... (sentimiento que por otra parte cundía ya entre la chusma castellana) porque yo (agrega el mismo autor) oí á muchos españoles que sin sentillo se orinaban de puro temor:" [5] á tal punto se mostraban amedrentados, que tuvo Pizarro que confortarles diciéndoles "que esperasen que Dios pelearia por ellos......... (con lo cual) En el ánimo de cada uno parecia que haria por ciento." [6]

Como tardaba Atahuallpa en llegar al real español, "el gobernador (con la febril impaciencia de todo bandido en emboscada) le envió á decir que le rogaba que viniesse luego, porque le esperaba á cenar, é que no avia de cenar hasta que fuesse...... (á poco) Atabaliba se movió para venir, é dexó allí la gente con las armas, é llevó consigo hasta cinco ó seys mill indios *sin armas*, salvo que debaxo de las camisetas traian unas porras pequeñas, é hondas é bolsas con piedras;" [7] "venia delante un escuadron de indios vestidos de una librea de colores á manera de escaques; estos venian quitando las pajas del suelo y barriendo el camino. Tras estos venian otras tres escuadras vestidos de otra manera, todos cantando y bailando. Luego venia mucha gente con armaduras, patenas y coronas de oro y plata. Entre estos venia Atabalipa en una litera aforrada de pluma de papagayos de muchas

1 Jerez, 332.[1]
2 H. Pizarro, 208.[1]
3 Jerez, 330.[2]
4 Ruiz Naharro, 248.
5 227.
6 Jerez, 332.[1]
7 H. Pizarro, 208.[1 y 2]

colores, guarnecida de chapas de oro y plata...... Luego que los primeros entraron en la plaza, apartaron y dieron lugar á los otros. En llegando Atabalipa en medio de la plaza, hizo que todos estuviesen quedos, y la litera en que él venia y las otras en alto: no cesaba de entrar gente en la plaza." [1] Adelantóse hacia el monarca indígena "fray Vicente de Valverde, dominico, que llevaba una cruz en la mano y su breviario, ó la Biblia como algunos dicen. Hizo reverencia, santiguóle con la cruz, y díjole: «Muy excelente Señor, cumple que sepais cómo Dios trino y uno hizo de nada el mundo y formó al hombre de la tierra, que llamó Adan, del cual traemos orígen y carne todos. Pecó Adan contra su Criador por inobediencia, y en él cuantos después han nacido y nacerán, excepto Jesucristo, que siendo verdadero Dios, bajó del cielo á nascer de María vírgen, por redemir el linaje humano del pecado. Murió en semejante cruz que aquesta, y por eso la adoramos. Resucitó al tercero dia, subió dende á cuarenta dias al cielo, dejando por su vicario en la tierra á sant Pedro y á sus sucesores, que llaman papas; los cuales habian dado al potentísimo rey de España la conquista y conversion de aquellas tierras; y así, viene agora Francisco Pizarro á rogaros seais amigos y tributarios del rey de España, emperador de romanos, monarca del mundo; y obedezcais al Papa y rescibais la fe de Cristo, si la creyéredes, que es santísima, y la que vos teneis es falsísima. Y sabed que haciendo lo contrario vos darémos guerra y quitarémos los ídolos, para que dejeis la engañosa religion de vuestros muchos y falsos dioses.»" [2]

Dando muestras de un criterio muy superior al del fraile, "Respondió Atalabiba muy enojado que no queria tributar siendo libre, ni oir que hubiese otro mayor señor que él; empero que holgaria de ser amigo del Emperador y conoscerle, ca debia ser gran príncipe, pues enviaba tantos ejércitos como decian, por el mundo; que no obedeceria al Papa, porque *daba lo ajeno*, y por no dejar á quien nunca vió, el reino que fué de su padre. Y en cuanto á la religion, dijo que muy buena era la suya y que bien se hallaba con ella, y que no queria ni menos debia poner en disputa cosa tan antigua y aprobada; y que Cristo murió, y el sol y la luna *nunca murian*, y que ¿cómo sabia el fraile que su Dios de los cristianos criara el mundo? Fray Vicente respondió que lo decia aquel libro, y dióle su Breviario. Atabaliba lo abrió, miró, hojeó, y diciendo que á él no le decia nada de aquello, lo arrojó en el suelo." [3]

1 Jerez, 332.[a]
2 Gomara, 228.[a]
3 Loc. cit.

Arrebatado entonces el fraile por inaudita ira, levantó "su breviario, y fuése á Pizarro voceando: «Los evangelios en tierra; venganza, cristianos; á ellos, á ellos, que no quieren nuestra amistad ni nuestra ley.»"[1] "Matad á estos *perros*, que desprecian la ley de Dios."[2] "Salid ...... que yo os absuelvo:"[3] "en este instante soltaron los tiros de pólvora, é tocaron las trompetas, é salieron la gente de pié é de caballo de golpe,"[4] "y arremetierō cō los Indios para pelear con ellos, y quitarles las muchas joyas de oro y plata, y piedras preciosas, [q como gēte q venia a oyr la embaxada del Monarca del vniuerso] auian hechado sobre sus personas, para mas solenizar el mensage."[5]

"É cómo los indios vieron el tropel de los caballos é animales no vistos ni conoscidos, de cuya ferocidad é mañas avian oydo muchas cosas, é oyeron los tiros é olieron la pólvora, cosa tan nueva é improvisa é no esperada ni pensada [antes se les figuró que era de aquellos mesmos truenos é saetas que los antiguos atribuian á Júpiter é los naturales á aquello que es], volvieron las espaldas muchos de los que en la plaça estaban, é fué fanta la furia con que huyeron é fuerça que pusieron en un lienço de la cerca de la plaça [porque la puerta estaba embaraçada de los otros que la tenian ocupada á huyr por ella, é por ser tantos no podian darse lugar] que dieron con un lienço de aquel muro en tierra, é cayeron allí los unos sobre los otros; é los de caballo salieron por encima dellos á rienda suelta, hiriendo é matando quantos topaban delante, é siguieron el alcance. La gente de pié se dió tan buena maña é priessa con los que en la plaça quedaron, que en breve espacio la mayor parte dellos fueron muertos."[6]

"Como los indios estaban *sin armas*, fueron desbaratados sin peligro de ningun chripstiano."[7] "Murieron tantos porque no pelearon, y porque andaban los nuestros á estocadas, que así se lo aconsejaba fray Vicente, por no quebrar las espadas hiriendo de tajo y revés."[8]

Según lo convenido por los españoles, Atahuallpa fué preso vivo; "es de notar que todos los que venian á la redonda y en guarda de la persona de Atabaliba eran señores, é todos los más murieron ante sus

1 Gomara, 228².
2 Benzoni, 179.
3 Relación del Primer Descubrimiento, 87.
4 Oviedo, IV, 178².
5 Garcilaso, 2ª Parte, fol. 20¹ fte.
6 Oviedo, IV, 178².
7 H. Pizarro, 209¹.
8 Gomara, 229¹.

ojos:"[1] "apenas era muerto uno, cuando en lugar dél se ponian otros muchos á mucha porfía."[2] Si la gente común indígena, sobrecogida de pavor invencible ante el repentino é inesperado ataque de los españoles, cuyas armas de fuego parecían *rayos del cielo*, no pudo menos que huir, los jefes nobles, aunque inermes, supieron defender heroicamente á su soberano, con lo único que podían empararle, con sus propios cuerpos y vidas.

En la furibunda matanza sucumbieron algunos miles de indígenas: "Los mataron á todos con los caballos con espadas con arcabuces como quien mata ovejas sin hacerles nadie resistencia que no se escaparon de mas de diez mil, doscientos."[3] "No quedó (en cambio) muerto ni herido ningun español, sino Francisco Pizarro en la mano, que al tiempo de asir de Atabaliba tiró un soldado una cuchillada para darle y derribarle, por donde algunos dijeron que otro le prendió."[4] Dicha herida se redujo á "un rasguiño [sic] en la mano."[5]

Tal resultado era de esperarse. Á falta de lo inesperado é insólito del ataque, lo terrífico de las armas de fuego, el imponente correr de los caballos, la ferocidad de los perros de presa, y la extraordinaria aprehensión de Atahuallpa, cosas todas antes nunca vistas por los naturales, habría sido suficiente el hecho de ir sin armas estos desventurados, para que no pudieran matar ni á uno solo de sus enemigos sanguinarios. "«Es maravilla,» (preguntaba poco tiempo después un viejo inca)...... «es maravilla que nuestros paisanos perdiesen el sentido, al ver correr la sangre como agua, y al Inca, cuya persona adoramos todos, cogido y llevado por un puñado de hombres?»"[6]

Observa Ruiz Naharro: "no fué tanto por el asombro que les causó el estruendo de los tiros y arcabuces y vistas de los nuestros, especialmente los de á caballo, aunque fué grande, juzgando que se les caia el cielo encima, cuanto por el miedo que les causó una señora (la Virgen María) que con su niño en los brazos y un hombre vestido de blanco (el apóstol Santiago) sobre un caballo del mismo color, con una espada...... acompañaban á los nuestros, matando mas indios el de blanco solo que todos los españoles juntos."[7] Al decir de Lezamis, en casi to-

1 Oviedo, IV, 174[1].
2 Zárate, 476[2].
3 El Inca Titucussi, en Prescott, Perú, I, 479,
4 Gomara, 229[1].
5 Ruiz Naharro, 245.
6 En Prescott, Perú, I, 479.
7 245.

das las batallas que sostenían los españoles, tomaba parte principal el apóstol Santiago "haziendo grande estrago en los enemigos."[1] Eran menos crueles sin duda los dioses paganos, supuesto que nunca llegaron á esgrimir armas contra los mortales; si alguna vez intervinieron en las luchas de éstos, fué para librarles de la muerte, y no sin exponerse á recibir una peligrosa herida, como la que infirió á la divina Afrodita el temerario Diómedes, hijo de Tideo, con su pica aguda (según cuenta el excelso Homero), cuando la hermosa diosa trataba de salvar con sus desnudos brazos al desfallecido Eneas.[2]

Pizarro, al asesinar á aquella inmensa muchedumbre de indígenas inermes, recuerda á Hernán Cortés arrojándose sobre los cholulteca hacinados en su templo, y á Pedro de Alvarado destrozando á la nobleza mexicana en los momentos que tranquilamente celebraba una de sus fiestas religiosas.

Resta saber que los proditorios asesinatos ejecutados en esta ocasión por Francisco Pizarro, fueron vistos por la monarquía española como "justa guerra."[3]

Al día siguiente, lo primero que se hizo fué saquear el real de Atahuallpa: "hallóse en él hasta quarenta mill castellanos é quatro ó cinco mill marcos de plata,"[4] sin contar por supuesto otras riquezas no consistentes en metales preciosos.

Llegado el momento de resolver lo que debía de hacerse con los cautivos, los cuales ascendían á "ocho mill ánimas ó más...... Los españoles eran de opinion que á *todos* los indios, que eran hombres de guerra, los matassen ó les cortassen las manos; y el gobernador lo estorbó."[5] No por esto quedaron en libertad aquellos desdichados; la mayor parte de ellos fué reducida á servidumbre. "Cada Español de los que alli iban tomaron para sí muy gran cantidad tanto que como andaba todo á rienda suelta havia español que tenia docientas piezas de Indios i Indias de servicio."[6]

Hay que convenir en que por esta vez Pizarro dió señales de alguna humanidad al contentarse con sólo hacer esclavos á los cautivos; en otra ocasión, por ejemplo, según probanza real, aquel hombre feroz hizo matar á "mas de veinte mil niños (indígenas) tomados de los pe-

1 169.
2 84.
3 Nobiliario, 41.
4 H. Pizarro, 209.[1]
5 Oviedo, IV, 177.[1]
6 Conquista i Poblacion del Piru, en Prescott, Perú, I, 485.

chos de sus madres, porque sin embarazo dellos pudieran en las madres llevar las cargas de los que iban en compañía del dicho Pizarro y suyas." [1]

§ 8. Muerte de Atahuallpa.

Una vez Atahuallpa en poder de los españoles, la conquista quedaba plenamente asegurada: "muchos (caciques)....... vinieron de paz á ver al Gobernador" [2] y "cada dia (siguieron llegando otros)." [3]

Deseoso Atahuallpa de recobrar su libertad, ofreció á Pizarro por ella un rescate fabuloso, y como desde luego fué aceptado, empezó á entregar "algunos dias veinte mil, y otras veces treinta mil, y otras cincuenta, y otras sesenta mil pesos de oro en cántaros y ollas grandes de á dos arrobas y de á tres, y cántaros y ollas grandes de plata, y otras muchas vasijas." [4]

No saciada, sin embargo, la ambición desmedida de los conquistadores, partieron algunos de ellos á Cuzco, y hacia el 20 de enero de 1533 regresaron "con mucha cantidad de oro é plata, en que avia más de trescientas cargas en cántaros é ollas é diverssas pieças, y era cosa de maravilla ver venir la requa de indios cargados con ello." [5] La única cosa que entonces preocupaba á los españoles era allegar más y más riquezas.

Presentóse á la sazón en Çaxamalca Almagro con alguna gente. Quince días después, ó sea el 28 de abril, recibióse una nueva remisión de "ciento y siete cargas de oro y siete de plata." [6] Además, Hernando Pizarro "truxo veynte é siete cargas de oro...... é dos mill marcos de plata." [7] Por último, á 13 de junio, entraron á Caxamalca "docientas cargas de oro y veinte y cinco de plata..... y después de haber venido esto, vinieron otras sesenta cargas de oro bajo." [8]

Toda aquella cantidad colosal de oro y plata se componía de preciosas joyas, "piezas pequeñas y muy finas...... planchas de oro arrancadas (de las paredes de los templos donde servían de rico tapiz).........

1 Docs. de México, I, pág. CLI.
2 Jerez, 336.[2]
3 Oviedo, IV, 185.[1]
4 Jerez, 336.[2]
5 Oviedo, VI, 185.[2]
6 Jerez, 337[2].
7 Oviedo, IV, 186.[2]
8 Jerez, 348.[2]

(utensilios de gran primor, como) un asiento de oro muy fino labrado en figura de escabel que pesó diez y ocho mil pesos...... (y) asimismo una fuente toda de oro, muy sutilmente labrada que era muy de ver, asi por el artificio de su trabajo como por la figura en que era hecha." [1] Mas como nada podía interesar al *analfabético* Pizarro el maravilloso arte de las exquisitas joyas, fueron fundidas por mano de los mismos indios, [2] no separando sino unas cuantas piezas que se llevaron al rey de España, y que éste, *antes de verlas*, ordenó á su vez, por cédula de 21 de enero de 1534, se fundiesen sin ninguna dilación, excepto "las mas estrañas e de poco peso." [3] El Monarca resultó menos amante de la civilización americana que los propios destructores de ella.

Hecha la fundición del cuantioso tesoro en Caxamalca, se obtuvo "vn millon quinientos i veinte i ocho mil i quinientos Pesos de Oro, sacados docientos i sesenta i dos mil docientos i cinquenta i nueve Pesos de Oro, que importaron los Quintos Reales, los derechos del Quilatador, Marcador, Fundidor, i las costas (fuera de cien mil ducados que se destinaron á la gente de Almagro, varias joyas valiosas y las partes del gobernador y capitán general);" [4] "en la plata hubo cincuenta y un mil y seiscientos y diez marcos, y á su majestad perteneció diez mil y ciento y veinte y un mil marcos de plata." [5]

Al proceder al reparto surgieron las enojosas diferencias que nunca faltaron entre aquella gente ambiciosa; pero allanadas al fin, "cupieron á los de á caballo á ocho mil pesos de parte, y á los de á pie cuatro mil, esto era dando partes enteras, porque hobo muy pocos á quien se dieron." [6]

"Esta gran Riqueça entre tan poca Gente, fue causa de grandes excesos, como suele acontecer entre Gente de Guerra, cuia institucion es toda libertad, porque los juegos eran sin medida, i por consiguiente el precio de todas las cosas fuera de toda regla, sin otros *vicios* dignos de remedio, que por descuido, ó tolerancia de las Cabeças, no eran castigados." [7] Recuérdese que otro tanto pasó en México. Siempre obraron de manera igual los conquistadores españoles: sin alimentar más sentimientos que los de una avaricia insaciable, una desenfrenada las-

1 Sancho, 680.
2 Jerez, 348.[2]
3 Docs. de América, XXXII, 475.
4 Herrera, V, 55.[1]
5 Jerez, 348.[2]
6 P. Pizarro, 245.
7 Herrera, V, 55.[1]

civia, una crueldad monstruosa y una religión viciada, abríanse paso en la América con sumisas palabras de hipócrita halago ó de mentida alianza, para desatarse luego como plaga voraz de corrupción y de muerte.

Pagado el rescate ofrecido por Atahuallpa, quedaban obligados Pizarro y los suyos á devolverle su libertad; pero como de lo que menos se preocupaban todos aquellos aventureros, era de ser leales y caballeros, no sólo no se sacó de su prisión á Atahuallpa, sino que se resolvió matarle.

Los castellanos sentíanse ya poderosos, y por lo mismo no necesitaban más del infeliz monarca. Por otra parte, Pizarro consideraba que el nuevo imperio de Castilla "que havia (él) de establecer, consistia en la disipacion del que tenian, i poseían los Indios; i juzgaba, que otro medio mas estable no podia hallar, sino la muerte de Atahualpa," [1] con la que "luego desbarataria toda aquella gente, y no ternian tanto ánimo para ofender." [2]

Se acusó por tanto al monarca del Perú, como años antes se había acusado á Cuauhtemoc en México, de que conspiraba contra los cristianos; y "porque el Marqués era muy celoso del servicio de S. M...... (dícenos uno de los criados de aquél) sentenció á muerte á Atabalipa," [3] mandando que muriese quemado. No valió al desdichado Rey decir con admirable elocuencia "al Gobernador y á los principales señores: «No sé por qué me teneis por hombre de tan poco juicio, que penseis que os quiero hacer traicion; pues si creeis que esta gente que decis que está junta viene por mi mandado y permision, no hay razon para ello, pues estoy en vuestro poder atado con cadenas de hierro, y en asomando la tal gente, ó sabiendo que viene, me podeis cortar la cabeza. Y si pensais que viene contra mi voluntad, no estais bien informados del poder que yo tengo en esta tierra, y con la obediencia con que soy temido de mis vasallos; pues si yo no quiero ni las aves volarán, ni las hojas de los árboles se menearán en mi tierra.»" [4]

Preguntaba con extrañeza el infortunado Atahuallpa "que en qué havia pecado, i qué havia hecho, ni sus mugeres, é Hijos," [5] añadiendo "que preso le tenian ¿que de qué temian? y que si lo hacian por oro y plata,

1 Herrera, V, 57.[1]
2 Jerez, 344.[2]
3 P. Pizarro, 246.
4 Zárate, 479–80.
5 Herrera, V, 58[1].

que él daria dos tantos de lo que habia mandado,"[1] cosa que no creyeron los españoles, pues de lo contrario habrían aplazado más ó menos días la ejecución.

Al ser llevado al suplicio dijo Alahuallpa "que si él se tornaba cristiano, si le quemarian, y dijéronle que no, y dijo que pues no le habian de quemar que queria ser baptizado."[2] De allí que Pizarro mandara "que no le quemasen, sino que lo ahogasen atado á un palo en la plaza, y así fué hecho:"[3] Verificóse la ejecución el 29 de agosto de 1533.

§ 9. Cuzco.

Muerto el Inca, emprendió poco después Pizarro la marcha sobre Cuzco, y tras de algunas matanzas de indígenas, "entró...... con su gente en aquella gran ciudad..... el viérnes á hora de misa mayor, á quince dias del mes de Noviembre del año del nacimiento de nuestro Salvador y Redentor Jesucristo MDXXXIII;"[4] "luego comenzaron (los españoles) unos á desentablar las paredes del templo, que de oro y plata eran; otros á desenterrar las joyas y vasos de oro que con los muertos estaban; otros á tomar ídolos, que de lo mesmo eran; saquearon tambien las casas y la fortaleza, que aun tenia mucha plata y oro de lo de Guaynacapa. En fin, hubieron allí y á la redonda mas cantidad de oro y plata que con la prision de Atabaliba habian habido en Caxamalca..... Mas ellos, que con lo habido no se contentaban, fatigaban los indios cavando y trastornando cuanto habia, y aun les hicieron hartos malos tratamientos y crueldades porque dijesen dél y mostrasen sepulturas."[5]

Fué hasta el mes de marzo de 1534 cuando el gobernador "hizo una acta de fundacion y formacion del pueblo, diciendo que lo asentaba y fundaba en su mismo ser, y tomó posesion de él en medio de la plaza, y en señal de fundar y comenzar á edificar el pueblo y colonia hizo ciertas ceremonias, segun se contienen en la acta que se hizo..... y se puso el nombre á la ciudad «la muy noble y gran ciudad del CUZCO.»"[6]

Por cada villa que fundaban los españoles destruían centenares de pueblos de indígenas, sin perdonar ni á los lugares más bellos; Pedro

1 P. Pizarro, 247.
2 Loc. cit.
3 Jerez, 344-45.
4 Sancho, 729.
5 Gomara, 233-34.
6 Sancho, 742.

Cieza de León, al referirse al Valle de Motupe, donde los Incas tuvieron palacios y sepulcros maravillosos, dice así: "Con las guerras pasadas falta mucha gente dél; y los edificios y aposentos están deshechos y desbaratados, y los indios viven en casas pequeñas."[1]

§ 10. Descubrimiento de Chile.

No pudiendo quedar juntos mucho tiempo Pizarro y Almagro, porque pronto hubo entre ellos motivos de desavenencia, partió Almagro "de la cibdad del Cuzco á los tres dias de julio del año de mill é quinientos é treynta y cinco años"[2] á describrir y conquistar el Chile, "por las grandes nuevas, que se tenian de las muchas riqueças de aquel Reino."[3]

"Con su diligencia é hacienda allegó el adelantado con tal copia de gente, que se podia estimar por *la flor de las Indias*, pues los más dessos mílites las avian ayudado á conquistar, é los nuevamente venidos eran personas valerosas é de gentiles desseos."[4] Formada la expedición de "quatrocientos hombres bien aderezados"[5] y "muchos caballeros y hombres *nobles* muy principales,"[6] salió hacia principios del siguiente año.[7]

Acompañaban á los castellanos muchos indígenas, aunque los cronistas no hacen mención alguna acerca del particular; pero es lo cierto que sólo en la travesía de la Cordillera Nevada "perecieron mas de ochocientas personas...... indios del Pirú."[8] Á pesar de que la hueste de Almagro se componía de la *flor de las Indias*, no por esto dejó de entregarse á abominables crueldades. Los *caballeros y hombres nobles muy principales* también marcaron su paso con el incendio de los pueblos y la matanza de los naturales; de éstos no dejaban con vida sino á los que necesitaban para que les sirvieran de bestias de carga, atados en cuerdas de diez á doce; pero tal era el trato que daban á los infelices, que hambrientos y agobiados bajo el excesivo peso de los fardos caían muertos unos tras otros por todo el camino. Nos hace conocer bien á aquella *aristocracia*

1 418².
2 Oviedo, IV, 261¹.
3 Herrera, V, 169².
4 Oviedo, IV, 260².
5 Góngora, 11,
6 Ídem, 18.
7 Herrera, V, 225¹.
8 Góngora, 11.

castellana uno de sus propios miembros: «si en el Real (dice) havia algun español que era buen rancheador i cruel i matava muchos Indios teníanle por buen hombre i en grand reputacion i el que era inclinado á hacer bien i á hacer buenos tratamientos á los naturales i los favorecia, no era tenido en buena estima, he apuntado esto que ví con mis ojos i en que por mis pecados anduve porque entiendan los que esto leyeren que de la manera que aqui digo i con mayores crueldades harto se hizo esta jornada i descubrimiento de Chile.»[1]

Mostrábase Almagro digno jefe de tales monstruos de maldad; llegado á la provincia de Copayapo ó de Pocayapo, supo que allí "avian muerto tres españoles que se fueron desmandados, sin su licencia....... (por lo cual determinó castigar á los caciques del lugar, é) hiço prenderlos é processóse contra ellos, é fueron quemados treynta de los más principales, juntamente con los señores que fueron en la muerte de los chripstianos."[2] Se ejecutó la quemazón "sin oír ningun descargo: cosa mui injusta, y que á todos pareció crueldad extraordinaria."'[3]

Aunque Oviedo no desconocía ni esta ni otras inhumanidades de Almagro, osó afirmar que semejante hombre "fué uno de los escogidos é más acabados capitanes que á Indias han passado [y aun que fuera della han militado]," [4] por lo cual, concluía el propio autor: "no se acabará ni perderá su buena é loable fama." [5] Hay que convenir en que este juicio del Primer Cronista del Nuevo Mundo no es del todo infundado, si se atiende á que Almagro, cruel é inhumano como era, no cometió tantos crímenes como los Ovandos, los Pedrarias, los Corteses, los Pizarros y los demás conquistadores españoles.

De la provincia de Pocayapo siguió Almagro hasta "donde agora esta poblada la ciudad de Santiago......... (de donde envió á Gómez de Alvarado con docientos hombres hacia el río de Itata, en cuyas riberas) se juntaron grande número de naturales comarcanos á aquel territorio para pelear con él. Despues de haberlos desbaratado, como gente que venia sin órden ni esquadron sino tendidos por aquella campaña rasa, que son grandes los llanos que por alli hay, despues de haber castigado y muerto muchos indios, informándose de lo de adelante que era de la manera de aquello, viendo ser gente desnuda y que

1 Conq. i Pob. del Piru, en Prescott, Perú, II, 9.
2 Oviedo, IV, 267-68.
3 Herrera, V, 229[2].
4 IV, 259.[1]
5 IV, 255.[2]

encima de la tierra no habia oro ni plata como en el Pirú, acordó de volverse á él, y asi de conformidad se volvieron todos, no por el camino que habian venido sino por el despoblado de Copiapó, por respeto de no volver á pasar la Cordillera Nevada, donde tan mal les habia sucedido;"[1] "é pasando el despoblado........ (supo que los indígenas del Perú se habían rebelado en contra de los españoles) i que toda la Tierra estaba alterada."[2]

Inca Manco escribió entonces á Almagro para darle á conocer la causa de la rebelión: "si yo me alcé (decía) fué por los malos tractamientos que me hicieron más que por el oro que me tomaron, porque me llamaban perro é me dieron de bofetones, é me tomaron mis mugeres é tierras en que sembraba. Dí á Johan Piçarro mill é trescientos ladrillos de oro é dos mill pieças de oro de puñetes é vassos é otras pieças menudas: dí á más siete cántaros de oro é plata. Dí más á Hernando Piçarro dos hombres de oro é siete cargas de oro mucha plata. Decíanme: «Perro, daca oro: si no, quemarte hé.» Y amenaçábanme...... Yo no soy indio de por ahí que tengo de mentir."[3]

Uno de los capitanes del mismo Inca, manifestaba por su parte á Almagro: "El Ynga has de saber que antes que chripstianos en esta tierra viniessen era como el sol, señor soberano, é tenémosle por su proprio hijo......... Nuestras mugeres é hijas estaban seguras, é nuestras haciendas é casas sin rescebir perjuicio de nadie. Agora, despues que los chripstianos venistes, de libres nos hecistes esclavos é de señores sus siervos. El Ynga perdió su reputacion é auctoridad, é nosotros la libertad é refrigerio: en lugar de ser servidos, os serviamos: é lo que no sabiamos ni acostumbrábamos aprendimos para nuestro contentamiento. Hecímonos obreros é fundamos vuestras casas; labradores, sembramos las tierras con nuestras propias manos; residimos en vuestras casas dexándolas nuestras. Aveys seydo tan mal agradescidos, que en lugar de nos tractar bien y mantener en justicia, nos tamásteys nuestras mugeres é hijas para mancebas: robástesnos nuestras haciendas, quemándonos é aperreándonos para nos las sacar, injuriando nuestras personas con malas palabras; y lo que más sentimos y desmaya nuestros coraçones es que un señor natural que Dios nos dió, que tan estimado, servido é querido é acatado ha sydo, sea trac-

1 Góngora, 18-4.
2 Herrera, VI. 19.1
3 Oviedo, IV, 288.1 y 2

tado como el menor de nosotros. Por estas causas avemos hecho lo passado." [1]

Tales relatos fueron causa de que Almagro quedase "muy espantado de aver oydo tan sábiamente decir aquel capitan las culpas de los chripstianos é la justificacion de los indios é con tanta verdad." [2]

§ 11. Disenciones entre los castellanos.

Poco después "se movieron diferencias y discordias entre...... (Diego de Almagro) y el marqués Francisco Pizarro sobre la particion de aquel reino, como hombres que de conformidad y compañia lo habian descubierto y poblado," [3] originándose á causa de esto una encarnizada guerra civil que se prolongó durante largos años y puso en peligro la soberanía de España sobre las ricas comarcas del sur. Apuntaremos únicamente los rasgos culminantes de dicha guerra.

Á Diego de Almagro sentenció á muerte Hernando Pizarro el año de 1538, y en ejecución de la sentencia "le dieron un garrote é le ahogaron...... é assi muerto le sacaron á la plaça é le degollaron." [4] Poco antes, en ocasión análoga, Almagro "habia......... soltado graciosamente (á Hernando Pizarro) de la prision en que le tuvo, no queriendo tomar el consejo de sus capitanes, que le persuadian á que le matase." [5] Mas no era hecho este que pudiera obligar á Hernando Pizarro, capitán sanguinario que cuando combatía con los naturales mandaba "á todos los españoles que en los alcances no dejasen mujer (indígena á vida, porque cobrando miedo las que quedasen libres no vendrian á servir á sus maridos." [6]

De allí á tres años, ó sea el domingo 26 de junio de 1541, moría Francisco Pizarro "de una estocada que le dieron en la garganta (los partidarios del hijo de Almagro)." [7]

No obstante, se prolongaron todavía las disenciones entre los españoles hasta 1548, año en que Gonzalo Pizarro fué muerto por el presidente Pedro de Gazca, quien continuó "ejecutando cada dia nuevas

1 Idem, IV, 289.[1 y 2]
2 Loc. cit.
3 Góngora, 14.
4 Oviedo, IV, 341.[2]
5 Zárate, 492.[1]
6 Varias Relaciones, 48.
7 Oviedo, IV, 358.[2]

justicias, segun las culpas hallaba en los presos, á unos descuartizando y ahorcando, y á otros azotándolos y echándolos á galeras." [1]

§ 12. Pedro de Valdivia.

Ya para entonces los españoles habían vuelto nuevamente al Chile capitaneados por Pedro de Valdivia. Al dar cuenta éste de su expedición al rey de España, dice: "partí del Cuzco por el mes de enero de 540, caminé hasta el valle de Copiapó, que es el principio desta tierra, pasado el gran despoblado de Atacama, y cien leguas mas adelante hasta el valle que se dice de Chili, donde llegó Almagro........ nombré á la que él habia descubierto é á la que yo podia descubrir hasta el estrecho de Magallanes, la Nueva Extremadura. Pasé diez leguas adelante, é poblé en un valle que se llama Mapocho, doce leguas de la mar, la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, a los 24 de hebrero de 541, formando cabildo y poniendo justicia." [2]

Los hijos de Chile pusieron sin embargo una barrera infranqueable á la dominación española, sosteniendo con valentía sin límites una de las guerras más tenaces y despiadadas llevadas al cabo por los conquistadores; según confiesa el propio Valdivia, en una sola escaramuza mató "hasta mil é quinientos ó dos mil indios, y alaceáronse otros muchos, y prendiéronse algunos, de los cuales mandé cortar hasta docientos las manos y narices." [3]

Empero, las extremadas crueldades de los castellanos jamás hicieron mella en el adiamantado patriotismo de los araucanos, quienes supieron conservar, á través de los siglos, con perseverancia digna de la epopeya, el último girón de la independencia de América.

1 Zárate, 570.[1]
2 Valdivia, 20.
3 Idem, 45.

LIBRO TERCERO.

RESULTADOS DE LA CONQUISTA ESPAÑOLA.

CAPÍTULO ÚNICO.

§ 1. Guerras de invasión.

Hemos visto que los españoles realizaban sus conquistas haciendo á los naturales una guerra sin cuartel llevada siempre á sangre y fuego, y que en las luchas perecían lo mismo los indígenas que defendían su independencia como los que se habían entregado á los castellanos: "No hay para qué decir (escribe Alonso de Zurita) la multitud que se ha consumido y consume, llevándolos cargados á las conquistas y entradas, y otros para servicio de la gente de guerra, sacándolos por fuerza de su natural, y apartándolos de sus mujeres y hijos, deudos y parientes, y de ellos volvían muy pocos ó ninguno, porque *todos* perecían allá, ó por los caminos, ó en llegando á sus casas; y yo oí á muchos españoles decir en el Nuevo Reino de Granada, que de allí á la gobernación de Popayán no se podía errar el camino, porque los huesos de hombres muertos los encaminaba; y están en los caminos unas aves que en cayendo el indio le sacan los ojos, y lo matan y se lo comen....... y aconteció que indias que iban cargadas mataban las criaturas que llevaban á los pechos, y decían que no podían con ellas y con la carga, y que *no querían que viniesen sus hijos á pasar el trabajo que ellas pasaban.* Y en Guatimala oí decir á un procurador de aquella Audiencia, que siendo soldado, yendo á una entrada ó conquista, vió que atravesando una ciénega ó pantano se le cayó á un soldado (español) un daga y se le hundió en la ciénega, que como no la podía hallar, acertó á llegar una india con su carga

y una criatura á los pechos, y le tomó la criatura y echóla en el lugar donde se le cayó la daga, porque era ya noche, y la dejó allí plantada: y otro día volvió á buscar su daga, y decía que había dejado la criatura por señal. Y no hay para qué decir cómo los llevaban en colleras, y el tratamiento que les hacian por todo el camino, y cómo en cansándose el indio ó la india con la carga les cortaban la cabeza, por no pararse á desensartar la cadena, y repartían la carga en los demás." [1]

Natural era que consagrados todos los indígenas, unos á defender sus pueblos, y otros á servir á los españoles, tuviesen que dejar de cultivar sus tierras, con lo cual, una vez consumidas las provisiones allegadas de antemano, por fuerza sobrevenían la escasez y el hambre; el P. Motolinia pone así entre las diez plagas que asolaron á Nueva España en el tiempo de la dominación española, "una muy grande hambre luego como fué tomada la ciudad de México, que como no pudieron sembrar por las muy grandes guerras, unos defendiendo la tierra ayudando á los Mexicanos, otros siendo en favor de los Españoles, y lo que sembraban los unos los otros lo talaban y destruian, no tuvieron que comer; y aunque en esta tierra acontecia haber años estériles y de pocas aguas, otros de muchas heladas, los Indios en estos años comen mil raices y yerbecillas, porque es generacion que mejor que otros y con menos trabajo pasan los años estériles; pero aqueste que digo fué de tanta falta de pan, que en esta tierra llaman centli cuando está en mazorca, y en lengua de las islas le llaman maiz, y de este vocablo y de otros muchos usan los Españoles, los cuales trajeron de las islas á esta Nueva España, el cual maiz faltó en tanta manera que aun los Españoles se vieron en mucho trabajo por falta de ello." [2]

En ocasiones, cuando los indígenas no podían resistir de modo alguno al invasor, huían con precipitación suma á los montes; mas aunque independientes allí, su muerte era igualmente segura: ora sucumbían por falta de mantenimientos, porque pronto acababan con los silvestres que podían encontrar, ora les mataban las inclemencias de la intemperie, faltos de chozas donde abrigarse.

Por último, nunca dejaba de sobrevenir la peste, hermana inseparable del hambre; en México, por ejemplo, ambas calamidades hicieron tantas ó más víctimas que las guerras cotidianas.

1 178.
2 17.

§ 2. Conducta posterior de los castellanos.

No cesaban allí, sin embargo, las desdichas de las poblaciones de América.

No bien dominaban á una provincia los españoles, cuando ya se entregaban en ella al más licencioso desenfreno, y procuraban acaparar riquezas sin límite, todo á costa de los desdichados naturales que habían podido sobrevivir. Decía el bachiller Luis Sánchez: "todos quantos pasamos á las Indias, vamos con intencion de volver á España muy ricos, lo qual es imposible—pues de acá no llevamos nada y allá holgamos—sino á costa del sudor y sangre de los indios."[1] Manifestaba por su parte el oidor Salmerón: "Es imposible imaginar la avaricia, el desorden y la pereza de los españoles...... Si tienen repartimientos, no piensan sino en sacar de éstos el mayor partido posible sin preocuparse absolutamente del bienestar ó de la instrucción de los Indios. Si no les tienen, vienen desvergonzadamente á pedirnos con qué vivir."[2] "Como los españoles en aquel tiempo se veian señores de una tan extendida tierra, poblada de gente inumerable, y toda ella subjeta y obediente á lo que les quisiesen mandar, vivian á rienda suelta, cada uno como queria y se le antojaba, ejercitándose en todo género de vicios. Y trataban á los indios con tanta aspereza y crueldad, que no bastaria papel ni tiempo para contar las vejaciones que en particular les hacian."[3]

Es lo cierto que los castellanos esclavizaban á casi todos los indígenas de las provincias subyugadas, y les trataban peor que á bestias: en carta que hacia 1531 escribieron los oidores de México al monarca español, decían: "Aunque los Indios tuviesen antiguamente esclavos...... les trataban como á parientes y vasallos; los españoles les trataban como á perros;"[4] podemos juzgar más exactos á los domínicos residentes en la Española, quienes dijeron años antes: "Eran tenidos los perros (por los españoles) en *harta* más estima que no los indios, é más valian;"[5] también nos dice el P. Motolinia que los españoles "estimaban (á los naturales) en menos que á bestias."[6]

Efectivamente, hemos visto en los capítulos anteriores que así pasa-

1 Docs. de América, XI, 168.
2 En Recueil, II, 184
3 Mendieta, 311.
4 En Recueil, II, 176-77.
5 Varios padres, 404.
6 18.

ba. Agregaremos, no obstante, algunos detalles, advirtiendo con Alonso de Zurita, que los hechos inhumanos de los españoles "han sido...... generales en todas las Indias, por una mesma forma y manera, que parece que se regían para ello por una misma instrucción, y esto los ha ha destruido y desminuido en todas partes."[1]

Don fray Juan de Zumárraga, primer obispo de México, nos hace saber cómo á raíz de la conquista, "Hernando Cortés, á importunacion de Julian de Alderete, tesorero de...... (S. M.), y de todos los conquistadores, hizo repartimiento de los indios, y porque tambien en la verdad la tierra diz que se destruia absolutamente para buscar de comer, porque so color de lo buscar, los españoles la robaban, y así fué que se hizo el dicho repartimiento, en el cual D. Hernando tomó para sí mucha parte de lo mejor, y á sus amigos aprovechó todo cuanto pudo, así en este repartimiento como durante su gobernacion."[2] Agrega el obispo que ido Cortés á las Hibueras, el factor Gonzalo de Salazar y el veedor Pedro Almíndez "comenzaron á robar á diestro y á siniestro, como podian, y á prender señores de los naturales y á fatigallos con prisiones, para que les diesen mucho oro é joyas, é porque los oviesen temor, y dando muy largos repartimientos de indios á los de su parcialidad que los seguian."[3] Cómo en fin, fuera de México la condición de los indígenas era todavía más triste; que, por ejemplo, escribe Zumárraga al monarca español: "luego que fué recibido Nuño de Guzman........... (de la gobernación de la provincia de Pánuco) dió licencia en general á todos los vecinos de aquella provincia para que pudiesen sacar della para las islas á veinte y treinta esclavos, lo cual se hizo; y como esta contratacion viniese á noticia de los mercaderes y tractantes que por estas islas andan, y viesen que era buena granjería, ocurrieron á la provincia de Pánuco, así por su propio interese, como á llamamiento del dicho Nuño de Guzman, que envió á fletar navíos al puerto desta Nueva España para ello; y desta manera está tan rota la cosa, que aquella provincia está disipada, destruida y asolada...... porque han salido de allí veinte é un navíos y más, cargados...... y...... otros...... de que ha sucedido tanto daño en la provincia, y admiracion y temor en los indios naturales della, que han propuesto y tomado por mejor remedio, y así está mandado entre ellos por sus mayores, que despueblen sus pueblos y casas, y se vayan á

1 178.
2 García Icazbalceta, Don Fray Juan, 2ª parte, 8.
3 Idem, 5.

los montes, *y que ninguno tenga participacion con su mujer, por no hacer generacion que á sus ojos hagan esclavos y se los lleven fuera de su naturaleza.........* tres navíos cargados dellos se han hundido á la mar, y otros se han echado al agua y se han ahogado, y así lo hicieran todos si no los velasen, guardasen y aprisionasen los españoles porque no se matasen; y los que llegan á las islas, como van debilitados de mucha hambre y sed que pasan, como no les dan de comer, y aflijidos por la estrechura que llevan, como llegan á tierra extraña de su natural, dánles enfermedades y pestilencias de que fenecen y mueren todos; lo cual ha hecho so color y diciendo que para ello tienen licencia de V. M., para que los mercaderes con mejor voluntad sigan este tracto; y si V. M., es verdad dió tal licencia, *por reverencia de Dios hagais muy estrecha penitencia dello*; desta mala costumbre y osadía diabólica que de aquella provincia trajo Nuño de Guzman, ha sucedido que luego como entró en esta ciudad con su presidencia y se halló señor de la tierra, secretamente ha hecho juntar mucha copia de indios naturales destas provincias y jurisdiccion....... é enviádolos á Pánuco, para que allá los hierren y lleven á las islas con los demas; y de aquí ha sucedido que el presidente é oidores, despues de haber repartido las vacantes que he dicho á sus deudos y criados y amigos del factor y suyos, para pagar á sus mozos de espuelas y otros de menos calidad, dan muchas licencias para rescatar esclavos; los cuales las venden y juegan públicamente, y las personas que las compran las rescatan, de tal manera que muchos indios libres pierden la libertad, y va tan rota la cosa, que si con brevedad V. M. no lo remedia, presto no será menester remedio, porque á más andar la tierra se acaba y destruye." [1]

"¿Qué han de hacer los indios (preguntaba Mendieta) si ven que hay salteadores asalariados de los ganaderos y estancieros, á trescientos pesos por año, que les roban y captivan sus hijos pequeños y hijas, llegando á boca de noche á sus pueblos para cogerlos descuidados, y con algun achaque los llaman y cogen y ponen sobre sus caballos, y los trasportan muy lejos de allí porque no atinen á volverse, y saben que ninguno de estos por ello ha sido castigado? Y estos sin ninguna vergüenza se precian de aquel oficio, diciendo unos á otros: «Vamos á caza de morillos,» como suelen decir en España en las fronteras de Berbería." [2]

1 Idem, 24-25.
2 510-11.

Igual condición cabía á los naturales que no eran deportados: leemos en Alonso de Zurita: "Halos disminuido los esclavos que de ellos se hicieron para servicio de los españoles......... que fué tanta la prisa que en los primeros años se dieron á hacerlos, que de todas partes entraban en México, y en todas las demás partes de Indias, manadas de ellos como de ovejas para echalles el hierro; y por la prisa que daban á los indios que trajesen los que eran esclavos, y el miedo que tenían era tan grande, que por cumplir traían sus vasallos y sus propios hijos, cuando no tenían otros que traer." [1] Acerca del particular escribe el P. Burgoa: "mostrarōles las armas el horror, y espanto de la guerra (de conquista) y mucho mas la codicia de los que la mouian, los rigores humanos, que inventó el interes en pechos Catholicos, estos, tenian manos de fieras en el poder, y tanto les mostraban en posponer la Doctrina de la Iglesia, y Predicacion de la Fé á sus conueniencias, como en sugetar á lamentable esclauitud, y servidūbre á estos miseros indefensos, y vno, y otro pudo con ellos llegar á persuadirles, q sacrificarse al demonio, sacarse los coraçones, y desquartisarse en vna laja era *deliciosa fortuna*; y verse aprisionado de vn Español, y fatigado de su ansia por sacar prouecho, y jugo de su sudor, y de su sangre tenia por *infierno intolerable*;" [2] "tanto que oy despues de muy cultiuados si llega alguno (de los españoles) á sus Pueblos, salē varones, y mugeres de sus tugurios, y choças huyendo á los Montes, y dexan yermas sus couachas, y como cabras monteses trepan por los riscos cō notable ligereza." [3]

"Halos también apocado llevarlos á millaradas á las minas de oro y de plata, con grandes trabajos á ellos no usados, en partes á ochenta y á cien leguas, y se quedaban muertos por los caminos y allá de hambre y de frio ó demasiado calor, y por el excesivo trabajo y cargas que llevaban, grandes y muy pesadas, de herramienta para las minas y otras cosas de gran peso y muy penosas, que no se contentaban con llevarlos á trabajar tantas leguas, sino que todos ellos los hacían ir cargados, y ya que llevaban de sus casas alguna comida, era poca porque no podían ni tenían para más, y se les acababa llegados allá ó en el camino antes de llegar á la vuelta á sus casas, y así morian infinitos, é se despoblaron muchos pueblos alrededor de las minas y por el camino de ellas, y se huyeron á los montes y dejaron sus casas y sus

1 175-76.
2 Fol. 191 fte.
3 Burgoa, fol. 188 fte.

mujeres y hijos desmamparados, y todavía los compelen á ir á las minas, so color que van á las obras de los edificios de ellas, y que van de su voluntad......

"Halos asimesmo consumido llevarlos de mil en mil y más y menos con grandes y pesadas cargas de mercaderías reventando, muchas jornadas, sacándolos de tierra caliente á fría, y de fría á caliente, que les es muy mortal y no usado entre ellos, cargándolos ansimismo con sus recámaras, camas, sillas, mesas y la demás jarcia de sus casas y servicio de cocina, y con las mujeres y muchachos y hombres por los caminos y sierras quebrantándolos, y volvían á su casa casi muertos, y en llegando les daba el mal de la muerte, y morían de ello ó se quedaban muertos por los caminos; y sobre todas estas cargas llevaban á sus cuestas la comida; y todavía lo hacen los encomenderos cuando se van con toda su casa á sus pueblos y cuando se tornan de ellos; y en esto y en servirlos entretanto que están en el pueblo se ocupa casi toda la gente de él todo el año, ó poco menos." [1] Manifestaban á la Emperatriz en 1531 los oidores de México, que de esta suerte Nuño de Guzmán había hecho perecer "á quince mil Indios de carga..... de esta ciudad y de las cercanías." [2]

Muchos años después escribía el P. Burgoa: "ocupados con las nueuas fabricas, y crecidas tareas de seruicio personal en las haziendas que iban fundando los Españoles.......... se empeçaron á experimētar grauisimos incōuenientes, motiuados d la codicia de los Ministros, q con apretadas comissiones, y salarios [q pagauan los pobres indios desterrados de su casa] salian por todas las Prouincias vsando del poder tā fuera de razon, que por tener que hazer y alargar el tiempo á sus conueniencias, los traían como á piesas de axedres, mudandolos muchas vezes de sitios, y lugares mas á proposito para la salud........ sin mouerles á compassion, y lastima ver andar por los campos desperdigados hombres, mugeres, y hijos de todas edades desconsolados, llorando hambrientos sin casa, ni hogar seguro, dōde acogerse en su mesma tierra, padeciendo el grauamen de tan sensibles molestias, de hombres estraños, y venidos de fuera: luego empeçaron á enfermar con tan general mortandad de grandes, y pequeños, que en breue tiempo se reconoció el menoscabo en *casi la mitad* destos naturales, assi por los que se hauian huydo á las barrancas, como de los defunctos." [3]

1 A. de Zurita, 176–77.
2 En Recueil, II, 145.
3 Fol. 80 fte.

"Halos consumido (escribe Alonso de Zurita) hacerlos hacer gran suma de estancias de ovejas, vacas, puercos, y cercas para ellas, fuera de su natural, de su paso y modo de trabajar y de su ordinario, ocupándolos en ello muchos días y aun semanas, y en hacer otros muchos edificios en el campo y en las heredades y huertas y caminos, puentes, fuentes, albarradas, ingenios de azúcar, y traían todos los materiales para estas obras á su costa é á sus cuestas, sin paga y sin les dar siquiera la comida; y ya que ahora se les paga, es mal y tan poco, que no tienen para comprar de comer en ello; porque todavía los ocupan en estas obras con licencia de las Audiencias, y así son *más* molestados." [1]

Ni los antiguos reyes indígenas escapaban á tan duras penas: "He visto con mis dos ojos (exclama fray Nicolás de Witt) al antiguo señor ir á labrar su campo como un miserable campesino, y confieso que he derramado lágrimas de piedad."[2]

"Halos consumido (agrega Alonso de Zurita) llevar los tributos en cada un año á los pueblos de los españoles á sus cuestas, de muy lejos y diferentes temples, con mala y poca comida, y después de llegados quebrantados y muertos de hambre, les hacían y hacen traer leña y agua y barrer la casa y caballeriza y sacar la basura y estiércol, teniéndolos en esto dos y tres días y más, sin les dar de comer, y así, ya que algo les había quedado de lo que habían traído de sus casas, allí lo acababan, y volvían y vuelven sin tener que comer por el camino, y todavía se hace así.

"Halos consumido el servicio ordinario que daban y dan en algunas partes hoy en día para las casas de sus encomenderos, ó alquilándolos para las minas. Los que habían de servir su semana y llevar el servicio de leña y comida á sus encomenderos habían de partir de algunas partes quince días antes, y así para servir una semana habían de caminar cuatro de ida é vuelta; é ansí andaban los caminos llenos de indios é indias fatigados, muertos de hambre, cansados é afligidos, y los caminos poblados de muertos, hombres y mujeres, y con ellos sus hijos pequeñitos, que los llevaban consigo cargados con su comida: cosa jamás entre ellos vista."[3]

El oidor Ceynos escribía á la Monarquía: "es cierto que del dia que D. Hernando Cortés, marques del Valle, entró en esta tierra, en los sie-

1 177.
2 En Recueil, II, 288.
3 177-78.

te años, poco mas ó menos, que la conquistó é gobernó, padecieron los naturales grandes muertes, y se les hicieron grandes malos tratamientos, robos y fuerzas, aprovechándose de sus personas y haciendas, sin órden, peso ni medida; porque cada uno se aprovechaba á su voluntad y como le parecia, y como forme [*sic*] á la órden que les daban, que era decir que se sirviesen dellos en sus haciendas y granjerías sin limitacion alguna: disminuyóse la gente en gran cantidad, así por los excesivos tributos, y malos tratamientos, como por enfermedades y viruelas, de manera que en este tiempo faltó muy grande y notable parte de la gente, y en especial en tierras calientes.

"Vino la primera audiencia que V. M. mandó proveer, fin del año de 27, y continuáronse los trabajos destos naturales, poco menos que al principio, y permitieron hacer gran cantidad de esclavos de los naturales, y los servicios personales como de antes, que era una servidumbre durísima, así en dar comidas y servicios, como edificios suntuosos, poniendo los materiales de sus casas, y trayéndolos en sus hombros y espaldas, que con los trabajos no tenian tiempo para ser instruidos, de lo cual habia poco cuidado."[1]

Por lo que concierne á las Indias en general, escribía en 1566 el bachiller Luis Sánchez:

"La manera como se an despoblado tantas tierras,—*no hablo de México, porque allí entiendo á abido siempre un poco de justicia y favor para los indios*—creo no quedará nada sino se remedia.

"Lo primero á sido las crueles y injustas guerras que los españoles an hecho y hacen á los indios, matándolos, robándolos, talando y ahuyentándolos de sus tierras...... En estas guerras y jornadas,—que llaman—en sola la gobernación de Popayan, despues que yo estoy allá, é visto conquistar y poblar once pueblos de españoles con cada 20 y 30 leguas de término cada uno, y otras cinco jornadas; y en ello é visto, con estos ojos, cosas y crueldades nunca vistas, que no las sufriria á oir ningun christiano......pues qué será en otras infinitas partes que lo he oido á personas que se hallaron presentes.

"Lo segundo que á destruido las Indias, fué los esclavos que......se hicieron hasta que S. M., siendo desengañado, los dió por libres; y aunque las dos dichas causas an destruido mucho, pero la que viene, á asolado más que ambas, y quasi las dos, son ya pasadas, y esta es co-

1 Docs. de México, II, 237-38.

mo una carcoma y asuela, oy más que nunca, y no se siente y es el repartimieuto de los indios, porque no usan los españoles dellos como vasallos, sino como esclavos y enemigos. En minas, cargas y servicios personales y en las más partes no guardan más tasa y viven tan sin ley como sino fuesen sino christianos......

"A ayudado mucho á la destruicion de tanta multitud de gentes, ser los indios de su natural, tan débiles...... se mueren, especialmente sacándolos de sus tierras y provincias, como los an sacado muchas leguas, y pocos volvian á sus casas; y ansí se dice, que el indio es como el pescado, que en sacándolo del agua muere.

"Todos los daños y robos dichos, y quantos se an hecho en las Indias, los á causado la insaciable codicia de los españoles, la qual creció mucho, porque no á abido freno de parte de la justicia; tambien desta an nascido tantas guerras civiles, unos españoles con otros en el Pirú y otras partes, mil á mil y quinientos á quinientos, y ciento á ciento hasta á cabarse unos á otros, y esto con grandísimo daño de los indios, que siempre es mal para el cántaro que es el indio; que mientra ay guerras que quasi no an faltado, todos hacen lo que quieren en los indios, y acontece llevar el tirano en su campo ocho ó diez mil indios de carga, y los leales otros tantos."[1]

Pocos años después decía López de Velasco, refiriéndose igualmente á las Indias en general, que la causa de haberse destruído éstas "fué, al principio, la guerra, por los muchos que murieron en ella en las batallas y rencuentros, y desesperados por verse rendidos otros, no queriendo venir de paz, por levantarse á los montes dejaron de hacer sus simenteras, y murieron de hambre; de lo cual se siguió, en los primeros años mortandades generales, y enfermedades nunca vistas en aquellas partes, como fueron las viruelas que les pegaron los españoles, y después acá fueron faltando muchos, con los malos tratamientos que los españoles les hacían y los excesivos trabajos que les daban con cargas demasiadas, porque al principio no había entre ellos otro recuaje, y con la labor de minas de oro y plata, pesquerías de perlas, grangerías del campo y labores de edificios, con que han acabado gran multitud de ellos."[2]

Todavía durante el siguiente siglo manifestaba al rey español el intrépido marqués de Barinas: "Y es de admirar que según el mal trato que

1 Docs. de América, XI, 163-65.
2 26.

se ha usado con ellos, parece imposible y aun milagro que se conserve ninguno. ¿En qué nación agena de toda política se contará que en mi tiempo entrasen españoles á los llanos de Caracas, Sarare, Orú y márgenes del río de la Portuguesa á caza de indios [como si fueran javalíes] para servirse de ellos, dándolos por esclavos, y los acollaraban en sartas de 30 y más personas con una precinta de cuero, y al que se cansaba, por no detenerse á desatar los demás, le cortaban la cabeza al inocente indio. [Yo lo he visto, y si se me pregunta quién lo hacía lo diré.] Todo lo cual pasaba por saciar la codicia de dos gobernadores que tenía V. M. en Mérida y Caracas, que daban estas licencias á los españoles por tres ó cuatro mil pesos, por la facultad de la saca de indios de los Llanos......

"Duélase V. M., como príncipe tan católico, del rigor que han usado sus vasallos con esta inocente gente, que excede de los términos racionales y se pasa á entrar en los límites de la tiranía, en vejar, azotar, afligir y acabar á los indios reducidos."[1]

Varios testimonios fehacientes podríamos aducir aún sin trabajo alguno en comprobación de los asertos anteriores, pero de intento vamos á limitarnos al del P. Motolinia, el émulo más procaz que tuvo nuestro intachable don fray Bartolomé de Las Casas; decía aquél:

"Hirió Dios y castigó esta tierra, y á los que en ella se hallaron, así naturales como extranjeros, con diez plagas trabajosas."

(Las tres primeras fueron las guerras de conquista, el hambre y la peste, de las cuales hablamos ya).

"La cuarta plaga fué de los calpixques, ó estancieros, y negros, qne luego que la tiera se repartió, los conquistadores pusieron en sus repartimientos y pueblos á ellos encomendados, criados ó negros para cobrar los tributos y para entender en sus granjerías. Estos residian y residen en los pueblos, y aunque por la mayor parte son labradores de España, hánse enseñoreado de esta tierra y mandan á los señores principales naturales de ella como si fuesen sus esclavos; y porque no querria descubrir sus defectos, callaré lo que siento con decir, que se hacen servir y temer como si fuesen señores absolutos y naturales, y nunca otra cosa hacen sino demandar, y por mucho que les den nunca están contentos, que á do quiera que están todo lo enconan y corrompen, hediondos como carne dañada, y que no se aplican á hacer nada sino

1 204-5.

á mandar; son zánganos que comen la miel que labran las pobres avejas, que son los Indios, y no les basta lo que los tristes les pueden dar, sino que son importunos. En los años primeros eran tan absolutos estos calpixques en maltratar á los Indios y en cargarlos y enviarlos lejos de su tierra y darles otros muchos trabajos, que muchos Indios murieron por su causa y á sus manos, que es lo peor.

"La quinta plaga fué los grandes tributos y servicios que los Indios hacian, porque como los Indios tenian en los templos de los ídolos, y en poder de los señores y principales, y en muchas sepulturas, gran cantidad de oro recogido de muchos años, comenzaron á sacar de ellos grandes tributos; y los Indios, con el gran temor que cobraron á los Españoles del tiempo de la guerra, daban cuanto tenian; mas como los tributos eran tan continuos que apenas pagaban uno que les obligaban á otro, para poder ellos cumplir vendian los hijos y las tierras á los mercaderes, y faltando de cumplir el tributo hartos murieron por ello, unos con tormentos y otros en prisiones crueles, porque los trataban *bestialmente*......

"La sexta plaga fué las minas del oro, que ademas de los tributos y servicios de los pueblos á los Españoles encomendados, luego comenzaron á buscar minas, que los esclavos Indios que hasta hoy en ellas han muerto no se podrían contar; y fué el oro de esta tierra como otro becerro por Dios adorado, porque desde Castilla le vienen á adorar pasando tantos trabajos y peligros; *y ya que lo alcanzan*, plegue á Nuestro Señor que no sea para su condenacion.

"La séptima plaga fué la edificacion de la gran ciudad de México, en la cual los primeros años andaba más gente que en la edificacion del templo de Jerusalem; porque era tanta la gente que andaba en las obras que apenas podia hombre romper por algunas calles y calzadas, aunque son muy anchas; y en las obras á unos tomaban las vigas, otros caian de alto, á otros tomaban debajo los edificios que deshacian en una parte para hacer en otra, en especial cuando deshicieron los templas principales del demonio. Allí murieron muchos Indios, y tardaron muchos años hasta los arrancar de cepa, de los cuales salió infinidad de piedra.

"Es la costumbre de esta tierra no la mejor del mundo, porque los Indios hacen las obras, y á su costa buscan los materiales, y pagan los pedreros y carpinteros, y si ellos mismos no traen que comer, ayunan. Todos los materiales traen á cuestas; las vigas y piedras grandes traen arrastrando con sogas, y como les faltaba el ingenio y abundaba la gen-

te, la piedra ó viga que habia menester cien hombres, traíanla cuatrocientos; y tienen de costumbre de ir cantando y dando voces, y los cantos y voces apenas cesaban ni de noche ni de dia, por el gran fervor que traian en la edificacion del pueblo los primeros dias.

"La octava plaga fué los esclavos que hicieron para echar en las minas. Fué tanta la prisa que en algunos años dieron á hacer esclavos, que de todas partes entraban en México tan grandes manadas como de ovejas, para echarles el hierro; y no bastaban los que entre los Indios llamaban esclavos, que...... segun ley y verdad casi ninguno es esclavo; mas por la prisa que daban á los Indios para que trajesen esclavos en tributo, tanto número de ochenta en ochenta dias, acabados los esclavos traian los hijos y los macehuales, que es gente baja como vasallos labradores, y cuantos mas haber y juntar podian, y traíanlos atemorizados para que dijesen que eran esclavos. Y el exámen que no se hacia con mucho escrúpulo, y el hierro que andaba bien barato, dábanles por aquellos rostros tantos letreros, demas del principal hierro del rey, tanto que toda la cara traian escrita, porque de cuantos era comprado y vendido llevaba letreros, y por esto esta octava plaga no se tiene por la menor.

"La novena plaga fué el servicio de las minas, á las cuales iban de sesenta leguas y mas á llevar mantenimientos los Indios cargados; y la comida que para sí mismos llevaban, á unos se les acababa en llegando á las minas, á otros en el camino de vuelta antes de su casa, á otros detenian los mineros algunos dias para que les ayudasen á descopetar, ó los ocupaban en hacer casas y servirse de ellos, adonde acabada la comida, ó se morian allá en las minas, ó por el camino; porque dineros no los tenian para comprarla, ni habia quien se la diese. Otros volvian tales, que luego morian; y de estos y de los esclavos que murieron en las minas fué tanto el hedor, que causó pestilencia, en especial en las minas de Oaxyecac, en las cuales media legua á la redonda y mucha parte del camino, apenas se podia pasar sino sobre hombres muertos ó sobre huesos; y eran tantas las aves y cuervos que venian á comer sobre los cuerpos muertos, que hacian gran sombra al sol, por lo cual se despoblaron muchos pueblos, así del camino como de la comarca: *otros Indios huian á los montes, y dejaban sus casas y haciendas desamparadas.*

"La décima plaga fué las divisiones y bandos que hubo entre los Españoles que estaban en México."[1]

1 14-20.

Son sin duda contundentes las confesiones hechas por el mismo fraile que á la vez que con mayor exaltación osaba atacar al sublime defensor de los indios, al impecable don fray Bartolomé de Las Casas, llamándole vago, bullicioso y falto de sociego, embustero y torcido; prodigaba en cambio alabanzas serviles á los conquistadores, pues fué el propio Motolinia quien afirmó que ninguno como Cortés "amó i defendió los Indios en este mundo nuevo."[1]

Lo repetimos: varios otros testimonios pudiéramos añadir acerca de la cuestión, pero los consideramos inútiles después de haber hecho hablar á Motolinia; sin embargo, para probar que tal estado de cosas se prolongó durante siglos, transcribiremos aquí las siguientes palabras que don Juan Jorge y don Antonio de Ulloa decían al monarca español en el siglo pasado: "En una palabra, la cólera mas desenfrenada no ha podido inventar género alguno de castigo que no lo *esperimente* el Indio de la mano de los Españoles."[2]

§ 3. Población indígena precolombina.

Procuraremos demostrar ahora de manera concreta cual fué la despoblación que produjo en América la conducta sin nombre de los españoles.

Ojalá pudiéramos determinar, siquiera fuese de manera aproximada, la población indígena precolombina; mas ya ha dicho el eminente barón de Humboldt: "Es igualmente difícil calcular con alguna certidumbre, el número de los habitantes del reino de Montezuma, que señalar á punto fijo la antigua población del Egipto, de la Persia, de la Grecia ó del Lacio. Las extensas ruinas de ciudades y pueblos que se observan bajo los 18 y 20° de latitud en el interior de México, prueban sin duda, que la población de esta parte del reino era antiguamente muy superior á la que existe allí mismo hoy día. Las cartas de Cortés dirigidas al emperador Carlos V, las memorias de Bernal Diaz y un gran número de otros documentos históricos, confirman este hecho importante. Pero reflexionando cuánto cuesta en nuestros días llegar á adquirir ideas exactas sobre la estadística de un país, no debemos admirarnos de la ignorancia en que nos dejan los autores del siglo XVI sobre la antigua población de las Antillas, sobre la del Perú y de Méxi-

1 Docs. de México, I, 276.
2 291.

co."[1] Por tanto, nos limitaremos casi exclusivamente á esbozar desde luego la despoblación que produjo la conquista española en el Nuevo Mundo.

§ 4. ANTILLAS.

Al hablar Colón de las Antillas en general, decía: "fallé muy muchas islas pobladas con gente sin número;" [2] y cuando se refiere á la Española, asienta: "es *populatissima*." [3] El Licenciado Zuazo manifestaba á su vez en 1510: "se hallaron al principio que esta Isla Española se descubrió, un cuento é ciento é treinta mil indios," [4] cifra que los padres domínicos elevan hasta "un cuento é cien mil indios," [5] Mártir á "más de un millón y doscientos mil," [6] y el marqués de Barinas á "más de cuatro millones de indios." [7]

Podemos colegir que las islas adyacentes á la Española estaban igualmente pobladas, supuesto que en todas ellas se encontraban las mismas condiciones favorables á la viabilidad humana. De cualquier modo que sea, hacia 1516 decían al Rey los primeros religiosos domínicos venidos á América: "no ovo, ni ai, ni abrá tierra tan mal aventurada, ni tan tiranizada, como que lo descubierto de las Indias...... y esto, todo, se prueba con sola una cosa ques acaecida, que por cobdicia de sacar oro los españoles, no para Vuestra Magestad, sino para ellos, an despoblado la isla Española...... y la isla de Cuba, y Sant Juan y Jamaica; y más de treinta islas de los Lucayos, y otras muchas de los Guanages y gigantes, que an llevado las gentes dellas, á matar á la Española y á Cuba." [8] En un memorial escrito por aquel tiempo, se decía de manera análoga: "que por ser (los naturales) mal tratados, é peor mantenidos, é mucho trabajados, se han disminuido...... é...... no han quedado sino quince ó diez é seis mil, é fenescerán todos si no son presto remediados é desagraviados." [9] Leemos en otro documento del propio año de 1516: "no hay agora en toda la isla ocho ó diez mil de-

1 I, 54.
2 En Mártir, I, 1.
3 En Mártir, I, 382.
4 Docs. de América, I, 310.
5 Idem, VII, 423.
6 II, 419.
7 42.
8 Docs. de América, XI, 244-45.
9 Idem, I, 255.

llos, los cuales más forma tienen de muertos pintados que de hombres vivos:" [1] "ya va siendo un páramo (agrega el marqués de Barinas) lo que pocos años há era pobladísima (tierra) sobre todas las del mundo." [2] En el documento que antes citamos se afirma también: "han despoblado (los españoles) más de cuarenta islas que llaman de los Lucayos y otras tres islas que llaman de los Gigantes, en las cuales unas é otras bien habia de pobladores más de cincuenta ó sesenta mil indios. Todos ellos los han sacado de sus tierras para los traer á esta (la Española), é aunque sea la verdad segun dicen que á esta isla no hayan metido más de hasta veinte mil dellos, empero los estragos que allá se han hecho del hambre é guerra en ellos han seido tan desordenados..... que han muerto dellos más de cincuenta ó sesenta mil.... de los cuales todos, aunque con muy grande diligencia se cuente, no hay en toda la isla ochocientos." [3]

Acerca del las Lucayas decía Mártir: "estuvieron...... llenas de habitantes, pero ahora desiertas, por cuanto de su espesa muchedumbre dicen que fueron llevados los infelices isleños á la triste ocupación de las minas de la Española y la Fernandina, faltando sus habitantes por haberse consumido un millón y doscientos mil, ya por varias enfermedades, ya de necesidad, ya del excesivo trabajo. Causa pena contar esto, pero es preciso decir la verdad." [4]

Por último, manifestaba Oviedo: "Todos los indios desta isla (la Española) fueron repartidos y encomendados por el almirante (Colón) á todos los pobladores que á estas partes se vinieron á vivir...... de los quales todos é de los que despues nascieron, no se cree que hay al presente en este año de mill é quinientos y quarenta é ocho, quinientas personas entre chicos é grandes que sean naturales é de la progénie ó estirpe de aquellos primeros;" [5] "y en las de Sanct Juan, é Cuba, é Jamáyca, que lo mismo ha acaescido en ellas, en la muerte é acabamiento de los indios que en esta isla." [6]

"A los moradores de las Islas (escribía Motolinia) no les bastan los Indios que de ellas han acabado y despoblado, sino buscan mil modos y maneras para con sus armadas venir á hacer saltos á la tierra firme." [7]

1 Varios Padres, 423.
2 44.
3 Varios Padres, 423–25.
4 IV, 84–5.
5 I, 71.[1 y 2]
6 Oviedo, I, 73.[2]
7 206.

§ 5. Tierra Firme.

Sabemos por Mártir que cuando Colón recorrió la costa de Tierra Firme encontró "todo muy poblado de gente," [1] aserción que corrobora Oviedo al asegurar que únicamente los naturales del Darien "passaban de dos millones, ó eran incontables." [2] Pues bien, el propio autor calcula en "dos millones de indios que desde el año de mill é quinientos y catorce que llegó Pedrarias á la Tierra-Firme hasta quél murió, en espacio de diez y seys años é algunos meses, son muertos en aquellas tierras, sin que se les diesse á entender aquel requirimiento quel Rey Cathólico les mandó hacer antes de les romper la guerra. É no creo que me alargo en la suma de los dos millones que he dicho, si se cuentan, sin los muertos, los indios que se sacaron de aquella gobernacion de Castilla del Oro é de la de Nicaragua en el tiempo que he dicho, para los llevar por esclavos á otras partes." [3] Semejante cálculo dista no obstante mucho de la verdad, si se atiende á que desde años antes habían escrito los primeros religiosos domínicos llegados á las Indias: "está destruido más de seiscientas leguas de la costa de Tierra firme," [4] y á que Herrera, que tantas cosas abominables calló por honra de su nación, sostenía "que Pedrárias dexó toda la tierra destruida e despoblada, e viendose oy dia que non ay ombre en quatruscientas leguas ..... e paresce por los papeles reales que se dieron tanta priesa a matar, que desta manera fué la despoblacion, pues en una tal deshabytacion en tierra tan rica, claro está que adonde non se trataba sinon de usar de fuego e yerro que valdría la perdida más de seis millones;" [5] "abiendo fallado la tierra llena, la dexó vacía." [6]

§ 6. México.

Todos los escritos de la época nos hacen ver de manera más ó menos expresiva cuán densamente poblado estuvo el vasto territorio que formó la antigua Nueva España, de la cual decía en 1554 Cervantes Sa-

1 II, 308.
2 III, 88.[2]
3 III, 172.[1]
4 Docs. de América, XI, 245.
5 Idem, XXXVII, 201.
6 Idem, XXXVII, 203.

lazar: "aventaja sin disputa á todas las naciones del mundo en la fertilidad de su suelo, en la variedad de sus productos, en la extension de sus pastos, y en el gran número de géneros de contratacion: digna en fin de que por la admirable templanza del clima se le llame tambien la *Afortunada*, como á las islas de este nombre; pues aunque en partes es algo caliente, y en otras algo fria, nunca excede de límites moderados."[1] El P. Durán nos indica cómo desde que inmigraron acá los chichimeca, varios siglos antes de la conquista española, se encontraba ya poblada la tierra de "muchos millones de gentes."[2] Sin tomar las cosas de tan lejos, trataremos en especial de cada una de las principales provincias.

Cortés y los suyos encontraron al pueblo de Cempoala tan habitado, que Díaz del Castillo nos dice: "no habiamos visto otro mayor."[3]

Acerca de Tlaxcala manifestaba Mártir: "Escribe Cortés, y dicèn los que han venido, que la ciudad es mucho mayor que Granada, y más pablada y abundante de todas las cosas con que se vive."[4] Con relación á los pueblos inmediatos á Tlaxcala, díjonos ya de uno de ellos el mismo Cortés: "se ha hallado en él, por visitacion que yo hice hacer, mas de veinte mil casas."[5] Refiriéndose Mártir á las regiones del sur, asienta: "había allí seis ciudades, de las cuales la menor era mucho mayor que nuestro célebre municipio Valladolid. Una de ellas se llama Teph, otra Mechinaca, la tercera Guaxaca, la cuarta Fuesco, la quinta Tecuantepec; el nombre de la sexta no me lo han dicho."[6]

Por lo que hace á México, principiaremos por decir con Cortés que en su mercado se veían "cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas comprando y vendiendo;"[7] Vetancurt llega hasta asegurar que en dicha ciudad "se contaban vn quento, y dociētos mil (vecinos)."[8] Pinta Gomara con las siguientes palabras la laguna donde se asentaba la ciudad de México: "bojará toda...... mas de treinta leguas, y terná dentro y á la orilla mas de cincuenta pueblos, y muchos dellos de á cinco mil casas, algunos de diez mil, y pueblo, que es Tezcuco, tan grande como Méjico...... Andan en estas lagunas docientas mil barquillas, que los

1 287-89.
2 II, 56.
3 89².
4 III, 153.
5 64.
6 III, 368.
7 103.
8 2ª parte, 92¹.

naturales llaman acalles, que quiere decir casas de agua; porque atl es agua, y calli casa, de que está el vocablo compuesto."[1] "El número, pues, de Indios que en su gentilidad y cuando los Españoles ganaron la ciudad de México la poblaban, parece increible."[2]

Aquel autor, al hablar en general del imperio mexicano, dice: "á la verdad es certísimo que todos los señores que están debajo el imperio mejicano...... son treinta de á cien mil vasallos, y tres mill señores de lugares y muchos vasallos."[3] Oviedo por su parte afirma que Motecuhzoma tenía "......«más de treynta príncipes á sí subjetos, que cada uno dellos tiene cient mill hombres é más de pelea.»"[4]

De las otras provincias de la Nueva España aseguran asimismo los antiguos historiadores que estaban muy densamente pobladas; de tal suerte alude La Rea á Michoacán: "cuando vinieron los españoles (dice) á ella bullia la gente a la nouedad, como atomos del Sol, Estrellas del cielo, y arena de la tierra. Entonces estaua el Reyno de Machoacan tan lleno de gente, que no cabia en los términos de su jurisdiccio̅ y señorio, sino que rebosaua por todas partes."[5] Basalenque nos hace saber que "la multitud de gente era tanta, que parecia infinita."[6] Respecto de Jalisco leemos en el P. Tello: "Es esta provincia y reino de muchas poblaciones y en su gentilidad tuvo muchísimas, porque estaba entera y llena [como una colmena] de gente."[7] Cuando Villaseñor trata de las provincias del norte, nos indica que las ocupaban "tantas y tan numerosas Naciones."[8]

En términos más generales se expresan algunos autores; decía el P. Mendieta: "Lo que era tierra de Anáhuac, que por su fertilidad y lindeza se llamó Nueva España, estaba á la sazon poblada de muchas y diferentes provincias y de diversas lenguas de tanto número de gente indiana, que los pueblos y caminos en lo mas de ellos no parecían sino hormigueros, cosa de admiracion á quien lo veia."[9]

El P. Francisco de Bolonia escribía: "tienen ciudades más grandes que las de Europa; otras de la magnitud de las nuestras. Existen al-

1 347[2].
2 Pérez de Rivas, I, 28.
3 Gomara, 345[2].
4 III, 260[2].
5 Fol. 78 vta.
6 Fol. 1 vta.
7 7.
8 II, 339[1].
9 174.

gunas que cuentan ciento ochenta mil casas."[1] Más preciso fué todavía Gil González Dávila; aludiendo á la iglesia de México, manifestaba: "En su tiempo, desde el año 1524 hasta 1539. Bautizaron los Religiosos Dominicos, y Frãciscos en Mexico, y sus contornos 10 millones, y 500,000 Indios."[2]

Bastan los anteriores detalles para sugerir una idea de la población primitiva de la Nueva España.

Pasemos ahora á estudiar la despoblación que produjo en ella la Conquista.

Dejamos establecido en el Libro Segundo cómo Cortés empezó desde Potonchan la matanza de los naturales, y cómo desde Tlaxcala llevó sus guerras á sangre y fuego, talando de raíz poblaciones enteras; "y les quemé (nos manifiesta, al referirse á unas cuantas horas de desvastación) mas de diez pueblos, en que hobo pueblo dellos de mas de tres mil casas:"[3] no de otra manera acabó la principal provincia de Nueva España, la gran Tenochtitlan; "todos (sus habitantes, escribe Dorantes de Carranza) los acabó la guerra y las granjerias de los españoles como acabaron en las islas de Sto. Domingo millon y medio de Indios."[4]

Aquellas guerras de exterminio, las hambres y pestes que ocasionaban, y principalmente la crueldad cada vez más inhumana con que los españoles continuaron tratando á los indígenas, fueron causa de que muy pocos años después de la Conquista hubiesen perecido "más de dos cuentos de indios...... en la Nueva España."[5]

Hubo infinidad de pueblos que desaparecieron para siempre, y aun provincias enteras, como la de Pánuco, que ya por aquel entonces estaban destruídas y asoladas del todo.[6]

En una relación de 1579 sobre la provincia de Tabasco, consta lo siguiente: "Tiene esta provincia de tavasco tres mill yndios escasos an venydo a muncha diminucion desde su pacificacion por aver sido poblada de mas de treynta mill yndios."[7]

Otro tanto pasó en Otzolotepec: "siendo treinta mil los vecinos que

1 En Recueil, I, 212.
2 I, 25.
3 63.
4 M. S.
5 Docs. de América, XI, 245.
6 Zumárraga, en García Icazbalceta, D. Fray Juan, 2ª parte, 24.
7 Relación de Yucatán, 350.

en él habia quando entró el marqués del Valle, agora se hallan solos ochocientos tributarios."[1]

En 1552 escribían varios religiosos á la monarquía española acerca del Nuevo Reino de Galicia: "Y quanto á los seruicios personales de pueblos y esclauos, y naborias é indios de cargas, es tanta la disolucion y desorden, que...... tenemos por cierto, como por experiencia hemos visto, se acabarán los indios que quedan, como en muchos valles y prouincias donde solia aver mucho número de pueblos y gente, está ya todo destruido; lo qual no se puede dexar de sentir sin gran dolor y lagrimas."[2]

Por cierto que tales provincias eran aniquiladas de manera salvaje; leemos en una carta escrita hacia 1554 por fray Nicolás de Witt: "No había señor universal en la Guasteca, y sólo jefes locales; pero no existen ya, porque un día se les reunió en un gran recinto de madera, al que se le prendió fuego después de amarrar dentro á aquéllos. Esta provincia está hoy *desierta*, no obstante que fué una de las más pobladas que alumbraba el sol, como se ve por las ruinas que se encuentran á cada paso."[3]

Corrieron los años, y la destrucción de los naturales no cesó; poco tiempo después de escrita la carta que acabamos de citar, escribía Alonso de Zurita acerca de la Nueva España en general: "no hay la tercia parte de la gente que había."[4] Hacia 1584 vino á México como Comisario general de su orden fray Alonso Ponce; en la relación de su viaje, se asienta respecto de Tetzcoco: "Dicen que cuando llegó allí el marqués del Valle la primera vez, habia sesenta mil indios de guerra y que pasados algunos años los contaron y no hallaron sino diez y ocho mill, y cuando el padre Comisario general llegó allí, apenas habia cino mill, y desta manera van mermando en *toda* la Nueva España, así por pestilencias y mortandades que ha habido, como por malos tratamientos que les han hecho."[5]

¿Á qué fin acumular más citas? Vimos ya por Gil González Dávila, que de 1524 á 1539, cuando había disminuído extraordinariamente la población primitiva, los indígenas bautizados en México y sus contornos por los franciscanos y domínicos únicamente, sin contar los que

1 Docs. de América, IX, 225.
2 Cartas de Indias, 109.
3 En Recueil, II, 286.
4 171.
5 Relación Breve, I, 111.

bautizaron los clérigos y los agustinos y mercedarios, ascendían á la enorme cifra de 10.500,000; ahora bien, en 1810, precisamente cuando sonaba la hora gloriosa de nuestra Independencia, los indígenas de México, según Navarro y Noriega, llegaban á 3.676,281, incluyendo en esta suma todas las provincias que á la sazón constituían la Nueva España, aun las que hoy están ya separadas de nuestra patria, como Tejas, Nuevo México y Nueva ó Alta California. [1]

Para que no se juzgue reducida la cifra que acabamos de citar, advertiremos que en tanto que el señor Navarro y Noriega da á la Nueva España en 1810 una población total de 6.122,354 habitantes, López Cancelada, en la obra que publicó un año después, calcula dicha población en 6.000,000 tan sólo, estimando en 2.320,200 los indios puros; [2] además, el censo general mandado levantar por el conde de Revillagigedo en 1793, adicionado conforme á las noticias que los intendentes y gobernadores de provincia remitieron al virreinato hasta el 12 de mayo de 1794, no arroja para la Nueva España sino una población total de 4.483,529 habitantes. [3]

Sería imposible, por tanto, poner en duda que la Conquista y dominación españolas produjeron en México, como en las Antillas y Tierra Firme, la muerte de varios millones de indígenas.

§ 7. Perú.

Escribe el doctor Feyjoo en su laboriosa obra: "Por orden de su Magestad, al principio de la Conquista del Perú, se numeraron [sin incluirse el Reyno de Chile, y algunas Provincias] los Indios de este dilatado Reyno; y se empadronaron en el año de mil quinientos cincuenta y uno por el Arzobispo de Lima Don Fray Geronymo de Loaysa, por el Oidor Don Andrés Siancas, y por Fray Domingo de Santo Thomás, del Orden de Predicadores, á quienes se dirigió la Real Comisión ocho millones, doscientos ochenta y cinco mil personas de ambos sexos." [4] El barón de Humboldt, con carácter optimista y un tanto favorable al gobierno español, quizá también porque no tuvo á la vista la infinidad de documentos inéditos publicados después en Europa y en América, tacha de exagerado á Feyjoo; [5] empero, aun á falta de datos especia-

1 Memoria, Estado Anexo.
2 9.
3 En Humboldt, 1, 57.
4 28-9.
5 1, 55.

les relativos al Perú, podríamos inferir que allí, lo mismo que en las demás provincias, la destrucción de los naturales fué exhorbitante, supuesto que en todas ellas concurrieron iguales causas para la despoblación.

Como no es nuestro intento proceder por simples analogías, haremos hablar á los primitivos cronistas, quienes nos hacen ver que el Perú estaba tan densamente poblado que tenía ciudades secundarias de más de cien mil habitantes, como la de Paramonga. [1]

Escribía el jesuíta Alonso de Berzana: "un sacerdote siervo de Dios, que habia sido de los primeros conquistadores, me dijo: «Yo conocí en solo el *rio del Estero* más de veinte y cinco mil indios de tasa, que son solos varones de veinte á cincuenta años." [2] De la ciudad de Cuzco nos dice Oviedo que era "muy grande....... é que tenia un dia de andadura." [3]

Ahora bien, por lo que concierne á la despoblación, vemos que sólo en Cuzco, precisamente al tiempo de las disenciones entre Pizarro y Almagro, "eran muertos más de sessenta mill indios de hambre;" [4] años después, desde la ciudad de Trujillo hasta Lima, en la comarca donde existía Paramonga con más de cien mil habitantes, según indicamos antes, no se hallaban "4 mil indios;" [5] para no alargar, nos limitaremos á añadir que López de Velasco, basándose en los datos que recopiló desde 1571 hasta 1574, manifiesta que en todo el reino del Perú había tan sólo "como seiscientos ochenta mil indios," [6] y que éstos, en 1793, no pasaban de seiscientos mil, según "el censo muy exacto que se hizo por orden del virrey Gil de Lemos." [7]

Consiguientemente, aunque redujésemos sobremanera el cálculo de Feyjoo, todavía así resultaría que los españoles no se portaron más humanamente en el Perú que en los otros lugares del Nuevo Mundo.

§ 8. Chile.

Nos dice Valdivia: "Certifico...... que despues que las Indias se comenzaron á descobrir, hasta hoy, no se ha descubierto tal tierra.......

1 Relaciones Geográficas I, apéndice II, pág. CXLIV.
2 Idem, II, apéndice III, pág. LVII.
3 IV, 155.[2]
4 Oviedo, IV, 345.[1]
5 Relaciones Geográficas, I, apéndice II, pág. CXLIV.
6 400.
7 Humboldt, I, 55.

es más poblada que la Nueva España, muy sana, fertilísima é apacible, de muy lindo temple."[1] "Lo que puedo decir con verdad (añade), de la bondad desta tierra es que, cuantos vasallos de (S. M.)......... están en ella y han visto la Nueva España, dicen ser mucha más cantidad de gente que la de allá."[2]

"Al tiempo que se descubrió esta provincia había gran cantidad de indios en ella, que en muchas partes, por la multitud de poblaciones de indios que había, no había animales ningunos, porque no tenían donde criar en los campos por estar tan ocupados de pueblos y sementeras; con las guerras, hambres y mortandades de ellas, han venido en mucha diminución;"[3] "en sus comarcas habrá (decíase esto en 1574) ochenta ó noventa mil indios."[4]

Al hablar Alcedo de los naturales de Chile, manifiesta: "son los mas valerosos y guerreros de toda la América, que han mantenido una continua guerra para no rendirse al dominio de los Españoles;"[5] agrega el mismo autor que por tal causa "ha disminuido mucho el número de aquellos."[6]

§ 9. Paraguay.

Leemos en cédula que dictó el monarca español á 16 de septiembre de 1639: "porque (los españoles) ya no los hayan (á los indígenas) en más de trescientas y cincuenta leguas que han destruido, dando la vuelta hacia el río de la Plata comienzan á hacer lo mismo en las reducciones del Uruguay y Tape, en que han cometido tanta infinidad de delitos y atrocidades......... entrando con mano armada por el Paraguay........ más de doscientas leguas con el mismo rigor y crueldad que si estas entradas fueran por tierras de moros, abrasando, talando y destruyendo los pueblos y cautivando tantos millares de indios miserables, y sin defensa, que han llevado por fuerza á la costa del Brasil, donde los han vendido como clavos *(sic)* hinchendo dellos los ingenios de azúcar, haciendas y heredades, y aun han llegado hasta Lisboa, y otros lugares de Portugal, con tan rigurosa esclavitud como si fueran negros de Guinea ó berberiscos......

1 Docs. de América, IV, 54.
2 Idem, IV, 72.
3 López de Velasco, 517.
4 Idem, 514.
5 1, 508.[2]
6 Idem, 511-12.

"Y no contentándose con despoblar los pueblos y reducciones, pusieron fuego á las casas, quemando en ellas las familias enteras, poniendo sitio formado á las ciudades que se quisisron defender entrando en algunas á sangre y fuego contra los indios, sin que bastase su humildad ni el sujetarse luego á sus armas, para que no matasen, despedazasen y abrasasen muchos, cometiendo inauditas crueldades para rendir unos y atemorizar á otros, y los llevan presos en colleras y cadenas más de trescientas y aun de cuatrocientas leguas, cargados de cera silvestre, maderas y otras cosas, que vienen cogiendo por los caminos, sin darles más sustento que el que los mismos indios pueden alcanzar de los frutos de los árboles, caza y pesca de los montes y ríos por donde los pasan; y como son en tanto número y vienen caminando, muchos mueren de hambre, sed y cansancio, con que van dejando tantos cuerpos muertos por donde pasan, que por el rastro dellos se puede saber de dónde los traen, y es tanta su crueldad, que al que enferma le matan porque no les embarace, y porque quedándose atrás no vuelvan otros deudos ó amigos á acompañarle, y á la india, que por traer el hijo á cuestas no puede con la carga, que le reparten se le quitan y matan, privando así los padres de los hijos y los maridos de las mujeres, y si algunas ó algunos casados vienen sin sus consortes, los hacen casar otra vez, porque el amor de lo que dejan no los vuelva, cuyo rigor es causa que de trescientas mil almas que han sacado del Paraguay no han llegado veinte mil al Brasil." [1]

§ 10. Despoblación general de América.

Podriamos formar una larguísima lista de todos los pueblos y provincias despoblados completamente, ó cuya población disminuyó hasta grado sumo, como la villa de Arma que tenía 30.000 habitantes y después sólo contaba 500; [2] Anzerma que de 40.000 no conservó sino 800; [3] la villa de Timana que de 20.000 decreció hasta 700; [4] Otzolotepec; [5] Pacaibanca; [6] etc., etc., lugares todos donde sucedió otro tanto. Empero, nos limitaremos á exponer algunos datos de carácter general.

1 En Jarque, IV, 2-5.
2 Docs. de América, XLI, 478.
3 Idem, 476.
4 Idem, 462.
5 Idem, XIV, 225.
6 Relaciones Geográficas, III, 178.

Manifestaban al rey español los primeros religiosos domínicos venidos á América: "es...... gran mengua y afrenta para España...... que abiéndole Dios dado (á S. M.) unas tierras tan anchas, y tan riquísimas, y tan pobladas de gente tan mansa, que para otra cosa no nació, sino para servir en tan breve tiempo, la ayan dejado hecha desiertos, de los quales Vuestra Magestad puede decir que no es señor, pues en ellos no tiene gente á quien mande, abiendo avido otros Reyes de tierras desiertas y llenas de lagartos, ayan hecho ricas habitaciones de hombres, no teniendo, con mucho, tanto aparejo como tienen las tierras de Vuestra Magestad." [1]

En el importante memorial que dió el bachiller Luis Sánchez al presidente Espinosa, en Madrid á 26 de agosto de 1566, leemos lo siguiente: "Si bien se mira, es cierto que todas las cosas y negocios que de las Indias se pueden decir y tratar, vienen á parar y resumirse en solo un punto, y es, en favorecer alma y cuerpo de los indios ó destruillos y acaballos como hasta oy se ha hecho y hace. Los que los favorecen de veras—que es con obras y palabras,—son tan raros, que en diez y ocho años que é estado en las Indias, no é visto *quatro*. Todos los demás, son sus contrarios y los asuelan y destruyen. De aquí viene que daré por quenta, *mil y quinientas y algunas mas leguas despobladas en las Indias por medios de españoles que estaban llenas de indios;* y en las más dellas no an dexado criatura, y en las otras, tan poca gente, que se pueden llamar despobladas." [2]

Algunos años después escribía López de Velasco: "En todo lo descubierto, al principio los naturales fueron muchos más en número de los que después ha habido, porque en muchas provincias, donde había gran multitud dellos, han llegado casi á se acabar del todo." [3]

Á fines del mismo siglo XVI exclamaba Dávila Padilla: "En la gran tierra firme estan oy despoblados mas de. 10. Reynos, q qualquiera dellos era mayor q toda España, y está oy la soledad de dos mil leguas de tierra llorãdo á Dios por sus habitadores." [4]

Al siguiente siglo el marqués de Barinas manifestaba con admirable entereza al monarca español:

"Las Indias, Señor, han sido las provincias más pobladas del mundo...... cuando entró Hernando Cortés en la Nueva España, y Pizarro

1 Docs. de América, XI, 246.
2 Idem, XI, 163.
3 26.
4 312.[2]

en el Pirú, las hallaron tan llenas de gente, que apenas había palmo de tierra despoblada en todas ellas, y se juntaban [de la mesma manera] cien mil hombres, al son de cuatro caracoles marinos, como pudiera en Europa juntarse veinte mil al de las trompas y clarines, con rigurosas órdenes de sus príncipes y reyes." [1] "Y como quiera, Señor, (agrega el marqués) que la última ruina y miseria mayor de los reynos y provincias es su despoblación, porque á ella conspiran todas las desdichas humanas, y lo que más puede hacer una furiosa peste, el hambre, la guerra, el cuchillo y la persecución y la crueldad, es despoblar una provincia, y aun eso no lo puede conseguir frecuentemente; fácil es de conocer cuál y cuán terrible es esta enfermedad de las Indias, por los efectos que causa; que son el descaecer del todo y para siempre sus naturales, y con ellos, ellas. Qué sentimiento causara á V. M. si paseándose por lo mejor de España no hallase apenas hombres ni mujeres, lugares ni ciudades! y esos pobres y desnudos, sin tener con qué cubrir las carnes sus moradores, y viese los templos y las casas caídas, y toda su hermosura y grandeza por el suelo! Así se ven en las Indias; apenas se halla lugar en que hospedarse, sino que todo es páramo y soledad, y llegará tiempo en que se vea ni aun vestigios de lo que fué, estando tan á los principios." [2]

Ahora bien, preciso es declarar que la destrucción de las Indias fué llevada al cabo á ciencia y paciencia de la monarquía española.

Escribía en 1566 el bachiller Luis Sánchez: "vienen....... de las Indias personas de bien y religiosas, huyendo de los grandes males que allá ay, con gran fervor y celo de informar acá la verdad para que se remedie. Estos son muy pocos y conocerse an, en que vienen pobres y no bien quistos de gente de Indias. Estos con gran calor, comienzan á decir verdades y á desengañar de las cosas de Indias, y como acá, todos y el Consejo, están escarmentados de las mentiras que á todos los demás an oido, no saben á quien crean; y como á los buenos no les dan crédito, ni á las veces oidos, y si los oyen tibiamente, cánsanse y déxanlo; y tambien quando echan ojo en lo que trabajó el buen Obispo de Chiapa (el incomparable fray Bartolomé de Las Casas), y en su gran constancia y en lo que padeció mi buen amo el Obispo de Popayan (fray Agustín de Coruña, llamado por sus virtudes el Obispo Santo) y como ambos murieron con este pio, de que se supiese la

1 200–1.
2 206–7.

verdad de lo que en las Indias pasa, y se remediase y ambos sacaron poco fructo de sus trabajos, como veen esto, desanímanse y déxanlo, y así no se acaba de averiguar la verdad de lo que en las Indias pasa."[1]

Que efectivamente la monarquía española tuvo entero conocimiento desde temprano acerca de todos los males que causaban sus súbditos en las Indias, nos lo hace ver Carlos V en la cédula que expidió en Granada á 17 de noviembre de 1526, en la cual decía: "Nos somos *certificados* y es notorio que por la desordenada codicia de algunos de nuestros súbditos que pasaron á las nuestras islas é Tierra Firme del mar Océano, por el mal tratamiento que ficieron á los indios naturales de las dichas islas é Tierra Firme, ansí en los grandes y excesivos trabajos que les daban, teniéndolos en las minas para sacar oro, y en las pesquerías de perlas, y en otras labores y grangerías, faciéndolos trabajar excesiva é incómodamente, no les dando el vestir ni el mantenimiento necesario, *peor que si fueran esclavos*; lo cual todo ha sido é fué causa de la muerte del gran número de los dichos indios en tanta cantidad que muchas de las islas y parte de Tierra Firme quedaron yermas y *sin poblacion alguna* de los dichos indios naturales de ellas, y que otros huyesen, é se fuesen... á los montes é otros lugares para salvar sus vidas y salir de la dicha sujecion y mal tratamiento......... ansimismo somos informados que los capitanes y otras gentes que por nuestro mandado y con nuestra licencia fueron á descubrir y poblar alguna de las dichas islas é Tierra Firme...... movidos con la dicha codicia, olvidando el servicio de Dios nuestro Señor é nuestro firieron é mataron á muchos de los dichos indios en los descubrimientos é conquistas, y les tomaron sus bienes, sin que los dichos indios les hobiesen dado causa justa, ni hobiesen precedido ni hecho las amonestaciones que eran tenidos de les facer, ni fecho á los cristianos resistencia ni daño alguno."[2]

Empero, hemos visto cómo la destrucción de las Indias continuó perdudablemente bajo la dominación española.

Si la Monarquía hubiese vuelto á hablar con sinceridad de la despoblación general de la América, veinticuatro años después de expedida la citada cédula, y para ello hubiera consultado "los papeles, cartas, libros e escripturas (de los archivos reales),"[3] habría dicho con el cronis-

1 Docs. de América, XI, 167.
2 Docs. de España, I, 111-12.
3 Docs. de América, XXXVII, 102-3.

ta mayor del reino, Antonio de Herrera: "se falla que faltan en sesenta e ocho años muertos a nuestras manos, quarenta millones en todas las Indias; e de solo cargar los ombres, quince millones."[1]

Hay que advertir que acerca de esos papeles, cartas, libros é escripturas, decía entonces el autorizado Colegio Hispano Boloniense: "fascen fé."[2]

§ 11. Degeneración de los naturales de América.

Para concluir, pasamos á indicar de manera sintética cuál fué la suerte de los pocos indígenas que pudieron sobrevivir á tan despiadado exterminio.

Vistos los naturales por sus dominadores españoles como "más semejantes á bestias feroces que á criaturas racionales,"[3] fueron víctimas desde un principio de inauditas vejaciones y crueles martirios. Sin hogar, porque desde niños eran arrancados del seno de sus familias, y cuando llegaban á la edad viril, ó bien no podían mantener esposa, ó bien no querían buscarla para no engendrar esclavos; de complexión endeble y enfermiza á causa de que carecían de alimentos bastantes; rotos sus músculos por el exceso de trabajo á que se entregaban, ya para satisfacer la ambición sin límites de sus encomenderos ó señores, ya para pagar al clero los onerosísimos diezmos, primicias y gastos de festividades religiosas, ya para cubrir los exhorbitantes tributos impuestos por la Monarquía; lesionado con frecuencia su cerebro: "todos los indios plebeyos (decía el marqués de Barinas) traen hundida la frente [como si fueran bueyes] del temacán con que cargan, que es una faja que se ponen para aliviar el peso que les echan;"[4] aletargadas sus facultades mentales, debido á que no tenían instrucción alguna, excepto la religiosa, que viciada y aislada no infundía en ellos sino superstición, fanatismo é intolerancia: profesábase la máxima: á los indios "es preciso..... no educarlos,"[5] "salvo tocante a la Relygion Crystiana;"[6] sin poder sustraerse al vicioso y depravado ejemplo de los españoles: "no es de maravillar (decía Mendieta) sino cómo todos ellos no se han pervertido y trocado del todo, segun las ocasiones que se les dan y han dado de malos ejem-

1 Idem, 201.
2 Idem, 103.
3 Beaumont, II, 128.
4 212.
5 Zumárraga, en Recueil, II, 102.
6 Docs. de América, XLII, 466.

plos que de nosotros han recebido y reciben;"[1] faltos de solaces y descansos que dilataran su comprimido ánimo; escasos de recuerdos que les consolaran en las tristes horas de su existencia; sin abrigar esperanza de dicha ni de alivio; despreciados siempre; impotentes aun para quejarse; condenados á eterna opresión mortal....... todas estas causas hicieron que las razas indígenas de América no sólo perdieran una á una las infinitas cualidades que con sobrados bríos lucieron gloriosamente en sus días de libertad, sino que degenerasen con inconcebible rapidez y al fin cayeran en el lastimoso estado en que todavía las miramos al fenecer el siglo XIX.

Empero, esas razas infortunadas, rescatadas ya de la servidumbre y colocadas de nuevo en medio propicio, volverán á manifestarse prósperas y pujantes, luego que empiecen á sentir la mágica influencia de una eficaz educación, física, intelectual y moral; sus facultades, aunque profundamente adormecidas, no han podido morir y antes bien son susceptibles de alcanzar pronto y vigoroso desarrollo: México debe sus más preciadas instituciones, las que dieron origen y será su actual progreso, á un miembro de esas mismas razas, al imperecedero don Benito Juárez, que, con inteligencia superior y energía nunca quebrantada, extirpó de nuestro suelo el obscurantismo pernicioso hondamente arraigado á la sombra secular de la dominación española.

1 509.

TABLA BIBLIOGRÁFICA

DE LOS

AUTORES Y EDICIONES QUE SE CITAN EN LA PRESENTE OBRA.[1]

Acosta, Joseph de.

1894.—Historia Natural y Moral de las Indias. Publicada en Sevilla en 1590 y ahora fielmente reimpresa de la primera edición. Madrid. 2 vols. en 16º

Confiesa el autor que comúnmente siguió á Polo Ondegardo en las cosas del Perú y á Juan Tovar en las de México (II, 143).

Actas de Cabildo de la Ciudad de México.

1889–99.—Edición del "Municipio Libre." Publicada por su propietario y director Ignacio Bejarano. México. (Imprenta y librería de Aguilar é Hijos). 14 vols. en 4º—Continúan en publicación.

Las actas publicadas comprenden el período transcurrido desde el 8 de marzo de 1524 hasta el 8 de febrero de 1602. En mi colección de manuscritos tengo copia de varias actas posteriores.

Aguilar, Fray Francisco de.

Historia de la Nueua España. Relatio breue de la Conquista de la Nueua España. En Anales del Museo Nacional, tomo VII.

Nos dice el Autor que fué "conquistador de los primeros que pasaron con hernando Cortes a esta tierra," (pág. 3).

1 Adoptando las medidas establecidas por la American Library Association, llamo vol. en 24º al que no excede de 15 centímetros de longitud; en 16º al que no excede de 17½; en 12º, de 20; en 8º, de 25; en 4º, de 30; en fol., de 35; en fol.⁴, de 40; en fol.⁵, de 50, y en fol.⁶, de 60 centímetros.

Alcedo, Antonio de.

1786-89.—Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales ó América: es á saber: de los Reynos del Perú, Nueva España, Tierra Firme, Chile, y Nuevo Reyno de Granada. Con la descripción de sus Provincias, etc. En la Imprenta de Benito Cano. En Madrid. 5 vols. en 12º

La traducción inglesa hecha por G. A. Thompson, publicada en Londres, 1812-15, comprende un atlas, del que carece esta 1ª edición.

Alegre, Francisco Javier.

1841-42.—Historia de la Compañía de Jesus en Nueva-España. Publicala...... Carlos Maria de Bustamante. Mexico. Imprenta de J. M. Lara. 3 vols. en 8º

El autor fué uno de nuestros sabios más insignes; nació en Veracruz, en 1729, y murió en 1788.

Amador de los Ríos, José.

1875-76.—Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal. Madrid. Imprenta de T. Fortanet. 3 vols. en 8º

2ª edición mucho más extensa que la 1ª, hecha en Madrid, el año de 1848.

Amador de los Ríos, José.

1861-65.—Historia crítica de la literatura española. Madrid. Imprenta de José Rodriguez. 7 vols. en 8º

Obra que "desgraciadamente, no hizo más que comenzar (el autor), pues sus siete voluminosos tomos sólo alcanzan hasta la aparición del romance, y que hubiera sido un monumento á no haberle faltado el auxilio de la Real Casa, que se comprometió á costearlo." (Diccionario Enciclopédico, XVII, 696¹).

Anales de Cuauhtitlan.

1885.—Noticias historicas de Mexico y sus contornos compiladas por D. Jose Fernando Ramirez y traducidas por los señores Faustino Galicia Chimalpopoca, Gumesindo Mendoza y Felipe Sanchez Solis. Publicacion de los Anales del Museo Nacional. México. Imprenta de Ignacio Escalante. En Anales del Museo Nacional, apéndice al tom. III.

Llegan estas noticias hasta el año de 1519.

Anales del Museo Nacional de México.

1877-1900.—México. Imprenta de Ignacio Escalante. 6 vols. en fol. (Siguen en publicación).

Están dedicados principalmente á la Historia antigua de México: contienen obras inéditas ó reimpresas de la mayor importancia.

Ancona, Eligio.

1889.—Historia de Yucatán desde la época más remota hasta nuestros días. Barcelona. Imprenta de Jaime Jepús Roviralta. 4 vols. en 8º

2ª edición. La 1ª se publicó en Mérida, 1878.

Andagoya, Pascual de.

Relacion de los sucesos de Pedrarias Dávila en las provincias de Tierra firme ó Castilla del oro, y de lo ocurrido en el descubrimiento de la mar del Sur y costas del Perú y Nicaragua. En Navarrete, tomo III.

"Pasó (Andagoga) á Tierra-firme el año 1514" (Navarrete, III, 457).

(Andrade, José María).

1869.—Catalogue de la Riche Bibliothèque de D. José María Andrade. Livres manuscrits et imprimés. Literature française et espagnole. Histoire de l'Afrique, de l'Asie et de l'Amérique. 7000 pièces et volumes ayant rapport au Mexique ou imprimés dans ce pays. Dont la vente se fera lundi 18 janvier 1869 et jours suivants a Leipzig. Leipzig. List & Francke. Paris. Librairie Tros. 1 vol. en 8º

Esta rica colección de libros estaba destinada á formar, bajo Maximiliano, la Biblioteca Imperial de México.

Antonio, Nicolas.

1783-88.—Bibliotheca Hispana Nova sive hispanorum scriptorum qui ab anno MD. ad MDCLXXXIV. floruere Notitia. Matriti. Apud Joachimum de Ibarra Typographum Regium. 2 vols. en fol. [5]

Completa esta obra eruditísima la Bibliotheca Hispana Vetus escrita por el mismo autor, y publicada en Madrid hacia 1788

por la Viuda y herederos de Joaquín de Ibarra, en bellísima edicióu, la cual, con el Salustio de 1772 y el Quijote de 1780, impresos también por Ibarra, son las tres mejores producciones de la tipografía española.

La 1ª edición de ambas obras de Antonio se hizo en Roma, 1672–96.

Archivo Mexicano.

1852–53.—Documentos para la Historia de Mexico. Mexico. Tipografia de Vicente Garcia Torres. 2 vols. en 8º

Dichos Documentos se reducen al Sumario de la residencia tomada en 1529 á Hernán Cortés, Gobernador y Capitán general de la Nueva España, y á otros gobernadores y oficiales de la misma, paleografiado del original por el Lic. Ignacio López Rayón.

Asensio, José María.

(Sin fecha.)—Cristóbal Colón. Su vida. Sus viajes—sus descubrimientos. Barcelona. Espasa y Compañía. 2 vols. en 4º

Edición profusamente ilustrada.

Barinas, Marqués de. Véase VILLALOBOS.

Beaumont, Fray Pablo de la Purisima Concepcion.

1873–74.—Cronica de la Provincia de los Santos Apostoles S. Pedro y S. Pablo de Michoacan. En Biblioteca Histórica, vols. XV á XIX.

La 1ª parte, ó sea el Aparato, fué publicada en México, 1826, por don Carlos María de Bustamante, quien, con su natural ligereza, la atribuyó á fray Manuel de la Vega.

"Escribió (Beaumont) á solicitud del Sr. Arzobispo Lorenzana" (Beristain, I, 165), quien fué promovido en 1766.

Benavente, ó Motolinia, Fray Toribio de.

Historia de los Indios de Nueva España. En Colección de Documentos para la Historia de México, vol. I.

El autor fué uno de los primeros franciscanos venidos á Nueva España en 1524 bajo la obediencia de fray Martín de Valencia.

Benzoni, Girolamo.

1857.—History of the New World. Shewing his travels (del au-

tor) in América, from A.D. 1541 to 1556: with some particulars of the island of Canary. Now first translated, and edited by Rear-Admiral W. H. Smith, K.S.F. D.C.L. etc., etc., etc. London: Printed for the Hakluyt Society. 1 vol. en 8º

La 1ª edición es de Venecia, 1565.

La Hakluyt Society se fundó en 1846 con el objeto de publicar obras raras ó inéditas sobre viajes; hasta 1898 había dado á luz 99 vols., correcta y bellamente impresos.

Beristain de Souza, José Mariano.

1816-21.—Biblioteca Hispano-Americana Septentrional ó Catálogo y noticia de los literatos, que ó nacidos, ó educados, ó florecientes en la America septentrional española, han dado á luz algun escrito, ó lo han dexado preparado para la prensa. En México: (Oficina de D. Alexandro Valdés). 3 vols. en 4º

Obra utilísima, no obstante sus múltiples errores. Esta 1ª edición escasea mucho. Recientemente se publicó en Santiago de Chile, 1897, el vol. IV, inédito hasta entonces, formado de los anónimos que dejó escritos el autor. Don José Fernando Ramírez escribió unas Adiciones á esta Biblioteca, publicadas hasta hace dos años.

Bernaldez, Andrés.

1856.—Historia de los Reyes Catolicos D. Fernando y Dª Isabel. Crónica inédita del siglo XV. Granada. Imprenta y libreria de D. José Maria Zamora. 2 vols. en 8º

El editor, don Miguel Lafuente y Alcántara, nos dice que Bernáldez nació á mediados del siglo XV y murió en 1513. (I, 6). Fué Bernáldez testigo presencial de muchos de los hechos que refiere; por lo que hace á Colón, nos dice: "fué mi huésped, e me dexó algunas de sus Escrituras...... de donde yo saqué e cotejelas con...... otras..... e escribí esto de las Indias." (I, 306).

Entre las ediciones posteriores, descuella la publicada en Sevilla, 1869-75, por la Sociedad de Bibliófilos Andaluces.

Bibliografía Colombina.

1892.—Enumeración de libros y documentos concernientes á Cristóbal Colón y sus viajes. Obra que publica la Real

Academia de la Historia. Madrid. Establecimiento tipográfico de Fortanet, impresor de la Real Academia de la Historia. 1 vol. en 4º

Aunque no comprende, como sería de desear, todos los libros y documentos referentes á Colón, es hoy día la más completa. Entre otros documentos interesantes, no cita el notable mapa de Culiacán impreso en 1579, ó sea la Cvlianãe Americãe Regionis Descriptio, donde aparece, con el nombre de *Colombo*, un pueblo situado sobre la ribera S. del río de Culiacán; ya desde 1531 había dado noticia de dicho pueblo Gonzalo López, pero la Real Academia de la Historia vió un simple *cuento* en tal referencia (Bibliogr. Colomb, 100[1]), dudando sin motivo hubiera sido la Nueva España la 1ª que tratara de inmortalizar el nombre de Colón. En poder de mi querido amigo el señor don Francisco Rivas Puigcerver existe un hermoso ejemplar del referido mapa.

Biblioteca de Autores Españoles.

1851–80.—Desde la formacion del lenguaje hasta nuestros dias. Ordenada é ilustrada por D. Buenaventura Cárlos Aribau. Madrid. Imprenta de la Publicidad, á cargo de D. M. Rivadeneyra. 71 vols. en 4º

Á pesar de sus descuidos y defectos tipográficos, constituye el mejor monumento literario de España.

Biblioteca Histórica de la Iberia.

1870–75.—Mexico. Imprenta de I. Escalante y Cª 20 vols. en 12º

Quedaron incluídos en esta colección la Crónica del P. Beaumont y la Información de Tlaxcala, ambas inéditas hasta entonces.

Biblioteca Mexicana.

1877–78.—Jose M. Vigil, Editor. México. Imprenta y litografía de Ireneo Paz. 3 vols. en 4º

Desgraciadamente se suspendió esta publicación, á la cual debemos el Códice Ramírez y los Fragmentos.

Biographie Universelle, Ancienne et Moderne,

1811–62.—ou Histoire, par ordre alphabétique, de la vie publique et privée de tous les hommes qui se sont fait remar-

quer...... Ouvrage entièrement neuf, rédigé par une société de gens de lettres et de savants. A Paris, chez L. G. Michaud, imprimeur-libraire. 85 vols. en 8º

Boban, Eugène.

1891.—Documents pour servir a l'histoire du Mexique. Catalogue raisonné de la collection de M. E.-Eugène Goupil [Ancienne collection J.-M.-A. Aubin]. Texte avec une introduction de M. E.-Eugène Goupil et une lettre-préface de M. Auguste Génin. Paris. Ernest Leroux, Editeur. 2 vols. de texto y un atlas, todos en fol.[4]

Esta colección, única en su género, se compone de antiguos jeroglíficos, cartas, planos y manuscritos, provenientes, en su mayor parte, del Museo Histórico Indiano que á costa de grandes y penosos esfuerzos logró formar el caballero Lorenzo Boturini Benaduci.

Boletin del Instituto Nacional de Geografía y Estadistica de la República Mexicana.

1861-98.—Presentado al Supremo Gobierno de la Nacion por la Junta Menor del mismo Cuerpo. Mexico. Tipografía de Andrés Boix, á cargo de Mariano Sierra. 26 vols. en 8º (Sigue en publicación).

Se divide en tres épocas: la 1ª formada de doce volúmenes, —el último no comprende sino dos cuadernos; la 2ª de cuatro volúmenes; la 3ª de seis, y la 4ª de tres completos y otro que aún no concluye. Á poco de haber principiado esta publicación cambió su primer título por el que hoy tiene: "Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística."

Botero Benes, Juan.

1603.—Relaciones Universales Del mundo...... Primera y Segunda Parte, Traduzidas...... por el Licenciado Diego de Aguiar. Impresso en Valladolid por los herederos de Diego Fernandez de Córdoua. 2 vols. en 4º

Traducción rara á cuyos ejemplares falta por lo común el curioso mapamundi con que se publicó. Acabóse de imprimir esta edición desde 1599. La 1ª de la obra original se hizo en Roma, 1592-93. Nació el autor en Piamonte, el año de 1540 y murió en 1617.

Brunet, Jacques-Charles.

1860–65.—Manuel du libraire et de l'amateur de livres. Paris. Librairie de Firmin Didot frères, fils et Cie. 6 vols. en 8º

Aunque sólo comprende obras selectas (31,872, sin incluir publicaciones periódicas escritas en francés), puede considerarse como una de las mejores bibliografías generales publicadas hasta ahora.

Bvrgoa, Francisco de.

1670.—Palestra Historial de virtvdes, y exemplares Apostolicos. Fundada del zelo de insignes Heroes de la sagrada orden de predicadores en este Nvevo Mvndo de la America en las Indias Occidentales. Impreso en Mexico: En la imprenta de Iuan Ruyz. 1 vol. en 4º

Muy escasa. El ejemplar que perteneció al P. Fischer se vendió en L. 40, s. 1, juntamente con la Historia Geográfica Descripción de la Parte Septentrional del Polo Artico de la América, escrita también por el P. Burgoa, é impresa asimismo en México, 1674 (Fischer, 28).

Cabrera de Córdoba, Luis.

1619.—Felipe Segvndo Rey de España. Madrid. Imp. por Luis Sánchez, 1 vol. en 4º

El autor trató de publicar la 2ª parte de esta obra, pero prescindió de su intento, porque la Monarquía quiso obligarle á que modificara el original. Dicha parte no se imprimió sino hasta 1876, en Madrid, por el Ministerio de Fomento.

Calendrier des Grands Hommes, Le Nouveau.

1893–94.—Biographies des 558 personnages de tous les temps et de toutes les nations qui figurent dans le calendrier positiviste d'Auguste Comte. Traduit de l'anglais par Ch. Avezac-Lavigne. Paris. Ernest Leroux, editeur. 2 vols. en 8º

Cano, Johan.

Diálogo del Alcayde de la Fortaleça de la cibdad é puerto de Sancto Domingo de la Isla Española...... (Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés) de la una parte, é de la otra un cavallero vecino de la grand cibdad de México,

llamado Johan Cano. En Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, Historia General, tomo III.

Entablóse este diálogo hacia 1544 (Oviedo, III, 547 [1]). Cano casó "con una hija legítima de Monteçuma, é passó á la Nueva España con el Capitan Pamphilo de Narvaez...... era mancebo de diez y seys ó diez y siete años, é se halló despues en todos los subcessos de la Nueva España." (Idem, III, 547.[1 y 2])

Cartas de Indias.

1877.—Publícalas por primera vez el Ministerio de Fomento. Madrid. Imprenta de Manuel G. Hernández. 1 vol. en fol. [4]

Magnífica edión. Contiene un buen número de cartas escritas en el siglo XVI, por Colón, Vespucio, Las Casas y otros notables personajes; varios facsímiles de las mismas; algunas láminas y cuatro mapas, fuera de las anotaciones correspondientes.

Casas. Véase Las Casas.

Cepeda, Fr. Gabriel de.

1670.—Historia de la milagrosa y venerable imagen de N. S. de Atocha, Patrona de Madrid. Discvrrese sobre su antigvedad, Origen, y Prodigios, en defensa de dos graues Coronistas. En Madrid. En la imprenta Real. 1 vol. en 4º

Tiene algunos datos biográficos relativos á nuestro inmortal don fray Bartolomé de Las Casas.

Cervantes Saavedra, Miguel de.

Obras. En Biblioteca de Autores Españoles, vol. I.

La Galatea, primera novela dada á luz por Cervantes, se imprimió el año de 1588, en "los últimos meses" (Navarrete, Vida, 67). Por lo que hace al Quijote, la 1ª parte se publicó en 1605, en Madrid, por Juan de la Cuesta, distinguiéndose principalmente esta edición de las posteriores del mismo año, en que su privilegio se refiere sólo á Castilla; la 2ª parte se publicó en 1615 por el propio impresor: el célebre librero londonense Bernard Quaritch anunció no hace mucho un ejemplar completo de ambas ediciones del Quijote, en L. 150.

Cervantes Salazar, Francisco.

1875.—México en 1554. Tres diálogos latinos que Francico Cer-

vántes Salazar escribió é imprimió en México en dicho año. Los reimprime, con traduccion castellana y notas, Joaquin Garcia Icazbalceta. México. Antigua Librería de Andrade y Morales. 1 vol. en 8º

Edición muy interesante, tanto por la obra principal como por las notas que le puso el erudito reimpresor.

Cieza de Leon, Pedro de.

La Crónica del Perú. En Historiadores Primitivos de Indias, vol II.

La 1ª edición de esta crónica es de Sevilla, 1553.

Clavigero, Francesco Saverio.

1780–81.—Storia Antica del Messico cavata da'migliori storici spagnuoli, e da'manoscritti, e dalle pitture antiche degl'indiani...... In Cessena. Per Gregorio Biasini all'Insegna di Pallade. 4 vols. en 8º

Nació el autor en Veracruz el año de 1731; murió en Bolonia en 1787. Publicada su obra, fué traducida luego "al frances, y mas tarde al ingles, al aleman, y á los principales idiomas de Europa. Solo el suspicaz y rencoroso gobierno de Cárlos III, mostró oposicion á que corriese en lengua española." (Diccionario Universal, II, 336 ²).

Clemencin. Diego.

1820.—Elógio de la Réina Católica Doña Isabel, leido en la junta pública que celebró la Real Académia de la História el dia 31 de Július de 1807. Madrid. Imprenta de Sancha. 1 vol. en 4º

Códice Diplomático-Americano.

1867.—Coleccion de cartas, de privilegios, cedulas y otras escrituras del gran descubridor del Nuevo Mundo. Habana. Imprenta y Libreria "El Iris." 1 vol. en 8º

Publicado primeramente en italiano por Gio. Batista Spotorno en Génova, 1823. La traducción que citamos está hecha por Diego Ruiz Toledo.

Códice Ramirez.

Relacion del origen de los indios que habitan esta Nue-

va España segun sus historias. En Biblioteca Mexicana, tom. III.

"De la comparacion hecha por el Sr. (Ad. F.) Bandelier entre el fragmento impreso de la obra...... (del P. Juan de) Tovar y el Códice Ramirez...... resulta tal semejanza, que no puede caber duda de que ambas obras son una misma" (García Icazbalceta, Don Fray Juan, 2ª parte, 267).

El P. Tovar nació en Tetzcoco hacia mediados del siglo XVI y murió en 1626. Fué de los primeros que abrazaron en México el instituto de la Compañía de Jesús (Alegre, I, 108).

Coleccion de Documentos Inéditos

1842–96.—Para la Historia de España. Por don Martin Fernandez Navarrete, don Miguel Salvá y don Pedro Sainz de Baranda (después por otros). Madrid. Imprenta de la Viuda de Calero. 112 vols. en 8º

Se han incluído en esta valiosa Colección muchos documentos relativos á América.

Coleccion de Documentos Inéditos

1864–84.—Relativos al descubrimiento, conquista y colonizacion de las posesiones españolas en América y Occeanía, sacados, en su mayor parte, del Real Archivo de Indias, bajo la direccion de los Sres. D. Joaquin F. Pacheco y D. Francisco de Cárdenas...... y D. Luis Torres de Mendoza (y posteriormente otros). Madrid. Imprenta de M. Bernaldo de Quirós. 42 vols. en 8º

Indispensable á cuantos escriban sobre Historia de América. Es de sentir sin embargo que los editores no se hayan sujetado á método alguno, ni siquiera al cronológico, y que además hayan incurrido de continuo en graves errores, clasificando, por ejemplo, como expedida en el siglo XV, una real cédula del siglo XVI (XXXIII, 53), ó como escrita en 1509, una relación que habla del año de 1522 (XXXIV, 111).

Colección de Documentos Ineditos

1885–99.—Relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de Ultramar. Segunda serie publicada por la Real Academia de la Historia. Madrid. Est. tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra.» 12 vols. en 8º (Continúa en publicación).

Los defectos de la anterior Colección desaparecen en esta segunda serie; los documentos están ya bien clasificados por materias y fechas, y casi todos los vols. contienen, aparte de un índice general, otro de personas y otro de lugares, que facilitan en extremo la consulta.

Coleccion de Documentos para la Historia de México.
1858-66.—Publicada por Joaquin García Icazbalceta. México. Libreria de J. M. Andrade. 2 vols. en 4º

Correcta y esmerada. El sabio editor nos dice; "No he creido conveniente...... añadir al título de *Coleccion de Documentos* la palabra *Inéditos*, por no privarme de incluir aquellos que, aunque ya impresos, son excesivamente raros, ó están como perdidos en colecciones voluminosas y poco conocidas" (I, págs. VI-VII).

Coleccion de Historiadores de Chile
1861-1900.—Y Documentos relativos á la Historia nacional. Santiago. Imprenta del Ferro-Carril. 33 vols. en 4º

De importancia por reunir en una sola obra los documentos referentes á Chile, muchos de los cuales corrían en Colecciones diversas, costosas y raras.

Coleccion de Libros que tratan de América raros ó curiosos.
1891-1900.—Madrid. XIX vols. en 12º

Contiene obras antiguas que, aunque impresas con anterioridad, eran ya difíciles de adquirir.

Colección de Libros españoles raros y curiosos.
1871-96.—Madrid. Imprenta de Miguel Ginesta. 24 vols. en 12º

Elegantemente impresa; comprende pocos libros históricos: está dedicada en su mayor parte á obras literarias.

Colmenares, Diego de.
1637.—Historia de la insigne ciudad de Segovia y Compendio de las Historias de Castilla. En Segovia por Diego Diez, Impresor. 1 vol. en 4º

Obra laboriosa y apreciada de los eruditos, pero no exenta de errores.

Colon, Cristobal.

Relaciones, Cartas y otros documentos. En Fernández de Navarrete, vol. I.

"Sabido es que de vuelta el grande Almirante de su primero y prodigioso viaje por el mes de Febrero de 1493, frontero á las costas españolas, escribió desde la carabela Niña á Rafael Sanchez, Tesorero de los Reyes Católicos, una misiva importantísima, dando cuenta del descubrimiento de las Indias; y la imprenta, que á la sazón hallábase en los albores de su vida, ennoblecióse al propagar tan peregrina carta, primeramente en Sevilla por el mes de Abril de 1493, luego en Barcelona, según doctos bibliófilos; y como el asunto no podía ser ni más interesante ni que más despertara la curiosidad pública, ya en el mes de Mayo hallábase traducida y reimpresa en Roma..... al latín por Leandro Cosco." (Curiosidades Bibliográficas, págs. VII-III). Sólo se conocen ejemplares de esta edición hecha en Roma, que Ternaux califica de primera edición (pág. 1), y de la cual, según Harrisse, no existían sino tres ejemplares: uno en Nueva York, otro en Londres y otro en Munich (pág. 1). Por nuestra parte, creemos que existen más; al menos, puede suponerse que ninguno de dichos ejemplares es el que Bernard Quaritch, en su catálogo núm. 188, anunció en £310.

Columbus, Christopher.

1870.—Select letters......with other original documents, relating to his four voyages to the New World. Translated and edited by R. H. Major, F. S. A., etc. Second Edition. London: Printed for the Hakluyt Society. 1 vol. en 8º

La 1ª edición la publicó la misma Sociedad el año de 1847.

Colón, Fernando.

1892.—Historia del Almirante Don Cristóbal Colón, en la cual se da particular y verdadera relación de su vida, de sus hechos, y del descubrimiento de las Indias Occidentales llamadas Nuevo-Mundo. En Colección de Libros que tratan de América. Vols. V y VI.

Fué el autor hijo natural de Cristobal Colón; nació en Córdova en 1488 y murió en 1539.

Su obra ha sido tachada de apócrifa, pero con débiles razones; de cualquier modo que sea, "conserva todo lo sustancial

de los papeles del descubridor, y á la letra varios fragmentos escogidos con pulso y delicadeza." (Muñoz, pág. VIII).

Corpus Juris Civilis.

1663.—Pandectis ad Florentinum archetypum expressis, institutionibus, codice et novellis, addito textu Graeco, ut & in Digestis et Codice, Legibus & Constitutionibus Graecis, cum optimis quibusque Editionibus collatis...... Amstelodami, Apud Joannem Blaeu. Ludovicum, & Danielem Elzevirios. Lugd. Batavorum, Apud Franciscum Hackium. 2 vols. en fol.[4]

La mejor edición del Digesto, y una de las obras maestras de los Elzevirios. No sé que exista en México otro ejemplar que el mío.

Cortés, Hernan.

1866.—Cartas y relaciones...... al Emperador Carlos V. Colegidas é ilustradas por Don Pascual de Gayangos. Paris. Imprenta Central de los Ferro-Carriles. 1 vol. en 4º

El primer escrito impreso de Cortés fué la 2ª carta de relación dirigida al Emperador Carlos V con fecha 20 de octubre de 1520; hizo la edición Juan Cromberger en Sevilla, á 8 de noviembre de 1522. Brunet cita un ejemplar vendido en Londres en £ 26, s. 10 (II, 311[1]).

Crónica del Rey Don Sancho el Bravo.

Fijo del rey don Alfonso Décimo. En Biblioteca de Autores Españoles, tomo LXVI.

"Parece que se escribieron (esta crónica y las de Alfonso X y Fernando IV) de 1340 á 1352" (Crónicas, I, pág. VI).

Crónicas de los Reyes de Castilla.

Desde don Alfonso el Sabio, hasta los Católicos don Fernando y doña Isabel. En Biblioteca de Autores Españoles, vols. LXVI, LXVIII y LXX.

Es la única colección completa de dichas crónicas.

Curiosidades Bibliográficas.

1892.—Y documentos inéditos. Homenaje del Archivo Hispalense al cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo. Sevilla. En la oficina de E. Rasco. 1 vol. en 8º

Contiene un facsímil de la carta de Colón, traducido al italiano por Julián Dati é impresa en Roma á 15 de junio de 1493.

Chavero, Alfredo.

Historia Antigua y de la Conquista (de México). En México á Través de los Siglos, vol. I.

Escrita con brillante talento y galano estilo; contiene numerosas ilustraciones tomadas de los antiguos códices indígenas.

Chimalpahin Quauhtlehuanitzin, Domingo Francisco de San Anton Muñon.

1889.—Annales. Sixième et septième relations [1258–1612]. Publiées et traduites sur le manuscrit original par Rémi Siméon. Paris. Maisonneuve et Ch. Leclerc, éditeurs. 1 vol. en 8º

Dícenos el traductor que Chimalpahin "nació en Amaquemecan, en la noche del 26 al 27 de mayo de 1579..... y murió á una edad muy avanzada." (Págs. XII-III).

Davila Padilla, Fray Avgvstin.

1625.—Historia de la fvndacion y discvrso de la provincia, de Santiago de Mexico, de la Orden de Predicadores por las vidas de sus varones insignes y casos Notables de Nueua España. En Brvsselas. Ivan de Meerbeqve. 1 vol. en fol.

El autor nació en México, el año de 1562 y murió en 1604. Imprimióse su Historia por primera vez en Madrid, 1596.

Diaz, Juan.

1518.—Itinerario de la armada del rey católico á la isla de Yucatan, en la India, el año 1518, en la que fué por comandante y capitan general Juan de Grijalva. Escrito para su Alteza por el capellan mayor de la dicha armada. En Coleccion de Documentos para la Historia de México, vol I.

Publicóse primeramente en la nueva edición de las relaciones de Luis de Varthema, hecha en Venecia hacia 1520.

Diaz del Castillo, Bernal.

Verdadera historia de los sucesos de la conquista de la Nueva-España. En Historiadores Primitivos de Indias, vol. II.

Sábese que nació el autor en Medina del Campo, pero se ignora el año. Vino á las Indias en 1514; formó parte de las expediciones de Hernández de Córdova, Grijalva y Cortés, venidas á Nueva España; murió en Guatemala á fines del siglo XVI. Allí escribió su obra, la que no se imprimió sino hasta 1632 en Madrid; propúsose el autor rebatir la Historia de Gomara impresa en Zaragoza, 1552-53.

Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano.

1887–99.—De literatura, ciencias y artes. Barcelona. Montaner y Simón, Editores. 25 vols. en fol.

El vol. V está dividido en 2 tomos.

Diccionario Universal de Historia y de Geografía.

1853–56.—Obra dada á luz en España por una sociedad de literatos distinguidos, y refundida y aumentada considerablemente para su publicacion en Mexico. Mexico. Tipografía de Rafael. Librería de Andrade. 10 vols. en 4º

Encierra interesantes artículos concernientes á México, escritos por nuestros insignes publicistas Lucas Alamán, Joaquín García Icazbalceta, Manuel Orozco y Berra y otros. Los tres últimos vols. forman un Apéndice dedicado exclusivamente á la República Mexicana.

Documentos. Véase Colección de Documentos.

Dorantes de Carranza, Baltazar.

Sumaria Relacion de las cosas de la Nueva España con la noticia individual de los descendientes legítimos de los conquistadores y primeros pobladores Españoles. M. S. en poder de mi buen amigo, el señor don José María de Agreda y Sánchez.

Aunque pocos datos biográficos tenemos del autor, sabemos que fué hijo de Andrés Dorantes, uno de los compañeros de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, y que nació en México á mediados del siglo XVI.

Duran, Fray Diego.

1867–80.—Historia de las Indias de Nueva-España y Islas de Tierra-Firme. La publica con un atlas de estampas, notas é ilustraciones, José F. Ramirez. México. Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante. 2 vols. de texto y 1 atlas, en fol.

Fué el autor "hijo de Mexico..... Murio..... año de 1588." (Dávila Padilla, 653'). Acerca de su obra nos dice el P. Tovar: "vi un libro que hizo un fraile dominico, deudo mio, que estaba el más conforme á la librería antigua que yo he visto." (En García Icazbalceta, Don Fray Juan, 2ª parte, 264). El ejemplar que poseo puede considerarse único por estar impreso en gran papel y tener iluminado el Atlas en vista de los antiguos jeroglíficos, bajo la dirección del finado director de nuestro Museo Nacional, don Gumesindo Mendoza, á quien perteneció.

Egviara et Egvren, Joanne Josepho de.

1755.—Bibliotheca Mexicana sive eruditorum historia virorum, qui in America Boreali nati, vel alibi geniti, in ipsam Domicilio aut studiis asciti, quavis linguâ scripto aliquid tradiderunt. Mexici: Ex novâ Typographia in Ædibus Authoris editioni ejusdem Bibliothecae destinatâ. Tomus Primus (único publicado) en 4º

Este tomo no comprende sino las letras A, B y C. En la espléndida biblioteca de mi querido amigo don José María de Ágreda y Sánchez, existen los autógrafos inéditos relativos á las letras D á J.

El Mundo. (Diario de México).

1900.—Sábado 22 de diciembre. Tomo IX.—México.—Nº 1435.

Enriquez del Castillo, Diego.

Crónica del rey don Enrique el Cuarto de este nombre. En Crónicas de los Reyes de Castilla, vol. III.

Escrita durante el siglo XV, é impresa en Madrid, como 2ª edición, el año de 1787, pero hasta hoy no se conoce ejemplar alguno de la supuesta 1ª edición.

Fabié, Antonio Maria.

1879.—Vida y escritos de don Fray Bartolomé de Las Casas, Obispo de Chiapa. En Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España, vols. LXX y LXXI.

El mejor trabajo de los que se han escrito acerca del sublime Defensor Universal de los Indios.

Fernández Duro, Cesáreo.

1888.—Tradiciones infundadas. Madrid. Est. tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra.» 1 vol. en 8º

El autor es el primero y tal vez el único publicista español que sin ciego espíritu de *patriotería* haya tratado la Historia de la Península.

Fernandez de Enciso, Martin.

1530.—Suma de geographia q trata de todas las partidas y prouincias del mundo: en especial de las indias. y trata largamente del arte del marear juntamente con la esfera en romance: conel regimiẽto del sol y del norte: agora nueuamente emendada de algunos defectos q tenia en la impressiō passada. Fue impressa enla nobilissima y muy leal cibdad de Seuilla por Juā cromberger. 1 vol. en 4º

La 1ª edición se hizo también en Sevilla, 1519. Pocas noticias tenemos del autor; según Herrera, hacia 1509 ya "havia ganado á abogar dos mil castellanos" en Sto. Domingo (I, 192 [1]).

Fernandez de Navarrete, Martin.

1825–37.—Coleccion de los viajes y descubrimientos, que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV, con varios documentos inéditos......... Coordinada é ilustrada. Madrid, en la Imprenta Real. 5 vols. en 8º

De gran importancia. Nació el autor en Ávalos el año de 1765 y murió en 1844.

Fernandez de Navarrete, Martin.

1819.—Vida de Miguel de Cervantes Saavedra, escrita e ilustrada con varias noticias y documentos ineditos pertenecientes á la historia y literatura de su tiempo. Publícala la Real Academia Española. Madrid, en la Imprenta Real. 1 vol. en 8º

Muy bien documentada.

Fernandez de Oviedo y Valdés, Gonzalo.

1851–55.—Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del Mar Océano. Publícala la Real Academia de Historia, cotejada con el códice original, enriquecida con las enmiendas y adiciones del autor, é ilustrada con la vida y el juicio de las obras del mismo por D. José Amador de los Rios. Madrid. Imprenta de la Real Academia de la Historia. 4 vols. en fol.

La más autorizada de las historias generales de Indias. Nació el autor en Madrid, hacia 1478; vino en 1514 á América, donde permaneció la mayor parte de su vida, y murió en 1557; publicó en Toledo, 1526, un Sumario de su Historia.

Fernandez de Oviedo y Valdés, Gonzalo.

1880.—Las quinquagenas de la nobleza de España. Publicadas por la Real Academia de la Historia, bajo la dirección del académico de número D. Vicente de la Fuente. Madrid. Imprenta y fundicion de Manuel Tello, impresor de cámara de S. M. Vol. I (y único publicado), en fol.

Ignoramos por qué se suspendió la publicación de esta obra tan interesante para la Historia de España.

Feyjoo, Miguel.

1763.—Relacion descriptiva de la ciudad, y provincia de Truxillo del Peru, con noticias exactas de su estado politico. En Madrid: En la Imprenta del Real, y Supremo Consejo de las Indias. 1 vol. en 4º

El autor desempeñó los cargos de corregidor de dicha ciudad, y de contador mayor del Tribunal y Audiencia Real del Perú.

(Fischer, Pbro. Agustín.)

1869.—Bibliotheca Mejicana. A Catalogue of an extraordinary Collection of Books & Manuscripts, almost wholly relating to the History and Literature of North and South America, particularly Mexico. To be sold by auction, by Messrs. Puttick & Simpson, at their house, 47, Leicester Square, London, Tuesday, June ist, 1869 and 7 following days. 1 vol. en 12º

Fué Fischer quien asimismo sacó del país, para su venta en Europa, la biblioteca llamada de Andrade y la de don José Fernando Ramírez; disponía una cuarta remesa, cuando murió: no sin razón le llama mi excelente amigo, el modesto y sabio bibliófilo don José Mª de Ágreda y Sánchez, "verdadera calamidad para nuestra historia patria y literatura" (En Franco, 1).

Fleury, L'Abbé (Claude.)

1844.—Histoire Ecclésiastique. Augmentée de quatre livres [les livres CI, CII, CIII, CIV] comprenant l'histoire du quin-

zième siècle. Publiés pour la première fois d'après un manuscrit de Fleury appartenant á la Bibliotèque Royale avec une table générale des matières. Paris. Didier. Libraire–Editeur. 6 vols. en 4º

Nació el autor en París el año de 1640 y murió en 1723. Publicó el 1er volumen de su Historia en 1691, pero no se terminó la impresión de la obra sino hasta 1737.

Florez, Fr. Enrique.

1747–98.—España Sagrada. Teatro geográfico–histórico de la iglesia de España (continuada por el P. Fr. Manuel Risco). Madrid. Imp. por D. Miguel Francisco Rodriguez. 42 vols. en 8º

Obra laboriosa y abundante en antiguos documentos de gran interés. El autor, "ocupado sólo de sus estudios, sin orgullo y sin ambición, vivió casi siempre en el retiro, y murió en Madrid...... en 1773, de edad de 72 años." (Biographie Universelle, XV, 88 ¹).

Florez, Fr. Henrique.

1761. Memorias de las Reynas Catholicas, Historia Genealogica de la Casa Real de Castilla, y de Leon. En Madrid. Por Antonio Marin. 2 vols. en 8º (con paginación corrida).

Trabajo erudito también, ilustrado con los retratos de las Reinas, curiosos por la fidelidad de los trajes.

Fragmentos.

En el Códice Ramírez.

Estos documentos históricos, de capital importancia, son probablemente los memoriales que sirvieron al P. Tovar para escribir su obra.

Franco, Fr. Alonso.

1900.—Segunda parte de la historia de la Provincia de Santiago de Mexico, orden de Predicadores en la Nueua España. Año de 1645 en Mexico. Publicada en 1900 por cuenta del Supremo Gobierno á solicitud del R. P. Fr. Secundino Martinez. México. Imprenta del Museo Nacional. 1 vol. en fol.

Continuación de la obra del P. Ojea.

Fuero Juzgo.

1815.—En latin y castellano, cotejado con los mas antiguos y preciosos códices por la Real Academia Española. Madrid. Por Ibarra, Impresor de cámara de S. M. 1 vol, en fol.

La 1ª edición romanceada del Fuero Juzgo la hizo Alfonso de Villadiego en Madrid el año de 1600.

Galvcio, Ivan Pavlo.

1612.—Theatro del mvndo, y del tiempo. Traduzido de Latin en Romance por Miguel Perez Mathematico, y Astrologo...... Y añadido por el mismo muchas cosas al proposito desta ciencia que faltauan en el Latin. En Granada, Por Sebastian Muñoz. 1 vol. en 4º

Edición bastante curiosa, de la cual es muy difícil encontrar hoy un ejemplar que tenga todas sus figuras movibles; yo, al menos, dilaté mucho tiempo para conseguir el que poseo; están formadas aquéllas de varias piezas de papel unidas en su centro por un hilo que les permite girar sobre un mismo eje.

Nació Gallucci en Salo, probablemente á principios del segundo tercio del siglo XVI, no á mediados como dicen los autores de la Biographie Universelle (XVI, 377 [1]), pues ya en 1569 había publicado su De fabricâ et usu hemisphœrii uranici tractatus. La 1ª edición del Theatrum mundi, que no cita Brumet al hablar del autor (II, 1467 [2]), se hizo en Venecia el año de 1589: la obra contiene varias noticias interesantes relativas á América.

Gallardo, Bartolomé José.

1863-89.—Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos, formado con los apuntamientos de......... (dicho autor) coordinados y aumentados por D. M. R. Zarco del Valle y D. I. Sancho Rayon. Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra. 4 vols. en 4º

Obra que mereció ser premiada en España por la Biblioteca Nacional.

García Icazbalceta, Joaquin.

1881.—Don fray Juan de Zumárraga primer Obispo y Arzobispo de México. Estudio biográfico y bibliográfico. Con

un apéndice de documentos inéditos ó raros. México. Antigua Libreria de Andrade y Morales. 1 vol. en 8º

Obra de gran mérito, como todas cuantas escribió el entendido y perseverante autor.

García Icazbalceta, Joaquín.

1886.—Bibliografía Mexicana del siglo XVI. Primera Parte. Catálogo razonado de libros impresos en México de 1539 á 1600. Con biografías de autores y otras ilustraciones. Precedido da una noticia acerca de la introducción de la imprenta en México. México. Librería de Andrade y Morales, Sucesores. 1 vol. en 4º

No se publicó la 2ª parte, destinada á las publicaciones relativas á México hechas en el extranjero. Empero, la 1ª parte, por sí sola, constituye un excelente trabajo bibliográfico y supera á muchas obras análogas europeas.

Garcilasso de la Vega, El Inca.

1609.—Primera parte de los comentarios reales qve tratan del origen de los Yncas, Reyes qve fveron del Perv, de sv Idolatria, leyes, y gouierno en paz y en guerra: de sus vidas y conquistas, y de todo lo que fue aquel Ymperio y su Republica, antes que los Españoles passaran a el. En Lisboa: En la officina de Pedro Crasbeeck. 1 vol. en 4º.

Nació el autor en Cuzco el año de 1539, descendiendo, por la línea materna, del Inca Tupac Yupanqui; murió á fines del 1er. tercio del siguiente siglo. Publicó sus primeras obras en Lisboa por no haber encontrado en España protección ni ayuda.

Garcilasso de la Vega, El Inca.

1616.—(Segunda parte). Historia general del Perv. Trata el descvbrimiento del, y como lo ganaron los Españoles. Las guerras ciuiles que huuo entre Piçarros y Almagros sobre la partija de la tierra. Castigo y leuantamiento de tiranos: y otros sucessos particulares que en la Historia se contienen. En Cordoua. Por la Viuda de Andres de Barrera. 1 vol. en 4º

Dedicada "á María Santísima, convencido seguramente (el

autor) de lo poco que había ganado con sus anteriores dedicatorias á los potentados de la tierra." (Diccionario Enciclopédico, IX, 162[1]).

Garcilaso de la Vega, El Inca.

1723.—La Florida del Inca. Historia del adelantado, Hernando de Soto, governador, y capitan general del Reino de la Florida. Y de otros heroicos caballeros, españoles, é indios. En Madrid. En la Oficina Real. 1 vol. en fol.

La 1ª edición la hizo el autor en Lisboa, 1605.

Godoy Alcántara, José.

1868.—Historia crítica de los falsos cronicones. Madrid. Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra. 1 vol. en 8º

Mereció ser premiada por voto unánime de la Real Academia de la Historia.

Gomara. Véase López de Gomara.

Góngora Marmolejo, Alonso de.

Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año de 1575. En Memorial Histórico Español, vol. IV.

Pocas noticias quedan del autor; pero de su misma obra aparece que sirvió á las órdenes de Pedro de Valdivia en la conquista de Chile.

Gonzalez Davila, Gil.

1649-55.—Teatro eclesiastico de la primitiva iglesia de las Indias occidentales, vidas de sus arzobispos, obispos, y cosas memorables de sus sedes. En Madrid, por Diego Diaz de la Carrera. 2 vols. en 4º

Nació el autor en Avila hacia 1578 y murió en 1658. Nombróle la Monarquía Cronista mayor de las Indias.

González Obregón, Luis.

1900.—Época Colonial. México Viejo. Noticias históricas, tradiciones, leyendas y costumbres. Nueva edición aumentada y corregida. Librería de la Vda. de C. Bouret. París. México. 1 vol. en 8º

Contiene esta edición varios artículos inéditos interesantes,

é ilustraciones curiosas. Imprimiéronse de ella algunos ejemplares en papel japón; el mío es el núm. 3. La 1ª edición se hizo en México, en el periódico "El Nacional," 1890–91.

El joven autor ocupa muy distinguido puesto entre nuestros historiadores más autorizados, tanto por su vasta y sólida erudición, cuanto por su juicio claro y sereno.

Grande Encyclopédie, La.

(Sin fecha.)—Inventaire raisonné des sciences, des lettres et des arts par une Société de Savants et de Gens de lettres. Paris. H. Lamviault et Cie. Editeurs. 27 vols. en 4º (Sigue en publicación.)

Escrita con buen método.

Grijalva, Ioan de.

1624.—Crónica de la Orden de N. P. S. Agustin en las provincias de la Nueua España. En quatro edades desde el año de 1533 hasta el de 1592. México. Imprenta de Joan Ruyz. 1 vol. en 4º

"Historia bien escrita, i que no sale de lo que en el Título promete" (León Pinelo, II, 761); ya muy escasa: al ejemplar perteneciente á la Biblioteca Americana de Leclerc se le señaló como precio frs. 1,000 (pág. 299). Nació el autor en Colima hacia 1559 y murió en 1627.

Guerra, José. Véase Mier Noriega y Guerra.

Gutierrez Davila, Julian.

1736.—Memorias historicas de la Congregacion de el Oratorio de la ciudad de Mexico. En Mexico: En la Imprenta Real del Superior Govierno, y del Nuevo Rezado de Doña Maria de Rivera. 3 partes en 1 vol. en 4º

Obra interesante y desde hace años "muy rara" (Biblioteca Andrade, 342).

Harrisse (Henry).

1866.—Bibliotheca Americana Vetustissima. A Description of Works relating to America, published betwen the years 1492 and 1551. New York. Geo. P. Philes, Publisher. 1 vol. en 4º

Erudito trabajo bellamente impreso, que completó el autor en 1872, con un nuevo vol. titulado Additions.

(Heredia, Ricardo).

1891-94.—Catalogue de la Bibliothèque de M. Ricardo Heredia. Paris. Ém. Paul, L. Huard et Guillemin. 4 vols. en 4º

Esta biblioteca se hizo notable por su riquísima colección de antiguas obras españolas. Fué vendida en Paris.

Herrera, Antonio de.

1730.—Descripcion de las Indias Ocidentales. En Madrid en la Oficina Real de Nicolas Rodriguez Franco. 1 vol. en 4º

La 1ª edición es de 1601. Se prefiere la 2ª, que es la descrita, por contener una abundante Tabla General formada por el incansable don Andrés González Barcia. Esta obra, en ambas ediciones, corre agregada á la Historia General del propio Herrera, quien nació en Cuéllar el año de 1559 y murió en 1625: nombróle Felipe II Cronista Mayor de las Indias.

Herrera, Antonio de.

1726-30.—Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas i Tierra Firme del Mar Oceano. En Madrid en la Imprenta Real de Nicolas Rodriguez Franco. 8 décadas, en 4º

"Es la Historia mas copiosa que ai de las Indias, por haver su Autor recopilado en ella todo lo escrito, hasta el año de 1554" (León Pinelo, II, 592). Hízose la 1ª edición en 1601-15. Empero, es preferible la 2ª por la razón que indicamos ya al hablar de la obra anterior.

Hevia y Valdes, Diego de.

Relacion avtentica de las idolatrias, svpersticiones, vanas observaciones de los indios del obispado de Oaxaca [por el Br. Gonçalo de Balsalobre] y vna instrvccion, y practica (del primero). Mexico, por la Viuda de Bernardo Calderon. Año de 1656. Reimpresa en los Anales del Museo Nacional, vol. VI.

Escaseaba ya mucho la 1ª edición. Hevia y Valdés fué primero obispo de Nueva Vizcaya, y de Oaxaca después.

Histoire Générale.

1893-99.—Du IVe siècle a nos jours. Ouvrage publié sous la direction de MM. Ernest Lavisse et Alfred Rambaud. Paris.

Armand Colin & Cie., Editeurs. 11 vols. en 8º (Falta un un vol. por publicar).

Obra muy apreciable, á la cual sirve de complemento el Album Historique publicado por A. Parmentier bajo la dirección de Ernest Lavisse.

Historia de los Mexicanos por sus Pinturas.

En Anales del Museo Nacional de México, tomo II.

Escrita pocos años después de la Conquista. Se ignora el nombre del autor.

Historiadores Primitivos de Indias.

Coleccion dirigida é ilustrada por don Enrique de Vedia. En Biblioteca de Autores Españoles, vols. XXII y XXIII.

Bastante defectuosa, pero muy consultada, por ser ya sumamente raras las anteriores ediciones de las obras que contiene. El colector no sólo mutiló éstas sino que adulteró su ortografía original, cambiando, por ejemplo, en j la x legendaria de México. En 1749 publicó en Madrid el laborioso don Andrés González Barcia una buena colección de Historiadores Primitivos de Indias.

Historiadores de Sucesos Particulares.

Coleccion dirigida é ilustrada por don Cayetano Rosell. En Biblioteca de Autores Españoles, vols. XXI y XXII.

Análoga á la edición de que acabamos de hablar.

Homère.

1884.—Iliade. Traduction nouvelle par Leconte de Lisle. Paris. Alphonse Lemerre, Éditeur. 1 vol. en 12º

Sin duda es la traducción más fiel que exista de los inimitables rapsodas.

Humboldt, A. de.

Essai politique sur le royaume de la Nouvelle Espagne. En Humboldt et Bompland, Trosième Partie, 2 vols. en 4º y 1 atlas en fol.[6]

Una de las mejores obras escritas sobre México. Nació el autor en Berlín el año de 1769 y murió en 1859. Acompañado de Mr. Aimé Bompland vino á fines del siglo XVIII, á América,

donde permaneció cinco años. Humboldt ha sido no sólo uno de los sabios más eminentes, sino también más desinteresados: sus indagaciones científicas consumieron su fortuna. Nuestro gobierno le declaró justamente benemérito de México por decreto de 29 de junio de 1859.

Humboldt et Bompland.

1807–1835.—Voyage aux regions equinoxiales du nouveau Continent, fait dans les années 1789 á 1804. Paris. Chez F. Schoell. 29 vols. en 4º y en fol.[6]

Edición monumental soberbiamente ilustrada, rara y costosa: en el catálogo núm. 254 del librero Kail W. Hiersemann, de Leipzig, se anunció un ejemplar en M. 4.200.

Informacion.

Recibida en México y Puebla el año de 1565. A solicitud del gobernador y cabildo de naturales de Tlaxcala, sobre los servicios que prestaron los tlaxcaltecas á Hernan Cortes en la conquista de México, siendo los testigos algunos de los conquistadores. En Biblioteca Histórica de la Iberia, tom. XX.

Considerando verdadera dicha Información, Felipe II expidió una cédula á 20 de mayo de 1585, por la que exceptuó para siempre de todo tributo á los tlaxcalteca.

Ixtlilxochitl, Fernando de Alva.

1891–92.—Obras históricas. Publicadas y anotadas por Alfredo Chavero. México. Oficina Tip. de la Secretaria de Fomento. 2 vols. en 8º

Publicadas primeramente por Lord Kingsborough, en el vol. IX de su obra grandiosa. El autor nació en Tetzcoco hacia 1568 y murió en 1648; "descendía en línea directa de los soberanos de Texcoco y al mismo tiempo de los Emperadores de Tenochtitlan" (Boban, I, 211).

Jarque, Francisco.

1900.—Ruiz Montoya en Indias [1608–1652]. En Colección de Libros que tratan de América, vols. XVI á XIX.

La 1ª edición fué hecha en Zaragoza el año de 1662.

Jerez, Francisco de.

Verdadera relacion de la conquista del Perú y provincia

del Cuzco, llamada la Nueva-Castilla, conquistada por Francisco Pizarro. En Historiadores Primitivos de Indias, vol. I.

La 1ª edición es de Sevilla, 1534. El autor sirvió como secretario á Francisco Pizarro.

Juan, Jorge, y Antonio de Ulloa.

1826.—Noticias secretas de America, sobre el estado naval, militar y politico de los reynos del Perú y provincias de Quito, costas de Nueva Granada y Chile: Gobierno y regimen particular de los pueblos de indios: cruel opresion y extorsiones de sus corregidores y curas: abusos escandalosos introducidos entre estos habitantes por los misioneros: causas de su origen y motivos de su continuacion por el espacio de tres siglos. Escritas fielmente segun las instrucciones del Excelentisimo señor marques de la Ensenada, primer secretario de Estado, y presentadas en informe secreto á S. M. C. el señor don Fernando VI. Sacadas á luz para el verdadero conocimiento del gobierno de los españoles en la America meridional, por don David Barry. Londres: En la imprenta de R. Taylor. 1 vol. en 4º (dividido en dos partes con paginación corrida).

Mucho dolió á España la publicación de esta obra, la cual no conoceríamos si no hubiese obtenido el M.S. un extranjero: "Así (decía Fernández Navarrete) van extrayéndose de España nuestros papeles mas reservados, nuestros libros raros; y no ciertamente para honrar á la nacion, sino para dividir á sus individuos de ambos mundos y sembrar entre ellos la discordia" (I, pág. LVII).

Julien, L'Empereur.

1821.—Oeuvres completes. Traduites, pour la première fois du grec en français, accompagnées d'arguments et de notes, et précédées d'un abregé historique et critique de sa vie par R. Tourlet. Paris, Moreau. 3 vols. en 32º

La 1ª edición de las obras completas del emperador Juliano está hecha en Paris, el año de 1583; desde 1566 habíase impreso allí mismo el *Misopogon*.

Kingsborough, Lord (Edward King, Viscount).

1831–48.—Antiquities of Mexico, comprising facsimiles of the Ancient Mexican, Paintings and Hieroglyphies...... illustrated by many valuable Inedited MSS. London. Printed by James Moyes. Published by Robert Havell, and Colnaghi, son, and Co. 9 vols. en fol.[6]

Edición grandiosa, única en su género. Dejó Lord Kingsborough su puesto de miembro del Parlamento á su hermano mayor, á fin de consagrarse al estudio de las antigüedades americanas. "El resultado de estos estudios fué la publicación de 9 vols. en fol. y 60 páginas de un vol. que quedó en proyecto. Gastó en esta suntuosa obra más de 32,000 libras esterlinas, y, como no podía ya pagar á su fabricante de papel, éste le hizo poner en prisión por deudas en Dublín, donde murió." (Grand Encyclopedie, XXI, 541.[f]) Los dos últimos vols. se publicaron hasta 1848, agregándose al final del IX las 60 págs. susodichas, que contienen la Historia escrita por Motolinia.

Lafuente, Modesto.

1877–82.—Historia general de España desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII. Continuada desde dicha época hasta nuestros dias por don Juan Valera. Barcelona. Montaner y Simon, Editores. 6 vols. en fol.

La 1ª edición es de Madrid, 1850–67.

Landa, Diego de.

1864.—Relation des choses de Yucatan. Texte espagnol et traduction française en regard......... Précédées d'un essai sur les sources de l'histoire primitive du Mexique et de l'Amérique centrale, etc., d'après les monuments égyptiens et de l'histoire primitive de l'Égypte d'après les monuments américains, par L'Abbé Brasseur de Bourbourg. Paris. Arthus Bertrand, Éditeur. London, Trubner and Co. 1 vol. en 8º

El autor "fue uno de los primeros (franciscanos) que vinieron á Yucatan, donde aprendió la lengua de los Indios........ (electo obispo de allí en 1572). Falleció en...... 1579." (Lorenzana, 353.)

La Rea, Fr. Alonso de.

1643.—Chronica de la Orden de N. Seraphico P. S. Francisco,

Prouincia de S. Pedro, y S. Pablo de Mechoacan en la Nueua España. En Mexico, por la viuda de Bernardo Calderon. 1 vol. en 4º

Ignoramos las fechas del nacimiento y muerte del autor. Tomó el hábito religioso hacia 1624.

Las Casas, Bartolome de.

1552.—Breuissima relacion de la destruycion de las Indias: colegida por el Obispo dō fray Bartolome de las Casas o Casaus de la orden de Sācto Domingo. Fué impresa la presente obra en la muy noble y muy leal ciudad de Seuilla en casa de Sebastian Trugillo impresor de libros. 1 vol. en 4º

Nació el autor en Sevilla el año de 1474 y murió en 1566; vino á las Indias en 1502, y poco después se consagró por completo á proteger á los naturales, por quienes desde entonces no dejó de luchar un solo momento de su vida: al morir llenaban su adorable alma ellos todavía.

Las Casas, Bartolomé de.

1877.—Historia de las Indias. Jose M. Vigil, Editor. México. Imprenta y Litografia de Ireneo Paz. 2 vols. en 4º

Publicada por 1ª vez en los vols. LXII á LXVI de la Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España. Ninguna otra obra tiene más autoridad respecto de Colón y de los primeros años de la dominación española en América.

Le Bon, Gustavo.

1886.—La Civilizacion de los Arabes. Obra traducida por Luis Carreras. Barcelona. Montaner y Simon, Editores. 1 vol. en 4º.

Una de las obras en que mejor resaltan la inteligencia é ilustración del autor.

Leclerc, Ch.

1878.—Bibliotheca Americana. Paris. Maisonneuve et Cie. 1 vol. en 8º

Colección formada de 2638 obras relativas á ambas Américas y las Islas Filipinas.

Leon Pinelo, Antonio de.

1737–38.—Epitome de la Bibliotheca Oriental, y Occidental, nautica, y geografica. Añadido y enmendado nuevamente, en que se contienen los escritores de las Indias Orientales y Occidentales, y Reinos convecinos China, Tartaria, Japon, Persia, Armenia, Etiopia, y otras partes. En Madrid: En la Oficina de Francisco Martinez Abad. 3 vols. en 4º

Esta edición fué publicada por Andrés González Barcia, á quien se deben también las adiciones y enmiendas.

Lezamis, Joseph de.

1699.—Vida del Apostol Santiago el Mayor vno de los tres mas amados, y familiares de Jesu–Christo vnico, y singular Patron de España con algunas antigüedades, y excelencias de España, especialmente de Viscaya. En Mexico, por Doña Maria de Benavides. 1 vol. en 8º

Bastante rara, y además truncos casi todos los ejemplares existentes, por haberles arrancado hojas enteras la Inquisición al expurgarlos: sólo uno que otro, entre ellos el que poseo, escapó al desastre.

Lopez Cancelada, Juan.

1811.—Ruina de la Nueva España si se declara el comercio libre con los extrangeros. Exprésanse los motivos. Quaderno segundo, y primero en la materia. Cádiz: Imprenta de D. Manuel Santiago de Quintana. 1 vol. en 12º

Contiene datos estadísticos de interés.

Lopez Cogolludo, Fray Diego.

1842–45.—Los tres siglos de la dominacion española en Yucatan ó sea Historia de esta Provincia. Campeche, Imprenta dirigida por el C. José M. Peralta. Mérida. Imprenta de Castillo y Compañía. 2 vols. en 8º

Proponíase el editor, don Justo Sierra, continuar esta Historia desde el año en que la dejó Cogolludo hasta la Independencia; pero "se vió en el duro caso de abandonar una empresa tan útil, por falta de fondos para sostenerla." (II, pág. III).

"Empleó el autor la mayor parte de su vida........ en allegar

materiales para formar esta Historia, la cual, aunque plagada de una extrema credulidad acerca de milagros, es considerada tódavía como una valiosa crónica de la provincia" (Biblioteca Ramírez, 31).

La 1ª edición se hizo en Madrid, 1688.

Lopez de Gomara, Francisco.

Hispania Victrix. Primera y segunda parte de la Historia General de las Indias. En Historiadores Primitivos, vol. I.

Impresa la obra por 1ª vez en Zaragoza, 1552–53, desagradó sobremanera á la Monarquía, la que luego ordenó se recogiesen todos los ejemplares y se multara á las personas que en adelante la imprimieran ó vendiesen: por esto se ha hecho rarísima dicha edición. Acerca de la 2ª Parte, dedicada toda á la Conquista de México, dice Garcilazo: "es fama cierta, aunque secreta, que la escriuio el mismo que la conquisto y gano dos vezes." (Perú, 1ª Parte, fol. 34 vta.). Nació el autor en Sevilla hacia 1510; se ignora la fecha de su muerte. Fué capellán de Cortés cuando éste volvió á España después de la Conquista de México.

Lopez de Gomára, Francisco.

1826.—Historia de las Conquistas de Hernando Cortés. Traducida al mexicano y aprobada por verdadera por D. Juan Bautista de San Anton Muñon Chimalpain Quauhtlehuanitzin, indio mexicano. Publícala...... Carlos María de Bustamante. México: Imprenta de la testamentaría de Ontiveros. 2 vols. en 8º

Dice González Obregón: "La responsabilidad del título de esta obra la carga el editor" (pág. 19), quien, agregaremos nosotros, nunca dió muestras de maduro juicio, aunque sí de mucha laboriosidad.

López de Velasco, Juan.

1894.—Geografía y descripción universal de las Indias. Recopilada......... desde el año de 1571 al de 1574. Publicada por primera vez en el Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid, con adiciones é ilustraciones, por don Justo Zaragoza. Madrid: Establecimieto tipográfico de Fortanet. 1 vol. en 8º

Hacia 1571 fué nombrado el autor cosmógrafo-cronista de Indias.

Lorenzana, Francisco Antonio.

1769.—Concilios Provinciales primero, y segundo, celebrados en la muy noble, y muy leal ciudad de México, presidiendo el Illmo. y Rmo. señor D. Fr. Alonso de Montúfar, en los años de 1555, y 1565. En México, en la Imprenta de el Superior Gobierno, de el Br. D. Joseph Antonio de Hogal. 1 vol. en 4º

Contiene una reseña de los prelados de la provincia mexicana, desde los primeros tiempos de la dominación española.

Llorente, Juan Antonio.

1822.—Historia critica de la Inquisicion de España. Obra original conforme á lo que resulta de los Archivos del Consejo de la Suprema, y de los tribunales de provincias. Madrid. En la Imprenta del Censor. 10 vols. en 24º

Nació el autor en Rincón del Soto en 1756 y murió en 1823. Nombróle la Inquisición, primero, su comisario en Logroño, y después, su secretario general; abolida aquélla, se comisionó á Llorente para que examinara los archivos de la misma: así que pudo allegar el material necesario para su obra.

Mariana, Juan de.

Obras. Coleccion dispuesta y revisada, con un discurso preliminar, por D. F. P. y M. (Francisco Pí y Margall). En Biblioteca de Autores Españoles, vols. XXX y XXXI.

Por su Historia general de España, ha merecido el autor se le llame el Tito Livio de los españoles; publicóla por 1ª vez en latín, en Toledo, el año de 1592, y vertida al castellano, en 1601.

En mi colección de manuscritos existe una copia, hecha en el siglo XVIII, del Discurso sobre el régimen de la Compañía escrito por el autor, la cual presenta notables diferencias respecto de las ediciones publicadas hasta ahora.

Mariéjol, J.-H.

L'Œuvre de Philippe II. 1558–1598. En Histoire Générale, vol. V.

Marineo Siculo, Lucio.

1539.—Libro Compuesto...... de las cosas memorables de Es-

paña. Alcala de Henares. En casa de Juan de Brocar. 1 vol. en 4º

El autor pasó en España la mayor parte de su vida.

Marmol Carvajal, Luis del.

Historia del rebelion y castigo de los moriscos del reino de Granada. En Historiadores de Sucesos Particulares, vol. I.

La 1ª edición es de Málaga, 1600. El autor militó bajo las órdenes de don Juan de Austria en la guerra que Felipe II declaró á los moriscos.

Martinez, Henrrico.

1606.—Reportorio de los tiempos, y historia natvral desta Nveva España. En México. En la Emprenta del mesmo autor. 1 vol. en 16º

Obra excesivamente rara. El ejemplar de la Biblioteca Ramírez, con la portada y varias hojas deterioradas, se vendió en L. 25, s. 10, (pág. 67). Ofreció el autor una 2ª Parte destinada á las cosas memorables sucedidas desde 1591 hasta 1605, la cual no llegó á publicarse.

Martinez Marina, Francisco.

1834.—Ensayo historico-critico sobre la legislacion y principales cuerpos legales de los reinos de Leon y Castilla, especialmente sobre el código de las siete partidas de D. Alfonso el Sabio. Madrid: Imprenta de D. E. Aguado. 2 vols. en 8º

Trabajo de gran erudición y avanzada crítica. La 1ª edición se hizo en Zaragoza, 1832.

Martir Angleria, Pedro.

1892.—Libros rarísimos que sacó del olvido traduciéndolos y dándolos á luz en 1892, el Dr. D. Joaquín Torres Asencio. Madrid. Imp. de la S. E. de San Francisco de Sales. 4 vols. en 16º

Nació el autor en Arona, á mediados del siglo XV y murió hacia 1526. Llegó en 1487 á España, cuyos monarcas le favorecieron, dándole, entre otros cargos, los de cronista y miembro

del Consejo Real de Indias. Sus escritos, por su bello estilo y noble veracidad, aventajaron en mucho á los de los otros cronistas: "cerca destas primeras cosas (decía Las Casas) á ninguno se debe dar mas fe que á Pedro Mártir (I, 110[2]).

La 1ª edición conocida hasta ahora de la 1ª Decada escrita por Mártir, se publicó en Sevilla, el año de 1511.

Medina, F. Balthassar de.

1682.—Chronica de la Santa Provincia de San Diego de Mexico, de Religiosos Descalços de N. S. P. S. Francisco en la Nueva-España. Vidas de ilvstres, y Venerables Varones, que la han edificado con excelentes virtudes. En México: Por Juan de Rivera. 1 vol. en 4º

El autor nació en México á principios del 2º tercio del siglo XVII y murió á fines del mismo.

Medina, Pedro de.

1566.—Libro d grandezas y cosas memorables de España. Impressas en Alcala de Henares en casa de Pedro de Robles, y Iuan de Villanueua. 1 vol. en 4º

Rara y curiosa; ilustrada con pequeños grabados y tres mapas. La 1ª edición se hizo en Sevilla, el año de 1543. Diego Pérez de Messa publicó esta obra posteriormente con muchas ampliaciones.

Memorial Histórico Español.

1851-900.—Colección de documentos, opúsculos y antigüedades que publica la Real Academia de la Historia. Madrid: Imprenta de la Real Academia de la Historia. 40 vols. en 8º

Relativa tanto á España como á América.

Mendieta, Fray Gerónimo de.

1870.—Historia Eclesiástica Indiana. Obra escrita á fines del siglo XVI. La publica por primera vez Joaquin Garcia Icazbalceta. México. Antigua Libreria. 1 vol. en 4º

Vino el autor á Nueva España en 1554, donde pasó casi toda su vida.

Menendez Pelayo, Marcelino.

(1880–81).—Historia de los heterodoxos españoles. (Madrid). Librería Católica de San José. 3 vols. en 8º

Obra erudita, como todas las del autor, pero de crítica estrecha; además sometida á la censura de la autoridad eclesiástica.

México á Través de los Siglos.

(Sin fecha).—Historia General y completa del desenvolvimiento..... de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual...... Publicada bajo la dirección del General D. Vicente Riva Palacio......... (y escrita por el mismo, Juan de Dios Arias, Alfredo Chavero, José María Vigil y Julio Zárate). México, Ballescá y Compª, Editores. Barcelona, Espasa y Compª, Editores. 5 vols. en fol.

Obra profusa y cuidadosamente ilustrada.

(Mier Noriega y Guerra, Servando Teresa de, bajo el seudónimo de) Guerra, José.

1813.—Historia de la revolucion de Nueva España, antiguamente Anáhuac, ó verdadero origen y causas de ella con la relacion de sus progresos hasta el presente año de 1813. Londres. En la imprenta de Guillermo Glindon. 2 vols. en 8º

Rarísima á causa de que, enviada á México la edición en un navío, "nunca después se tuvo noticia de éste." (Bibliotheca Fischer, 86). Sólo pudieron salvarse los pocos ejemplares que trajo consigo el autor.

Morales, Ambrosio.

1791.—Coronica general de España, que recopilaba el maestro Florian de Ocampo Coronista del rey nuestro señor don Felipe II, (continuada por Ambrosio Morales). En Madrid: En la oficina de don Benito Cano. 8 vols. en 8º

La 1ª edición se imprimió en Alcalá de Henares y en Córdova, 1574–86.

Motolinia. Véase Benavente.

Muñoz, Juan Baut.

1793.—Historia del Nuevo-Mundo. En Madrid. Por la Viuda de Ibarra. Tomo I, en 8º (único publicado).

Escrita por encargo de Carlos III y muy estimada de los eruditos. Desgraciadamente no abraza sino hasta 1500.

Muñoz Camargo, Diego.

1892.—Historia de Tlaxcala. Publicada y anotada por Alfredo Chavero. México. Oficina tip. de la Secretaría de Fomento. 1 vol. en 8º

El autor "fue Natural de Tlaxcalla..... nació casi luego á los primeros años de la Conquista...... murió Viejo, y Anciano." (Torquemada, I, 523.²)

Muratori, Ludovico Antonio.

1723–51.—Rerum italicarum scriptores praecipui, ab anno aerae christ. D. ad MD, quorum potissima pars nunc primun in lucem prodit; ex codicibus Muratorius collegit, ordinavit et praefationibus auxit. Mediolani. 25 vols. en fol.

Coleccion muy importante. Nació el autor en Vignola el año de 1672 y murió en 1750.

Navarrete. Véase Fernández de Navarrete.

Navarro y Noriega, Fernando.

1820.—Memoria sobre la poblacion del reino de Nueva España. México. En la oficina de D. Juan Bautista de Arizpe. 1 vol. en 8º

Ensayo laborioso. Desempeñó el autor el cargo de Contador General de los ramos de Arbitrios de la Nueva España.

Nobiliario de Conquistadores de Indias.

1892.—Lo publica la Sociedad de Bibliófilos Españoles. Madrid. (Imprenta y fundición de M. Tello). 1 vol. en 8º

Dicha sociedad publicó desde 1869 hasta 1892 treinta vols., destinados casi todos á antiguas obras literarias de España.

Nueva Colección de Documentos para la Historia de México.

1886–92.—Publicada por Joaquin Garcia Icazbalceta. México. Antigua Librería de Andrade y Morales, Sucesores. 5 vols. en 8º

Se puede repetir aquí lo que dijimos al hablar de la Colec. de Docs. para la Hist. de Méx.

Ojea, Fr. Hernando.

1897.—Libro tercero de la historia religiosa de la Prouincia de Mexico de la orden de Stó. Domingo. Impreso por el Museo Nacional de Mexicô en su oficina tipográfica. 1 vol. en fol.

Continuación de la obra de Dávila Padilla. Nació el autor en Orence hacia mediados del siglo XVI y murió en 1615. Permaneció varios años en Nueva España. La edición descrita contiene la Información Apologética de los domínicos de México recibida en 1578.

Oncken, Guillermo.

1890–94.—Historia Universal escrita parcialmente por reputados profesores alemanes, bajo la dirección del eminente historiógrafo (ya dicho). Traducción directa del aleman revisada por don Nemesio Fernandez Cuesta. Barcelona. Montaner y Simon, editores. 16 vols. en fol.

Los volúmenes XV y XVI están destinados á la colección de láminas que forman la Historia del Traje.

Orozco y Berra, Manuel.

1880.—Historia Antigua y de la Conquista de Mexico. México. Tipografía de Gonzalo A. Esteva. 4 vols. en 8º

Minuciosamente documentada. El autor ha sido uno de nuestros historiadores que más se han distinguido por su constante labor.

Oviedo. Véase FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS.

Pareja, Francisco de.

1882–85.—Cronica de la provincia de la visitacion de Ntra. Sra. de la Merced redencion de cautivos de la Nueva España. Escrita en 1688. Primera edición. México. Imprenta de J. R. Barbedillo y Cª 2 vols. en 12º

Nació el autor en México, probablemente á fines del 1er. tercio del siglo XVII y murió en 1688.

Partidas (Las Siete).

1587–88.—Del Sabio Rey don Alonso el Nono, nueuamente Glosadas, porel Licenciado Gregorio Lopez, del Consejo Real de Indias de su Magestad. En Valladolid. En casa de

Diego Fernandez de Cordoua, Impressor del Rey nuestro señor. 9 vols. en fol. [4]

La 1ª impresión se hizo en Sevilla en octubre de 1491.

Perez, Antonio.

Breve, compendio y elogio, de la vida de el Rey Phelipe, 2º de feliscisima memoria, escrita....... estando (el autor) en el Reyno de Francia.

De esta obra da noticia Nicolás Antonio, aunque le pone por título "Historia de D. Felipe II" (I, 151). La copia manuscrita que poseo, está hecha á mediados del siglo XVII, y corre agregada á otro M.S. curioso, de autor distinto: "Compendio Breve de la Sphera," ilustrado con tres bellísimos mapas dibujados á pluma.

Sabido es que Antonio Pérez, después de haber sido ministro y favorito de Felipe II, cayó en desgracia y tuvo que huir á Francia en 1591, dejando burlada á la Inquisición que ya le había atormentado y que entonces hubo de contentarse con condenar al fuego la estatua del fugitivo (Gallardo, III, 1158).

Perez de Guzman, Fernan.

La crónica del Serenísimo Príncipe don Juan, segundo rey deste nombre en Castilla y en Leon. En Crónicas de los Reyes de Castilla, vol. II.

La 1ª edición es de Longroño, 1517.

Pérez de Rivas, Andrés.

1896.—Corónica y Historia Religiosa de la Provincia de la Compañia de Jesús de México en Nueva España. México, Imprenta del Sagrado Corazon de Jesus. 2 vols. en 8º

Edición primera y única; rara por haberse tirado muy pocos ejemplares, de los que ninguno se puso á la venta. Nació el autor en Córdova el año de 1576 y murió en 1655. Vino á Nueva España hacia 1612.

Piçarro, Hernando.

1533.—(Carta dirigida) Á los magníficos señores, los señores oydores de la Audiencia Real de Su Magestad, que residen en la cibdad de Sancto Domingo. En Oviedo, Historia General, vol. IV.

Está fechada en la "villa de Sancta Maria del Puerto á veynte é tres dias de noviembre de mill é quinientos é treynta é tres años" (pág. 213 [2]). El autor fué uno de los cuatro hermanos que Francisco Pizarro trajo consigo de España en 1529: "É de todos ellos el Hernando Piçarro solo era legítimo, é más legitimado en la soberbia" (Oviedo, IV, 148 [1])

Pizarro, Pedro.

Relacion del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú, y del gobierno y órden que los naturales tenian, y tesoros que en ella se hallaron: y de las demás cosas que en él han subcedido hasta el dia de la fecha. Hecha por Pedro Pizarro conquistador y poblador destos dichos reinos y vecino de la ciudad de Arequipa. Año 1571. En Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España, vol. V.

Dice el autor que le trajo "Francisco Pizarro por su page de edad de quince años" (pág. 312). Muéstrase muy parcial con su amo, y por ende contrario á Almagro.

Pizarro y Orellana, Fernando.

1639.—Varones ilvstres del Nvevo Mvndo. Descvbridores, conquistadores, y pacificadores. En Madrid. Por Diego Diaz de la Carrera. 1 vol. en 4º

El autor destinaba una segunda parte, que no publicó, á las hazañas de otros ilustres varones llevadas al cabo en las Indias Orientales,

Prescott, W.

1844–46.—Historia de la Conquista de México, con una ojeada preliminar sobre la antigua civilizacion de los mexicanos, y con la vida de su conquistador Fernando Cortes. Traducida al español por Joaquin Navarro. México. Impreso (sic) por Ignacio Cumplido, editor de esta obra. 3 vols. en 8º

De bello estilo.

Prescott, W. H.

1849.—Historia de la Conquista del Perú, precedida de una ojeada sobre la civilizacion de los incas. Traducida al

castellano por J. G. I. (Joaquín García Icazbalceta). México. R. Rafael, editor. 2 vols. en 12º

Traducción fiel y castiza.

Prescott, William H.

1854.—Historia del reinado de los Reyes Católicos D. Fernando y Dª Isabel. Traducida del original, por D. Pedro Sabau y Larroya. México. Tipografía de R. Rafael. 2 vols. en 4º

Excelante monografía.

Proceso de Residencia contra Pedro de Alvarado.

1847.—Ilustrado con estampas sacadas de los antiguos codices mexicanos, y notas y noticias biograficas, criticas y arqueológicas, por D. Jose Fernando Ramirez. Lo publica paleogradiado del M.S. original el Lic. Ignacio L. Rayon. Mexico. Impreso por Valdes y Redondas. 1 vol. en 8º

Dicho proceso se abrió en México hacia 1529. Esta edición contiene también los Fragmentos del proceso de residencia instruído contra Nuño de Guzmán (tres años después) en averiguación del tormento y muerte que mandó dar á Caltzontzin, Rey de Mechoacan.

Proceso de Cortés. Véase Archivo Mexicano.

Pulgar, Hernando del.

Crónica de los señores reyes católicos don Fernando y doña Isabel de Castilla y Aragon... cotejada con los antiguos manuscritos y aumentada de varias ilustraciones y enmiendas. En Crónicas de los Reyes de Castilla, vol. III.

Al editarse por 1ª vez en Valladolid, 1565, fué atribuída á Antonio de Nebrija.

Quintana, Manuel Josef.

1845.—Vidas de españoles célebres. Paris. Baudry, Libreria Europea.

La 1ª edición comenzó á publicarse en Madrid, 1807, y no terminó sino hasta 1833. La que citamos está corregida y aumentada por el autor.

Ramirez, José Fernando.

Bautizmo de Moteuhzoma II, noveno rey de Mexico. Disquisicion historico–critica de esta tradicion. En Boletin de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1ª época, vol. X.

Fué el autor el más eminente de nuestros bibliófilos é historiadores.

(Ramírez, José Fernando).

1880.—Bibliotheca Mexicana or a catalogue of the Library of rare books and important manuscripts relating to Mexico and other parts of Spanish America, formed by the late señor don José Fernando Ramirez. To be sold by Auction, by Messrs Puttick and Simpson, auctioneers of literary property and works of art, at their gallery, Nº 47, Leicester Square, London, W. C. 1 vol. en 4º

La biblioteca más rica que haya existido en obras relativas á México. Su venta produjo, £ 6975.11.6.

Ramirez, José F.

1846.—Notas y esclarecimientos á la Historia de la Conquista de México del señor W. Prescott. En Prescott, Historia de la Conquista de México, vol. II.

Aventajan frecuentemente, en erudición y crítica, á la obra anotada.

Ramirez, José Fernando.

1898.—Obras. México. Imp. de V. Agüeros, Editor. 3 vols. en 16º

Comprenden las Adiciones á la Biblioteca de Beristáin que permanecían inéditas.

Recueil de Pièces.

Relatives a la conquête du Mexique. (Premier et Second Recueil). En Voyages, Relations et Memoires, vols. X y XI.

Casi todas estas piezas han sido publicadas después en su texto original; muchas de ellas incluye García Icazbalceta en la Colección de Documentos para la Historia de México.

Relacion Breve y Verdadera

de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre

Fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España, siendo Comisario general de aquellas partes. Escrita por dos religiosos, sus compañeros. En Colección de Documentos para la Historia de España, vols. LVII-VIII.

Vino el P. Ponce hacia 1584. "En cuanto á los dos religiosos, sus compañeros, que se dicen autores de la relación, el que fué con él desde España á Méjico pudo ser, aunque no lo aseguramos, fray Alonso de San Juan. El otro que le acompañó en todos los demás caminos...... nos parece indudable que fué fray Antonio de Cibdad-Real" (I, pág. 1ª de la Advertencia).

Relacion del Primer Descubrimiento de la Costa y Mar del Sur.
En Prescott, Historia de la Conquista del Perú, vol. II, apéndice.

Relacion del Ultimo Viage al Estrecho de Magallanes.
1788.—De la fragata de S. M. Santa María de la Cabeza en los años de 1785 y 1786. Extracto de todos los anteriores desde su descubrimiento imprésos y MSS. y noticia de los habitantes, suelo, clima y producciones del estrecho. Trabajada de orden del Rey. Madrid. Por la Viuda de Ibarra, hijos y compañía. 1 vol. en 8º

La obra más completa de las publicadas sobre el referido Viaje.

Relaciones Geográficas de Indias.
1881-97.—Publícalas el Ministerio de Fomento. Perú. (Con una introducción y notas de don Marcos Jiménez de la Espada). Madrid. Tipografía de Manuel G. Hernandez. 4 vols. en 4º.

Importante colección de documentos relativos únicamente al Perú, escritos en los siglos XVI y XVII.

Relaciones de Yucatán.
En Colección de Documentos Inéditos de Ultramar, vol. XI.

Hechas á fines del siglo XVI.

Remesal, Antonio de.
1619.—Historia de la Provincia de S. Vicente de Chiapa, y Gua-

temala, de la Orden de Nuestro glorioso Padre Santo Domingo de Guzman. Madrid. En casa de Francisco Angulo. 1 vol. en 4º

Trata extensamente de nuestro don fray Bartolomé de Las Casas. El autor pasó de España á la provincia de Guatemala en 1613.

Riva Palacio, Vicente.

El Virreinato. Historia de la dominación española en México desde 1521 á 1808. En México á Través de los Siglos, vol. II.

De estilo ameno, y documentada, aunque escasamente.

Robertson, (William).

1821.—Historia del reinado del Emperador Carlos Quinto. Obra traducida del inglés al español por don Felix Ramon Alvarado, y Velaustegui. Madrid. Imprenta de I. Sancha. 4 vols. en 8º

La 1ª edición se publicó en Londres, 1769.

Romancero General,

ó Coleccion de romances castellanos anteriores al siglo XVIII, recogidos, ordenados, clasificados y anotados por don Agustin Duran. En Biblioteca de Autores Españoles, vols. X y XVI.

Colección bastante completa.

Ruge, Sophus,

Historia de la época de los descubrimientos geográficos. En Historia Universal, vol. VII.

Ruiz de Alarcon, Hernando.

Tratado de las supersticiones y costumbres gentilicas que oy viuen entre los indios naturales desta Nueua España. Escrito en México. Año 1629. Primera edición. En Anales del Museo Nacional, vol. VI.

Muy curioso. El autor nació en Tasco, como su afamado hermano don Juan.

Ruiz Naharro, Fray Pedro.

Relacion de los hechos de los españoles en el Perú des-

de su descubrimiento hasta la muerte del marqués Francisco Pizarro. En Coleccion de Documentos Inéditos para la Historia de España, vol. XXVI.

El autor "recogió sus noticias de boca de los mismos (conquistadores)" Prescott, Perú, I, 471.

Saavedra Guzman, Antonio de.

1880.—El Peregrino Indiano. En Madrid en casa de Pedro Madrigal. Año de 1599. Edicion de "El Sistema Postal." México. José María Sandoval, impresor. 1 vol. en 12º

Tengo en mi poder la copia manuscrita que sirvió para esta 2ª edición. La 1ª es rarísima; no sé que existan de ella sino dos ejemplares: uno perteneciente á mi respetable amigo el señor don Alfredo Chavero, y otro que formó parte de la Biblioteca de Heredia, y que Salvá "consideraba como único" (Heredia, II, 215).

El autor fué natural de México, hijo de uno de los primeros pobladores españoles.

Sahagun, Fr. Bernardino de.

1829–30.—Historia general de las cosas de Nueva España. Dala á la luz con notas y suplementos Carlos Maria de Bustamante. México. Imprenta del Ciudadano Alejandro Valdés. 3 vols. en 8º

Se ignora la fecha en que nació el autor, "mas no se errará mucho si se pone hacia el último año del siglo XV" (García Icazbalceta, Bibliografía, 253–54); murió en 1590. En 1529 vino á Nueva España donde permaneció hasta su muerte. Su obra es la más laboriosa y completa de las escritas entonces acerca de nuestra historia antigua.

Sahagun, Fr. Bernardino.

1829.—Historia de la Conquista de México. Publicala por separado de sus demas obras Carlos Maria de Bustamante. Mexico. Imprenta de Galvan á cargo de Mariano Arévalo. 1 vol. en 8º

Forma el complemento de la obra anterior.

Sahagun, Fray Bernardino de.

1840.—Relacion de la conquista de esta Nueva-España, como la

contaron los soldados indios que se hallaron presentes. México. Impreso por Ignacio Cumplido. 1 vol. en 8º

Algunos años después de terminada la Historia General, el autor quiso enmendar el libro relativo á la Conquista, y con tal propósito escribió esta Relación. El editor, Don Carlos Mª de Bustamante, le puso el extravagante título de La Aparición de Ntra. Señora de Guadalupe de México.

Salazar, Esteuan de.

1586.—Veinte discvrsos sobre el credo, en declaracion de Nvestra Sancta Fe Catholica, y Doctrina Christiana muy necessarios á todos los Fieles en este tiempo. En Sevilla, En la Imprenta de Andrea Pescioni, y Iuan de Leon. 1 vol. en 8º

Edición desconocida de los bibliófilos; no citada por León Pinelo, ni por Antonio, ni por Beristain, quienes sólo hablan de las ediciones de 1577, 1584 y 1591. El ejemplar descrito que poseo, tiene agregadas algunas notas manuscritas curiosas. Vino el autor en 1550 á Nueva Espoña, de la cual trata en varios lugares de su obra. Muy veraz: "Jamas fuy amigo de afirmar (decía) aquello, que no tengo primero persuadido a mi entendimiento" (fol. 189 vta.); "y me enseñaron: por poner cosas authenticas, y hablar de lo que é visto por mis ojos, y notado mucho tiempo, y muy familiarmente." (fol. 202 fte.). Es de sentir se haya perdido la Historia de México que escribió.

Sanchez de Aguilar, Pedro.

1892.—Informe contra idolorvm cvltores del obispado de Yvcatan. En Madrid, Por la viuda de Juan Gonçalez. Año de M. DC. XXXIX. Reimpreso por el Museo Nacional de México. México. Imprenta del Museo Nacional. En Anales del Museo Nacional de México, vol. VI.

Fué el autor "natural de la Villa de Valladolid, en el Obispado de Yucatán: nieto de Fernando de Aguilar, uno de los fundadores y regidores de la Ciudad de Mérida" (Beristáin, I, 24).

Sancho, Pedro.

1849.—Relacion de la Conquista del Peru. Publicada en italiano por J. R. Ramusio. Traducida por primera vez al castellano por J. G. I. (Joaquín García Icazbalceta). En Prescott, Perú, vol. II.

Fué el autor secretario de Francisco Pizarro.

Sandoval, Fr. Prvdencio de.

1675.—La Historia del Emperador Carlos Qvinto, Maximo Fortissimo Rey de las Españas. Que escrivio en treinta y tres libros (el autor). Abreuiados, y añadidos con diuersas, y curiosas noticias, pertenecientes á esta Historia por DonIoseph Martinez de la Pvente. En Madrid: Por Ioseph Fernandez de Buendia. 1 vol. en 4º

La 1ª edición es de Valladolid, 1604–6.

Sandoval, Frai Prudencio de.

1615.—Historia de los reyes de Castilla y de Leon, Don Fernando el Magno....... Don Sancho,...... Don Alonso el sexto....... Doña Urraca...... (y) Don Alonso VII. En Pamplona. Por Carlos de Labayén. 1 vol. en 8º

Continuación de la Crónica de Morales; abraza desde 1032 hasta 1138.

Serna, Jacinto de la.

Manual de ministros de indios para el conocimiento de sus idolatrias, y extirpacion de ellas. En Anales del Museo Nacional, vol. VI.

Nació el autor en México á principios del siglo XVII y murió en 1681.

Simonde de Sismondi, J. C. L.

1840.—Histoire des Républiques Italiennes du moyen age. Paris. Furne et Cᵉ., libraires-éditeurs. Treuttel et Wurtz, libraires. 10 vols. en 8º

Impresa por primera vez en Zurich y París, 1807–18.

Solís, Antonio de.

1783–84.—Historia de la conquista de Mexico, poblacion y progresos de la America Septentrional, conocida por el nombre de Nueva España. En Madrid: En la Imprenta de D. Antonio de Sancha. 2 vols. en 4º

La mejor edición de las historias de la Conquista. Esa obra es, sin embargo, la peor de todas ellas.

Solorzano y Pereyra, Juan de.

1776.—Politica Indiana. Corregida, é ilustrada con notas por el

Lic.[do] D. Francisco Ramiro de Valenzuela. En Madrid: En la imprenta Real de la Gazeta. 2 vols. en fol.[1]

La 1ª edición se publicó en latín en Madrid, 1629–39.

Suarez de Peralta, Joan.

1878.—Tratado del descubrimiento de las Yndias y su conquista, y los ritos y sacrificios, y costumbres de los yndios; y de los virreyes y gobernadores, que las han gobernado, especialmente en la Nueva España, y del suceso del Marqués del Valle, segundo, Don Martin Cortés...... Madrid. Imprenta de Manuel G. Hernandez. 1 vol. en 4º

El editor, don Justo Zaragoza, tuvo la peregrina ocurrencia de publicar esta obra con el título de Noticias Históricas de la Nueva España. El autor nació en México á principios del 2º tercio del siglo XVI; vivía aún á fines del mismo siglo.

Tápia, Andrés de.

Relación sobre la conquista de México. En Colección de Documentos para la Historia de México, vol. II.

Aunque incompleta, de la mayor importancia. El autor formó parte, como capitán, en cuantas expediciones emprendió Cortés en Nueva España.

Tello, Fray Antonio.

1891.—Libro segundo (único publicado) de la Cronica Miscelanea, en que se trata de la conquista espiritual y temporal de la santa provincia de Xalisco en el nuevo reino de la Galicia y Nueva Vizcaya y descubrimiento del Nuevo México. Guadalajara. Imprenta de "La República Literaria," de Ciro L. de Guevara y Cª 1 vol. en 8º

La 1ª Historia escrita de la Conquista de Nueva Galicia; su importancia hace que deploremos la pérdida de la 1ª parte. Nacio el autor en Guadalajara á mediados del siglo XVI.

Ternaux, H.

1837.—Bibliothèque Américaine ou Catalogue des ouvrages relatifs a l'Amérique qui ont paru depuis sa découverte jusqu'a l'an 1700. Paris. Arthus-Bertrand, libraire-éditeur, libraire de la Société de Géographie. 1 vol. en 8º

Buen ensayo de Bibliografía americana.

Tezozomoc, Hernando Alvarado.

Crónica Mexicana escrita hacia el año de MDXCVIII. En Biblioteca Mexicana, vol. III.

Obra de gran mérito. Aunque se ha dicho que el autor era hijo de Cuitlahuac, penúltimo emperador de México, casi nada sabemos de su vida: "fue sin duda uno de los investigadores mas diligentes de las antigüedades Mexicanas" (García Figueroa, en Kingsborough, XI, 3).

Ticknor, M. G.

1851–56.—Historia de la literatura española. Traducida al castellano, con adiciones y notas críticas, por D. Pascual de Gayangos...... y D. Enrique de Vedia. Madrid. Imprenta de La Publicidad, á cargo de M. Rivadeneyra. 4 vols. en 8º

Preferible, por sus buenas adiciones y notas, á la 1ª edición hecha en Londres y Nueva York, 1849. La obra ha sido vista como "modelo de erudición, claridad y exactitud." (Diccionario Enciclopédico, XX, 893[a].)

Torquemada, F. Juan de.

1723.—Los veinte i vn libros rituales i monarchia Indiana con el origen y guerras, de los Indios Ocidentales, de sus Poblaciones, Descubrimiento, Conquista, Conuersion, y otras Cosas marauillosas de la mesma tierra distribuydos en tres tomos. En Madrid en la oficina y á costa de Nicolas Rodriguez Franco. 3 vols. en 4º

Edición hecha por Andrés González Barcia, superior á la 1ª impresa en Sevilla, 1615, la cual empezó á escasear mucho á los pocos años. El autor fué natural de España, pero pasó en México la mayor parte de su vida. Nació probablemente á mediados del siglo XVI y vivía aún á principios del siguiente. Se le ha tachado de plagiario, sin atender á que la Historia no se inventa sino que se forma en vista de los documentos primitivos, lo que hace el autor, cuidando de citar éstos á cada paso; podemos llamarle, por el contrario, con el eminente Ramírez, "el mas ilustre y recomendable de nuestros historiadores" (Bautismo, 368[1]).

Tovar.—Véase Códice Ramírez.

Ulloa, Antonio de.—Véase Juan, Jorge.

Valdivia, Pedro de.

Cartas al Emperador Carlos V. En Colección de Historiadores de Chile, vol. I.

Sabido es que el autor fué el conquistador de Chile.

Varias Relaciones

1879.—Del Perú y Chile y Conquista de la isla de Santa Catalina. 1535 á 1658. En Colección de Libros Españoles Raros ó Curiosos, vol. XIII.

Son cinco estas Relaciones: las dos primeras permanecían inéditas, y las restantes, aunque impresas con anterioridad, eran ya bastante raras.

Varios Padres de la Orden de Santo Domingo

Residentes en la isla Española. Carta que escribieron á Mr. de Xevres. En Colección de Documentos de América, vol. VII.

Reimpresa en el vol. XXXV de la misma Colección; lleva fecha 4 de junio de 1516 en el vol. VII, y 4 de diciembre de 1519 en la reimpresión: al citarla, nos referimos á la 1ª edición. Es uno de los primeros documentos en que se denuncian las abominables crueldades que cometían los castellanos en las Indias.

Vazquez de Ayllon, Lucas.

1520.—Relación que hizo de sus diligencias para estorbar el rompimiento entre Cortés y Narvaez. En Cartas y Relaciones de Hernán Cortés al Emperador Carlos V.

Vino el autor á la Nueva España con Narváez.

Veitia Linage, Ioseph.

1672.—Norte de la Contratacion de las Indias Occidentales. 1 vol. en 4º

El autor estuvo empleado varios años en la Casa de Contratación de Sevilla, donde adquirió todo el material necesario para publicar su obra.

Vetancvrt, Fr. Avgvstin de.

1697-98.—Teatro Mexicano. Descripcion breve de los svcessos exemplares, historicos, politicos, militares y religiosos del nuevo mundo Occidental de las Indias. En México por Do-

ña Maria de Benavides Viuda de Iuan de Ribera. 2 vols. en 4º

La 4ª Parte forma el 2º vol., pero se imprimió antes que el 1º con el título de Chronica de la provincia del Santo Evangelio de México.

Veytia, Mariano.

1836.—Historia antigua de Méjico. La publica con varias notas y un apendice el C. F. Ortega. Méjico. Imprenta á cargo de Juan Ojega. 3 vols. en 8º

Nació el autor en Puebla el año de 1720 y murió á principios del último tercio del mismo siglo. Para escribir su obra, consultó los archivos de las universidades, colegios, cabildos y monasterios de Nueva España, y numerosos documentos que había reunido en su biblioteca particular.

Vida de Hernan Cortes.

Fragmento anónimo. En Colección de Documentos para la Historia de México. Vol. I.

Escrita probablemente por Juan Cristóbal Calvet de Estrella, á mediados del siglo XVI.

Villalobos, Gabriel Fernández de.—Marqués de Barinas.

Vaticinios de la pérdida de las Indias. En Colección de Documentos de Ultramar, vol. XII.

Nació el autor hacia 1642 y murió á principios del siguiente siglo. Venido á las Indias muy joven, propúsose, pocos años después, denunciar ante el reino los infinitos males que causaban en ellas los españoles, y pedir un pronto y eficaz remedio; no obstante de que nada logró, prosiguió en su noble demanda con tezón y energía cada vez más grandes; en una de tantas cartas manifestaba con entereza admirable al Monarca: "Muchas veces me he puesto á considerar si habrá habido en España rey más infeliz que V. M., y no hallo en las historias más de tres..... Ubitiza, Don Rodrigo..... y á Enrique quarto" (pág. 94). No es de estrañar, por tanto, que el denodado Marqués sufriera primero un destierro y luego una reclusión en presidio, pudiendo "conjeturarse que acabara la carrera en la cautividad" (pág. 10).

Villa-Señor, y Sanchez, Joseph Antonio.

174 -48.—Theatro Americano, descripcion general de los reynos,

y provincias de la Nueva-España, y sus jurisdicciones. México. En la imprenta de la Viuda de D. Joseph Bernardo de Hogal, Impressora del Real, y Apostolico Tribunal de la Santa Cruzada, en todo este Reyno. 2 vols. en 4º

Obra rara é interesante escrita por orden de Felipe V.

Voyages, Relations, et Memoires Originaux

1837-41.—Pour servir á l'Histoire de la Découverte de l'Amérique publiés pour la première fois en Français. Paris. Arthus Bertrand, Libraire-Editeur. 20 vols. en 8º

Colección importantísima, sobre todo para la época en que se publicó. Muchos de los documentos que contiene han sido reimpresos después en su propio idioma, según indicamos al hablar de la parte llamada Recueil de Pièces.

Zarate, Agustin de.

Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú, y de las guerras y cosas señaladas en ella, acaecidas hasta el vencimiento de Gonzalo Pizarro y de sus secuaces, que en ella se rebelaron contra su Majestad. En Historiadores Primitivos de Indias, vol II.

La 1ª edición se hizo en Amberes, en 1555.

Çorita, Alonso de.

Breve y sumaria relacion de los señores y maneras y diferencias que habia de ellos en la Nueva España, y en otras provincias sus comarcanas, y de sus leyes, usos y costumbres, y de la forma que tenian en les tributar sus vasallos en tiempo de su gentilidad, y la que después de conquistados se ha tenido y tiene en los tributos que pagan á S. M., y á otros en su real nombre, y en el imponerlos y repartirlos...... En Nueva Cólección de Documentos, vol. III.

Fidedigna y "eruditísima" (Eguiara y Eguren, 107ª). El autor vino á Nueva España hacia 1554; fué oidor de la Real Audiencia y "uno de los personajes que más honor hicieron en América á la magistratura y al gobierno de la Metrópoli" (Ramírez, Obras, III, 255).

Çorita Geronimo.

1610–21.—Anales de la Corona de Aragon. Impresos en Çaragoça, en el Colegio de S. Vicente Ferrer, por Lorenço de Robles, Impressor del mismo Reyno. 7 vols. en 4º

La 1ª edición es de Zaragoza, 1562–80.



ÍNDICE.

LIBRO SEGUNDO.

LA CONQUISTA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Primeros descubrimientos.

Páginas.

CAPÍTULO SEGUNDO.

CONQUISTA DE MEXICO.

Parte Primera.

Descubridores primitivos.

Parte Segunda.

Hernán Cortés.

CAPÍTULO TERCERO.

Conquista del Perú.

LIBRO TERCERO.

RESULTADOS DE LA CONQUISTA.

CAPÍTULO ÚNICO.

